

FRAY INIGO ABBAD Y LASIERRA

# HISTORIA GEOGRÁFICA CIVIL Y NATURAL DE LA ISLA DE SAN JUAN BAUTISTA DE PUERTO RICO

ESTUDIO PRELIMINAR

POR

ISABEL GUTIERREZ DEL ARROYO



EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD

---

DE PUERTO RICO

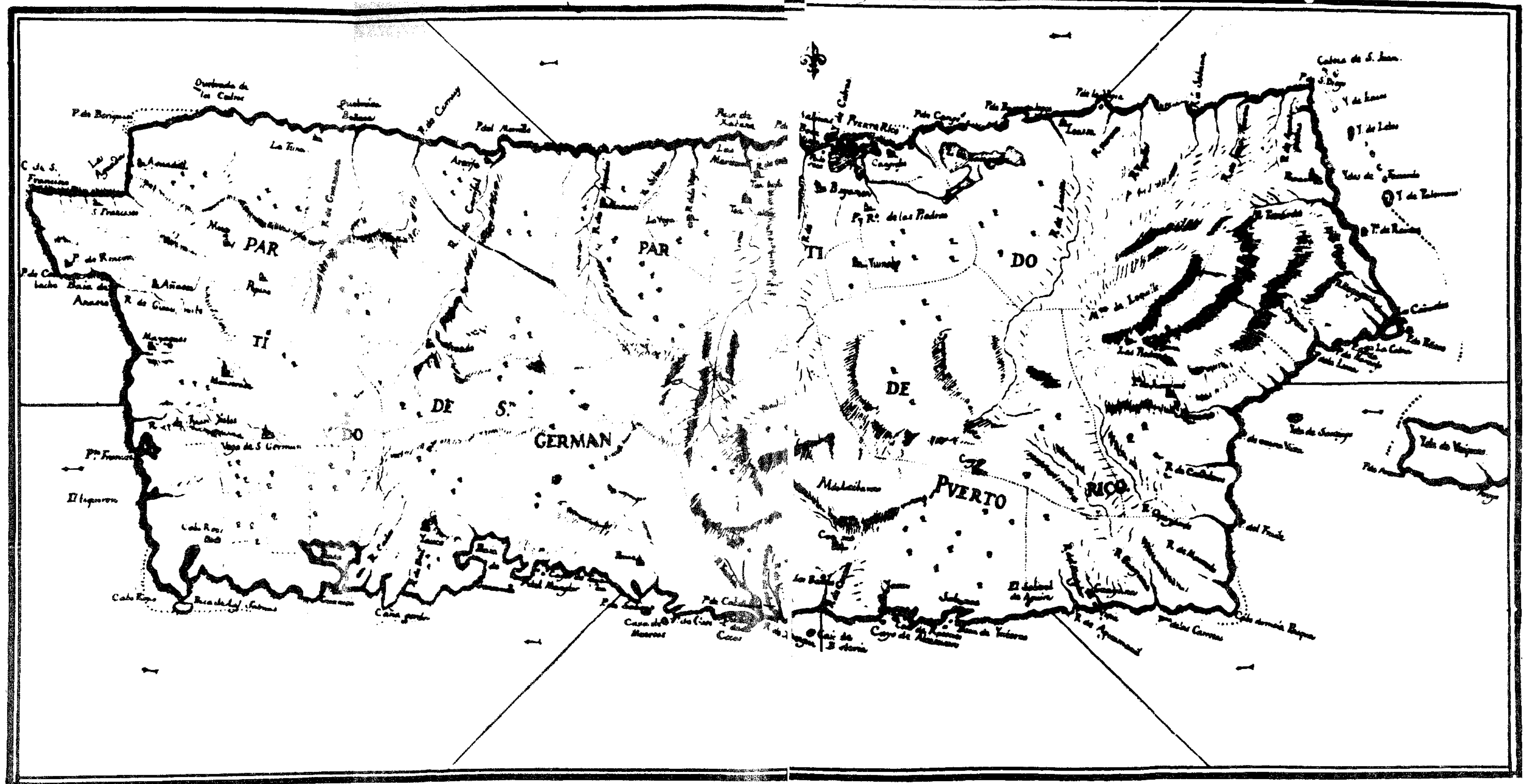
IMPRESO EN MEXICO  
PRINTED IN MEXICO  
Derechos reservados conforme a la ley.  
EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
SAN JUAN DE PUERTO RICO

---

C O P Y R I G H T 1959 B Y  
U N I V E R S I D A D D E P U E R T O R I C O

---





**PLANO.**  
 de la Ysla de S. Juan de Puerto Rico. en la America Septentrional.  
 Su Capital situada en los 18 grad. 40 min. de Latitud Septentrional. y  
 311 de Longitud Occidental ~  
 Escala.

## RECONOCIMIENTO

*Hace algunos años el Departamento de Historia de la Universidad de Puerto Rico, dirigido entonces por el profesor Arturo Morales Carrión, se trazó un amplio plan para la preparación de nuevas ediciones de las obras más importantes de la historia puertorriqueña.*

*En las primeras fases del proyecto fijó pautas y dio sabios consejos el distinguido historiador de las instituciones americanas Don José M. Ots Capdequí, por aquellos años Profesor Visitante de nuestra Universidad.*

*Habrían de merecer el honor de nuevas ediciones o el de perder la condición de inéditos: El Viaje a la Isla de Puerto Rico de Ledrú, la Biblioteca Histórica de Tapia, An Account de Flinter, la Descripción de Miyares, las Memorias de Córdoba y sobre todos, la Historia de Abbad, enriquecida con las eruditas notas de Don José Julián Acosta.*

*Con dedicación ejemplar se hicieron índices, se cotejaron ediciones y manuscritos y llegaron a escribirse algunos estudios preliminares. De prensas salió ya hace años, la Descripción de Miyares, ejemplo de cuidada edición y notable estudio y se publica ahora "el Abbad" como abreviadamente se le conoce por los estudiosos de nuestra historia.*

*Esta cuarta edición de la obra del benedictino aragonés fue preparada con la colaboración de los profesores Rafael W. Ramírez, Aida Caro, Labor Gómez y Jorge Iván Rosa Silva y la Auxiliar de Investigaciones Sra. Casilda Rivera de Díaz, quienes tuvieron a su cargo las tareas de cotejo y formación de índices. El profesor Jorge L. Porras Cruz cuidó de la modernización ortográfica del texto y la Dra. Isabel Gutiérrez del Arroyo, escribió el excelente estudio crítico sobre Fray Iñigo y su obra que figura en cabeza de esta edición.*



# R E C O N O C I M I E N T O

En una nota inicial, el profesor Luis M. Díaz Soler, a cuyo cargo ha estado la dirección de los trabajos finales de este libro, ilustra al lector acerca de los diversos manuscritos y ediciones de la Historia de Abbad y explica el método seguido en la preparación de esta última.

Para los colegas y amigos mencionados que han realizado esta ejemplar tarea colectiva, así como para el profesor Eugenio Fernández Méndez, director de la Editorial Universitaria, que bajo el sello editorial acoge esta edición, quede expresado el agradecimiento de la Facultad de Humanidades, que en debida justicia se extiende también al Rector de la Universidad, Don Jaime Benítez, que al refrendar esta publicación habrá de contribuir en gran medida al mejor conocimiento de la historia de Puerto Rico.

SEBASTIAN GONZALEZ GARCIA

*Decano de la Facultad de Humanidades*

*Universidad de Puerto Rico*

# ÍNDICE GENERAL

## D E C O N T E N I D O

	Págs.
MAPA de la Isla de Puerto Rico preparado por Fray Iñigo Abbad y Lasierra .....	v-vi
Reconocimiento .....	vii
Sobre las ediciones anteriores y la presente .....	xiii
Estudio preliminar, por Isabel Gutiérrez del Arroyo .....	xix
Memorial de Fray Iñigo Abbad y Lasierra a D. Carlos, Príncipe de Asturias .....	cxx
 Introducción .....	 1
 CAPÍTULO I      — Descripción geográfica de la Isla de San Juan de Puerto Rico .....	 5
 CAPÍTULO II     — Descubrimiento de la Isla de Borinquen, hoy San Juan de Puerto Rico .....	 9
 CAPÍTULO III    — Pasa el Capitán Juan Ponce de León a reconocer a Puerto Rico .....	 13
 CAPÍTULO IV    — Carácter, usos y costumbres de los antiguos habitantes de la Isla de Puerto Rico .....	 19
 CAPÍTULO V     — Sublevación general de los indios de Puerto Rico. Muerte de Salcedo y del Capitán Sotomayor. Introducción del pueblo de su nombre, y sucesos acaecidos en la Isla en 1511 .....	 31
 CAPÍTULO VI    — El Gobernador Juan Ponce, pide socorros a la Isla de Santo Domingo; nombra Capitanes de la gente que había en Caparra, y sale a pelear con los indios .....	 37

CAPÍTULO VII	— Vienen los Caribes a socorrer a los Indios de Puerto Rico; Sale por segunda vez a campaña el Gobernador Salazar con su compañía; vence al Cacique Mabodamuca; Muerte de Agüeynaba y retirada de los Indios y Españoles ....	41
CAPÍTULO VIII	— Noticia de los capitanes y soldados que más se señalaron en las batallas y reencuentros que ocurrieron en la pacificación de esta Isla ....	45
CAPÍTULO IX	— Fúndase la Villa de San Germán; erigese Obispado en la Isla de Puerto Rico; vuelve a su gobierno Cerón; y otras providencias del Rey para esta Isla .....	49
CAPÍTULO X	— Don Juan Ponce de León sale a buscar la fuente que creía remozaba; descubre las islas de Bimini y la Florida, y demás sucesos de esta jornada .....	53
CAPÍTULO XI	— Repartimiento de indios en Puerto Rico por el Lic. Velázquez; pasa a ella el Almirante, priva del gobierno a Cerón y a su sucesor Moscoso; los Caribes asaltan a la Isla, y el Gobernador los vence .....	57
CAPÍTULO XII	— Nuevo repartimiento de indios y las inquietudes que causa entre los vecinos; plaga de hormigas, viruelas y bubas, que sobrevino a esta Isla, y otros sucesos que la arruinaron . . .	61
CAPÍTULO XIII	— El Adelantado Juan Ponce de León, pasa con dos navíos a poblar la Florida; sucesos de esta jornada .....	67
CAPÍTULO XIV	— Fundación del pueblo de Daguao; destrúyenlo los Caribes; desembarcos frecuentes de éstos en la Isla; varias providencias para su defensa y gobierno; sublevación de algunos negros e indios .....	71
CAPÍTULO XV	— Huracanes furiosos que sufrió la Isla; piérdense las minas; asaltos de los Caribes; la abandonan los indios; pasa Sedeño a la Trinidad llevándose muchos vecinos, con lo cual queda la Isla cuasi desierta y arruinada .....	75

C	O	N	T	E	N	I	D	O	Págs.
CAPÍTULO XVI	—	Carácter, usos y costumbres de los Caribes . . . .							79
CAPÍTULO XVII	—	Los Ingleses y Holandeses atacan y destruyen a la Ciudad de Puerto Rico; sitian el Castillo del Morro; salida de la plaza y reembarco de los Holandeses; la Armada de España bate y deshace a los piratas . . . . .							85
CAPÍTULO XVIII	—	Noticia de los "Boucaniers" y "Filibustiers". Ogeron, Gobernador de la Isla de la Tortuga, con sus "Filibustiers", naufragaron en la costa de Puerto Rico. Arman segunda vez y desembarcan en la Isla y son derrotados por sus vecinos . . . . .							89
CAPÍTULO XIX	—	Los ingleses a las órdenes del Conde de Estrén, pasan a Puerto Rico y se pierden en la costa; arman segunda escuadra y desembarcan en la Isla, recházalos el Capitán Correa. Naufragio de la flota de Puerto Rico . . . . .							95
CAPÍTULO XX	—	Descripción topográfica de la Ciudad de Puerto Rico y de sus inmediaciones . . . . .							99
CAPÍTULO XXI	—	Descripción topográfica de los pueblos del Partido de la Ciudad de Puerto Rico . . . . .							107
CAPÍTULO XXII	—	Descripción topográfica de los pueblos del Partido de Puerto Rico sitiados en la costa del Norte, desde la Bahía hasta el Río Camuy . . . .							119
CAPÍTULO XXIII	—	Descripción topográfica de los pueblos de la costa del Norte, pertenecientes a la jurisdicción del Partido de San Germán . . . . .							129
CAPÍTULO XXIV	—	Descripción topográfica de los pueblos del Partido de la Villa de San Germán, pertenecientes a la costa Sur . . . . .							139
CAPÍTULO XXV	—	Gobierno general de la Isla y particular de sus pueblos . . . . .							145
CAPÍTULO XXVI	—	Estado actual de la población de Puerto Rico. Medios de aumentarla . . . . .							151

C	O	N	T	E	N	I	D	O	Págs.
CAPÍTULO XXVII	—	Estado de la agricultura en esta Isla	.....						159
CAPÍTULO XXVIII	—	Del comercio de esta Isla	.....						167
CAPÍTULO XXIX	—	Rentas y gastos de la Real Hacienda de esta Isla	.....						173
CAPÍTULO XXX	—	Carácter y diferentes castas de los habitantes de la Isla de San Juan de Puerto Rico	.....						181
CAPÍTULO XXXI	—	Usos y costumbres de los habitantes de esta Isla	.....						185
CAPÍTULO XXXII	—	De la calidad de la tierra y naturaleza del clima de esta Isla	.....						195
CAPÍTULO XXXIII	—	Huracanes y terremotos que se experimentan en Puerto Rico	.....						199
CAPÍTULO XXXIV	—	Enfermedades que más comúnmente se padecen en esta Isla	.....						205
CAPÍTULO XXXV	—	Historia natural de la Isla de Puerto Rico	....						211
CAPÍTULO XXXVI	—	De las aves que se crían en esta Isla	.....						221
CAPÍTULO XXXVII	—	De los minerales que se reconocen en la Isla de Puerto Rico	.....						225
CAPÍTULO XXXVIII	—	Descripción de algunos árboles de la Isla de Puerto Rico	.....						231
CAPÍTULO XXXIX	—	Arboles silvestres y fructíferos que se hallan en los bosques y vegas de esta Isla	.....						239
CAPÍTULO XL	—	De las palmas y de algunos otros árboles que hay en la Isla de Puerto Rico	.....						247
Catálogo de los Señores Obispos de la Catedral de San Juan Bautista de Puerto Rico, cuya diócesis se extiende desde los 18 grados 40 minutos de Latitud Septentrional, hasta los 4 de Latitud Meridional									255
Catálogo de los Gobernadores de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico, reconocida y conquistada por Juan Ponce de León									261
Indice Analítico									265

**SOBRE LAS EDICIONES  
ANTERIORES Y LA PRESENTE**



## N O T A

*El manuscrito original de la Historia Geográfica, Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico, fue firmado y entregado por su autor al Conde de Floridablanca el 25 de agosto de 1782. Seis años después vió la luz pública, editado por don Antonio Valladares de Sotomayor bajo el título de Historia Geográfica, Civil y Política de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico. Relata el editor que el original llegó a sus manos "por las de un sujeto a quien regaló un ejemplar su sabio autor. Como le faltaba el nombre de éste la tuvimos por anónima, y en esta inteligencia la pusimos en prensa. Había ya tirado bastantes pliegos de ella, cuando supimos que el señor don Iñigo Abbad era su verdadero padre". Afortunadamente, Fray Iñigo se encontraba en la Corte de Madrid y allí le visitó Valladares. Abbad insistió en la necesidad de someter el manuscrito a revisión antes de ofrecerse al público pero tal proyecto no se llevó a cabo porque Fray Iñigo abandonó la Corte para ir a Cataluña. La nueva situación obligó al editor a poner la obra en manos de "tres sujetos verdaderamente instruídos" para su revisión final, quienes, entre otras cosas, alteraron el título del manuscrito.*

*Cuarenta y tres años más tarde, apareció una segunda edición, impresa en Puerto Rico en 1831, que reprodujo fielmente la anterior. El propósito fué incluirla como un primer volumen de las Memorias Geográficas, Históricas, Económicas y Estadísticas de la Isla de Puerto Rico, escritas por Pedro Tomás de Córdova, Secretario del Gobierno durante la administración del Gobernador Miguel de la Torre.*

*En un lapso de tiempo menor al anterior ocurre una nueva edición de la Historia de Abbad. En 1866, el erudito puertorriqueño don José Julián Acosta y Calbo dió a las prensas la tercera edición, donde aparece la obra con el título que ostentaba en el manuscrito. Acosta se había topado con un original en Madrid, en la rica biblioteca americana del distinguido lite-*



rato cubano y protector de la juventud estudiosa, don Domingo del Monte. A la muerte de don Domingo, pasó el manuscrito a poder de un amigo del fenecido, don José Antonio de Echevarría, conocido hombre de letras de Cuba. Acosta enriqueció el manuscrito con notas estadísticas y datos sobre la economía, estado social y administrativo e hizo importantes rectificaciones históricas. El prólogo del erudito puertorriqueño a la nueva edición señala que con los años transcurridos desde la edición anterior, "han llegado a ser tan escasos y raros los ejemplares de la obra de Fray Iñigo, única que existe en la materia, que las personas que desean conocer la historia de Puerto Rico, ora por haber nacido en su suelo, ora por haber fijado en él su residencia, generalmente no encuentran donde satisfacer su justa curiosidad o adquirir la provechosa instrucción que solicitan... El vivo interés que hemos tenido siempre por nuestro país nos inspiró... el pensamiento de llenar, en la medida que nos fuera dado, tan lamentable vacío; y así... hemos venido de tiempo atrás acopiando materiales a fin de dar a la prensa, con aumentos y mejoras, una nueva edición de la Historia de Puerto Rico..." La aportación de Acosta fué bien recibida en la Isla, se publicaba en el momento en que las juventudes del país, en alerta a los problemas de la patria chica, recababan de la patria grande los derechos a que se creían acreedoras y no descansaban en su lucha por traer a Puerto Rico las reformas que podrían garantizar un porvenir más claro para las futuras generaciones, a tono con las exigencias del progreso alcanzado en el siglo diecinueve.

Ha venido tardíamente a nuestro conocimiento la existencia de otro manuscrito de la Historia de Abbad. Había sido reseñado por Jesús Domínguez Bordona en Manuscritos de América, catálogo parcial de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, en cuyos anaqueles se encuentra bajo la signatura 1482. Es un volumen de 212 folios, sin numerar, escritos por mano de un buen calígrafo, que dejó por hacer portada e índices. Tiene al final un mapa de Puerto Rico en colores, bellamente delineado y firmado "Por Don Juan de Surville". Ofrece este mapa el curioso carácter anticonvencional de poner el Sur sobre el Norte. A juzgar por las adiciones y correcciones, que mejoran la primera edición, este manuscrito habría recibido la revisión final de su autor después de abril de 1783 y antes de junio de 1784, fechas que corresponden a la toma de posesión del Gobernador Dabán y al nombramiento del Obispo Trespalacios, respectivamente.

De propósito se han omitido las Notas de Acosta en el estudio que publicamos ahora. Con algunas aclaraciones, constituirán un segundo

## HISTORIA DE PUERTO RICO

volumen de este trabajo. En esta forma se destaca el mérito de la aportación del culto y laborioso hombre público a la historiografía puertorriqueña, brindando así a los amantes de nuestro pasado la totalidad de los dos textos.

En este año de 1959 se cumple el nonagésimo tercero aniversario de la aparición de la tercera edición de la *Historia de Fray Inigo Abbad y Lasiera*. Hoy, como en 1866, "son escasos y raros" los ejemplares de la obra del benedictino, pieza bibliográfica indispensable para el estudio del siglo XVIII puertorriqueño. Consciente de la necesidad de que un mayor número de personas posean esta joya preciada de nuestra literatura histórica y conozcan su valioso contenido, el Seminario de Estudios de Historia de Puerto Rico de nuestra Universidad, ha preparado esta nueva edición, la cuarta en orden cronológico. La base de este trabajo la constituye el manuscrito original de la obra que se encuentra actualmente en la Biblioteca Pública de Nueva York. Con este documento en nuestro poder hemos anotado, consignando entre corchetes ([ ]), las diferencias fundamentales entre el manuscrito y las ediciones de Valladares y Acosta, ya que la edición de 1831 es copia fiel y exacta de la edición príncipe. Se han incluido unas llamadas numeradas como exponentes, que corresponden a las anotaciones de Don José Julián Acosta a la edición de 1866. Estas notas de Acosta serán publicadas en un segundo tomo. Se ha modernizado el texto y revisado la puntuación a fin de que sea más agradable su lectura y asequible a los conocimientos de un mayor número de nuestros estudiantes. A fin de obviar dificultades de impresión, se ha procedido a numerar sucesivamente las llamadas que aparecen en el texto y las notas al pie de página. Se ha preparado además, un índice analítico, que tan necesario es en obras de consulta. El texto va precedido de un estudio sobre el autor y su obra.

L. M. DÍAZ SOLER  
Director del Departamento de Historia



# ESTUDIO PRELIMINAR \*

POR ISABEL GUTIÉRREZ DEL ARROYO

*El noble esfuerzo de reunir los dispersos retazos de nuestra historia patria en una primera síntesis, se debe a la pluma del monje benedictino Fr. Agustín Iñigo Abbad y Lasierra. Su Historia Geográfica, Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico, publicada en Madrid en el año de 1788, puede considerarse como el punto de arranque, estimulante y vigoroso, de toda la historiografía puertorriqueña posterior.*

## I. Biografía. (1)

*Nace Fr. Iñigo Abbad y Lasierra en la Villa de Estadilla, diócesis de Lérida, España, el 19 de abril de 1745 (2). Proviene de ilustre familia aragonesa, cuya nobleza de sangre fué enriquecida con las ejecutorias de nuestro*

---

(\*) Los derechos de propiedad de este trabajo son de la autora.

(1) Independientemente de los expedientes consultados sobre las causas que motivaron la violenta salida de Abbad de la Isla, los demás datos de su biografía están tomados de los siguientes estudios: Ramón de Huesca, "Biografía del P. Fr. Agustín Iñigo Abbad y Lasierra, historiador de Puerto Rico y Obispo de Barbastro", en Boletín Histórico de Puerto Rico, Fundador-Director, Dr. C. Coll y Toste, San Juan, P. R., Imp. Cantero Fernández y Co., 1914-1923, 14 vols., iv, 248. (Reproducido del Teatro Histórico de las iglesias del reino de Aragón, Pamplona y Zaragoza, 1780-1807, 9 vols. La biografía de Abbad se debe al P. Huesca quien escribió los últimos cinco tomos y dicha biografía se encuentra en el 9º., 289). Eduardo Neumann Gandía, Benefactores y Hombres Notables de Puerto Rico, Ponce, P. R., Tip. La Libertad, 1896, 253. Saturnino López Novoa, Historia de la Muy Leal Ciudad de Barbastro y Descripción Geográfico-Histórica de su Diócesis. Barcelona, Imp. de Pablo Riera, 1861, T. II, pp. 220-224.

Hemos podido compulsar la biografía de López Novoa por la gentileza de nuestro amigo, el distinguido historiador, D. Generoso Morales Muñoz, quien nos envió desde España copia manuscrita de la misma.

(2) Neumann Gandía es el único que da otra fecha de nacimiento, la de 1737. Op. Cit., 254.

biografiado y de su hermano D. Manuel. Fue este último monje benedictino en el monasterio de San Juan de la Peña, ostentó altas dignidades eclesiásticas: prior del monasterio de Meyá en Cataluña, primer obispo de Ibiza, obispo de Astorga, inquisidor general y arzobispo de Selimbria. Hombre de estudio, muy docto, se distinguió por sus ideas liberales. De él dicen los Padres Huesca y Zaragoza, que fué "famoso antiquario y muy versado en la diplomática". Perteneció a la Academia de la Historia y dejó veintinueve escritos, entre ellos, su discurso de ingreso en dicha corporación. Siendo inquisidor general, pretendió D. Manuel, hacer ciertas reformas sustanciales en los procedimientos y el orden interior del Santo Oficio encaminadas a lograr que se sustanciase los procesos de este tribunal por el derecho civil y no por el canónico. Tal iniciativa de marcado carácter liberal le valió la separación de su cargo, haciendo luego vida retirada en el monasterio de Sopetrán <sup>(3)</sup>.

Vive Fr. Iñigo en un ambiente familiar de elevada cultura y de inconfundible sello liberal. Ambos rasgos caracterizarán también a nuestro historiador; tal lo revelan sus juiciosas observaciones sobre el sistema político y económico imperante en la isla de Puerto Rico en la segunda mitad del siglo XVIII, momento en que escribe su Historia.

Recibió Fr. Iñigo la formación cultural clásica, típica de su época, amén de los estudios en teología y filosofía que exigía su vocación religiosa. Cursó filosofía en la Universidad de Zaragoza y después profesó como monje benedictino en el monasterio de Santa María la Real de la ciudad de Nájera. Ya ordenado, y por instrucción de sus superiores, continuó nuevamente sus estudios de filosofía en el Colegio de San Juan del Poyo en el reino de Galicia. De allí fué enviado a la Universidad de Hirache, donde siguió estudios en letras, en teología y en derecho canónico, recibiendo en la misma Universidad los grados académicos de maestro en artes y doctor en teología y en cánones. Terminados sus estudios, se dedicó a su apostolado ejerciéndolo particularmente en el púlpito en el que lucía según frase de López Novoa, "su profunda erudición, celo y dotes oratorias".

El Ilmo. Sr. Fr. Manuel Jiménez Pérez, monje del monasterio de Nájera y catedrático jubilado de la Universidad de Oviedo, al ser nombrado Obispo

(3) La biografía de D. Manuel junto con una lista de sus obras aparece en Dr. Félix de Latassa, Biblioteca Antigua y Nueva de Escritores Aragoneses de... aumentadas y refundidas en forma de Diccionario bibliográfico, biográfico por D. Miguel Gómez Uriel, Zaragoza, Imp. de Calixto Aréñ, 1884-1886, 3 vols. 1.

## E S T U D I O     P R E L I M I N A R

para la diócesis de Puerto Rico, distinguió a Fr. Inigo, nombrándolo su secretario y confesor. Pasó nuestro biografiado a la Isla por los años de 1771 <sup>(\*)</sup> y ya aquí desplegó gran actividad en el desempeño de sus deberes eclesiásticos, lo que le granjeó el aprecio y lealtad absolutos del obispo Jiménez Pérez. Así se explica la defensa tesonera que hizo dicho Prelado de su confesor ante las autoridades metropoliticas abogando contra los cargos de que éste fue objeto por parte del Gobernador, D. Joseph Dufresne, y de su asesor letrado y auditor de guerra, D. Francisco Rafael de Monserrate.

En su carácter de secretario acompañó Abbad al Prelado en sus visitas pastorales por toda la diócesis de Puerto Rico, que comprendía entonces, además de nuestra Isla, las de Margarita y Trinidad y, en Tierra Firme, las provincias de Cumaná, Orinoco y Nueva Barcelona. El propio Fr. Inigo nos explica algo de su participación concreta en estas visitas. Dice que en la segunda que verificó el Obispo Jiménez Pérez por la Isla, predicó ocho días en cada pueblo; que en la Isla Margarita se ocupó un año en la instrucción de los indios guayquiríos, haciéndoles vivir en pueblos formados y dotándolos de escuelas; que reedificó las iglesias del valle de Paraguachi en dicha Isla: la del Espíritu Santo, la de Nuestra Señora del Espinal y la de San José mientras servía de teniente de cura en la primera de ellas y de cura interino en la última.

Permanece Fr. Inigo en Puerto Rico hasta mediados de 1778 en que se ve forzado a abandonarlo obedeciendo una orden reservada de 12 de junio de 1777 en la cual S. M. exigía al Obispo Jiménez Pérez que "con la brevedad posible" enviara al monje a España. ¿Qué razones motivaban tan drástica decisión del Soberano? Obedecía a los graves cargos de usura, falsificador de la Real marca de esclavos, "promotor principal de la perturbación pública" de la Isla, y "seductor y perturbador de los tribunales" que formularon contra Fr. Inigo, el Gobernador D. Joseph Dufresne y su Auditor de Guerra D. Francisco Rafael de Monserrate. El estudio de los expedientes de este caso,

(\*) El Sr. Neumann Gandía da la fecha de 1772 y los P. P. Huesca y López Novoa la de 1775; la fecha correcta es la de 1771. Consta así en una carta de Abbad fechada en Puerto Rico en 9 de nobre. de 1777.

Conocemos este dato y todos los otros que utilizaremos sobre la expulsión de Fr. Inigo de la Isla, debido a la generosidad de nuestro amigo, el distinguido historiador, D. Genaro Morales Muñoz quien nos envió desde el Archivo de Indias donde estuvo en visita de investigación en 1954, todos sus cuadernos de notas con copias exactas de los documentos relativos al referido caso. Dichos documentos corresponden al Legajo 2359 sin foliar, del ramo Real Audiencia de Santo Domingo en el Archivo General de Indias.

desgraciadamente incompletos (no ha llegado a nuestras manos la defensa que de dichos cargos presenta Abbad a su regreso a Madrid, ni la decisión final de las autoridades metropolitanas), revelan un tipo de conflicto muy común en la historia colonial hispanoamericana: la de la fricción entre la jurisdicción civil y la eclesiástica, y que en el caso que nos ocupa, gira en torno de las figuras de Fr. Iñigo Abbad, secretario y confesor del Obispo, y de D. Francisco Rafael de Monserrate, auditor de guerra.

La inquina de las autoridades civiles contra Abbad, creemos, tiene su raíz profunda en esta rivalidad de las jurisdicciones civil y religiosa; esto no implica que renunciemos a la posibilidad de que puedan existir hechos inculminatorios del monje. La situación es ésta: Fr. Iñigo, inteligente, hábil, decidido, joven —cuenta 31 años para 1776, fecha en que al parecer se inician las desavenencias— goza de la absoluta confianza del Prelado Jiménez Pérez quien está ya viejo y enfermo; recordemos que muere en 1781, esto es, cinco años más tarde <sup>(5)</sup>. Estas circunstancias permiten al Padre Abbad intervenir activamente en los asuntos del tribunal eclesiástico con desagrado de las autoridades civiles que a veces se ven afectadas adversamente por sus decisiones. A la influencia de Abbad achacan el Gobernador y el Auditor de Guerra varias determinaciones del Prelado; por ejemplo, la decisión de divulgar el secreto matrimonio del Auditor de Guerra, quien lo contrajo en contravención de la ley, que exigía a los funcionarios de su jerarquía el deber de solicitar antes la anuencia Real. Así también le imputan el haber inducido al Prelado a denegar el divorcio solicitado por D. Joseph de la Torre, partidario de las autoridades civiles. Véase en la carta reservada No. 104 de 10 de enero de 1777, el estilo nada recatado, los fuertes epítetos aplicados a Abbad por el Gobernador Dufresne al exponer al Ministro de Indias, D. Joseph de Gálvez, la situación descrita:

*“... Como este Monje tiene la confianza del Prelado se haze temible en el Pueblo, éste enreda y recoge los Chismes e ympreciona de tal suerte a su Obispo que nunca sesa el cuento, la critica y la discordia, sembran [al 4 fte] dole especies que la fomenten, y en una palabra se haze despótico en la Casa Episcopal para tomar la voz, dirigir providencias*

(5) Véase Fr. Iñigo Abbad y Lasieira, Historia Geográfica, Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico, anotada en la parte histórica y continuada en la estadística y económica, por D. José J. Acosta y Calbo, San Juan, Puerto Rico, Imp. Acosta, 1866, 217.

y oficios, y sacudir al Gobierno en quanto se le antoja a su caprichoso, fanático genio en tal conformidad, que yo juzgo indispensable la separación de este Frayle de esta Ysla... porque sin duda se acabaran muchos disturbios entre los Tribunales, y este Revdo. Obispo se desengañara conociendo que el que le incita a mover competencias, recursos y encuentros es su Monje, joven inquieto, travieso, y de tan poca conciencia [al 4 vto.] que no se detiene en dar a premios los dineros que ha adquirido siendo Secretario, y por otras malversaciones y feos manejos con las dispensaciones eclesiásticas, comunicación y correspondencia que mantiene con los Curas de la costa a quienes tiene avasallados por su favor con el Prelado..."

Ahora bien, en este agrio conflicto entre los mencionados personajes, cada uno fija un hecho, o varios hechos concretos, para explicar el origen de la enemistad. Según el Auditor de Guerra fué motivada por haberse hecho evidentes en un proceso que ante su tribunal seguía Fr. Iñigo contra su deudor, Miguel Travieso, las prácticas usurarias de aquél; ante la inminencia de la acción judicial, Fr. Iñigo indujo al Prelado a que decidiese la divulgación del secreto matrimonio del Auditor de Guerra al cual fin se ordenó una información pública en junio de 1777 para probar que el dicho matrimonio era ya de conocimiento popular. De este modo, dice el Auditor de Guerra, pensaba Fr. Iñigo detener la acción judicial en contra suya por el cargo de usura. Por supuesto, Fr. Iñigo aduce otras razones: entre ellas, la de su negativa a complacer al Auditor quien interesaba conocer ciertas instrucciones reservadas enviadas al Tribunal Eclesiástico desde la Metrópoli <sup>(6)</sup>. El conflicto pone fin a la estrecha amistad previamente existente entre el auditor y Fr. Iñigo, y da lugar, en cambio, a una violenta situación entre las autoridades civiles y las eclesiásticas. Resultado de este estado de cosas fue la formulación de cargos contra Fr. Iñigo por usura, y luego por falsificador de la Real marca de esclavos, seductor y perturbador de la paz pública y de los tribunales.

(6) Además de esta razón, Abbad aduce otras: el no haber complacido al Auditor haciendo desaparecer la sumaria información hecha en Bayamón por el Prelado sobre el concubinato de la suegra de aquél; el no haber influido para que el Prelado apovase los destierros del Dr. Nicolás de Talavera, D. Francisco Alvarez de Molina y Nicolás de los Ríos, propuestos por las autoridades civiles; finalmente el haberse descubierto el oculto matrimonio del Auditor. Véase la contestación de Fr. Iñigo de 3 de septiembre de 1777 incluida en el expediente de 46 folios instruido por el Obispo sobre la conducta de Abbad. Legajo 2359 (s. f.), RI. Audiencia de Sto. Domingo, A. G. de I.



Los expedientes compulsados sobre el primer cargo inculpan a Fr. Iñigo de prestar dinero cobrando réditos usurarios. Esto parece comprobado en el caso de Miguel Travieso pues ni siquiera en la información pública que sobre la conducta de Abbad instruyó el Obispo Jiménez Pérez en septiembre de 1777, logran los deponentes (en su mayor parte sacerdotes y miembros del cabildo eclesiástico), desvirtuar tal acusación <sup>(7)</sup>. Asimismo, las razones que aduce el monje para exculparse no logran esclarecer de modo definitivo su inocencia en este punto.

El segundo cargo, el de falsificador de la marca Real, parte de haber adquirido Fr. Iñigo en pago de una cantidad que le adeudaba Agustín Sánchez, quien también alega que pagaba réditos usurarios <sup>(8)</sup>, un negro esclavo ilícitamente introducido en la Isla y, por tanto, sin carimbar. Arguye Fr. Iñigo que el saldo de la deuda mediante la entrega del esclavo fue por mandato judicial, hecho éste que, por otra parte, niegan las autoridades civiles. Si lo primero es cierto, entonces es decisivo el argumento del Obispo Jiménez Pérez de que no tenía Fr. Iñigo para qué incurrir en un delito que estaba muy lejos de darle más derecho sobre el negro. Además, inclina a pensar que se trataba de una intriga de las autoridades civiles, el punto que también señala el Obispo, de que haciendo aproximadamente dos años que Fr. Iñigo tenía al negro en su poder, esperasen las autoridades civiles el momento de la partida de éste en una comisión a los anexos del Obispado en Tierra Firme para obligarlo a suspender el viaje. El esclavo fué declarado por comiso y ordenada su venta en pública subasta, como efectivamente se hizo, de acuerdo con el auto expedido por el Gobernador y los oficiales reales en 12 de noviembre de 1777. La decisión final del Consejo de Indias exonetó totalmente a Fr. Iñigo del segundo delito. Según Real Cédula de 19 de agosto de 1778,

(7) Los documentos del caso de Abbad contra Miguel Travieso parecen inculparle de cobrar réditos mensuales de 5 por ciento. Obsérvese que Abbad evade responder en su contestación a la petición de 20 de diciembre de 1776 de Travieso, a las cinco preguntas puntualizadoras que éste le formula. Son preguntas claves que hubiesen aclarado indudablemente la verdad o falsedad del cargo por usura. (Expediente del pleito de Abbad contra M. Travieso, f. 7 vto. á 9vto.) En la información pública abierta por el Obispo sobre la conducta de Abbad, ninguna de las preguntas del interrogatorio toca directamente el cargo sobre usura aunque la segunda indirectamente lo hace: "...si han oyda decir que haya dado alguna nota indecorosa a su Profesión Religiosa y estado sacerdotal". Los testigos responden negativamente a esta pregunta y en ningún caso se refieren concretamente al cargo por usura. Ibid.

(8) Esta segunda demanda por usura incoada por Agustín Sánchez presenta ciertas irregularidades evidenciadoras de la parcialidad de las autoridades civiles contra Abbad.

esto es, a los tres meses de haber salido el monje de Puerto Rico, se ordenó al Gobernador Dufresne que en el término de un mes a partir de la fecha en que recibiera la mencionada Real Cédula, remitiese al Consejo de Indias los autos del proceso en el estado en que se hallasen, haciéndolos concertar y sacar en presencia de la persona nombrada para ello por Fr. Iñigo; además que cesara todo procedimiento y se devolviera el negro al monje con tal que éste garantizase su valor en fiador lego, llano y abonado <sup>(9)</sup>. Finalmente, y según Real Cédula de 29 de junio de 1780, compulsada por D. José J. Acosta <sup>(10)</sup>, se declaró a Fr. Iñigo inocente del delito de falsificación de la marca de esclavos, reservándole el derecho para demandar a Agustín Sánchez; se desaprobó agriamente la conducta observada por el Gobernador con el Obispo y su secretario-confesor, y se ordenó, además, que se le formase causa a Agustín Sánchez por el crimen de ilícito comercio.

Los otros dos cargos de seductor y perturbador de la paz pública y de los tribunales, derivan de los anteriores y no tienen fundamento alguno. Sirven simplemente para abultar las faltas de Fr. Iñigo y darles trascendencia pública con el fin de provocar la rápida intervención de las autoridades de la Metrópoli <sup>(11)</sup>. Estos cargos buscan un falso apoyo en los trámites seguidos por el monje en el curso de su defensa: en primer lugar, en su recusación de la competencia del Auditor de Guerra para juzgarle en el oaso de Miguel Travieso; en segundo lugar, en la pesquisa abierta por el Tribunal Eclesiástico para probar los torcidos procedimientos seguidos en su causa por los tribunales civiles, acción que se frustra debido al arresto de algunos de los testigos ejecutado por el Auditor de Guerra.

(9) Véase el informe del Fiscal fechado en Madrid a 23 de julio de 1779.

Conviene aclarar que cuando se expidió la dicha Rl. Cédula de 19 de agosto de 1778, el negro estaba en España; Fr. Iñigo lo llevó consigo al salir definitivamente de Puerto Rico el 21 de mayo de 1778.

(10) Nos atenemos al testimonio de D. José J. Acosta quien compulsó dicha Rl. Cédula pues no aparece en el expediente incompleto que sobre este caso obra en nuestro poder. Cfr. Abbad, *Historia de Puerto Rico*, edición de 1886, p. 369.

(11) Obsérvese en la comunicación expedida en San Lorenzo a 13 de octubre de 1777 notificando al Gobernador Dufresne que se ha dado Rl. providencia para que Fr. Iñigo Abbad, "promotor principal de la perturbación pública de aquella Isla salga de ella", la trascendencia pública con que se revistió el caso de Abbad: "Enterado el Rey por cartas reservadas de V. S. de 12 de maio ultimo, en la que da cuenta de los sugetos discolos que mancomunados con el Monge Fr. Yñigo Abad, son la causa de la perturbación pública, y de lo preciso que se hace tomar pronto remedio en los desórdenes que con frecuencia ocurren: me manda decir a V.S. que ya se ha dado providencia para que salga de esa Ysla el referido Monge y contener los demás convictos asociados en sus cavilosasidades e irregulares procederes..."

Todas estas acusaciones motivaron la Orden Reservada de 12 de junio de 1777 a que antes nos hemos referido y que con carácter perentorio exigía el regreso de Fr. Iñigo a España: sin embargo, su salida no se efectuó hasta el 21 de mayo de 1778 <sup>(12)</sup>. La tardanza se debió a los esfuerzos del Obispo Jiménez Pérez por defender al monje y librarlo de la persecución de que era objeto. En primer lugar instruyó una información pública sobre la conducta de Abbad en que se le exoneraba de toda culpa, expediente que remitió a España en noviembre de 1777. Este recurso, sin embargo, no tuvo éxito. Pesaron más las acusaciones del Gobernador, y el Rey reiteró la orden de expulsión en 31 de enero de 1778 y de nuevo en 24 de febrero del mismo año. El Obispo, sin embargo, no cesó en su empeño y trató por todos los medios de evitarle a su secretario-confesor la humillación de la salida forzosa. Con este propósito le comisionó para que realizase en los anexos que en Tierra Firme tenía la diócesis de Puerto Rico, ciertas gestiones y entre ellas, la de entregar a la ciudad de Nueva Barcelona una reliquia —el cuerpo de San Celestino mártir— que le había concedido el Santo Padre. De ahí ya podía Fr. Iñigo salir libre de violencias rumbo a España. Cuando el día 9 de noviembre de 1777 se disponía nuestro monje a cumplir la encomienda del Prelado, y en compañía de su esclavo, embarcaba con destino a Cumaná, el Gobernador Dufresne expidió un auto suspendiendo la salida del balandro y ordenando, asimismo, que se pusiese al negro a disposición del Tribunal civil, y a Fr. Iñigo bajo arresto en el Palacio Episcopal por el delito de falsificación de la marca de carimbar esclavos, permaneciendo en calidad de reo mientras se apelaba el caso a la Metrópoli y S. M. resolvía. Por este nuevo cargo se vio Fr. Iñigo obligado a prolongar su estada en la Isla por seis meses más. Sale por fin el 21 de mayo de 1778 (como antes indicamos) llevando consigo al negro que había sido vendido en pública subasta y que readquirió valiéndose de intermediarios.

Esta última salida de Fr. Iñigo ocurrió también en forma violenta cargando las autoridades civiles toda la pasión de su encono contra el monje. Se le humilló, forzándolo a embarcar contra su voluntad en el barco correo de la Guayra, a la vez que se expedían órdenes al comandante de aquella plaza para que lo vigilase. En la Guayra se le entregó al Superior del Hospi-

(12) Lo notifica el Gobernador Dufresne en carta reservada No. 1 al Ministro Gálvez fechada en Puerto Rico a 22 de mayo de 1778. Hay otra del Obispo sobre el mismo asunto fechada en Toa-Baja el 18 de mayo de 1778 y también dirigida a Gálvez.

## E S T U D I O      P R E L I M I N A R

cio de San Francisco, el R. P. Fr. Pedro de la Quintana, y en la noche del 14 de julio de 1778 su celda fué violada, despojándosele de algunos documentos. Este incidente lo describe Fr. Iñigo en carta de 28 de febrero de 1779 que desde Madrid dirige al Ministro D. Joseph de Gálvez; ella da idea de los extremos a que había llegado ya el conflicto entre las autoridades civiles y las eclesiásticas. En la mencionada carta Fr. Iñigo pide al Ministro ser oído pues se ve obligado en conciencia a vindicar el honor de su persona y de su hábito; y más adelante, que es su deber sincerar su conducta y aclarar sus acciones confundidas y acriminadas por una ciega pasión.

Desconocemos los últimos trámites de este pleito; únicamente sabemos, como ya antes hemos indicado, que S. M. declaró a nuestro historiador inocente del cargo de falsificador de la Real marca de esclavos.

Estos acontecimientos, sin embargo, debieron pesar muy poco en la vida religiosa de Fr. Iñigo. La forma en que se desarrolló posteriormente su carrera eclesiástica en España, carrera que cabría calificar de brillante, parece indicarlo así. Su biógrafo López Novoa nos dice que alcanzó "altos y distinguidos empleos". Obsérvese el tipo de distinciones que mereció: el inquisidor general le concedió el cargo honorífico de calificador del Consejo Supremo de la Inquisición, posición que únicamente servían personas que gozaban de general prestigio por su virtud y saber; la orden benedictina lo distinguió con una representación de gran confianza, el de procurador general en la Corte; el Rey Carlos III lo nombró abad mitrado de San Pedro de Besalú de la orden de San Benito en Cataluña y, finalmente, el Rey Carlos IV lo nombró obispo de Barbastro. Fué consagrado obispo por el Arzobispo de Toledo, el Excmo. Sr. D. Francisco Lorenzana, en la iglesia de San Isidro en Madrid, tomando posesión de su sede el 4 de agosto de 1790, esto es, doce años después de su violenta salida de Puerto Rico.

Como Obispo de Barbastro desplegó nuestro historiador gran celo apostólico llevando a cabo una serie de reformas en algunas iglesias cuyo servicio se hallaba algún tanto descuidado, ya por falta de personal o por la indotación de algunos párrocos; a muchos de éstos les asignó la congrua suficiente, e instituyó en la diócesis veinte nuevas vicarías. Su obra más importante, sin embargo, y la que le presentó más arduas dificultades fué la reorganización del capítulo catedralicio: determinó la supresión de algunas dignidades haciéndolas anejas a otras; creó y redotó nuevos beneficios; erigió tres vicarías

*perpetuas en la Catedral con ración aneja y con la cura de almas y redactó para la planta recién creada nuevos estatutos que merecieron la aprobación de S. M. Todas estas reformas redundaron —dice López Novoa— en “mayor decoro a la iglesia y aumento del culto divino”.*

Como todas las medidas de esta naturaleza, la reforma debió presentar serias dificultades que exigieron de Abbad enérgica determinación, poniéndose a prueba la firmeza de su carácter. Precisamente son éstas las virtudes que exalta López Novoa en la síntesis apreciativa que hace de su carácter. Dice así: “El Sr. Abbad significó siempre su decidido empeño en mantener ileso el decoro de la alta dignidad de que se hallaba revestido, y su carácter no se doblegaba fácilmente ante lo que él creía justo y conveniente para el mejor régimen de la iglesia que le estaba confiada. De aquí la constante energía en llevar a cabo sus determinaciones y plantear las reformas que consideraba necesarias, teniendo que luchar algunas veces con grandes obstáculos que no dejaron de producir algún disgusto; pero aún cuando alguna falta de templanza y excesivo celo quisiera imputársele, quedaría salvada con la buena intención que debemos suponer presidía a todos sus actos como príncipe de la Iglesia”.

Falta mencionar una iniciativa de su gestión episcopal reveladora del interés de Fr. Iñigo por la cultura y su difusión: la institución en 1802 de una biblioteca episcopal en Barbastro y su ordenación para fines de utilidad pública.

Ocupémonos finalmente de la labor historiográfica de Abbad. Su vocación religiosa no absorbía de modo excluyente toda la inquietud de su espíritu; con ella hermanaba su fervor por los altos estudios, y en particular, por la investigación histórica.

Los biógrafos de Abbad, López Novoa y el Padre Huesca, informan que a su regreso a España, nuestro monje se dedicó a trabajar a las órdenes del Rey en algunas descripciones geográficas e históricas de las provincias de América que había visitado, especialmente de la isla de Puerto Rico. Últimamente se ha comprobado la veracidad de la primera parte de esta afirmación, al descubrirse en Barbastro el archivo de Abbad y revelársenos que proyectaba escribir un Diccionario General de América, asunto de que nos ocuparemos algunos párrafos más adelante. También afirman los mencionados biógrafos que la descripción histórico-geográfica de Puerto Rico fué impresa

junto con otra que escribió Abbad sobre la isla de Menorca; de esta última, sin embargo, no nos ha sido dable encontrar noticia bibliográfica alguna <sup>(13)</sup>.

En cuanto a la Historia Geográfica, Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico, nos parece que Fr. Inigo la escribió, o al menos trabajó recogiendo material para ella, durante su estada en la Isla <sup>(14)</sup>. Esta obra obedecía al encargo que en tal sentido le había hecho el Conde de Floridablanca, amigo apreciado y protector de la familia Abbad y Lasierra. Fr. Inigo siente la responsabilidad de tal encomienda; hombre reflexivo y fino observador, atisba y recoge acuciosamente los auténticos matices del ambiente puertorriqueño en el siglo XVIII. A este fin le sirven sus viajes por la Isla acompañando al Prelado en su visita pastoral. Del rendimiento que produjeron esos viajes es testimonio elocuente su Historia a partir del capítulo XX, pero muy particularmente los capítulos XX a XXIV, dedicados a la descripción topográfica de cada uno de los pueblos de Puerto Rico. En ellos recoge valiosos detalles de la vida insular y con preferencia los de su aspecto físico <sup>(15)</sup>.

El legado histórico de Abbad incluye, además de la ya mencionada Historia... de Puerto Rico, una Relación de el Descubrimiento, Conquista y Población de las Provincias y Costas de la Florida <sup>(16)</sup>, una Descripción

- <sup>(13)</sup> El Dr. Coll y Toste aclara que en el Resumen Topográfico e Histórico de Menorca del Dr. Juan Ramis y Ramos (1778), manuscrito de la Real Academia de la Historia no se habla de tal obra y que tampoco la trae Juan Bta. Muñoz. Boletín Histórico de Puerto Rico, IV, 249. Palau y Dulcet incluye la Historia de Puerto Rico y la Relación de el Descubrimiento, Conquista... de la Florida pero no la mencionada descripción de Menorca. Cf. A. Palau y Dulcet, Manual del Librero Hispano Americano, Barcelona, Librería Antiquaria, 1923-27, 7 vols., I, 4.
- <sup>(14)</sup> Hay algunas afirmaciones de Abbad que nos inclinan a pensar así. *Infra* pp. 29-30; 46; 47.

<sup>(15)</sup> Véase el capítulo VIII de este estudio. *Infra*, pp. LXX y ss.

- <sup>(16)</sup> Palau y Dulcet dice: "...la obra fue escrita en 1785 y publicada por los Sres. Jiménez de la Espada, Barrantes y Justo Zaragoza quienes fallecieron dejando la edición sin prólogo y sin notas..." Cf. A. Palau y Dulcet, op. cit., I, 4. La obra fue publicada nuevamente junto con otros documentos referentes a la Florida y a la Luisiana por D. Manuel Serrano y Sanz en la Biblioteca de Americanistas bajo el título: Documentos Históricos de la Florida y la Luisiana, Siglos XVI al XVIII, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1913. (La portada interior da la fecha de 1912). En la advertencia preliminar, D. Manuel Serrano y Sanz alude al hecho de que "...ha ya bastantes años el distinguido americanista D. Justo Zaragoza imprimió la Relación del Descubrimiento, Conquista..., por D. Inigo Abbad y Lasierra..." "añadiendo el dato de que el original que se hallaba en la Biblioteca del Ministerio de la Guerra pereció en un incendio.

de las costas de California septentrional y meridional <sup>(17)</sup>, y las partes correspondiente al Perú y Caracas, <sup>(18)</sup> del Diccionario General de América que se proponía escribir.

El hallazgo reciente de los papeles de Abbad en el Archivo Episcopal de Barbastro <sup>(19)</sup> nos ha permitido conocer, como antes indicamos, que proyectaba publicar con la ayuda de colaboradores y aprovechando la experiencia adquirida en algunas regiones del Nuevo Mundo, un Diccionario General de América <sup>(20)</sup>. En el Memorial que en 30 de enero de 1783 dirige desde Madrid al Príncipe de Asturias <sup>(21)</sup> para someterle el manuscrito de la Historia de Puerto Rico, y, en el que solicita también la Real protección para llevar a feliz término su proyectado Diccionario, explica el alcance del mismo, y lo que para su ejecución representa la valiosa experiencia adquirida en América. Y en esto no iba descaminado Fr. Iñigo; ya hemos visto cuán fructífero fue tal conocimiento en el caso de su Historia de Puerto Rico <sup>(22)</sup>. Obsérvese en los párrafos iniciales del mencionado Memorial que a continuación transcribimos, cómo expone Abbad su proyecto, la trascendencia política y cultural

(17) No ha sido publicada. El manuscrito se encuentra en la Biblioteca de Palacio, Madrid. Su título completo es el siguiente: Descripción de las costas de California septentrional y meridional hasta el estrecho de Aníán, su descubrimiento, variedad de nombres que se le han dado, geografía de las costas del Mar del Sur desde el cabo de San Lucas hasta el Círculo Ártico, viajes hechos a ello, temperamento y cualidades de la tierra, puertos, misiones y descubrimiento de los Rusos... y comercio de éstos. Año de 1783. Tuvimos noticias de esta obra a través del estudio de Marie Helmer, "Les Papiers de Fr. Iñigo Abad y Lasierra conservés aux archives de L'Évêché de Barbastro" en Bulletin Hispanique, Bordeaux, Tome xiv, No. 1, 1952, pp. 67-69.

(18) Este dato lo debemos también a nuestro amigo, D. Generoso Morales Muñoz. Dice así su comunicación: "Abad dejó muy adelantadas sus historias descriptivas de las Provincias del Perú y Caracas, y las mismas pueden verse en el Archivo Episcopal de Barbastro..."

(19) Hay dos excelentes artículos de Marie Helmer, uno de los cuales ya citamos en la nota 17 sobre el interés y la importancia del archivo de Abbad. Incluye la autora el catálogo de los papeles de Abbad en su artículo "Documentos Americanistas en el Archivo de Barbastro" en Anuario de Estudios Americanos, año viii, (Sevilla, 1951), pp. 543-567.

(20) Dice Marie Helmer que nuestro historiador "atado por la afición de enciclopedismo... quería ligar su nombre a un diccionario histórico y geográfico de las posesiones españolas de allende los mares, a imitación... del Gacetero americano inglés para la América del Norte". Ibid., 546.

(21) También debemos al Sr. Morales Muñoz el valioso obsequio de este documento que se halla en el Archivo Episcopal de Barbastro, Legajo 785. Originalmente el "Memorial" tenía la fecha de 16 de septiembre de 1782, pero Abbad la rectificó y la sustituyó por la de 30 de enero de 1783; esta aclaración la hace el Sr. Morales en nota a la copia del "Memorial" que nos remitió. Infra cxvii.

(22) Véase el capítulo viii de este estudio. Infra, pp. lxx y ss.

que le atribuye, y finalmente, pero no menos importante, cómo delatan estos párrafos la decidida vocación histórica del monje, el ámbito universal de su mirada histórica y su criticismo depurador:

*"La oportunidad que tube de viajar nueve años continuos por diferentes Provincias, é Islas de América haciendo la visita eclesiastica, y misión Apostolica me proporcionó la ocasión de observar aquellos Países y su estado físico y civil, antiguo y moderno: con cuyo motivo me detuve en cotejar las historias que había leído sobre los propios terrenos que pisaba, y estudié prácticamente lo diminuto y errado de sus Descripciones, el trastorno y corrupción de los nombres de cabos, pueblos, y ríos, la equivocación de sus verdaderas graduaciones, distancias y cursos; la poca inteligencia, ó la mala fe, con que se ha procedido en la formación de sus Mapas, y sobre todo la grande mutación y progresos que ha tenido en todas sus partes la América en estos últimos años".*

*"Este cotejo y observaciones me hicieron ver la necesidad de una Obra que nos diese una relación fiel del estado de aquellos Países, y la serie de los sucesos ocurridos desde su descubrimiento por los Españoles, hasta el presente, con la Descripción de los diferentes establecimientos de las Potencias Europeas en aquella parte del mundo: de sus poblaciones, situación, número de habitantes, su carácter, usos, y costumbres, calidad de las tierras, naturaleza de sus producciones, comercio, geografía física, y demás noticias que nos manifestasen con claridad el estado antiguo y presente de aquellas Provincias, cuyas historias escritas en el tiempo ó poco después de la conquista, hablan vagamente de los sucesos anteriores á ella, padecen muchas equivocaciones en los posteriores, y en nada corresponden con su estado actual".*

Con el fin de realizar este proyecto, Fr. Iñigo había seleccionado con acertado criterio historiográfico una colección documental relativamente rica sobre diversos países americanos <sup>(23)</sup> y reveladora además de una sensibi-

(23) Dice M. Helmer que los estudios de Abbad tratan principalmente de la geografía de las regiones costeras al Mar Caribe, pero se extienden, sin embargo, desde California y la Florida por una parte, a Buenos Aires y el Río de la Plata, por otra. Toca la organización eclesiástica, las misiones, la política, los recursos económicos, el comercio, el contrabando, la marina y la demografía. Cf. el citado artículo en *Anuario de Estudios Americanos*... p. 545.



lidad alerta a los problemas económicos y sociales propios de su siglo (24). Ya en la primera versión de este análisis sobre su Historia de Puerto Rico, habíamos podido apreciar esta preocupación de Fr. Iñigo, preocupación, que por cierto, contribuye a imprimir a dicha obra un fuerte sabor ilustrado (25).

La vida activa y fructífera de Fr. Iñigo Abbad, dedicada a los nobles apostolados religiosos y culturales, se apaga el día 24 de octubre de 1813 en las cercanías de Valencia cuando aún ocupaba la sede de Barbastro, la que sirvió por espacio de veinte y tres años.

## II. Concepción de la Historia.

Iniciaremos el estudio de la Historia de Puerto Rico de Abbad y La-sierra explorando los supuestos doctrinales en que descansa su concepción de la historia. Indudablemente ese fundamento teórico, lo que el autor piensa y espera de la ciencia histórica, imparte a su obra un peculiar perfil. Sin embargo, como el hombre es un ser esencialmente histórico no cabe aislar su obra creadora del clima intelectual de su tiempo. Conviene, pues, a fin de situar con más justeza la posición de Fray Iñigo ante la disciplina de su preferencia, recordar algunas de las ideas que privan en el Dieciocho en torno a la obra histórica. El intento no está libre de escollos: la complejidad cultural del siglo lo explica. Existen, no hay duda, ciertas ideas generales y preponderantes, no obstante, se dan a la par ideas y concepciones divergentes con respecto a aquellas. No es despreciable el trecho ideológico y metodológico que media entre la concepción de la historia en Voltaire y en Juan Bta. Muñoz. La dicha dificultad se acentúa cuando de obras sobre América se trata. Lo relativamente reciente de su historia, la riqueza de sus fuentes y la tradición de veracidad histórica (si bien no siempre lograda) que orientó a la historiografía hispanoamericana separan indudablemente

(24) Los títulos de los expedientes revelan esa preocupación. Obsérvese el carácter de algunos de los temas incluidos: interés por el mejoramiento económico mediante el aprovechamiento de los recursos naturales: fomento y beneficio de las minas de oro, carestía y precio del azogue, etc.; sobre tintes: grana, añil; cultivo de tabaco; pesquerías; problemas del comercio, su fomento y liberalización; la navegación; las comunicaciones, etc.

(25) Este estudio se publicó originalmente en Estudios de Historiografía Americana, México, El Colegio de México, 1948, y ha sido revisado para esta nueva edición. Véase la sección "E" del capítulo VI y el capítulo VIII. *Infra*, pp. LXI, LXX.

## E S T U D I O P R E L I M I N A R

a ésta de la europea. No obstante, intentaremos un resumen, apuntando cuando lo creamos pertinente aquellas ideas menos generales que puedan haber influido en la historiografía de Hispanoamérica.

La historiografía del XVIII es ante todo de tipo filosófico: responde a un nuevo humanismo. Su sujeto es el hombre como ser dotado de razón. Apoyándose precisamente en este hecho, el criterio universalista e igualitario del pensamiento dieciochesco presenta el postulado de la radical unidad del ser humano. Interesa, pues, conocer al hombre en su íntima esencia: buscar aquellas actitudes constantes y universales que confirmen dicho postulado. Determinar, asimismo, cuáles son sus relaciones con la naturaleza y la Divinidad. Despojada la vida del hombre de aquellas normas que repugnen a la razón y estructurado un nuevo orden social según premisas racionales, ¿a qué grado de progreso no podrá llegar la humanidad? Es el optimismo propio de la fe racionalista del Siglo. La historiografía más representativa de esta centuria responde en buena medida a estas concepciones. El interés por conocer la vida del hombre en todas sus manifestaciones da origen a que se supere la visión parcial del contenido histórico; se amplía su radio de interés para abarcar en él todos los aspectos de la vida de los pueblos. Se hace historia de la civilización. El Siglo de Luis XIV de Voltaire es ejemplo de tal tipo de historia. Pero eso no basta; falta aún la dimensión universal. El Ensayo sobre las Costumbres del mismo autor representa un esfuerzo inicial en el sentido de lograr una historia universal. No interesa tanto la rigurosa enumeración de los hechos sino las grandes síntesis que den base a la interpretación filosófica. Por eso, abundan las consideraciones filosóficas en torno a aquellos hechos y actitudes humanas comprobatorios de la tesis racionalista. De ahí que haya sido denominada esta modalidad dentro del género histórico como "filosofía en ejemplos".

Esa fe optimista que el pensamiento del XVIII tiene en la razón como instrumento de conocimiento, influirá decisivamente en el método de la obra histórica. De ella deriva la certeza de realizar el ideal de verdad que le es esencial. El criticismo racionalista que surge en consonancia con tal postura ideológica juzgará de la autenticidad de los hechos históricos a base de una evidencia racional. La incongruencia de un hecho justificaría lógicamente su exclusión del contenido de la obra histórica. Lo anterior no implica, sin embargo, desconocimiento de las fuentes documentales. Se re-

curre a ellas, se busca su apoyo. Pero a pesar de ello, habrá por encima de la base documental, un superior criterio rector: la razón. No en vano comenta G. P. Gooch en la introducción de su obra *Historiadores en el Siglo Diecinueve* que "a pesar de Mabillon la técnica de investigación se hallaba [en el xviii] en su infancia".

No obstante lo anterior, subsiste simultáneamente otra corriente metodológica minoritaria que impulsada por el cientificismo empírico, expresivo también del pensamiento dieciochesco, confía en la posibilidad de encontrar un método científico equiparable en su eficacia al de las ciencias naturales. La observación y la experimentación deben ser las bases del método tal y como ocurre en las ciencias naturales y físicas. Este hallazgo metodológico no se presenta como un hecho desconectado de antecedentes: su trayectoria puede trazarse desde el siglo anterior en consideración a todo lo que sobre técnica de investigación elaboraron los benedictinos de San Maur en el Dieciséte. Se insiste en la consulta de fuentes primarias. Se exige la base testimonial, el soporte documental, pues de otro modo, como diría Juan Bta. Muñoz, las obras históricas no serían más que "vistosas superficies sin solidez" (26). Se someten a examen estas fuentes para determinar su auténtico valor. El historiador se coloca frente a ellas en actitud suspicaz, pero tiene fe en que sus instrumentos metodológicos le permitirán acertar con el fondo de verdad que haya en ellas. Tal parece como si la misma preocupación por la comprobación de los hechos que se observa en las ciencias naturales hubiese penetrado en el campo de la ciencia histórica. Índice del auge que este criticismo alcanzó en el siglo xviii en España es la abundante literatura que sobre metodología se publicó en esa época (27). Pero el más elocuente ejemplo de cómo la suspicacia se erige en sistema es el de Juan Bta. Muñoz, quien incorpora a su técnica de investigación el principio car-

(26) Juan Bta. Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, Madrid, Viuda de Ibarra, 1793, Introducción, xxv. Es también esa misma inquietud la que se revela en estas palabras de William Robertson: "All these books and manuscripts I have consulted with that attention, which the respect due from an author to the Public required; and by minute references to them, I have endeavored to authenticate whatever I relate. The longer I reflect on the nature of historical composition, the more I am convinced that this scrupulous accuracy is necessary". William Robertson, *The History of America*, London, Printed for W. Straham, T. Cadell, in the Strand; and J. Balfour, at Edinburgh, 1777, 2 vols., I, xv.

(27) Véase Antonio Ballesteros y Beretta, *Historia de España y su Influencia en la Historia Universal*, Barcelona, Salvat Editores, S. A. 1918-1941, 10 vols., vi, 326-7.

tesiano de la duda metódica. Nada más expresivo de esta ideología que las propias palabras del historiador español: "Determiné hacer en mi historia lo que han practicado en distintas ciencias naturales los filósofos a quienes justamente denominan restauradores. Púseme en el estado de una duda universal sobre cuanto se había publicado en la materia con firme resolución de apurar la verdad de los hechos y sus circunstancias, hasta donde fuese posible, en fuerza de documentos ciertos e incontrastables". (28)

Pero no es únicamente el método lo que garantiza la realización del ideal de verdad histórica. Se exige también al historiador una actitud objetiva, imparcial. Desde fines del siglo anterior Bayle expresaba esta inquietud al reclamar al historiador que se colocase en la posición de un estoico a quien ninguna pasión conmueve, y el cual, manteniéndose insensible a todo lo demás, cuidaría tan sólo de los intereses de la verdad (29). En el siglo XVIII, una figura señera de la historiografía inglesa, como lo es William Robertson, expresa su credo objetivista al comunicar a sus amigos los temores que le asaltan de que estando tan próxima en el tiempo la crisis entre la Gran Bretaña y sus colonias, no pudiese responder de tratarle con espíritu desnudo de toda prevención (30).

Propio también de la historiografía del siglo XVIII es su pragmatismo. No se entiende éste en el sentido clásico de concebir la historia como guía y orientación del hombre. El nuevo pragmatismo se aparta de esta concepción. Tiene su origen en uno de los postulados más caros al pensamiento dieciochesco: la creencia en un progreso racional. La historia puede mostrarnos las causas determinantes del desenvolvimiento de aquél. Con este conocimiento podrían salvarse los obstáculos que detienen su curso, produciéndose en consecuencia un aceleramiento beneficioso a la humanidad.

Delineado así el marco de las corrientes características de la historiografía del siglo, precisemos la posición de nuestro historiador. Como rasgo diferenciador, destacándose casi como una constante en su obra, está su bien logrado objetivismo. ¿Credo ideológico? ¿Temperamento? ¿Vigilante cautela? Quizás responda a las tres razones. Ninguna tiene presencia excluyente. Indu-

(28) J. Bta. Muñoz, op. cit., Introducción, v.

(29) Citado por Ernst Cassirer, *Filosofía de la Ilustración*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, 201.

(30) William Robertson, *Historia de América*, Barcelona, J. Olivares y Gavarto, 1840, 4 vols., I, Noticias Preliminares, xx.

dablemente el objetivismo es el rasgo más notable en su Historia. Tal parece como si tratase de ocultar su identidad de español y religioso. Y esto es aún más notorio si consideramos la época en que escribe: aquella que arrastra en su haber las contiendas ideológicas en torno a la esclavitud negra; en que cobra de nuevo actualidad el tema de la esclavitud del indígena para condenarla violentamente; esto es, la del auge de la Leyenda Negra. Las lecturas de Fr. Iñigo acreditan conocimiento de estos temas: ha leído a Raynal, a Robertson, a Las Casas. Además, por su formación cultural no puede desconocerlos. Sin embargo, se mantiene discretamente al margen de ellos. Anota escuetamente los hechos. Eso es todo. Índice de la arrebataadora atracción que esos temas ejercieron en el siglo XVIII es el que no consiguiera superarlos ni siquiera un espíritu reflexivo y científico como el del estudioso Robertson. Sin embargo, Fr. Iñigo, amparado en su baluarte objetivista, no solamente resiste el asedio del siglo con sus temas candentes y apasionantes, sino también los desafiantes estímulos que le lanza nuestra propia historia: extinción de la población autóctona, instrucciones de la Corona al fraile dominico Montesinos para proteger al indio, etc. Fr. Iñigo aparece insensible ante estos temas que debieran excitar su sensibilidad de español y religioso. No logran semejantes estímulos abrir brecha en su hermetismo. Su expresión, además, es siempre mesurada; en algún caso hemos observado que se aparta de ella, por ejemplo, cuando relata los actos de barbarie cometidos por los bucaneros y filibusteros. En otro momento, también, advertimos que su objetivismo sufre menoscabo al situarse en una posición un tanto parcial ante la rebelión del indígena. Pero a pesar de estas desviaciones, su objetivismo es lo que da la tónica a su obra <sup>(31)</sup>.

Quizás no obedece únicamente a una posición ideológica. ¿Podría atribuirse, acaso, a una modalidad de temperamento? Fr. Iñigo se revela en su Historia de Puerto Rico como un espíritu sobrio, reflexivo, equilibrado. Tal parece como si el espíritu polémico le fuera totalmente ajeno. <sup>(32)</sup>. Sin embargo, las últimas noticias sobre incidentes de su vida en Puerto Rico podrían quizás inclinarnos contra esta última hipótesis. ¿Aceptaríamos, pues, la de un deliberado objetivismo? ¿Se vería, acaso, impelido a él por una actitud de vigilante cautela debido a las limitaciones de su información histórica desprovista de comprobación documental directa?

<sup>(31)</sup> Nos referimos más bien a los Capítulos I a XIX en que se hace la relación de los primeros tres siglos de nuestra historia.

<sup>(32)</sup> Esto no obsta para que en la Relación del Descubrimiento, Conquista y población de las Provincias y Costas de la Florida, Fr. Iñigo adopte una actitud distinta explicable por el carácter de tesis de dicha obra.

*De todos modos, la posición de Fr. Iñigo en este sentido es plenamente expresiva de los anhelos de ciertas corrientes historiográficas representativas del siglo. Tal parece como si nuestro autor quisiera en todo momento responder al reclamo de Bayle.*

Por otra parte, la amplia visión que tiene del contenido histórico, le coloca también dentro de la corriente histórica de su tiempo. El título de la obra: *Historia Geográfica, Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico* <sup>(33)</sup> ya lo insinúa así. Casi todos los aspectos de nuestra vida colectiva han sido considerados en ella <sup>(34)</sup>. Aún careciendo de los conocimientos e instrumentos necesarios, se lanza al estudio de la historia natural de nuestra tierra. Fr. Iñigo, historiador dieciochesco, consideraría que mutilaba su obra si rehuyese la consideración de este aspecto, aunque indudablemente pesa también la tradición tres veces secular de interés por este tema en la historiografía hispanoamericana. Describe la vida de la población autóctona y la de los caribes; narra los sucesos de nuestra historia, no desde el ángulo limitado de lo político o militar, sino en un panorama más comprensivo; pasa después a la parte de la obra en que, observador directo de nuestra realidad histórica, hace un estudio juicioso y completo de casi todas las fases de la vida puertorriqueña en el siglo XVIII, abarcando sus problemas económicos, políticos, morales y psicológicos.

Tampoco faltan en la obra consideraciones filosóficas características de la historiografía del siglo. No son muy abundantes ni de gran alcance. Algunas acusan cierta intención ética (pp. 176, 184) <sup>(35)</sup>; otras, muy pocas, ex-

(33) Bajo este título aparece en el manuscrito de la Biblioteca Pública de Nueva York. (Abbad, Iñigo, *Historia Geográfica, Civil y Natural de la Ysla de San Juan Bautista de Puerto Rico*. Signed by Abbad, Madrid, 1782. The New York Public Library, No. 9943, Astor, Lenox and Tilden Foundations, 1895). Probablemente el manuscrito consultado por D. José J. Acosta debió tener este título. Sin embargo, nos inclinamos a pensar que el señor Acosta no utilizó el manuscrito de la Biblioteca Pública de Nueva York ya que se observan algunas variantes entre éste y el texto de la edición de Acosta.

Desconocemos la razón por la cual el título de la obra apareció alterado tanto en la edición Príncipe como en la de 1831. La portada de estas dice así: *Historia Geográfica, Civil y Política de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*. Dada a la luz D. Antonio Valladares de Sotomayor; con privilegio Real, Madrid, Imp. de D. Antonio Espinosa, 1788. En igual forma aparece en la segunda edición, impresa en Puerto Rico, en la Oficina del Gobierno a cargo de D. Valeriano de Sanmillán, año de 1831.

(34) Sin embargo, ha dejado fuera cosa que resulta inexplicable, la consideración del aspecto educativo y cultural. Véase a este respecto la p. LXVIII.

(35) Incluimos entre paréntesis las páginas de la presente edición de la *Historia*. En adelante, y siempre que sea posible, seguiremos igual práctica.

plican el sentido de ciertos hechos a base de lo universal y constante de la naturaleza humana (p. 225). Sin embargo, en cuanto a este punto su obra es moderada. En Robertson, en Voltaire, en Muñoz, las reflexiones filosóficas son mucho más insistentes y parecen responder a una motivación ético-didáctica y a una preocupación casi constante por destacar lo humano universal e inmutable que, en grado muchísimo menor, inspiran la obra de Abbad. En cuanto al análisis que éste hace de la vida puertorriqueña en el siglo XVIII y los remedios que aconseja ¿no responden al ideal pragmático? Nos parece que son más bien fruto de una exigencia externa, el cumplimiento de una misión encomendada; mas a ello se une ciertamente el anhelo de levantar las normas morales y materiales de la vida, tan características del clima político del siglo.

Los cuadros de estadísticas que inserta son también un exponente de la técnica historiográfica del Dieciocho. (pp. 153; 175-6).

### III. Utilización de Fuentes.

Haremos el análisis de las fuentes consultadas por Fr. Iñigo en dos sentidos distintos: en primer lugar, estudio de sus fuentes de historia local, y en segundo lugar, las fuentes de sus ideas de tipo general. En ambos casos hemos tratado de conocer el método y el criterio que han orientado la selección del autor.

La utilización de fuentes para la historia local no ha presentado a Fr. Iñigo serios problemas. En general, y a excepción de ciertas irregularidades de orden secundario, las ha seguido casi con absoluta fidelidad. No consideramos esto tanto una virtud cuanto una limitación de sus instrumentos y su método de trabajo. Careciendo de fuentes documentales, no puede someter a revisión la información de sus fuentes impresas. Cuando surge discrepancia entre éstas, usa de su criterio, no siempre con acierto, por la antedicha razón. El ideal de realización de la verdad histórica que animó a muchos de los primitivos historiadores de Indias, y aún la misma sobriedad que caracteriza la obra de Herrera, subsisten en el historiador de Puerto Rico. Quizás en esa comunidad de ideologías podemos encontrar, en parte, la explicación del hecho señalado. Creo observar en Fr. Iñigo un criterio histórico bastante claro y definido. Por eso descarta las autoridades que no se acomodan a su credo histórico: caso ejemplar, el rechazo de Las Casas. Esto no ocurre siempre en forma absoluta; aún cuando no se dé esa comunidad de ideologías, suele aprovechar dichas fuentes, pero en tales casos poda, elimina y utiliza únicamente aquellos datos

## E S T U D I O P R E L I M I N A R

cuya certeza, cree él, no cabe poner en duda. Así procede frente al historiador francés Raynal.

En cuanto a las fuentes de ideas generales, nos plantea Fr. Inígo consideraciones de índole distinta a las expuestas en torno a la historia local. Utiliza ideas, expresiones y datos históricos de otros historiadores sin hacer constar su procedencia. Tal es el caso con respecto a Raynal y Robertson.

Adelantadas estas observaciones, pasaremos al análisis del contenido de las fuentes.

Una de las fallas más notables en el esfuerzo por construir este primer compendio de nuestra historia fue, según hemos anticipado, la imposibilidad de consultar fuentes documentales. <sup>(36)</sup> Fr. Inígo trabaja su Historia en la Isla donde precisamente faltaban archivos oficiales y particulares, según manifestación del propio historiador <sup>(37)</sup>, por lo que depende casi exclusivamente de fuentes impresas. Su obra es, pues, de segunda mano <sup>(38)</sup>; no por eso deja de ser una buena síntesis de nuestra historia.

Consideremos en primer lugar su bibliografía. Es extensa. <sup>(39)</sup> Suple de este modo la falta de fuentes primarias. Utiliza casi exclusivamente obras impresas para reconstruir los primeros diecinueve capítulos de su Historia, ya que los veintiún restantes son resultado de su directa experiencia en el medio histórico puertorriqueño. El hecho prima facie podría inducirnos a derivar las siguientes conclusiones: gran responsabilidad intelectual de parte de nuestro historiador, un evidente respeto por la disciplina histórica, erudición bibliográfica en materia de historia de América y, aún más, juicioso y bien orientado criterio historiográfico. No negamos que estas cualidades puedan caracterizar a Fr. Inígo. Creemos que se dedicó a su obra con fervoroso empeño. Tampoco dudamos de ciertas palabras suyas al impresor Valladares <sup>(40)</sup>. Sin

<sup>(36)</sup> Los documentos consultados por Fr. Inígo se reducen casi exclusivamente a los que aportan datos estadísticos contemporáneos a su obra, sobre población, agricultura, comercio, rentas reales, etc., etc., además de un catálogo de Obispos y el de los Gobernadores; por cierto, ambos contienen errores. *Infra*, pp. 255-263

<sup>(37)</sup> Véase la nota 14.

<sup>(38)</sup> Nos referimos a los diecinueve primeros capítulos.

<sup>(39)</sup> Véase el Apéndice "A" de este estudio.

<sup>(40)</sup> "...que la había compuesto, examinando personal y escrupulosamente hasta la cosa más mínima de las que trata en ella; y últimamente, por el cuidado, desvelo, aplicación y eficacia que había empleado para componerla no era regular que, dasea deslucidos por una impresión poco arreglada". Abbad, Historia..., edición 1866, x.



embargo, nos inclinamos a pensar, después de más maduro análisis, que el hecho responde, más bien, a un mero recurso técnico. Concedemos, no obstante, que no todas las observaciones anteriormente formuladas son incompatibles con nuestra última conclusión.

Veamos las obras que consulta. Al siglo xvi corresponden: Oviedo, Las Casas, Acosta, Cieza de León, Castellanos y Herrera. Indudablemente aparecen en esa lista las obras fundamentales de ese siglo en materia de historia colonial de América. Al siglo xvii pertenecen: Du Tertre, Duval, Rochefort y la Historia de los Piratas. Al siglo xviii: Labat, Charlevoix, Gumilla, González Barcia, Valmont de Bomare, Buffon, Raynal, Ulloa, Feijóo, Bowles, Robertson, Echard y la Historia General de Viajes. En la selección del siglo xviii ha incluido aquellas obras que fueron consideradas de primera categoría en su tiempo en cuanto a materia histórica e historia natural: Barcia, Robertson, Raynal, Ulloa, Buffon, y en filosofía, Feijóo. Sobre todo, es digno de mención el hecho de que utilice las obras de Raynal y Robertson a pesar de la prohibición que en aquel momento pesó sobre ellas —muestra indudable de amplitud de criterio.

Ahora bien ¿cómo utiliza Abbad todas estas obras? Para la parte de historia local depende casi exclusivamente de Herrera y Oviedo. Estos autores aportan la información histórica sustancial; con alguna frecuencia los complementa con datos de Barcia <sup>(41)</sup>, Castellanos, Raynal y Robertson, pero casi siempre con categoría de información secundaria y accidental. Las otras obras las utiliza por excepción. Acude a ellas para detalles de secundaria importancia, como apuntamos antes, o sencillamente para abundar en la información suplida por Oviedo y Herrera. Con frecuencia apela al recurso técnico de citar varias fuentes para fundamentar un hecho que no siempre es de capital importancia. Esto nos inclina a pensar que al proceder así Fr. Iñigo se deja guiar más bien por una preocupación ornamental de tipo barroco y no precisamente por la urgencia de un sólido testimonio. Esta práctica lo lleva al extremo de hacer uso de una cita bibliográfica de Robertson que delata, casi con absoluta certeza, que por lo menos algunas de las obras de la referida cita no han sido efectivamente consultadas por Abbad. La cita es la primera que a continuación presentamos como ejemplo del despliegue técnico ya señalado. En el capítulo

(41) Andrés González de Barcia, *Historiadores Primitivos de las Indias Occidentales*, Madrid, s. i., 1749, 3 vols.; la obra que consulta es la *Historia General de las Indias* de López de Cómara.

cuarto (p. 19) al explicar cómo la distancia del ecuador no es causa única de las diferencias climatológicas, apoya su aserto en Ulloa, Anson, Quirós, Richard, Charlevoix, Acosta, Buffon, Osborne y Robertson <sup>(42)</sup>. Es el mismo recurso que utiliza en la Introducción, antes de entrar en el contenido histórico de la obra, cuando al referirse a la tradición sobre la Atlántida, cita el testimonio de Séneca, Raynal, Barcia y Florián de Ocampo. (p. 2). Del mismo modo, al relatar las dificultades que experimentó Ponce de León en su viaje de descubrimiento, con los indios hostiles de la Florida, recurre a la autoridad de Herrera, Oviedo, Robertson, a la Historia General de Viajes y a Juan de Castellanos (p. 54). En los tres ejemplos citados, la información que cada fuente suministra es casi siempre la misma. Insistimos en que el hecho acusa una supervivencia de la técnica histórica del siglo xvii y propia de su espíritu barroco, aunque no faltan en Abbad ciertas variantes dieciochescas. Este modo de citar no perdura en todos los historiadores del siglo; al menos, ni Juan Bau-

(42) Hemos descubierto que esta cita bibliográfica en que abunda en el criterio de todas estas autoridades está tomada de Robertson, (Cfr. William Robertson, *The History of America*, London, Printed for W. Straham, T. Cadell in the Strand, and J. Balfour at Edinburgh, 1777, 2 vols., 1, 253, 254, 255, 488, note xxx). Con la excepción de Buffon, Charlevoix, Ulloa, el mismo Robertson y la Historia General de Viajes (el Viaje de Fernández de Quirós aparece citado en esta colección de Viajes: Véase Apéndice "A", nota 11). Abbad no vuelve a recurrir al testimonio de las otras autoridades de esta cita. Sin embargo, hemos comprobado que efectivamente utiliza a Robertson, Ulloa y la Historia General de Viajes; no nos ha sido posible verificarlo en los otros casos. En cuanto a la Historia General de Viajes, Robertson consulta y cita la versión francesa del Abate Antonio Francisco de Prevost, mientras que Abbad utiliza posteriormente la versión española de Miguel de Terracina como testimonio a la información que ofrece, entre otras noticias, sobre el descubrimiento de la Florida. (Infra, pp. 54, 55, 64, 82). Las citas que en estos casos da concuerdan exactamente con la obra de Terracina lo que no ocurre con la cita de la página 19, tomada de Robertson, pues precisamente el "Viaje" de Quirós no está incluido en la versión española de Terracina y sí lo está en la francesa de Prevost. En el caso de Ulloa recurre nuevamente a su testimonio (Infra 224, 226), pero basándose en su obra: *Noticias Americanas, entretenimientos físico-históricos sobre la América meridional y la Septentrional Oriental*, Madrid, Imp. de Francisco M. de Mena, 1772. También esta vez las citas concuerdan con esta edición; no así las de la página 19 que tomó de Robertson y que parece se refieren a otra obra de Ulloa.

Hemos tratado de determinar si Abbad ha tomado otras citas de Robertson, pero hasta ahora creemos que éste es el único caso en que tal cosa ocurre. Confrontamos para cerciorarnos aquellos tópicos de la obra de Abbad que se tratan también en la de Robertson: descubrimiento, colonización y conquista de Puerto Rico, y el descubrimiento de la Florida. En la Historia de Abbad estos temas están tratados con relativa amplitud mientras que en Robertson su discusión es muy somera y apoyándose, con excepción de Herrera y Oviedo, en fuentes distintas de las que consulta Abbad.

tista Muñoz <sup>(43)</sup>, ni Voltaire <sup>(44)</sup>, ni Raynal <sup>(45)</sup>, indican al pie de la página las diversas fuentes de donde procede su información; Robertson sí utiliza tal sistema en su Historia de América. <sup>(46)</sup>.

En la mayoría de los casos, cada obra de la bibliografía ha sido utilizada una sola vez y casi siempre para datos no esenciales. Por ejemplo: cita a Las Casas, Relación de la Destrucción de Indias, para repetir únicamente que la Isla estaba "tan poblada de gente como una colmena..." (p. 20). En ninguna otra ocasión recurre Abbad al testimonio de Las Casas. Caso igual ocurre con José de Acosta y su Historia Natural y Moral de las Indias. Lo cita una sola vez también, y ni siquiera para obtener un testimonio histórico (p. 19). Lo que ocurre con Las Casas y con Acosta se repite con otros muchos autores: Duval, Quirós, Richard, Cárdenas, Osborne, Rochefort, Du Tertre, y Cieza de León. Muy rara vez pasa lo que con Labat, que la única cita sirve para fundamentar un dato esencial, como lo es el de sustentar la tesis de que los caribes fueron oriundos de la Florida (p. 80), aserto que apoya también en el testimonio de Herrera y de Robertson.

En general, Fr. Iñigo observa bastante fidelidad en el manejo de sus fuentes. En un solo caso hemos notado que sin razón justificada se aparta de ellas <sup>(47)</sup>. Al hacer la relación del encuentro de los españoles con los indios en el Coayuco (p. 37) no dice que los últimos hubiesen recibido refuerzos de los caribes antes de esa batalla, como lo indican Herrera <sup>(48)</sup> y Oviedo <sup>(49)</sup>; en cambio, en el siguiente capítulo al continuar la relación de la rebelión de los indígenas, refiere cómo los indios de la Isla, desconfiando de sus fuerzas, pidieron después de esa batalla ayuda a los caribes (p. 41).

En algunas ocasiones las citas no son exactas, pues no aparece, en las fuentes por él señaladas, la información suministrada. Por ejemplo: en el mis-

<sup>(43)</sup> Juan Bta. Muñoz, op. cit.

<sup>(44)</sup> Voltaire, Siècle de Louis xiv, Paris, Charpentier, Libraire-Editeur, 1858.

<sup>(45)</sup> Thomas G. Raynal, Histoire Philosophique et Politique des Etablissements et du Commerce des Européens Dans les Deux Indes. A. Genève, Chez J. L. Pellete, 1780, 4 vols.

<sup>(46)</sup> Véase la nota 26.

<sup>(47)</sup> En la nota 1 al capítulo VII, D. José J. Acosta señala este hecho. Abbad, Historia..., edición Acosta, 1866, p. 65.

<sup>(48)</sup> Antonio de Herrera, Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano, Madrid, en la Imprenta Real de Nicolás Rodríguez, 1730, 4 vols., 1, D. 1., lib. 8, f. 226.

<sup>(49)</sup> Gonzalo Fernández de Oviedo, Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, Madrid, Imp. de la Real Academia de la Historia a cargo de José Rodríguez, 1851-5, 4 vols., 1, lib. xvi, f. 480.

mo capítulo en que hace relación de la batalla del Coayuco, dice que los españoles dejaron allí muertos doscientos indios (p. 38), cuando ni Herrera ni Oviedo, autoridades que él cita, ni aún Castellanos, aunque no lo consulta en esta ocasión, dan tal dato. Igual ocurre con los detalles sobre las labores en que se ocupaban las mujeres del cacique (pp. 23-4). Según su cita, proviene de Oviedo, mas no aparecen tales datos en el capítulo III del libro V (Parte I) que es el que consulta al efecto. También hemos observado otra inexactitud de parecida índole al describir las prácticas funerarias de las nativos de Puerto Rico (p. 27). Toma su información totalmente de Herrera<sup>(50)</sup> y además la apoya en Oviedo y en Cieza de León, cuando este último historiador describe únicamente las costumbres de los indios del Perú. En otros casos no menciona las fuentes, como cuando alude al traslado del Tribunal de la Inquisición de Puerto Rico a Santo Domingo en el año de 1523 (p. 72). Tampoco señala las fuentes del capítulo XIX, (pp. 95-97) ni el origen de la documentación estadística que a veces inserta<sup>(51)</sup>. Estos casos son la excepción; lo regular es que indique siempre al pie de la página las fuentes originarias. Por cierto, al mencionar el traslado del Tribunal de la Inquisición cae en error según rectificación de D. José J. Acosta<sup>(52)</sup>. Por lo demás, los errores advertidos en la obra de Fr. Iñigo son casi siempre errores de sus fuentes. No pudiendo verificarlas con los documentos correspondientes, como lo han hecho historiadores posteriores, pasaron dichos errores a su Historia. D. José J. Acosta, en sus muy acertadas "Notas", señala una y otra vez este hecho. Por ejemplo: entre los datos históricos equivocados está el de haber fijado la fecha del asedio holandés en 1615, error que Abbad toma de Echard<sup>(53)</sup>. Sin embargo, D. José J. Acosta le señala<sup>(54)</sup> el error histórico de atribuirle a los franceses una represalia contra los españoles establecidos en la Florida después que el Capitán Pedro Menéndez atacó, por orden de Felipe II, las posiciones francesas de los hugonotes en ese territorio, exterminando toda la población protestante (p. 69). En este caso Fr. Iñigo está

(50) Herrera, op. cit., I, D. I., lib. III, cap. III, f. 68.

(51) *Infra*, pp. 153; 165; 174-176.

(52) Abbad, Historia... edición Acosta, 1866, pp. 116-119.

(53) Lorenzo Echard, Dictionnaire Geographique ou Description de tous les Reynos, Provinces, Isles... Traducida al francés de la XIII edición de Londres por M. Vosgien... con muchas correcciones y adiciones. Traducida al castellano de la última impresión de París con varias correcciones y adiciones... por D. Juan de la Serna, Madrid, Imp. de la Vda. de Peralta y Angel Corradi, 1760, "Juan de Puerto Rico (San)", 274.

(54) Abbad y Lasier, Historia, edición 1866, pp. 108-109.

en lo cierto; el hecho de la represalia francesa es auténtico; quizá Abbad tomó la noticia de Raynal <sup>(55)</sup>.

Otra irregularidad que hemos advertido es la referente a los nombres indígenas <sup>(56)</sup>. Se aparta Fr. Iñigo de la ortografía que dan sus fuentes. Por ejemplo: sustituye Furzidi, según ortografía de Herrera <sup>(57)</sup> por Turcidi (p. 8); dice Manabón (p. 14) y no Manatuabon como escriben Oviedo <sup>(58)</sup> y Herrera <sup>(59)</sup>; Sibuco (p. 14) y no Cebuco según Oviedo <sup>(60)</sup> y Herrera <sup>(61)</sup>; en otros casos prefiere la ortografía que da Herrera <sup>(62)</sup> y dice Cacique Broyoán (pp 32, 33) y no Urayoan como lo da Oviedo. En cuanto al nombre del cacique principal, Herrera usa indistintamente Agüeybana o Agüeynaba <sup>(63)</sup>; Oviedo, Agüeybana <sup>(64)</sup>. Abbad prefiere Agüeynaba <sup>(65)</sup>.

Ya hemos mencionado que utiliza casi absolutamente a Herrera y a Oviedo para la información histórica fundamental; pero se observa en Fr. Iñigo la tendencia a depender más de Herrera en ciertos casos que de Oviedo. Parece atribuirle, y con razón, mayor grado de veracidad. En el capítulo III (p. 13), al relatar la llegada de Colón a la Española, en su segundo viaje, sigue el iti-

(55) "Dominique de Gourgue, né à Mont Marsan en Gascogne, navigateur habile & hardi; ennemi des Espagnols, dont il avoit reçu des outrages personnels; passionné pour sa patrie, pour les expéditions périlleuses & pour la gloire; vend son bien, construit des vaisseaux, choisit des compagnons dignes de lui; va attaquer les meurtriers dans la Floride, les pousse de poste en poste avec une valeur, une activité incroyables, les bat partout, & pour opposer dérision à dérision, les fait pendre à des arbres sur lesquels on écrit: Non Comme Espagnols Mais Comme Assassins". Raynal, op. cit., IV, 67. Véase también Pierre Larousse, Grand Dictionnaire Universel Du XIX<sup>e</sup> Siècle, Paris, Administration du Grand Dictionnaire Universel, 1865-1876, 15 vols., VIII, "Gourges (Dominique de)", 1396. También en la Encyclopaedia Britannica. Chicago, London, Encyclopaedia Britannica Inc., 1946, 25 vols., IX, 400, "Florida", "The Huguenots".

(56) Alejandro Tapia y Rivera, Biblioteca Histórica de Puerto Rico, San Juan, Puerto Rico, Imp. Venezuela, 1945. En la p. 15 el señor Tapia advierte como el Padre Abad de la Mota (sic) "sin razón manifiesta adulteró muchos vocablos indígenas..."

(57) Herrera, op. cit., II, D. 4, lib. 5, f. 82.

(58) Oviedo, op. cit., I, 468.

(59) Herrera, op. cit., I, D. 1, lib. 7, f. 181.

(60) Oviedo, op. cit., I, 468.

(61) Herrera, op. cit., I, D. 1, lib. 7, f. 181.

(62) Ibid., I, D. 1, lib. 8, f. 225.

(63) Ibid., I, D. 1, lib. 7, f. 181.

(64) Oviedo, op. cit., I, 467.

(65) Respecto del uso de los nombres Aymaco o Aymamón, véase, Juan A. y Salvador Perea, Revista de Historia de Puerto Rico, 1942, I, 2, (Mayagüez, Puerto Rico, Noviembre de 1942), 139-140.

nerario y cronología de Herrera <sup>(66)</sup> y rechaza los de Oviedo <sup>(67)</sup>. En el mismo capítulo (pp. 15-16), al informar sobre el nombramiento que el Rey Fernando hace a Ponce de León como gobernador interino de la Isla, rechaza a Barcia quien considera que el gobierno de la Isla se le cedió a Ponce "con sujeción y dependencia" del Almirante D. Diego Colón. Igualmente rechaza el testimonio de Oviedo, el cual dice que fue nombrado Ponce como "Teniente del Almirante". Se decide al fin por la versión de Herrera: con "inhibición expresa del Almirante". De hecho, según la decisión posterior del Consejo de Indias, dada en 5 de mayo de 1511, le correspondía a D. Diego Colón la gobernación de todas las islas descubiertas por su padre <sup>(68)</sup>. En cuanto a la fecha de la fundación de Caparra, Oviedo da la de 1509 y Herrera la de 1510. Fr. Iñigo prefiere también en este caso el dato de Herrera (p. 16) y no acierta <sup>(69)</sup>. De igual modo en el capítulo x, que trata del descubrimiento de la Florida por Ponce de León, consulta entre otras autoridades (Oviedo, Robertson, Raynal y Castellanos) a Herrera, y a Terracina en su traducción de la Historia General de Viajes <sup>(70)</sup>. En esta última obra, como en Herrera, se ofrece una relación detallada del viaje de Ponce; Fr. Iñigo se decide por el itinerario y cronología de Herrera.

La consulta de los historiadores de Indias ha sido realizada, como hemos visto, casi con absoluta lealtad. No han presentado a Fr. Iñigo dificultades por motivos de convicción histórica. Su Historia de Puerto Rico es, en efecto, una síntesis de esas fuentes secundarias <sup>(71)</sup>. Adoptando, tal vez, una actitud muy discreta y socorrida, Abbad se ha limitado a repetir la información de sus fuentes con muy raras aportaciones personales. No hace consideraciones en torno a los hechos, aún cuando algunos de ellos deberían interesarle particularmente por su condición de religioso y español, como ya hemos señalado. Debido a esa posición hermética nos ha sido difícil situarlo dentro del panorama ideológico de su tiempo. Su objetivismo es poco menos que impenetrable. Sin embargo, al estudiar el criterio con que utiliza la obra de Raynal, como fuente de historia local, hemos hallado la vía para penetrar algo en su hermética actitud,

(66) Herrera, op. cit., I, D. 1, Lib. II, f. 48.

(67) Oviedo, op. cit., I, 34.

(68) Juan A. y Salvador Perea, Historia del Adelantado Juan Ponce de León, Caracas, Venezuela, Tip. Cosmos, 1929, 69.

(69) Véase la rectificación de J. J. Acosta en la edición de 1866, p. 34. También en J. A. y S. Perea, Historia del Adelantado Juan Ponce de León, 39.

(70) Historia General de Viajes... Traducida al castellano por D. Miguel Terracina, ... Madrid, Imp. de D. Juan A. Lozano, 1763-1791, 28 vols., XXI, 11 ss.

(71) Nos referimos a los primeros diecinueve capítulos según hemos advertido ya.

pero siempre más por lo que calla que por lo que dice. En el capítulo xvi sobre los caribes y en el xviii sobre bucaneros y filibusteros, Fr. Iñigo depende en buena parte de la Historia de Raynal. El historiador francés, muy dentro de las corrientes ideológicas del siglo xviii, se presenta como fiel adepto de las ideas sobre el "buen salvaje" y como apasionado expositor de la Leyenda Negra. Fr. Iñigo, en actitud intelectual más sobria y juiciosa, evade ambas posiciones y sólo toma del historiador francés aquellos datos que están más en consonancia con su posición ideológica. Por ejemplo, dice Fr. Iñigo refiriéndose a los caribes: "No tenían gobierno, pero vivían tranquilos y muy unidos entre sí..." (p. 80). Raynal, a su vez dice: "... Quoique les Caribes n'eussent aucune espèce de gouvernement, leur tranquillité n'étoit pas troublée. Ils devoient la paix dont ils jouissoient a cette pitié innée qui précède toute reflexion, & d'où découlaient les vertus sociales..." (72). Elimina igualmente las reflexiones que si-guen sobre arbitrariedades y crueldades de los déspotas y sus gobiernos. Fr. Iñigo se coloca dentro de la tradición política monárquica absolutista, que en ese momento imperaba en España, aunque matizada por la filosofía política de la Ilustración. Podría argüirse que el método de Fr. Iñigo es el de aprovechar únicamente el dato escueto, y que esa es la razón por la cual elimina las otras ideas, pero no es así; más adelante demostraremos que aprovecha también la parte considerativa. Del mismo modo rechaza nuestro autor las reflexiones sobre la bondad del indígena cuyo corazón no ha sido aún corrompido por las instituciones (73). Al proceder así no cae en la incongruencia de Raynal cuando más adelante no puede evadir el tema de las crueldades y atrocidades cometidas por los caribes (74).

En el capítulo sobre los filibusteros y bucaneros, Abbad depende, además de Raynal, de la Historia de los Piratas (75) y de la Gaceta Americana (76). De Raynal toma muchas noticias, pero siempre eliminando todo lo que hay en él de Leyenda Negra, y de intento de justificar las crueldades de los bucaneros y filibusteros. Para Raynal los bucaneros y filibusteros actúan movidos por un profundo sentido de justicia; todos sus actos responden al deseo de vindicar a los indígenas de las crueldades que sufrieron a manos de los conquistadores y pobladores españoles (77).

(72) Raynal, op. cit., iii, 19.

(73) Ibid., iii, 20.

(74) Ibid., iii, 22.

(75) Véase el apéndice "A", *Infra*, p. lxxxii.

(76) Véase el apéndice "A", p. lxxxi.

(77) Raynal, op. cit., iii, 23 ss.

El caso de Raynal, al igual que el de Las Casas, evidencia un criterio histórico muy definido en Fr. Iñigo. Conoce ambas obras, las consulta, pero se mantiene al margen de la ideología que las anima.

Terminada la parte de este estudio que toca a la utilización de las fuentes para la historia local, penetremos en el análisis de aquellas que nutren las ideas generales de la obra. Indudablemente es Raynal el autor que goza de las preferencias de Fr. Iñigo. Lo utiliza en buena parte, lo sigue al pie de la letra, pero sin indicar que esas ideas proceden del historiador francés. Sigue también a Robertson, pero en proporción mucho menor; igualmente toma ideas de Montesquieu<sup>(78)</sup> para sustentar su relativismo geográfico. Tampoco en estos dos últimos casos indica la procedencia de sus ideas. Recurre además a Bowles<sup>(79)</sup> Valmont de Bomare<sup>(80)</sup> y Feijóo para ciertos detalles sobre el aspecto físico. También utiliza alguno que otro dato aislado de Ulloa, Florián de Ocampo, Séneca, Buffon, y Richard<sup>(81)</sup>. En cambio, es de Raynal<sup>(82)</sup> toda la parte de explicación geológica que incluye en la Introducción de la Historia<sup>(83)</sup>; sin embargo, lo cita únicamente cuando hace referencia a la Atlántida, no obstante que, con excepción de algunos datos eruditos, el capítulo íntegro es del historiador francés. Es de Abbad la frase siguiente: "...solo subsiste por una tradición oscura comunicada a Platón por los sacerdotes egipcios...", y el detalle de que la isla de Otañiti fué descubierta por Mr. de Bougainville en 8 de julio de 1773<sup>(84)</sup>; Raynal dice únicamente que fué descubierta "il n'y a que peu d'années..." Son también de Raynal los párrafos de marcado carácter fisiocrático con que inicia su capítulo sobre la agricultura<sup>(85)</sup>, más otras ideas

(78) Véanse las pp. LV-LVI de este trabajo. También, Apéndice "D".

(79) Guillermo Bowles, Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España. Madrid, Imp. de Fco. M. de Mena, 1775.

(80) Valmont de Bomare, Dictionnaire Raisonné Universel d'Histoire Naturelle. Paris, Didot, le jeune, 1765, 5 vols.

(81) Véase las pp. xxxviii-xxxix.

(82) D. José J. Acosta, en la nota 4 a esta "Introducción", ya observa que Abbad tomó de Raynal lo que se refiere a la formación de las Indias Occidentales y Orientales debido a la corriente marina que corre más veloz hacia el Ecuador. Abbad y Lasierra, op. cit., edición 1866, pp. 4-5.

(83) Véase Apéndice "B", *Infra*, pp. lxxxv-lxxxix.

(84) D. José J. Acosta rectifica este hecho. Dice: "Mr. Bougainville visitó en el año 1768 la isla de Otañiti, descubierta desde principios del siglo xvii por Quirós, célebre navegante español..." Abbad y Lasierra, Historia..., edición Acosta, 1866, 4. Coincide con el dato que aparece en la biografía de L. A. Bougainville (The New International Encyclopedia, New York, Dood, Mead & Co., 1906, 20 vols., III, Bougainville, 358.) de haber éste circunnavegado la tierra de 1766 a 1769.

(85) Véase Apéndice "B", lxxxix-xci.



secundarias que aparecen al final del mismo capítulo; asimismo, la idea también de tendencia fisiocrática que intercala en el párrafo tercero del capítulo sobre población <sup>(86)</sup>. Proceden asimismo de aquél las consideraciones sobre cuáles deben ser los impuestos más justos y equitativos <sup>(87)</sup> y las que formula en torno a las circunstancias que se dan en los descubrimientos humanos y sobre los efectos que el de América ha producido en el clásico concepto del origen de la sociedad <sup>(88)</sup>. Los primeros siete párrafos y el noveno del capítulo sobre huracanes y terremotos <sup>(89)</sup> provienen de la misma fuente. En este caso cambia a veces una palabra o altera una frase para hacerla corresponder a la circunstancia particular de nuestra Isla. A pesar de que en el cuarto párrafo cita a Oviedo (p. 200), al comparar los textos de ambos historiadores se ve, sin lugar a dudas, que la fuente verdadera es Raynal. En el capítulo sobre enfermedades hay algunos detalles que tienen el mismo origen <sup>(90)</sup>, y por último, algunas de las ideas que se encuentran en el capítulo sobre minerales <sup>(91)</sup> proceden también de Raynal. En el quinto párrafo de este capítulo, Abbad cita a Raynal, Ulloa y Valmont de Bomare (p. 226); sin embargo, el texto es idéntico al de Raynal y los dos párrafos antecedentes en que no aparece cita alguna son también del historiador francés.

■ | Caso parecido, aunque en proporción mucho menor, ocurre también con Robertson y su obra *Historia de América*. <sup>(92)</sup>

■ | No podemos eludir el interrogarnos, ¿por qué insiste Abbad en recurrir al historiador francés? Indiscutiblemente responde a un reconocimiento de la superioridad de Raynal en cuanto a ideas y estilo. Fr. Iñigo se percata de ello y gusta de unas y otro al punto de intercalarlas en su obra, pero sin hacer constar en tales casos cuál es su procedencia. Mirado el hecho anacrónicamente y a la luz de las normas metodológicas actuales, no sería difícil incurrir en el yerro de condenarlo por plagio. Un análisis más detenido nos induce a la conclusión de que se trata de una concepción de la propiedad intelectual distinta de la que priva en nuestro siglo y también a una cuestión de método de trabajo. Pero se impone de nuevo otro interrogante: ¿por qué Fr. Iñigo al tomar

(86) Véase Apéndice "B", p. xci.

(87) Véase Apéndice "B", pp. xci-xcii.

(88) Véase Apéndice "B", pp. xcii-xciii.

(89) Véase Apéndice "B", pp. xciii-xcvi.

(90) Véase Apéndice "B", pp. xcvi-xcviii.

(91) Véase Apéndice "B", pp. xcvi-c.

(92) Véase Apéndice "C", p. ci.

las noticias históricas anota en general con mucho rigor su procedencia, mientras que no procede así cuando se trata de aquellas noticias científicas que fluyen en la atmósfera intelectual de su época, y las otras que por su alta calidad estilística le parecen superar su propia expresión? Tal parece como si la verdad y la belleza fuesen patrimonio común; son de todos y de nadie. Es un concepto de la propiedad intelectual que tiene tras de sí una tradición secular. Sin embargo, conviene advertir que no se trata aquí de ideas a tal grado originales, ni de tal hondura técnica, que no hubiesen podido ser hilvanadas por el propio Fr. Iñigo. Por otro lado, tampoco carece él de la habilidad literaria suficiente para redactar los párrafos sobre los huracanes que copia de Raynal. En cuanto a las noticias científicas, las de asuntos geológicos y mineralógicos son manejadas por escritores de cierta categoría intelectual en esa época. Ideas geológicas, parecidas a las que Fr. Iñigo toma de Raynal y particularizando más, las que se refieren al origen y formación de las islas, ¿no aparecen acaso en Voltaire en su Ensayo sobre las Costumbres? <sup>(93)</sup> Los comentarios en torno a los huracanes no son de tal calado científico que no fuesen del conocimiento de Fr. Iñigo; son precisamente las observaciones que puede manifestar cualquiera que hubiese conocido por experiencia tal fenómeno. Por eso D. José J. Acosta en sus "Notas" <sup>(94)</sup> a ese capítulo, dice que el intento de buscar una explicación a estos fenómenos es asunto superior a las fuerzas de Fr. Iñigo. En cuanto al poder descriptivo, a la fuerza y movimiento que imparte Raynal a la descripción de este fenómeno, hay otras descripciones en la obra de Abbad que si bien no alcanzan el dramatismo y vigor de la de aquél, quizás en razón del asunto descrito, sin embargo están plenas de animación, colorido y verdad <sup>(95)</sup>. Y en cuanto a las ideas económicas sobre el valor primario de la agricultura en la economía de un país, el abuso de los latifundios, la equidad en los tributos, etc. etc., tampoco son ideas originales de Raynal, sino relativamente conocidas en el medio intelectual de su siglo por influjo de las doctrinas de los fisiócratas franceses. Por eso nos inclinamos a pensar que Fr. Iñigo, guiado por esa preocupación ornamental a que ya antes hemos aludido y atraído por la expresión bien lograda de ideas que él también profesa, no ha titubeado en intercalarlas en su obra tanto más cuanto ésto no iba en detrimento de las normas de ética profesional de su tiempo. Pero hay algo más interesante sobre este aspecto de la técnica de trabajo de nuestro historiador. Es de admirar la finura y acierto

(93) Voltaire "Essai Sur les Moeurs" en Oeuvres Completes de Voltaire, A Paris, chez Furne, Libraire-Editeur, 1835-1837, 12 vols., III, 1-2.

(94) Abbad y Lasierra, Historia..., edición Acosta, 1866, 433.

(95) *Infra*, 111, 127; 232.

con que selecciona ya una idea, ya una frase y la intercala en el texto de su disquisición sin que se perciba ninguna violencia en el desarrollo de su pensamiento. Esto es aún más significativo cuando se trata de problemas dentro de un cuadro circunstancial tan distinto y en lugar tan remoto en el espacio del que Raynal está tratando. No es menos admirable la forma en que Fr. Iñigo asimila estas ideas trayéndolas al plano de la realidad puertorriqueña y explicando los aspectos de nuestra vida social y económica a la luz de ellas. <sup>(96)</sup> También es digno de mención el dominio que de ambas lenguas, la francesa y española, posee nuestro autor. Sus traducciones del francés son impecables y con tal galanura de estilo que, en el caso de la descripción del huracán, la versión española supera a la francesa. <sup>(97)</sup>

Lo dicho hasta aquí sobre Raynal es aplicable, aunque en grado mucho menor, al uso que hace de las obras de Robertson y de Montesquieu.

#### IV. Plan de la Obra.

El autor divide la obra en cuarenta capítulos, pero lógicamente la Historia consta de dos partes, aunque no está así indicado en el texto. La primera cubriría los primeros diecinueve capítulos, que abarcan la historia de la Isla desde su descubrimiento hasta mediados del siglo XVIII, con excepción del capítulo I que está dedicado a la descripción geográfica. La segunda parte comprende desde el capítulo XX hasta el último, en los cuales se hace relación de las condiciones de vida en Puerto Rico durante la octava década del siglo. Reviste extraordinario interés esta segunda parte porque Fr. Iñigo, dotado de un sentido de observación certero y penetrante, al entrar en contacto directo con el medio puertorriqueño, capta con precisión no sólo lo sustancial y de bulto, sino también los pequeños pero elocuentes detalles que completan fielmente su cuadro. Es interesante destacar que nuestro historiador adopta actitudes distintas en cada una de estas partes. En la primera es muy sensible su discreción suma, su prudente cautela; índice de su espíritu reflexivo y equilibrado. Estos rasgos

<sup>(96)</sup> Véase Apéndice "B", pp. LXXXIX y ss.

<sup>(97)</sup> Véase Apéndice "B", p. xciii y ss. Hasta la fecha no hemos conocido ningún indicio de que las traducciones no sean originales de Abbad. La única traducción de la obra de Raynal existente para la fecha en que Abbad escribe es la de Eduardo Malo de Luque. Historia Política de los Establecimientos Ultramarinos de las Naciones Europeas, Madrid, Antonio de Sancha, 1784-1790, 5 vols.; esta obra deja fuera precisamente todo lo referente a América que aparece en la obra de Raynal a partir del libro VI.

## E S T U D I O P R E L I M I N A R

de su carácter, naturalmente continúan reflejándose en la segunda parte de la obra, pero unidos a cierta desenvoltura en el pensar; ha descartado su extrema discreción y podemos atisbar en algunos casos cuál es su posición ideológica. Esta última parte de la obra tiene carácter de exploración diagnóstica: ausculta, observa, luego critica y aconseja. Quiere revelar las causas de la postración económica y social de la Isla y ofrecer correctivos. Imbuído como está de las corrientes ilustradas, se preocupa por señalar, con insistencia, las posibilidades de un mayor bienestar material y espiritual.

Veamos la distribución del material histórico por capítulos. De los cuarenta de que consta la Historia, se dedican catorce a tratar el aspecto físico y natural: el primero, a la descripción geográfica de la Isla; del veinte al veinticinco, a la descripción topográfica de todos sus pueblos; el treinta y dos, a la calidad de la tierra y naturaleza del clima; el treinta y tres, a huracanes y terremotos, y desde el treinta y cinco al cuarenta, a materias de historia natural: dos capítulos al reino animal, uno al mineral y tres al vegetal. Es un balance que responde favorablemente a la inquietud científico-naturalista del siglo.

Los capítulos del dos al diecinueve inclusive comprenden todo el proceso histórico desde el descubrimiento hasta la octava década del siglo XVIII. Más adelante analizaremos esta parte en su contenido. Dedicada cada uno de los restantes capítulos a estudiar un aspecto particular de la situación puertorriqueña en la época contemporánea a la obra. Los asuntos que considera son los siguientes: el capítulo veinticinco contiene la explicación del sistema de gobierno; el veintiséis es un estudio del estado de la población, y el veintisiete, de la agricultura; el veintiocho está dedicado al comercio; el veintinueve, al régimen fiscal, y el treinta y treinta y uno, al estudio del carácter, usos y costumbres de los puertorriqueños. Estos capítulos ofrecen una visión estática de estos aspectos de la vida puertorriqueña. En manera alguna están vistos en su proceso histórico.

La parte estrictamente histórica está tratada muy someramente y con grandes lagunas; es más bien una relación de los hitos sobresalientes de la historia de Puerto Rico. No se debè esto a una determinada manera de concebir la historia sino sencillamente a la falta de material documental. Estudia el primer tercio del siglo XVI con bastante acopio de datos; explica con detenimiento los aspectos históricos del descubrimiento, la colonización, la rebelión de los indios, los continuos ataques de los caribes y algo de las gestiones de los prime-

## E S T U D I O P R E L I M I N A R

ros gobernadores, pero ya antes de llegar a mediados del siglo cambia de técnica y no sigue los hechos en su secuencia, sino que hace una reseña global de los episodios más sobresalientes. En esta forma resuelve todo el proceso histórico que va desde mediados del XVI hasta el XVIII. Las primeras siete décadas de esta centuria quedan reducidas a tres cortos párrafos (pp. 96-97).

El problema de falta de documentación con que se enfrentó Fr. Iñigo sigue en parte vigente hoy: la realidad es que después de siglo y medio no hemos adelantado todo lo que sería deseable en lo que respecta a los tres primeros siglos de nuestra historia.

### V. Su posición ante determinados problemas de América.

A. El Indio y su Cautiverio. Fr. Iñigo mantiene ante el problema del indio su característica posición de ecuanimidad y objetivismo. Ni idealización de sus instituciones ni exaltación apasionada de sus virtudes. El hecho es tanto más interesante cuanto que en la atmósfera intelectual del siglo fluían todas aquellas ideas optimistas e imaginativas en torno a la América indígena: se exaltaba la riqueza de su suelo y la exuberancia de su naturaleza; se presentaba el régimen de vida del indígena americano con caracteres de estado paradisiaco; se idealizaban sus instituciones, las cuales cobraban carácter de ejemplaridad al compararse ventajosamente con las de los países civilizados. Es precisamente el momento en que Rousseau concibe la doctrina del "buen salvaje" destacando la bondad, la sencillez y la perfección de la vida natural cuando aún no ha sido contaminada por el virus de la civilización<sup>(98)</sup>. Este tema, aunque no originario del siglo, cautiva, sin embargo, a la mentalidad dieciochesca, porque confluye armoniosamente con otras corrientes ideológicas de la época.

Volviendo a nuestro historiador, Fr. Iñigo supera la posición de esta fuerte corriente de pensamiento; se coloca al margen de ella y con criterio indepen-

(98) Sin embargo del auge que alcanza esta doctrina en modo alguno el criterio en torno a ella es unánime. Como ejemplo de la posición opuesta, véase si no, el concepto que La Condamine tiene del indio americano. Después de haber descrito con predominio de rasgos negativos el carácter del indio americano da fin a esa descripción con la siguiente afirmación: "Pero los indios de las Misiones y los salvajes que gozan de libertad, son, por lo menos, tan pobres de ingenio, por no decir tan estúpidos, como los otros; no puede verse sin avergonzarse como el hombre abandonado a la simple Naturaleza, privado de educación y de sociedad, difiere poco de la bestia". Carlos Ma. de La Condamine, Viaje a la América Meridional, Buenos Aires, Espasa Calpe, Argentina, S. A., 1945, 43.

## E S T U D I O P R E L I M I N A R

diente e imparcial señala igualmente los aspectos afirmativos y negativos del estilo de vida indígena. La cita a continuación nos parece que expresa fielmente su posición: "... cuando a primera vista resalta la humanidad y alegría con que hospedan a los extranjeros; su simplicidad y creencia a cuanto se les decía; el aborrecimiento con que miraban y castigaban algunos vicios, especialmente el hurto y el incesto; sin que por esto dejaran de tener algunos graves errores propios de la ignorancia de un pueblo salvaje, cuya unión política era muy defectuosa, sus leyes o reglamentos pocos y sostenidos por una autoridad débil..." (p. 20) Señala como rasgos del carácter de los indios de Puerto Rico su condición de "flojos", "indolentes", con una aversión extremada a todo lo que no fuese diversión en el baile, en la caza o en la pesca; menciona igualmente su simplicidad e ignorancia y su limitada capacidad intelectual.

Sin embargo, al tratar el episodio de la rebelión del indígena, la posición de Fr. Iñigo no es ya tan ecuaníme. No comprende el gesto de rebeldía del indio; por tanto no le inspira simpatía. Lo califica como acto de perfidia, esto es, de "deslealtad" según la vieja acepción del vocablo. Al cacique Agüeybana, alma de la rebelión, lo tilda de maligno, sedicioso, ingrato, pérfido y desafecto a los españoles. Es que para Fr. Iñigo, la conquista entraña un bien moral y material; implica la superación de las normas de vida indígena y, por ende, una mayor posibilidad de perfección humana. Es comprensible la posición de nuestro historiador: religioso ante todo, ve la conquista en función del fin último del hombre de su salvación espiritual. Por tanto, la lucha heroica y patética del indígena por la conservación de su libertad queda oscurecida ante la preeminencia del otro fin.

Su visión de la conquista, por otro lado, no es unilateral. La capta en amplia perspectiva. No considera que todo fue aniquilamiento, sino también fusión. La unión por el matrimonio con los españoles, el contacto con el régimen de vida europeo, el conocimiento de las leyes y gobierno de los españoles, y, sobre todo, el establecimiento de la religión cristiana, permitieron levantar el nivel de vida de la sociedad indígena (pp. 145-6).

Aparte de esa desviación de su habitual ecuanimidad al considerar la rebelión del indio, presenta objetivamente los demás problemas relativos a éste. No protesta ante el trabajo forzoso y cautiverio del indígena; su procedimiento es el de exponer el hecho y mantenerse al margen de él. Describe, por ejemplo, la labor en las granjerías e informa sobre las advertencias de la Corona para

que se les dé buen trato a los naturales, sin hacer la menor observación. No podemos pensar que un hombre con la formación cultural de Fr. Iñigo y alerta como lo está a las palpitaciones espirituales de su tiempo, desconociese la polémica apasionante que este tema suscitó en el siglo xvi. Más aún, cuando precisamente en el siglo xviii cobran de nuevo vigencia estos asuntos. La lucha que en esa época se desata por la defensa de los postulados de igualdad humana hace que al reprobarse violentamente la esclavitud negra, revierta la atención sobre América, lugar en donde esta institución arraigó con más fuerza; pero entonces ese esfuerzo crítico se dilata, la atención se dirige hacia el pasado para condenar asimismo el cautiverio de la población indígena americana en el primer siglo de la conquista. Dentro de este clima ideológico apasionado se somete a revisión la obra colonizadora de España en América. No es difícil anticipar su fallo. De ella sale denigrada, considerándose únicamente su aspecto negativo. Se recrudece la Leyenda Negra, se la exagera. Es corriente ideológica que avasalla con fuerza impetuosa. Expresión plena de ella es la obra del historiador francés Raynal.

No es posible que Fr. Iñigo desconociese esta corriente de pensamiento. Recordemos, además, que consulta a Raynal y a Las Casas, pero guardándose de girar dentro de su órbita de ideas. Alude en su historia a la polémica suscitada en las primeras décadas de la conquista sobre el estado civil de los indios (p. 72). Pero estos estímulos sugestivos y desafiantes no logran vencer la discreción de Fr. Iñigo.

Del mismo modo que lo hizo con los naturales de Puerto Rico, dedica también un capítulo a describir la vida de los caribes; refiere sus crueldades y actos de barbarie. En este caso tampoco hace reflexión o comentario alguno: se limita a la escueta exposición de los hechos.

B. La Esclavitud de los Negros. Nos referíamos en la sección anterior a la lucha doctrinal desencadenada contra la esclavitud y el "inhumano tráfico" de esclavos negros. La polémica gira ideológicamente en torno del postulado filosófico de la igualdad natural de todos los hombres, idea que acaba por convertirse en tópico del siglo. A la luz de este pensamiento, la institución de la esclavitud se destaca en su justa perspectiva, presentándose históricamente como la negación concreta de aquellos principios. Su condenación, lógicamente, ha de ser violenta.

Nuestro historiador tampoco adopta en este caso una posición extrema. Acepta la institución de la esclavitud negra como elemento indispensable a la economía de la Isla, pero resiente y condena el mal trato del esclavo. Reprueba el uso del carimbo, por considerarlo contrario a todo sentido de humanidad y, además, porque estima que es una medida fiscal equivocada (p. 179). Al referirse a la dureza de que los negros son víctimas, pues "algunos amos los tratan con un rigor indigno, recreándose en tener siempre levantada la vara de tiranos de que resultan la infidelidad, desertión y el suicidio" (p. 183), hace la salvedad de que también algunos los tratan con sobrada estimación y cariño. Sus sentimientos humanitarios se ofenden ante la "miserable existencia" (p. 183), ante las desastrosas condiciones de vida a que están reducidos los esclavos, además de verse obligados a "experimentar los rigores de un amo codicioso y feroz".

Es interesante señalar la forma en que interpreta el efecto moral de la esclavitud sobre amos y esclavos. Naturalmente, debemos considerar que estas observaciones aisladas, hechas incidentalmente, no nos dan su visión completa sobre la esclavitud. Considera Fr. Iñigo, que la esclavitud afecta negativamente el carácter moral de los amos, haciéndolos soberbios y con un alto concepto de sí mismo (p. 184). En cambio, estima que con amos nobles y justicieros la esclavitud sería medio propicio para elevar la condición moral y el nivel social del esclavo. Fija la responsabilidad de la conducta del esclavo en sus amos (p. 183).

C. Aprecio del Conquistador. Es uno de los pocos temas en que Fr. Iñigo demuestra pasión, entusiasmo, en contraste con su habitual sobriedad y contenida emoción. El capítulo VIII en que relata las hazañas de los conquistadores revela el contagio del entusiasmo patriótico y del fervor nacional que inspira el capítulo VI del libro XVI, de Oviedo, del cual ha tomado no solamente sus noticias sino también su espíritu. Parece que el esfuerzo de los conquistadores conmueve sus sentimientos nacionales, su celo patriótico. Se refiere siempre a ellos en forma encomiástica y levantada. Los considera bahuartes sólidos del honor patrio. Esto no es óbice para que en el recuento de sus hazañas heroicas destaque no solamente sus virtudes y aciertos sino también sus yerros y defectos. Al apreciar la figura atrayente y romántica de Ponce de León se pone esto de relieve: exalta su arrojo, su voluntad inquebrantable; reconoce su "gran prudencia" y "espíritu valiente", que "acompaña a sus mandatos el ejemplo de sus obras", y que a su "esfuerzo y conducta se deben el reconoci-



nimiento y conquista de la Isla". No por esto deja de señalar sus defectos: "su credulidad necia", su "sandez" al aceptar como veraz la leyenda de la existencia de la fuente que remozaba, como también su descuido y fracaso en Guadalupe <sup>(99)</sup>.

Hay algunas ideas en el capítulo dedicado a los conquistadores que creo conveniente destacar. En primer lugar, nuestro historiador, hombre del siglo XVIII y de noble ascendencia, conserva aún la preocupación por los abolen-gos; la idea genealógica engendra observaciones de este tipo: "la casa de sus descendientes existe en la Villa de San Germán, y aunque solo goza de bienes moderados, conservan la distinción y limpieza de sangre que heredaron. Otras ramas de este tronco hay trasplantadas en otros pueblos de la isla..." (p. 46); o esta otra: "... Hay en esta isla familias antiguas de su apellido; pero no pude justificar si tienen tan buen origen..." (p. 47).

El capítulo íntegro parece informado por una preocupación de justicia histórica, idea que procede también de Oviedo <sup>(100)</sup>. A la historia corresponde salvar del olvido gestos dignos de mejor suerte y retribuir a cada cual con aquello que en justicia le corresponde. La cita a continuación nos da una idea más cabal de esta preocupación: "No es justo dejar sepultada en el olvido la memoria de aquellos Españoles que con ánimo generoso derramaron su sangre en servicio de la patria, ni privar a algunas de sus familias que todavía existen de la dulce memoria del mérito de sus progenitores; y ya que la suerte o el tiempo les hayan despojado del debido premio, no permitirá la relación justificada de la historia ocultar el buen nombre de los que supieron adquirirlo a expensas de su sangre y de su vida, ni que se honren y lisongeen otros con la gloria que no supieron merecer" (p. 45).

<sup>(99)</sup> Por Real Cédula de 27 de septiembre de 1514, recibió Ponce entre otros nombramientos el de Capitán de la Armada contra los caribes. Aprestada la escuadrilla contra los caribes (tres carabelas... ".... el número de gente de guerra alistada en el escuadrón era poco crecido") sale de España con rumbo a América en 14 de mayo de 1515. Arribó a la Isla de Guadalupe habitada por caribes. "Descendieron a tierra los navegantes y mientras se surtían de agua, hirieron los indígenas a veinte hombres de los cuales murieron cuatro. La falta de soldados, cirujano y bastimentos, persuadió a Ponce de León de que era imprudencia entablar combate armado en aquellas circunstancias, y dejando una parte de la gente en Santa Cruz marcó derrota a Puerto Rico..." J. A. y S. Perea: Historia del Adelantado Juan Ponce de León, 81-83. Este incidente ha sido diversamente interpretado por distintos historiadores. Véase, J. A. y S. Perea, Revista de Historia de Puerto Rico, Vol. I, No. 2, (Nobre. 1942) 158-159. Salvador Brau, La Colonización de Puerto Rico, San Juan, Puerto Rico, Tip. Cantero Fernández & Co., Inc., 1930, 258-60.

<sup>(100)</sup> A. Tapia y Rivera, op. cit., 39-40.

## VI. Otras Ideas.

A. Determinismo Geográfico. Fué tesis generalmente aceptada en el siglo XVIII aquella que postula la influencia directa y determinante del medio geográfico sobre el carácter del hombre y la idiosincracia de los pueblos. No fue originaria de este siglo; ya antes en el siglo XVI Bodino sustentó la creencia en el determinismo geográfico. En el siglo XVIII, la formuló sistemáticamente Montesquieu en el libro XIV de su obra *El Espíritu de las Leyes*. La atracción que el medio físico y sus fenómenos ejercían sobre la mentalidad del siglo XVIII fué fundamento propicio al cual se acopló perfectamente la idea de la influencia decisiva del medio geográfico.

Fr. Iñigo Abbad cae dentro de esta corriente ideológica; parece constituir una preocupación constante en él, a juzgar por la insistencia con que esta idea aflora una y otra vez en su obra <sup>(101)</sup>. Por ejemplo, al temperamento del puertorriqueño que continuamente tilda de flojo, indolente y desidioso, lo considera, casi exclusivamente, efecto del clima. Recurre a esta misma razón para explicar el carácter de los indígenas (pp. 21, 23) o el cambio que en su temperamento sufre el español al trasladarse a la Isla y aclimatarse en ella <sup>(102)</sup>. No limita las causas geográficas determinantes al factor climatológico, sino que considera también los elementos topográficos, como la elevación del terreno sobre el nivel del mar, su extensión, la altura de las montañas, etc. (p. 19). Abundan las frases que acreditan su fe en la influencia decisiva del medio geográfico. Veamos: "pero la flojedad y desidia que imprime el clima cálido"; o sus "cuerpos dominados de los efectos del clima perdieron su fuerza y actividad"; o esta otra, "tienen una organización muy fina y suelta propia de un clima cálido". Cree Fr. Iñigo que de igual modo que las especies vegetales varían según las zonas geográficas o sufren alteraciones al trasplantarse a medios distintos de los que son originarios, así también se repiten iguales efectos en la especie humana <sup>(103)</sup>.

Vemos, pues, que a este respecto la posición de nuestro historiador es fielmente expresiva de su siglo. Indudablemente, ha sido influido por Montes-

(101) *Intra*, pp. 19-20; 20-21; 23; 71; 160; 181; 182; 183; 185.

(102) *Intra*, pp. 71; 160; 181-182.

(103) *Intra*, pp. 20; 71; 160; 181; 231.

quieu, ya que se observa una notable analogía en las razones que ambos aducen para explicar la influencia del clima sobre la fisiología humana <sup>(104)</sup>. Ahora bien, no por su decidida aceptación de esta tesis, adopta una posición unilateral al juzgar del carácter, los usos y las costumbres de los pueblos. Reconoce también la intervención de otros factores. Por ejemplo, al describir el carácter de los indios hace este comentario: "Aquí se ve que las causas políticas y morales influyen en la formación del carácter de un pueblo tanto como las físicas" (p. 21). Pero aunque admite así la intervención de otras causas, se observa, sin embargo, una notable desproporción en la consideración de los diversos factores, pues atiende en forma relativamente exagerada a los geográficos sobre los otros. Estos últimos los reduce sólo a dos observaciones (pp. 20, 21) y lo más extraño es que en ningún momento hace la salvedad que debiera convenir a su posición católica, esto es, insistir en el carácter invulnerable del libre arbitrio <sup>(105)</sup> <sup>(106)</sup>.

B. Providencialismo. Hemos aludido varias veces al sello marcadamente objetivista que caracteriza la obra de Abbad. Corroboramos esta impresión al percatarnos de que ni su credo católico ni su condición de religioso imprimen a su obra una configuración particular. Sus convicciones religiosas, salvo contadas excepciones, apenas se filtran en la obra. Muy raras veces surgen, y cuando esto ocurre, es siempre con carácter accidental. No obstante, en congruencia con su concepción católica, bastan para poner de relieve su credo providencialista. Señala la intervención divina en los acontecimientos terrenales, ya favoreciendo o premiando determinadas acciones, ya imponiendo sanciones o castigando las desviaciones del bien. La Providencia divina permite la ocurrencia de plagas para castigar la ambición y espíritu de venganza de los españoles (pp. 62, 63); suministra siempre el remedio junto al mal (p. 63); oye los ruegos de los puertorriqueños permitiendo su salvación en casos desesperados (p. 137).

<sup>(104)</sup> Véase Apéndice "D". *Infra*, cvii.

<sup>(105)</sup> Compárese por ejemplo con la siguiente afirmación de Caldas: "El clima influye, en verdad, pero aumentando o disminuyendo solamente los estímulos de la máquina, quedando siempre nuestra voluntad libre para abrazar el bien o el mal..." Francisco J. de Caldas, *Del Influxo del Clima sobre los Seres Organizados*, en *Biblioteca de Historia Nacional*, Bogotá, Imp. Nacional, 1902-1912, 9 vols., ix, 286.

<sup>(106)</sup> Para una visión moderna del problema aplicado al caso particular de Puerto Rico, véase: Rafael Picó, "The Geographic Foundation of Life in Puerto Rico" in the *University of Miami Hispanic American Studies*, Number two, Florida, Ed. by R. E. McNicoll and Riis Owre, Jan. 1941, 143-151.

Ya dentro del clima intelectual de su siglo, en que la naturaleza ejerce poderosa atracción, alude varias veces a ella como si se tratase de una potencia immanente, afirmación lógicamente incompatible con su concepción cristiana. Esta aparente separación de la ortodoxia es más bien resonancia literaria de la corriente naturalista-inmanentista que tuvo su punto de arranque en el Renacimiento con las doctrinas del neo-platonismo. Los literatos en un comienzo hablaron de la naturaleza como "mayordomo de Dios" <sup>(107)</sup>; pero luego terminaron por referirse a ella como principio autónomo e immanente, tal como a veces ocurre en Fr. Inigo. Al convertirse de este modo en un lugar común literario, se perdió con el uso la noción de la observación ortodoxa latente en su prístino sentido. Las afirmaciones que ocurren en la obra de Abbad y que, por estar concebidas dentro de esa forma expresiva, podrían interpretarse como heterodoxas, son las siguientes: "Parece que la naturaleza pródiga observa una cierta proporción entre el carácter de los pueblos y los géneros necesarios para sus subsistencias..." "...No son menos admirables la multitud de plantas medicinales que la naturaleza ha puesto en esta tierra para la curación de las enfermedades..." (pp. 195, 196) "...a tal precio vende la naturaleza la subsistencia a los de esta isla además de las enfermedades a que están sujetos como efectos propios del clima" (p. 203). Pero en cambio, hace otras aseveraciones en que se refiere muy directamente a la naturaleza como obra de creación divina y expresión elocuente de Su Omnipotencia. Dice por ejemplo: "La Sabiduría eterna dispuso tan varios temperamentos y hermoseó la naturaleza de tan diferentes maneras, distribuyendo con generosidad y proporción á los climas, territorios y propiedades del aire tanta multitud de plantas, que sus multiplicadas especies, aunque solo son leve insinuación del infinito poder de su Criador, son incomprensibles á los hombres" (p. 231). En dos oportunidades más, hace afirmaciones de contenido similar (pp. 218, 254). La Historia finaliza precisamente con una exaltación de la obra de creación divina (p. 254).

Son éstos los escasos momentos en que las convicciones religiosas de Abbad se manifiestan en forma más directa y vehemente. Encontramos otras alusiones pero siempre de índole accidental. Por ejemplo, en el capítulo sobre "Usos y Costumbres de los Habitantes de la Isla", se refiere al factor religioso,

(107) Véase Américo Castro, *El Pensamiento de Cervantes*, Madrid, Editorial Hernando, 1925, 156 y ss.

pero no en proporción mayor a otros aspectos de la vida de los puertorriqueños. Se lamenta de la ignorancia en materia de doctrina cristiana existente entre los isleños por la falta de escuelas y el carácter disperso de la población. En otras dos ocasiones alude al cultivo de la tierra como la primera de las obligaciones impuestas por Dios al hombre, e igualmente al deber de los vasallos de tributar a su Rey como precepto de origen divino (p. 173).

C. Ideas Políticas. En cuanto a ideas políticas adopta más bien Fr. Iñigo una posición ecléctica. Recordemos que en el "Siglo de las Luces", el tradicional absolutismo monárquico se presenta en su forma evolucionada de Despotismo Ilustrado. Al contacto con las ideas de la Ilustración, aquella secular concepción política se revitaliza, imprimiéndosele un nuevo sesgo a las funciones de gobierno: la idea de servicio. El aforismo aquel de "todo por el pueblo pero sin el pueblo" es plenamente característico de esta nueva modalidad absolutista. Se acentúa la centralización del poder en la persona regia; su soberanía ha de ser plena, ilimitada, de carácter inviolable; su criterio se impone con carácter exclusivo, pero bajo el signo de un condicionante: el bien común. El Rey no ha de responder a caprichos personales o a particulares intereses dinásticos. Federico el Grande de Prusia lo expresaba cabalmente cuando afirmaba que el Rey había de ser el primer servidor del Estado. Este nuevo espíritu político se traduce históricamente en una serie de reformas encaminadas a establecer un nuevo orden en que se superen las condiciones de vida anteriores, tanto en el orden moral como en el material. El reinado de Carlos III en España es ejemplo vivo de este ideal político. Sin embargo, no es ésta la única postura ideológico-política del siglo. El clásico absolutismo sufre en esa centuria el asedio de la corriente republicano-democrática que subterráneamente socava los cimientos de aquél. La pugna entre estas dos ideologías tiene su desenlace violento en la Revolución Francesa.

Dentro de este cuadro de ideas, la posición de Fr. Iñigo, sin ser extrema, tiende, no obstante, hacia el polo liberal. Sus discretas y mesuradas afirmaciones así lo denuncian. Dentro de la corriente del Despotismo Ilustrado, conviene en la idea del Gobierno como servicio: "...el interés del gobierno debe ser el bien del público..." (p. 149); y en este sentido, continúa la tradición político-católica de raíz medieval que sustenta que el poder del Estado sólo se justifica cuando existe en función del bien común. Insiste en esta idea de ser-

vicio al fijar, en casos específicos y concretos, la responsabilidad del gobierno en cuanto a mejorar la suerte de sus súbditos. Al referirse, por ejemplo, a los presidiarios que habiendo cumplido el término de su destierro, se convierten muchos de ellos en súbditos indeseables, arguye que este es un "asunto digno de remedio" y propone que el gobierno los establezca en las tierras vacantes e incultas de las nuevas poblaciones (p. 154). Parecida observación hace respecto a los colonos que llegan a la Isla, quienes viven muchas veces al margen de la ley, ya como contrabandistas o como piratas, lo que "...regularmente se evitaría si se les proporcionasen los medios de ganar su vida honestamente" (p. 154). No son éstas las únicas observaciones alentadas por la idea de servicio <sup>(108)</sup>.

Por otro lado, repudia el ejercicio omnímodo de la autoridad, sin freno alguno para limitar los caprichos del gobernante, en este caso específico, el Capitán General de la Isla. Transcribimos: "Un superior que procede al albedrío de su autoridad ¿se detiene acaso en levantar, destruir y reedificar un edificio? Solo consulta su capricho, y obra según la idea que se forma de las cosas..." (pp. 102-3). Esta repulsa al poder omnímodo cobra contornos ideológicos más definidos a la luz de esta otra afirmación de matiz liberal: "...La equidad y la justicia exigen que entre el Monarca y los vasallos haya una conciencia y unión moral que los enlace en el mutuo amor del bien general de la República mediante la comunicación sincera y recíproca de las luces, de los sentimientos y de los intereses" (pp. 176-7). Resiente también, por ser contraria a los altos fines de la justicia, la unión de las atribuciones militares y políticas. Sostiene que los capitanes generales se inclinan más a la jurisdicción militar que a la civil, imprimiendo por tanto a su gobierno un carácter despótico que los hace odiosos. Esta condición aniquila toda confianza de parte de los súbditos, rompe todo sentimiento de mutua comprensión e interés, perjudicando el progreso de las artes y de las industrias. considera que estos males políticos son en parte causantes del estado de penuria en que se encuentra la Isla, y sostiene que de haber gozado ésta de otro régimen político, bajo el gobierno de jefes ilustrados y patrióticos, hubiese alcanzado mayor progreso (p. 149). De sus palabras se desprende que el gobierno que ha sufrido la Isla ha sido en extremo fuerte y autocrático, condición política que no conviene al carác-

(108) *Infra*, pp. 156-157; 157-158; 173.

ter de los isleños, a los cuales se ajustaría mejor un gobierno "dulce y moderado" (p. 149).

En general, estas breves observaciones de Fr. Iñigo expresan no sólo su sentimiento de protesta ante el régimen político que imperaba en la Isla, sino también el anhelo civil de reforma del poder.

D. El Origen de la Sociedad. Fue uno de los temas que conmovió a la intelectualidad del siglo XVIII. Fr. Iñigo no lo elude. Alerta a las palpitaciones de su época, lo trae accidentalmente a colación; sin embargo, la brevedad y forma un tanto ambigua en que lo enfoca, impide precisar su posición. Hace una primera y categórica afirmación de carácter ortodoxo: "...La sociedad nace naturalmente de la población..."; pero luego se extiende en una serie de consideraciones de tipo rousseauniano para hacer dudar el primer aserto. Helos aquí: "...Considerando las pocas necesidades que la naturaleza impone al hombre en comparación de los medios que le presenta para socorrerla; los pocos bienes y arbitrios que halla en el estado civil, a proporción de las penas y males que lo circundan; el instinto común a todos los seres vivientes por la independencia y la libertad y una multitud de razones de su constitución física, han querido, algunos escritores poner en duda si la sociedad es tan natural al género humano como ordinariamente se piensa. El descubrimiento del Nuevo Mundo pudo alimentar esta curiosidad y modo de discurrir. Un vasto territorio inculto..." (p. 145).

Son, como vemos, los clásicos argumentos de exaltación del estado natural y menosprecio del estado civil que puso tan en boga Rousseau en el siglo XVIII (109).

Pasa luego Fr. Iñigo a reflexionar acerca del impulso que recibieron estas ideas con las noticias llegadas del Nuevo Mundo sobre el estado incivil de los pueblos indígenas, pero estas reflexiones ya no son suyas sino tomadas de Raynal (110).

La posición de Abbad no es clara; sin embargo, el párrafo en sí es interesante como representativo de las inquietudes culturales del momento. Nuestro autor conoce las ideas que entraña el radicalismo racionalista, las maneja

(109) Véase: J. J. Rousseau, "Discours sur cette question proposée par l'Académie de Dijón: Quelle est l'origine de l'inégalité parmi les hommes et si elle est autorisée par le loi naturelle?" en *Contrat Social*, Paris, Librairie Garnier Frères, 1931.

(110) Véase Apéndice "B", pp. xcii-xciii.

*hábilmente pero sin comprometer su posición ortodoxa. Posiblemente se mantiene dentro de ésta y simplemente ha querido matizar su obra con este asunto que ejerció indudable atracción en su época.*

*E. Ideas Económicas. Quizá el aspecto de la vida de la Isla que atrajo más la atención de Fr. Iñigo fue el económico. Presumimos que el carácter de encomienda que tuvo su obra, escrita a solicitud del Conde de Floridablanca, debió influir en su actitud. Indudablemente los capítulos escritos a partir del xx responden a esta circunstancia. Fr. Iñigo no descansa en su insistente afán por conocer las causas de la postración económica de la Isla. Con gran sentido de la realidad se sitúa ante el problema, tratando de abarcarlo en todas sus implicaciones para fijar entonces responsabilidades y proponer correctivos. El hecho es tanto más interesante cuanto que se trata de un caso poco común en un hombre de su estado y de su formación cultural, en la que han predominado las disciplinas abstractas teológicas y filosóficas y el estudio de las letras y las artes. Su actitud, por supuesto, no es la de un economista; tampoco observamos el rigor científico de un hombre versado en estas disciplinas que sea dueño de un pensamiento sistemático y que se ampare en los postulados de determinada escuela. Ni siquiera su bibliografía acredita lecturas de tipo económico. Se trata sencillamente de un observador inteligente, que con honradez de criterio e indiscutible sentido práctico trata de penetrar en ese campo del siglo xviii puertorriqueño. Sin embargo, y a pesar del potente estímulo que el enervante medio económico de la Isla puede lanzarle, hay otras circunstancias de carácter histórico que predisponen su actitud en ese sentido. Sus observaciones están a tono con determinadas teorías económicas propias de su tiempo.*

*En efecto, el siglo xviii sufre una intensa conmoción en sus fundamentos económicos. El sistema mercantilista con su férrea reglamentación de todas las actividades económicas y con sus disposiciones prohibitivas en materia de industria y comercio, se somete a revisión. En el horizonte doctrinal y al calor de las teorías de los fisiócratas franceses y de los economistas ingleses ha surgido una filosofía económica: el liberalismo económico. A tal grado gana terreno la nueva ideología que ya en la segunda mitad del siglo muchos aspectos del mercantilismo clásico han sido superados al punto de lograrse medidas liberalizadoras de política económica en el orden industrial y mercantil. Se experimenta también en esa época la transición del capitalismo mercantil al industrial, ocurriendo en consecuencia una desviación de la atención del comercio a la producción. Es también, el momento en que*



## E S T U D I O   P R E L I M I N A R

se sufren los primeros sacudimientos de la Revolución Industrial, en que se observa la desaparición de los talleres y la comercialización de la agricultura, etc. Estos cambios, que abarcan tanto el pensamiento como la realidad económica, estimulan el interés por los problemas económico-sociales. Se trata de establecer un nuevo orden económico; se proyectan reformas para asentar el régimen fiscal sobre bases sólidas; se busca el aprovechamiento y el fomento de todos los elementos de riqueza. De este viraje en la política económica se beneficiarán las colonias americanas. A partir de 1765 se inicia una era de reformas inspiradas en los nuevos principios económicos, redundando en la implantación de un régimen de comercio más libre con las posesiones de América.

Hay además una tendencia general en el siglo hacia los temas útiles y problemas de orden práctico. La moral, la historia, el comercio, despiertan inusitado interés. La ciencia se coloca al servicio de la industria; se estudia el suelo para determinar sus posibilidades económicas; se fundan escuelas de minerología, se publican tratados agrícolas, se establecen escuelas de artes y oficios, se difunden las sociedades económicas <sup>(111)</sup>, cuya labor educativa no se desarrolla únicamente en un plano intelectual puro sino también en la difusión de conocimientos prácticos para promover el bienestar económico del país. Todas estas actividades típicas de su obra gubernativa son fomentadas por las monarcas ilustrados. Representan la realización histórica del ideal de mejoramiento moral y material de sus súbditos en que descansa su gobierno. Por tanto, se fomentan las industrias, se abren nuevas vías de comunicación, se explotan los recursos naturales. Reconociéndose en la población un factor de riqueza, se procuran los medios para su acrecentamiento; se atiende a los proyectos de salubridad popular; en fin, se alienta todo lo que pueda redundar en beneficio de ese anhelo cívico de promover el bienestar del pueblo <sup>(112)</sup>. Precisamente

(111) Para conocer de toda la actividad desplegada en este sentido en España, véase a Manuel Colmeiro, *Historia de la Economía Política en España*, Madrid, Imp. de Cipriano López, 1863, 2 vols., n. 87-88; 217-224; Rafael Altamira y Crevea, *Historia de España y de la Civilización Española*, Sucesores de Juan Gilí, 1928-1929, 4 vols., iv, 258-279.

(112) Producto de ese nuevo espíritu son las diversas cláusulas de las Ordenanzas de Intendentes (y éstas en su totalidad son también expresivas del ideal de reforma política propio también de ese mismo espíritu ilustrado) en que se atiende específicamente al fomento de la agricultura, del comercio, a la construcción de nuevas vías de comunicación y en general al mejoramiento material de ciudades y villas, etc. Esto es muy patente en la Real Ordenanza de Intendentes para el Reino de la Nueva España y que precisamente en 1794 se ordenó fuese aplicada en lo posible a Puerto Rico. Cfr. Abbad, *Historia...*, edición Acosta, 1866, 371, nota al pie.

ese era el clima político que imperaba en España bajo el reinado de Carlos III y que trascendiendo el plano peninsular dejó sentir sus efectos en América.

Dentro de este clima de opinión, no es extraña la inquietud que siente Fr. Iñigo por los problemas económicos; ello explica, hasta cierto punto, su observación insistente sobre las causas responsables de la postración económica de la Isla; su búsqueda acuciosa de toda suerte de medidas salvadoras y de las posibilidades comerciales de sus recursos naturales. Consecuencia de esta actitud son los cuatro capítulos que dedica al estudio de la Población, la Agricultura, el Comercio y las Rentas Reales, y, muy particularmente, las observaciones críticas casi continuas en que abunda en los capítulos dedicados a la descripción topográfica de los pueblos de la Ysla: ya son las tierras arenosas a propósito para tal tipo de cultivo, o las tierras gredosas que producen muy bien la caña de azúcar, o las tierras arcillosas de Caguas propias para el desarrollo de una industria de vidriado; en otros casos, son los árboles muy apreciables por sus frutos, resinas y maderas, o los infructíferos pero con maderas muy sólidas y útiles que con las debidas facilidades de exportación aportarían un buen renglón al comercio; advierte también el valor comercial de muchas plantas y yerbas medicinales y también de las especies. No olvida, sin embargo, señalar las dificultades con que tropieza el desarrollo económico del país por la insuficiencia de las vías de comunicación, al referirse a la penuria de los caminos fragosos, inundados y cortados en muchas partes por arroyos, quebradas y pantanos (p. 120); pero también señala las posibilidades de remediar estos males. Aconseja la habilitación de dos puertos en cada costa de la Isla y, contra el criterio de los gobernadores, pide que se permita a los vecinos llevar sus frutos en barcos a la Capital, levantando al efecto la prohibición que en ese sentido pesa sobre ellos (pp. 169-170). Señala las ventajas del puerto de Boca-Chica de mucha extensión y comodidad para navíos de línea (p. 116), o ya en plan de proponer remedios aconseja el perfeccionamiento del camino que hay por el río de Loíza hasta donde éste es navegable para facilitar la salida de las maderas excelentes que cubren aquellos montes, (p. 120) o sugiere abrir una comunicación a un brazo del río Toa hasta introducirlo en el río Bayamón para facilitar la salida a la bahía de Puerto Rico (pp. 122-123). Todas estas observaciones revelan la preocupación de Fr. Iñigo por levantar a la Isla de la inercia económica en que se encuentra; observaciones que están muy a tono con el espíritu de la época. Por supuesto, no titubea en fijar gran parte de la responsabilidad de estos males en el régimen económico colonial que considera igual-

mente nocivo a los intereses materiales de la Isla y a los del Real Erario, pues son causa única del auge alcanzado por el contrabando en la Isla (<sup>113</sup>).

¿Cómo situar a Fr. Iñigo dentro de las corrientes económicas del siglo? Su posición no es definida. Posiblemente no sustenta el credo particular de escuela alguna. En términos generales, se observa una tendencia hacia los postulados fisiocráticos del liberalismo económico que, por cierto, son tomados de Raynal (<sup>114</sup>); pero persisten en su pensamiento residuos de las teorías mercantilistas. Por ejemplo, cae en el anacronismo de aceptar aún la doctrina de la balanza favorable de comercio como soporte necesario de un sólido régimen económico (p. 168). Esta doctrina había sido impugnada desde el siglo anterior, y en el propio siglo XVIII fue repudiada en términos absolutos por los fisiócratas y por los economistas ingleses. Por otro lado, en su entusiasmo e indubitable fé en el comercio libre, como medio de incrementar el progreso material, es francamente antimercantilista (<sup>115</sup>). Encomia entusiásticamente las medidas de Carlos III para eliminar las restricciones comerciales e instrumentar un régimen de libre cambio (pp. 177-8) porque éste hará "florecer el comercio de esta Isla con España, pues la libertad de franquicia de derechos acordados son el alma que anima la industria, da vigor al labrador y comerciante para emprender y llevar con tesón todo género de establecimientos útiles" (p. 169). Condena la política mercantilista seguida en siglos anteriores por España, política aniquiladora de toda vida económica, tanto para la Metrópoli como para las colonias; y observa que este régimen comercial había sido descartado por otras potencias coloniales como ineficaz y nocivo a los mejores intereses económicos (p. 167). Cuando se refiere a "la mayor equidad de precios en los géneros con el mayor concurso de comerciantes" debido al "libre comercio", nos parece que atisba la creencia del liberalismo económico en el equilibrio que naturalmente sucederá con el juego, libre de restricciones, de las fuerzas económicas; de ahí que suponga que a mayor competencia, "mayor equidad de precios" (pp. 170; 187).

Pero hace además otra aseveración muy expresiva del amplio concepto que priva en el siglo XVIII sobre el comercio, el cual trasciende ya su significación económica para alcanzar el rango de agente de progreso promovedor de la mutua comprensión y tolerancia entre los pueblos, y elemento indispensable

(<sup>113</sup>) Intra, pp. 168-169; 170.

(<sup>114</sup>) Véase Apéndice "B", pp. xcr-xciii.

(<sup>115</sup>) Intra, pp. 169; 177-178.

de su bienestar. Dice así: "De la población y agricultura nace el comercio. Jamás será un pueblo feliz con lo primero, si no se le facilita lo segundo. Un pueblo sólo de labradores siempre es pobre y no puede fomentarse si no se da salida a sus frutos. El comercio es el que mantiene el cuerpo político como la sangre al natural y donde no lo hay o está estancado, lejos de enriquecerse, jamás saldrá de la languidez y miseria" (p. 167). Indudablemente el fervor por el comercio que ha inspirado esta afirmación guarda cercano parentesco con lo que escribe un escritor tan representativo del siglo XVIII como Montesquieu en su obra *De L'Esprit des Loix* <sup>(116)</sup>.

También aconseja ciertas medidas económicas que parecen inspiradas en principios fisiocráticos y que proceden de Raynal. Recomienda, por ejemplo, que se impongan tributos únicamente a las tierras <sup>(117)</sup>; podría obedecer esta indicación a la creencia en el postulado fisiocrático de que siendo la agricultura la única fuente de riqueza, debe ser la única que sufra la carga contributiva o quizás responda sencillamente al hecho de que la Isla en el siglo XVIII apenas poseía otras industrias lucrativas. Las reflexiones que hace sobre la agricultura considerándola "la primera de las artes y la verdadera riqueza de un estado", sin la cual "todo comercio es precario", parecen también influidas por las teorías de los fisiócratas <sup>(118)</sup>.

Constituye asimismo para Fr. Iñigo una obsesión la injusta y desproporcionada repartición de las tierras de la Isla. La existencia de dilatadísimos hatos, algunos de ocho leguas de extensión, del "vicio" de los latifundios, lo considera él, si no la primera, por lo menos causa principalísima de la decadencia material y de la inercia económica que padece la Isla. Esta política agraria equivocada provoca en nuestro autor juiciosas reflexiones y adelanta las me-

<sup>(116)</sup> Dice por ejemplo, en el libro xx, cap. 1, p. 207 (T.II): "Le commerce guérit des préjugés destructeurs; & c'est presque une règle générale, que par-tout où il y a des mœurs douces, il y a du commerce..."

"Qu'on ne s'étonne donc point si nous mœurs sont moins féroces qu'elles ne l'étoient autrefois. Le commerce a fait que la connoissance des mœurs de toutes les Nations a pénétré partout: on les a comparées entr'elles, & il en a résulté de grands biens".

En el mismo libro, Cap. II, p. 208: "L'effet naturel du commerce est de porter à la paix. Deux nations qui négocient ensemble se rendent réciproquement dépendantes..." Montesquieu. (Charles de Secondat), *De L'esprit des Loix*, Genève, Chez Barrillot & fils, 1750, 3 vols. Sin embargo, la visión de Montesquieu sobre este problema no es unilateral. Considera que también el comercio puede ser causa de ciertos males morales.

<sup>(117)</sup> *Infra*, pp. 177 y el Apéndice "B", xci-xciii.

<sup>(118)</sup> *Infra*, pp. 159 y el Apéndice "B", pp. lxxxix-xc.

didadas convenientes para su pronta erradicación <sup>(119)</sup>. Su posición nos recuerda la de los reformistas ilustrados españoles del siglo XVIII librando similar batalla en la Metrópoli contra la institución de los mayorazgos y además aconsejando el reparto de tierras baldías y de tierras concejiles. Es la misma política que informa en España las medidas de desamortización <sup>(120)</sup>. Volviendo a nuestro autor, Fr. Iñigo considera que "este vicio" (el de los latifundios) tan arraigado en Puerto Rico es el principal obstáculo que ha retardado desde los principios sus progresos; éste es el motivo de tantos bosques, de la falta de colonos, de cultivo, de rentas en el Real Erario, de comercio y de tantos males como nacen de tan errado principio (pp. 151-2). Siguiendo a Raynal, piensa que este mal agrario ha detenido el crecimiento de la población, pues él sostiene que "... la población depende de la distribución de las tierras: las familias se multiplican como las posesiones, y cuando éstas son muy vastas, su extensión desmesurada detiene el curso de la población" <sup>(121)</sup>. Algunas de sus protestas ante este mal están teñidas por un noble sentimiento de justicia social. ¿Por qué, dice, dejar estas tierras incultas en manos de vecinos a "quien la suerte o nacimiento concedieron territorios inmensos" mientras se priva a otros "hombres de los medios de subsistir con su trabajo"? (p. 151). Entre estos últimos están los "agregados" cuya clase quiere hacer desaparecer colocándolos en el número de los nuevos terratenientes (pp. 152; 155).

Propone, en primer lugar, para corregir estos males, la expropiación de todos aquellos hatos en cuyos dueños no posean títulos legítimos (p. 152); en segundo lugar, que tributen estas vastísimas posesiones para, de este modo, obligar a sus dueños, que las mantienen incultas sin obtener provecho de ellas, a cederlas a otros que las trabajen y paguen la carga contributiva que les fuera impuesta (p. 177). Repartidas luego estas tierras, no termina ahí la responsabilidad del Estado; debería velar luego por su fomento y progreso (pp. 155-7); estimular su cultivo; facilitar la entrada de esclavos y de útiles de labranza, habilitar puertos, etc.

El sistema contributivo es otro aspecto de la economía política que interesa a Fr. Iñigo. Al efecto enuncia principios de política impositiva: sostiene la necesidad de "señalar los objetos sobre los cuales pueda establecerse la carga de

<sup>(119)</sup> *Infra*, pp. 151-155; 177.

<sup>(120)</sup> G. M. Jovellanos, "Informe sobre el Expediente de Ley Agraria", en Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, Rivadeneira y Cía, 1846-1878, 70 vols., t. 77 y ss.

<sup>(121)</sup> *Infra*, pp. 151-152 y el Apéndice "B", p. xci.

la justa recompensa, sin que sirva de rémora u obstáculo a los progresos y felicidad de los habitantes" (p. 177). Esta observación acusa un buen sentido económico: que la provisión de ingresos fiscales, so color de remediar necesidades sociales, no redunde en perjuicio del progreso económico tanto individual como social. Observa también el sentido de equidad que debe guiar toda imposición contributiva: que el impuesto sea proporcional a la "calidad y producto" de las tierras <sup>(122)</sup>. Señala, asimismo, la posibilidad de otra medida contributiva aconsejable. El régimen de libre cambio, al promover un auge económico, causará un enriquecimiento de los ciudadanos y provocará a su vez el consumo de objetos de lujo. En tal caso, esta situación proporcionaría al estado nuevos objetos tributables "con la circunstancia de que en este género de impuesto solo tributa el que quiere gastar profusión, y es de algún modo voluntario, y así el pobre, o el que no quiere consumir tales efectos, queda libre de esta contribución" (p. 178).

Estima, además, que el impuesto sobre el aguardiente es perjudicial, porque no ha servido a los fines que se impuso de obligar a que se empleasen los melados en la extracción de azúcar y no de aguardiente, y por esta misma razón ha detenido el desarrollo de una industria como la del azúcar, que seguramente sería provechosa a la economía de la Isla. Igualmente considera como medida fiscal errada, además de inhumana, la del sello del carimbo sobre negros importados, según ya anticipamos. Aconseja la libre entrada de negros esclavos como medida alentadora de la actividad agrícola.

Reconociendo en la población un factor económico indispensable, estudia los medios de estimular su crecimiento, y a este efecto cuenta con instructivos antecedentes de experiencias españolas similares. Su insistencia en los proyectos de repoblación interna recuerdan iniciativas parecidas puestas en vigor en las regiones incultas de la Sierra Morena. Considera Fr. Iñigo, muy acertadamente, que la población de 70,250 almas con que cuenta la Isla no representa ni "la quinta parte de la que puede sostentar". Propone el establecimiento de "treinta pueblos de a quinientas familias cada uno" (p. 152), y que se les adjudiquen las tierras, "que se estimasen suficientes para el cultivo y manutención" de cada una. Cree que los siguientes elementos de población pueden contribuir a este proyecto: presidiarios solteros que hubiesen cumplido el término de su destierro; los esclavos libertos; los polizones,

(122) *Intra*, p. 177; está tomada de Raynal; véase Apéndice "B", p. xci-xcxi.

## E S T U D I O P R E L I M I N A R

que debieran incorporarse a la vida de la Isla en vez de exigirse su regreso a España, y los colonos que llegasen en las flotas, correos y navíos. A todos ellos debería proveérseles de terrenos suficientes para su subsistencia e industria. Propone, además, destacar en cada nuevo pueblo un oficial con cuarenta o cincuenta hombres para ejecutar labor de policía y perseguir el contrabando mientras que a la vez ayudarían a fomentar la vida de estas recién creadas comunidades.

No creemos necesario añadir algún otro comentario sobre este aspecto de la obra de Fr. Iñigo. Consideramos que este resumen expresa la preocupación de nuestro autor por el aspecto económico-social de la Isla.

### VII. Carácter de los Puertorriqueños.

No podemos sustraernos a comentar las referencias continuas que hace Fr. Iñigo al carácter de los puertorriqueños. Nuestro autor se internó en la Isla adentro con el objeto de auscultar el alma de nuestro pueblo. Con ese espíritu inquisitivo que lo caracteriza, con su observación fina y certera, con su penetración psicológica admirable, logró trazar con vívidos rasgos un retrato bastante fiel del pueblo puertorriqueño, su carácter, usos, costumbres. Los capítulos treinta y treinta y uno, dedicados a ese fin, evocan en nosotros la emoción de ese pasado vivido por nuestros antecesores. Muchas de las virtudes nacionales que Abbad capta: la hospitalidad, el desinterés, aún persisten; igualmente algunos de nuestros defectos. Las aficiones, costumbres, pasatiempos del siglo XVIII puertorriqueño, están no solamente tratados con fidelidad, sino también con gracia y viveza. Igualmente y con profundo sentido sociológico se detiene a considerar las distintas castas que integran la sociedad de Puerto Rico; reflexiona sobre los efectos negativos que muchas veces ejercen unas sobre otras y los males morales que ocasionan. Afortunadamente, el hecho desgraciado que él señala del trato humillante y desprecio insultante con que se mira al negro ha sido superado.

Considera Fr. Iñigo, a juzgar por la frecuente insistencia con que alude a ello, que la desidia, indolencia, holgazanería y apatía son los rasgos esencialmente definidores del carácter puertorriqueño. Son múltiples las veces en que destaca esos rasgos. <sup>(123)</sup> ¿A qué obedece esta actitud en nuestro

(123) *Intra*, pp. 110, 111, 120, 121, 127, 159, 160, 171, 182, 183, 185, 188, 193, 203, 229.

historiador? En primer lugar, y como bien señalara D. José J. Acosta <sup>(124)</sup>, Fr. Iñigo, fiel discípulo de Montesquieu, acepta como indubitable el hecho de la influencia determinante que el clima ejerce sobre el carácter de los individuos. Necesariamente los puertorriqueños, habitantes del trópico, han de ser flojos, indolentes, holgazanes. Es verdad que él señala otras causas: el régimen económico asfixiante, las medidas de los gobernadores nocivas en lo económico, la falta de medios de comunicación y contacto con el exterior que anulan toda iniciativa comercial; pero a pesar de reconocer y mencionar alguna vez estos hechos, quedan casi totalmente oscurecidos ante la fuerza abrumadora, por lo insistente, de la referencia casi continua a esos defectos del pueblo puertorriqueño. Nos sorprende la actitud de nuestro historiador, hombre tan reflexivo y tan ponderado en sus juicios. Indudablemente, imbuido como estaba de las ideas del siglo y deseoso de sacudir a la Isla de la inercia económica que padecía, se hubo de impresionar por la vida fácil, es verdad, de los isleños, ya que medraban éstos en un medio geográfico generoso; pero, por otro lado, sin ambición ni interés por superar la postración económica que padecían. Pero, ¿a qué luchar si la naturaleza todo lo proveía, si ni siquiera había el estímulo, dentro de ese medio económicamente enervante, de acariciar la idea del lucro? Y si el nivel social era bajo, si no sentían el imperativo de otras urgencias más elevadas que los estimulasen a vencer dificultades para alcanzarlas, ¿a qué luchar? Todas éstas razones informan el complejo de circunstancias responsables de la "desidia, indolencia y holgazanería" que Fr. Iñigo consideró huellas indelebles del carácter puertorriqueño.

Sin embargo, en justicia a Fr. Iñigo, debemos aclarar que a pesar de su insistencia en destacar los rasgos negativos del carácter puertorriqueño, no olvida alguna vez poner de relieve otros de valor positivo. Por ejemplo, refiriéndose a los criollos dice que son de imaginación viva para discurrir e imitar cuanto ven; que aman la libertad; que son hospitalitarios y desinteresados e inclinados a las acciones brillantes y de honor (pp. 181-2). A los mulatos los describe como "expeditos y liberales para discurrir y obrar"; que "se han distinguido en todos tiempos por sus acciones y son ambiciosos de honor". (p. 182). Y al fin predica del puertorriqueño en general, su hospitalidad, desinterés, su naturaleza taciturna que los inclina a la cavilación, la viveza de su imaginación y su valor ya que miran "con desprecio todos los peligros y aún la

<sup>(124)</sup> Abbad, Historia..., edición Acosta, 1866, pp. 338, 342, 409-410.



misma muerte" (pp. 183-4). Considera asimismo, que "... son generalmente frugales, de poco sueño y perspicaces; pero ambiciosos de gloria, achaque interesante á la política si saben utilizarlo los Gobernadores á quienes tributan toda sumisión y respeto" (p. 184). En varias ocasiones le impresiona el temple heroico de los puertorriqueños; ello está patente en el capítulo xix en que priva un clima de admiración no sólo hacia la hazaña del Capitán Correa y sus compañeros expulsando a los ingleses de Arecibo sino también hacia todas las acciones valerosas de los puertorriqueños en repulsa de los invasores extranjeros <sup>(125)</sup>.

#### VIII. Los Pueblos.

Los capítulos xx a xxiv incluyen la descripción de la capital y de todos los pueblos de los dos partidos en que estaba dividida entonces la Isla: el de Puerto Rico, y el de San Germán. Estos capítulos se distinguen por la profusión de datos y riqueza de detalles. El autor inicia un recorrido por la Isla, pero antes se ha trazado una estructura, a manera de andamiaje, donde va colocando las piezas que corresponden a cada uno de sus pueblos. Así el lector puede seguir, sin perderse, a Fr. Iñigo en su ruta literaria a través de ellos <sup>(126)</sup>. Primeramente describe la ciudad capital; luego partiendo de ésta, prosigue por la banda norte, continúa por la oriental y la meridional hasta llegar al río Jacagua término de la jurisdicción de Puerto Rico por el sur. Vuelve de nuevo a la capital y desde ésta y con dirección oeste recorre los pueblos que aún restan en la banda norte correspondientes al partido de Puerto Rico cuyo límite natural es el río Camuy. Mientras, ha hecho la descripción de cada uno de los pueblos comprendidos dentro de los términos de ese partido. Inicia luego una nueva jornada para describir los del partido de San Germán. Comienza por el norte, sigue en dirección oeste, dobla la costa occidental dando finalmente término a su jornada por la banda sur.

Veamos los datos que nos ofrece en cada caso este infatigable observador. Del ambiente físico, hace la descripción topográfica: situación, extensión, calidad de la tierra, montañas, ríos, accidentes del terreno, clima, vegetación, recursos naturales, distancia de otros pueblos y vías de comunicación. Del paisaje humano: la cifra a que asciende la población, su dispersión, rasgos que

<sup>(125)</sup> Infra, pp. 95-96; 140.  
<sup>(126)</sup> Infra, p. 129.

puedan distinguir a los habitantes de algún pueblo, como lo hace en el caso de los habitantes de San Antonio de la Tuna (p. 131), ocupaciones, cultivos, industrias, viviendas, la Iglesia; y en el caso de la Capital, la descripción prolija de sus defensas haciendo las observaciones pertinentes sobre su efectividad. No faltan tampoco descripciones sobre métodos de labranza, sistema de pesca, amén de las noticias sobre el reino vegetal y el animal y sus posibilidades económicas. Y como indicamos en el capítulo anterior, abundan sus observaciones críticas tan propias del espíritu dieciochesco, a cada nuevo estímulo que el ambiente le depara: la apatía del puertorriqueño, la ausencia de bienes artísticos o la riqueza inexplorada que pródicamente ofrece la naturaleza. Lo que resulta inexplicable es la casi total ausencia, ya en uno u otro sentido, de noticias sobre el aspecto educativo de la Isla; lo reduce a dos alusiones más bien accidentales (pp. 188; 193). Si a la postración económica y social correspondía igual condición en lo intelectual y escolar, ¿cómo es posible que un hombre de su talla cultural no reaccionara en uno o en otro sentido? Si había total paralización de actividades culturales, ¿por qué no detenerse en ello como lo hace en relación con el aspecto económico? Por lo demás, estos capítulos son cantera inagotable de noticias. No escapa a Fr. Iñigo un solo detalle de interés, viniendo en apoyo valioso de esa actitud su facultad de observación poco común. Representan en realidad un estudio amplio del panorama físico y humano de la Isla.

Creemos conveniente detenernos aquí, aún a riesgo de ser prolijos, para señalar ciertos aspectos de estos capítulos que consideramos ser muy ilustrativos de dos tendencias acusadas del clima intelectual del siglo xviii. En primer lugar, la actitud crítica ante el paisaje físico y humano con miras a una mayor explotación y aprovechamiento del primero en función de un mayor bienestar del segundo. Y en este sentido la obra de Abbad no desmerece de otras dieciochescas; ni con el diario del viaje que hace desde Madrid a la capital andaluza el historiador-filósofo D. Juan Bautista Muñoz (<sup>127</sup>), ni de la obra Viaje de Indios y Diario del Nuevo México del franciscano Fr. Juan Agustín Morfi (<sup>128</sup>). (Naturalmente que salvando diferencias por razón de diversas circunstancias ambientales.) De igual carácter y abundando en las mismas noticias que hemos observado en estos capítulos de la obra de Abbad,

(<sup>127</sup>) Cfr. Antonio Ballesteros Berretta, "Juan Bautista Muñoz: La creación del Archivo de Indias", en Revista de Indias, Año II, núm. 4 (Madrid, abril-junio de 1941) 55-95.

(<sup>128</sup>) Fr. Juan Agustín Morfi, Viaje de Indios y diario del Nuevo México, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1935.

## E S T U D I O P R E L I M I N A R

es el Teatro Americano de Villaseñor <sup>(129)</sup>, escrito para corresponder a lo requerido por Real Orden de 19 de julio de 1741. La ocurrencia simultánea de estas mismas manifestaciones comprueba la existencia de un imperativo intelectual común.

En segundo lugar, estos capítulos son índice de esa cautivante atracción que la naturaleza ejerce sobre la mentalidad del siglo y que evoluciona históricamente en la forma de una magna inquietud científico-naturalista. Esa profusión de noticias sobre el medio físico, esa preocupación por delinear sus perfiles geográficos en la obra de Abbad, son indudablemente una modalidad expresiva de esa misma inquietud. Es que en ese momento histórico, la naturaleza se presenta como un reto desafiante a los espíritus estudiosos de la época, invitando a escalar nuevos horizontes científicos. Se acercan a ella, alentados por la certeza de su fe racionalista, buscando develar sus misterios, formular sus leyes y explicar racionalmente sus fenómenos. Precisamente en ese momento América se presenta como campo fértil para la investigación, convirtiéndose en meta de expediciones científicas del siglo. Recordemos la larga lista de científicos que pasan a América en viaje de investigación; entre ellos: Pedro Bourger, La Condamine, Antonio de Ulloa, Jorge Juan, Sessé, etc. Las interesantes relaciones de sus viajes nos permiten hoy apreciar el fervor científico que los impulsó a estas hazañas. Por eso no es incongruente establecer una relación ideológica entre estas manifestaciones del espíritu científico-naturalista y esa preocupación insistente de Abbad por estudiar nuestro medio físico y sus fenómenos. Es también la misma preocupación que se observa en la obra de Morfi, de Villaseñor y en las Relaciones Geográficas que aparecen en la "Colección Paso y Troncoso" <sup>(130)</sup>. Todas estas manifestaciones podrían considerarse como un eco de aquella otra magna inquietud científica. Y pasando de lo general a lo concreto, ¿no viene acaso en comprobación de lo anterior, la cita a continuación, tomada de la obra de Abbad en que priva ese anhelo inquisitivo de indagar por la razón científica de las propiedades salutíferas de las aguas de Coamo? Transcribimos: "... no parece violenta la consecuencia; pero si un físico hábil observare estas aguas e hiciera análisis de los minerales de que están mezcladas podría darnos algunas razones

(129) José Antonio Villaseñor y Sánchez, *Theatro Americano*, Descripción General de los Reynos y Provincias de la Nueva España y sus Jurisdicciones, México, Imprenta de la Viuda de D. Joseph D. de Hogal, 1748, 2 vols.

(130) *Relaciones Geográficas del Siglo xviii en la Colección Paso y Troncoso*, Legajo Núm. 4, Libreta Núm. 111, Archivo de Manuscritos Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D. F.

sólidas de sus efectos y de los accidentes a que podrían aplicarse con feliz éxito, pues el ningún uso que hasta ahora se ha hecho de ellas nos priva de los conocimientos que podría enseñarnos la experiencia particular de estas aguas" (p. 115). Obsérvese cómo campea en esta cita el espíritu de experimentación. Impulsado por ese mismo anhelo, ahora en otros momentos la presencia de físicos y naturalistas que estudiasen las posibilidades curativas y comerciales de la flora puertorriqueña. (pp. 196; 209).

Vuelve de nuevo el clima ideológico a imponer condicionantes y en este caso particular, determina rasgos esenciales de la obra de Fr. Inigo.

#### IX. El Estilo.

El estilo sobrio y recto de Fr. Inigo acusa al escritor neoclásico. Escribe precisamente en ese momento pendular en la historia de la cultura humana en que se ha oscilado del polo de la exuberancia barroca al de la severidad y sencillez propias del espíritu neoclásico. Pero quizás el ambiente cultural no sea en este caso el único factor; ¿no existiría acaso una feliz correspondencia entre el estilo neoclásico y el espíritu de Fr. Inigo? Al fin, el estilo es expresivo del temperamento del escritor. Hemos observado como la Historia de Puerto Rico delata la discreción y el espíritu ponderativo de nuestro autor, características que en cierto modo explican la claridad y equilibrio de sus expresiones. Porque como historiador, Fr. Inigo no fue espectacular; huyó de las estridencias históricas, de las posiciones extremas que substituyó por la objetividad. Del mismo modo su estilo deja la impresión de horizontalidad, exento de desafinaciones y de matices chillones. Se mantiene siempre dentro de un clima de expresión en que priva la dignidad, la elevación. Si se tratase de encasillarlo bajo un rótulo único, ninguno convendría con más exactitud que aquel de "clásica severidad". Es la misma calidad sobria de expresión que caracteriza a otros escritores del último cuarto de siglo, por ejemplo, a Muñoz y Robertson. Rasgo que se repite también en Morfi <sup>(131)</sup> y, aunque en obra de carácter distinto, en Humboldt.

<sup>(131)</sup> Son interesantes como manifestación del espíritu neo-clásico y de su incompreensión y repugnancia frente al barroco, los comentarios que hace Morfi a las obras arquitectónicas dentro de ese estilo artístico. Refiriéndose a la Catedral de Zacatecas dice: "La parroquia que es su principal iglesia, es de construcción muy costosa y en aquel género de arquitectura cargado de adornos impertinentes que aumentan los gastos sin añadir hermosura o majestad..." Morfi, op. cit., 56. Revela el mismo espíritu su reacción ante la Iglesia de las monjas de Sta. Clara en Querétaro: "...una iglesia costosamente adornada, pero sin aquel buen gusto que es de descarse en esta especie de obras..." Ibid., 38.

En su articulación interna, corresponde también la obra de Fr. Iñigo a ese espíritu racionalista neoclásico que acomoda todo a reglas y normas. Su Historia se levanta sobre un plan lógico, que acusa además un riguroso sentido de orden. Esta cualidad informa también su estilo. Recordemos los capítulos en que hace descripción de los pueblos; son descripciones perfectamente ordenadas. Dentro de un fondo de expresión diáfana la fisonomía de los objetos se va destacando con claridad y precisión. Nunca hay confusión ni agolpamiento de ideas o de detalles. Muchas veces el propio autor nos comunica su preocupación porque sus descripciones sean claras y sobre todo, ordenadas. Oigámosle: "Llevando siempre el objetivo de evitar la confusión y deseo de manifestar en la descripción de la Isla el diseño más conforme al original y en cuanto me sea posible trasladar a la pluma el concepto y observaciones hechas sobre el mismo país, procuro guiar sobre él al lector por el camino más claro y desembarazado". (p. 129). Y en esta misma cita apunta otra de sus preocupaciones de escritor que cuaja también en su obra: la fidelidad al objeto descrito. Sus descripciones nos convencen precisamente porque late en ellas un gran fondo de verdad; no se limita en muchos casos a lo externo y material sino a algo más sutil e inasible: el espíritu. Los capítulos en que describe las costumbres y los usos sociales del siglo XVIII puertorriqueño lo comprueban.

Hemos hecho alusión muchas veces a la facultad de observación tan afina y perspicaz de Abbad. Este sentido de observación arroja en su obra un balance favorable de buenas descripciones. Capta con certeza los detalles imprescindibles. Sus descripciones nunca son recargadas; por el contrario, siempre sobrias y sencillas; ni filigranas poéticas, ni figuras retóricas exuberantes. ¿Cabe una mejor justificación de lo anterior que el ejemplo siguiente?: "Los hormigueros más temibles y devastadores son los de las hormigas que llaman comegén. Crecen en los árboles, sobre la tierra y en los edificios; forman sus enjambres en una especie de panal de un material amarillo oscuro que parece una especie de cera, aunque es de tierra; son muy pequeñas, su ténaza blanca, el color de su cuerpo algo rojo; forman su marcha con buen orden; van siempre en una columna de cuatro dedos de anchura y que suele tener más de un cuarto de legua de largo; el camino que frecuentan queda señalado del mismo material de que forman sus viviendas; en la vanguardia y retaguardia van treinta o cuarenta hormigas mayores que las otras; estas guían y abren el camino que ha de seguir la multitud. Si en su tránsito encuentran alguna provisión, cada una toma su parte sin detenerse, ni perder el orden de su formación. El ratón, cien-piés u otra sabandija que tiene la desgracia de encon-

## E S T U D I O P R E L I M I N A R

trarse con este ejército, perece en un instante; cargan sobre él tal multitud de hormigas que lo cubren y forman un ovillo y lo devoran en breve rato" (p. 214). Los capítulos dedicados al estudio de la flora y fauna puertorriqueña ponen de relieve este poder descriptivo de nuestro autor. Son buenas las descripciones de la guinea (p. 221), del alcatraz (p. 223), de la planta del café (p. 232), del cacao (pp. 234-5), y el plátano (pp. 235-6). .

Hay también otro rasgo de la personalidad de Abbad que merece mención y que guarda relación con su estilo: su condición de escritor documentado. No nos referimos particularmente a la parte estrictamente histórica, no; son otros detalles los que dan el nivel de su cultura integral. Por ejemplo: su conocimiento del vocabulario técnico de la arquitectura civil y militar. Asimismo, su añoranza por la arquitectura religiosa de verdadero valor artístico, buena prueba de su experiencia cultural y aprecio por esas manifestaciones del espíritu humano; aún las pocas citas clásicas que inserta en su obra. <sup>(132)</sup> Igualmente su información en materias económicas y sociales; su inquietud porque se verifique científicamente, ya el valor medicinal de las plantas de la Isla, ya las propiedades curativas de las aguas de Coamo; su disculpa por no haber hecho referencia a restos arqueológicos demostrativos de la cultura indígena por razón de no haberlos en la Isla. Todos estos detalles acusan al escritor integrado culturalmente y, el último particularmente, expresa cómo Fr. Iñigo tiene conciencia del valor y utilidad de las ciencias auxiliares de la historia (pp. 229-230).

Por último, hay otro detalle en su prosa que conviene destacar. Del mismo modo que el estilo es expresión del temperamento de un escritor, también lo es de la inquietud cultural coetánea a la obra. Esto ocurre en tanto mayor grado cuanto más hondo haya calado en la conciencia de la época el fundamento ideológico en que se sustenta. El siglo xviii es uno de esos periodos en la historia de la cultura humana que se nos presenta con una caracterización más definida, con un sello inconfundible. Este fenómeno tiene de peculiar matiz las expresiones lingüísticas del momento. Aparecen en la lengua giros, frases, locuciones, indicativas de la sensibilidad propia del tiempo. A ese hecho precisamente corresponden en la obra de Abbad las referencias insistentes a la "próvida Naturaleza", que "nada hace de balde", siempre sabia y "benéfica", la Naturaleza "liberal" y "fecunda" que ofrece sus bienes "con largueza".

Fr. Iñigo nos ofrece un ejemplo más en la historia de la disciplina histórica

<sup>(132)</sup> *Intra*, pp. 1-2; 127; 137-138; 163; 253-254.

## E S T U D I O P R E L I M I N A R

en que se aúnan en el mismo autor las condiciones indispensables de un buen historiador con las dotes del expositor y el literato.

### X. Conclusión.

Después de este estudio analítico, quizás resulte redundante inquirir por el valor de la obra de Abbad. De todos modos, no sería superfluo, dentro de la perspectiva que este análisis nos ha procurado, puntualizar aquellos rasgos de su Historia que le dan su categoría de clásico de nuestra historia, su dimensión de intemporalidad.

Toda obra histórica, como tal, hace historia en una doble dimensión: historia del pasado que pretende revivir e historia del momento contemporáneo a la obra, no importa cuánto persiga el historiador la condición de "estoico" que exigiera Bayle. Un objetivismo absoluto no es humanamente posible. La ideología, las palpitaciones, las exigencias intelectuales de la época contemporánea al historiador se filtran en la obra aunque, lógicamente, en proporción inversa a la intención de sofocarlas. La Historia de Abbad ilustra cabalmente las anteriores afirmaciones. A pesar de su objetivismo, la obra de Fr. Iñigo es representativa de su siglo, no precisamente por tratar cuestiones de hechos de esa época en Puerto Rico, sino por responder en muchos aspectos a la motivación ideológica de su tiempo.

Intelectualmente, Fr. Iñigo vive su época. No porque adopte en forma absoluta las posiciones típicas de la mentalidad del siglo; no es ese el caso; sino simplemente por estar alerta y ser conocedor de ellas, aunque no se encuentre siempre dentro del séquito de sus corifeos. Su posición es más bien ecléctica. Su condición de religioso, de católico ortodoxo, le coloca, ipso facto, fuera de algunas corrientes esenciales dieciochescas.

Hechas estas salvedades, veamos hasta qué punto es su obra expresiva del clima intelectual de ese siglo. En la elaboración de su Historia, superó los temas apasionantes de esa centuria y, sobre todo, aquellos que más cerca debieron rozar su sensibilidad de español y religioso: la Leyenda Negra, la esclavitud indígena y la del negro. En otros casos adopta un criterio ecléctico: tal su posición en lo político y en lo económico. Rindió plenamente tributo a su siglo precisamente en aquel aspecto que da el tono dominante a su obra: la preocupación insistente por los problemas económico-sociales; por su intención de

## E S T U D I O P R E L I M I N A R

*hacer viable el anhelo reformista de la época al presentar tan diáfananamente los problemas de la realidad puertorriqueña y sugerir correctivos. También lo hizo en razón de su fervor entusiasta por el estudio de la historia natural, dedicando, a pesar de carecer de los instrumentos indispensables, seis capítulos al análisis de ese aspecto de nuestro medio. Y por último, y no menos notable, por su adhesión al determinismo geográfico tan sintomático del siglo XVIII. He ahí el balance de la obra en su aspecto general.*

*En su expresión histórica más directa, la que responde al fin primero de revivir el pasado puertorriqueño, la obra es de un inapreciable valor. En ese sentido presenta también un doble carácter: fuente secundaria en lo que se refiere al período que va desde el descubrimiento hasta mediados del siglo XVIII, y fuente primaria, fundamental e insustituible de la segunda mitad de dicho siglo, no tanto por su contenido fáctico, sino por algo más sutil: por ser exposición única de lo que constituía ya la personalidad puertorriqueña. En esto quizás estriba su mérito esencial, junto a, por no atribuirle categoría secundaria, el haber logrado la primera gran síntesis de nuestra historia.*

*De ahí que su obra haya sido el puntal en que se apoyó la incipiente nacionalidad puertorriqueña. Al surgir aquella inevitable inquietud histórica, como rasgo acusado del fermento intelectual de la segunda mitad del siglo XIX y fenómeno indicativo del despertar de nuestra conciencia de pueblo, se volvió a la obra de Fr. Iñigo como apoyo histórico indispensable de nuestra naciente conciencia nacional. A ese fenómeno histórico responde la tercera edición de la obra, rectificada y enriquecida con las juiciosas y eruditas notas de Don José Julián Acosta.*

*Fr. Iñigo Abbad y Lasierra será siempre antecesor ilustre y punto de referencia primero e imprescindible de nuestra historia patria.*





## APÉNDICE "A"

### FUENTES UTILIZADAS POR FR. ÍÑIGO ABBAD

#### EN SU HISTORIA DE PUERTO RICO (1)

(Ediciones Príncipe)

ACOSTA, *Joseph de*: *Historia Natural y Moral de las Indias, Sevilla, Juan de León 1590.*

ANSON, *George*: *A Voyage to the South Seas and to many other parts of the world performed from Sept. 1740 to June 1744, by Commodore Anson, in His Majesty's Ship The Centurion, having under his command the Gloucester, Pearl, Severn, Wager Trial, and two store ships. To which is added an appendix. . . London, Printed and sold by R. Walker, in Fleetlane, 1745.*

\* BAYACETE: *Geografía Universal*, (2).

- (1) Únicamente en seis casos hemos podido utilizar las ediciones consultadas por Abbad. Son las obras siguientes:

GUILLERMO Bowles, *Introducción a la Historia Natural. . . , Madrid, Imp. de D. Francisco M. de Mena, 1775.*

LORENZO Echard, *Diccionario Geographico. . . , Trad. Juan de la Serna, Madrid, Imp. Vda. de Peralta y Angel Corradi, 1760.*

ANDRÉS González de Barcia: *Historiadores Primitivos de las Indias Occidentales, Madrid, s.i., 1749.*

ANTONIO de Herrera, *Historia General de los Hechos de los Castellanos, Madrid, Imp. Real de Nicolás Rodríguez, 1730.*

*Historia General de los Viajes. . . , Trad. Miguel de Terracina, Madrid, Imp. de D. Juan A. Lozano, 1763-1791, 28 vols.*

ANTONIO de Ulloa, *Noticias Americanas: entretenimientos phisicos históricos sobre la América Meridional y la Septentrional Oriental, Madrid, Imp. D. Francisco M. de Mena, 1772.*

- (2) En el "Memorial" ya citado con que Abbad somete al Rey en 30 de enero de 1783 el manuscrito de su *Historia de Puerto Rico*, menciona esta obra, pero ahí el nombre del autor aparece en esta forma "Bayset". Tampoco con esta ortografía han podido ser identificados ni el autor ni la obra en la Biblioteca del Congreso, Washington, D. C.
- (\*) Carecemos de noticias bibliográficas y biográficas sobre el autor. Abbad nunca da la cita bibliográfica completa.

\* BONCIO, Jacobo: Medicina Indorum.

BOWLES, Guillermo: Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España... Madrid, Imprenta de D. Francisco M. de Mena, 1775 <sup>(3)</sup>.

BUFFON, (J. L. Leclerc), Comte de: Histoire Naturelle, générale et particulière. Paris, Imp. Royale, 1749-1804, 44 vols.

CÁRDENAS y Cano, Gabriel de: Ensayo Cronológico para la Historia General de la Florida... Desde el año de 1512 que descubrió la Florida Ponce de León hasta 1722. Madrid, Oficina Real a costa de Nicolás Rodríguez Franco, 1723.

CASTELLANOS, Juan de: Primera Parte de las Elegías de Varones Ilustres de Indias, Madrid, Alonso Gómez, 1589 <sup>(4)</sup>.

\* CASTERBERT, M.

CIEZA de León, Pedro: Parte Primera de la Crónica del Perú... Impresa en Sevilla en casa de Martín de Montedoca, 1553 <sup>(5)</sup>

CHARLEVOIX, Pierre F. X. (S. J.): Histoire et description générale de la Nouvelle France... Avec le Journal historique d'un voyage fait par ordre du roi dans l'Amérique Septentrionale. Paris, Chez la Veuve Ganeau, 1744, 6 vols.

\* DICCIONARIO Botánico. <sup>(6)</sup>

DU TERTRE, Jean Baptiste (O.P.): Histoire Générale des Antilles habitées par les Français. Paris, Thomas Jolly, 1667-1671, 4 vols.

DUVAL, Pierre: Le Monde ou la Géographie Universelle, Contenant les descriptions, les cartes, et le blason, des principaux pais du monde, Paris, Chez l'auteur, 1682.

ECHARD, Laurent: Diccionario Geographico o Descripción de todos los Reynos, Provincias, Islas... Escrita primeramente en inglés por... traducida al francés por M. Vosgien y al castellano con adiciones y correcciones,

(3) Naturalista irlandés. El Gobierno español por consejo de D. Antonio de Ulloa lo invitó a pasar a España para hacer estudios sobre el suelo español. El resultado de sus observaciones aparece en esta obra.

(4) La elegía a Juan Ponce de León aparece en esta primera parte. La segunda y tercera parte se publicaron por primera vez en la Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, Imp. M. Rivadeneyra y Cia., 1846-1877, 70 vols.

(5) Las tres partes restantes no fueron publicadas hasta el siglo XIX.

(6) Difícil es saber bajo este título tan general de qué obra se trata. Por consulta que hemos hecho a la Biblioteca del Congreso, Washington, D. C., se nos ha sugerido la obra siguiente como una posibilidad de que sea la consultada por Abbad: "Dictionnaire botanique et pharmaceutique contenant les principales propriétés des minéraux, des végétaux, et des animaux d'usage; avec les préparations de pharmacie... les plus usitées en médecine... Par (N. Alexandre). Paris, 1716.

# E S T U D I O P R E L I M I N A R

por Juan de la Serna, En Madrid, Imp. Vda. de Peralta y Angel Corradi, 1760.

FEIJÓO y Montenegro, Benito Gerónimo: Teatro Crítico Universal o Discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes, Madrid, Imp. Fco. del Hierro, 1726-1740, 8 vols.

FERNÁNDEZ de Oviedo y Valdés, Gonzalo: La Primera Parte de la Historia General de las Indias, Sevilla, Imp. de Juan Cromberger, 1535 (?).

GACETA Americana. (*Il Gazzetiere Americano*, Livorno, M. Cottelini, 1763, 3v) (8).

GONZÁLEZ de Barcia, Andrés: Historiadores Primitivos de las Indias Occidentales, Madrid, s.i., 1749, 3vols. (*La información de Abbad está tomada de López de Gomara, Historia General de las Indias, Cap. XLIV, en el T. II*).

GÓMEZ Ortega, Casimiro: Historia Natural de la Malagueta o pimienta de Tabasco y noticia de los usos, virtudes y exención de derechos de esta saludable y gustosa especia... Madrid, J. D. Ibarra, 1780.

(7) Esta primera parte contiene los libros 1 al XIX, el proemio y los capítulos uno a diez del libro cincuenta; por tanto, incluye los libros consultados por Abbad ((II-III-V-VI-VII-XIV y XIX). La segunda parte se comenzó a imprimir en 1557, pero a causa de la muerte de Oviedo se suspendió la impresión y salió a la luz únicamente el Libro XX: Libro Veinte de la segunda parte de la general historia de las Indias, escrita por el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Impreso en Valladolid por Francisco Fernández de Córdova, 1557. El resto de la obra no fue publicado hasta el siglo XIX (1851-1855) en que fue editada por la Real Academia de la Historia.

(8) Ni en Palau, Manual del Librero Hispano Americano, Barcelona; Librería Antiquaria, 1923-27, 7 vols.; ni en Sánchez Alonso, Fuentes de la Historia Española e Hispanoamericana, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1927; ni en Moreri, Gran Diccionario Histórico... Paris, a costa de los libreros Privilegiados, 1753, 10 vols., hemos hallado noticias sobre esta obra. Únicamente en la p. VII del Prólogo de la obra de Antonio de Alcedo, Diccionario Geográfico Histórico de las Indias Occidentales de América, Madrid, Imp. Benito Cano, 1786-1789, 5 vols., se alude a un Gacetero Americano de la América Septentrional, escrito en inglés, que quizás pueda ser el que utilizó Abbad. Como en el caso del Diccionario Botánico, es difícil saber bajo un título tan vago de qué obra se trata. Véase también, la nota 10 de este Apéndice.

Al fin ha podido ser identificada esta obra (favor que agradecemos al señor Howard F. Cline, Director de la Fundación Hispánica de la Biblioteca del Congreso, Washington, D. C.) pues en el citado "Memorial" de Abbad al Rey, aparecen estos datos bibliográficos adicionales: Liorna, 1763. Se trata, pues, de la siguiente obra: *Il Gazzetiere Americano*, contenente un distinto ragguaglio de tutte le parti del Nuovo Mondo... Tradotto dall' inglese e arricchito di aggiunte, note, cattede e rami... 3 v. sm. fol Livorno, M. Cottelini, 1763. (Translation of the American Gazetteer, London, 1762, with different maps. Maps in this edition reproduced in *Atlante dell' America*, Livorno, G. T. Massi & Co. 1777).

GUMILLA, P. José (S. J.): *El Orinoco Ilustrado y Defendido. Historia Natural, Civil y Geográfica de este Gran Río y de sus caudalosas vertientes*, Madrid, M. Fernández, 1741.

HERRERA, Antonio de: *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano. En ocho décadas desde 1492. a 1554*, Madrid, Imp. Real por Juan Flamenca, 1601. *Décadas quinta, sexta, séptima y octava*, en Madrid, Juan de la Cuesta 1615, 4 vols.

HIPÓCRATES: *De Flatibus*. (9).

HISTORIA DE LOS PIRATAS. *Obra escrita originalmente en holandés. El verdadero nombre del autor es Henrich Smeeke aunque en la primera edición de Amsterdam, por Juan Ter Hoor, 1678, aparece como A. O. Exquemelin. El apellido ha sido trocado por los ingleses en Esquemeling y por los franceses en Oexmelin. Tres años más tarde la obra fué traducida al español: Piratas de la América y luz a la defensa de las Costas de Indias Occidentales. Dedicado a D. Bernardino Antonio de Pardiñas, Villar de Francos... por el celo y cuidado de D. Antonio Freyre. Traducido de la lengua flamenca en español por el Dor. de Buena Maison... Colonia Agripina, en casa de Lorenzo Struickman, Año de 1681.— (Cfr. C. H. Haring, Los Bucaneros de las Indias Occidentales en el Siglo XVII. Bruges, Belgique, Desclées de Brower et Cie, 1929, pp. 226-270).*

HISTORIA GENERAL DE LOS VIAJES o Nueva Colección de todas las relaciones de los que se han hecho por Mar y Tierra y se han publicado hasta ahora en diferentes lenguas en todas las naciones conocidas... *Obra traducida del inglés al francés por el Abate P. Prevost y al castellano por D. Miguel Terracina. Aumentada con las relaciones de los últimos viajes que se han hecho en este siglo*, Madrid, Imp. de D. Juan A. Lozano, 1763-1791, 28 vols.

LABAT, Pére Jean Baptiste (O. P.): *Nouveau Voyage Aux Isles de l'Amérique...* Paris, P. F. Giffart, 1722, 6 vols.

(9) Fr. Inigo "cita como libro de Hipócrates el *De Flatibus*, tratado perteneciente a la colección de libros apócrifos atribuidos al Padre de la Medicina que, según toda probabilidad, es producto de la escuela dogmática que reinó después de él. Hipócrates consignó sus observaciones acerca de la aereación en el libro de Aire, Aguas y Lugares: y ciertamente los hechos que resume y expone no se sujetarían al círculo de hierro del libro *De Flatibus*, en el cual se atribuyen las enfermedades tan sólo al espíritu que se halla en el cuerpo o al que está fuera de él". Nota de J. J. Acosta en Abbad y Lasierra, op. cit., edición 1866, 441.

# E S T U D I O P R E L I M I N A R

LAS CASAS, Bartolomé de: *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias, Sevilla, en Casa de Sebastián Trugillo, 1552.*

OCAMPO, Florián de: *Las quatro partes enteras de la Crónica de España que mandó componer el serenissimo rey don Alonso llamado el Sabio. Donde se contienen los acontecimientos y hazañas mayores y más señaladas que sucedieron en España: desde su primera población, hasta casi los tiempos del dicho señor rey. Uista y emendada mucha parte de su impresión por el maestro Florián Docâpo: Cronista del emperador rey nro. señor... Zamora por ... Agustín de Paz y Juan Pichardo... a costa y espensas d'l virtuoso varón Juan d'Spinosa... 1541.*

OSBORNE, Thomas: *The Osborne Collection. A collection of voyages and travels, consisting of authentic writers in our own tongue... Continued with others of note... in other nations and languages... Compiled from the valuable library of the late Earl of Oxford... London, Th. Osborne, 1745-1747, 2 vols. (10).*

QUIRÓS: *Historia General* (11).

RICHARD, Abbé Jérôme, *Histoire naturelle de l'air et des météores. Paris, Saillant et Nyon, 1770-1771 10 vols.*

RAYNAL, Guillaume-Thomas François: *Histoire Philosophique et Politique des Etablissements et du Commerce des Européens Dans les Deux Indes. Amsterdam, s.i., 1770, 6 vols.*

ROBERTSON, William: *The History of America. London, Printed for W. Straham; T. Cadell in the Strand; and J. Balfour at Edinburgh, 1777, 2 vols.*

ROCHEFORT, Charles de: *Histoire Naturelle et Morale des Iles Antilles de l'Amérique. Rotterdam, Leers, 1658.*

---

(10) Por cortesía del Maestro Don Rafael Altamira y Crevea quien consultó al Sr. L. Hanke, Director de la Biblioteca del Congreso, Washington, D. C., conocemos estos datos bibliográficos. En la consulta se incluyó la *Historia General de Quirós* y la *Gaceta Americana* que no pudieron ser identificadas.

(11) Hemos comprobado con posterioridad a la consulta hecha al Sr. L. Hanke que no se trata de una *Historia General* cuyo autor sea Quirós, sino del *Viaje de Pedro Fernández de Quirós* a las regiones australes incluido en la *Historia General de Viajes*. Cita bibliográfica como la de Abbad, pero más completa y para fundamentar iguales hechos aparece en W. Robertson, op. cit., I, 453, "Voyage de Quirós", *Chez Hist. Gen. des Voyages*, T. xiv, p. 83". Abbad no da esta cita completa. Dice únicamente: *Quirós, Hist. Gen. Tom. 14, fol. 83.* (Abbad, op. cit., 19).

E S T U D I O P R E L I M I N A R

SÉNECA: Libro Primero.

ULLOA, Antonio de: *Noticias Americanas; entretenimientos phisicos-históricos sobre la América Meridional y la Septentrional Oriental...* Madrid, Imp. de Fco. M. de Mena, 1772.

VALMONT de Bomare: *Dictionnaire-Raisonné Universel d'Histoire Naturelle...* Paris, Didot, le jeune, 1765, 5 vols.

## APÉNDICE "B"

### COMPARACION DE TEXTOS ENTRE ABBAD Y RAYNAL

Fr. Iñigo Abbad y Lasierra, *Historia Geográfica Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*. Nueva edición anotada en la parte histórica y continuada en la estadística y económica por José J. Acosta y Calbo. San Juan, P. R., Imp. de Acosta, 1866.

Introducción. (pp. 1-3).

"La isla de San JUAN BAUTISTA DE PUERTO RICO, llamada por los Indios Borinquen, es una de las grandes Antillas situada en el Océano Atlántico, y su Capital en los 18 grados, 10 minutos de latitud septentrional y 311 de longitud occidental. Está rodeada de otras muchas que corren desde los 293 hasta los 316 grados de longitud, y presentan un archipiélago en esta parte de la América del norte, el más

Th. G. Raynal. *Histoire Philosophique et Politique Des Etablissemens et du Commerce des Européens Dans les Deux Indes*. A Genève, chez J. L. Pellet, 1780, 4 vols.

T. III, Livre x, Tit. II, p. 4.

Tit. II.—Est-il vraisemblable que le grand archipel de l'Amérique ait été détaché du continent voisin?

(p. 4) "L'Amérique renferme, entre le huitième & le trente-deuxième degré de latitude septentrionale, l'archipel le plus nombreux, le plus étendu, le plus riche que l'océan ait encore offert à la curiosité, à l'acti-



numeroso, estenso y rico que hasta hoy han ofrecido los mares a la curiosidad y a la industria de los Europeos."

"Estas islas son conocidas desde su descubrimiento con el nombre de Antillas, mas por los vientos que les soplan, casi siempre del Este, llaman de Barlovento a las más orientales y de Sotavento a las situadas más al Occidente. Unas y otras forman una larga cadena, cuyos extremos, el uno sale de la boca del golfo de Maracaibo y corre hacia lo largo de la Costa de Tierra-firme hasta llegar a la isla de la Trinidad. Aquí muda su dirección y forma una linea curva hacia el Norueste, y siguiendo de una a otra isla, llega hasta la Antigua, en donde se dobla esta linea prolongándose hacia el Poniente; y después de un gran número de islas pequeñas, se encuentran sucesivamente las de Puerto Rico, Santo Domingo y Cuba, que es el otro extremo de la cadena, y cierra la boca del golfo de Meji-co. Unas y otras están separadas entre sí, por canales de 6, 15 a 20 leguas de aneho, y en todos se encuentran de 100 a 150 brazas de fondo.

"Estas islas, y aún todas las del mundo, parecen ser altas montañas

vitée, à l'avidité des Européens. Les isles qui le forment sont connues, depuis la découverte du Nouveau-Monde, sous le nom d'Antilles. Les vents qui soufflent presque toujours de la partie de l'Est, ont fait appeller celles qui sont plus à l'orient, isles du vent, & les autres, isles sous le vent. Elles composent une chaîne dont un bout semble tenir au continent près du golfe de Maracaibo, & l'autre fermer l'ouverture du golfe du Mexique. Peut-être ne seroit-il pas téméraire de les regarder comme les sommets de très-hautes montagnes qui ont fait autrefois partie de la terre ferme, & qui sont devenues des isles par une révolution qui a sumergé tout le plat pays.

"Toutes les isles du monde paroissent avoir été détachées du continent, par des embrâsemens souter-

que se han separado de la Tierra-firme, sumergiéndose la tierra baja por alguna violenta revolución de los mares o terremotos.

“La famosa Atlántida, cuyo nombre después de muchos miles de años solo subsiste por una tradición oscura comunicada a Platón por los sacerdotes egipcios, fué verosíblemente un vasto territorio situado entre el Africa y la América. Mil circunstancias nos persuaden que la Inglaterra fué en otro tiempo parte de la Gaule: la Sicilia ha sido evidentemente separada de la Italia, las islas de Cabo Verde, las de las Azores, la Madera y las Canarias deben haber sido parte de los continentes vecinos o de otros abismados. Las últimas observaciones de los navegantes ingleses no dejan razón de dudar, que todas las islas del mar del Sur han formado más o menos antiguamente una misma masa. La nueva Zelanda que es la más considerable de estas islas, está llena de montañas, en las cuales se ven vestigios evidentes de volcanes apagados: sus habitantes ni son lampiños, ni de color de cobre como los de la América, y a pesar de una distancia de 680 leguas, hablan la misma lengua que los de la isla Otahiti,

reins ou-par des tremblemens de terre.

“La fameuse Atlantide, dont le nom ne subsiste plus, depuis plusieurs milliers d'années, fut une vaste terre, située entre l'Afrique & l'Amérique. Mille circonstances font présumer que l'Angleterre fit autrefois partie de la Gaule. La Sicile a été évidemment détachée de l'Italie. Les isles du Cap Verd, les Açores, Madère, les Canaries, doivent avoir fait partie des continens voisins, ou d'autres continens abîmés. Les observations récentes des navigateurs Anglois ne permettent presque pas de douter que toutes les isles de la mer du Sud n'aient formé plus ou moins anciennement une même masse. La Nouvelle-Zelande, la plus considérable de ces isles, est remplie de montagnes ou l'on voit imprimées les traces de volcanes éteints. Ses habitants ne sont ni imberbes, ni couleur de cuivre, comme ceux de l'Amérique; & malgré un éloignement de six cens quatre-vingts lieues, ils parlent la même langue que ceux de l'isle de Otahiti, découverte il n'y a que peu d'années.

descubierta por Mr. Bougainville en  
8 de julio de 1773.

“Los físicos viajeros observan por todas partes monumentos ciertos que atestiguan esta verdad. Los conchales de toda especie de ostras; los pescados de mar enteros o mutilados que se encuentran a grandes distancias colocados en las entrañas de la tierra y sobre la superficie de las montañas; y la inestabilidad del Océano que perpetuamente la bate, roba y trastorna, prueban estas vicisitudes, y que oculta por un lado tierras inmensas, al paso que descubre por otro dilatadas llanuras y arenales delante de las ciudades que fueron en otro tiempo puertos famosos de mar. Estos sucesos constantes no dejan razón de dudar que este archipiéago de las Indias occidentales, igualmente que el de las orientales situado cuasi a la misma altura, se ha formado por una misma causa; esto es, por la corriente del mar de Oriente a Poniente, movimiento tanto más veloz hacia el Ecuador, cuanto está el globo mas elevado y manifiesta una zona más grande y tan agitada, que parece que el mar quiere romper todos los diques que la tierra le opone, y abriéndose un curso libre, ha formado estas islas espuestas siempre a sus ataques, especialmente la de Puerto Rico, que al principio y fin

“Des monumens certains attestent ces grands changemens. Le physicien attentif en voit par-tout des traces. Des coquillages (p. 5) de toutes les espèces, des coraux, des bancs d'huître, des poissons de mer, entiers ou mutilés, entassés avec ordre dans toutes les contrées de l'univers, dans les lieux les plus éloignés de la mer, dans les entrailles & sur la superficie des montagnes: l'instabilité du continent qui, perpétuellement battu, rongé, bouleversé par l'océan, dont'il éprouve les vicissitudes, d'un côté perd au loin peut-être des terres immenses & de l'autre découvre à nos yeux de nouveaux pays, de longues plaines de sables devant des cités, qui furent autrefois des ports fameux:...

(p. 6) “Cet archipel, [les Antilles] comme celui des Indes orientales, situé presque à la même hauteur, paroît formé par la même cause, c'est-à-dire, par le mouvement de la mer d'orient en occident, mouvement imprimé par celui qui pousse la terre d'occident en orient, mouvement plus violent à l'équateur, où le globe plus élevé décrit un cercle plus grand, une zone plus agitée; où la mer semble vouloir rompre toutes les digues que la terre lui op

de la estación de las lluvias suele sufrir furiosos huracanes, violentos terremotos y espantosas inundaciones; circunstancias por las que a pesar de la fertilidad y abundancia pasmosa de frutos y ganados que ofrece su suelo, se ven muchas veces marchitadas sus frondosas vegas, abatidos sus bosques, sus plantaciones inundadas y robadas por las grandes avenidas de los ríos; sus habitantes oprimidos del hambre y desalojados de sus casas arruinadas, como se manifestará en el discurso de esta historia pero antes de referir las particularidades de esta isla, parece conforme al buen orden y fácil inteligencia de ella hacer su descripción geográfica, señalar su situación y división de los partidos y pueblos de que se compone”.

Abbad y Lasierra, op cit., Cap. xxvii, Estado de la Agricultura.

(p. 159). “El comercio, que nace naturalmente de la agricultura, vuelve a ésta por su circulación como los ríos a la mar, que los ha formado mediante la exhalación de las aguas en vapores y la caída de éstos en agua. La lluvia de oro que atrae el giro y consumo de los frutos de la tierra vuelve a caer sobre ella con el cultivo de los campos; sin éste, todo comercio es precario, pues carece de los primeros fondos que son las producciones de la tierra.

pose; & s'ouvrant un cours sans interruption, y tracer elle-même la ligne équinoxiale...”

“...Ces isles sont séparées par des canaux de différentes largeurs. Quelques-uns ont six lieues, d'autres quinze ou vingt; mais dans tuos, on trouve le fond à cent, cent vingt, cent cinquante brasses...”

Raynal, op cit, T. iv. Livre xix. Tit. vii, p. 604.

Tit. vii. Agriculture.

(p. 604) “Le commerce qui sort naturellement de l'agriculture, y revient par sa pente & sa circulation. Ainsi les fleuves retournent à la mer qui les a produits par l'exhalaison de ses eaux en vapeurs & par la chute de ses vapeurs en eaux. La pluie d'or qu'attirent le transport & la consommation des fruits de la terre, retombe enfin sur les campagnes, pour y reproduire tous les ali-

# E S T U D I O P R E L I M I N A R

"La agricultura, que es la primera de las artes y la verdadera riqueza de un estado, está muy a los principios en esta isla".

*mens de la vie & les matières du commerce. Sans la culture des terres, tout commerce est précaire, parce qu'il manque des premiers fonds, qui sont les productions de la nature... L'agriculture est donc la première & la véritable richesse d'un état.*

Raynal, op cit., T. III, Livre XI, Tit. xxv, p. 205.

Tit. xxv. Les terres de l'archipel Américain ont été cultivées jusqu'ici avec négligence.

(p. 163) ... siendo un principio de agricultura generalmente recibido que la tierra solo es verdaderamente productiva mientras recibe las influencias del aire y de los demás meteoros movidos por este poderoso agente. Además, que entre la mucha maleza que cubre la tierra se cria innumerable variedad de insectos devorantes que se suceden sin interrupción, especialmente los ratones que transportados en los navíos de Europa a América se han multiplicado y apoderado de los campos, cuyos perjuicios se evitarían si arasén bien la tierra y acompañasen un trabajo regular ejecutado con inteligencia..."

(p. 206). "C'est un principe d'agriculture, généralement avoué par les physiciens, que la terre n'est vraiment productive, qu'autant qu'elle peut recevoir les influences de l'air & de tous les météores dirigés par ce puissant agent, tels que les brouillards, les rosées, les pluies.

"Les Isles sont le pays des insectes. Leur multiplication y est favorisée par une chaleur continuelle, & ils se succèdent sans interruption. On connoît l'étendue des ravages qu'ils font. Des labours fréquens & successifs fatigueront ces espèces dévorantes, troubleront leur reproduction, en

*feroient beaucoup périr, & détruiraient la plupart de leurs oeufs. Peut-être ce moyen ne seroit-il pas suffisant contre les rats que les vaisseaux ont apportés d'Europe en Amérique, où ils se sont tellement multipliés, qu'ils détruisent souvent un tiers des récoltes".*

(Esta última cita no la sigue palabra por palabra, pero sí toma su idea esencial).

Abbad y Lasierra, op cit., Cap. xxvi,  
Estado Actual de la Población.

Raynal, op cit., T. iv, Livre xix  
Tit. ix, p. 623.

Tit. ix. Population.

(p. 152). "No puede dudarse que la población depende de la distribución de las tierras: las familias se multiplican como las posesiones, y cuando éstas son muy vastas, su extensión desmesurada detiene el curso de la población".

(p. 629). "La population dépend beaucoup de la distribution des biens fonds. Les familles se multiplient comme les possessions; & quand elles sont trop vastes leur étendue demesurée arrête toujours la population".

Abbad y Lasierra, op. cit., Cap. xxix,  
Rentas y Gastos de la Real Hacienda.

Raynal, op cit., T. iv, Livre xix,  
Tit. x, p. 635.

Tit. x. Impôts

(p. 177) "La mayor dificultad está en señalar los objetos sobre los cuales puede establecerse la carga de la justa recompensa, sin que sirva de

(p. 640). "Mais quelle est donc la forme d'imposition la plus propre à concilier les intérêts publics avec les droits des citoyens? C'est la taxe sur

rémora u obstáculo a los progresos y felicidad de sus habitantes. El tributo más conforme y el objeto más propio para conciliar los intereses públicos con los derechos del vasallo particular, parece es el que se carga sobre las tierras, pues siendo el tributo una carga anual conviene imponerlo sobre una renta anual y no se hallará otra más propia ni segura que la de las tierras..."

"...la cuota que debe señalarse sobre las tierras se ha de proporcionar a su calidad y producto, lo que enseñarán la experiencia y conocimiento práctico de ellas".

Abbad y Lasierra, op cit., Cap. xxv, Gobierno general de la Isla.

(p. 145). "El descubrimiento del Nuevo-Mundo pudo alimentar esta curiosidad y modo de discurrir. Un vasto territorio inculto, la humanidad reducida a condición animal, los campos sin mieses, los tesoros sin poseedores, las sociedades sin policía, los hombres sin costumbres, ofrecían el espectáculo más interesante y lleno de instrucción a un Locke, un Buffon y Montesquieu, si

la terre. Un impôt est une dépense qui se renouvelle tous les ans pour celui qui en est chargé. Un impôt ne peut donc être assis que sur un revenu annuel: car il n'y a qu'un revenu annuel qui puisse acquitter une dépense annuelle. Or, on ne trouvera jamais de revenu annuel que celui des terres..."

(p. 641). "Si de nos jours, pour la première fois, les terres étoient imposées, ne jugeroit-on pas nécessairement que la contribution doit être proportionnée à l'étendue & à la fertilité des possessions?"

Raynal, op cit., T. II, Livre VI, Tit. I, p. I.

Tit. II Parallèle de l'histoire ancienne & moderne.

(p. 3). "La découverte d'un nouveau monde pouvoit seule fournir des alimens à notre curiosité. Une vaste terre en friche, l'humanité réduite à la condition animale, des campagnes sans récoltes, des trésors sans possesseurs, des sociétés sans police, des hommes sans mœurs: combien un pareil spectacle n'eût-il pas été plein d'intérêt & d'instruction pour un Locke, un Buffon, un Montesquieu!

hubieran llegado a tiempo de observar por si mismos este admirable espectáculo para formar su perfecto retrato; pero ya la naturaleza bruta y salvaje se ha desfigurado”.

Abbad y Lasierra, op cit., Cap. xiii.

(p. 67)... “la mayor parte de las cosas que ha inventado el hombre como útiles e interesantes a su bienestar, han sido el fruto de una inquietud vaga, mas bien que de una industria prudente y sólida, y así de todos estos proyectos pararon en descalabros y en perder la expedición con la mayor parte de su gente sin poder formar establecimiento alguno”.

Abbad y Lasierra, op cit., Cap. xxxiii, Huracanes y Terremotos.

Quelle lecture eût été aussi surprenante aussi pathétique que le récit de leur voyage! Mais l'image de la nature brute & sauvage, est déjà défigurée. Il faut se hâter d'en rassembler les traits à demi-effacés, après avoir peint & livré à l'exécration les avides & féroces chrétiens, qu'un malheureux hasard, conduisit d'abord dans cet autre hémisphère!

Raynal, op cit., T. iv, Livre 15, Tit. I, I p. 3.

Tit. II. Fautes & revers qui rendirent mémorables les premières expéditions des François dans le nouvel hémisphère.

(p. 4). “Presque tout ce que l'esprit humain a inventé d'utile & d'important, a été le fruit d'une inquiétude vague, plutôt que d'une industrie raisonnée. Le hasard, qui est le cours inaperçu de la nature, ne se repose jamais, & sert indistinctement tous les hommes...”.

Raynal, op cit., T. III, Livre x, Tit. v, p. 15-19.

Tit. v. Phénomènes ordinaires dans les isles.



(pp. 199-201). "Por más perjudiciales que sean los efectos expresados del clima de Puerto-Rico, suele experimentar otros más funestos y terribles, aunque no tan comunes. Durante la estación de las lluvias o hacia el fin de ellas, suelen ocurrir huracanes y terremotos. La circunstancia del tiempo en que se sienten ha persuadido a algunos físicos que estos fenómenos pueden provenir de dos causas o mas bien de una sola combinada de varios modos."

"Las aguas de las lluvias y las del mar cruzan y roban la tierra de muchas maneras. El mar sobre todo lo ataca continuamente con más o menos furor, según el impulso del agente que lo mueve. Entre los asaltos con que este elemento inquieto le acomete hay uno que llaman resaca o marea muerta. Suele ocurrir desde el mes de julio hasta Octubre y siempre en la costa occidental, causada sin duda por los vientos de esta parte."

"En estas ocasiones el mar aparece tranquilo, las olas vienen desde lejos muy mansas hasta la distancia de 20 a 25 toesas de la costa. Entonces se elevan de repente como impelidas de una fuerza superior y chocan contra la tierra con una violencia asombrosa, causando un ruido y efervescencia extraordinaria. Los bajeles an-

"Quelque fâcheux que soient ces effets naturels de la pluie, elle en occasionne de plus redoutables encore: ce sont des tremblemens de terre assez fréquens, & quelquefois terribles dans les isles. Comme ils se sont sentir le plus souvent dans le cours, ou vers la fin de la saison pluvieuse & dans les tems des grandes marées, d'habiles physiciens ont conjecturé que ce phénomène pouvoit provenir de ces deux causes".

"Les eaux du ciel & de la mer ébouillent, creusent & ravagent la terre de plus d'une manière. L'océan, surtout, attaque ce globe avec une fureur qu'on ne peut ni prévoir, ni éviter. Parmi les assauts que cet élément inquiet & turbulent ne cesse de lui livrer, il en est un connu aux Antilles sous le nom de raz de marée. On le voit infailliblement une, deux, ou trois fois depuis juillet jusqu'en octobre; & c'est toujours sur les côtes occidentales, parce qu'il vient après les vents d'ouest ou du sud, ou même sous leur influence. Les vagues qui, de loin, paroissent' avancer tranquillement jusqu'à la portée de quatre ou cinq cens pas, s'élèvent tout-à-coup près du rivage, comme si elles étoient pressées obliquement par une force supérieure, & crèvent avec une violence extrême. Les vaisseaux qui se trouvent alors sur la côte ou dans des rades foraines, ne

clados en los puertos no pueden resistir el impulso de esta marejada sobre sus anclas y los arrastra sin arbitrio contra la costa."

"Este movimiento extraordinario del mar es anuncio seguro de algún huracán... Es un torbellino de viento acompañado de lluvia, relámpagos, truenos y algunas veces de temblores de tierra y siempre de las circunstancias más terribles y devastadoras que pueden reunirse para destrozar un país en pocas horas. A un día claro y sereno sucede una noche profunda. A la deliciosa vista que ofrecían los bosques y praderías se sigue la triste desnudez de un invierno cruel. Los cedros más elevados y robustos los arranca, troncha y amonтона unos sobre otros...".

"El ruido impetuoso de las aguas y de los árboles azotados y deshechos por los vientos, los gritos y llantos de los hombres, los mugidos y relinchos de los ganados que se ven llevar de una parte a otra por los torbellinos y torrentes de las aguas que inundan las campiñas con un diluvio de fuego que se deshace en relámpagos y centellas, parece anunciar las últimas convulsiones del universo y agonías de la naturaleza".

*pouvant ni gagner le large, ni se soutenir sur leurs ancres, vont se briser contre terre, sans aucun espoir de salut pour les infortunés matelots qui ont vu approcher pendant plusieurs heures cette mort inévitable.*

*"Un mouvement si extraordinaire de la mer a été regardé jusqu'ici comme la suite d'une tempête..."*

*"L'ouragan est un vent furieux, le plus souvent accompagné de pluie, d'éclairs, de tonnerre, quelquefois de tremblemens de terre, & toujours des circonstances les plus terribles, les plus destructives que les vents puissent rassembler. Tout-à-coup, au jour vif & brillant de la Zone Torride, succède une nuit universelle & profonde; à la parure d'un printemps éternel, la nudité des plus tristes hivers. Des arbres aussi anciens que le monde sont déracinés ou leurs débris dispersés. Le plus solides édifices, n'offrent en un moment que des décombres... Le bruit des eaux, des bois, de la foudre & des vents, qui tombent & se brisent contre les rochers ébranlés & fracassés; les cris & les hurlemens des hommes & des animaux pêle-mêle emportés dans un tourbillon de sable, de pierres & de débris: tout semble annoncer les dernières convulsions & l'agonie de la nature".*

"A esta borrasca sucede la serenidad, y a la pérdida de los frutos se siguen las cosechas más abundantes, bien sea porque estas violentas agitaciones revuelven los senos de la tierra y preparan su fecundidad, o bien porque el huracán proporciona algunas materias propias a la vegetación de las plantas. Se ha observado que de este desorden resulta una larga serenidad y que la destrucción de los vegetales sirve para su regeneración."

"Cependant ces ouragans amènent des récoltes plus abondantes, (p. 17) & hâtent les productions de la terre. Soit que de si violentes agitations ne déchirent, son sein que pour le préparer à la fécondité, soit que l'ouragan charie quelques matières propres à la végétation des plantes; on a remarqué que ce désordre apparent & passager étoit non-seulement une suite de l'ordre constant qui pourvoit à la régénération par la destruction même, mais un moyen de conserver ce tout, qui n'entretient sa vie & sa fraîcheur que par une fermentation intérieure, principe du mal relatif & du bien général".

"Los indios de esta isla preveían esta infeliz catástrofe y la tenían por cierta, cuando observaban el aire turbado, el sol rojo, un ruido sordo subterráneo, el círculo de las estrellas oscurecido con un vapor que las aparentaba más grandes, los horizontes por el Norueste cerrados, un olor fuerte que exhalaba el mar, el levantarse éste en medio de la calma, cambiando el viento de repente de este a oeste."

"Les premiers habitans des Antilles croyoient avoir de sûrs pronostics de ce phénomène effrayant. Lorsqu'il doit arriver, disoient-ils, l'air est troublé, le soleil rouge, & cependant le tems est calme & le sommet des montagnes clair. On entend sous terre, ou dans les citernes, un bruit sourd comme s'il y avoit des vents enfermés. Le disque des étoiles semble obscurci d'une vapeur que les fait paroître plus grandes. Le ciel

est au nordouest, d'un sombre menaçant. La mer rend une odeur forte & se soulève même au milieu du calme. Le vent tourne subitement de l'est à l'ouest, & souffle avec violence par des reprises qui durent deux heures chaque fois...

"Las consecuencias son más o menos funestas según sus mayores estragos; pero siempre fatales en la parte en que suceden. Es observación constante que jamás vienen del Oriente por donde corre el dilatado Mar Atlántico, lo que persuade se forman en el continente de la América, pues desde Julio hasta Enero suelen reinar los vientos de Poniente a Mediodía, algunas veces con mucha fuerza, al mismo tiempo que soplan también los del Norte. Este encuentro en el curso rápido y opuesto que lleva este elemento, causa un choque proporcionalmente fuerte a la violencia con que corren unos contra otros. Si el choque sucede en la angostura de los valles o gargantas de las montañas, su impetuosidad es excesiva y trastorna cuanto encuentra en su dirección, causando mayores estragos en los cuerpos sólidos que le oponen mayor resistencia..."

"Aucun ouragan ne vient de l'est, c'est-à-dire du plus grand espace de mer qu'on voie aux Antilles. Ce fait bien constaté nous (p. 18) engageroit à croire qu'ils se se forment tous dans le continent de l'Amérique. Le vent d'ouest qui règne constamment, quelquefois avec beaucoup de force dans la partie du sud depuis juillet jusqu'en janvier, & le vent du nord qui souffle en même-tems dans la partie septentrionale, doivent, lorsqu'ils se rencontrent, se heurter avec une violence proportionnée à leur rapidité naturelle. Si ce choc arrive dans les gorges étroites & longues des montagnes, il en doit sortir avec impétuosité un courant d'air, dont la portée s'étendra en raison combinée de sa force motrice & du diamètre de la gorge. Tout corps solide qui se trouvera dans la direction de ce courant d'air, en recevra une impression plus ou moins forte, selon qu'il lui opposera plus ou moins de surface..."

Abbad y Lasierra, op. cit., Cap. xxxiv, Enfermedades.

Raynal, op. cit., T. III, livre, x Tit. xxxii, p. 232.

Tít. xxxii. *Maladies auxquelles les Européens sont exposés dans les isles de l'Amérique.*

(p. 205). "La primera enfermedad que sienten en esta isla es la que llaman mocezuelo; la padecen los niños recién nacidos. Si por casualidad les da el aire en los diez días primeros de su vida les pasma las quijadas y músculos de la boca y labios, sin poderlos mover ni recibir alimento alguno. Esta compresión se va extendiendo a los demás miembros y partes del cuerpo, y mueren por no haber podido tomar alimento. Son muy pocos los atacados de este accidente que escapan con la vida; no han descubierto específico para con tener los estragos que causa el mocezuelo en los recién nacidos".

Abbad y Lasierra, op. cit., Cap. xxxvii. De los Minerales.

(pp. 225-226). "El origen del descubrimiento de los metales no es fijo: algunos los creen tan antiguos como el mundo, pero los Físicos que observan a la naturaleza en una acción continua y que sus agentes son tan activos en el centro de la tierra como en su superficie, se persuaden que se van formando sucesivamente. Ca-

"Cependant celui des Antilles attaque les enfans nouveaux-nés, d'un mal qui semble renfermé dans la Zone Torride. On l'appelle Tetanos. Si l'enfant reçoit les impressions de l'air ou du vent, si la chambre, où il vient de naître est exposée à la fumée, à trop de chaleur ou de fraîcheur, le mal se déclare aussi-tôt. Il commence par la mâchoire, qui se roidit & se reserre au point de ne pouvoir plus s'ouvrir. Cette convulsion passe bientôt aux autres parties du corps. L'enfant meurt, faute de pouvoir prendre de nourriture. S'il échappe à ce péril qui menace les neuf premiers jours de sa vie il n'a plus à craindre aucun autre accident".

Raynal, op. cit., T. II, Livre VI, Tít. XIX, p. 79.

Tít. XIX. De l'exploitation des mines.

(p. 80). "L'origine des métaux n'a pas été toujours bien connue. On a cru long-temps qu'ils étoient aussi anciens que le monde. On pense aujourd'hui, avec plus de raison, qu'ils se forment successivement. Il n'est pas possible en effet de douter que la nature ne soit dans une action continuelle, & que ses

da metal según los quimistas, tiene una tierra que le constituye y le es peculiar. Se encuentran algunas veces en pepitas o pedacitos muy pequeños sobre la tierra, entre las arenas de los ríos y en las quebradas de los montes; pero no son éstos los lugares de su nacimiento. Las excavaciones ocasionadas por las inundaciones, los terremotos y otros accidentes que trastornan el globo extraen de sus matrices estos fragmentos que se encuentran separados del seno de la tierra en donde se formaron”.

“Los naturalistas conjeturan que estas oficinas de la naturaleza están siempre calientes por fuegos subterráneos que elevan continuamente exhalaciones sulfúreas y salitrosas que obran sobre las partículas metálicas, dividiéndolas, de otras extrañas, adelgazándolas y reuniéndolas entre sí hasta formar una masa mas o menos grande y mas o menos pura, según la cantidad de otros cuerpos que se interponen.”

ressorts ne soient aussi puissans sous nos pieds que sur notre tête.

“Chaque métal, suivant les chymistes, a pour principe une terre qui le constitue, & qui lui est particulière. . .”

“Soit vierges, soit minéralisés, les métaux sont quelquefois épars par fragmens, dans les couches horizontales ou inclinées de la terre. Ce n'est pas le lieu de leur origine. Ils y ont été entraînés par les embrasemens, les inondations, les tremblemens qui bouleversent sans interruption notre misérable planète. Ordinairement on les trouve, tantôt en veines suivies, & tantôt en masses détachées, dans le sein des rochers & des montagnes où ils ont été formés.

“Selon les conjectures des naturalistes, dans ces grands ateliers toujours échauffés, s'élevent perpétuellement des exhalaisons. Ces liqueurs sulfureuses & salines, agissent sur les molécules métalliques, les atténuent, les divisent, & les mettent, en état de voltiger dans les cavités de la terre. Elles se réunissent. Devenues trop pesantes pour se soutenir dans l'air, elles tombent & s'entassent les unes sur les autres. Si, dans leurs différens mouvemens, elles n'ont pas rencontré d'autres corps, elles for-

ment des métaux purs. Il n'en est pas de même, si elles se sont combinées avec des matières étrangères".

"La naturaleza, que parece ha querido ocultar al hombre los varios modos con que forma los metales, no ha podido librarlos de su codicia y desvelos. Con estos ha multiplicado sus observaciones y ha llegado á conocer los lugares en que hay minas. Por lo común en viendo una montaña estéril en donde las plantas crecen con lentitud y se acaban pronto, ó que los árboles son pequeños y torcidos, que la humedad de los rocíos y lluvias no se conserva, que se elevan exhalaciones sulfúreas y minerales, que las aguas están impregnadas de sales vitriólicas ó que en las arenas se hallan algunas partes metálicas, bastan algunas de estas señales para persuadir que el terreno en que se observan contiene mineral...".

"La nature, qui sembloit vouloir les cacher, n'a pu les dérober à l'avidité de l'homme. En multipliant les observations, on est parvenu à connoître les lieux où se trouvent les mines. Ce sont, (p. 81) pour l'ordinaire, des montagnes, où les plantes croissent foiblement & jaunissent vite; où les arbres sont petits & tortueux; où l'humidité des rosées, des pluies, des neiges même ne se conserve pas; où s'élèvent des exhalaisons sulfureuses & minérales; où les eaux sont chargées de sels vitrioliques; où les sables contiennent des parties métalliques. Quoique chacun de ces signes, pris solitairement, soit équivoque, il est rare qu'ils se réunissent tous, sans que le terrain renfermé quelque mine".

## APÉNDICE "C"

### COMPARACIÓN DE TEXTOS ENTRE ROBERTSON Y ABBAD

*Fr. Inigo Abbad y Lasierra, Historia Geográfica Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico, pág. 30.*

*William Robertson. Historia de la América. Barcelona, Librería de J. Olivares y Gavarro, 1840, 4 vols.*

*T. II, pág. 42.*

*"...Los primeros Españoles que pasaron a su conquista, carecían de las luces necesarias para observar el curioso espectáculo que se presentaba a sus ojos: por la mayor parte eran soldados aventureros, desnudos de todas las ideas conducentes para observaciones de esta naturaleza, rodeados continuamente de peligros, luchando contra las graves dificultades que*

*"Los españoles que entraron en América los primeros, y que tuvieron ocasión de conocer distintas tribus antes de ser subyugadas, dispersas o destruídas, estaban muy distantes de poseer las cualidades necesarias para observar bien el interesante espectáculo que se ofrecía a sus ojos."*

*"Ni el siglo en que vivían, ni la nación a que pertenecían, habían*

*William Robertson. The History of America. London, Printed for W. Strahan; T. Cadell, in the Strand; and J. Balfour, at Edinburgh, 1777, 2 vols.*

*T. I, Lib. IV, pág. 284.*

*"The Spaniards, who first visited America, and who had an opportunity of beholding its various tribes while entire and unsubdued were far from possessing the qualities requisite for observing the striking spectacle presented to their view. Neither the age in which they lived, nor the nation to which they belonged, had made such progress in true science,*



les ocurrían, e impacientes por sujetar la Isla les faltó el tiempo é instrucción para dejarnos noticias circunstanciadas del retrato de sus almas, y las que tenemos no pueden ajustarse ya al carácter de los pocos descendientes que han quedado de los indios de aquel tiempo; aunque sus usos actuales y experiencia de su trato, no dejan de comunicar mucha luz para la inteligencia y discernimiento de las historias de esta parte".

progresado bastante en los conocimientos sólidos para que aquellos tuviesen ideas grandes y sublimes. Los conquistadores del Nuevo Mundo eran por la mayor parte aventureros ignorantes o desprovistos de todas las ideas que hubieran podido conducirlos a observar objetos tan diferentes de aquellos a que estaban acostumbrados. Cercados continuamente de peligros y luchando contra las dificultades, tenían poco tiempo libre, y menos capacidad para entregarse a investigaciones especulativas impacientes por apoderarse de un país tan opulento y vasto..."

as inspires enlarged and liberal sentiments. The conquerors of the New World were mostly illiterate adventurers, destitute of all ideas which should have directed them in contemplating objects, so extremely different from those with which they were acquainted. Surrounded continually with danger, or struggling with hardships, they had little leisure, and less capacity for any speculative inquiry. Eager to take possession of a country of such vast extent and opulence, and happy in finding it occupied by inhabitants so incapable to defend it, they hastily pronounced them to be a wretched order of men, formed merely for servitude; and were more employed in computing the profits of their labour than in inquiring into the operations of their minds, or the reasons of their custom and institutions..."

Abbad y Lasierra, op. cit., pág. 21.

*"El estado de la sociedad civil exige muchas necesidades y deseos que no pueden satisfacerse sin los esfuerzos de la industria y del trabajo. Un cuerpo acostumbrado a él se hace robusto y se endurece con las fatigas; las pasiones se inflaman, se refina la delicadeza de los sentidos, todo el corazón se ocupa y vigoriza al compás que se multiplican las necesidades; y como la sociedad simple e imperfecta en que vivían estos indios exigía muy pocas necesidades, sus deseos se limitaban a lo que la naturaleza les presentaba sin necesidad de aplicar sus esfuerzos al trabajo..."*

Abbad y Lasierra, op. cit., pág. 54.

Robertson, op. cit., T. II, pág. 52.

*"...En cualquier parte en que el estado de la sociedad es tal que de él resultan necesidades y deseos que solo pueden ser satisfechos por los esfuerzos regulares de la industria, el cuerpo acostumbrado al trabajo se hace robusto y se fortifica para la fatiga. En un estado más simple en que los deseos de los hombres son tan moderados y en tan corto número que pueden ser saciados, casi sin trabajo alguno, con las producciones espontáneas de la naturaleza, las facultades del cuerpo permaneciendo en la inacción no pueden adquirir la fuerza de que son susceptibles..."*

Robertson, op. cit., T. I, pág. 209.

Robertson, op. cit., T. I. Lib. IV, pág. 293.

*"...Wherever the state of society is such as to create many wants and desires which cannot be satisfied without regular exertions of industry, the body accustomed to labour becomes robust and patient of fatigue. In a more simple state, where the demands of men are so few and so moderate that they may be gratified, almost without any effort, by the spontaneous productions of nature, the powers of the body are not called forth, nor can they attain their proper strength".*

Robertson, op. cit., T. I, Lib. III, pág. 198.

"...Un nuevo mundo se presentó a sus ojos viendo islas y tierras cuya existencia jamás se había imaginado. En este país delicioso parecía manifestarse la naturaleza bajo de otras formas que en las islas: cada árbol, cada planta, cada animal era diferente de los del hemisferio descubierto. Juan Ponce y los suyos se creyeron transportados a un país encantado, tan lleno de las maravillas de la naturaleza que llenó su espíritu de admiración y de deseos de renovar sus días para conquistar este tercer mundo que la solicitud de una quimera les puso a la vista..."

"Estaban en esta época los españoles empeñados en una carrera de actividad, que presentándoles diariamente objetos extraordinarios y maravillosos, debía dar a sus ideas un aire caballeresco. Se ofrecía a sus ojos un nuevo mundo; visitaban islas y continentes cuya existencia ni aun siquiera había sido imaginada por europeos: en estas deliciosas regiones, la naturaleza parecía manifestarse bajo de otras formas; cada árbol, cada planta, cada animal, diferían de los del antiguo hemisferio. Los españoles pues se creyeron transportados a países encantados, y según las maravillas de que habían sido testigos, en el primer calor de su admiración nada había bastante extraordinario que les pareciese increíble. Si una rápida sucesión de escenas nuevas y asombrosas pudo producir bastante impresión sobre el espíritu ilustrado

"...The Spaniards, at that period, were engaged in a career of activity which gave a romantic turn to their imagination, and daily presented to them strange and marvellous objects. A New World was opened to their view. They visited islands and continents of whose existence mankind in former ages had no conception. In those delightful countries nature seemed to assume another form; every tree and plant and animal was different from those of the ancient hemisphere. They seemed to be transported to enchanted ground; and, after the wonders which they had seen, in the warmth and novelty of their admiration, nothing appeared to them so extraordinary as to be beyond belief. If the rapid succession of new and striking scenes made such impression even upon the sound understand-

*de Colón, para que se alabase de haber descubierto el lugar en que estaba situado el paraíso, no debe parecer extraño que Ponce de León creyese hallar la fuente de la juventud...".*

*ing of Columbus, that he boasted of having found the seat of Paradise, it will not appear strange that Ponce de Leon should dream of discovering the fountain of youth".*

NOTA: Por la comparación de estos textos se deduce que Abbad utilizó una versión española de Robertson; por eso se incluye también otra traducción española además de la Abbad.



## APÉNDICE "D"

### COMPARACIÓN DE TEXTOS ENTRE ABBAD Y MONTESQUIEU

Fr. Iñigo Abbad y Lasierra, Historia Geográfica Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico.

(p. 19). "El carácter del espíritu y las pasiones del corazón humano son tan diferentes como los climas y sus temperamentos."

"...el frío rehace las extremidades de las fibras de nuestro cuerpo, aumenta su resorte y ayuda la circulación de la sangre; el corazón obra con mayor actividad; la sangre circula más determinada hacia el corazón y éste le comunica más vigor. El calor, al contrario, relaja las extremidades de las fibras, disminuye su resorte, los líquidos no conservan su equilibrio, la naturaleza se extenua, el espíritu se debilita y toda la máquina queda desmayada".

Montesquieu, Charles de Secondat, Baron de: De L'Esprit Des Loix, A Genève, Chez Barrillot & Fils, 1750, 3 vols., II, 1.

"S'il est vrai que le caractère de l'esprit & les passions du coeur soient extrêmement différentes dans les divers climats, les Loix doivent être relatifs & a la différence de ces passions & a la différence de ces caractères".

"L'air froid resserre les extrémités des fibres extérieures de notre corps cela augmente leur ressort & favorise le retour du sang des extrémités vers le coeur. Il diminue la longueur de ces mêmes fibres, il augmente donc encore par là leur force. L'air chaud au contraire relâche les extrémités des fibres & les allonge; il diminue donc leur force & leur ressort.



E S T U D I O P R E L I M I N A R

*"On a donc plus de vigueur dans les climats froid. L' action du coeur & la réaction des extrémités des fibres s'y font mieux, les liqueurs sont mieux en équilibre, le sang est plus déterminé vers le coeur & réciproquement le coeur a plus de puissance. Cette force plus grande doit produire bien des effets;..."*

## BIBLIOGRAFIA

- ABBAD y Lasiera, Fray Iñigo: *Historia Geográfica Civil y Política de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*. Dada a luz D. Antonio Valladares de Sotomayor, con privilegio Real. Madrid, Imp. de D. Antonio Espinosa, 1788. Reimpresa en Puerto Rico, en la Oficina del Gobierno a cargo de D. Valeriano de Sanmillán, año de 1831.
- , *Historia Geográfica Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*. Nueva edición anotada en la parte histórica y continuada en la estadística y económica por José Julián Acosta y Calbo. San Juan, Puerto Rico, Imp. y Librería de Acosta, 1866.
- , *Relación de el Descubrimiento, Conquista y Población de las Provincias y Costas de la Florida*. Año de 1785. En Manuel Serrano y Sanz, *Documentos Históricos de la Florida y la Luisiana, Siglos xvi al xviii*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1913.
- , *Descripción de las costas de California septentrional y meridional hasta el estrecho de Anián, su descubrimiento, variedad de nombres que se le han dado, geografía de las costas del Mar del Sur desde el cabo de San Lucas hasta el Círculo Ártico, viajes hechos a él, temperamento y cualidades de la tierra, puertos, misiones, y descubrimiento de los Rusos... y comercio de éstos*. Año de 1783. (Manuscrito en la Biblioteca de Palacio, Madrid).
- ACOSTA, Joseph de: *Historia Natural y Moral de las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1940.



# E S T U D I O P R E L I M I N A R

- ALCAZAR Molina, Cayetano: *Los hombres del Reinado de Carlos III*, D. Pablo de Olavide, Madrid, Ed. Voluntad, 1927.
- , "Azara y el Despotismo Ilustrado", en *Homenaje a D. Rafael Altamira y Crevea*. Colección de Estudios Jurídicos, Pedagógicos y Literarios. Madrid, Talleres Gráficos de C. Bermejo, 1936, 32-41.
- ALCEDO, Antonio de: *Diccionario Geográfico Histórico de las Indias Occidentales de América*, Madrid, Imp. Benito Cano, 1786-1789, 5 vols.
- ALTAMIRA y Crevea, Rafael: *Historia de España y de la Civilización Española*, Barcelona, Sucesores de Juan Gili, 1928-1929, 4 vols.
- AZARA, Félix de: *Viajes por la América Meridional*, Madrid, Calpe, 1923.
- BALLESTEROS y Beretta, Antonio: *Historia de España y su influencia en la Historia Universal*, Barcelona, Salvat Editores, S. A., 1918-1941, 10 vols.
- , "Juan Bautista Muñoz: La Creación del Archivo de Indias", en *Revista de Indias*, edit. por el Instituto G. Fernández de Oviedo, año II, núm. 4, (abril-junio de 1941), Madrid, 55-95.
- BECKER, Carl L.: *La Ciudad de Dios del Siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943.
- Boletín Histórico de Puerto Rico*. (B.H.P.R.) Publicación bimestral, Fundador: Dr. Cayetano Coll y Toste, San Juan, Puerto Rico, Tip. Cantero Fernández & Cía., 1914-1927, 14 vols.
- BOSCH García, Carlos: "La Conquista de la Nueva España en las Décadas de Antonio de Herrera y Tordesillas". En *Estudios de Historiografía de la Nueva España* con introducción de Ramón Iglesia. México, El Colegio de México, 1945.
- BOWLES, Guillermo: *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España*, Madrid, Imp. de D. Francisco M. de Mena, 1775.

# E S T U D I O P R E L I M I N A R

BRAU, Salvador: *Puerto Rico y Su Historia*. Valencia, Imp. de F. Vives Mora, 1894.

———, *La Colonización de Puerto Rico*, San Juan, Puerto Rico, Tip. Cantero Fernández y Cía., Inc. 1930.

CALDAS, Francisco José: *Del Influxo del Clima sobre los Seres Organizados*. En Obras de..., T. ix, Biblioteca de Historia Nacional, Bogotá, Imp. Nacional, 1902-1912, 9 vols.

———, *Viajes*. Colombia, Ed. Minerva, 1936.

CAMPILLO y Cosío, José del: *Nuevo Sistema de Gobierno Económico para la América*. Madrid, Imp. de Benito Cano, 1789.

CARBIA, Rómulo D.: *La Crónica Oficial de las Indias Occidentales*. Buenos Aires, Imp. de Francisco A. Colombo, 1940.

CÁRDENAS Cano, Gabriel: *Ensayo Cronológico para la Historia General de la Florida (1512-1722)*. Madrid, en la Oficina Real, 1723.

CASSIERER, Ernst: *Filosofía de la Ilustración*. México, Fondo de Cultura Económica, 1943.

CASTELLANOS, Juan de: *Elegía a la muerte de Juan Ponce de León...* Con anotaciones crítico-históricas por Coll y Toste. En *Boletín Histórico de Puerto Rico*, San Juan, P.R., Tip. Cantero Fernández y Cía., 1914-1927, 14 vols. II, 303-375.

CASTRO, Américo: *El Pensamiento de Cervantes*. Madrid, Editorial Hernando, 1925.

CIEZA de León, Pedro: *La Crónica del Perú*. Madrid, Espasa Calpe, S. A. 1941.

COLMERO, Manuel: *Historia de la Economía Política en España*, Madrid, Imp. de Cipriano Lopez, 1863, 2 vols.

COLL y Toste, Cayetano: *Prehistoria de Puerto Rico*, San Juan, Puerto Rico, Tip. Boletín Comercial, 1907.

# E S T U D I O P R E L I M I N A R

- ECHARD, Laurent: *Diccionario Geographico o Descripción de todos los Reynos, Provincias, Islas...* Escrita primeramente en inglés por..., traducida al francés por M. Vosgien y al castellano con adiciones y correcciones, por Juan de la Serna. En Madrid, Imp. Vda. de Peralta y Angel Corradi, 1760.
- FAULKNER, Harold U.; Kepner, Tyler; Bartlett, Hall: *Vida del Pueblo Norteamericano*. Trad. E. Champourcin, México, Fondo de Cultura Económica, 1941.
- FEIJÓO y Montenegro, Benito G.: *Teatro Crítico Universal o Discursos Varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes*. Madrid, Imp. Joachin Ibarra, 1778-1779, 8 vols.
- FERNÁNDEZ de Oviedo, Gonzalo: *Historia General y Natural de las Indias y Tierra Firme del Mar Océano*. Madrid, Imp. de la Real Academia de la Historia, 1851-1855, 4 vols.
- GONZÁLEZ Barcia, Andrés: *Historiadores Primitivos de las Indias Occidentales*. Madrid, s.i., 1749, 3 vols.
- GUMILLA, P. José (S.J.): *El Orinoco Ilustrado y Defendido. Historia natural civil y geográfica de este gran río y de sus caudalosas vertientes*. Madrid, Imp. Manuel Fernández, 1745.
- HARING, C. H.: *Los Bucaneros de las Indias Occidentales en el Siglo xvii*. Bruges, Belgique, Imp. Desclée de Brower et Cie., 1939.
- HELMER, Marie: "Documentos Americanistas en el Archivo de Barbastro" en *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas de la Universidad de Sevilla, 1951, vol. viii pp. 543-567.
- , "Les Papiers de Fr. Iñigo Abad y Lasierra conservés aux archives de L'Evêché de Barbastro" en *Bulletin Hispanique*, Bordeaux, 1952, Tome LIV, No. 1, pp. 67-69.
- HERRERA y Tordesillas, Antonio de: *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Madrid, Imprenta Real de Nicolás Rodríguez, 1730, 4 vols.

E S T U D I O P R E L I M I N A R

- , *Descripción de las Indias Occidentales*. Madrid, Oficina Real de Nicolás Rodríguez Franco, 1730.
- Historia General de Viajes*. Trad. de D. Miguel de Terracina. Aumentada con los últimos viajes que se han hecho en este siglo. Madrid, Imp. de D. Juan Antonio Lozano, 1763-1791, 28 vols.
- History of the Bucaniers of América*. From the first original down to this time... London, Printed for Tho. Newborough at the Golden Ball in St. Paul's Churchyard, 1704, (2 t. en un vol.).
- HUESCA, Fr. Ramón de y Zaragoza, Fr. Lamberto: *Teatro Histórico de las Iglesias del Reyno de Aragón*. Pamplona y Zaragoza, 1780-1807, 9 vols.
- HUMBOLDT, Alejandro: *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente*, París, En Casa de Rosa, 1826, 5 vols.
- JELLINEK, Georg: *L'Etat Moderne et son Droit*. Trad. par Georges Fardis. París, V. Giard & E. Brière, Libraires-Editeurs, 1911-1913, 2 vols.
- JOVELLANOS, Gaspar M.: *Informe de la Sociedad Económica de Madrid al Real y Supremo Consejo de Castilla en el Expediente de Ley Agraria extendida por el autor en nombre de la Junta encargada de la formación*. En Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, Imp. de M. Rivadeneyra y Cía., 1946-1878, 70 vols, I, 79.
- LABAT, Jean B.: *Nouveau Voyage Aux Isles de L'Amérique*. A la Haye, Chez P. Husson, 1724, 2 vols.
- LA CONDAMINE, Carlos Ma. de: *Viaje a la América Meridional*. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1945.
- LAS CASAS, Bartolomé de: *Historia de las Indias*, México, Imp. y Lit. de Ireneo Paz, 1877, 2 vols.
- , *La Destrucción de las Indias*. B. Vargas Machuca. *Refutación de Las Casas*. Paris, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1946.
- LATASSA y Ortín, Félix: *Biblioteca Antigua y Nueva de Escritores Aragoneses de...* Aumentadas y refundidas en forma de Diccionario

# E S T U D I O P R E L I M I N A R

Bibliográfico, biográfico por D. Miguel Gómez Uriel, Zaragoza,  
Imp. de C. Arceño y Coso, 1884-1886, 3 vols.

L'HERITHIER, M.: "Un Esprit international dans l'Espagne du xviii siècle: José Cadalso (1741-1782)" En *Tomo de Homenaje a D. Rafael Altamira y Crevea*. Madrid, Talleres Gráficos C. Bermejo, 1936, 32-41.

LÓPEZ Novoa, Saturnino: *Historia de la muy noble y muy leal Ciudad de Barbastro y descripción geográfica-histórica de su diócesis*. Barcelona, Editorial Pablo Riera, 1861.

MASDEAU, Juan Fco. de: *Historia Crítica de España y de la cultura española*. Madrid, Antonio de Sancha, 1783-1807, 20 vols.

MENÉNDEZ y Pelayo, Marcelino: *Historia de los Heterodoxos Españoles*. Madrid, F. Maroto e Hijos, 1880, 3 vols.

MONTAIGNE, Michel de: "Des Cannibals" dans *Essais*, París, Victor Lecou Libraire-Editeur, 1850.

MONTESQUIEU, Charles de Secondat (Baron de): *De L'esprit des Loix*. Genève, Chez Barrillot & Fils, 1750, 3 vols.

MORERI, Luis: *El Gran Diccionario Histórico o Miscelánea Curiosa de la Historia Sagrada y Profana*, etc., etc. Traducido por D. Joséph de Miranda y Casadevante. París, A costa de los libreros privilegiados, 1755, 10 vols.

MORFI, Juan Agustín de (fr.): *Viaje de Indios y diario del Nuevo México*. México, Antigua Librería Robredo de J. Porrúa e Hijos, 1935.

MUÑOZ, Juan Bautista: *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid, Ed. Vda. de Ibarra, 1793.

NEUMANN Gandía, Eduardo: "Fray Iñigo Abbad y Lasierra. Historiógrafo de Puerto Rico", en *Benefactores y Hombres Notables de Puerto Rico*, Ponce, Puerto Rico, Tip. La Libertad, 1896, 253-260.

PALAU y Dulcet, Antonio: *Manual del Librero Hispano Americano*, Barcelona, Librería Antiquaria, 1925-27, 7 vols.

# E S T U D I O P R E L I M I N A R

- PEREA, Juan A. y Salvador: *Historia del Adelantado Juan Ponce de León*. Caracas, Tip. Cosmos, 1929.
- , *Early Ecclesiastical History of Puerto Rico*. Caracas, Tip. Cosmos, 1929.
- , *Revista de Historia de Puerto Rico*. Publicación Trimestral, Mayagüez Puerto Rico, 1942-1944, 4 núms.
- PICÓ, Rafael: "The Geographic Foundation of Life in Puerto Rico", in *The University of Miami Hispanic American Studies*, number two, Coral Gables, Florida, Ed. by R. E. McNicoll and Riis Owre, Jan. 1941.
- RAYNAL, Thomas G.: *Histoire Philosophique et Politique des Etablissements et du Commerce des Européens Dans les Deux Indes*. A Genève Chez, J. L. Pellet, 1780, 4 vols.
- Relaciones Geográficas del Siglo XVIII en Colección Paso y Troncoso*. Legajo No. 4, Libreta III, Archivo de Manuscritos Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Mexico, D. F.
- ROBERTSON, William: *The History of América*. London, Printed for W. Straham; T. Cadell in the Strand; and J. Balfour at Edinburgh, 1777, 2 vols.
- , *Historia de América*. Barcelona, J. Olivares Gavarró, 1840, 4 vols.
- ROCHFORD, Charles de: *Histoire Naturelle et Morale des Iles Antilles de l'Amérique*. A. Rotterdam, Chez Reinier Leers, 1681.
- ROLL, Eric: *Historia de las Doctrinas Económicas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1942, 2 vols.
- ROUSSEAU, J. J.: "Discours sur cette question proposée par l'Académie de Dijon: Quelle est l'origine de l'inégalité parmi les hommes et si elle est autorisée par la loi naturelle" dans *Contrat Social*, Paris, Librairie Garnier Frères, 1931.
- TAPIA y Rivera, Alejandro: *Biblioteca Histórica de Puerto Rico*. San Juan de Puerto Rico, Tip. Venezuela, 1945.

# E S T U D I O P R E L I M I N A R

THOMPSON, James W.: *A History of Historical Writing*. New York, Mac-Millan Co., 1942, 2 vols.

ULLOA, Antonio de: *Noticias Americanas; entretenimientos phisicos-históricos sobre la América Meridional y la Septentrional Oriental*. Madrid, Imp. de D. Francisco M. de Mena, 1772.

VILLASEÑOR y Sánchez, J. A.: *Theatro Americano. Descripción General de los Reynos y Provincias de la Nueva España y sus Jurisdicciones*. México, Imp. de la Vda. de D. J. Bernardo de Hogel 1748, 2 vols.

VOLTAIRE: *Siècle de Louis xiv*. Paris, Charpentier Libraire-Editeur, 1858.

———, *Essai Sur les Moeurs, en Oeuvres Completes de.....* avec des notes et une notice sur la vie de... A Paris, Chez Fume, Libraire-Editeur, 1835-1837, 12 vols.

WHITAKER, Arthur: *Latin America and the Enlightenment*. New York, D. Appleton Century Co., 1942.

———, "Antonio de Ulloa", in the *Hispanic American Historical Review* Durham, North Carolina, Duke University Press, Vol. xv, No. 2, May 1935.

ZAVALA y Lera, Pio: *España Bajo los Borbones*. Barcelona, Madrid, Editorial Labor, S. A., 1945.

## MEMORIAL DE FRAY ÍÑIGO ABBAD Y LASIERRA A D. CARLOS, PRÍNCIPE DE ASTURIAS (\*).

Serenísimo

*Señor Príncipe de Asturias:*

Señor.

La oportunidad que tuve de viajar nueve años continuos por diferentes Provincias, e Islas de América haciendo la visita eclesiástica, y misión apostólica me proporcionó la ocasión de observar aquellos países y su estado físico y civil, antiguo y moderno: con cuyo motivo me detuve en cotejar las historias que había leído sobre los propios terrenos que pisaba, y estudié prácticamente lo diminuto y errado de sus descripciones, el trastorno y corrupción de los nombres de cabos, pueblos y ríos, la equivocación de sus verdaderas graduaciones, distancias, y cursos; la poca inteligencia, o la mala fe con que se ha procedido en la formación de sus mapas, y sobre todo la grande mutación y progresos que ha tenido en todas partes la América en estos últimos años.

Este cotejo y observaciones me hicieron ver la necesidad de una obra que nos diese una relación fiel del estado de aquellos países, y la serie de los sucesos ocurridos desde su descubrimiento por los españoles, hasta el presente, con la descripción de los diferentes establecimientos de las potencias europeas en aquella parte del mundo; de sus poblaciones, situación, número de habitantes, su carácter, usos y costumbres, calidad de las tierras,

---

(\*) Legajo 785, Exp. 1, del Obispado de Barbastro. Este documento fué transcrito por el señor Generoso Morales Muñoz, durante su visita a Barbastro y enviado a la Universidad de Puerto Rico.



naturaleza de sus producciones, comercio, geografía física y demás noticias que nos manifestasen con claridad el estado antiguo y presente de aquellas Provincias, cuyas historias escritas en el tiempo, o poco después de la conquista hablan vagamente de los sucesos anteriores a ella, padecen muchas equivocaciones en los posteriores, y en nada corresponden con su estado actual.

Los primeros españoles que pasaron a la población y conquista de la América, no se detuvieron en averiguar el verdadero origen de los Indios, su gobierno, religión, ciencias, artes y demás noticias propias de la historia antigua. Faltos de luces para observaciones de esta naturaleza, rodeados de dificultades para sujetar la tierra, admirados de sus grandezas, divertidos con su variedad y hermosura y después engolfados con la posesión de las riquezas adquiridas, no se embarazaron en reflexiones más propias de filósofos profundos, que de soldados victoriosos; formaron relaciones extensas de sus acciones militares, pero muy diminutas, y poco justificadas las de el origen, gobierno, sucesos y estado que tuvo la monarquía antigua de los Indios.

Después se han publicado diferentes historias y descripciones particulares de algunas provincias: sus autores por la mayor parte cifieron sus relaciones a los hechos de la conquista, sin extender más allá sus noticias, y aún éstas con mucha variedad y equivocaciones: pocos vieron los países que describen, y faltos de documentos legítimos para hablar con seguridad, copiaron relaciones poco justificadas, dictadas según la pasión, genio, y capacidad de sus autores: unos omiten la descripción geográfica, otros la historia natural, todos se dejan muchos pueblos, suponen otros que ya no existen, confunden sus nombres y situaciones, sacando unos retratos tan impropios de los países que describen, que cotejados con sus originales apenas corresponden con alguna de sus partes, ya por las razones, ya por la grande mutación y aumento que ha habido en estos últimos años: debido a los afanes apostólicos de religiosos misioneros, a quienes y principalmente a los Franciscanos se debe la conquista, población y conservación de la mayor parte de las Américas.

Si se coteja la historia del Orinoco ilustrado con su estado presente se verán aquellas naciones bárbaras y errantes establecidas en pueblos y ciudades hermosas, la capital trasladada a 38 leguas del sitio que ocupaba; los bosques inaccesibles reducidos en mucha parte al cultivo de frutos apreciables que forman ya un comercio lucido: desde el año de 1770, hasta el de 1776, se han aumentado 43 pueblos, 8558 habitantes, 2899 haciendas y

131,963 cabezas de ganado, y que por la mayor parte desapareció aquella imagen bruta y salvaje que les caracterizaba. Si se observa la graduación y curso de los ríos, se halla la comunicación del Orinoco con el río de las Amazonas, mediante el enlace del Río Negro con el Caño de Casiquiare que los une, aunque el Pe. Gumilla la tuvo por imposible, fundado en sus propias observaciones, en las del Pe. Fritz, en el Atlas de Juan Bleau, en Mr. Laet, y en la gran cordillera que los separa, sin que esta dificultad le embarazase para llevar el Río de Cumaná hasta la ciudad de Nueva Barcelona, subiendo sobre muy altas montañas, haciendo un solo Río de los dos que corren, el uno al Oriente de las montañas de los Cuacas, y el otro al Poniente de las del Bergantín y desembocan a 14 leguas que distan entre sí las ciudades de Cumaná y Barcelona.

Estos errores son muy frecuentes en los escritores más modernos de la América, en cuyos mapas e historias se hallan innumerables equivocaciones. El Pe. Caulin <sup>(1)</sup> en la de las Provincias de la Nueva Andalucía, publicada en 1779, supone el Pueblo de Guay que ya no existe desde el año de 1625, y en cuyo sitio sólo vi una Cruz: omite los pueblos de Santa Fe, Socorro. Alta Gracia, Río Carives, y Carupano, equivoca su situación, el origen y curso de los ríos, y corrompe los nombres de muchos; advierte en su Prólogo los grandes progresos de aquellos países en los 19 años que tardó en publicar su obra, y si se cotejara ésta sobre ellos, se hallarían muchos pueblos y establecimientos en los que antes eran desiertos, con grandes Ingenios y Haciendas, en los que hace seis años eran bosques horrorosos, e impenetrables: desde el año de 1775, hasta el presente se ha aumentado diez tantos la población, agricultura, y comercio de la Isla de la Trinidad; las de la Margarita. Puerto Rico y Provincias de Tierrafirme, y aún toda la América se ve mudar de aspecto cada día por las providencias del más acertado gobierno.

Pudiera multiplicar pruebas de esta verdad si no fuera tan notoria, y reclamada <sup>(2)</sup> o si mi objeto fuera evidenciar la mala fe de algunos geógrafos e historiadores, y no los yerros en que han incurrido por falta de noticias justificadas, o por haber mudado de aspecto los países después que formaron sus descripciones; bajo cuyo concepto insinuaré brevemente lo que escriben españoles y extranjeros de la isla de Puerto Rico, para que cotejadas sus noticias con la descripción de su estado actual, se vea claramente cuanto ha variado desde que escribieron los españoles; el cúmulo de falsedades que han

<sup>(1)</sup> Caulin, Hist. de la Nueva Andalucía.

<sup>(2)</sup> Herrera, Tomo 1º, en el Prólogo. Garcilaso, Ensayos a la Hist. de la Florida. Adv.

publicado de ella los extranjeros aun en estos últimos años, y cuanto dista el retrato que forman del origen y circunstancias que lo caracterizan; no obstante de que esta Isla por su situación geográfica sirve de punto, y Entre-Puerto a todos los navegantes de la América Occidental, y de estar abierta al contrabando de las diferentes naciones europeas que la rodean por todas partes, para que de este cotejo se infiera cuanta desproporción habrá entre las descripciones que hacen de las Provincias más remotas e interiores de aquel vasto Continente, y de su estado verdadero.

El Cronista Herrera <sup>(3)</sup> sitúa la Isla de Puerto Rico entre los 17 y 18 grados de lat. Sept. 40 min. ó 15 leguas más al Sur de su situación verdadera <sup>(4)</sup> la separa de la de Santo Domingo de 12 a 15 leguas y dista más de 25 en su mayor inmediación; la da 45 leguas de larga, y de 20 a 30 de ancha: en el fol. 182 <sup>(5)</sup> la reduce ya a 40 leguas de larga y de 15 a 16 de ancha: y pocas líneas después dice, que tiene cuasi un grado con esta extensión indeterminada de 15 a 16, de 20 a 30 leguas le da un poco más o menos de la mitad más, o mitad menos. Sólo hace memoria de los pueblos de San Germán, y Arecibo, aunque en 1615 en que publicó su obra, y en 1730 en que se reimprimió ya había otros muchos no menos considerables que aquellos. Coloca el pueblo de Arecibo a 30 leguas de la Capital, y sólo dista la mitad: la Villa de San Germán la pone a tres leguas del Arecibo, distando más de veinte. Supone uno mismo los Ríos de Guaunabo, y el de Aguada, aunque son distintos en su origen y curso, y desembocan a 4 leguas el uno del otro, con muchas otras equivocaciones de esta especie, no obstante lo muy poco que se dilata en la descripción de esta isla.

Barcia <sup>(6)</sup> la da 50 leguas de largo, y la pone entre los 17 y 18 grados de lat. remitiéndose en las demás noticias a las que da de Santo Domingo: lo mismo hacen otros escritores con Oviedo <sup>(7)</sup> y Juan Castellanos, que la ponen en menos de los 18 grados, y la dan 55 leguas de extensión a lo largo, remitiéndose todos en cuanto a las producciones y circunstancias de esta isla, a lo que tienen dicho de la de San Domingo, sin embargo de la notable diferencia que hay en muchas cosas.

Los extranjeros se contentan con copiar lo que escribieron los españoles de esta isla, sin detenerse a examinar los incrementos que ha adquirido des-

(3) Herrera, Tomo 1º Descripción, fol. 10.

(4) Tomás Geffens, Atlas.

(5) Herrera, Tomo 1º, Década 1ª, libro 7, folio 192.

(6) Barcia, Tomo 2, Cap. 44, fol. 34.

(7) Oviedo, libro 16, fol. 116.

pués: suponen muchas cosas que no hay, y la privan de otras que tiene, formando una descripción voluntaria. Moreri <sup>(8)</sup> la sitúa a 12 leguas al Levante de Santo Domingo, la concede un considerable comercio de azúcar, y jengibre, con mucha caza, y que la carne de vaca es tan abundante que la dejan abandonada en los campos a las fieras, llevándose sólo el pellejo. Echard <sup>(9)</sup> dice lo mismo. El Diccionario general de comercio <sup>(10)</sup> añade el que hacen de almaciga, dulces, caña, algodón hilado, y en rama; que la Isla padece mucha seca, y que Guadianilla es pueblo principal.

Bayset <sup>(11)</sup> no contentándose con suponer este pueblo, lo hace también lugar fortificado, desnudando a Puerto Rico de sus murallas y baluartes, y le pone una Abadía de Benedictinos que nunca la ha habido. En el Diccionario Universal <sup>(12)</sup> se leen los mismos errores con el de la época de la erección de la Catedral en 1513 por León X, habiéndose erigido en 1511 por la Santidad de Julio Segundo. Martinieri <sup>(13)</sup> después de asentar la Abadía de Benedictinos, y de adoptar otras equivocaciones, traslada la Ciudad de Caparra a Guánica, desde allí a Sotomayor, después a San Germán, y últimamente en 1614 al sitio que hoy ocupa, 90 años después de estar en él, aunque en 1590 ya la supone fortificada de orden del señor Felipe II. El Gacetero Americano <sup>(14)</sup> la sitúa 40 millas al Poniente de Santo Domingo, y está a 27 leguas al Levante; le concede el comercio de caña, lino, y de otros frutos que jamás hubo. Robertson <sup>(15)</sup> sólo nos dice que Juan Ponce de León la conquistó, y exterminó los indios en los trabajos. Mr. Lacroix <sup>(16)</sup> reduce la descripción de Puerto Rico a ponerla en el Catálogo de las Antillas, aunque en el compendio de éste, publicado en París en 1772 <sup>(17)</sup> añade el exterminio de 600 mil indios por los españoles, y que tiene las mismas producciones que Santo Domingo, como son cochinilla, minas de hierro, cobre, cristal de roca, jaspes y otras que no hay en la una, ni en la otra.

A estas se reducen las noticias que nos dan de Puerto Rico los autores

<sup>(8)</sup> Moreri, impreso en París año de 1732.

<sup>(9)</sup> Echard, Diccionario, fol. 274.

<sup>(10)</sup> Dicc. gen. de Comp. Imp. en París año de 1741, en el tomo 1º, fol. 480.

<sup>(11)</sup> Bayset, Geograf. Hist. Eccles. y civil, Tomo II, fol. 485. En París, año de 1775.

<sup>(12)</sup> Dic. Univ., Tomo 5, fol. 116, en París año 1708.

<sup>(13)</sup> Martinieri, Tomo 4, fol. 248, en París, año 1741.

<sup>(14)</sup> Gacet. Americ., Tomo 3, fol. 60, en Liorna año 1763.

<sup>(15)</sup> Rob. Tomo 2, fol. 22, en París, año 1778.

<sup>(16)</sup> Lacroix, Geograf., Univ., Tomo 5, fol. 461, en León, año 1757.

<sup>(17)</sup> Comp. Geograf., de Lacroix, Tomo 2, fol. 404, en París año 1772.

extranjeros. Es cierto que en los primeros años de su población, hubo un lucido comercio de jengibre, cueros, y algunos otros efectos, pero los repetidos ataques de los Caribes, y el espíritu de conquista que reinaba a principios del siglo 15 la dejaron casi desierta, inculta, y sin comercio, que ahora empieza a recobrar; pero no el de azúcar, ni de dulces, de que se surte hasta hoy de La Habana y Caracas: jamás ha producido casia, almaciga ni lino. Se coge algodón, pero no saben hilarlo, y aunque hay algún jengibre y cañafistula, no lo cultivan, ni se hace comercio alguno de estos efectos, que son escasos. Está tan lejos de padecer el azote de la seca, de que se lamenta Jaime Savary <sup>(18)</sup> que su mayor penuria es la excesiva abundancia de aguas que la inundan la mayor parte del año; el mismo fundamento tienen las diferentes traslaciones de la ciudad de Caparra en los 90 años que la suponen errante: la Abadía de Benedictinos <sup>(19)</sup>, el pueblo, y fortificación de Guadianilla que jamás hubo, ni hay al presente, aunque se lee en Bayset publicado en 1775, desnudando con Mr. Cornelio <sup>(20)</sup> a Puerto Rico de sus murallas y baluartes que ya tenía en 1635. No es más cierta la abundancia de caza y de carne que dicen se abandona a las fieras, pues aunque no es escasa, se mata con grande economía la precisa para la tropa. El número de habitantes que cuentan en esta isla es abulto. Moreri en el lugar citado dice que tiene 500 hombres capaces de tomar las armas: el Gacetero Americano <sup>(21)</sup> en 1763 encontró cien mil almas. Raynal <sup>(22)</sup> en 1775 sólo la concede 3500 almas de todas clases y edades, aunque en la obra que publicó él mismo en el año pasado de 81 en París, ya encontró 70,062, que son puntualmente las que constan de la tabla puesta en esta obra que copió sin dudar de su autenticidad. Tan justificadas son las noticias que publican los extranjeros de una isla frecuentada de todos. ¿Qué seguridad tendrán las que nos cuentan de otras provincias interiores de nuestra América?

Debemos no obstante confesar que los corsarios y piratas de algunas naciones europeas han adquirido un conocimiento exacto sobre nuestras costas y levantado planos muy ajustados a ellas, que han rectificado en las navegaciones que continuamente hacen para el comercio ilícito, aunque sólo merecen fe sobre las costas; pues internándose en las provincias, no son menos defectuosos sus mapas, que sus historias. Tomás Geffer en su *Athlas*

(18) Diccionario General de Comercio, Tomo 1º, fol. 480, en París, año 1741.

(19) Martiniere, Tomo 4, fol. 335, en París año de 1741.

(20) Raynal, Tomo 4, fol. 335, en París, año 1775.

(21) Gaceta Americ., Tomo 3, fol. 60, en Liorna año 1773.

(22) Raynal, Tomo 4, fol. 335, en París, año 1778.

publicado en París en el año de 1778, no obstante ser el más exacto de cuantos se han hecho del Nuevo Mundo, sitúa la ciudad de Cariaco, o San Felipe de Austria al mediodía de las montañas de Santa María a 22 leguas de la embocadura del Río Cariaco que es en donde está situada: las mismas equivocaciones padece en la situación que señala a otros pueblos; pero citándose a la isla de Puerto Rico, se ve que sólo le concede 12 leguas de ancha en su mayor extensión; el pueblo y Río de Loysa que desemboca en la costa del Norte a 5 leguas y media de la ciudad, lo sitúa en la costa del Sur a 16 leguas de su verdadera situación y desagüe; sin hacer memoria de otros pueblos y ríos considerables, corrompiendo, y suplantando los nombres propios de unos y otros; defecto muy común en los geógrafos extranjeros, a quienes siguen los nacionales, sin prever la confusión que ocasionan a los lectores para la inteligencia de las historias y los graves perjuicios que por tales suplantaciones ha padecido el Estado.

Este reparo que parece nimio, nos ha expuesto muchas veces a rompimientos con las potencias limítrofes. Los ingleses se posesionaron de las Islas de la Cruzada o Malyinas, mudando su verdadero nombre en el de Falckland, los portugueses se han internado con esta estratagemas más de 600 leguas por los Ríos Amazonas, Napo, Negro, y Orinoco. Los holandeses han hecho lo mismo en la Vieja Guayana por los Ríos Yaruario y Esquivo y nos han privado de la isla de Balanbangan en el Océano Indico; hasta hoy están indecisos los confines del Brasil con los de el Paraguay sin que los Comisarios de límites hayan podido legitimar los nombres de Ybicuy Mini o Río Pequeño, y Ybicuy Guazu, o Río Grande por haberle mudado los portugueses su nombre propio en el de Río Das Pedras. Los franceses han mudado el nombre de la Isla de Masacra en el de Delfina: no tuvieron otro principio las guerras del año de 1758 entre estos, y los ingleses sobre los límites de la Acadia, o Nueva Escocia. Si volvemos los ojos al mar Pacífico veremos que las islas descubiertas por los españoles desde el siglo xvi han perdido los nombres que recibieron; a la de San Bernardo situada a los 10 grados de latitud meridional, las llamó el Comodoro Birón, Isla Solitaria, a la de Santa Cruz la puso el capitán Carteret, Isla de Egmond; la de los Amigos se conocen ya por los nombres de Amsterdam, Roterдам y Middelburg <sup>(23)</sup>. En el *Athlas* de Tomás Gefferis se lee el Nuevo Yucatón, o Yucatán Inglés <sup>(24)</sup> El Inca <sup>(25)</sup> exclama contra la conducta de

<sup>(23)</sup> Viag., de Capt., Tomo 1, fol. 11 y 19, impreso en París, año 1778.

<sup>(24)</sup> *Athlas* de Tomás Gefferis, advert., fol. 5, Col. 4, en París, año 1778.

<sup>(25)</sup> Inca, advert. a la *Histor. de la Florida*.

los extranjeros en esta parte, haciendo ver muchas suplantaciones de nombres propios de ríos, cabos, etc. El editor de Herrera se queja del mismo abuso en los mapas abiertos en Amberes para la Historia de Indias de el mismo autor <sup>(26)</sup>. En la Historia de la California escrita por Pe. Venegas se leen muchos de estos ejemplares. Moreri conociendo los errores de esta especie en que había incurrido <sup>(27)</sup> protesta no ser su ánimo defraudar a las potencias limítrofes de sus respectivos derechos por tales equivocaciones.

Esto persuade no sólo la utilidad, sino también la necesidad de formar un Diccionario que fije los nombres propios, demarque los límites con precisión, corrija los errores por los documentos originales que están en los Archivos; dé una descripción clara del estado que tiene al presente cada provincia en todos sus ramos. El orden alfabético me pareció más conveniente, y aún el único admisible para que el lector halle con facilidad la provincia o pueblo, y cuanto desee saber de él; este método claro, sencillo, y uniforme además de facilitar la descripción de todos los objetos que abraza la obra, formará con su complejo la Historia de las Provincias de América, añadiendo las posesiones adquiridas en los descubrimientos y conquistas posteriores.

La de la isla de Puerto Rico que ofrezco a los pies de V. A., es una de las diferentes piezas que trabajé en mis viajes de las islas y provincias de Tierra firme de América, que comprende el confluente de las Amazonas hasta la Provincia de Maracaibo, con otras que he ordenado después de los Reinos del Perú, y Bogotá con el designio de formar este Diccionario. Pero ni la Historia de Puerto Rico, ni otra alguna de las piezas de que debe componerse está completa, ni podré yo jamás completarlas si la real piedad de V. A. por un afecto de su natural bondad no se inclina a admitir esta obra bajo la sombra de su real protección; ésta sólo puede darle la perfección de que es susceptible en todas partes, mandando que por la Secretaría de Indias se me suministren los papeles, y demás utensilios necesarios para continuarla e imprimirla si la real bondad de V. A. la estima digna de la luz pública.

La obra de el Gacetero Americano que presento a los pies de V. A., la formaron los ingleses al fin de la guerra pasada, para manifestar al público el estado, y nuevas adquisiciones que habían conseguido en la América, y aunque en la parte de la Historia Civil y Natural padece muchas

<sup>(26)</sup> Herrera, Tomo 1º, Prólogo.

<sup>(27)</sup> Moreri, tit. 1º, Prefacio.

M E M O R I A L

*equivocaciones, especialmente cuando habla de las posesiones de España; describe con exactitud las costas, puertos y ríos, señalando el fondeo, corrientes, bajos, y cuanto conduce a su navegación; manifiesta en planos topográficos, las principales ciudades y plazas de aquel Nuevo Mundo: igualmente representa en estampas muchos animales, plantas y producciones de los países con las máquinas, e ingenios que tienen para beneficiarlas.*

*Ricardo Greinvile, Thomas Harriot, la Historia General de los Viajes y otros muchos escritores extranjeros, no sólo han publicado Mapas Geográficos en sus Historias de América, sino que demuestran en hermosas láminas los ritos, sacrificios, juegos, bailes y cuanto puede contribuir a dar idea del carácter, usos y costumbres de aquellos habitantes, a los que poseen la lengua francesa.*

*Si V. A. que por su genio benéfico protege las Ciencias y las Artes, tuviese la bondad de admitir bajo su real protección el Diccionario General de la América que propongo, quizá lograría dejar ver a la España la variedad de noticias, y objetos que ofrece aquella parte del Mundo a todas las clases del estado, como en parte lo manifiestan las obras que como humilde tributo ofrezco a los reales pies de V. A. Madd. 16 de septiembre de 1782. [\*].*

Señor

A. L. R. P. de V. A.

Íñigo Abbad (firmado sin rubricar)

---

[\*] La fecha de 16 de Sept. de 1782 está enmendada con pluma de Abbad, quien la substituye por 30 de enero de 1783.





L A H I S T O R I A





*F. Inigo Abbad, y Laricena*

# I

## HISTORIA GEOGRÁFICA, CIVIL Y NATURAL DE LA ISLA DE SAN JUAN BAUTISTA DE PUERTO RICO



## INTRODUCCIÓN

La isla de San Juan Bautista de Puerto Rico, llamada por los indios *Borinquen*, es una de las Grandes Antillas, situada en el Océano Atlántico, y su Capital, en los 18 grados, 40 minutos [a] de latitud septentrional, y 311 (1) de longitud occidental. Está rodeada de otras muchas que corren desde los 293 grados de latitud, hasta los 316 de longitud, y presentan un archipiélago en esta parte de la América del Norte, el más numeroso, extenso y rico, que hasta hoy han ofrecido los mares a la curiosidad y a la industria de los europeos.

Estas islas son conocidas desde su descubrimiento con el nombre de Antillas; mas por los vientos que les soplan, cuasi siempre del este, llaman de Barlovento a las más orientales, y de Sotavento a las situadas más al occidente. Unas y otras forman una larga cadena cuyos extremos, el uno sale de la boca del Golfo de Maracaibo, y corre hacia el oriente a lo largo de la costa de Tierra Firme hasta llegar a la isla de la Trinidad. Aquí muda su dirección y forma una línea curva hacia el noroeste y siguiendo de una a otra isla, llega hasta la Antigua, en donde se dobla esta línea, prolongándose hacia el poniente; y después de un gran número de islas pequeñas, se encuentran sucesivamente las de Puerto Rico, Santo Domingo y Cuba, que es el otro extremo de la cadena, y cierra la boca del Golfo de México. Unas y otras están separadas entre sí, por canales de 6, 15, a 20 leguas de ancho, y en todos se encuentran de 100 a 150 brazas de fondo.<sup>1</sup>

Estas islas, y aun todas las del mundo, parecen ser altas montañas, que se han separado de la Tierra Firme, sumergiéndose la tierra baja por alguna violenta revolución de los mares o terremotos.

La famosa Atlántida,<sup>2</sup> cuyo nombre después de muchos miles de años,

---

[a] 18° 10' en Valladares y Acosta.

(1) Thomas Gefferis, *Athlas*. Valladares y Acosta citan sólo a Robert Bougoni, *Athlas*.

sólo subsiste por una tradición obscura comunicada a Platón por los sacerdotes egipcios, fué verosímilmente un vasto territorio situado entre la África y la América (2). Mil circunstancias nos persuaden, que la Inglaterra fue en otro tiempo parte de la Gaula; la Sicilia ha sido evidentemente separada de la Italia; las islas de Cabo Verde, las de Azores, las de la Madeira y las Canarias, deben haber sido parte de los continentes vecinos o de otros abismados. Las últimas observaciones de los navegantes ingleses no dejan razón de dudar que todas las islas del Mar del Sur, han formado más o menos antiguamente una misma masa. La Nueva Zelanda, que es la más considerable de estas islas, está llena de montañas en las cuales se ven vestigios evidentes de volcanes apagados; sus habitantes, ni son lampiños, ni de color de cobre como los de la América, y a pesar de una distancia de 680 leguas, hablan la misma lengua que los de la isla Othayti, descubierta por Monsieur Bouganville en 8 de julio de 1773.<sup>3</sup>

Los físicos viajeros observan por todas partes monumentos ciertos que atestiguan esta verdad. Los conchales de todas especies de ostras, los pescados de mar enteros o mutilados que se encuentran a grandes distancias colocados en las entrañas de la tierra y sobre la superficie de las montañas; la inestabilidad del océano, que perpetuamente la bate, roba y trastorna, prueban estas vicisitudes, y que oculta por un lado tierras inmensas, al paso que descubre por otro dilatadas llanuras y arenales delante de las ciudades, que fueron en otro tiempo puertos famosos de mar. Estos sucesos constantes no dejan razón de dudar que este Archipiélago de las Indias Occidentales, igualmente que el de las Orientales, situado casi a la misma altura, se ha formado por una misma causa; esto es, por la corriente del mar de oriente a poniente, tanto más veloz hacia el Ecuador, cuanto está el globo más elevado, y manifiesta una zona más grande y tan agitada, que parece que el mar quiere romper todos los diques que la tierra le opone; y abriéndose un curso libre, ha formado estas islas expuestas siempre a sus ataques, especialmente la de Puerto Rico, que al principio, y fin de la estación de las lluvias, suele sufrir furiosos huracanes, violentos terremotos y espantosas inundaciones; circunstancias que a pesar de la fertilidad y abundancia pas-

(2) Séneca, libro 6. Barcia, tomo 1, fol. 8 Raynal, tomo 4, libro 10, fol. 3 Florian de Ocampo, *Crónica General de España*, fol. 154.

## H I S T O R I A   D E   P U E R T O   R I C O

mosa de frutos y ganados que ofrece su suelo, se ven muchas veces marchitadas sus frondosas vegas, abatidos sus bosques, sus plantaciones inundadas y robadas por las grandes avenidas de los ríos; sus habitantes oprimidos de la hambre, y desalojados de sus casas arruinadas, como se manifestará en el discurso de esta historia; pero antes de referir las particularidades de esta isla, parece conforme al buen orden y fácil inteligencia de ella hacer su descripción geográfica, señalar su situación, y división de los partidos y pueblos de que se compone.<sup>4</sup>





## CAPÍTULO I

### DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DE LA ISLA DE SAN JUAN DE PUERTO RICO

La isla de Puerto Rico es una de las Grandes Antillas, su capital del mismo nombre está en los 18 grados, 40 minutos [a] de latitud septentrional, con 311 grados de longitud occidental <sup>(1)</sup>. Se extiende a lo largo, 40 leguas de oriente a poniente, con alguna declinación al norte, desde la Cabeza de San Juan, que está al noreste, hasta el Cabo Rojo que demora al suroeste; por lo ancho tiene 18 leguas poco más, desde la Ciudad de Puerto Rico que cae al norte, hasta el pueblo de Guayama que demora al sur. Tiene de circunferencia 120 leguas y de superficie 720 o 25,920 varas cuadradas.<sup>1</sup> Su figura es de un tablón cuadrilongo, dividido por el medio a lo largo de una cordillera de altas montañas, de las cuales se extienden algunos brazos que bajan hasta la mar, y cortan la isla a lo ancho; formando entre unos y otros hermosos valles, regados por más de 30 ríos que descienden de las alturas, siendo algunos navegables hasta dos leguas de su embocadura.

Los isleños de Puerto Rico, conformándose con la división que les prescribe la cordillera, que corta la Isla a lo largo en dos partes iguales, la distinguen en banda del sur y banda del norte; y con esta división explican los pueblos, habitantes y frutos de una y otra costa; pero el Gobierno, para la administración de justicia, la tiene dividida a lo ancho en dos partes, a las que dan el nombre de partidos.<sup>2</sup> El de Puerto Rico es el más oriental, y el de la Villa de San Germán el más occidental. Cada uno de estos dos tienen otros partidos subalternos, aunque en ellos no hay cabildo, ni otra jurisdicción ordinaria, que la que reside en los dos principales; pero dan

---

[a] 18° 10' en Valladares y Acosta.

(1) Thomas Gefferis, *Athlas*. Valladares y Acosta citan a Roberto Bougondi, *Athlas*.

el nombre de partidos a los pueblos y parroquias de la Isla, y es en ella sinónimo el nombre de pueblo o partido.

El de Puerto Rico comprende más de la mitad de la Isla, y va por la costa del norte, desde la Cabeza de San Juan hasta la boca del río Camuy, que divide los términos de los pueblos de Arecibo y La Tuna; por la costa del sur, desde la expresada Cabeza de San Juan, hasta el río Jacagua [b], que corre entre los pueblos de Coamo y Guayama, dividiendo sus límites. En este territorio hay 17 parroquias, además de la Catedral, y contienen 39,350 almas.

El partido de la Villa de San Germán, extiende su jurisdicción desde los expresados ríos de Camuy y Jacagua [c], hasta el Cabo Rojo. Comprende este territorio además de la Villa de San Germán, once pueblos, y en ellos 30,900 almas.

La irregularidad de las costas de esta Isla, demuestra a primera vista lo mucho que han contribuido los vientos en su forma exterior. Las brisas o vientos del este, que reinan aquí todo el año, y algunas veces con violencia agitan las olas del mar, éstas atacan la tierra con impulso por todas partes, haciendo en ella robos considerables especialmente cuando ocurren terremotos y huracanes, que han dejado formados a lo largo de las costas bancos de arrecifes, isletas, peñascos, y cabos. De éstos, los más sobresalientes son: el de San Juan, que demora al este-noreste en los 18 grados, 30 minutos de latitud, con 311 de longitud, y en su inmediación tiene muchos peñascos, que cubren las mareas y dificultan la entrada del puerto de Fajardo, a cuyo frente corren las isletas de su nombre, las de Hicacos, las de los Lobos, Palominos, Ramos y una restinga que doblando el Cabo Piñero, que está al oriente del de San Juan, llega hasta la Punta de Arena, en la isla de Vieques.

Siguiendo la costa del norte, y al noroeste de ella, está el Cabo de Borinquén en los 18 grados, 45 minutos de latitud, y 309 con 30 de longitud, y corre debajo del agua más de un tiro de pedrero, formando un bajo o arrecife. Desde la Cabeza de San Juan hasta este Cabo, desembocan en la mar del norte, los ríos de aguas prietas, San Martín, Sabana, Loquillo, Grande, Herrera, Loysa, Río Piedras, Bayamón, Toa, Vega, Sibuco, Manatí, Arecibo, Camuy, Guajataca y la quebrada de los Cedros. Algunos de

[b] Yacagua en Valladares.

[c] Idem.

## HISTORIA DE PUERTO RICO

estos ríos desembocan en la bahía de Puerto Rico, y es la única que hay desde la Cabeza de San Juan hasta el Cabo Borinquen, capaz de recibir navíos. Seis leguas al oeste de este Cabo está la isla del Desecheo, en los 18 grados, 14 minutos de latitud y 309 de longitud. Al mismo rumbo y a distancia de doce leguas están las de la Mona y Monico en los 18 grados, 4 minutos de latitud y 308 con 40 minutos de longitud. Desde este Cabo de Borinquen hay veintisiete leguas de travesía hasta el Cabo de San Rafael de la isla de Santo Domingo, que demora al oeste cuarta al nor-oeste.

Al oeste del Cabo de Borinquen a poco más de dos leguas está el de San Francisco, en los 18 grados, 47 minutos de latitud, entre los cuales se forma el puerto de San Francisco de la Aguada, capaz de las mayores flotas, aunque poco resguardado de los nortes. En la extensión intermedia de estos dos cabos desaguan el Río Chico, el de la Aguada, Culebrinas, el de Cañas y otros pequeños.

Siguiendo la costa con rumbo al oeste está el Cabo Rojo en los 18 grados, 3 minutos de latitud; es el más occidental de la Isla, distante treinta leguas de la Capital. Inmediato a él hay un islote y una restinga que va hasta la boca de la bahía de Guánica, que demora en la costa del sur de la Isla. Desde el Cabo de San Francisco hasta el de Cabo Rojo salen al mar los ríos de Rincón, Guaurabo, Mayagüez, Juanajivos y el Boquerón, y en este intermedio están los puertos de Rincón, Añasco, Mayagüez y Cabo Rojo. Desde éste hasta el de Mala Pascua desaguan los ríos de Guánica, Caña, Ventanas, Guayanilla, el de Ponce, Jacagua, Vigía, Coamo, Aguamanil, el del Manglar y el de Guayama; la mayor parte de estos ríos desembocan en los puertos de su nombre.

Al sur-sureste de esta costa se avanza el Cabo de Mala Pascua rodeado de arrecifes e isletas que corren hasta el Cabo Piñero, entre los enales salen a la mar los ríos Maunabo, Guayanés, Candeleros, Jumacao, Daguao y otros de menos caudal. Hay en esta parte algunos buenos puertos e isletas; las mayores son Vieques, Santiago, la Cabra y otras muchas que demoran al sur, este, y este-sureste, de las cuales se hará memoria en la descripción particular de los pueblos a que corresponden, como también de los puertos, caletas y ensenadas que se hallan en sus respectivos territorios. Los ríos que desaguan desde Cabo Piñero hasta la Cabeza de San Juan son Maja-

guas, el de Fajardo con otros de poco caudal, y esta parte de costa es la más peligrosa por la multitud de islotes de que está cubierta.

De la cordillera que corre a lo largo de la Isla se elevan dos montañas que llaman a la una Loquillo (por un indio levantado que se retiró a ella), <sup>(2)</sup> a lo más alto de esta montaña dan los negros el nombre de *Turcidi*,<sup>3</sup> que en su idioma significa cubierta de nubes, y con efecto es así; a la otra la llaman la montaña de Laivonito, que está ya en la costa del sur; las dos se descubren desde la mar a mucha distancia, y por ellas reconocen los navegantes la Cabeza de San Juan, que es el punto que regularmente buscan los que navegan por estas islas, Golfo de Honduras y de México.

Algunos autores extranjeros creen que Loquillo es ciudad; pero no hay memoria, ni se ve vestigio alguno de ella, ni en el día hay población, ni habitantes en esta montaña, como se verá en la descripción particular de los pueblos de la Isla.<sup>4</sup>

---

(2) Herrera, *Década* 4ª, libro 5, fol. 82.

## CAPÍTULO II

### *DESCUBRIMIENTO DE LA ISLA DE BORINQUEN; HOY SAN JUAN DE PUERTO RICO*

El Almirante Don Cristobal Colón, después de haber dado cuenta del descubrimiento de las Indias a los Reyes Católicos y acordado con Sus Majestades cuanto convenía para continuarlo y formar establecimientos en ellas, salió de la bahía de Cádiz con 17 bajeles, el día 25 de septiembre de 1493. <sup>(1)</sup>. Navegó para la isla de Santo Domingo, tocó al paso en las Canarias, tomó ganados, aves y semillas para multiplicar estas especies en la nueva colonia, siguió su derrota, y el 3 de noviembre descubrió la isla Dominica; sucesivamente la de Marigalante y Guadalupe, echó en ésta alguna gente, y tomó posesión de ella para los Reyes de España, sin oposición de sus naturales, que se retiraron a los bosques. Los españoles sólo encontraron en la playa dos indios que decían ser de la isla de Borinquen y les rogaron los llevasen en sus navíos, pues estaban destinados a ser víctimas de la voracidad de los caribes de aquella isla. El Almirante se negó a la súplica por no alterar los ánimos de los de Guadalupe; dióles algunas cosas de España y los despidió, pero los caribes despojaron a los indios de lo que habían recibido de Colón y se volvieron a éste acompañados de seis mujeres y dos muchachos, instándole todos los llevase en su compañía, queriendo más aventurarse a la humanidad de unos extranjeros desconocidos que esperar la muerte cruel, que los caribes daban a sus cautivos <sup>(2)</sup>.

El 10 de noviembre se levó el Almirante de la Guadalupe y navegando al noroeste descubrió las islas Redonda, Antigua, San Martín, Santa Cruz y otras muchas que forman aquella cadena de que hice memoria, a quienes puso nombre y a las últimas llamó las Vírgenes. Los indios le

<sup>(1)</sup> Herrera, *Década 1ª*, libro 1º, fol. 45. Oviedo, libro 2, fol. 11.

<sup>(2)</sup> Falta esta nota al calce en el manuscrito. Valladares, en la nota (a) y Acosta en la nota (b) citan a Herrera, *Década 1ª*, libro 2, fol. 46.

dieron noticias de otras islas y de la Tierra Firme, le demarcaron el rumbo para Santo Domingo, guiándolo por la isla de Borinquén. Luego que vió las costas de ésta la dió el nombre de San Juan Bautista <sup>(3)</sup>, fondeó en una bahía de ella hacia el poniente, en la cual halló muchas especies de pescados, lisas, sábalos, sardinas, robalos y otros de que hay abundancia. En la playa se veía una población, cuyas casas de madera y varas cubiertas de hojas de palmas coronadas de torreones y miradores de cañas entretrejidas, dejaban formada una gran plaza en su centro de donde salía un camino ancho, recto y llano que llegaba hasta la mar, hecho de rejados cubiertos de flores, yerbas y otras plantas, cuyos verdes follajes, dispuestos con graciosa simetría daban la más agradable idea de la fertilidad de la tierra. Al extremo de este delicioso camino tenían levantado sobre troncos de árboles un espacioso mirador, que caía sobre la mar, cubierto también de cañas, adornado de flores y yerbas como lo estaba el camino, al modo que en España se ponen las glorietas y calles de los jardines <sup>(4)</sup>.

La perspectiva de este pueblo de indios, formado con un orden y disposición tan nueva para los españoles, igualmente que la pasmosa frondosidad de las costas de la Isla poblada de tanta variedad de árboles, cuya magnitud y diferencias no sólo excedían a los que habían visto en Europa, sino a las más lisonjeras ideas que tenían formadas de los nuevos descubrimientos, estimulaba a los pasajeros a saltar en tierra, pero el retiro de los isleños que habían huído a los bosques los resolvió a llevarse el 22 de noviembre y dejando en su tierra los indios que tomó en Guadalupe siguió su viaje a Santo Domingo.

No sabemos qué puerto de la Isla fuese éste en que dió fondo el Almirante Colón con su flota, pero siendo regular, según el rumbo de Santo Domingo, costease a Puerto Rico por el norte, hay motivo de persuadirnos fué en el puerto de la Aguada, que está al noroeste de la Isla.<sup>1</sup> Me inclinan a esta conjetura la situación del puerto, su grande extensión, buen fondo y espaciosa entrada. A esta parte de playa le dan el nombre de Guadilla, que en el idioma de los indios de aquella Isla significa jardín, que además de convenir al sitio, por ser el más ameno y delicioso, parece explica la disposición y forma del pueblo que vieron los españoles a su arribo, pero como

<sup>(3)</sup> Oviedo, libro 2, fol. 12. Herrera, Década 1<sup>a</sup>, libro 2, fol. 46.

<sup>(4)</sup> Herrera, Década 1<sup>a</sup>, libro 2, fol. 47.

## *H I S T O R I A     D E     P U E R T O     R I C O*

no tenemos autor, ni documento en qué fundar el pensamiento, quedará siempre en la clase de conjetura.

Colón se hizo a la vela para Santo Domingo el 22 de noviembre de 1493 sin acordarse más de Puerto Rico, que quedó olvidada hasta que Juan Ponce de León volvió a reconocerla en 1508.<sup>2</sup>





### CAPÍTULO III

#### *PASA EL CAPITÁN JUAN PONCE DE LEÓN A RECONOCER A PUERTO RICO*

El Almirante Colón llegó al puerto de Samaná de la isla de Santo Domingo y el 25 de noviembre desembarcó en Monte Cristi, en donde encontró dos hombres muertos de los que había dejado en su primer viaje. El 28 vió el fuerte quemado y los tristes vestigios de su guarnición, sacrificada por la perfidia de los indios.<sup>1</sup> Estos huyeron a los bosques y no se hallaba a quién preguntar la causa de tan inopinado suceso. En estas circunstancias se presentó un hermano del cacique Guancanagarí, dió noticia de la muerte de los españoles, atribuyéndola en parte a sus desavenencias, de que se aprovechó el cacique Caonabo para matar a los que halló dispersos, quemar el castillo y acabar con los pocos que habían quedado en él (<sup>1</sup>).

Colón creyó preciso disimular este atentado y sólo pensó en establecer su colonia y fortificarse de nuevo, pero los efectos de un clima abrasador y húmedo, la falta de víveres y el excesivo trabajo hizo tales efectos en los nuevos colonos que en poco tiempo cayeron todos enfermos, murieron los más de ellos oprimidos de la hambre y del excesivo trabajo; los que quedaron, no hallando alivio en tantos conflictos volvieron sus quejas contra el Almirante, le perdieron el respeto y negaron muchos la obediencia (<sup>2</sup>). De aquí tuvieron principio las desavenencias y guerras entre españoles e indios, los funestos sucesos que sobrevinieron a unos y a otros, y el olvido en que quedó Puerto Rico hasta el año de 1508.

En dicho año gobernaba la isla de Santo Domingo el Comendador Mayor de la Orden de Alcántara Don Nicolás de Ovando, y por su Te-

(<sup>1</sup>) Herrera, Década 1ª, libro 12, fol. 48. Oviedo, libro 2, fol. 12.

(<sup>2</sup>) Herrera, Década 1ª, libro 2, fol. 51 y libro 3, fol. 73. Oviedo, libro 2, fol. 18.

niente en la Villa de Salvaleón, de la Provincia de Higüey en la misma isla, el capitán Juan Ponce de León, quien iba con el Almirante cuando descubrió en su segundo viaje la isla de Puerto Rico; <sup>(3)</sup> y como los indios de ella trataban con frecuencia con los de la Provincia de Higüey por su inmediación, tuvo oportunidad de adquirir noticias bien circunstanciadas de cuanto había en ella, y siendo todas muy favorables y fáciles de persuadir a quien tenía vistas sus costas, resolvió pasar a conocerla, comunicó sus pensamientos al Comendador Ovando, solicitando su aprobación y permiso para verificarlos.<sup>2</sup>

El Comendador concedió la licencia que se le pedía; Juan Ponce armó una carabela y se hizo a la vela con algunos españoles e indios prácticos de aquella isla, desembarcó en las tierras del cacique Agüeynaba <sup>(4)</sup> que era el más principal; éste le recibió con las mayores demostraciones de sinceridad y cariño; tomó el nombre de Juan Ponce y éste el de Agüeynaba. La madre del Cacique se llamó Doña Inés y su padrastro Don Francisco, y a un hermano de ella le dió Juan Ponce el de Añasco, nombre de un capitán que llevaba en su compañía. Esta era la prueba más grande que tenían estos indios para manifestar su verdadera amistad y perpetua confederación, llamada entre ellos hacerse *guaitiaos*; manifestando todos la satisfacción y gusto que tenían con el arribo de sus huéspedes, en el cuidado de proveerlos de víveres y en darles sus hijas y hermanas por amigas, que era uno de los mayores obsequios que solían hacer.

Juan Ponce de León, en medio de estas satisfacciones, no olvidó el objeto de su viaje, manifestó los deseos que tenía de ver la Isla. El Cacique Agüeynaba accedió desde luego a sus insinuaciones y le acompañó en el viaje de ella, mostrándole los ríos de donde sacaban el oro, especialmente el de Manabón, que desemboca en la costa del sur, junto al Cabo de Mala Pascua; y el de Sinuco, que desemboca en la del norte al oeste de Puerto Rico <sup>(5)</sup> en los cuales hizo hacer catas y sacó buenas muestras; recorrió la Isla, examinó la calidad de la tierra, la variedad de sus producciones, la abundancia de los ríos, la multitud de indios que la habitaban y la buena disposición en que se hallaban para admitirlos en su compañía.

Evacuadas estas observaciones, resolvió Juan Ponce regresarse, llevando

<sup>(3)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 119.

<sup>(4)</sup> Herrera, Década 1<sup>a</sup>, libro 7, fol. 181. Oviedo, libro 16, fol. 119.

<sup>(5)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 119. Barcia, *Historiadores de Indias*, tomo 2, fol. 34.

las muestras del oro y otras de la fertilidad de la Isla. Dejó con Agüeynaba parte de los españoles que había llevado y se embarcó para Santo Domingo. Cuando llegó a esta Isla ya la gobernaba el Almirante don Diego Colón y el Comendador Ovando estaba en España.<sup>3</sup> Juan Ponce informó al Almirante de su viaje a Puerto Rico y de las grandes proporciones que ofrecía para establecerse los españoles en ella, por la excelente calidad de la tierra para la cosecha de frutos, por la abundancia de oro que se encontraba en sus ríos, como lo acreditaban las muestras y buena acogida que hallaron en sus indios.

El Almirante, instruido de todo, resolvió poblarla. Juntó gente y nombró por su Teniente de Gobernador en aquella Isla a Don Juan Cerón, natural de la ciudad de Ecija, y a Miguel Díaz, que había sido criado de su tío el Adelantado don Bartolomé Colón, por Alguacil Mayor; sin atender a Juan Ponce de León, ni a Don Cristobal de Sotomayor, hijo de la Condesa de Camiñán, que había sido Secretario del Rey Don Felipe y venía destinado por Su Majestad para el gobierno de Puerto Rico. (6) Cerón se hizo a la vela para su gobierno en el año de 1509, llevando consigo más de 200 españoles, entre ellos a Juan Ponce con su mujer y familia y a Don Cristobal de Sotomayor. Todos fueron bien recibidos del cacique Agüeynaba y sus indios, quienes conservaron la mejor armonía con los españoles que habían quedado con ellos en el primer viaje de Juan Ponce.

Cerón y los suyos se alojaron por entonces entre los indios sin formar establecimiento separado. Algunos se dedicaron a las granjerías de ganado, caña de azúcar, jengibre y otras especies que habían llevado de la isla de Santo Domingo; aunque generalmente todos aplicaban su trabajo y el de los indios a beneficiar las minas y sacar oro, que era el principal objeto.

Antes de salir de Santo Domingo Juan Ponce de León, sentido de verse privado del gobierno de Puerto Rico, que creía corresponderle por ser el que primero la había reconocido, escribió a su protector Ovando, que se hallaba en la Corte para que representase al Rey su derecho y buenos servicios. Con efecto, Ovando le consiguió el gobierno de esta Isla; Oviedo (7) dice que como Teniente del Almirante; Barcia (8) que con su-

(6) Herrera, *Década* 1<sup>a</sup>, libro 7, fol. 191. Oviedo, libro 16, fols. 119 y 120.

(7) Oviedo, libro 16, fol. 120.

(8) Barcia, *Historiadores de Indias*, tomo 2, fol. 34.

jeción y dependencia de él; pero el cronista Herrera <sup>(9)</sup> afirma que con inhibición expresa del Almirante para que no pudiese removerlo del gobierno, lo que parece más regular, pues Su Majestad procuraba moderar las facultades y autoridad del Almirante, y si hubiera quedado dependiente de éste, no se hubiera atrevido Juan Ponce a enviar presos a España a su antecesor Cerón y al Alguacil Mayor Díaz, poco después de tomar posesión del gobierno, que fué el año de 1510, despidiéndose con este procedimiento de los resentimientos que tenía contra el Almirante Colón <sup>(10)</sup>.<sup>4</sup>

Posesionado ya Juan Ponce de León del gobierno de la Isla y desembarazado de su antecesor, pensó en establecerse con los españoles, formando un pueblo separado de los indios. Eligió sitio cerca de las minas que trabajaban; y dió principio a una población, que llamó Caparra. Situóla en la costa del norte, frente de donde hoy está la Ciudad de Puerto Rico, al lado opuesto de la bahía, en el sitio que hasta el presente se llama Pueblo Viejo; cuyos vestigios se ven en las inmediaciones del ingenio de don Manuel Díaz, cerca de la Quebrada Margarita, terreno muy pantanoso y anegadizo, por no tener desagüe las vertientes de los cerros que les circunvalan, ser muy cerrado de bosques y cortado de barrancas, que lo hacían malsano, especialmente para los niños <sup>(11)</sup>, y tan incómodo para la comunicación del puerto y transporte de los víveres y efectos, que era más costoso portearlos desde la bahía a la población de Caparra, que sólo distaba una legua, que desde España a Puerto Rico <sup>(12)</sup>. No obstante estas penurias, la mayor proporción que les ofrecía este sitio de satisfacer la hambre sagrada del oro, por la inmediación a las minas, hizo soportables los trabajos de más de diez años, que existieron en ella los españoles <sup>(13)</sup>. Los cronistas Herrera y Oviedo varían en el año de la fundación de Caparra; el primero, pone el de 1510; el segundo en el de 1509, pero éste parece se contradice, pues supone que Cerón gobernó un año la isla <sup>(14)</sup>, y que Juan Ponce fundó a Caparra, y habiendo pasado Cerón al gobierno en 1509, sin que hiciese la población en este año, resulta que la hizo Juan Ponce en 1510.<sup>5</sup>

<sup>(9)</sup> Herrera, Década 1ª, libro 7, fol. 195.

<sup>(10)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 120. Esta nota no aparece en Valladares y Acosta.

<sup>(11)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 120. Herrera, Década 1ª, libro 7, fol. 195.

<sup>(12)</sup> Herrera, *Ibid.*

<sup>(13)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 120. Herrera, *Ibid.* Esta nota no aparece en Valladares y Acosta.

<sup>(14)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 119. Esta nota no aparece en Valladares y Acosta.

Don Cristóbal de Sotomayor, que había admitido el empleo de Teniente de Juan Ponce de León, pasó en este mismo año de 1510 con algunos españoles a establecer otra población, junto a la bahía de Guánica al sur oeste de la Isla, en cuyas inmediaciones se habían descubierto cinco arroyos que abundaban en oro. Esta circunstancia y la excelente bahía sobre que se habían establecido, prometían grandes aumentos a esta nueva colonia; pero todas las ventajas hizo abandonar la plaga de mosquitos, que no pudieron resistir y se trasladaron a la costa del norte, cerca de donde hoy está el pueblo de San Francisco de la Aguada, en el sitio que llaman el Ingenio, y la nombraron Sotomayor por su capitán poblador <sup>(15)</sup>.

Hasta fines de este año se mantuvieron tranquilos los indios, viviendo con los españoles y ayudándolos en sus poblaciones, minas y granjerías; pero el Gobernador, siguiendo el método que se observaba en la isla de Santo Domingo, resolvió repartir en encomienda a los indios de Puerto Rico entre los españoles.<sup>8</sup> Esta providencia hizo tal sensación en los ánimos de los isleños, que viendo perdida su libertad y que los españoles se iban aumentando y formando nuevos establecimientos, acordaron tomar las armas para extinguirlos, si era posible, pues los miraban como seres superiores a la naturaleza humana y dudaban de su mortalidad <sup>(16)</sup>. Con efecto, hicieron la experiencia en un mozo llamado Salcedo, que ahogaron al paso de un río, y viendo que los españoles no estaban exentos del tributo común de la muerte, comenzaron a dársela con una sublevación general, en la cual se derramó mucha sangre, y se arruinó la Isla; pero antes de referir estos acaecimientos, parece, conforme al buen orden de la Historia dar noticia del carácter, usos y costumbres de los indios naturales de esta Isla.

<sup>(15)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 120. Herrera, Década 1ª, libro 7, fol. 195. Barcia, *Historiadores de Indias*, tomo 2, fol. 34.

<sup>(16)</sup> Raynal, *Histoire Philosophique*, tomo 4, fol. 343. Barcia, tomo 2, fol. 34. Herrera, Década 1ª, libro 7, fol. 225.



## CAPÍTULO IV

### *CARACTER, USOS Y COSTUMBRES DE LOS ANTIGUOS HABITANTES DE LA ISLA DE PUERTO RICO*

El carácter del espíritu y pasiones del corazón humano, son tan diferentes como los climas y sus temperamentos; el frío rehace las extremidades de las fibras de nuestro cuerpo, aumenta su resorte y ayuda la circulación de la sangre; el corazón obra con mayor actividad, la sangre circula más determinada hacia el corazón y éste le comunica más vigor. El calor, al contrario, relaja las extremidades de las fibras, disminuye su resorte, los líquidos no conservan su equilibrio, la naturaleza se extenua [a] y toda la máquina queda desmayada; pero estas dos causas, que producen tan distintos efectos, no se han de graduar precisamente por la simple distancia, que hay desde un país hasta el Ecuador; le están afectas otras circunstancias, que influyen constantemente en la formación del espíritu y carácter de sus habitantes. La mayor o menor elevación del terreno sobre el nivel de la mar, su extensión, su naturaleza y efluvios, la altura de sus montañas y otros accidentes peculiares, concurren como causas respectivas, aunque son menos sensibles en unos países que en otros por diferentes razones. Esto se evidencia en innumerables provincias, que hallándose a igual distancia del Ecuador y bajo un mismo paralelo, se experimentan en ellos muy contrarios efectos de frío, calor, humedad, sequedad y otros que constituyen climas diversos, y por consiguiente, variedad de caracteres, usos, costumbres, inclinaciones, colores, enfermedades, etc. <sup>(1)</sup> Los negros de la

---

[a] Valladares y Acosta agregan la frase: el espíritu se debilita.

(1) Ulloa, tomo 1, fol. 453. Anson, Viaje, fol. 184 y 74. Quiroz, *Historia General*, tomo 14, fol. 83. Richard, *Historia Natural del Aire*. Chalevoix, *Historia de la Nueva Francia*, tomo 3, fol. 165. Acosta, *Historia Novus Orbis*, libro 2, cap. 2. Mr. Buffon, *Historia Natural*, tomo 3, fol. 512. Osborns, *Colect*, tomo 2, fol. 868. Robertson tomo 2, fol. 152.



costa de Africa que habitan al norte de la línea, son más robustos y están sujetos a la epidemia de las viruelas, que no les da hasta después de los catorce años; los de la costa del sur son más débiles, están libres de las viruelas, aunque padecen enfermedades de otra especie <sup>(2)</sup> y tienen diferentes inclinaciones.<sup>1</sup>

Ni estos efectos tan contrarios a que induce el clima y temperamento de un país, se extienden precisamente a los hombres; [b] obran igualmente en los brutos y plantas <sup>(3)</sup>.

Verdad es que por lo que respecta a usos y costumbres de los pueblos, en todos se hallan algunos que no son efectos del clima, ni de la situación, sino arbitrarios o adquiridos por la afinidad o comercio con otros pueblos distantes; pero no es esta razón suficiente para graduar a toda la América de un mismo carácter, ni para vestir a los indios de la isla de Puerto Rico del carácter feroz y costumbres bárbaras de los caribes, porque habitaban las islas contiguas, declarándolos antropófagos, <sup>(4)</sup> imputándoles el uso de los venenos mortíferos en sus flechas, <sup>(5)</sup> y otras inclinaciones feas con que nos los pintan; cuando a primera vista resalta la humanidad y alegría con que hospedaban a los extranjeros: su simplicidad, y creencia a cuanto se les decía; el aborrecimiento con que miraban y castigaban algunos vicios, especialmente el hurto y el incesto; <sup>(6)</sup> sin que por esto dejaran de tener algunos graves errores propios de la ignorancia de un pueblo salvaje, cuya unión política era muy defectuosa, sus leyes o reglamentos pocos, y sostenidos por una autoridad débil, bajo cuyo concepto examinaremos su carácter.

Cuando los españoles pasaron a esta isla en 1509 bajo las órdenes de don Juan Cerón, estaba tan poblada de gente como una colmena, y tan hermosa y fértil, que parecía una huerta <sup>(7)</sup>. La gobernaban diferentes caciques: Agüeynaba era el principal a quien estaban sujetos otros muchos, y tenía su residencia en la parte que llaman la Aguada <sup>(8)</sup>.

El color de estos indios era de cobre, como el común de los naturales de América, aunque más caído y obscuro, bien fuese efecto del aire o

(2) Raynal, tomo 4, fol. 229.

[b] Valladares, y Acosta agregan la frase: sino que.

(3) Feyjoo, tomo 2, fol. 269.

(4) Oviedo, libro 16, fol. 128 y libro 3, fol. 25.

(5) Raynal, tomo 4, fol. 331.

(6) Oviedo, libro 5, fol. 50.

(7) Fray Bartolomé de las Casas, *Relaciones de Indias*.

(8) Oviedo, libro 16, fol. 118.

de las muchas humedades, o de la calidad de la tierra, o de todas estas causas juntas; su estatura por lo general era más baja que la de los españoles; pero corpulentos y bien proporcionados; tenían las narices chatas y de ventanas muy rasgadas, los ojos turbios, los dientes dañados, la frente angosta, la cabeza aplanada por delante y por detrás, porque al nacer se las formaban apretándoselas por el cogote y por la frente, dejándoselas de figura cónica, harto desairada y fea para los ojos que no fuesen de indio; su cabello largo, negro y grosero; carecían de él en la barba y demás partes del cuerpo <sup>(9)</sup>.<sup>2</sup>

La forma exterior de estos indios manifestaba algún vicio en la constitución de su cuerpo. La corta cantidad y poca substancia de los alimentos que usaban, la facilidad que tenían de adquirirlos sin trabajo, el calor excesivo del clima y la falta de cuadrúpedos para ejercitarse en la caza, los constituía flojos, indolentes, enemigos de toda fatiga y de una aversión extremada a todo trabajo; circunstancias que podemos considerar como características de estos isleños. Todo lo que no era satisfacer el hambre o divertirse en el baile, caza o pesca, lo miraban con indiferencia; ni la esperanza del bien, ni el temor del mal; los estimulaba a solicitar lo primero, ni a evitar lo segundo. Aquí se ve, que las causas políticas y morales influyen en la formación del carácter de un pueblo tanto como las físicas. <sup>(10)</sup>.

El estado de la sociedad civil exige muchas necesidades y deseos, que no pueden satisfacerse sin los esfuerzos de la industria y del trabajo. Un cuerpo acostumbrado a él se hace robusto y se endurece con las fatigas: las pasiones se inflaman, se refina la delicadeza de los sentidos, todo el corazón se ocupa y vigoriza al compás que se multiplican las necesidades; y como la sociedad simple e imperfecta en que vivían estos indios exigía muy pocas necesidades, sus deseos se limitaban a lo que la naturaleza les presentaba sin necesidad de aplicar sus fuerzas al trabajo.

Sin embargo de todo lo dicho, por débil que fuese la constitución física de estos isleños, algunos manifestaron su espíritu y fuerzas durante la conquista, luchando brazo a brazo con los soldados españoles más esforzados, <sup>(11)</sup> no pudiendo éstos vencerlos sin el auxilio de algún compañero. Eran ligeros y sueltos en todos sus miembros, sin haber lisiados, cojos, o ciegos entre ellos, lo que hoy mismo se observa en los habitantes de aquella Isla.

<sup>(9)</sup> Oviedo, libro 3, fol. 25.

<sup>(10)</sup> Dutertre, 2. fol. 337.

<sup>(11)</sup> Juan Castellanos, *Elegías*, fol. 123. Esta nota no aparece en Valladares y Acosta.

Su entendimiento era muy limitado: las primeras ideas de todo ser humano es preciso entren por los sentidos. Estos indios sólo extendían su consideración a los objetos que les rodeaban, mirándolos simplemente sin conexión, ni relación de unos con otros, ni apenas tenían conocimiento de sus cualidades particulares, y así no formaban ideas generales, abstractas, o reflejas, ni se ocupaban en especulaciones.

Tenían caciques que los gobernaban; sus hijos mayores heredaban este empleo; y si a éste le faltaba sucesión, no heredaba el hijo mayor del hermano segundo, sino el de la hermana mayor; porque do éste no dudaban que fuese sobrino verdadero como los de los otros hermanos. <sup>(12)</sup> Entre los negros de la costa de Africa, heredan siempre los hijos de las hermanas, porque de éstos no dudan sean sus sobrinos. <sup>(13)</sup> Los caciques imponían las cargas y destinaban sus súbditos a la caza, pesca y ocupaciones que ocurrían a su arbitrio, y sus mandatos se anunciaban como dimanados de un oráculo, o de su *cemí*, a quién hacían hablar lo que querían por medio de los agoreros, o médicos que ejercían las funciones de ministros del ídolo, y les llamaban *buhitis*. <sup>(14)</sup> Estos se ocultaban detrás de la estatua del *cemí*; declaraban la guerra y la paz, arreglaban las estaciones, concedían el sol, la lluvia y cuanto convenía según las necesidades lo exigían, o el antojo del cacique lo dictaba; y cuando los anuncios, o promesas salían fallidas, respondían que el *cemí* había mudado de dictamen por convenir así; sin que por esto se dudase del poder y crédito de la fingida deidad, ni de sus embusteros ministros: <sup>(15)</sup> tanta era la simplicidad e ignorancia en que vivían estos indios.

Los cacicazgos estaban divididos en pequeñas provincias, que por lo general sólo comprendían los habitantes de un valle; pero los más dependían del cacique Agüeynaba, que mandaba en jefe, siendo los otros como tenientes suyos, que hacían cumplir en sus respectivos distritos las órdenes de Agüeynaba.

Todos los hombres y mujeres doncellas, andaban enteramente desnudos, aunque pintaban su cuerpo con mucha prolijidad y esmero, dibujando en todo él variedad de figuras horrendas con aceites, jaguas, [c] y resinas viscosas, que extraían de los árboles. Con este uniforme se presentaban

[12] Oviedo, libro 5, fol. 50.

[13] Raynal, tomo 4, fol. 188.

[14] Oviedo, libro 5, fol. 45. Herrera, Década 1ª, libro 3, fol. 67.

[15] Oviedo, libro 5, fol. 45.

[c] Valladares y Acosta dicen: aguas.

bizarros a las expediciones militares, a los bailes públicos y demás concursos; <sup>(16)</sup> pues entre ellos el ir pintados equivalía al estar vestidos; además, que la naturaleza y la experiencia misma les habían dictado que las resinas y aceites con que pintaban su cuerpo les preservaba del calor excesivo y de la transpiración superabundante, que en la zona tórrida disipa las fuerzas, espesa la sangre y abrevia la vida; sirviéndoles igualmente de defensivo contra las injurias del aire, de la humedad, de la plaga de innumerable variedad de mosquitos y otros insectos, que los molestaban incesantemente sin esta precaución, [d], pues estas sustancias oleosas, expedían de sí un olor que ahuyentaba los enjambres de los mosquitos que pueblan aquellos bosques.

Esta especie de vestido simple, que se adquiría con poco trabajo, y que se variaba según el antojo de cada uno, tenía sus adornos o guarniciones, por decirlo así, en donde se le ofrecían ocasiones a la vanidad de manifestar su invención y gusto, no sólo en las diferentes figuras y varios colores de que cada uno se pintaba; sino que también adornaban sus cabezas con plumas de exquisitos colores; se ponían en las mejillas planchuelas de oro, colgaban en las orejas, narices y otras partes del cuerpo caracolillos, conchas, piedras y otros dijes, <sup>(17)</sup> sin olvidar jamás el retrato de su *cemí* o deidad. <sup>(18)</sup> Los caciques usaban por insignia y distintivo de su dignidad una plancha de oro colgada al pecho <sup>(19)</sup> del tamaño de una patena.<sup>3</sup>

Las mujeres casadas se ceñían por la cintura un delantalillo, que sólo les llegaba a media pierna, dejando lo demás del cuerpo en su natural desnudez; las cacicas usaban este delantal largo hasta los tobillos; pero se ponían el corto cuando jugaban al batey, o pelota. <sup>(20)</sup>

En cuanto al matrimonio, no sabemos qué formalidades usaban para contraerlo; sólo sí, que cada uno tomaba dos, tres o más mujeres, según la mayor proporción que tenía de mantenerlas, y las dejaban, tomando otras, usando de ellas según su brutal antojo; abuso, que continuó aún algunos [e]

<sup>(16)</sup> Juan Castellanos, fol. 119. Oviedo, libro 5, fol. 45. Esta nota no aparece en Valladares y Acosta.

[d] En Valladares y Acosta aparece la siguiente nota: Robertson, tomo 2, fol. 409, que no aparece en el manuscrito.

<sup>(17)</sup> Robertson, tomo 2, fol. 405. Juan Castellanos, fol. 119. Esta última nota no aparece en Valladares y Acosta.

<sup>(18)</sup> Oviedo, libro 5, fol. 45.

<sup>(19)</sup> Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 226. Juan Castellanos, fol. 123. Acosta y Valladares no consignan esta última obra.

<sup>(20)</sup> Oviedo, libro 5, fol. 48.

[e] Valladares y Acosta dicen: muchos años.

años después de la reducción de la Isla, hasta que la vigilancia de los Reyes pudo evitarlo. <sup>(21)</sup> Los caciques las tenían en mayor número; había una que era preferida a las otras, o por su gentileza, o por el antojo del marido; pero todas vivían juntas con él sin manifestar celos o envidia por la predilección de la otra; aunque en realidad todas venían a ser esclavas del marido. Ellas debían componerle el pelo que diferenciaban de mil maneras, pintándolo [f] con prolijidad siempre que había de salir de casa. Tenían a su cargo todas las obligaciones domésticas y aún las del campo y agricultura; y lo que es más, debían enterrarse vivas una, o dos de las más queridas, cuando moría el cacique; y si no se ofrecían voluntarias a enterrarse con el difunto, las obligaban para que le acompañasen en la otra vida. <sup>(22)</sup> Los casados no se juntaban a sus mujeres 15 o 20 días antes de ir a coger ore a los ríos, vanamente persuadidos que si cohabitaban con ellas, se les turbaría la vista y no lo encontrarían. No conocían carnalmente a las parientas en primer grado, ni se casaban con ellas, porque vivían en la creencia que los incestuosos morían de mala muerte. <sup>(23)</sup>

Las casas las construían sobre vigas o troncos de árboles, que fijaban dentro de la tierra, a distancia de dos o tres pasos uno de otro en figura oval, cuadrilátera o cuadrilonga, según la disposición del terreno; sobre dichos troncos formaban el piso, que era de cañas o varas; alrededor de este piso hacían los tabiques, o paredes de las casas, que eran asimismo de cañas, cruzando sobre ellas al través muchas latas, que hacían de las hojas de las palmas con que aseguraban la obra. Todas las cañas que formaban los tabiques, se juntaban arriba en el centro de la casa, afianzándolas unas con otras, quedando el techo en figura de pabellón. No dejaban ventanas, chimenea, ni tenían más luz que la que entraba por la puerta, <sup>(24)</sup> que era angosta.

Otras casas construían también sobre troncos de árboles y de los mismos materiales, pero más fuertes y de mejor disposición. Desde la tierra hasta el piso, que formaban sobre los troncos, dejaban sin cercar una parte que servía como de zaguán; en lo alto dejaban ventanas y corredores, que hacían de cañas; el techo estaba a dos vertientes, mediante un caballete,

<sup>(21)</sup> Herrera, Década 4, libro 5, fol. 81.

[f] El manuscrito dice *pintarlo*.

<sup>(22)</sup> Oviedo, libro 6, fol. 58. Valladares y Acosta dicen libro 5, fol. 48.

<sup>(23)</sup> Oviedo, libro 5, fol. 48.

<sup>(24)</sup> Oviedo, libro 6, fol. 58.

que ponían sobre horcones cubierto de hojas de palma. Toda la fábrica de aquellas casas se aseguraba, en lugar de clavos, con bejucos silvestres, que son flexibles y de grande duración. <sup>(25)</sup> Hoy en el día las casas que hay en la isla de Puerto Rico son de esta misma construcción e idea, sin más diferencia que el ser por lo común los pisos y costados de tabla; algunas están cubiertas de tejas y hechas con más curiosidad; aunque éstas son las menos y todas las hacen sobre los troncos expresados.

Esta idea de fabricar sus casas sobre troncos o postes de madera, la dicta la necesidad del país, que es muy húmedo, y sus llanuras y vegas se inundan la mayor parte del año con las lluvias y crecientes de los ríos; cuyas consecuencias procura evitar construyéndolas sobre postes elevados. El mismo método de casas usaban los indios del continente del Norte, islas de Othayti y otras partes de la América.

Los muebles que usaban estos indios eran muy pocos: la hamaca, o jamaca, que hacían de bejucos o de la corteza del árbol llamadō emajagua, o de cordeles que hacían de pita; y algunas vasijas que por lo común eran de madera y de la fruta que da el árbol jigüera o totumo, de que aún hoy hacen vasos, platos, escudillas, cucharas y otros utensilios componían todo su menaje. No tenían gallinas ni otra especie de aves o granjería.

El fuego lo encendían con tres palos delgados: dos ataban juntos por los extremos, el tercero lo ponían de punta sobre la unión de los otros dos, y batiéndolo con las palmas de las manos al modo de un molinillo, encendían lumbre con facilidad en cualquiera parte que se hallaban, como lo ejecutan hoy en sus cazas y pesquerías en Tierra Firme.

Sus armas eran el arco, flechas y macanas, que hacían de madera muy fuerte, <sup>(26)</sup> y le daban la figura de una hacha de mano. Eran muy diestros en tirar la flecha; aunque no usaban venenos en ellas como los caribes.

Tenían canoas para la pesca; y para sus viajes de mar las había muy pequeñas, que llamaban cayucos y servían para el paso de los ríos o viajes cortos; las medianas servían para la pesca y correr las costas, y las mayores, que llaman piraguas y son capaces de 45 a 50 hombres, eran para los viajes largos y para la guerra; pero unas y otras las hacían de una sola pieza del tronco de un árbol que ahuecaban con fuego y hachas de pedernal enastadas. Esta especie de barcos no tiene quilla, y así se vuelven fácilmente, si los que van dentro no guardan equilibrio, o la carga no va bien estibada.

<sup>(25)</sup> Oviedo, libro 6, fol. 49.

<sup>(26)</sup> Juan Castellanos, fol. 123. Valladares y Acosta no tienen esta nota.

Son muy ligeros para navegar; pero como tienen poco borde, se llenan de agua a poco que la mar se levante; <sup>(27)</sup> verdad es, que no por esto se asustan, y la vacían con poco trabajo.

Sus ocupaciones eran tan pocas como sus necesidades. Pasaban los días echados en la hamaca, o sentados de cuclillas sobre los talones, y sólo se movían con gusto para bailar, jugar o satisfacer el hambre. Su agricultura se reducía a una corta sementera de maíz, batatas, [g] y los plátanos que producía la tierra, y este cuidado estaba al cargo de las mujeres. La caza y pesca pertenecía a los hombres; comían cuantas sabandijas encontraban, y no sólo el marisco y los lagartos, los murciélagos eran también plato regalado. <sup>(28)</sup> La falta de instrumentos para la agricultura, los precisaba a tenerla tan reducida.

Los tártaros se sirven de los caballos que hurtan en sus correrías para el cultivo de las tierras; los árabes han domesticado los camellos; los lapones, el rinoceronte; los habitantes de Kamskatka, hacen trabajar los perros; pero estos indios faltos de cuadrúpedos, y poseídos de la indolencia, no habían dado este solo paso hacia la primera de las artes. <sup>(29)</sup>

Su religión consistía en las supersticiones que hacían a su *cemí*, que esculpían y pintaban de la figura más horrenda que imaginaban; <sup>(30)</sup> lo colocaban en todas partes y en sus casas tenían un retrato [h] obscuro para adorarle y pedirle auxilio en todas necesidades.<sup>4</sup> Fuera de sus pueblos tenían un adoratorio grande en donde tenían al *cemí* tutelar. Allí concurría el cacique y los sacerdotes, que se ocultaban a las espaldas del ídolo y hablaban por su boca cuanto el cacique les sugería. En las funciones que celebraban, llevaban de comer al ídolo y sus ministros se regalaban con las ofrendas. <sup>(31)</sup>

Tenían idea de dos seres invisibles, el uno naturalmente benéfico, sin que fuesen necesarias oraciones ni votos para recibir sus favores. Del otro tenían todas sus desgracias, trabajos y calamidades, y eran precisas las súplicas y oblaciones para mitigar sus iras: lo miraban como enemigo de los

(27) Oviedo, libro 6, fol. 61 y libro 16, fol. 128.

[g] Valladares y Acosta agregan el ñame.

(28) Oviedo, libro 5, fol. 50.

(29) Robertson, tomo 2, fol. 325.

(30) Juan Castellanos, fols. 119 y 128. Oviedo, libro 5, fol. 45. Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 226. Estas citas no aparecen en Valladares y Acosta.

[h] Valladares y Acosta dicen *retréte*.

(31) Robertson, tomo 2, fols. 323 y 359. Oviedo, libro 16, fol. 128. Herrera, Década 1ª, libro 3, fol. 67.

hombres y de quien les venían todos los males. <sup>(32)</sup> Sus ceremonias se reducían a diferentes humillaciones y a derramar ciertos polvos sobre la cabeza del ídolo, con otras prácticas supersticiosas, que por tradición habían recibido de sus mayores de quienes tenían estatuas, que conservaban en los adoratorios. <sup>(33)</sup>

Creían que los difuntos iban a resucitar a un país sumamente delicioso, en donde se gozaba de una primavera eterna, llenos de florestas pobladas de todo género de caza, regado de ríos abundantes de pescado y de todos los bienes de la vida, acompañados de sus mujeres y de sus antepasados. Cuando enfermaba algún cacique, o indio principal, llamaban al médico o *buhiti*, el cual después de muchas supersticiones ridículas, se purgaba y guardaba la misma dicta que el enfermo; <sup>(34)</sup> y si no cumplía exactamente con ésta y demás obligaciones, y moría el enfermo, los parientes y amigos solían sacarles los ojos, darles de palos y otros castigos; <sup>(35)</sup> tanto respeto tenían a los ministros de sus ídolos. [i] Cuando veían que los enfermos estaban próximos a morir, los ahogaban aunque fuesen caciques; después de muertos los abrían y secaban al fuego; luego los enterraban en cuevas u hoyos muy grandes, enterrando juntamente algunas de sus mujeres vivas, víveres para la jornada y sus armas. <sup>(36)</sup> Después cubrían el hoyo con palos y ramas y echaban la tierra encima sin que tocasc a los sepultados.

Cualesquiera que fuera el suceso, que sobrevenía de circunstancias alegres o melancólicas, se celebraba con el *areito* o baile a que acompañaba la música, canto y embriaguez: verdad es, que el areito entre estos indios no era precisamente diversión, era ocupación muy seria e importante; si se declaraba la guerra, el areito explicaba los sentimientos que los animaba a la venganza; si querían mitigar la cólera de su *cermí*, celebrar el nacimiento de algún hijo, llorar la muerte de algún cacique o amigo, hacían bailes propios de las circunstancias y sentimientos del objeto a que se dirigían. Si había algún enfermo se hacía un baile, como remedio eficaz para recuperar la salud, y si el paciente no podía resistir la fatiga del ejercicio, el médico o *buhiti* danzaba por él. <sup>(37)</sup>

<sup>(32)</sup> Oviedo, libro 3, fol. 3.

<sup>(33)</sup> Herrera, Década 1ª, libro 3, fol. 67.

<sup>(34)</sup> Herrera, Década 1ª, libro 3, fols. 68 y 69.

<sup>(35)</sup> Herrera, *Ibid.*

[i] Acosta omite la frase: *tanto respeto tenían a los ministros de sus ídolos.*

<sup>(36)</sup> Herrera, Década 1ª, libro 3, fol. 68. Cieza de León, cap. 28. Rochefort, *Historia de las Antillas*, fol. 28. Oviedo, libro 5, cap. 3, fol. 49

<sup>(37)</sup> Charlevoix, tomo 3, fol. 298.



Todos sus bailes eran imitación de algún asunto, y aunque la música que arreglaba los movimientos era muy simple, los bailes eran muy vivos y animados. El de la guerra era el más expresivo de todos; en él se representaban todas las acciones de una campaña completa: la partida de las tropas, su entrada en el país enemigo, las precauciones del acampamento, las emboscadas, el modo de sorprender al enemigo, la furia del combate, la celebridad de la victoria, la conducción de los cautivos; todo se representaba a los espectadores con tanto ardor y entusiasmo, que parecía combatían de veras, conformaban los gestos, fisonomía y voces a las circunstancias respectivas del asunto, acompañando siempre la música y canto. <sup>(38)</sup>

Los instrumentos músicos que usaban eran un tambor hecho del tronco de un árbol hueco, más o menos grande, al cual abrían un agujero por cada lado, y en el uno daban golpes, de que resultaba un sonido horrísono y harto desagradable. <sup>(39)</sup> Solían acompañar a éste con la amaraca [j] y otros calabazos de los cuales usan aún hoy mismo en aquella Isla.

Los cantares eran graves y materiales. Por la mayor parte contenían sus historias, en que referían los sucesos más serios e importantes de su país; la serie y genealogía de sus caciques, la época de sus muertes, sus hazañas, las victorias adquiridas, los buenos o malos temporales: todo se refería y contenía en estos cánticos <sup>(40)</sup>.

El areito o baile se componía de mucha gente; unas veces bailaban hombres solos; otras, mujeres solas; otras todos juntos, formados en dos filas, asidos de las manos, y una guía que llevaba el compás y la voz, a quien respondían todos repitiendo la historia que cantaba. <sup>(41)</sup> Mientras unos bailaban, otros daban de beber a los danzantes sin parar jamás hasta que iban cayendo embriagados; algunas veces entraban otros a ocupar el lugar que dejaban; otras se acababa el areito con una borrachera general. Sin este motivo se entregaban con exceso a la bebida de la *chicha*, que hacían las mujeres de maíz, frutas y otras cosas; también se emborrochaban con humo de tabaco, que tomaban por las narices con cañutillos. <sup>(42)</sup>

Eran muy aficionados al juego del *batey*, o pelota para el cual tenían

<sup>(38)</sup> Robertson, tomo 2, fol. 457 y siguientes.

<sup>(39)</sup> Oviedo, libro 5, fol. 46.

[j] Valladares y Acosta dicen *maraca*.

<sup>(40)</sup> Oviedo, libro 5, fols. 47 y 48.

<sup>(41)</sup> Herrera, *Década 1ª*, libro 3, fol. 69. Oviedo, libro 5, fol. 46.

<sup>(42)</sup> Oviedo, libro 5, fol. 47. Juan Castellanos, *Elegías*, fol. 119. Esta última obra no la citan Valladares y Acosta.

sitios destinados fuera de los pueblos. La pelota la hacían de un género de estopa que sacaban de las raíces de los árboles: la mezclaban con porción de resina, y todo junto lo hervían; de esta pasta formaban las pelotas del tamaño regular que se usan en España; pero tan duras, que no podían restarse con la mano; y así las retornaban con el hombro, cabeza, o muslo; saltaban más que las de viento y podían volverse de cualquiera bote; el partido se formaba de hombres solos, de mujeres solas, o de estas solas contra aquéllos, <sup>(43)</sup> o de unos y otros.

Cuando no los ocupaba alguno de los objetos referidos, solían pasar el tiempo tendidos en sus hamacas fumando y guardando un profundo silencio, como hombres contemplativos. Algunos tenían el gusto de contratar, y todos sus negocios se reducían a trocar sus dijes o bagatelas entre sí, sin detenerse en el exceso del valor, que había entre unas y otras, pues todo el precio se lo daba el autojo del que cambiaba; la mejor alhaja la daban por una agujeta; igualmente que en cambio de ésta pedían un vestido de seda; tal era el concepto que formaban de las cosas. <sup>(44)</sup> No tenían moneda, pesos, ni medidas.

El delito más feo, y el que castigaban sin remisión, era el hurto, que miraban con horror, y así el que tomaba alguna cosa ajena, aún cuando fuese de corta entidad, lo empalaban vivo, dejándolo así abandonado en el campo hasta que moría; ni se reputaba entre ellos por menes feo y escandaloso, interceder por el ladrón para que se le remitiese o conmutase la pena de muerte, aun cuando el mediador fuese padre o amigo del reo; era ley ejecutiva, y se verificaba la sentencia, convencido el reo del delito; por esto quizás ocurría pocas veces el hurto. <sup>(45)</sup> Los incas del Perú, y los príncipes de México, tenían impuesta pena capital a los ladrones; con igual rigor castigaban este y otros delitos en diferentes partes de la América, según se lee en sus historiadores.

Esto es en suma lo que con algún trabajo se ha podido averiguar del carácter, usos y costumbres de los indios naturales de Puerto Rico. Los historiadores de América dan muy pocas noticias de esta Isla; los españoles pusieron todo su cuidado en referir las acciones militares de sus conquistadores; los extranjeros en desacreditar e infamar su conducta. Algunos de nuestros escritores se empeñaron en hacer a estos indios de un mismo ca-

<sup>(43)</sup> Oviedo, libro 6, fols. 59 y 60.

<sup>(44)</sup> Oviedo, libro 5, fols. 50 y 51.

<sup>(45)</sup> *Ibid.*, libro 5, fol. 51.

rácter, <sup>(46)</sup> usos, y costumbres, que los de las otras islas, sin detenerse mucho en especular la diferencia de países, genios y usos, que había entre unos y otros. Los primeros españoles que pasaron a su conquista, carecían de las luces necesarias para observar el curioso espectáculo que se presentaba a sus ojos; por la mayor parte eran soldados aventureros, desnudos de todas las ideas conducentes para observaciones de esta naturaleza, rodeados continuamente de peligros, luchando contra las graves dificultades que les ocurrían, e impacientes por sujetar la Isla, les faltó el tiempo e instrucción para dejarnos noticias circunstanciadas del retrato de sus almas, y las que tenemos no pueden ajustarse ya al carácter de los pocos descendientes que han quedado de los indios de aquel tiempo; aunque sus usos actuales y experiencias de su trato, no dejan de comunicar mucha luz para la inteligencia y discernimiento de las historias en esta parte.

---

(<sup>46</sup>) *Ibid.*, libro 16, fol. 118. Raynal, tomo 4, fol. 331. Valladares y Acosta tienen en esta última nota: folio 391.

## CAPÍTULO V

### *SUBLEVACIÓN GENERAL DE LOS INDIOS DE PUERTO RICO, MUERTE DE SALCEDO Y DEL CAPITAN SOTOMAYOR; DESTRUCCIÓN DEL PUEBLO DE SU NOMBRE; Y OTROS SUCEOS ACAECIDOS EN LA ISLA EN 1511.*

Ya se dijo anteriormente, que el Rey nombró Gobernador de esta Isla en 1510 a Juan Ponce de León, que la había reconocido dos años antes, y que después de enviar presos a España a su antecesor Cerón y al Alguacil Mayor Miguel Díaz, había fundado la población de Caparra, y el Capitán Don Cristóbal de Sotomayor la de Guánica, que trasladó a la parte de la Aguada entre el río de este nombre y el de Culebrinas <sup>(1)</sup> por la insufrible plaga de los mosquitos, que no les dejaba vivir, y que después de formados estos dos establecimientos, había repartido entre los españoles los indios de la Isla, dándolos en encomienda, según se usaba en Santo Domingo, y demás conquistas de aquel Nuevo Mundo; cuya providencia alteró los ánimos de los indios hasta la desesperación de morir en defensa de su amada libertad, o acabar con todos los españoles.

Antes de referir el por menor de las operaciones de una y otra parte, es de advertir que el buen cacique Agüeynaba, que había recibido a los españoles con tan sincera amistad, la conservó hasta la muerte, que le dió en este mismo año al regreso del viaje que hizo con Juan Ponce de León a la isla de Santo Domingo. A esta desgracia acompañó la de la muerte de su madre y padrastro, quienes viendo la facilidad con que los españoles habían subyugado la multitud de indios que habitaban la isla Española, aconsejaban a su hijo el buen tratamiento y sumisión que debía tenerles; pero con la muerte de los padres e hijo, heredó un hermano de Agüeynaba, hombre maligno, sedicioso y desafecto a los españoles; y aunque tomó el

---

(1) Oviedo, libro 16, fol. 119.

nombre de Don Cristóbal Sotomayor, y este Capitán le daba cuanto tenía, no pudo vencer su ingratitud y perfidia. <sup>(2)</sup>

Entrado el año de 1511 el nuevo cacique Agüeynaba, que vivía en el pueblo y encomienda del Capitán Don Cristóbal de Sotomayor, juntó a los caciques de la Isla, hízoles presente la pérdida de su libertad y del señorío de sus tierras por el establecimiento de los españoles, quienes cada día se multiplicaban y señoreaban, erigiendo poblaciones, imponiendo tributos, haciéndoles trabajar en sus haciendas y minas, trastornando sus usos y modo de vivir; y que para libertarse de la opresión, quería que cada uno de ellos matase a los españoles que vivían en sus respectivos territorios, y que el cacique Guarinoex [a] con 30 hombres asaltase la población de Sotomayor, la pusiese fuego, y acabase con todos sus habitantes al mismo tiempo que los otros lo ejecutaban en los distritos de su cargo. <sup>(3)</sup>

Muchos de los caciques convocados a esta asamblea, resistieron el dictamen de Agüeynaba, fundados en la opinión común que había entre ellos, de que los españoles eran inmortales, <sup>(4)</sup> graduando de temeraria una resolución que no podía tener buen éxito, sin hacer antes la experiencia. En consecuencia, acordaron que el cacique Broyoán la hiciese en el primer español que transitase por sus tierras, le quitase la vida, y diese aviso de las resultas, para en su vista determinar lo que más conviniese al intento, y como los españoles andaban sin recelo por toda la Isla, se le presentó luego ocasión a Broyoán de cumplir su encargo.

Un mozo español llamado Salcedo transitaba por la Provincia de Yagüeca, en la parte en que hoy está el pueblo de Añasco. Broyoán, que vivía en aquel territorio, lo hospedó en su casa con mucha alegría y obsequio; y cuando Salcedo intentó pasar adelante, lo hizo acompañar de algunos indios, bien instruidos de lo que debían hacer con él; llegó al Río Guauravo;<sup>1</sup> los indios se le ofrecieron a pasarlo sobre sus hombros; el inocente Salcedo admitió, y cuando lo tuvieron en la mitad del río, lo sumergieron, teniéndolo debajo del agua, hasta que dejó de dar señal de vida; entonces lo sacaron a la orilla, y dudando todavía de si era mortal, le decían: *Señor Salcedo, per-*

<sup>(2)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 120.

[a] Valladares y Acosta escriben *Guarionex*.

<sup>(3)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 120. Herrera, *Década 1ª*, libro 7, fol. 195, y libro 8, fol. 225. Raynal, tomo 4, fol. 334.

<sup>(4)</sup> Herrera, *Década 1ª*, libro 8, fol. 225. Raynal, tomo 4, fol. 334. Oviedo, libro 16, fol. 124. Dubal, *Geografía Universal*, tomo 1, fol. 71.

donad, que caímos con vos, levantaos para seguir nuestro camino. Con esta y otras satisfacciones continuaron disculpándose tres días, en los cuales vino el cacique Broyoán, y otros muchos indios a ver si resucitaba, pues sólo la vista podía desengañarles de su creencia; pero percibiendo el feto del cuerpo ya corrompido, se persuadieron que los españoles eran mortales como los indios. <sup>(5)</sup>

Ejecutada la muerte de Salcedo, la noticiaron al cacique Agüeynaba, quien volvió a convocar a los caciques de la Isla. Estos, en vista del desengaño, asintieron a la extinción acordada de los españoles, mediante la sublevación general, que señalaron para un viernes. Mientras llegaba este día, no perdieron ocasión de hacerles sus tiros, asaltándolos cuando los encontraban solos. Entre otros el cacique Aymamón, que tenía su ranchería en el río Culebrinas, cerca de la población de Sotomayor, prendió a un muchacho de diez y seis años, que encontró solo, hijo de Pedro Juárez, natural de Medina del Campo; atólo al tronco de un árbol, en un caney o casa, hizo un convite, y dispuso un partido de pelota entre sus indios, ofreciendo a los que lo ganasen darles el muchacho para que le diesen la muerte a su gusto en premio del triunfo. Un indio, criado de Pedro Juárez, oída la sentencia del cacique contra el hijo de su amo, huyó disimuladamente, y dió cuenta de lo que ocurría en la población de Sotomayor. Diego de Salazar, vecino de ella, informado del caso, tomó su espada y rodela, y guiado del indio que le avisó, corrió a libertarlo; entró en el caney, o bugío en donde lo tenían atado; cortó las ligaduras al preso, y diciéndole: *haced como viéredes*, empuñó la espada, y afianzando su rodela, dió con tanto ardor y cólera sobre más de 300 indios gandules, o de guerra, que jugaban y veían jugar la vida de Juárez, e hizo en ellos gran carnicería, y aunque quisieron ponerse en defensa, los desbarató enteramente. <sup>(6)</sup>

Volvíase Salazar a la población con el muchacho rescatado, cuando le salieron al encuentro algunos indios, rogándole de parte de su cacique volviere a hacer amistad y alianza con él; pues su valor le había prendado, y quería ser su amigo; que no venía él mismo a rogárselo, porque estaba muy mal herido. Salazar determinó volver, por más que Juárez le disuadía y suplicaba de rodillas (poseído todavía del susto) que no volviese, creyendo fuese alguna traición; pero Salazar, resuelto a todo acontecimiento, le res-

<sup>(5)</sup> Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 225. Oviedo, libro 16, fol. 124. Raynal, tomo 4, fol. 334.

<sup>(6)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 121. Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 124.

pondió: *ya estáis en libertad, volveos si queréis, que yo he de ir a ver lo que quieren, no piensen que les tengo miedo*. Juárez, aunque de mala gana volvió acompañando a su defensor. Cuando llegaron al caney en donde estaba el cacique Aymamón mal herido, le preguntaron lo que quería; Aymamón le suplicó le diese su nombre, y le permitiese llamar[se] Salazar, pues quería ser su amigo y servidor. Salazar le concedió lo que pedía; luego los indios, con grandes voces y alboroto empezaron a llamar a su cacique *Salazar, Salazar*, como si con el nombre hubiera recibido sus fuerzas y valor. En agradecimiento y recompensa del favor, regalaron a Salazar cuatro clavos para que le sirviesen y otras alhajas de las que ellos tenían, quedando en tanta reputación y respeto el nombre de Salazar entre los indios, que no se atrevían a hacer frente a la partida en que iba; por esto lo llevaban siempre a los combates, aunque estuviese enfermo, y si algún español los amenazaba en los combates respondían con orgullo, *no tememos porque no eres Salazar*: (7) tal era la simplicidad de estos indios; un solo accidente les hizo fijar la idea y agradecer las cuchilladas.

No fueron solos estos sucesos los que anunciaron la inquietud y sublevación premeditada; precedieron otras noticias nada equívocas de su perfidia, y aunque se comunicaron a Don Cristóbal de Sotomayor, que gobernaba el pueblo de su nombre, una confianza imprudente le hizo malograr los avisos. Una hermana del cacique Agüeynaba, que tenía por amiga, le confió la conjuración acordada rogándole que se fuese, pues los indios querían matarle a él y a todos los españoles, pero despreció la noticia. Otro mozo español, llamado Juan González, que sabía bien la lengua de los indios, una noche que éstos celebraban el areito, o baile de la declaración de la guerra, se desnudó y pintó con colores, como lo usaban los indios; entró en el baile desconocido, y oyó los cantares en que hacían relación de la sublevación y muerte de Don Cristóbal y demás españoles; cuando González pudo separarse del baile, corrió a dar aviso a Don Cristóbal; pero éste lo despreció tan neciamente como el anterior de la india. (8) Juan González no cesó de instar a Sotomayor, que huyese a Caparra, ofreciéndose a acompañarle; pero no quiso hacerlo hasta que el día siguiente, estimulado de las sugerencias de la india, resolvió el viaje, pero ya era tarde; avisó al cacique

(7) Oviedo, libro 16, fol. 120. Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 224. Juan Castellanos, *Elegías*, canto 5º, fol. 128. Valladares no cita a Castellanos.

(8) Oviedo, libro 16, fol. 121. Herrera, Década 1ª, libro 7, fols. 197 y 198. Juan Castellanos, *Elegías*, fol. 119. Valladares y Acosta no citan a Castellanos.

Agüeynaba su determinación, pidiéndole indios para que le acompañasen; el cacique se los dió luego bien instruídos de lo que debían hacer; marchó Don Cristóbal con Juan González, y otros cuatro españoles; a poco rato le siguió el cacique con su gente, y encontrando solo a González que iba detrás, le quitaron la espada, y con ella misma le dieron cuatro heridas; González les habló en su lengua pidiendo la vida, y ofreciéndose por su esclavo. El cacique descoso de llegar cuanto antes a quitar la vida a su señor, lo mandó dejar, y siguiendo la marcha, alcanzó a Don Cristóbal y a sus compañeros, a quienes mataron a flechazos y golpes de las macanas; luego volvieron a buscar a Juan González; éste tuvo la advertencia de internarse en el bosque, y subirse a un árbol, con lo cual evitó la muerte<sup>(9)</sup> que le iban a dar.

Llegada la noche, Juan González, aunque desangrado y mal herido, se esforzó a seguir su camino, y al abrigo de los bosques, llegó sin ser sentido ni visto de los indios a Toa Baja, en donde el Rey tenía una estancia habitada de españoles, que lo recogieron y curaron, pues cayó en tierra desfallecido de la hambre y de las heridas. Cuando volvió en sí, notició lo que pasaba con Sotomayor; los españoles dieron parte a Caparra, y el Gobernador Juan Ponce de León envió luego al Capitán Miguel del Toro con cuarenta hombres, para que socorriesen a Don Cristóbal de Sotomayor, pero lo encontraron ya enterrado con los pies fuera de la sepultura, igualmente que sus compañeros. Recogió a los españoles que habían podido escapar de la sublevación, y se retiró a Caparra.<sup>(10)</sup>

La noche que se siguió al día de la muerte de Sotomayor y sus compañeros, todos los caciques de la Isla dieron sobre los españoles, que vivían en sus territorios, y el cacique Guaynoex con 30 indios marchó, oculto al abrigo de los bosques, sin ser sentido; puso fuego por todas partes a la población de Sotomayor y asaltó a sus habitantes, esgrimiendo sobre ellos sus macanas con furia desesperada. Diego de Salazar, que vivía en ella, alarmó a los españoles, y juntando los que pudieron vencer las llamas, hizo frente a la multitud, acometiéndolos con denuedo, y animando a los suyos con poderosas razones y esfuerzos valerosos, pelearon todos con la desesperación que pedía tan extremado conflicto; pero les fué preciso retirarse con buen orden, después de haber hecho gran mortandad en los indios, que quedaron

(9) Oviedo, libro 16, fol. 122. Herrera, Década 1ª, libro 7, fols. 196 y 225.

(10) Oviedo, libro 16, fol. 122. Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 225.



nuevamente admirados del valor y fuerza de Salazar, <sup>(11)</sup> quien con muchos trabajos y muy molestando en su marcha, llegó a Caparra, dejando la población de Sotomayor reducida a cenizas, con parte de sus habitantes, que perecieron en las llamas.

En la noche de la sublevación general murieron en la Isla casi cien hombres, siendo pocos más los que quedaron con vida; pues sólo se libraron los que vivían en Caparra y sus inmediaciones, con los que sacó a salvo el valor de Salazar. Los demás, como andaban derramados en la Isla, ocupados en sus granjerías entre los indios, los mataron sin resistencia. Tantas muertes y desgracias se siguieron de la necia incredulidad de Don Cristóbal de Sotomayor; pudiera haberlas evitado tomando las oportunas providencias, que debía, con el primer aviso.<sup>2</sup>

---

(11) Oviedo, libro 16, fols. 120 y 122. Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 225.

## CAPÍTULO VI

### *EL GOBERNADOR JUAN PONCE PIDE SOCORROS A LA ISLA DE SANTO DOMINGO; NOMBRA CAPITANES DE LA GENTE QUE HABIA EN CAPARRA, Y SALE A PELEAR CON LOS INDIOS.*

Reducidos los españoles a tan infeliz catástrofe por los inopinados y funestos sucesos que ocasionó el pérfido Agüeynaba y los suyos, pensó el Gobernador Juan Ponce de León los medios oportunos de ponerse en defensa y resistir a la multitud de indios que le rodeaba. Dió aviso a la isla de Santo Domingo de la sublevación, pidiendo socorro para atajarla; nombró por capitanes para esta guerra a Diego de Salazar, a Luis de Añasco y a Miguel del Toro, dando a cada uno una compañía de 30 hombres, entre cojos y heridos; dió el cargo de Teniente suyo a Juan Gil; envió espías por todas partes, para que le noticiasen los movimientos de los enemigos, y atacarlos en caso necesario, pues aunque los españoles apenas pasaban de 100, y estaban los más muy estropeados y heridos de la refriega pasada, eran hombres de valor y la experiencia adquirida en la conquista de la isla de Santo Domingo, les daba una superioridad sobre los indios, que junto con la necesidad y apuro en que se hallaban de pelear para salvar sus vidas, les hizo mirar con desprecio los peligros en que se hallaban. <sup>(1)</sup>

Juan Ponce de León, capitán tan valeroso como prudente, luego que supo por sus espías que Agüeynaba estaba acampado junto al río Coayuco<sup>1</sup> con un cuerpo de cinco a seis mil indios, salió de Caparra con sus compañías, marchó con todas las precauciones que exigían las críticas circunstancias de la situación en que se hallaba; llegó de noche al Río Coayuco, y aprovechando los instantes para sorprender al enemigo, pasó el río, y dió sobre ellos antes de amanecer con tanta resolución, que los indios, confusos de verse destrozados de unos hombres que consideraban acobardados y fugitivos,

---

(1) Oviedo, libro 16, fol. 122. Herrera, libro 8, fol. 225. Raynal, tomo 4. fol. 335.

no acertaron a defenderse. Juan Ponce de León, que conoció el desorden, animó a los suyos, quienes a ejemplo de su capitán pelearon con tanto brío, que en poco rato dejaron muertos cerca de 200 de los enemigos; hicieron muchos prisioneros, y ahuyentaron los demás bien castigados. <sup>(2)</sup>

Después de esta derrota, supo Juan Ponce por algunos prisioneros, que había vuelto a suscitarse entre los indios la opinión de la inmortalidad de los españoles; unos creían que habían resucitado y peleado en la batalla los que mataron la noche de la sublevación; otros decían que tanto podían los pocos como los muchos, <sup>(3)</sup> y que no era posible vencerlos sin el auxilio de los caribes, a quienes los españoles no podrían resistir; y acordaron llamarlos a su socorro, lo que ejecutaron, no obstante que eran sus crueles enemigos.

El Gobernador, concluida felizmente la expedición sobre el Río Caoyuco, se retiró a la población de Caparra con los prisioneros; <sup>[a]</sup> reforzó sus compañías y se dispuso lo mejor que pudo para ocurrir a donde la necesidad lo pidiese; despachó espías por toda la Isla para observar a Agüeynaba y saber sus designios, y nada omitió de cuanto le correspondía hacer en su empleo.

Mientras esperaba las resultas, la gente se reparaba de las fatigas y curaban los heridos, que eran muchos; pues de los que componían la compañía de Salazar, apenas había hombre que no estuviese lisiado, y así le llamaban el capitán de los cojos; el Gobernador le dió la gente inválida, por que su esfuerzo y su nombre sólo causaba más terror a los indios, que el resto de los españoles. <sup>(4)</sup> Con este famoso Capitán y algunos valerosos españoles, (que se distinguieron notablemente, y de quienes se hará memoria en la serie de los sucesos que ocurrieron en la pacificación y conquista de esta Isla) pudo Juan Ponce de León sujetarla.

Ni es de omitir, que entre los auxilios que enviaron de la isla de Santo Domingo para socorrer a los de Puerto Rico en su conflicto, fué un perro llamado el *Becerrillo*, cuyo instinto natural distinguía perfectamente los indios aliados de los enemigos; acometía con furor y rabia a estos, defendiendo con igual valentía a aquellos; cualquier prisionero que huía de la prisión, lo

<sup>(2)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 122. Herrera, libro 8, fol. 125.

<sup>(3)</sup> Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 226. Oviedo, libro 16, fol. 124. Raynal, tomo 4, fol. 334.

<sup>[a]</sup> Valladares y Acosta dicen: recibió algún socorro de gente y armas de la Isla de Santo Domingo; y reforzó...

<sup>(4)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 125. Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 225.

## HISTORIA DE PUERTO RICO

iba a buscar y lo sacaba del medio de los enemigos; los apresaba de un brazo, y al que no quería seguirle, lo despedazaba; toda la noche rondaba alrededor del campamento, descubría las emboscadas; y eran más temidos diez españoles acompañados del perro *Becerrillo*, que ciento sin él; su auxilio fué tan importante en esta guerra, hasta que lo mataron los caribes, que el Gobernador le señaló paga y media de la que gozaba un soldado ballestero, bien fuese en oro, esclavos, o cualquiera otra cosa, que se le daba sin falta y cobraba su dueño. <sup>(5)</sup>.

En confirmación del singular instinto de este animal, refieren los historiadores, <sup>(6)</sup> que un capitán dió una carta a una india para que la llevase a los españoles, que estaban en un destacamento; la india tomó su camino, y a poca distancia le echaron el perro, quien la acometió con su ferocidad acostumbrada; la india que lo vió venir sobre sí con tanta furia se sentó en el suelo, mostróle la carta, diciendo: *Perro señor: Yo voy a llevar esta carta de los Cristianos a los otros: no me hagas mal, perro señor*, el *Becerrillo* olió la carta, y conociendo que era de sus amos, dejó a la india sin ofenderla. Un hijo de este perro auxilió igualmente al Capitán Ojeda en Tierra Firme. En la Española y en otras partes de América fueron muy importantes estos socorros.

---

<sup>(5)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 125. Barcia, tomo 2, fol. 34. Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 196.

<sup>(6)</sup> Barcia, tomo 2, fol. 34.



## CAPÍTULO VII

*VIENEN LOS CARIBES A SOCORRER LOS INDIOS DE PUERTO RICO;  
SALE SEGUNDA VEZ A CAMPAÑA EL GOBERNADOR SALAZAR CON  
SU COMPAÑIA VENCE AL CACIQUE MABODAMOCA; [a] MUERTE DE  
AGUEYNABA Y RETIRADA DE LOS INDIOS Y ESPAÑOLES.*

Supo el Gobernador por sus espías, que los indios, desconfiados de sus fuerzas, para vencerle, habían buscado el auxilio de los caribes, y que éstos iban llegando y juntándose con los gandules de la Isla, en la parte de Aymaco, en donde había ya un cuerpo de más de once mil indios; y con este aviso destacó a los capitanes Luis de Añasco y Miguel del Toro con 50 hombres, para que observasen más de cerca al enemigo, mientras él seguía con los que le quedaban; poco después tuvo noticia que el cacique Mabodamaca se había separado con 600 hombres escogidos; y enviaba a desafiar a los españoles, deseoso de pelear y deshacerlos antes que llegasen a Aymaco, previniéndoles que les tendría limpios los caminos; el Gobernador envió contra él a Diego de Salazar con su compañía; y aunque con mucho trabajo, llegó cerca del campamento de Mabodamaca, en donde hizo alto, esperando la noche, para ocultar con sus sombras el corto número de sus soldados, que no pasaban de 30 entre cojos y enfermos. <sup>(1)</sup>

Salazar, mientras descansaba su compañía, observó la posición de Mabodamaca, y después de medianoche lo atacó repentinamente con su esfuerzo acostumbrado. Entró por medio de los enemigos, cuando menos lo esperaban; éstos, no obstante la sorpresa, se pusieron en defensa, y

---

[a] Valladares y Acosta lo nombran Mabodamaca.

(1) Oviedo, libro 6, fol. 125. Valladares y Acosta corrigen a Abbad señalando en esta última cita a Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 196.

pelearon con rabia desesperada, persuadidos ya de que los españoles eran mortales; pero como Dios peleaba por éstos, salieron todos con vida, aunque muchos recibieron heridas sobre heridas. De los indios quedaron en el campo más de 150 muertos, muchos heridos y prisioneros; los demás huyeron derrotados con su cacique Mabodamaca. <sup>(2)</sup>

Cuando los indios empezaron a abandonar el campo del desafío, Juan de León se empeñó en prender un cacique, que llevaba una plancha de oro al pecho, como distintivo de su carácter. El cacique, que era de grandes fuerzas, viéndose acosado de este español solo y apartado del campo, le hizo frente; agarróse con él brazo a brazo, y lucharon más de un cuarto de hora. Un indio de los que se retiraban de la batalla, viendo la refriega de los dos en el hondo de un barranco, acudió a socorrer a su cacique, y entre los dos tenían ya muy apurado a Juan de León. En este tiempo otro español, que había salido del real siguiendo a otro indio, fué por el sitio en que estaban luchando; dejó huir al indio que perseguía, y bajó a ayudar a Juan León, y entre los dos mataron a los dos indios y se retiraron a su campamento.

Al poco rato llegó el Gobernador Juan Ponce de León con el resto de la gente de Caparra y halló a Salazar, que estaba descansando con la suya victoriosa, después de haber derrotado a los indios en tres horas y media de combate. El Gobernador dió gracias a Dios por el triunfo, e informado que el cuerpo de los enemigos que había en la Provincia de Yagüeca, hoy Añasco, ascendía a más de 110 hombres; que se esperaban mayores socorros de las islas caribes, y que estaban todos resueltos a morir o acabar con los cristianos, sabiendo que eran pocos y mortales, determinó ir a buscarlos, antes que se aumentasen más los enemigos, aunque creyó le convenía hacer la guerra con más maña que fuerza, y que en las circunstancias debía preferir el ardid prudente a un esfuerzo desesperado. <sup>(3)</sup>

Adoptado este sistema, marchó, acompañado de Salazar, a incorporarse con los capitanes Añasco y Toro, que entre todos no ascendían a cien

(2) Oviedo, libro 6, fol. 125. Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 106. Valladares y Acosta corrigen a Abbad y dicen: Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 226; Oviedo, libro 16, fol. 125.

(3) Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 226. Oviedo, libro 16, fol. 125. Castellanos, fol. 125. Valladares y Acosta omiten a Castellanos.

hombres de armas. [b] Llegaron a vista de los enemigos poco antes de ponerse el sol; el Gobernador acampó con los suyos en sitio ventajoso muy cerca de los indios; se atrincheró con fagina lo más breve que pudo, entreteniéndolos mientras lo ejecutaba con algunas ligeras escaramuzas; y aunque le acometieron diferentes veces, para desalojarlo del sitio, se mantuvo a pie firme, recibiendo con algunas descargas cerradas, dadas a tan buen tiempo, que los hacía detener con muerte de algunos enemigos. (4)

Con este arbitrio concluyó de fortificar su alojamiento; formó su escuadrón e hizo avanzar a sus más diestros tiradores; éstos salían de la trinchera, hacían sus tiros con acierto, y se recogían a las banderas; los indios por su parte salían en pelotones; algunos de los más valientes y sueltos daban sus descargas y provocaban a la batalla; pero el Gobernador guardó su posición toda la noche y continuó molestándolos con el mismo orden el día siguiente, sin que los unos ni los otros se atrevieran a romper la batalla.

Entre las salidas que hicieron los arcabuceros, Juan de León derribó de un balazo a un indio, que desde luego se conoció ser persona principal pues todo su ejército manifestó mucho desmayo, y se retiraron fuera del tiro de mosquete. Los españoles continuaron sus salidas todo el día con el mismo buen orden y efecto; pero cuando cerró bien la noche, el Gobernador, que se hallaba falto de víveres, sin esperanza de socorro ni retirada en caso de algún suceso desgraciado, y con su gente cansada y herida, resolvió volverse a Caparra, y aunque algunos se le opusieron, atribuyéndolo a cobardía, él respondió que era tentar a Dios querer con tan pocos vencer tanta multitud, y que era mejor dilatar la guerra, que aventurarla todo en un día. (5)

Con esta resolución salió de su trinchera, protegido de la obscuridad de la noche y de los bosques, dirigiendo su marcha a la población de Caparra, sin que los enemigos le incomodasen en el camino, o porque no sintieron su retirada o porque no se atrevieron; que es lo más regular, porque después se supo que el que Juan León había muerto con su arcabuz

[b] Acosta y Valladares aseguran que ascendían a cien hombres.

(4) Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 226. Oviedo, libro 16, fol. 125.

(5) Oviedo, libro 16, fol. 125. Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 226.



*F R A Y I N I G O A B B A D Y L A S I E R R A*

era el cacique Agüeynaba, jefe y autor de la sublevación y causa de la destrucción de la Isla. Lo cierto es que los indios naturales de Puerto Rico jamás volvieron a formar ejército, ni cuerpo considerable, después de la muerte de Agüeynaba, que fué en este año de 1511, aunque fué molestada por los caribes de las Islas de Barlovento <sup>(6)</sup> muchos años continuos.<sup>1</sup>

---

<sup>(6)</sup> Ibid.

## CAPÍTULO VIII

### *NOTICIA DE LOS CAPITANES Y SOLDADOS QUE MAS SE SEÑALARON EN LAS BATALLAS Y REENCUENTROS QUE OCURRIERON EN LA PACIFICACIÓN DE ESTA ISLA.*

No es justo dejar sepultada en el olvido la memoria de aquellos españoles que con ánimo generoso derramaron su sangre en servicio de la Patria; ni privar a algunas de sus familias, que todavía existen, de la dulce memoria del mérito de sus progenitores; y ya que la suerte o el tiempo les hayan despojado del debido premio, no permitirá la relación justificada de la historia, ocultar el buen nombre de los que supieron adquirirlo a expensas de su sangre y de su vida, ni que se honren y lisonjecn otros con la gloria que no supieron merecer.

El que ocupa el primer lugar en el catálogo de los conquistadores de esta Isla es el Gobernador Juan Ponce de León, natural de la Villa de San Servás en la Provincia de Campos. Pasó a la isla de Santo Domingo en el segundo viaje del Almirante Colón; sirvió bajo sus órdenes y de las del Comendador Ovando, quien atendiendo al distinguido mérito y valor con que se portó en aquella isla, especialmente en la pacificación de la Provincia de Higüey, le dió el cargo de su Teniente de Gobernador en ella; de donde pasó al reconocimiento de Puerto Rico, en cuyo gobierno tuvo muchas ocasiones de manifestar su gran prudencia y espíritu valiente. Acompañaba a sus mandatos el ejemplo de sus obras, hallándose el primero en los mayores apuros y trabajos. Era muy animoso y diligente en las cosas de la guerra, <sup>(1)</sup> y a su conducta y esfuerzo se debe el reconocimiento y conquista de la Isla.

Padeció algunas desgracias y desaires de la fortuna, que lo desanimaron a seguir las conquistas a que le inclinaba su corazón marcial. La san-

---

<sup>(1)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 122.

dez de buscar la fuente que remozaba, le hizo salir a descubrir La Florida y otras islas. Una credulidad necia le adquirió la gloria de descubrirlas y darlas nombre. Tuvo diferentes reencuentros con los indios y se retiró para volver con mayores fuerzas; pero no habiéndole sido más favorable la fortuna después de perder a muchos de los suyos, se vió precisado a reembarcarse mal herido y se retiró a La Habana, en donde murió. <sup>(2)</sup>

El Rey premió el valor de este buen vasallo en su hijo don Luis Ponce de León, transfiriendo en éste la gracia del Adelantamiento de La Florida e islas de Bimini en el Canal de Bahama, que había concedido a su padre, cuya casa existió en Puerto Rico en una eminencia sobre la Caleta y Puerta de San Juan, hasta el año de 1779, en que el Gobernador don José Dufresne, Brigadier de los Ejércitos, hizo derribar la mayor parte de ella. En el escudo de armas, que estaba muy consumido del tiempo, sólo se distinguía un león rampante al pie de un árbol, con una inscripción que por tan gastada no se pudo leer, ni sacar los demás blasones, que ocupaban el campo del escudo.

De los capitanes que sirvieron en esta Isla a las órdenes de Juan Ponce de León, fué uno Miguel del Toro, quien, aunque de nacimiento humilde, había merecido por su valor y buenos servicios, que el Rey Católico lo armase caballero. Sirvió en Tierra Firme en compañía del Capitán Alonso de Ojeda; después pasó con Juan Ponce a la población de Puerto Rico, en donde manifestó sus grandes fuerzas y resolución, que eran las circunstancias más sobresalientes en este capitán. <sup>(3)</sup>

Establecióse en esta Isla; y la casa de sus descendientes existe en la Villa de San Germán, y aunque sólo goza de bienes moderados, conservan la distinción y limpieza de sangre que heredaron.<sup>1</sup> Otras ramas de este tronco hay trasplantadas en los pueblos de la Isla.

Cuando pasó Juan Ponce a descubrir a Puerto Rico, llevaba en su compañía al Capitán Luis de Añasco, de quien se agradó un cuñado del cacique Agüeynaba, y pidió por favor a Juan Ponce de León le diese el nombre de este Capitán, del que usó en lo sucesivo, <sup>(4)</sup> Oviedo equivocadamente le llama Luis Almansa; <sup>(5)</sup> pero el cronista Herrera en diferentes partes

<sup>(2)</sup> Herrera Década, 3ª libro 1, fol. 25.

<sup>(3)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 122. Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 226.

<sup>(4)</sup> Herrera, Década 1ª, libro 7, fol. 181. Oviedo, libro 16, fol. 119.

<sup>(5)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 122 y Castellanos, fol. 118. Valladares y Acosta omiten a Castellanos.

## HISTORIA DE PUERTO RICO

le da el nombre de Añasco, <sup>(6)</sup> y con este mismo se encuentra en algunos manuscritos de los muy pocos que en copias de curiosos se conservan en aquella Isla. La familia de este apellido está bastante propagada, y el pueblo del mismo nombre, fundado en la provincia que los indios llamaron Yagüeca, lo perpetuará en aquella Isla, por más que la pobreza y el color quieran eclipsar la memoria de su progenitor, que tanto trabajó para ilustrarlo en reducción de los indios de Puerto Rico.

Diego de Salazar, que pasó de soldado particular con Juan Ponce, supo merecer por sus hazañas el grado de capitán, desempeñando tan bien su empleo, que la confianza de toda su compañía estaba vinculada en el valor de su persona, y lo acreditó tantas veces y en lances tan desesperados, que llegó su nombre a ser el terror de los indios; y si cuando asaltaron la población de Sotomayor hubieran sabido que Salazar se hallaba en ella, no se hubieran atrevido a acometerla; <sup>(7)</sup> fué sin duda el que más trabajó en esta conquista. Hay en esta Isla familias antiguas de su apellido, pero no pude justificar si tienen tan buen origen.

Don Juan Gil, caballero distinguido español, a quien el Gobernador había nombrado por su Teniente y Justicia Mayor después de la desgraciada muerte de Don Cristóbal Sotomayor, fué uno de los mejores capitanes que hubo en esta Isla, y que trabajó mucho en su reducción; pero sus mayores esfuerzos y valerosa conducta se manifestaron más en la guerra, que hizo a sus expensas por muchos años contra los caribes, atacándolos en sus propias islas y reduciéndolos a mucha necesidad en los diferentes desembarcos y reencuentros que tuvo con ellos. <sup>(8)</sup>

Don Juan Gil traía por capitanes en estas expediciones a Juan de León, gran soldado de mar y tierra, y que sirvió muy bien en la pacificación de la Isla de soldado particular y después de capitán contra los caribes. <sup>(9)</sup> La descendencia de Juan de León existe en Puerto Rico, aunque reducida a bastante pobreza.

El segundo capitán de Don Juan Gil fué un español llamado Juan López Adalid, buen soldado y práctico en el país. Sirvió muchos años en Tierra Firme a las órdenes de Alonso de Ojeda; se halló en la sublevación

<sup>(6)</sup> Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 225.

<sup>(7)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 121. Juan Castellanos, fol. 128. Valladares y Acosta omiten a Castellanos.

<sup>(8)</sup> Oviedo, libro 10, fol. 1222. Valladares y Acosta corrigen a Abbad y citan a Oviedo, libro 16, fol. 122.

<sup>(9)</sup> Castellanos, fol. 123. Esta cita no aparece en Valladares y Acosta.

de Puerto Rico, peleó con grande resolución y brío en todas las ocasiones; pero donde se distinguió más fué en la guerra contra los caribes, en la que hizo muy señalados servicios. <sup>(10)</sup>

Además de estos capitanes hubo otros esforzados españoles, que contribuyeron con su valor al feliz éxito de la pacificación de la Isla, y a refrenar la furia de los caribes. Los principales fueron Sebastián Alonso de Niebla, hombre muy temido de los caribes, en quienes hizo terribles destrozos; pero la demasiada confianza en sus fuerzas le hizo acometer a un cuerpo de ellos, que habían asaltado la hacienda de Martín Guiluz, y lo cautivaron con sus indios y esclavos; Sebastián Alonso Niebla, que vivía en su hacienda de la montaña de Loquillo, corrió a su defensa, encontrólos luego, desbaratólos, quitóles la presa y mató muchos; pero él quedó mal herido de una flecha envenenada de la que murió, dejando cuanto tenía a los pobres. Este y su compañero Juan de León fueron muy poco atendidos en el repartimiento de tierras e indios.

Otro soldado llamado también Juan López Adalid, un Bartolomé Ocón, Juan Mejía Guiluz, que murió flechado de los caribes, después de haber muerto a muchos defendiendo a la cacica Doña Luisa; Juan Casado, Francisco de Barrionuevo que después fué Gobernador de Castilla del Oro, Pedro López y el Martín de Guiluz, <sup>(11)</sup> fueron los soldados que más se distinguieron en la reducción [a] y después en su defensa en los repetidos asaltos que por muchos años hicieron los caribes contra ella, sin que después hayan faltado otros hombres de valor, que han expuesto generosamente sus vidas en las ocasiones que ha sido atacada por los ingleses, franceses, y holandeses, como se dirá en su lugar.<sup>2</sup>

<sup>(10)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 122.

<sup>(11)</sup> Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 226. Castellanos, folios 130 y siguientes. Valladares y Acosta omiten a Castellanos.

[a] Valladares y Acosta agregan: de la Isla.

## CAPÍTULO IX

### *FÚNDASE LA VILLA DE SAN GERMAN; ERIGESE OBISPADO EN LA ISLA DE PUERTO RICO; VUELVE A SU GOBIERNO CERÓN; Y OTRAS PROVIDENCIAS DEL REY PARA ESTA ISLA.*

Serenada ya la revolución de los indios, pensó el Gobernador Juan Ponce de León reedificar la Villa de Sotomayor en sitio más oportuno para el beneficio de las minas y seguridad de los indios. Envió al Capitán Miguel del Toro con algunos españoles, que se establecieron al suroeste de la Isla en la ribera del Río Guanajivos, a dos leguas de distancia de donde estuvo situada la población de Guánica. Con esta providencia volvieron los españoles e indios a trabajar útilmente en las minas, que rindieron sumas de oro considerables; y para que los que trabajaban en ellas sintiesen menos penuria de víveres y evitar las disputas sobre la pertenencia de la isla de Mona, la agregó el Rey al Gobierno de Puerto Rico. <sup>(1)</sup>

Mandó asimismo Su Majestad, se llevasen esclavos a la América, para que en el trabajo de las minas se aliviase a los indios, y que no se sacasen los de esta Isla para la de Santo Domingo ni otras partes.<sup>1</sup> Que los navíos que pasasen a las Indias, pudiesen hacer escala en Puerto Rico; <sup>(2)</sup> y para que sus habitantes no careciesen del pasto espiritual, solicitaron los Reyes Católicos del Señor [a] Julio Segundo, erigiese obispado en esta Isla, nombrando por primer prelado a Don Alonso Manso, Canónigo de Salamanca, muy estimado de los Reyes por su virtud y literatura. Su Santidad expidió las bulas de erección, señalando para silla episcopal el pueblo más principal que hubiese en la Isla, y por diócesis, toda su extensión; y en su virtud el Rey hizo donación de todos los diezmos (porque Su Santidad se los tenía

<sup>(1)</sup> Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 219.

<sup>(2)</sup> *Ibid.*

[a] Valladares y Acosta dicen: Papa en lugar de Señor.

concedidos) al Obispo y Clerecía, y arregladas las demás cosas concernientes al asunto, el señor Manso se dispuso para pasar a su diócesis.

En este mismo año de 1511, mientras el Gobernador Juan Ponce de León trabajaba con tanto tesón en la reducción de la Isla, Juan Cerón y Miguel Díaz producían contra él sus quejas en España, justificando su conducta y fiscalizando la de Juan Ponce. <sup>(3)</sup> En vista de todo, y para acceder en parte a la solicitud del Almirante Colón, que creía derecho suyo la provisión de este Gobierno, como descubrimiento que era de su padre, reintegró S. M. en sus empleos a Juan Cerón y a Miguel Díaz, aprobó su conducta y les hizo otras mercedes, mandándoles que por ningún pretexto manifestasen rencor a Juan Ponce de León, ni le quitasen sus indios o bienes, antes bien guardasen con él la mejor armonía; y el Rey le escribió la resolución que tomaba, no por demérito suyo, sino por ser así de justicia. <sup>(4)</sup>

Encargó S. M. al nuevo Gobernador el cuidado de edificar iglesias, mientras llegaba el Obispo Manso, asignando para estas obras los diezmos que se habían percibido; dotó los hospitales que ya había fundado, con cien indios de encomienda a cada uno; remitió ornamentos para las iglesias, y que de los religiosos de San Francisco que pasaban en aquella ocasión a Santo Domingo, se fundase un convento en Puerto Rico, para que cuidasen de la conversión de los indios y enseñanza de los niños, encargando mucho el buen tratamiento que todos debían tener con sus encomendados; asignándoles la comida, vestido y camas que se les debían dar; bajo cuyo concepto se dejaría a cada vecino los indios de que gozaba. <sup>(5)</sup> Que a los caribes los pudiesen hacer esclavos, y armar barcos para su comercio; encargó la elección de alcaldes y regidores, con otras muchas providencias para el mejor gobierno de la Isla.

Y para que nada le faltase al lustre y esplendor con que el celoso monarca quería honrarla, la dió escudo de armas, que son, un cordero plateado en campo verde echado sobre un libro de color rojo, atravesada una banda con una cruz, en cuyo extremo está la banderita que ponen a San Juan Bautista por divisa, todo orlado de castillos, leones y banderas con una F. y una Y, [b] coronadas por divisa con el yugo y flechas del Rey Católico. <sup>(6)</sup><sup>2</sup>

<sup>(3)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 125.

<sup>(4)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 125. Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 223.

<sup>(5)</sup> Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 224.

[b] Valladares y Acosta emplean la I latina.

<sup>(6)</sup> Herrera, Década 1ª, libro 8, fol. 224. Acosta omite esta cita.

Con estas disposiciones y encargos, salieron de España Don Juan Cerón y su Teniente Díaz, con el Licenciado Velázquez, provisto Fiscal de Santo Domingo, encargado de la residencia de Juan Ponce de León y de repartimiento de los indios. Llegados a Puerto Rico, tomaron posesión de sus respectivos empleos, sin contradicción ni obstáculo alguno, y Juan Ponce se retiró a su casa con mucho caudal, que había adquirido del beneficio de las minas y botín de la guerra.<sup>3</sup>

En este año de 1512 llegó también a su Obispado el Señor Manso,\* instituyó las dignidades, canonjías y demás oficios de su Catedral; ordenando cuanto convenía al buen gobierno y esplendor de la primera silla que tuvo obispo en América; pero como en todos los nuevos establecimientos ocurren muchos obstáculos y dificultades, que sólo pueden vencerse con el tiempo y condescendencia prudente, y este celoso prelado quiso desde luego dar toda la formalidad y consistencia a su Catedral, señaló las cosas de que se debían pagar diezmos; los vecinos resistieron sus mandatos y los declaró desobedientes y contumaces a algunos de ellos, quienes lejos de atorrarse ni obedecer a las censuras, insultaron temerariamente a su pastor, cometiendo tantos desacatos, que se vió precisado a abandonar su grey y volverse a España, (7) resuelto a retirarse a su canonjía de Salamanca que tenía; pero estimulado de su conciencia y de los ruegos, volvió a su Obispado con el nuevo cargo de Inquisidor de las Indias, (8) sin tratar más de los diezmos.

---

(7) Herrera, *Década 1ª*, libro 9, fol. 245. Valladares y Acosta agregan la siguiente cita: Castellanos, *Elegías*, fol. 141.

(8) Herrera, *Década 1ª*, libro 9, fol. 249. Valladares y Acosta citan el folio 245.





## CAPÍTULO X

### *DON JUAN PONCE DE LEÓN SALE A BUSCAR LA FUENTE QUE CREÍA REMOZABA, DESCUBRE LAS ISLAS DE BIMINI Y LA FLORIDA Y DEMÁS SUCESOS DE ESTA JORNADA*

La felicidad con que en estos tiempos ejecutaban los españoles las más importantes conquistas, les servía de estímulo para intentar nuevas empresas. Juan Ponce de León, que había adquirido gloria e intereses en la conquista de Puerto Rico y estaba retirado en su casa sin gobierno ni destino, pensó ocuparse en nuevos descubrimientos; más por conseguir una quimera que nuevas glorias ni caudales. <sup>(1)</sup> Había creído una fábula muy valida entre los indios de estas islas: que en la de Bimini, había una fuente, y en la de Florida un río tan prodigiosos, que sus aguas remozaban a los viejos, viviendo tan persuadidos de esta vana creencia especialmente los indios de Cuba, que pasaron a establecerse algunas familias a La Florida pocos años antes de la llegada de los españoles, para gozar más de cerca los efectos de estas prodigiosas aguas; pero aunque no dejaron río, fuente ni charco en que no se bañasen, no consiguieron los buenos deseos de remozar. <sup>(2)</sup>

Juan Ponce y sus compañeros, llenos de estas ideas quiméricas por las relaciones de los indios, creyeron este absurdo; llenos del espíritu de conquista y animado de la esperanza de renovar sus días con el específico milagroso, intentó correr las islas en solicitud de la decantada fuente para gozar de sus maravillosos efectos. Para este viaje armó tres navíos en San Germán; y su reputación le juntó en breve un cuerpo numeroso de aventureros. Proveyóse de víveres y en 3 de marzo de 1512 pasó al puerto de la Aguada, desde donde se hizo a la vela con el rumbo al noroeste, cuarta

---

(1) Herrera, Década 1ª, libro 9, fol. 249. Robertson, tomo 2, fol. 46. Castellanos, fol. 141. Valladares y Acosta omiten a Castellanos.

(2) Herrera, Década 1ª, libro 9, fol. 250. Oviedo, libro 16, fol. 125. Valladares y Acosta añaden: Castellanos, fol. 141.

al norte, y después de correr de isla en isla las Lucayas, <sup>(3)</sup> el 27 de marzo, que era Domingo de Pascua, descubrió la tierra, y el 2 de abril dió fondo en la costa; saltó en ella, tomó posesión, y dióla el nombre de Florida, o por la circunstancia del día en que la vió, o por frondosidad y frescura de sus arboledas.

Un nuevo mundo se presentó a sus ojos viendo islas y tierras, cuya existencia jamás se había imaginado. En este país delicioso parecía manifestarse la naturaleza bajo de otras formas que en las islas: cada árbol, cada planta, cada animal era diferente de los del hemisferio descubierto. Juan Ponce y los suyos se creyeron transportados a un país encantado, tan lleno de las maravillas de la naturaleza, que llenó su espíritu de admiración y de deseos de renovar sus días, para conquistar este tercer mundo que la solicitud de una quimera les puso a la vista. El día 8 se hizo a la vela, corrió la costa hasta el 20, que vió una ranchería de indios, saltó en tierra para hablarles; pero lo recibieron de guerra, y aunque procuró sosegarlos, fué preciso ponerse en defensa. Continuó su viaje por la misma costa, hasta el río que llamó de la Cruz; hizo agua y leña contra la voluntad de los indios, que intentaron estorbarlo. El 8 de mayo dobló el Cabo de La Florida, que llamó de Corrientes, por ser muy violentas las que allí se experimentan; fué siguiendo la costa hasta el día 14 de junio, que tuvo varios reencuentros con los indios, en que perdió una lancha; le mataron algunos hombres e hirieron muchos sin hallar medios de reducirlos a tratar de paz <sup>(4)</sup>, ni esperanza de que les permitiesen formar establecimiento; pues eran inútiles todos sus esfuerzos por la vigorosa resistencia que hallaban en ellos, cuyo carácter feroz y guerrero le hizo conocer necesitaba fuerzas más considerables para verificar sus deseos. Contentóse por entonces con haber descubierto este nuevo país, sobre cuya extensión y riquezas formó muchas ideas y concibió grandes esperanzas.

Llenos de éstas y cansados ya de buscar el río deseado en La Florida, acordaron volver la proa en solicitud de la fuente de Bimini, por el canal que hoy llamamos Golfo de La Florida, y después de correr una multitud de islas, hasta el 23 de septiembre, sin encontrarla, resolvió Juan Ponce volverse a Puerto Rico, destacando antes al Capitán Juan Pérez de Urtubia

(3) Herrera, Década 1ª, libro 9, fol. 246.

(4) Herrera, Década 1ª, libro 9, fols. 248 y siguientes. Oviedo, libro 16, fol. 125. Robertson, tomo 2, fol. 45, Hist. Gen. de Viages, tomo 21, 11. Juan Castellanos, Elegías, fol. 141.

[a] y al piloto Antón de Alaminos en solicitud de la deseada isla de Bimini, para satisfacer con las aguas de su fuente la sed de remozar. Hízose a la vela y llegó a dar fondo en la bahía de Puerto Rico a principios de octubre más viejo que cuando salió. Poco tiempo después llegó el otro barco con la noticia de haber encontrado a Bimini, pero no la fuente deseada. <sup>(5)</sup>

Este viaje aventurero no desanimó a Juan Ponce de León para pasar a la Corte a pedir premio por los descubrimientos que en él hizo; y a la verdad fué útil; pues además de las tierras de que dió noticia, se adquirió la del Canal de Bahama, que facilita el regreso a España; observó las grandes corrientes que se experimentan en los canales que forman estas islas, y puso nombre a algunas de ellas. <sup>(6)</sup>

Con efecto se presentó en la Corte, y oída su relación, el Rey le concedió título de Adelantado de las islas de Bimini y Florida, que se creyó isla, con la obligación de hacer poblaciones en ellas, llevar religiosos para la administración del pasto espiritual, y otras cosas que ofreció verificar dentro de tres años; <sup>(7)</sup> aunque después se le prorrogó este plazo por el encargo que se le hizo de ir a las Islas de Barlovento y Tierra Firme a castigar los indios caribes.

---

[a] Acosta dice Ortubia.

<sup>(5)</sup> Herrera, *Década 1ª*, libro 9, fol. 249. Raynal, tomo 6, fol. 4.

<sup>(6)</sup> Herrera, *Década 1ª*, libro 9, fol. 250. *Hist. Gen. de los Viajes*, tomo 21, fol. 13.

<sup>(7)</sup> Herrera, *Década 1ª*, libro 9, fols. 255 y 291. Oviedo, libro 16, fol. 127. Juan Castellanos, *Elegías* fol. 141.



## CAPÍTULO XI

### *REPARTIMIENTO DE INDIOS EN PUERTO RICO POR EL LICENCIADO VELAZQUEZ; PASA A ELLA EL ALMIRANTE, PRIVA DEL GOBIERNO A CERÓN Y A SU SUCESOR MOSCOSO; LOS CARIBES ASALTAN LA ISLA, Y EL GOBERNADOR LOS VENCE*

Cuando Cerón llegó por segunda vez al gobierno de esta Isla, estaba ya la sublevación apaciguada, los indios reducidos a la obediencia y encomendados entre los conquistadores, con cuyos brazos se utilizaban muy bien las minas y aumentaban considerablemente las haciendas y granjerías, en tanto grado, que mereció esta Isla desde luego la atención del gobierno, y atrajo así considerable número de bajeles, que hacían un lucido comercio de cueros, algodón, jengibre, añil, cañafistula y otras producciones de la tierra; [a] pero la mala fe con que algunos influyeron al Licenciado Velázquez, le hizo hacer el repartimiento de los indios con poca equidad y justicia a los que lo tenían, por haberlos ganado exponiendo sus vidas durante la guerra.

Este repartimiento ejecutado por los influjos de Cerón, que miraba con desafecto a los mejores soldados y amigos de su antecesor Juan Ponce de León, le suscitaron muchos enemigos y descontentos; principiaron las intrigas y parcialidades que motivaron muchas turbaciones y quejas contra Cerón y su Teniente; se multiplicaron recursos a la Corte, sin omitirlos al Almirante, quien con acuerdo de los jueces de apelación de Santo Domingo y oficiales reales depuso a Cerón, y a Díaz su Teniente, substituyendo en su lugar al Comendador Moscoso; <sup>(1)</sup> pero como no se hizo nuevo repartimiento, que era la causa del disgusto general, continuaron las alteraciones, reproduciendo sus quejas con tanta libertad y acrimonia, que resolvieron al

---

[a] Valladares y Acosta agregan la siguiente cita: Juan de Castellanos, *Elegías*, fol. 139.

(1) Herrera, *Década 1ª*, libro 10, fol. 281. Juan Castellanos, *Elegías*, fol. 132.

Almirante Colón a visitar esta Isla en 1514. Oyó las quejas de los habitantes contra el Gobernador Moscoso, que depuso sin dilación; contentó a los que se quejaban con más razón del repartimiento; serenó los ánimos y nombró por gobernador a Don Cristóbal de Mendoza, caballero muy recomendable por su prudencia, desinterés y valor. <sup>(2)</sup>

Los caribes, que toman la guerra por oficio y viven de crueldades y piraterías, abordaron las costas de esta Isla algunas veces desde el año 1511 en que los llamaron a su socorro los indios naturales. Las disensiones que reinaban entre sus vecinos y desafecto con que miraban a Cerón, les dificultó la reunión de sus fuerzas para castigarlos; por lo cual repetían sus asaltos impunemente, haciendo crueles destrozos en los indios naturales, en los ganados y haciendas. <sup>(3)</sup> Luego que el Almirante regresó a Santo Domingo, hicieron un desembarco en las inmediaciones de Loaisa [b] con muchas piraguas y gente mandada por el cacique Jaureyvo, que venía a vengar la muerte de su hermano Cazimes, a quien Francisco Quindos pocos días antes en otra entrada que hicieron pasó con una lanza estando luchando con Pedro López de Angulo.

Con esta resolución asaltaron unas estancias cerca de la del Capitán Sancho de Aragón, a quien Oviedo llama Arango. <sup>(4)</sup> Este acudió al ruido de la refriega con los pocos que pudo juntar, acompañado del perro Becerrillo; trabó combate con los caribes, que prevalecieron por la multitud; y después de haber muerto a algunos y herido a otros, se llevaban al Capitán Aragón entre los cautivos; el Becerrillo, aunque había ayudado con su fiereza acostumbrada, al ver presos a sus amos dobló sus esfuerzos, y saltando sobre el pelotón de caribes que llevaban preso al Capitán y compañeros, libertó a algunos poniendo en fuga a los opresores, que se echaron a nado para vadear el río; el perro los siguió encarnizado; un caribe que estaba en la ribera opuesta, tiróle una flecha envenenada con tanta fuerza, que le quitó brevemente la vida, pérdida muy sensible para los españoles, pues el auxilio y lealtad de este perro se los había guardado muchas veces, sacándolos de iguales peligros. <sup>(5)</sup>

Los indios huyeron con algunos prisioneros y se hicieron a la vela. El

<sup>(2)</sup> Herrera, Década 1ª, libro 10, fol. 281. Oviedo, libro 16, fol. 126.

<sup>(3)</sup> *Ibid.*

[b] Vailadares dice Loysa y Acosta dice Loiza.

<sup>(4)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 126.

<sup>(5)</sup> Herrera, Década 1ª, libro 10, fol. 281. Oviedo, libro 16, fol. 126. Juan Castellanos, fol. 141. Acosta agrega a Juan de Castellanos: *Elegías*.

## HISTORIA DE PUERTO RICO

Gobernador Don Cristóbal de Mendoza, que se hallaba en San Germán, recibió la noticia del suceso; y aprovechando los instantes, se embarcó con cincuenta hombres en una carabela y dos barcas; navegó con diligencia la vuelta del sur-sureste para salir al encuentro a los caribes; alcanzólos junto a la isla de Vieques, y los atacó con denuedo; los caribes por su parte se defendieron con obstinación toda una noche; pero muerto el cacique Jau-reyvo y otros muchos, los demás fueron presos con los que se llevaban en sus piraguas; entre éstas había una tan grande y bien armada, que el Gobernador la envió de regalo al Almirante, con la noticia del triunfo y despojo, que se repartió en San Germán entre los que lo ganaron. <sup>(6)</sup>

Este suceso, lejos de contener a los caribes, avivó su venganza, y repitieron sus asaltos con más insolencia que nunca, desembarcando en diferentes partes de la costa, especialmente desde la Cabeza de San Juan hasta la Ciudad; incendiaban las casas, talaban las haciendas, robaban los ganados, y cada vez mataban a algunos españoles e indios, llevándose a otros prisioneros; de suerte que en estos asaltos perdieron la vida Juan Alonso, Nicolás Ovando, Mejía, y otros muchos de los más esforzados conquistadores; cogíanlos de sorpresa, y hallándose solos con sus familias en las haciendas, por mucho que se resistiesen, eran por fin oprimidos de la multitud; y aunque estas desgracias se noticiaban a la Corte pidiendo permiso para hacerlos esclavos, por haberse revocado la orden anterior, S. M. no condescendió por entonces, antes confirmó las órdenes, que prohibían a los españoles hacer fuego o herir a los caribes sin ser provocados de ellos.

Llegó a tanto la libertad y barbarie, con que molestaban a los habitantes de Puerto Rico, que se creyó no poder subsistir en la Isla; se repitieron las quejas al compás de los sucesos; en consecuencia mandó el Rey al Adelantado Juan Ponce de León acordase con los oficiales reales el sitio más a propósito para hacer una fortaleza para la defensa de la Isla; que se armasen en Sevilla tres navíos para que fuesen con ellos a castigarlos en sus islas; confiándole al mismo tiempo el oficio de repartidor de indios; con tal que no diese más que hasta 150 a cada vecino, juntamente con el Licenciado Velázquez, que lo ejercía; <sup>(7)</sup> que tomase residencia al Gobernador Mendoza y oficiales reales; que se hiciese una calzada de comuni-

(6) Herrera, Década 1ª, libro 10, fol. 182. Oviedo, libro 16, fol. 126. Juan Castellanos, fol. 140.

(7) Herrera, Década 1ª, libro 10, fol. 292. Valladares y Acosta dan el fol. 191 y agregan a Juan Castellanos, fol. 141.



*F R A Y I Ñ I G O A B B A D Y L A S I E R R A*

cación entre la Isla grande, y la isleta; que los oficiales reales que vivían en sus haciendas y granjerías, residiesen en la Capital en la casa del Rey. Concedió a esta Isla los mismos privilegios que a la de Santo Domingo, con otras providencias; pero la que más urgía contra los caribes se demoró, porque los trescientos hombres de guerra que debían embarcarse en los tres navíos se negaron a ir, porque no se les daba sueldo, <sup>(8)</sup> por lo cual no tuvo efecto hasta el año siguiente de 1515.

A principios de mayo de este año salió de Sevilla el Adelantado Juan Ponce con los tres navíos para castigar a los caribes. Llegó a la isla de Guadalupe, en la cual echó gente en tierra para hacer agua y leña y algunas mujeres para lavar la ropa. Los caribes, que observaban emboscados todos sus movimientos, se aprovecharon de su confianza; dieron sobre ellos, mataron algunos, llevándose los demás cautivos; Juan Ponce de León quedó tan sonrojado de su descuido, que sin acertar a enmendar el yerro, tomó la resolución de irse a Puerto Rico, desde donde envió los navíos al cargo del Capitán Zúñiga a castigar a los caribes de Tierra Firme, quedándose él a verificar el repartimiento de los indios, del que nacieron nuevas inquietudes, que fomentaba el Contador Sedeño con sus amigos. <sup>(9)</sup><sup>1</sup>

---

<sup>(8)</sup> Herrera, Década 1ª, libro 10, fol. 292.

<sup>(9)</sup> Herrera, Década 2ª, libro 1, fol. 12. Juan Castellanos, fol. 141.

## CAPÍTULO XII

### *NUEVO REPARTIMIENTO DE INDIOS Y LAS INQUIETUDES QUE CAUSA ENTRE LOS VECINOS; PLAGA DE HORMIGAS, VIRUELAS Y BUBAS, QUE SOBREVINO A ESTA ISLA, Y OTROS SUCESOS QUE LA ARRUINARON*

El Adelantado Juan Ponce de León, aunque desairado con el fatal suceso de la Guadalupe, como venía lleno de satisfacciones por las confianzas y encargos con que le había honrado S. M., entró triunfante en Puerto Rico. Esto avivó la emulación de sus contrarios, de quienes se despicó en el repartimiento, con pretexto de vindicar las injusticias que en el anterior se había hecho a sus amigos y soldados por influjo de Cerón al Licenciado Velázquez. Con estas emulaciones se renovaron los bandos y parcialidades, que fomentaba el Contador Antonio Sedeño, cuyo genio sedicioso e inquieto mantuvo algunos años la discordia entre los vecinos <sup>(1)</sup> con tanto escándalo de toda la Isla, que precisaron al Almirante Colón a detenerse en ella a su regreso de España en 1520, que la encontró deteriorada en todas sus partes. <sup>(2)</sup>

El Licenciado Velázquez, que tuvo parte en los dos repartimientos de indios, se adquirió muchos enemigos; le solicitaron juez de residencia, la cual se cometió al Licenciado Gama con el gobierno interino de la Isla; y se estableció en ella casándose con Doña Isabel Ponce de León, hija del Adelantado; y por esta razón quedaron poco satisfechos los quejosos. El Almirante Colón nombró para este gobierno a Pedro Moreno, vecino de Caparra, de quien tampoco faltaron quejas; pues el Contador Sedeño y el Tesorero Villasanta, [a] hombres facciosos, fomentaban la discordia entre los partidos; por lo cual encargó S. M. al Licenciado Vázquez de Ayllón,

<sup>(1)</sup> Herrera, Década 2ª, libro 1, fol. 13.

<sup>(2)</sup> Herrera, Década 2ª, libro 9, fol. 226. Juan Castellanos, fol. 142.

[a] Acosta dice: Villasanta.

provisto Oidor de Santo Domingo, tomase al paso para su destino residencia a Moreno, a quien declaró indemne y mantuvo en su gobierno hasta que murió, en cuyo lugar entró Don Francisco Manuel de Olando. <sup>(3)</sup><sup>1</sup>

Los frecuentes recursos y mudanzas de gobernadores, que motivaron estas guerras civiles, causaron muchas desgracias que fueron selladas con otras mayores: los arroyos de sangre derramada por toda la Isla desde fines del año de 1510, el espíritu de venganza, de ambición y otras pasiones, habían echado tan profundas raíces, que quiso Dios castigarlas por varios modos. Sobrevino una plaga de hormigas, que destruyeron todos los árboles útiles, por muy robustos que fuesen, dejándolos tan infectos, que los pájaros huían descansar en los que habían tocado ellas; roían las raíces, y luego quedaban secos y negros; eran indispensables muchas precauciones para defender la vida a los niños. Los hombres sentían acerbos dolores con las mordeduras, sin poder libertarse de ellas de noche, ni de día; los campos y los montes quedaron secos y estériles, como si hubiera caído fuego del cielo sobre ellos. En fin, creyóse que esta plaga devorante les precisaría a abandonar la Isla. La aflicción fué general; pero Dios oyó sus votos y alivió las angustias de los habitantes con la extinción de las hormigas. <sup>(4)</sup><sup>2</sup>

Poco después se comunicó la epidemia de las viruelas, que estaba desconocida de los americanos, y fué tan peligrosa en aquel clima, que extinguió la mayor parte de los indios y criollos, cuya despoblación sólo se puede reparar con una serie de siglos felices, en que no se conozcan los efectos de tan terrible azote, que ha corrido toda la América privándola de sus habitantes.

Se ha buscado la causa de los rápidos progresos que hizo la viruela, en los vientos australes, que son periódicos; pero es más verosímil sean las demás exhalaciones, que arrojá esta tierra: y a la verdad que estos vapores crasos, y los que se elevan frecuentemente de las lagunas, ríos y tierras anegadas, forman una atmósfera cubierta siempre de hálitos pestíferos, que pueden imprimir y disponer la naturaleza de estos habitantes a mayores estragos. Lo más extraño es que siendo esta epidemia el cuchillo exterminador de estos países y que no ha cesado hasta hoy desde que se descubrió, no se haya introducido el uso de la inoculación, usándose con tan feliz éxito en las otras partes del mundo.<sup>3</sup>

<sup>(3)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 127 y 128. Valladares dice Obando.

<sup>(4)</sup> Herrera, Década 2ª, libro 3, fol. 83.

A esta calamidad acompañó la epidemia de las bubas, llamada generalmente mal gálico; que según el sentir de muchos escritores, era tan desconocido de los europeos hasta esta época, como las viruelas de los americanos, que no hizo aquel menor impresión en los españoles, que las viruelas en los indios.

Esta enfermedad cruel fué el azote terrible con que el cielo irritado quiso castigar en esta vida la licencia desenfrenada de los lascivos. Es opinión muy recibida que los indios la comunicaron a los españoles en cambio de las viruelas; pero antes que se descubrieran las Indias o se hiciese su conquista, había bubas en España, sobre cuyo remedio escribió un aragonés [b] que se imprimió en Zaragoza; y también D. José Eusebio de Llano y Zapata, manuscrito que está en la Obra de la Colección de Don Manuel de Ayala en la Librería de la Secretaría del Despacho de Indias. Mas prescindiendo por ahora de si las bubas son originarias de la América o únicamente fomentadas en aquellos climas por la excesiva relajación de los europeos, o más bien consecuencia natural de una y otra causa, lo cierto es, que estas dos calamidades han sepultado muchos millones de vivientes en uno y otro hemisferio, porque las bubas cundieron en pocos años toda la Europa con síntomas violentos, progresos rápidos y tan funestos que eran muy inútiles todos los esfuerzos de la medicina. La admiración y el espanto acompañaba por todas partes al accidente, llegando a temerse anunciaba la extinción del género humano; hasta que la experiencia de los médicos y los socorros del arte, llegaron, si no a curarla radicalmente, a lo menos a corregir y modificar esta peste. <sup>(5)</sup>

Los indios, para su curación, usaban con admirable suceso del guayacán, palo santo, y salsafra, que abunda en aquellas regiones, <sup>(6)</sup> queriendo Dios poner el remedio junto con el mal; y aunque hasta hoy no han cesado estas epidemias, son menores sus efectos y mueren muy pocos, especialmente de las bubas.<sup>4</sup>

A estas fatalidades acompañaban los ataques de los caribes, que ensoberbecidos con el suceso de la Guadalupe, abordaban las costas de Puerto Rico, haciendo en ellas los robos y barbaridades acostumbradas; no eran menos sospechosos algunos bajeles europeos, que iban sondando las costas y puertos de esta y otras islas, con órdenes reservadas de sus cortes, pretext-

[b] Valladares y Acosta añaden: una obra.

<sup>(5)</sup> Robertson, tomo 2, fol. 271.

<sup>(6)</sup> Oviedo, libro 2, fol. 21.

tando iban a comerciar o rescatar indios, aunque el objeto principal era muy diferente; y en este año de 1519 un navío inglés, después de haber saltado en la isla de la Mona, pasó a la de Puerto Rico, llevó algún estaño y oro del que sacaban de las minas. Este navío iba a reconocer estas islas de orden del Rey de Inglaterra, cuya noticia puso en cuidado a la Corte de España, que tomó algunas providencias para resguardarlas. <sup>(7)</sup>

Dióse orden al Licenciado Figueroa para que al paso de Puerto Rico para Santo Domingo, viese el sitio que ocupaba la ciudad de Caparra y tratase con sus vecinos si convenía trasladarla, pues estaban divididos los dictámenes.<sup>8</sup> Concedióse licencia al Licenciado Antonio Serrano, vecino de la de Santo Domingo, para que poblase la isla de Guadalupe, con el gobierno de ella, y demás islas caribes, para contenerlos por este medio; <sup>(8)</sup> y que en lugar del quinto que pagaban los que beneficiaban minas, sólo pagasen el diezmo. Se enviaron negros para que supliesen la falta de los indios, que habían perecido durante la guerra, por las epidemias y otros accidentes, deteriorándose por ellos la población de la Isla; parte de la gente que el Padre las Casas o Casaus llevaba de España para poblar en Cumaná, que llamaron los Cruzados, se quedó en Puerto Rico; <sup>(9)</sup> se renovó la licencia para cautivar los caribes de las islas, y se hizo una torre o casa fuerte en la Boca de Cangrejos, por ser en donde repetían más sus desembarcos, la cual aún hoy existe, pero ya deteriorada.

Estas providencias, aunque muy interesantes al bien y fomento de la Isla, se frustraron las más, por la poca conformidad y política que hubo siempre entre sus vecinos para unir sus fuerzas contra los caribes; y aunque Don Juan Gil, acompañado de Gaspar y Garci Troche, yernos de Juan Ponce, de Francisco Alvarado, Diego Ramos, Diego Cuéllar Víctor, [c] Juan Guilarte, Francisco y Juan Mayorga, Baltasar y Juan Cancer, Diego Ruiz Banara, Francisco Juancho, Alonso Manso, Baltasar Castro, Hernán Sánchez, Juan Vargas, Garci Villadiego, y otros valerosos españoles, los atacaron en sus propias islas algunas veces, no fué bastante para contenerlos, y así repetían sus entradas en la de Puerto Rico muy a su salvo, especialmente por los ríos de Jumacao, Daguao, Loysa, Costa de Guayama y Boca de Cangrejos. En 5 de abril de 1521 hicieron un grande desembarco, y des-

<sup>(7)</sup> Herrera, Década 2ª, libro 5, fol. 113. *Historia general de los viages*, tomo 22, fol. 199.

<sup>(8)</sup> Herrera, Década 2ª, libro 9, fol. 226.

<sup>(9)</sup> Herrera, Década 2ª, libro 9, fols. 225 y 229.

[c] Valladares y Acosta dicen: Víctor y Juan Guilarte.

## H I S T O R I A     D E     P U E R T O     R I C O

pués de incendiar cuanto encontraron, mataron a muchos y se llevaron gran número de cautivos, siendo pocos los dichosos que pudieron salvarse con la huida, <sup>(10)</sup> pues como vivían derramados por las haciendas, fácilmente los prendían o mataban; un desmayo general se apoderó de los habitantes, y muchos, no hallando remedio para su seguridad y establecimiento fijo, acordaron ir a buscarlo en otra parte.

---

(10) Herrera, Década 3ª, libro 1, fol. 22. Juan Castellanos, fols. 130 y 133.



## CAPÍTULO XIII

### *EL ADELANTADO JUAN PONCE DE LEÓN PASA CON DOS NAVIOS A POBLAR LA FLORIDA; SUCESOS DE ESTA JORNADA.*

En este mismo año había resonado por todas partes la fama de las hazañas que el grande Cortés hacía en la conquista del Reino de México, divulgándose con tanto aplauso en estas islas, que inflamó el espíritu militar de algunos de los primeros conquistadores de las Indias y les incitó a pensar en nuevas conquistas, ansiosos de adquirir nuevas glorias. Juan Ponce de León, que vivía retirado en su casa, desde su regreso de la Corte, quiso presentarse nuevamente en el teatro de la guerra, pues siendo del tiempo, y conocido de Cortés, no se tenía por menos que él para ejercitarse en nuevas empresas; y así acordó levantar gente, armar navíos, proveerse de armas y de todo lo necesario para salir a campaña, no ya en solicitud de nueva vida, en la fuente soñada, sino a buscar la muerte en el catre del honor.

Una sucesión rápida de escenas tan nuevas como admirables había hecho impresión en el espíritu de Juan Ponce, llegando a persuadirse que le estaba reservada la conquista del tercer mundo, que había descubierto, cuando buscaba la fuente de la juventud. Renovó sus antiguas ideas y todos los aventureros se llenaron de grandes esperanzas. La mayor parte de las cosas que ha inventado el hombre como útiles, e interesantes a su bienestar, han sido el fruto de una inquietud vaga, más bien que de una industria prudente y sólida, y así todos estos proyectos pararon en descabros y en perder la expedición con la mayor parte de su gente, sin poder formar establecimiento alguno.

Salió en este año de 1521 con dos navíos bien tripulados, en que gastó mucho caudal, y después de muchos contratiempos tomó tierra en la de La Florida, que aún se tenía por isla, aunque con esperanzas de que fuese otro tercer mundo, como le escribió al Cardenal Adriano, Gobernador que era



de España. (1) Echó su gente en tierra; pero apenas la pisaron, cuando los indios les salieron al encuentro de mano armada trabando con los españoles una porfiada refriega. (2)<sup>1</sup>

Estos indios de La Florida, nacidos y criados en un clima prodigiosamente fértil, moderadamente frío, ejercitados en las guerras que mantenían con sus vecinos, endurecidos en la caza, en la pesca y agricultura, gobernados por sus caciques hereditarios, cuyas leyes aunque imperfectas, eran puntualmente obedecidas, tenían almas más firmes y perspicaces que los de las islas; sus cuerpos más vigorosos y aguerridos, y por esto más dispuestos a resistir toda dominación extranjera. (3) Juan Ponce de León, llevado del ardor militar, y sin detenerse en estas reflexiones para conocer la diferencia de carácter que había entre estos indios y los de Puerto Rico, insistió muchas veces en establecerse en el país, ya proporcionando medios suaves para atraer a los naturales, ya manifestándoles su firmeza con el rigor de las armas, pero en vano. Los floridanos, prácticos en la tierra y en la guerra, muy numerosos, robustos y determinados, atacaron al Adelantado Juan Ponce de León con tanto brío y efecto, que lo precisaron a abandonar la empresa, después de perder parte de sus soldados y quedar él mismo mal herido en un muslo.

Desairado con esta derrota, no quiso volver a Puerto Rico; retiróse a Cuba con los que le quedaron, y acabó sus días en aquella isla.<sup>2</sup> El Rey concedió a su hijo Don Luis el adelantamiento y gobierno de La Florida e islas, según lo había dado a su padre. (4) Uno de los dos navíos de la expedición de La Florida fué a parar a Veracruz con las municiones y pertrechos que Juan Ponce de León llevaba para su empresa, que llegaron muy oportunamente a Cortés, (5) por cuyos celos se había intentado la conquista de La Florida.

Este vasto país dividido hoy en tantas provincias y naciones, quedó enteramente abandonado por entonces de los españoles; pues aunque entró en él con lucido ejército el valeroso Hernando de Soto, murió en la demanda sin formar establecimiento, y todos los suyos se descarriaron después de

(1) Herrera, Década 3ª, libro 1, fol. 25.

(2) Oviedo, libro 16, fol. 127. Herrera, Década 3ª, libro 1, fol. 25. Juan Castellanos, fol. 133.

(3) Robertson, tomo 2, fols. 347 y sig. Cárdenas, *Historia de la Florida*, fol. 46.

(4) Herrera, Década 3ª, libro 1, fol. 24. Juan Castellanos, fol. 134.

(5) Herrera, Década 3ª, libro 2, fol. 43.

padecer indecibles trabajos.<sup>3</sup> Ahumada [a] la intentó, pero no la llevó a efecto. (6) Los franceses, atraídos de la fertilidad de la tierra, poblada de diferentes tribus de salvajes, cubierta de variedad increíble de árboles especiales, abundante de caza, pesca, y adecuada para la agricultura de muchos frutos, y por el buen temperamento de su clima saludable, pasaron a establecerse en ella bajo las órdenes de Coligni; los nuevos colonos profesaban la religión reformada protestante, lo que estimuló al Señor Felipe II a no permitir arraigar tan perjudicial cizaña en el Nuevo Mundo; envió al Capitán Don Pedro Menéndez, que era Adelantado de La Florida. Llegó a aquella costa el día 28 de agosto, día de San Agustín, cuyo nombre dió al puerto principal de La Florida. Atacó el fuerte de la Carolina, en donde se habían fortificado los franceses, y los pasó a cuchillo. (7)<sup>4</sup> Domingo Gourgue, natural de Gascuña, de su propia autoridad pasó a tomar satisfacción de este agravio, y sorprendiendo a los españoles, los colgó de los árboles y desamparó este país en 1565. En esta época los españoles se establecieron en San Agustín, y sucesivamente en San Mateo, San José, San Marcos y Panzacola, que conservaron hasta las paces de 1763 en que se cedió toda La Florida a la Inglaterra; pero en este año el Teniente General Don Bernardo Gálvez, Gobernador de Luisiana, después de desalojar los ingleses de los fuertes y establecimientos que tenían en el Misisipí, con una rapidez increíble, les sitió en Fort-Rouge, Menchac, la Mobila y Panzacola, precisándolos a rendirse; debiéndose al valor de este general la recuperación de esta provincia y sus plazas, cuya importancia al comercio español y seguridad de aquellos dominios, la acreditarán las crecidas ventajas que resultarán indispensablemente a todos los ramos útiles al Estado, mejor que la más expresiva y elegante pluma, aun cuando se emplee en este digno objeto muy de propósito.<sup>5</sup>

[a] El manuscrito original dice *Haumada*.

(6) Juan Castellanos, fol. 143.

(7) Ms. original. Esta llamada no aparece en las ediciones de la obra de Abbad.



## CAPÍTULO XIV

*FUNDACIÓN DEL PUEBLO DE DAGUAO; DESTRUYENLO LOS CARIBES; DESEMBARCOS FRECUENTES DE ÉSTOS EN LA ISLA; VARIAS PROVIDENCIAS PARA SU DEFENSA Y GOBIERNO; SUBLEVACIÓN DE ALGUNOS NEGROS E INDIOS.*

El Almirante Don Diego Colón, que había estado algunas veces en la isla de Puerto Rico, y visto la fertilidad de su suelo, abundancia y riqueza de sus minas, velaba en su fomento cuanto le era posible. Por este tiempo resolvió hacer una población al levante de la Isla en el territorio que llaman Daguao, por el río de este nombre que lo riega: nombró por capitán poblador a Don Juan Enríquez, pariente de la Virreyna, su mujer; juntó la gente que pudo en Santo Domingo, y la envió a Puerto Rico para formar con ella la nueva colonia, que se estableció cerca de la costa del mar, frente de la isla de Vieques en la ribera del Río Daguao, cuyas aguas excelentes y terreno apto para la agricultura, prometía grandes ventajas y utilidades a los nuevos colonos; pero la flojedad y desidia que imprime el clima cálido, húmedo y fértil, los abandonó a una indolencia reprehensible: se contentaron con los víveres que voluntariamente les espontaneaba la tierra, y abundancia de pescado que ofrece aquella costa, sin dedicarse a su cultivo ni a formar establecimiento sólido como convenía. <sup>(1)</sup>

Los caribes de aquellas islas contiguas, más activos para sus piraterías que los colonos de Daguao, para precaverse de sus asaltos, luego que tuvieron noticia de la nueva población, conocieron lo que podía ofenderles su vecindad y acordaron destruirla. Con efecto, armaron sus piraguas y canoas, se embarcaron en gran número, y una noche dieron sobre la nueva población, la incendiaron y mataron o llevaron cautivos a los que no huyeron;

(1) Oviedo, libro 16, fol. 127. Juan Castellanos, fol. 141. Valladares y Acosta no tienen esta cita.

F R A Y I Ñ I G O A B B A D Y L A S I E R R A

recogiendo al mismo tiempo los ganados, que eran los únicos bienes que habían fomentado estos vecinos, quienes con este suceso quedaron del todo arruinados, sin que hasta hoy se haya pensado reedificarla; quizás si las ricas minas de oro que después se descubrieron en sus inmediaciones, se hubieran visto antes, se arraigara mejor este pueblo. <sup>(2)</sup>

En el año de 1523 el Licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, que había capitulado ir a poblar las tierras descubiertas al norte, pasó a Puerto Rico a tomar la residencia y cuentas al Contador Antonio Sedeño y al Tesorero, que habían estado en España, acriminándose mutuamente. <sup>(3)</sup> Al mismo tiempo, a instancias de S. M., el Inquisidor General trasladó el Tribunal del Santo Oficio, que hasta entonces había residido en Puerto Rico, a la Ciudad de Santo Domingo, por no haber en aquella Isla sujetos capaces de ocupar estos empleos ni quienes abogasen por los reos. Poco después, vencidas las disputas de personas doctas, que duraron desde los primeros años del descubrimiento de las Indias, sobre la libertad y capacidad de los indios, resolvió S. M. que los de Santo Domingo, Puerto Rico y demás que no fuesen caribes, viviesen libres y no se encomendasen o repartiesen en lo sucesivo; permitiéndoles hacer guerra y cautivar a los caribes, por ser antropófagos, sodomíticos e incorregibles. <sup>(4)</sup> Escribió S. M. al padre Fr. Antonio Montesinos, que acababa de pasar a esta Isla con seis religiosos de su Orden para fundar un convento, cuidase del buen tratamiento de los naturales de ella; y como la fama de las riquezas de México y nuevos descubrimientos que se hacían en la Tierra Firme llevaban tras sí sus habitantes, por cuyo motivo las minas, agricultura y población estaban muy deterioradas, prohibió S. M. en 1526 que ninguno de sus vecinos pudiese salir de la Isla para establecerse en las nuevas conquistas; <sup>(5)</sup> pero esta orden no se obedeció con la puntualidad que convenía, y la población de Caparra, que acababa de trasladarse a la isleta en que hoy está Puerto Rico, se vió tan reducida y mísera, que sólo constaba de un corto número de ranchos o barracas con tan poca formalidad, que más parecía pobre aldea, que capital de una isla tan rica y extensa; ni la Villa de San Germán estaba más brillante, pues en este mismo año suplicaron sus vecinos al Rey man-

<sup>(2)</sup> Oviedo, libro 16, fol. 127. Juan Castellanos, fol. 141.

<sup>(3)</sup> Herrera, Década 3ª, fol. 157.

<sup>(4)</sup> Herrera, Década 3ª, fols. 245 y 293.

<sup>(5)</sup> Herrera, Década 3ª, libro 10, fol. 281.

dase proveerles de cura, para que cuidase de administrarles el pasto espiritual <sup>(6)</sup> y celebrase el Santo Sacrificio de la Misa.

Los indios y negros de esta Isla, a imitación del cacique Don Enrique, que se había sublevado en Santo Domingo, viendo el corto número de españoles que había quedado en Puerto Rico y la languidez y miseria a que estaban reducidos, se subieron muchos de ellos a las montañas de Loquillo, y a las que estaban sobre el pueblo de Añasco, desde donde hacían sus correrías y robos a los de Puerto Rico y San Germán. <sup>(7)</sup> Con este nuevo cuidado, se repitió la orden, tantas veces acordada, de elegir sitio oportuno para hacer una fortaleza capaz de defender la Isla de las incursiones que sufría de los indios y piratas de otras naciones de Europa. <sup>(8)</sup>

Estas órdenes se reiteraron muchas veces, pero no se ejecutaron hasta muchos años después, por lo cual los caribes continuaban sus asaltos. En el mes de octubre de 1528 desembarcaron 100 de ellos en la costa, y aunque tan pocos, mataron y robaron cuanto encontraron, dejando arruinadas las minas. Estas desgracias sólo servían para recordar a la Corte la infeliz situación de estos habitantes. Con esta ocasión se repitieron las órdenes para hacer la fortaleza tantas veces encargada: que pudiesen cautivar los caribes; que se armasen los vecinos, para cuyo efecto se les enviaron armas, municiones y artillería; que se cuidase de la enseñanza de los indios y niños; que fuesen todas las mañanas a la iglesia; encargando a Diego Muriel [a] los que estaban en Toa Baja, que pertenecían al Rey, para que los proveyese de vestidos, camas, los alimentase sanos y enfermos; y que viviesen sólo con una mujer, sin andar mudándolas, como solían. <sup>(9)</sup>

Al mismo tiempo declaró S. M. que todos los vecinos, que se habían ausentado siguiendo las nuevas conquistas, o estableciéndose en otras partes, o que no estuviesen casados, lo verificasen dentro de dos años, precisándolos a vivir en la Isla, bajo la pena de perder sus tierras e indios encomendados; a los oficiales reales, que asistiesen personalmente a las fundiciones del oro, con otros encargos que se hicieron al Licenciado Antonio de Gama, que pasaba a tomarles residencia; pues la experiencia acreditaba, que la inobser-

<sup>(6)</sup> Herrera, Década 4ª, libro 2, fol. 28.

<sup>(7)</sup> Ibid.

<sup>(8)</sup> Herrera, Ibid. Juan Castellanos, fol. 141.

[a] Valladares dice Murel.

<sup>(9)</sup> Herrera, Década 4ª, libro 5, fol. 81.

## F R A Y I Ñ I G O A B B A D Y L A S I E R R A

vancia de las órdenes de S. M. era la principal causa de los atrasos que experimentaba la Isla. <sup>(10)</sup> Sin embargo de tan acertadas providencias, el día 18 de octubre de 1529, los caribes, con ocho piraguas, entraron en la bahía de Puerto Rico, y aunque la artillería les impidió saltar en tierra, no el apoderarse de un barco, que echaron a pique con toda su tripulación, por no poder sacarlo del puerto.

Con este nuevo accidente se concedió licencia a los habitantes de la Isla para armar dos bergantines corsarios, para lo cual cedió S. M. lo que le pertenecía del quinto; pero mientras se efectuaba esta providencia, los franceses, que se habían entregado a la piratería y asaltaban las islas con igual barbarie que los caribes, desembarcaron en la Villa de San Germán, cuyos vecinos, que los observaban desde la costa, se retiraron a los bosques, menos diez de a caballo que hicieron frente; pero no pudiendo resistir el fuego de los pedreros, que habían desembarcado, abandonaron el campo, y los piratas incendiaron la Villa. <sup>(11)</sup> De aquí pasaron a las islas de Mona, Coche, Cubagua, y otras, cometiendo muchas crueldades, hasta que armaron en Santo Domingo, y los ahuyentaron de aquellas costas. <sup>(12)</sup><sup>1</sup>

---

<sup>(10)</sup> Herrera, *Década* 4<sup>a</sup>, libro 5, fol. 80.

<sup>(11)</sup> Herrera, *Década* 4<sup>a</sup>, libro 4, fol. 121.

<sup>(12)</sup> Oviedo, libro 19, fols. 162 y 63. Valladares dice folios 162 y 163.

## CAPÍTULO XV

*HURACANES FURIOSOS QUE SUFRIÓ LA ISLA; PIÉRDENSE LAS MINAS; ASALTOS DE LOS CARIBES; LA ABANDONAN LOS INDIOS; PASA SEDEÑO A LA TRINIDAD LLEVÁNDOSE MUCHOS VECINOS, CON LO CUAL QUEDA LA ISLA CUASI DESIERTA Y ARRUINADA.*

Aunque la serie de sucesos desgraciados, que experimentó esta Isla desde los primeros años de su descubrimiento, eran muy suficientes para haberse despoblado, la fertilidad de su suelo y abundancia de sus minas mantuvieron a los españoles en ella entre las continuas guerras, que los fatigaron; especialmente desde los años de 1525 hasta 1530, en cuyo tiempo los ataques de los caribes, las piraterías de los franceses, y otros émulos de los gloriosos progresos de la religión y la monarquía española, desnudos de toda humanidad, cometían muchas crueldades y robos contra nuestros establecimientos, interrumpiendo el comercio, sublevando los indios y usurpando sus tierras, sin otra razón ni autoridad que la superioridad de fuerzas navales que juntaron en aquellos mares.

Sin embargo de tan poderosos obstáculos y de la poca defensa que había en la Isla, sus vecinos, a esfuerzos de su valor y constancia, resistieron tan multiplicados insultos, cultivaron los frutos que proporcionaba la calidad de la tierra, utilizaron la multitud de minas que encerraba en sus senos, fomentaron la cría de ganados y mantuvieron un lucido comercio de jengibre, algodón, añil, cañafístula, cueros, cacao, azúcar y otras producciones; <sup>(1)</sup> pero un cúmulo de calamidades horrendas los redujo a tanto conflicto, que los más resolvieron abandonar sus casas y huir de la Isla. Dos huracanes que padecieron en este año de 1530 desolaron el país para mu-

---

(1) Juan Castellanos, fol. 143. Herrera, Década 4ª, libro 7, fol. 134.



chos años, dejando a los vecinos llenos de confusión y desmayo para reparar los lamentables efectos de este furioso viento.

El huracán es el fenómeno más horroroso de cuantos se observan en esta Isla, y aun creo que en toda la América. Es un viento furioso acompañado de lluvia, relámpagos, truenos y las más veces de temblores de tierra; circunstancias todas las más terribles y devastadoras que pueden unirse para arruinar un país en pocas horas; los torbellinos del aire y torrentes de las aguas, que inundan los pueblos y campiñas con un diluvio de fuego, parece anuncian las últimas convulsiones del universo.

Esta horrorosa escena se repitió dos veces en un año en esta Isla, cuyos habitantes quedaron desalojados de sus casas, destruídas sus haciendas, privados de sus cosechas, perdidos sus ganados y bienes, sin esperanza de recuperarlos después de haber soportado los mayores afanes y angustias por adquirirlos y conservarlos. Si volvían los ojos a las minas, las veían todas sumergidas por las crecientes de los ríos, perdidos sus trabajos, y sin medios ni arbitrios para repararlos. (2) Si buscaban en sus haciendas los víveres para el preciso sustento, sólo encontraban tristes residuos de un desecho general y que podían durar muy poco tiempo. En fin, se hallaban rodeados por todas partes de angustias y miseria, sin esperanza de poder socorrerla.

A esta aflicción se siguió otra mayor: los caribes de las islas, que sintieron también los efectos de la tormenta, se hallaban faltos de víveres, y para socorrer su necesidad hicieron un desembarco en las costas de Puerto Rico a las órdenes de su cacique Janreyvo, robaron e incendiaron lo que el huracán había perdonado; mataron a Cristóbal de Guzmán con 30 españoles y a cuantos negros e indios pudieron dar alcance; hasta los perros de montería, que estaban en los bosques fueron víctimas de su rabia, llevándose el poco ganado que había quedado de la tormenta pasada. El terror y confusión se apoderó de toda la Isla; los españoles, unos se ausentaron, otros se refugiaron a la Ciudad, amparándose de los conventos e iglesias. Para defenderse de los caribes, pidieron socorro a Santo Domingo, instando por el armamento de los bergantines y construcción de la fortaleza tantas veces mandada por los Reyes, aunque sin efecto. (3) La mujer de Cristóbal de Guzmán, que era rica y amaba a su marido, viendo que de Santo Domingo no venían fuerzas suficientes para castigar a los caribes, resolvió ar-

(2) Herrera, *Década 4ª*, libro 7, fol. 134.

(3) *Ibid.*, fols. 134 y 135.

mar cinco bergantines a sus expensas esperando rescatarlo. Los encargó a Juan Yucas, [a] Simón Alberto Pérez, y a Alonso Lebrija, quienes con los demás españoles que había en la Isla se hicieron a la vela para la Dominica, en donde era el principal cacique, Jaureyvo. Desembarcaron de noche, y dieron sobre los caribes con tanta rabia, que hicieron en ellos grande mortandad, cautivaron muchos y recogieron los negros, indios y españoles que se habían llevado de Puerto Rico; pero el infeliz Cristóbal de Guzmán, que era el objeto principal de esta jornada, había sido muerto el mismo día que lo sacaron de Puerto Rico en la isla de la Virgen Corda, en donde viéndolo Jaureyvo mal herido de las flechas que había recibido en la refriega, y que no podía servir para la mesa por estar envenenado, le abrevió la vida a golpes de macana, dejándolo en la playa, pues aunque sus esclavos quisieron darle sepultura no lo permitió, maltratando a los que lo intentaron. (4)

Esta expedición y otras que salieron de Puerto Rico para castigar y refrenar a los caribes, lejos de contenerlos, los estimuló a hacer mayores esfuerzos para extinguir a los de Puerto Rico, y faltó poco para que no lo consiguieran, pues como repetían los asaltos por toda la costa, y cada vez mataban y llevaban presos algunos españoles, faltaron muchos por este medio, y otros, desesperados de recibir socorro, se pasaron a Tierra Firme, dejando sus casas y haciendas (5) abandonadas.

Los indios naturales, violentos con la compañía de los españoles por el nuevo método de vida a que se les redujo, y hostigados de la hambre, tomaron esta ocasión para desampatar la Isla, pasándose a las circunvecinas de Mona, Monico, Vieques y otras de la costa, en donde se alimentaban con la pesca y algunas cortas sementeras, que establecieron en ellas; aunque después de algunos años, no pudiendo subsistir por ser muy reducidas, pidieron tierras en la de Puerto Rico, y se les señalaron en las sierras de Añasco y San Germán, en donde vivieron separados de los españoles, hasta principios de este siglo, en cuyo tiempo empezaron a casarse con españoles y negros, viniendo cuasi por este medio a extinguirse la casta de los indios de esta Isla.

Para que no faltase circunstancia que no contribuyese a la despoblación de esta Isla, su Contador, Antonio Sedeño, que tenía contratado con el Rey poblar la de la Trinidad, quiso aprovecharse de la infeliz situación

[a] Valladares dice: Juan Yucas Simón, y Acosta dice Juan Lucas Simón.

(4) Juan Castellanos, fol. 133.

(5) *Ibid.*

en que se hallaban los habitantes de Puerto Rico, reclutó gente para su nueva expedición; y aunque con trabajo por la poca que había quedado, recogió algunos españoles, que embarcó en dos carabelas y algunas piraguas; volviéndose una de éstas en el viaje y naufragaron los que iban en ella; los que llegaron a la Trinidad, perecieron flechados de los indios en las sangrientas refriegas que trabaron con ellos. <sup>(6)</sup> Estos sucesos dejaron la Isla tan despoblada, que habiendo enviado el Rey en 1532 el armazón de dos bajeles de remo para contener a los caribes, apenas se hallaban hombres para su tripulación y defensa. <sup>(7)</sup>

Por estos acontecimientos vino a quedar Puerto Rico sin brazos para el cultivo de las tierras, y por consiguiente sin comercio; las estancias volvieron a llenarse de guayabos y maleza a que es propensa esta tierra feraz. Los que quedaron, siendo muy pocos para resistir a los caribes, que continuaban sus asaltos, tomaron el arbitrio de multiplicar los perros, para auxiliarse de ellos, y ha quedado la Isla infestada hasta hoy de estos enemigos del ganado. En fin, su población ha ido a pasos tan lentos, que hasta el año de 30 de este siglo sólo tenía siete [b] parroquias, sus vecinos se dedicaron a la cría de ganados monteses, de que surtían a los extranjeros de las Islas de Barlovento, recibiendo en cambio ropas y otros efectos; y se puede decir que éstos la han disfrutado libremente, sin haber servido a la España más que de un entre puerto y aguada a los navíos que pasan a las islas de Cuba o Santo Domingo, Golfo de Honduras o de México.<sup>1</sup>

<sup>(6)</sup> Juan Castellanos, *Elegías*, fol. 144.

<sup>(7)</sup> Herrera, *Década 5ª*, libro 2, fol. 27.

[b] Valladares y Acosta dicen: cinco parroquias con corto número de vecinos quienes.

## CAPÍTULO XVI

### *CARACTER, USOS Y COSTUMBRES DE LOS CARIBES*

Antes de continuar el curso de esta historia, no será extraño dar una breve noticia de los indios caribes, principales devastadores de la isla de Puerto Rico. Los indios de la de Santo Domingo dieron noticia al Almirante Don Cristóbal Colón en su primer viaje de la ferocidad de los caribes, que habitaban las Islas de Barlovento. El mismo Almirante experimentó en el segundo la realidad de esta noticia, y fué testigo de su valor e intrepidez, cuando descubrió las de Guadalupe, Dominica, Marigalante y demás pobladas de estos bárbaros. Después han manifestado hasta nuestros días el mismo vigor y espíritu en todos los ataques posteriores contra los europeos, haciendo vigorosa resistencia en defensa de las tierras, que la ambición de sus opresores les invadía.

Los caribes son de buena estatura, corpulentos, proporcionados y de nervio, aunque su indolencia les privaba de las fuerzas de que eran susceptibles; sus ojos grandes, negros, y tan turbios, que en su mirar manifestaban su estupidez; su aspecto no sería desagradable, si voluntariamente no le afeasen desfigurando su cabeza, narices y demás facciones por una pretendida galantería, que hacían resaltar con los colores más vivos, con que pintaban todo su cuerpo, <sup>(1)</sup> y era el único vestido que los cubría. Este lo usaban por libertarse de la molesta picazón de los insectos de que estaban poblados los bosques en que vivían.

Su religión era cuasi ninguna: creían confusamente en dos seres; el uno, bienhechor, de quien pensaban les venían los bienes; el otro maléfico, a quien atribuían todas las desgracias, y en esto pensaban conformes con la mayor parte de los indios de América. Tributaban a estos espíritus invisi-

---

<sup>(1)</sup> Raynal, tomo 4, fol. 30. Robertson, tomo 2, fol. 566. Juan Castellanos, *Elejías*, fol. 119.

bles algunas supersticiones absurdas, como actos de religión, aunque con suma frialdad e indiferencia. Con la misma oyen y reciben aun hoy las santas instrucciones de la religión cristiana cuando se les catequiza; y después que los misioneros han ocupado mucho tiempo en enseñarlos e instruirlos, sin detenerse en contestaciones ni disputas, responden con la mayor frialdad e indolencia, que no pueden creer lo que se les dice, por miedo de que sus vecinos no se rían de ellos. <sup>(2)</sup>

No tenían gobierno; pero vivían tranquilos y muy unidos entre sí; eran muy limitados, y tan simples, que parece se equivocaban con los irracionales; aborrecían la distinción de clases entre los hombres; no podían comprender cómo los españoles obedecían las órdenes de su jefe, ni cómo se sujeta un hombre más fuerte a otro más flaco, o cómo uno solo podía mandar a muchos, aunque sus mujeres, como sexo más débil, estaban sometidas a sus maridos como unas verdaderas esclavas. El idioma que hablaban éstas era totalmente diferente del que usaban ellos; de donde infieren algunos escritores haber venido los caribes de la Guayana o del continente del Norte, siendo su dialecto y costumbres feroces más análogas a las de los habitantes de La Florida que a las de la América Meridional. <sup>(3)</sup> y que vencidos los naturales de estas islas, se quedaron con sus mujeres, que conservaron su dialecto, semejante al de los indios de las Islas de Sotavento.

Cada familia componía una pequeña república separada en cierto modo del resto de la nación, formando una aldea, que llamaban *carbet*, más o menos grande, según era más o menos numerosa. En el centro de esta aldea estaba la casa del jefe o patriarca de toda la familia con su mujer y sus hijos pequeños. En su circunferencia se veían las de sus descendientes e hijos casados. Estas casas o cabañas estaban construídas sobre estacas, hechas de varas o cañas cubiertas de rastrojo, sin más adorno que sus armas; la hamaca de algodón era su cama, y el resto de sus muebles consistían en algunos calabazos y calaveras de los cautivos que devoraban, de las cuales se servían para beber. Su desinterés o su desidia los mantenía contentos en esta pobreza, y todo era una imagen perfecta de los primeros tiempos. Pasaban la vida en dormir y fumar metidos en sus hamacas o sentados de cuclillas sobre los talones; hablaban muy rara vez, y se les oía sin contradecirles palabra, ni más contestación que una tácita aprobación de lo di-

(2) Raynal, tomo 4, fol. 31.

(3) Robertson, tomo 2, fol. 616. Labat, tomo 6, fol. 131. Herrera, Década 1ª libro 19, cap. 4.

## HISTORIA DE PUERTO RICO

cho; (4) quizá las pocas palabras que gastaban les dispensaron la formación de un código de leyes.

Los alimentos necesarios para su subsistencia eran muy contingentes y precarios: no tenían provisiones de víveres; vivían como los animales de rapiña, pasando grandes necesidades algunas veces, y otras con mucha abundancia, según las vicisitudes de su fortuna en la caza, pesca y asaltos. Su voracidad en la abundancia era tan brutal como su abstinencia rigurosa en tiempo de la escasez. Verdad es que los hombres que habitaban los bosques, consumen menos que los que habitan en las campañas rasas; en aquellos, el aire es más denso y la transpiración de las plantas forma glóbulos de partículas que los alimenta, y así la sobriedad de los caribes en sus necesidades puede consistir mucha parte en el espíritu de vegetación que respiraban, mediante la transpiración de los árboles de los bosques en que vivían. Allí gozaban sin fatiga, refresco y alimento sano, propio de aquel temperamento que exige poca comida, pues por su calor demasiado se halla débil y frío el estómago, satisfaciéndoles el poco alimento, y sólo con la ocasión de la caza o de algún festín o piratería solían excederse; entonces, dejándose dominar de su espíritu sanguíneo, mataban y se comían a sus cautivos y cuanto encontraban; tragaban las carnes chorreando sangre, manifestando en todo su brutalidad y barbarie. Al exceso de comida se seguía el de la embriaguez y el baile, cuyos movimientos serios y graves manifestaban la extremada pesadecz de sus almas; sus ojos llenos de ceño y enfado declaraba su estúpida comprensión. (5)

Estos salvajes, enardecidos con la excesiva bebida, llegaban a enfurecerse; renovaban los sentimientos particulares de las familias, de las muertes y daños, que les habían causado sus enemigos, y sus pesadas almas llegaban a remontarse, pasando repentinamente al extremo de la ira y venganza, hiriéndose y matándose como fieras. Para mitigar estas furias, los jefes de las familias resolvían ir a robar al continente o islas vecinas; juraban exterminar a sus enemigos diciendo: *vamos a comernos esta nación*; (6) y llenos de ardor se embarcaban sobre la marcha en sus piraguas, armados de sus macanas, arcos y flechas envenenadas; desembarcaban en las costas a donde se dirigían; asaltaban las rancherías, pueblos o haciendas, y en aquel arrebató de su furor daban muerte a los que encontraban sin dis-

(4) Raynal, tomo 4, fol. 35.

(5) Raynal, tomo 4, fols. 35 y 36. Juan Castellanos, fol. 119.

(6) Robertson, tomo 2, fol. 186.

tinción de edad ni sexo, satisfaciendo con estas víctimas su voracidad y venganza inexorable. Cautivaban los que alcanzaban, incendiaban las casas, destruían las sementeras, llevándose los cautivos, ganados y cuanto les acomodaba a sus islas.

La emulación y venganza que dominaba sus corazones, les había hecho discurrir medios de asegurar los tiros de sus flechas, mediante los venenos activos con que las preparaban: la más ligera herida de una de estas flechas emponzoñadas era siempre golpe mortal; pues sólo con tocar la sangre de un cuerpo la fija y hiela en el momento, y el hombre o animal más vigoroso cae muerto, <sup>(7)</sup> sin que la violencia del veneno corrompa las carnes ni impida el comerlas con toda seguridad. Estos venenos los componían de muchas cosas y maneras diferentes: el más activo y usual es el que llaman *curare*, hecho del jugo de unas raíces que se crían entre el cieno de las lagunas o lugares húmedos; las cortan en pedazos y hacen hervir hasta que toma cuerpo. Alguno afirma que su actividad obra inmediatamente en el sistema nervioso y no en la sangre. <sup>(8)</sup> También hacían venenos del manzanillo y de otras plantas y animales ponzoñosos, poniendo en cocimiento las culebras, sapos, hormigas y otras sabandijas, que introducían vivas en la olla, y bien tapada dábanla fuego continuado 24 horas, y el unto o argamasa que queda de esta infusión es el veneno con que preparan el harpón de las flechas. <sup>(9)</sup>

La isla de Puerto Rico, que fué en todos tiempos la más combatida de los caribes, no pudo contenerles, ni por la multitud de sus habitantes, ni con la ventaja de las armas de fuego; hasta que en 1625 los ingleses, a las órdenes de Warnes y los franceses, a las de Danambuc, desembarcaron a un mismo tiempo en San Cristóbal, no con el objeto de cultivar sus tierras, sino con el de enriquecerse, mediante los robos y piraterías, que desde esta isla pensaban hacer sobre las españolas. Los caribes, viendo estos huéspedes bien armados y temibles, se retiraron a lo interior de la isla, contentándose con decirles: *muy infeliz tierra es la vuestra, o estabais muy pobres en ella, cuando venís a buscar aquí atravesando tantos peligros.* <sup>(10)</sup>

(7) Robertson, tomo 2, fol. 315. Raynal, tomo 4, fol. 331. Gumilla, pág. 390. Castellanos, fol. 119.

(8) Raynal, tomo 4, fol. 331.

(9) Historia general de los viages, tomo 22, fol. 196.

(10) Raynal, tomo 4, fol. 39.

## *H I S T O R I A     D E     P U E R T O     R I C O*

Los franceses, ingleses y holandeses que sucedieron a los caribes en sus islas, adoptaron su ferocidad y barbarie; esparcieron el terror y espanto por todas las colonias españolas, llevándolo todo a sangre y fuego, como se verá en los capítulos siguientes.<sup>1</sup>





## CAPÍTULO XVII

*LOS INGLESES Y HOLANDESES ATACAN Y DESTRUYEN A LA CIUDAD DE PUERTO RICO; SITIAN EL CASTILLO DEL MORRO; SALIDA DE LA PLAZA Y REEMBARCO DE LOS HOLANDESES; LA ARMADA DE ESPAÑA BATE Y DESHACE A LOS PIRATAS.*

Sumergidos los habitantes de Puerto Rico en la languidez y desmayo a que los habían reducido las epidemias, huracanes y guerras, especialmente la de los caribes, para cúmulo de sus desgracias padecieron nuevos insultos. Los extranjeros, que codiciaban esta Isla, ya que no pudieron conseguir dominarla, desahogaron su cólera quemando y robando la Ciudad deseosos de extinguirla; y como estaba indefensa, les fué fácil atacarla y destruirla a su arbitrio; aunque por fin, reforzados sus vecinos con algunos socorros que les llegaron de España, escarmentaron a sus enemigos y los expulsaron de la Isla.

En 1595 el célebre pirata Francisco Drake, después de haber robado e incendiado las costas del Perú, Cartagena y otras provincias, forzó el puerto de la Ciudad de Puerto Rico con una numerosa flota; quemó las embarcaciones que se hallaban en él y saqueó la Ciudad; pero considerando no podía subsistir en ella, sin abandonar el objeto de su empresa, siguió su viaje dejándola destruída. Tres años después, el Conde de Cumberland se apoderó de la Isla con ánimo de establecerse en ella; pero el cuchillo de una epidemia, que entró en sus tropas, le quitó en pocos días más de cuatrocientos hombres, precisándole a abandonar la empresa: saqueó e incendió la Ciudad nuevamente, matando a muchos de sus vecinos, y se hizo a la vela llevándose el despojo y setenta piezas de artillería. <sup>(1)</sup>

Estos insultos determinaron a la Corte de España a pensar seriamente en la defensa de Puerto Rico. Se fortificó el Castillo del Morro, que

---

(1) Gaz. Amer., tomo 3, fol. 61. Echard, fol. 82.

se había comenzado de orden del Señor Felipe II; se envió alguna tropa, armas, municiones y artillería, y se proveyó de cuanto convenía para su defensa, y para que volviesen a ella los indios naturales, que se habían retirado a las otras contiguas. Recogieron estas tristes reliquias de aquella numerosa nación, que antes había poblado la Isla, con las cuales se establecieron algunas poblaciones, y por todos los medios que las circunstancias del Estado lo permitían, se procuró asegurarla de las invasiones de los enemigos, que manifestaban codiciarla.

En 1615 (?) los holandeses enviaron contra Puerto Rico una poderosa escuadra al cargo del General Balduino Enrique. Este tomó la Ciudad, que todavía no tenía murallas ni defensa; pero estaba ya construido, y bien fortificado el Castillo de San Felipe del Morro, al cual pusieron sitio. (2) El Gobernador Don Juan de Haro se había retirado a él con alguna tropa y los vecinos capaces de tomar las armas. Balduino se acampó en el llano que media entre la Ciudad y el Castillo: apenas comenzó a fortificarse, cuando los sitiados hicieron una salida, mandada por el Capitán Don Juan de Amézquita y Quijano, natural de la ciudad de San Sebastián en la provincia de Vizcaya; y cargaron sobre los holandeses con tanto ardor, que después de un reñido combate, los pusieron en huida dejando el campo cubierto de muertos y heridos con mucho botín y pertrechos de guerra.

El Capitán Amézquita siguió el alcance del enemigo, quien procuró embarcarse precipitadamente, lo que no verificó sin mucho descalabro. Quedáronse muchos holandeses ocultos entre la maleza que había en todo el terreno intermedio desde el campo del Morro, hasta la Puntilla, lo cual, advertido por los españoles, volvieron sobre ellos y los mataron o hicieron prisioneros. Inmediatamente, en la misma noche, levantaron a la lengua del agua en la parte de la Puntilla una buena trinchera de fagina, la guarnecieron con algunos cañones de artillería, que bajaron del castillo; con toda diligencia, empezó a batir la escuadra enemiga, que estaba anclada en la bahía y después de alguna resistencia la obligó a levantarse, habiéndoles echado un navío a pique y maltratado algunos otros.

El Capitán Amézquita, cuando salió del Castillo contra los enemigos, encontró a su frente al General Balduino, contra quien tiró la espada y le quitó la vida. Los demás españoles hicieron también su deber, que enardecidos contra los holandeses, se precipitaban tras de ellos por los derrum-

(2) Gaz. Amer., tomo 3, fol. 61. Echard, fol. 274.

## HISTORIA DE PUERTO RICO

baderos y cuestras, en donde padecieron algunas desgracias, quedando algunos muertos y muchos estropeados, pero victoriosos, y los enemigos bien escarmentados. <sup>(3)</sup>

El Rey, informado de la bizarría con que el Capitán Don Juan de Amézquita se había ofrecido a la salida y del valor con que se portó en ella, le confirió el gobierno de Cuba, en donde construyó el Castillo del Morro, que defiende la entrada del puerto de aquella plaza. A los soldados que más se distinguieron en esta ocasión, dió diferentes empleos; a otros consignó pensiones; y para alivio de los heridos fundó un hospital, asignándole para siempre el sueldo de dos plazas de soldados, que cobra hasta el presente.

Para libentar de tales asaltos a Puerto Rico, mandó S. M. en 1630 se formase en España una escuadra respetable contra los holandeses, que abordaban las costas del Brasil y tenían infestados aquellos mares. Dióse el mando en jefe de esta expedición a Don Federico de Toledo, con orden de llevar el rumbo de su navegación por las Islas de Barlovento, para atacar a San Cristóbal y desalojar a los extranjeros arrochelados en ella, desde donde asaltaban las islas españolas, apresaban los navíos, arruinaban el comercio, haciendo todo género de extorsiones y violencias en los vasallos y tierras de S. M.

Don Federico se hizo a la vela; los corsarios de San Cristóbal e islas contiguas, noticiosos del objeto de esta escuadra, reunieron sus fuerzas navales, resueltos a defender la prepotencia en aquellos mares hasta el último extremo, pero inútilmente, pues la escuadra española los batió completamente, echó a pique muchos bajeles enemigos con todas sus tripulaciones, apresó otros, siendo pocos los que pudieron salvarse con la huida. Estos se refugiaron a las islas desiertas, en donde se establecieron y dejaron en paz a los españoles, <sup>(4)</sup> por algún tiempo.

El feliz éxito de esta expedición y las demás providencias acordadas por la Corte para la seguridad de Puerto Rico, parece podían lisonjear a sus habitantes haber llegado el término de tan repetidas desgracias; pero les sucedió muy al contrario: en estos años se presentaron en el teatro de aquellos mares una multitud de hombres desalmados o de furias infernales, que ejecutaron las más inauditas crueldades, robos, incendios, muertes, sa-

---

<sup>(3)</sup> *Gaz Amer.*, tomo 3, fol. 61.

<sup>(4)</sup> *Raynal*, tomo 4, fol. 40.

*F R A Y I Ñ I G O A B B A D Y L A S I E R R A*

crilegios y toda especie de inhumanidad; quedando ésta y las demás islas expuestas a la tiranía de los piratas franceses, ingleses y holandeses, que las asaltaban alternativamente, <sup>(6)</sup> jurando con odio implacable no conceder la vida a ningún español que cayese en sus manos, para vengar en ellos las ofensas que decían haber éstos cometido contra los indios; como si este pretexto estudiado, justificara sus robos e inhumanidades. Esta Isla fué muy molestada de estos piratas, no será extraño dar algunas noticias de su origen y progresos.<sup>1</sup>

---

<sup>(6)</sup> Raynal, tomo 4, fol. 66.

## CAPÍTULO XVIII

*NOTICIA DE LOS "BOUCANIER" Y "FILIBUSTIER". OGERON GOBERNADOR DE LA ISLA DE LA TORTUGA, CON SUS "FILIBUSTIER", NAUFRAGARON EN LA COSTA DE PUERTO RICO. ARMAN SEGUNDA VEZ Y DESEMBARCAN EN LA ISLA; Y SON DERROTADOS POR SUS VECINOS.*

Los ingleses, expulsos de Inglaterra y del continente de la América del Norte por el tirano libertador Cromwell; [a] los franceses, prófugos de su patria por las revoluciones de las nuevas sectas que nacieron en Francia; y los holandeses que acababan de substraerse del dominio español, por la rebelión, viendo a la España debilitada con las largas guerras que había sostenido muchos años y combatida con las revoluciones de Cataluña, Portugal y Nápoles, pasaron a la América buscando un refugio en donde vivir con la libertad e independencia propia de su carácter.

En 1625 los ingleses y franceses se ampararon de la isla de San Cristóbal y sucesivamente de otras, desde donde como furias desatadas corrieron aquellos mares, haciendo frecuentes desembarcos en todas partes, llevándolo todo a sangre y fuego, con tanta inhumanidad y barbarie, que no tiene ejemplo en las historias.

Estos bárbaros forajidos estaban divididos en dos clases, que llamaban "boucaniers" a los unos y "filibustiers" a los otros. Los "boucaniers" se establecieron al norte de la isla de Santo Domingo; vivían como salvajes en una total independencia y libertad, sin ley ni religión. A los principios se ocupaban en la caza de vacas y caballos, que se habían multiplicado pasmosamente en toda la isla; se mantenían con las carnes de los animales que mataban; la sobrante y los cueros vendían a los piratas que frecuentaban aquellas costas, tomando en cambio armas, municiones y

---

[a] Léase Cromwell.

los prisioneros que aquellos hacían en sus asaltos y vendían por esclavos. Poco después estos bandidos, no contentos con derramar la sangre de las fieras, penetraron la isla hasta los pueblos, y llevados de su furor sacrificaban a cuantos encontraban sin distinción de edad ni sexo, sólo por robar a los españoles, faltos de fuerzas para resistirles. <sup>(1)</sup> Tal es el origen del establecimiento de los franceses en esta isla.

Los piratas conocidos con el nombre de "filibustiers" fueron más numerosos e inhumanos; se fortificaron en la isla de la Tortuga, situada a dos leguas al norte de la de Santo Domingo, y la eligieron por guarida universal de todos los libertinos. Formaron compañías de ciento, doscientos o más hombres, nombraban entre ellos un capitán que dirigía sus expediciones de mar y tierra, aunque su autoridad estaba limitada sólo a mandar en la acción del abordaje o asalto, siendo igual en todo lo demás a sus compañeros. Cada uno traía sus armas y municiones; <sup>(2)</sup> y juntos el día señalndo daban principio a sus operaciones, asaltando algún pueblo o rebaño de ganados para proveerse de vituallas y carnes. Luego acordaban el paraje en que se había de hacer el corso, o el pueblo que debían robar, lo que ejecutaban con tanto coraje, que la vista del navío u objeto de su destino enanecía su sangre, hasta transportarlos en una furiosa demencia. Ni era menos singular la destreza en el manejo de sus barcas para guardarse de la artillería enemiga, aprovechando muy bien los tiros de su fusilería, mientras llegaban al abordaje; y para que ninguno de los "filibustiers" pudiese volver atrás, solía el capitán dar barreno a su barco, precisando con esto a sus compañeros a tomar el del enemigo o irse a pique. En este extremo acometían como furias, desesperados de salvar sus vidas, si no se apoderaban de la del enemigo.

Sólo en caso de necesidad atacaban a qualquiera pabellón, pero al español en todo acontecimiento se apoderaban de sus bajeles y cargamentos, que repartían entre sí por iguales partes. A los vencidos, unas veces solían quitarles la vida, otras los echaban en tierra, quedándose con los que les parecían necesarios para su servidumbre o para venderlos. Los "filibustiers" que quedaban mutilados en los ataques, tenían asignadas recompensas: el que perdía el brazo derecho, recibía 600 pesos o seis esclavos; por el izquierdo le estaban consignados 500, o cinco esclavos; por la pierna derecha 500, o cinco esclavos; por la izquierda 400, o cuatro esclavos.

<sup>(1)</sup> Raynal, tomo 4, fol. 47.

<sup>(2)</sup> *Historia de los Piratas*, fol. 104.

vos; por un ojo o dedo les daban 100 pesos o un esclavo. El residuo de la presa se repartía entre todos con integridad. El capitán por el barco tiraba cinco o seis partes, según estaban convenidos. <sup>(3)</sup>

Entre los capitanes "filibustiers" más famosos por sus piraterías fueron Francisco Lolonois, natural de *Sables de Olone* en Francia. Este, libre ya de la esclavitud en que vivió en las islas caribes, pasó a ser "boucanier" en La Española; después se alistó entre los "filibustiers" de la Tortuga, y por la mayor resolución y furor que manifestó en algunas ocasiones, le eligieron capitán sus camaradas. Juró no dar jamás cuartel a ningún español, <sup>(4)</sup> a quienes cortaba la cabeza, hacía pedazos o asaba en asadores de palo; <sup>(5)</sup> corrió las costas de Puerto Rico; y entre otras presas les tomó un navío cargado de cacao y plata. <sup>(6)</sup> Asoló estas costas y las de Tierra Firme; quemó a Maracaibo, Gibraltar, Puerto Cabello, Veragua, con otros pueblos, y destrozó muchos españoles, hasta que los indios del Darién lo hicieron a él pedazos.

No fué menos cruel el Capitán Juan Morgan de la Provincia de Walis en Inglaterra, quien, después de infundir su terror en todas las islas, se apoderó de la de Santa Catalina, situada en la Costa Rica; saqueó a Portobelo, Chagré, Panamá, y otras ciudades; ponía en tormento a los que cogía para que le manifestasen el dinero, y a los que no lo manifestaban por no tenerlo o ignorarlo, les quitaba la vida de muchas maneras.

Pedro Le-Grand, natural de Diepa, después de robar e incendiar las islas y costas del Mar del Norte, fué con sus "filibustiers" a la Mar del Sur, llegando con sus crueldades hasta California. El famoso Montbras del Languedoc, cometió tantas inhumanidades y robos, que era conocido con el nombre del Exterminador. <sup>(7)</sup>

Estos y otros muchos capitanes de piratas, tiranizaban aquellos mares, abordando las embarcaciones españolas e invadiendo sus islas. Los de Puerto Rico, no pudiendo resistir la mala vecindad de los franceses e ingleses establecidos en San Cristobal, los atacaron en 1629; y aunque los expulsaron de ella, se pasaron a la de la Antigua, y fué preciso ceder por entonces a las fuerzas. Los "filibustiers" en 1634 se apoderaron de las islas de Curazao, Aruba y Bonaire, situadas sobre la costa de Caracas, a 25 le-

<sup>(3)</sup> *Historia de los Piratas*, fol. 107. Raynal, tomo 4, fol. 59.

<sup>(4)</sup> *Historia de los Piratas*, fol. 147.

<sup>(5)</sup> *Ibid.*, fol. 126.

<sup>(6)</sup> *Ibid.*, fol. 151.

<sup>(7)</sup> Raynal, tomo 4, fol. 69 y sig. *Historia de los Piratas*, fol. 149 y sig.



guas del Cabo de San Román, en los 11 grados, 56 minutos de latitud, con 68 y 20 minutos de longitud.<sup>(8)</sup> En 1638 se establecieron en San Eustaquio, Saba, San Martín, Santa Cruz, y otras que están a barlovento de la de Puerto Rico,<sup>(9)</sup> asaltándolo y robándolo todo en la mar y en la tierra, aunque no siempre con igual suerte.

El Gobernador de Puerto Rico, teniendo ya fortificada la Capital de la Isla, con guarnición de tropa española, y los habitantes del país reparados de las pasadas desgracias y deseosos de tomar alguna satisfacción de lo mucho que los habían insultado, resolvió ir a desalojarlos de las islas que les habían usurpado. En efecto, atacaron la de Santa Cruz, situada a los 18 grados y 9 minutos latitud y 64 con 13 de longitud occidental, que tenían ocupada los ingleses, en quienes vengaron los destrozos que antes les habían hecho en sus piraterías; pasaron por las armas a cuantos encontraron con ellas, enviando a los demás a la isla Barbada. [b]

Los holandeses de San Eustaquio y de San Martín, enviaron nuevamente una colonia a Santa Cruz, que también quedó prisionera de los españoles; aunque el General francés Peincy, les quitó poco después la isla por capitulación, teniendo que retirarse los de Puerto Rico, cediendo por entonces a la superioridad de las fuerzas francesas.

En el año de 1650 volvieron los de Puerto Rico contra las islas caribes, de que se habían apoderado los franceses y holandeses; atacaron la de San Martín, situada a barlovento en los 18 grados de latitud, con 62 y 30 minutos de longitud occidental, entre las de San Bartolomé y la Anguilla, tomaron el castillo, hicieron prisioneros sus habitantes apoderándose de cuanto había en ella; pero siendo esta isla de muy poca utilidad por su corta extensión, mala calidad de la tierra y falta de agua, demolieron el castillo, y cuanto había, retiráronse a Puerto Rico dejándola desierta; poco después volvieron a establecerse en ella los franceses y holandeses, que la poseyeron con tranquilidad, aún estando en guerra entre sí estas naciones, hasta el año de 1757, [c] en que un corsario inglés llamado Kook los echó de ella. <sup>(10)</sup>

El Gobernador de la isla de la Tortuga, Beltrán Ogeron, de nación

<sup>(8)</sup> Raynal, tomo 4, fol. 378. Gaz. Amer., tomo 1, fol. 147.

<sup>(9)</sup> Gaz. Amer., tomo 3, fols. 124 y 125. Raynal, tomo 4, fol. 383.

[b] Valladares y Acosta tienen la siguiente nota: *Gaceta Amer.*, tomo 3, fol. 125. la cual no aparece en el manuscrito.

[c] Valladares dice 1557; Acosta 1657.

<sup>(10)</sup> *Gaz. Amer.*, tomo 2, fol. 235. Raynal, tomo 4, fol. 382.

## HISTORIA DE PUERTO RICO

francés, construyó un navío de guerra y con 500 "filibustiers" se hizo a la vela para atacar la isla de Puerto Rico; pero al llegar a sus costas le sobrevino una borrasca, que lo estrelló sobre las isletas Guadianillas al suroeste de la Isla, y aunque los más se salvaron del naufragio, cayeron en manos de los españoles, que les salieron al encuentro, cargando reciamente sobre ellos; pero viéndolos indefensos, y que pedían cuartel, se lo concedieron contentándose con llevarlos atados. Preguntáronles por su capitán y respondieron que se había ahogado en el naufragio; pero Ogeron, que estaba entre sus compañeros, se fingió loco, y los españoles, no conociendo el estratagema, lo desataron juntamente con el cirujano. <sup>(11)</sup>

Estos dos, llegada la noche, huyeron al abrigo de los bosques; salieron a la costa del mar, en donde empezaron a cortar madera para formar una balsa, con que transportarse a la isla de Santa Cruz, que era de franceses y estaba cerca. Estando ocupados en esta maniobra, descubrieron a lo lejos una canoa, que bogaba hacia ellos. Ocultáronse entre la maleza y cuando atracó a tierra, vieron que sólo traía dos pescadores; entonces resolvieron matarlos y apoderarse de la canoa. Uno de los pescadores, cargado de algunos calabazos y pescado, tomó el camino por donde estaban los franceses ocultos; diéronle de improviso un fuerte golpe de hacha en la cabeza, y cayó muerto; acometieron al otro, que procuró salvarse en la canoa; pero lo mataron dentro de ella, y para que no se encontrasen las pruebas de su infamia, los echaron en alta mar; tomando su rumbo para la isla de Santo Domingo con la misma canoa. <sup>(12)</sup>

Luego que llegaron al puerto de Samaná en aquella isla, Ogeron dejó a su compañero con el encargo de recoger todos los corsarios que pudiese, y él pasó a la Tortuga al mismo intento, con el fin de volver a Puerto Rico a rescatar a sus compañeros, robar y destruir la Isla, y como el ejercicio de los habitantes de la Tortuga era éste, en pocos días pudo formar una escuadra para verificar su proyecto, y se hizo a la vela en vuelta de Puerto Rico. Luego que avistaron sus costas aferraron las gavias y juanetes, sirviéndose sólo de las velas bajas para no ser descubiertos tan breve de los isleños; pero éstos, que estaban amargos de sus asaltos repentinos, tenían buena guardia, y con el primer aviso, se pusieron en defensa. Salió luego la caballería a oponerse al desembarco y se apostó en la playa en que intentaban hacerlo.

<sup>(11)</sup> *Hist. de los Piratas*, fol. 470. Raynal, tomo 4, fol. 59.

<sup>(12)</sup> *Historia de los Piratas*, fol. 471.

Ogeron atracó sus navíos a la costa cuanto pudo y empezó a barrerla con su artillería cargada de metralla. Esta precisó a los caballos a retirarse al bosque inmediato, en donde estaba oculta la infantería. Ogeron, en estas circunstancias, ignorando la emboscada no dudó desembarcar; echóse desde luego en tierra con sus compañeros y empezó a marchar por la playa, que cubierta de arboleda y maleza ocultaba la infantería; cuando ésta vió a los franceses a tiro los embistió con la furia que les dictaba la sed de la venganza. Los piratas, aunque sorprendidos, procuraron defenderse; pero no pudiendo resistir el combate, se vieron precisados a reembarcarse precipitadamente, dejando muchos muertos y heridos que no pudieron tomar las lanchas. <sup>(13)</sup>

Ogeron, herido y derrotado, se hizo a la vela con su escuadra, lleno de confusión y sentimiento de ver frustradas sus dos expediciones contra Puerto Rico, perdido su caudal y el de sus amigos, quienes lo abandonaron, eligiendo por jefe a otro antiguo pirata, llamado *Sieur Maintenon*, que los llevó a la isla de la Trinidad y costa de Paria, en donde hicieron los robos y barbaries acostumbradas. <sup>(14)</sup>. Los de Puerto Rico, después de entrar victoriosos en la Ciudad con sus prisioneros, los dedicaron a los trabajos de las fortificaciones que estaban haciendo.<sup>1</sup>

<sup>(13)</sup> *Ibid.*, fol. 474.

<sup>(14)</sup> *Ibid.*, fol. 476.

## CAPÍTULO XIX

*LOS INGLESES A LAS ÓRDENES DEL CONDE DE ESTRÉN PASAN A PUERTO RICO Y SE PIERDEN EN LA COSTA, ARMAN SEGUNDA ESCUADRA Y DESEMBARCAN EN LA ISLA, RECHÁZALOS EL CAPITAN CORREA. NUFRAGIO DE LA FLOTA DE PUERTO RICO.*

En 1678 el Conde de Estren, comandante inglés, armó 22 bajeles, y con un cuerpo de tropas de desembarco, se presentó a la vista de la Ciudad, amenazando su destrucción, si no se rendía; pero la plaza hizo su deber; y antes que le dejaran pisar la tierra, sobrevino un huracán tan violento, que dió con toda la escuadra inglesa sobre la isleta Aves, en donde se hizo pedazos con la mayor parte de las tripulaciones y tropa, quedando prisioneros de guerra los que se salvaron del naufragio.

La pérdida de una escuadra tan respetable no hizo variar a los ingleses del objeto de su empresa. Había resuelto la Inglaterra apoderarse de Puerto Rico para formar en ella el emporio de su comercio en América; y en 1702 envió otra escuadra con tropas de desembarco, que hicieron en la costa del norte cerca del pueblo del Arecibo, en el cual sólo había una pequeña guardia de las milicias urbanas del país, compuesta de once hombres, al cargo de su Capitán Don Antonio Correa. Este luego que vió a los ingleses disponerse para salir a tierra, abandonó el puesto de la guardia, fingiendo retirarse aceleradamente; pero ocultóse en un bosque inmediato en donde tenían sus caballos los once milicianos de su mando; hizolos montar y prevenidos de su lanza y sable, que son las únicas armas que usan, esperaron con frescura a los ingleses. Estos se formaron en columna y dirigieron su marcha por el centro del bosque, y entraron en él bien lejos de pensar que aquellos pocos que habían huído tan apresuradamente a su primera vista tuviesen valor para esperarlos tan cerca.

## *F R A Y I N I G O A B B A D Y L A S I E R R A*

El Capitán Correa esforzó a su gente, animándolos en pocas palabras a vencer o morir por su patria; y en tiempo oportuno dió de improviso con sus once caballos sobre los ingleses, alanceándolos con tanto brío, que los puso en desorden, y llenos de confusión, sin acertar a rehacerse, huyeron a reembarcarse. Correa, que del primer golpe había muerto 42 ingleses y estropeado a otros muchos sin desgracia de los suyos, siguió animosamente a los enemigos hasta entrarse en la mar tras ellos mientras pudieron alcanzarlos con sus caballos, matándolos aun dentro de las mismas lanchas, hasta que huyeron en ellas, dejando muchos muertos y heridos en el bosque y playa, sin los que se ahogaron e hicieron prisioneros.

Esta generosa acción llenó a los enemigos de terror, sin atreverse a repetir sus insultos, mirando en lo sucesivo las costas de Puerto Rico con más precaución y respeto. El Capitán Don Antonio Correa y su guardia recibieron del público todos los honores y elogios que la sincera gratitud del reconocimiento supo sugerirles en obsequio de tan bizarra y gloriosa defensa. El Rey, informado de la intrepidez con que este Capitán había rechazado a los ingleses, le confirió el grado y sueldo de capitán de infantería de sus ejércitos, enviándole la medalla de su Real Efigie; premiando a los once hombres de su guardia con cartas de mercedes y sueldo señalado, y otras recompensas con que los honró en premio de su valor, que hasta hoy se distingue en la familia del Capitán Correa, que existe en esta Isla.

El estímulo de las mercedes que S. M. dispensó con tanta liberalidad a los que se habían señalado en defensa de la Isla en las ocasiones que intentaron tomarla los enemigos de la Corona, y las victorias adquiridas sobre éstos por los habitantes de Puerto Rico, los animaron a armar de nuevo sus corsarios, no sólo para defender sus costas, sino para volver a atacarlos en las islas que tenían usurpadas. Con efecto, estas armadillas de Puerto Rico se hicieron respetar en aquellos mares: desembarcaron en algunas islas y desalojaron de ellas a los piratas; pero como éstas son en mucho número y por la mayor parte de corta exteasión y poca utilidad, volvían los extranjeros a establecerse en ellas, luego que se retiraban los de Puerto Rico.

No obstante lo dicho, estas expediciones se repitieron por muchos años continuos, hasta que una desgracia muy lamentable para esta Isla, suspendió sus esfuerzos. Uno de los mejores armamentos que jamás se habían formado para el intento, salió de Puerto Rico, escoltado por un

## HISTORIA DE PUERTO RICO

navío de 50 cañones, llamado Carlos V, con 500 hombres de tripulación en que iban los mejores vecinos de la Isla por su experimentado valor y acierto; pero un furioso huracán, que los acometió en su navegación, dió con toda la flota sobre las costas, sin que los esfuerzos ni la industria pudiese salvar a alguno de tan funesto naufragio. Este infortunio vistió la Isla de luto; quedaron suspensas las armadillas, los extranjeros establecieron sus plantaciones y fomentaron su comercio en las islas, disfrutándolas por entero sin más oposición en lo sucesivo.

Desde este tiempo quedó la isla de Puerto Rico en un total abandono. El cúmulo de calamidades que desde sus principios la combatieron, aniquilaron su población, cultivo y comercio, lo que impidió a la España conocer su importancia, y la de formar establecimientos en ella, hasta el año de 1763, en el cual, con motivo de la última guerra, el Rey volvió sus ojos sobre esta Isla, cuyo soberano influjo ha cambiado el triste aspecto de su despoblación y pobreza en que estaba constituida, en un país delicioso, cultivado por un número de colonos, que aunque no llega a la décima parte de los que puede mantener y necesita; la rapidez pasmosa con que en el espacio de quince años, se han erigido diez pueblos y multiplicándose sus habitantes hasta el número de 700,250, [a] cuando en el año de 1769 no llegaban a 20 parroquias con 18,000 habitantes de todas clases, [b] persuaden que en muy pocos años llegará a la perfección y término que conviene en todas sus partes, respecto del pie en que ya hoy está; y los progresos que ofrecen su situación y terreno al comercio de las tierras, cuya fertilidad, excelencia de sus frutos y abundante número de ríos, se describirá en la relación topográfica de los pueblos y territorios que con tiene.<sup>1</sup>

---

[a] Acosta da la cifra de 70,250.

[b] La frase "habitantes de todas clases" no aparece en Valladares ni en Acosta.



## CAPITULO XX

### *DESCRIPCIÓN TOPOGRAFICA DE LA CIUDAD DE PUERTO RICO Y DE SUS INMEDIACIONES.*

La ciudad de San Juan Bautista de Puerto Rico, capital de toda la Isla, está en 18 grados 40 minutos de latitud. Se halla en el extremo occidental de una isleta de 3 millas de larga al norte de la Isla grande. Un puente fundado sobre dos calzadas, que se avanzan por un lado y otro en la mar, unen las dos islas, dejando formada la bahía, que se comunica por los dos extremos con el mar de afuera. Aunque el terreno que ocupa la Ciudad está levantado hacia la parte del norte, las seis calles que corren a lo largo de oriente a poniente son llanas, espaciosas y derechas. Las siete que cortan la Ciudad por lo ancho de norte a sur, aunque son igualmente anchas y rectas, tienen una parte de cuesta incómoda, se extienden a lo largo como 500 toesas y poco más de 200 a lo ancho; todas están desempedradas; en algunas partes se ve la peña viva; en otras es el piso de arena movediza que fatiga para andar. La posición pendiente en que se halla la Ciudad, la da una perspectiva más extensa, la hace gozar mejor de los aires y es menos molestada de la variedad de mosquitos y otros insectos que atormentan la Isla.

La construcción de las casas es tan varia como las castas o clases de sus habitantes. Las de los españoles y ciudadanos acomodados están hechas de cal y canto, cubiertas de teja, algunas tienen el techo de azotea. Nunca les echan más de un piso alto, que generalmente es de tabla, algunas veces cubierto de ladrillo, bien que por lo común aun estas casas de piedra son bajas y sólo tienen el piso de la tierra; evitan darles elevación por temor de los huracanes y terremotos, que son muy temibles y por ser muy costosos los materiales y los artífices. Una casa de piedra con un piso alto, no obstante las pocas comodidades que suele tener, no costará me-



nos de 10,000 pesos. La mayor parte de las casas tienen aljibes, en donde recogen el agua de los tejados, que les sirve para beber y demás usos domésticos, pues no hay fuentes en la isleta en que está la Ciudad, ni más que un pozo de agua salobre en la marina y un manantial muy escaso en el foso del Castillo de San Cristóbal.

Las casas que habitan los mulatos y gente de color son de tabla y vigas. Fijan éstas en hoyos, que abren en la tierra, y bien aseguradas, clavan en ellas por sus cuatro frentes las tablas, que son constantemente de palmas, por su mucha duración y resistencia a las inclemencias del tiempo; su techo forma dos vertientes, mediante un caballete de vigas; cúbrelo con cañas o tablas, sobre las cuales aseguran con buen orden hojas o más bien cortezas de la palma, que suplen muy bien por las tejas, y llaman yaguas; el ámbito interior de la casa está cortado por el centro con un tabique de tablas, o cañas; esta sección deja dos piezas, la primera en que está la puerta de la casa, sirve de zaguán y sala; la interior está destinada para dormitorio de la familia, bien que la primera tiene el mismo uso y en ella cuelgan las hamacas, que es su canapé, en que pasan el día y la noche. Este método de hacer las casas, y los materiales que emplean en ellas, producen multitud de monstruosas arañas, ciempiés, cucarachas, comején y otras especies de reptiles peligrosos e incómodos.

Los negros y gente pobre forman sus casas a esta misma idea, aunque más groseras y reducidas. Apenas son otra cosa que una jaula hecha de cañas, sostenidas por dentro de estacas, que ponen para darlas firmeza. El techo es también de cañas, cubiertas con *yaguas*, como las antecedentes. A estas casas llaman *bujíos*: no suelen tener división en lo interior, ni más luz que la que entra por la puerta, que es baja y angosta.

Son pocas las casas de esta Ciudad que no tienen algún patio o huerto que les sirve de mucho desahogo: en ellos componen sus comidas, sin más cocina ni hornillos, que el fuego que encienden en el suelo a la sombra de algunos papayos, plátanos, o enramadas, cubiertas de calabazos, que siembran para gozar de su sombra y guarecer a las gallinas comunes, de guinea, patos, u otras aves, que acostumbran criar, defendiéndolas con este arbitrio de los ardores del sol. Las casas de esta construcción están a los extremos de la Ciudad, y aunque dentro de los muros, se pueden considerar como arrabales: el vecindario asciende a 6,605 almas de todas clases.

El lujo de la ebanistería, tapicerías y adornos, no ha entrado todavía en

## HISTORIA DE PUERTO RICO

Puerto Rico: todos sus muebles están reducidos a las hamacas y alguna silla tosca de madera o de paja; las puertas y ventanas no tienen más primor; se mueven sobre sus quicios y las cierran con trancas, pues faltos de hierro, lo están igualmente de bisagras y demás piezas de este metal. Generalmente la fábrica de las casas es tosca; su extensión y comodidad reducida; su adorno y hermosura ninguna; y todo el conjunto manifiesta su grosería y ningún gusto en esta parte. Ultimamente se han empezado a construir algunas casas de mejor idea y comodidad.

Con todo, la posición de la Ciudad en el declive de la cuesta, los muchos huertos o patios poblados de vistosas plantas, las azoteas de muchas casas, algunos edificios públicos perfectamente contruídos y la proporción y rectitud de las calles, le dan de lejos una perspectiva extensa y agradable, hermosea de árboles y plantas, que resaltan entre las casas, formando un bosque en poblado. Esta es la idea que sobre poco más o menos debe formarse de las casas y Ciudad de Puerto Rico.

En cuanto a los edificios públicos se puede decir son el fruto de los esfuerzos de un pueblo, que hace pocos años empezó a respirar de la languidez y pobreza en que lo tuvieron sepultado las calamidades padecidas desde sus principios, y que libre ya de aquellos conflictos, se aplica a aprovechar este tiempo favorable para hermohear su patria. Considerados bajo este punto de vista, se ve en ellos un aire de magnificencia y hermosura.

La Iglesia Catedral, única parroquia de la Ciudad, es de una suntuosa planta; tiene tres naves bien capaces; el pavimento, paredes y columnas de excelente sillería, con dos órdenes de capillas muy decentes; pero la bóveda es de tabla, excepto la capilla mayor, que es de piedra bien labrada; su ornato es poco, y nada se ve de primor en los retablos, coro ni demás piezas. En su inmediación se ven las ruinas de otros edificios contiguos a la Catedral, que se cree fueron el Palacio Episcopal y Seminario. Este hasta ahora no se ha reedificado.

Hay un convento de religiosos franciscanos, otro de dominicos y uno de monjas del Carmen Calzado; los dos primeros son edificios más grandes que hermosos, aunque sus iglesias y claustros están con arco, y bien fabricados; el de las religiosas es más reducido y pobre. No se halla en ninguno de los tres un solo rasgo de arquitectura que acredite habilidad particular de sus artífices, como ni tampoco en las ermitas de Santa Ana y Cristo de la Salud, edificadas junto a la muralla, aunque con el debido decoro y aseo.

La Plaza Mayor es un cuadro bien capaz, hermoseado con buenos edificios. El Cuartel de los Presidarios, que ocupa un frente, aloja en sus cuadras hasta 800 hombres. Es obra moderna, hecha con todas las precauciones y seguridades que pide su destino, está coronada de hermosas azoteas, y en su línea es edificio perfectamente acabado. El Hospital del Rey, que hace esquina al otro frente de la Plaza, no es más que un conjunto de casas, que se han unido sucesivamente. Su estrechez es tan incómoda para la tropa que se cura en él, como perjudicial su situación para el pueblo en un país tan cálido. Al lado opuesto del Hospital está la Casa de la Ciudad, que es igualmente cárcel pública. Es poco decente para el primer destino y demasiado reducida para el segundo. El edificio más útil y bien construido es el Hospital de Nuestra Señora de la Concepción; forma un cuadro perfecto, con cuadras dobles en los dos lados de oriente y mediodía, sostenidas por el centro sobre hermosos arcos, con cuatro órdenes de camas en cada una, pudiéndose acomodar 500 enfermos con distinción de personas y enfermedades. En la parte del norte están las oficinas y habitaciones de los sirvientes; en la del poniente está la iglesia, que es capaz y hermosa. La plaza del centro la ocupan dos grandes aljibes, que reciben las aguas de las azoteas del edificio, ceñido de primorosas cornisas. Las dos portadas principales son de excelente sillería, perfectamente entalladas de exquisitas molduras y relieves coronados de blasones, formando entre las dos a la parte del mediodía un frontispicio majestuoso, cuya utilidad, situación y hermosura se lleva la atención de todos.

Este hospital, fundado de orden de S. M. en 1615 para alivio de los vecinos, que tan generosamente pelearon contra el General Balduino, estaba situado sobre la muralla, contiguo a la casa del Gobernador; pero por la estrechez del edificio y embarazo que causaba para la defensa de la Ciudad, en caso de ser forzado el puerto, resolvió el Ilustrísimo Don Fray Manuel Jiménez Pérez, Obispo de aquella diócesis, por especial encargo de S. M., proporcionar el consuelo posible a los enfermos; y en 1774 dió principio a este hospital, bajo la misma advocación, llegando a concluir perfectamente esta obra admirable en seis años, a pesar de las indecibles contradicciones y obstáculos que la malicia de los intrigantes supo fraguar.<sup>1</sup>

El Palacio del Gobernador es una fortaleza antigua, que hay en un ángulo saliente de la muralla sobre la Caleta de San Juan. Dánla el nombre de Real Fortaleza de Santa Catalina; pero sólo es un conjunto de viviendas fabricadas a expensas de la Real Hacienda y de la arquitectura. Un superior

## HISTORIA DE PUERTO RICO

que procede al albedrío de su autoridad, no se detiene en levantar, destruir y reedificar un edificio, sólo consulta su capricho y obra según la idea que se forma de las cosas. Esto no obstante, tiene habitaciones cómodas, salones magníficos, un jardín bastante extenso, una capilla aseada y vistas alegres por todas partes. En el piso bajo está la Tesorería General, adonde concurren los oficiales reales y demás dependientes de Real Hacienda al despacho de estos ramos. Quizá este edificio sería muy a propósito para hospital de la tropa; pero *non nostrum tantas*.

El Palacio Episcopal, reedificado por el Ilustrísimo Señor Don Fray Manuel Jiménez Pérez, aunque es muy bueno, excede poco en su extensión y perspectiva a la casa de un caballero particular. Nada hay en él más recomendable que la virtud y modestia del prelado que lo habita.

Lo más soberbio y admirable que hay en esta Ciudad, son las obras de fortificación que la defienden. Las principales son los Castillos del Morro y San Cristóbal. Este cierra la Ciudad por el oriente, ocupando todo el ancho de la isleta, desde la bahía hasta la mar de afuera, dirigiendo sus fuegos a todas partes, aunque su principal objeto es contra la parte de tierra, por donde se une esta isleta con la isla grande, mediante el puente, único camino para entrar en la Ciudad. Su fábrica está acomodada al terreno, que es desigual, formando caída desde la parte del norte, o mar de afuera, hasta la bahía. En lo más alto de la loma está la rampla, por donde se entra a la plaza del castillo, en la cual se puede formar un batallón; tiene dos grandes cuarteles a prueba de bomba para su alojamiento, con otras oficinas y repuestos, sobre los cuales está el Caballero, capaz de 22 cañones de a 24, cuyos fuegos dominan la Ciudad y sus inmediaciones de mar y tierra. Debajo del Caballero está la Plaza de Armas de doblada extensión y fuerzas que aquél; sus baterías se dirigen al mar de afuera, a la tierra y al puente levadizo del foso interior; después del cual se siguen tres grandes revellines: el de San Carlos ocupa lo alto de la loma; el del Príncipe está en la declinación de la cuesta; y el principal, en que está la puente levadiza del segundo foso, y da salida a los contrafosos, camino cubierto y al campo. Todas estas obras están coronadas de gruesa artillería, igualmente que las lunetas, reductos y contraguardias. Estas fortificaciones y sus fosos, están en muchas partes abiertas a pico en la peña viva, igualmente que sus cuarteles y aljibes, todo a prueba de bomba. Mirada esta plaza desde el campo que está minado, se ven por toda su frente convexa tres órdenes de baterías,

unas sobre otras, que mirándose oblicuamente dirigen sus fuegos por todas partes.

Desde este castillo hasta el de San Felipe del Morro, que está en el extremo occidental de la Ciudad, no hay muralla por la parte del norte, y sólo tiene seis baterías colocadas cerca de la orilla del mar a proporcionada distancia, considerándose suficiente esta defensa, respecto de no ser accesible esta costa por los peligrosos arrecifes, que corren a lo largo de ella.

El Castillo del Morro es un obtusángulo con tres órdenes de baterías hacia la mar, mas sobre otras, que dirigen sus fuegos cruzados como el castillo antecedente, defendiendo por esta parte la entrada del puerto. Por la de la Ciudad tiene una muralla real flanqueada de dos bastiones guarnecidos de gruesa artillería, que domina todo el campo intermedio hasta la Ciudad; parte de ésta y la costa del mar del norte, cruzando sus fuegos con los del Caballero de San Cristóbal. Tiene sus cuarteles, aljibes, almacenes, capilla, repuestos y oficinas necesarias, todo a prueba de bomba. Por una mina se baja a una batería que está a flor del agua en mitad de la entrada del puerto; por ella puede salir la tropa, recibir socorros y comunicarse con el Castillo del Cañuelo.

Este castillo está situado en medio de la canal del puerto sobre un peñasco: es cuadrilongo y bien fortificado; su posición precisa a los navíos, que intenten forzar el puerto, a pasar a poco más de tiro de fusil entre sus fuegos y los del Morro. Verdad es que si el enemigo se apoderase de la Isla, podría batir el Castillo del Cañuelo desde la Punta de Palo Seco. Inmediata a la boca del puerto, y bajo los fuegos de este castillo y de los del Morro, está la isleta de Cabra, que es rasa, de corta extensión y sin defensa ni otra cosa particular.

Siguiendo el recinto de la Ciudad desde el Castillo del Morro, hasta el de San Cristóbal por la parte de la bahía, corre la muralla real terraplenada y flanqueada de algunos baluartes y pequeños castillos; el de la Perla es el más inmediato al del Morro. Siguen los de Santa Elena, San Agustín, Real Fuerza de Santa Catalina, con algunas lunetas y reductos, todo bien fortificado, coronado de artillería y diferentes baterías de morteros. En esta parte de muralla están las Puertas de San Juan y San Justo: la primera sale a la caleta de su nombre, y es la más frecuentada para entrar o salir por mar a la Isla; en la segunda está el muelle y aduana, y cerca de ella hay dos diques con sus muelles para los botes del Rey, y un soberbio almacén de la compañía de negros, fabricado de madera dentro del agua.

## HISTORIA DE PUERTO RICO

La guarnición de esta Ciudad consiste regularmente en dos regimientos de infantería española y una brigada de artilleros. En tiempo de guerra entran también a guarnecerla las milicias disciplinadas de la Isla, que ascienden a tres mil hombres de infantería y quinientos caballos, cuyo cuerpo podía aumentarse hasta diez mil o más hombres, lo que sería tan fácil como útil. La oficialidad de estas tropas se alojan en las casas de los vecinos, igualmente que mucha parte de los soldados, por falta de pabellones y cuarteles.

La bahía es bastante capaz, de buen fondo y resguardada: la lengua de tierra, que llaman la Puntilla, se avanza en el agua y la divide por el medio, dejando formadas dos ensenadas bastante capaces en que pueden fondear navios de línea. La entrada del puerto necesita de algún cuidado por un peñasco que sale por debajo del agua. Los escombros de las fábricas de las casas, que llevan las lluvias por falta de policía, han deteriorado bastante la bahía. En lo menos hondo de ella hay muchos manglares, que cubren el agua, y una hermosa isleta, que llaman Miraflores, en la que hay un grande almacén de pólvora, con un cuerpo de guardia para el destacamento que lo custodia.

Desde la Ciudad hasta el puente en que termina la isleta hay otro almacén de pólvora con su cuerpo de guardia. Al fin de la isleta, por donde se comunica la mar de afuera con la bahía, está el Castillo de San Jerónimo, que es un pequeño fortín para defender el paso a las lanchas, que son las únicas que encontrarán fondo en el boquerón, que da entrada por esta parte del mar de afuera a la bahía: a distancia de tiro de pistola está el puente, que estriba sobre dos calzadas; sus cubos son de piedra de sillería, sobre los cuales cruzan las vigas, que dan paso seguro y pueden cortarse con facilidad en caso necesario; a la entrada del puente hay una casa fuerte para defender el paso; al lado opuesto se ve una fuente de tres caños de agua, labrada de piedra de sillería y es la única que hay hecha en toda la Isla. En toda la isleta, en que está la Ciudad, ni en la Isla grande, hay ninguna abadía de benedictinos, como equivocadamente afirma Bayacete en su *Geografía Universal*. <sup>(1)</sup><sup>2</sup>

---

(1) Bayacete, *Geografía universal*, tomo 11, fol. 486.



## CAPÍTULO XXI

### DESCRIPCIÓN TOPOGRÁFICA DE LOS PUEBLOS DEL PARTIDO DE LA CIUDAD DE PUERTO RICO.

A distancia de tres cuartos de legua del puente, siguiendo la costa del mar hacia el oriente, está el pueblo de San Mateo de Cangrejos, cuyos habitantes son negros, que se han libertado de la esclavitud en que estaban mediante su industria y estableciéndose en esta parte, que llaman Alto del Rey, [a] en donde les han dado tierras, las cuales aunque arenizas, son a propósito para cazabe, frijoles, batatas, arroz y otras legumbres que llevan a la Ciudad.

El pueblo, que se compone de once casas pajizas y la iglesia, está situada cerca de la mar: el resto de los vecinos, que asciende a 168, con 648 almas, viven en sus haciendas, que cultivan en una península, que forman la mar de afuera, la bahía de Puerto Rico y el Caño de Martín Peña, que va a encontrarse con la mar a distancia de 100 toesas, por lo cual con poco trabajo puede el enemigo pasar a la laguna en que remata el Caño de Martín Peña, e introducirse en la bahía dejando burladas las fortificaciones de la Ciudad.

En los caños y lagunas que circundan este territorio, se cría mucha variedad de pescados; pero sus márgenes están pobladas del árbol manzanillo, que es muy venenoso, y suelen estar inficionados de él, y se conoce en los dientes y agallas de los peces, que se ponen amarillas o negras: a esto llaman estar *aziguatado*, cuya comida causa una relajación universal de las vías y músculos con grande debilidad de fuerzas, y un profundo letargo, que dura horas y aun días según la porción que se comió del pescado infecto.

Entre los negros de este pueblo, y otros de las inmediaciones hay for-

---

[a] Acosta dice *Hato del Rey*.



mado un cuerpo de cazadores, que son parte de las milicias disciplinadas de esta Isla.

A distancia de poco más de una legua está la Boca de Cangrejos, que es una pequeña ría, que se interna hacia el Caño de Martín Peña; en marea baja da paso a los de a caballo cuasi nadando; pues no hay puente ni barca para su tránsito. Tres leguas más hacia el oriente, siguiendo la costa del mar, se pasa el río de Loysa, que es caudaloso, y en su orilla derecha está la iglesia parroquial, que es decente, con cinco casas que forman la plaza del pueblo; las demás hasta el número de 166 habitadas por 1146 almas de todas castas, ocupan esta ribera, que es de las más deliciosas de toda la Isla: por el norte la ciñe el mar; por el poniente el río de Loysa; por el mediodía la montaña de Canóvana, de hermosa disposición y frondosidad; por el oriente una llanura de legua y media de larga poblada de hermosas haciendas, cubiertas de platanales, palmas, naranjos, limones, tamarindos y otros frutales, que forman un bosque divertido y regado de los ríos Loysa, Grande, Herrera, Espíritu Santo y Loquillo.

El terreno más inmediato a la mar es arenoso; pero a propósito para el cazabe, algodón, piñas, hiecos, melones, sandías, frijoles y otras legumbres. El de la montaña y sus inmediaciones, es tierra gredosa, que produce muy bien la caña de azúcar, de que hay algunos buenos ingenios. Al pie de la montaña se forman de sus vertientes en tiempo de lluvias, varias lagunas, en las cuales siembran arroz en la estación de la seca, y cuando llega la de las lluvias, ya está crecido, y maduro; entonces cortan la espiga, que vuelve a retoñar segunda y tercera vez, tan buena como la primera; con la misma abundancia fructifica este grano en cuasi toda la Isla.

El río les provee de buenas lisas, pargos, curibimatas y otros pescados que entran de la mar. En las haciendas crían vacas y mulas. Es muy común en esta tierra el cangrejo de monte; son muy grandes y los comen con gula los del país.

Desde el pueblo de Loysa hasta el de Fajardo se regulan siete leguas, cuyo camino va por la playa hacia el oriente, siguiendo la falda de las montañas de Canóvana y Loquillo, en cuyo río bajan arenas de oro hasta la mar: todas estas alturas están cubiertas de eminentes cedros, caobas, ucares, [b] dragos, osuas, palmas, ceibas y otras maderas excelentes; y de ellas

---

[b] Valladares y Acosta dicen bucares.

## HISTORIA DE PUERTO RICO

bajan los ríos Sabana, Juan Martín y Aguas Prietas, que desemboca cerca de la Cabeza de San Juan.

La población de Fajardo, situada en la ribera del río de su nombre, es fundación moderna, tiene nueve casas con su iglesia; los demás vecinos, hasta el número de 243, con 1202 almas, habitan a lo largo del río que baja de la parte austral de la montaña de Loquillo y corre fertilizando una muy dilatada vega cubierta de praderías en que se cría mucho ganado vacuno y mular; tiene buenos planteles de café, algodón, plátanos, caña de azúcar, frijoles, batatas, calabazas y otras legumbres y frutas.

El terreno es de muy buena calidad para toda especie de frutos y abundante de aguas; por el norte y oriente confina con el mar; por el poniente con las montañas de Loquillo; y por el sur tiene una llanura de cinco leguas, cerrada de multitud de excelentes árboles, plantas aromáticas y medicinales; pues aunque la naturaleza liberal viste primorosamente toda la Isla con variedad de ellas, se manifiesta más pródiga en sus producciones por esta parte, bien sea por la calidad del terreno, que es cenagoso, o por las propiedades del aire y mejor situación, o por ser nuevamente abierto, o por otra causa oculta; lo cierto es, que en este territorio son comunes todas las especies de plantas y frutas que se hallan en el resto de la Isla.

Este pueblo es establecimiento nuevo: las tierras, que poseen sus habitantes desde el río del Espíritu Santo, que divide términos con Loysa, hasta Quebradabotijas, que los separa de los de Humacao, pertenecía a dos o tres particulares, que lo poseían con nombre de hatos o criadero de ganados. Este abuso ha sido y es la principal rémora que ha detenido los progresos de la población y cultivo de la Isla. No hay mayor absurdo, ni más perjudicial a la población que la vanidad de poseer un particular dilatadas tierras que no puede cultivar. Lo peor es que aun hoy subsiste este necio entusiasmo, que intentan cohonestar los favoritos de los gobernadores con el pretexto de la cría de ganados, como si no fuera constante, que procrean más y de mejor calidad en las tierras abiertas y praderías, que en los bosques cerrados, como se patentiza en todos los pueblos de la Isla, y en esté mismo de Fajardo. Cuando era hato inculto, sólo daban sus dueños para el abasto de la Capital doce vacas al año; hoy dan sus colonos noventa y pudieran dar triplicadas, si no las vendiesen a los extranjeros, con quienes comercian sus frutos por la costa y puerto en que desagua el río de Fajardo.

El puerto es sólo capaz de balandras y otros barcos menores, por estar su entrada circundada de peñascos y bajos; aunque está bien resguardado

por la Cabeza de San Juan y los islotes de Hicacos, Lobos, Palominos, Ramos y otros en que cogen mucho marisco y anfibios. También hay en ellos palomas, flamencos, alcatraces y otras aves marinas y terrestres.

Desde Fajardo se toma el camino para el sur por la llanura de que se ha hecho memoria, siguiendo la costa del mar por un bosque espeso, lleno de pantanos, que se forman de las vertientes de la cordillera que corta la Isla a lo largo; y bajan por esta parte los ríos Majaguas, los Cañuclos, Dagua, Quebradabotijas y otros muchos arroyos.

A cuatro leguas de Fajardo está el Cabo Piñero, a cuyo frente se descubren las islas de su nombre; las de la Cabra, la Culebra, y otras pequeñas, con la de Vieques, que se extiende como cinco leguas de este a oeste; está despoblada e inculta; tiene algunos puertos medianos adonde acuden los extranjeros de las islas de Santo Tomás, San Juan, San Martín, Santa Cruz y otras inmediatas, a cortar maderas y a hacer el contrabando con los de Fajardo, Humacao y otros de Puerto Rico, que van y vienen al abrigo de los hatos, y éste es el motivo verdadero de sostenerlos.<sup>1</sup>

Desde el Cabo Piñero se sigue la costa de la Limia, hasta llegar al río de Humacao, que desemboca en el puerto de su nombre, es de bastante extensión; pero no tiene fondo para buques mayores. La parroquia de este partido está dividida en dos partes. La iglesia principal está en la cumbre de las montañas en el nacimiento del río, en el sitio que llaman Las Piedras, en donde sólo hay tres casas, las demás hasta el número de 254 [c] con 1515 almas, están a uno y otro lado de la montaña, parte el territorio que media hasta el pueblo de Caguas y parte en la ribera del río Humacao, que es un fertilísimo valle formado entre dos cordilleras de altas serranías, que lo hacen opaco, y sombrío aunque sus tierras son excelentes para todo género de producciones.

En la ribera del río, a una legua distante de la mar, está la iglesia de Humacao, que es la ayuda de parroquia, junto a la cual se ven las ruinas de un pueblo, que quizá demolerían los caribes o los piratas. En este territorio se coge tabaco, café, arroz, algodón, maíz y demás frutos de la Isla, aunque en corta cantidad, porque la indolencia de los colonos se inclina más a la cría de ganados, por el ningún trabajo ni costo que les trae.

El corto número de vecinos de esta parroquia posee todo el territorio que media desde Fajardo hasta Guayama, que son más de veinte leguas de

[c] Valladares y Acosta dicen: 250.

## HISTORIA DE PUERTO RICO

muy buena tierra, regada de muchos arroyos, que en poder de colonos activos, producirían porciones considerables de los frutos que le son adaptables, capaces de fomentar el comercio de esta Isla, y de mantener seis u ocho mil vecinos distribuídos en doce pueblos; cuyo trabajo, consumo y tributos interesarían considerablemente al Estado, además de su servicio personal en las milicias, marina, etc.

Después de el pueblo, o ribera de Humacao se sigue la costa de la Isla, marchando hacia el medio día por caminos frágiles cerrados de admirable arboleda. Estos bosques están destinados para hatos de ganados de todas especies, que se ven a manadas, especialmente de cerda en las partes en que hay mayor abundancia de árboles frutales, cuya variedad ofrece a un pasajero mucho que advertir y que admirar. Los guayabos, jobos, mameyes, aguacates, amnes, corazones, papayos, guanábanas, algarrobas, naranjos, limones, palmas de muchas especies, tamarindos, cañafistulos, cacao silvestre y otros muchos, cierran el paso por muchas leguas, formando vallas impenetrables no sólo a las fieras y aves; hasta la luz del sol halla resistencia, dando lugar con sus sombras a que las brillantes nubes de lucidos cucubanos, cucuyos y otras lucernas o mariposas luzcan su humor fosforoso entre las sombras que hacen. Los bejucos, parras silvestres, arbustos y malezas, que cruzándose entre los troncos de los árboles, cierran el paso a los rayos del sol y precisan a marchar con el machete o sable en la mano para ir abriendo camino. Los árboles que producen el anime o incienso, la pimienta malagueta o de Tabasco, y los que dan la nuez de especie, no son escasos en estos montes; como ni tampoco los bejucos de vainilla, el árbol palomera, de cuya fruta se saca la cera verde de muy buena calidad y que podía mejorarse con utilidad del comercio, aunque la falta de pobladores, o la desidia de los que poseen estos dilatados territorios, malogran, por la mayor parte, tan apreciables producciones de la naturaleza.

En esta costa salen al mar los ríos de Candeleros, Guayanés y Manabo al oriente del Cabo de Malapascua, que es el más meridional de la Isla; a su occidente, el de Guayama, que desemboca en el puerto de su nombre, y es muy extenso, pero abierto y sin resguardo. Toda la tierra parece muda de aspecto al pasar el río de Guayama: la frondosidad de los bosques, la hermosura de los valles y praderías anteriores, se ve trocada de repente en un arenal seco, desnudo de la yerba fresca de que está alfombrada la Isla y abrasado de los ardores que el sol le imprime sin obstáculo.

Este pueblo de Guayama es el primero por esta costa desde la Ciudad

de Puerto Rico, que tiene sus casas congregadas; y serán hasta 200, formadas en un espacioso cuadro, dejando su iglesia y plaza en el centro; está situado en un arcnal árido y estéril; la mar lo circunda por oriente y mediodía, por el norte las montañas de la Cordillera y Cabo de Malapascua, y por el poniente, una dilatada llanura, que sólo produce árboles infructíferos y cubiertos de espinas, aunque de maderas muy sólidas y útiles; junto al pueblo corre el río de la Vigía de poco caudal.

Con todo, sus habitantes, que ascienden a 531 familias con 4589 almas de todas castas, tienen algunas medianas haciendas a las faldas de los montes, y en la ribera del río, en las cuales cultivan utilmente el café, tabaco, maíz y otros frutos, siendo los que más se aprovechan de la pimienta y maderas de los bosques para venderla furtivamente a los extranjeros, con el ganado que crían en la montaña, que igualmente pasa a las islas.

La fábrica de casas de este pueblo, y aun de toda la Isla, excepto las de la Capital, está ideada con consulta de la necesidad de materiales, temperamento de el clima y circunstancias del país. Son con poca diferencia como las que tenían los indios naturales de esta Isla, de quienes sin duda aprendieron los españoles su construcción, persuadidos por la experiencia ser adecuadas al clima. Constrúyenlas sobre nueve o más vigas, clavadas profundamente en la tierra en tres filas; sobre ellas colocan otras viguetas para recibir las tablas, que forman el piso; en los cuatro ángulos levantan cuatro postes de madera de cuatro o cinco pies de altura, si las vigas que suben desde tierra no alcanzan. Sobre estos postes cruzan cuatro vigas para enlazarlos, quedando la casa a dos vertientes, mediante un caballete, que cruza a lo largo de la fábrica, desde el cual bajan las varas o cañas hasta las vigas de la circunferencia, en que descansan; cubren la obra con hojas de *yaguas*, que aseguran con buen orden sobre las varas del techo. El ámbito de el piso lo dividen mediante un tabique de tabla; la una parte sirve para dormitorio y ésta la cercan también de tabla; la otra queda para sala, que llaman *soberado*, y dejan sin cercar para que corran libremente los aires y entre la luz. La escalera es de palos; la colocan por la parte de afuera, y es tan grosera, como peligrosa a los que no se ayudan de las manos para subir; la cocina, o no la tienen o la levantan sobre cuatro vigas del mismo modo que la casa con la cual se comunica. Toda la fábrica la aseguran con bejucos, sin que por lo común entre hierro en toda ella.

Forman estas casas elevadas sobre vigas, por la excesiva humedad que hay en toda la Isla, y por libertarse de las inundaciones que sobrevienen

con las crecientes de los ríos en los meses de las lluvias. No emplean cal, piedra, ni aun hierro en su construcción, afianzando en su misma debilidad la mayor firmeza cuando ocurren terremotos o huracanes. En los primeros, nada padecen las casas, ni sus habitantes, por muy violentos que sean; porque estando toda la obra asegurada con bejucos, que dan de sí, se inclina con facilidad hacia donde la mueve el impulso del vaivén, sin causar el menor estrago por no hallar resistencia. Los huracanes, por la misma razón, no hacen en ellas grandes efectos, pues como los vientos hallan curso libre por entre las vigas que las sostienen, y están abiertas por la mayor parte, apenas encuentra otro objeto que el techo, y suele volar a la primera ráfaga que lo ataca; pero éste, y cualquiera otro desastre que ocurra, lo reparan con facilidad por la copia de materiales que hay en todas partes y las ninguna arquitectura, que es necesaria para hacerlas o repararlas.

No todas las casas de la Isla son tan reducidas, ni groseras: hay algunas cubiertas de teja, hechas de tablas bien ajustadas y clavadas, con viviendas y separaciones; pero siempre sobre vigas, y bajo el mismo plan, que forman un pueblo extraño, de un aspecto melancólico, a que contribuye el estar las casas sin habitantes, porque estos viven siempre en las haciendas o granjerías, y sólo van a los pueblos las festividades, en que oyen misa. Concluida ésta, se regresan a sus haciendas dejando los pueblos con sólo el cura y algún vecino pobre que no tiene tierras. De los habitantes de este pueblo hay formadas dos compañías de milicias disciplinadas.

Al norte de Guayama, a distancia de seis leguas, entre las montañas de Laivonito, se estableció una población el año de 1774 bajo el mismo método y disposición que las anteriores. Una pequeña iglesia con seis o siete casas en su circunferencia forman esta aldea, que llaman el *Cayey de Mue-sas*. Los demás vecinos que la pertenecen hasta el número de 48 con 302 almas, viven en sus haciendas, que ocupan un hermoso valle, de temperamento fresco y saludable, con muy buenas tierras para todos frutos, aunque apenas cultivan más que los precisos para su subsistencia, dedícanse a la cría de ganados, según se acostumbra en toda la Isla.

Todo el dilatado territorio que pertenece a esta nueva población, está lleno de árboles muy apreciables por sus frutos, resinas y maderas. El guayán, cupey, palo de maría, tabonuco, guano, el úcar, nogal, y sobre todo la nuez de especie y la pimienta malagueta, es la más abundante y mejor de la Isla. Si a la calidad y extensión de tierras asignadas a esta población, hubiera

aplicado el gobernador que la erigió, los brazos de 8,000 agregados, que hay derramados en la Isla, hubiera con este acto de justicia fundado una ciudad populosa y útil; pero la tierra sin colonos, siempre quedará inculta, y este pueblo necesita muchos años para llegar a arraigarse, si no se despuebla antes que lo consiga.

Al suroeste de la montaña de Laivonito, que es muy elevada, y cerrada de robustos árboles, en la unión de los ríos Lajas y Coamo, (en los cuales se halla una especie de pescados del tamaño de truchas regulares, a que los naturales llaman *dajao*s, cuyo gusto delicado excede a cuantos pescados se cogen en los otros ríos y costas de la Isla), está el pueblo de este nombre situado en una pequeña llanura, que dejan las sierras, a siete leguas de distancia de Guayama: 132 casas forman un buen cuadro en que está la iglesia, que es decente, y una de las parroquias más antiguas que tiene la Isla, pues en 17 de septiembre de 1692 mandó S. M. por Real Cédula, se erigiera en parroquia colativa, igualmente que las iglesias de Ponce, Aguada, y Arecibo, que sólo eran capellanías rurales, aunque no se verificó hasta 1713.

En la misma llanura en que está el pueblo, hay un hermoso paseo en figura de triángulo: en la una esquina está la iglesia parroquial; en las otras dos hay dos hermosas ermitas de la advocación de Nuestra Señora de Balbanera la una, y la otra de Nuestra Señora de Altagracia. El vecindario, que se compone de 480 familias, con 4317 almas, está repartido a mucha distancia en cuatro partes: una tiene sus haciendas en la montaña de Laivonito; las otras tres viven en Salinas, Juana Díaz y Coamo de Abajo en la costa de la mar.

El clima de este pueblo es saludable y templado; sus tierras por la mayor parte pobres; sus bienes consisten en ganados, café, alguna porción de tabaco y maíz, que todo pasa al extranjero, con las maderas de sus montes, que son muy buenas y de una magnitud extraordinaria; se hallan en ellos muchas plantas y yerbas medicinales y otras desconocidas.

A poco más de una legua al sur sudeste del Coamo sobre la margen del río del mismo nombre, nacen varias fuentes de aguas minerales, que se descuelgan de una eminencia, que forma la caja del río; todas sus inmediaciones son cerros de lajas, que parecen haber sido deshechos por alguna violenta revolución o terremoto, que ha desmenuzado las canteras en pe-

## HISTORIA DE PUERTO RICO

queños pedazos, dejando el terreno trastornado y desigual, con muchas barrancas y grietas, que se manifiestan en las peñas.

El manantial en que nacen estas aguas por diferentes conductos, ocupa una extensión como de diez a doce toesas, que a pocos pasos se incorporan por la posición pendiente del terreno, y caen en un estanco natural, que la misma peña hace a la orilla del río.

Estas aguas precipitadas forman de sus vapores sulfúreos una neblina densa, que incomoda a la vista y al olfato; la falta de termómetro me impidió observar los grados de su calor; pero no es necesario mucha delicadeza en el tacto para conocer los tres grados diferentes que las distinguen, desde un calor bien sensible hasta un grado de tepidez que se aparta poco del natural.

Un cirujano <sup>(1)</sup> hizo análisis de estas aguas y las halló compuestas del mineral sulfúreo sutil, y sutilísimo, con partes vitriólicas, nitrosas y marciales; de cuyo mixto deducía los varios efectos útiles que podía producir su uso, especialmente en los accidentes intercutáneos, como son los herpéticos, sarnosos, leprosos, etc. No parece violenta la consecuencia; pero si un físico hábil observara estas vurgas, [d] e hiciera análisis de los minerales de que están mezcladas, podría darnos algunas razones sólidas de sus efectos y de los accidentes a que podrían aplicarse con feliz suceso; pues en ningún uso, que hasta ahora se ha hecho de ellas, nos priva de los conocimientos que podría enseñarnos la experiencia particular de estas aguas.

Entre los diferentes viveros que salen en esta parte, uno de los más abundantes, es sensiblemente fría, aunque no en grado excesivo, sí más de lo regular en las fuentes del país; de donde se infiere estar impregnada del nitro, que recibe en los conductos subterráneos de su curso y la carencia de las partes sulfúreas, que recogen las otras en las canteras por donde pasan.

No es nueva ni extraña esta diferencia; pues es constante que en las entrañas de la tierra hay infinita copia de minerales de nitro, alumbre, vitriolo, hierro, azufre, y otros, cuya mezcla excita ya mayor, ya menor calor y efervescencia en las aguas, según la mayor o menor porción que toma de estos mixtos a su tránsito por las cavernas en que están depositados. El famoso médico Juan Gofredo Bergero no atribuye a otras causas el excesivo calor de las aguas termales de Carlsbaden. <sup>(2)</sup>

(1) Don Joseph Sabater, Cirujano de las Milicias de la Isla.

[d] Valladares y Acosta dicen estas aguas.

(2) Feyjóó, tomo 2, Disc. 13, fol. 235.



Esto mismo sintió Monsieur Casterbert, doctor médico de Mompe-ller <sup>(3)</sup>; y cualesquiera que sea el origen y propiedades de estas aguas, lo cierto es que por los admirables efectos que se observan en otras semejantes, han merecido los gloriosos títulos de fuentes de salud, aguas de larga vida, panacea divina y otras denominaciones semejantes para significarnos la nobleza de sus virtudes: *Ignæus est ollis vigor, est coelestis origo*; y si son ciertas todas las que atribuye Don José Sabater a éstas de Coamo, le convienen perfectamente estos títulos, pues apenas se hallará accidente en la naturaleza humana, para el cual no sea antidoto específico el usarlas, especialmente para los efectos virulentos, herpéticos, e intercutáneos, que por ser frecuentes en esta Isla convendría mucho un exacto análisis de las cualidades de estos baños.<sup>2</sup>

Volviendo al pueblo de Guayama, del que nos desviamos, desembocan en su costa los ríos del Manglar, que es de poco caudal, y el de Aguamanil, a una legua al suroeste; este terreno está cubierto de palmas eminentes, que forman un hermoso bosque, con cuyos frutos mantienen mucho ganado de cerda; pasado este palmar, empieza la playa del salitral de Aguirre y a tres leguas de distancia está el caserío que llaman Las Salinas, en que vivirán de 90 a 100 vecinos de la parroquia de Coamo; cuyas tierras, aunque arenosas y pobres, están muy bien cultivadas y cogen mucho café. Tienen un puerto mediano cercado de tres islotes, que dan paso a fragatas y barcos menores con buena comodidad para hacer aguada. A poca distancia hay un ancón resguardado por los islotes de Cayo Largo, Cayo Ratones y el de Alcabucera; aunque los muchos bajos que lo circundan, lo hacen peligroso. En él desagua el riachuelo de Yauco, y siguiendo la costa al suroeste a poco más de una legua están las haciendas de Coamo de Abajo a una legua del nacimiento de las aguas termales de que hablamos; en donde hay otro pequeño puerto formado por dos isletas, que sólo dan paso a embarcaciones menores, y en él sale a la mar el río de Coamo; a su frente se ve una pequeña isla llamada el Cayo de Berbería. Siguiendo la costa hacia el poniente por caminos llanos, se encuentra el río de la Vigía, que baja de las serranías de Coamo; es de corto caudal. Más adelante corre el río Jacaguas, que se incorpora con el de Ynavón, antes de llegar al puerto de Bocachica, que es de mucha extensión y comodidad para navíos de línea; tiene buen fondo

(3) M. Casterbert, tomo 1, fol. 41.

## H I S T O R I A   D E   P U E R T O   R I C O

y está resguardado de los vientos. Al oeste de su embocadura corre la isleta de Yautías de una milla de extensión de este a oeste.

Toda esta costa es de tierra llana y arenosa, poblada de bosques de palmas, que llaman de grana, por los racimos que dan de una fruta como aceituna, con que se mantiene el ganado de cerda. Cogen mucho café, de que cultivan hermosas plantaciones a lo largo de la costa y en la serranía; aunque esta parte la dedican generalmente a la cría de ganado vacuno y mular que pasa al extranjero, igualmente que el café y demás producciones del país.

En este río Jacaguas se concluye la jurisdicción del partido de Puerto Rico por esta costa del sur, y empieza el de San Germán; y para concluir la descripción de los pueblos que pertenecen al primero volveremos al pueblo de Cangrejos, para continuar la de los que le pertenecen a la costa del norte.



## CAPÍTULO XXII

### *DESCRIPCIÓN TOPOGRÁFICA DE LOS PUEBLOS DEL PARTIDO DE PUERTO RICO SITUADOS EN LA COSTA NORTE, DESDE LA BAHÍA HASTA EL RÍO CAMUY.*

Para facilitar la inteligencia de la situación de los pueblos de esta Isla, distribuidos en dos partidos, di principio por el de la Capital, según el orden natural, y marchando de ésta hacia el oriente, seguí por la costa del sur, hasta el río Jacagua, término de la jurisdicción de Puerto Rico por esta parte, y para continuar los que le pertenecen por la del norte, hacia el poniente, conviene volver atrás, y situarnos en el puente que une la isleta de la Ciudad con la Isla Grande, desde donde tomaremos el camino a la derecha, marchando al noroeste; así como antes lo tomamos a la izquierda, siguiendo la costa del norte hacia el este.

A distancia de una legua del puente de la bahía de Puerto Rico, dejando el pueblo de Cangrejos a la izquierda, se pasa el puente de Martín Peña, que está sobre un brazo de mar, que sale de la bahía de la Ciudad, se interna hacia el oriente, cuasi hasta encontrarse con la mar de afuera; inunda sus inmediaciones con las mareas, dejando el terreno estéril, y anegado con el cieno y marisco, aunque cubierto de mangles, manzanillos y maleza. Este puente es de la misma construcción que el primero; pero está tan arruinado que sólo da paso con mucha incomodidad y peligro a personas y caballerías.

A media legua del puente de Martín Peña está la iglesia parroquial del pueblo de Río Piedras, y tres casas situadas en una pradería, junto a un arroyo; las demás hasta el número de 267, habitadas de 1369 almas, están en las vegas de diferentes riachuelos, que las fecundan, en las cuales tienen sus haciendas de caña de azúcar, algodón, café, cazabe y demás frutos del país, aunque generalmente se dedican a cebar ganados para el abasto de la Capital.

## FRAY INICO ABBAD Y LASIERRA

La buena calidad de las tierras que disfruta este vecindario, la inmediación a la Ciudad, y la facilidad de transportar sus efectos por agua, no los ha vigorizado a fomentar los muchos ingenios de azúcar que podrían formar, respecto de la multitud de trapiches, que tienen ya establecidos, contentándose con sacar de sus haciendas un producto tan moderado como su cultivo, que es muy poco, atribuyéndolo a la escasez de esclavos que experimentan, igualmente que a la de caudales, para el establecimiento de ingenios con todos los utensilios y máquinas necesarias; y aunque estas razones se verifican en algunos, generalmente la causa verdadera es la desidia natural que los domina, apoyada de la facilidad que tienen de adquirir su subsistencia con la ceba de ganados, conducción de plátanos, piñas, frutas, pescado, y aves a la Capital, con otras industrias y granjerías semejantes, que les proporciona su inmediación.

En lo interior de la Isla, siete leguas al este-sureste de la parroquia de Río Piedras, está la de Caguas, en cuya inmediación hay cinco casas; las demás, hasta 131 con 640 almas, están situadas en la extensión del vasto territorio, que poseen entre los partidos de Río Piedras, Loysa, Las Piedras y Coamo, que está cuasi todo inculto, no obstante ser de excelente calidad, y producirse abundantísimamente el tabaco, algodón, café, caña de azúcar, arroz y cuantos frutos siembran; pues la tierra es naturalmente crasa, bien regada, de un temperamento moderadamente fresco y muy a propósito para la agricultura; pero la difícil extracción que tienen sus frutos por la distancia, y penuria de caminos fragosos, inundados y cortados en muchas partes de los arroyos, quebradas y pantanos, que median hasta la Capital, les sirve de pretexto para cohonestar su desidia y abandonar tan dilatadas y excelentes tierras a la cría de ganados, que procrean escasamente en la espesura de los bosques o hatos en que tienen distribuída la mejor porción de la Isla.

Quizá no sería obra muy costosa ni difícil perfeccionar el camino, que hay por el río de Loysa, hasta donde éste fuese capaz de recibir canoas cargadas; lo que no podía ser muy largo, especialmente los seis meses de lluvias, en que el río recoge mucho caudal de aguas, lo que igualmente facilitaría el transporte de tantas y tan excelentes maderas que cubren aquellos montes; pero la facilidad con que se acostumbran estos isleños a alimentarse con plátanos, leche, café y batatas tan abundantes en toda la Isla, les hace mirar con indiferencia todos los medios de enriquecerse.

El barro excelente para todo género de vidriado de que abunda el par-

tido de Caguas, bastaría para hacer feliz a un pueblo industrial, y éstos apenas se aplican a formar de él las vasijas que necesitan para su uso y alguna otra, que solicitan los curiosos llevados de la brillantez de las diferentes partes metálicas de que está cuajado este hermoso barro. Tales son los medios que la naturaleza fecunda les ofrece con largueza y los que la indolencia de estos vecinos mira con indiferencia.

Toda la circunferencia de la bahía de Puerto Rico está poblada de estancias y haciendas, que aunque por la mayor parte pertenecen a los vecinos de la Ciudad, hay formadas algunas parroquias, entre las cuales están divididos el territorio y habitantes desde Cangrejos hasta Toa Baja en pueblos o partidos distintos. El de Buinabo, que dista como dos leguas del de Río Piedras, era parte de éste hasta 1768, que se erigió en parroquia separada. En el sitio de la iglesia no hay más casa que la que llaman del Rey, que sirve de cuartel de milicias y cárcel pública. Sus vecinos, que son en número de 205, con 1109 almas, tienen sus haciendas desde la Bahía de Puerto Rico hasta lo interior de la Isla.

La principal granjería de este partido consiste en la ceba de ganados para el abasto de la Capital; con todo, hay algunos buenos trapiches en que benefician la caña de azúcar, y le pertenecen los dos ingenios de más producto que hay en la Isla; cada uno de ellos tiene más de 200 esclavos para el cultivo de la caña, extracción de aguardiente, ron y azúcar. El territorio es a propósito para éste y demás frutos. Hay muchos valles pequeños, que se forman entre las lomas bajas que cortan este país, que es pantanoso.

Siguiendo la costa de la Bahía hacia el noroeste, y enfrente de la Ciudad está la parroquia de Bayamón, distante dos leguas de la antecedente, aunque ésta es más pobre y peor situada; tiene algunos trapiches en que hacen aguardiente; hay algunos hornos de cal y ladrillo, que llevan a la Ciudad en piraguas por el río; éste desagua en la bahía en la parte de Palo Seco, (que es el embarcadero para cruzarla) después de correr serpenteando la hermosa vega de Bayamón. en la que habitan 341 familias, con 1462 almas.

Si estos territorios no estuvieran inundados la mayor parte del año, serían más estimadas sus haciendas, por la inmediatez a la Capital, comodidad de transportar sus cosechas por agua y hermosura de sus campiñas, en que se ven variedad de palmas, naranjos, limones, cidras, papayos, mameyes, con otros frutales, y algunos huertecillos de verduras, que por ser

muy raras en la Isla se hacen más apreciables, al paso que hermosean con la variedad; pero el no dar salida a las aguas de los arroyuelos y quebradas que descienden en tiempo de lluvias de una cordillera de cerros, que circunvala estos partidos, impiden por la mayor parte el cultivo de estas tierras, y las dejan para pastos de ganados, que aunque menos útil es más conforme a la máxima general de la Isla.

Cuatro leguas al suroeste de Bayamón está el pueblo de Toa Alta, situado en una loma sobre el río de su nombre que lo circunda; nace en las montañas de Carite, al norte de Laivonito; es caudaloso y empieza a ser navegable a poca distancia de este pueblo, que se compone de cien casas, formando un espacioso cuadro; el resto del vecindario, que consiste en 385 vecinos, con 2777 almas, viven esparcidos en sus respectivas haciendas, que utilizan en la ceba de ganados, algunos trapiches y corta cantidad de los frutos comunes de la Isla. En algunas se ven árboles de cacao, que fructifican pasmosamente; pero como son muy pocos, sólo sirven para acreditar que la tierra es a propósito para él. En los montes se suele encontrar con frecuencia y manifiestan ser residuos de los que se cultivaron en otro tiempo; pero no tienen cosecha de este fruto, y de los demás sola la que consideran precisa para su subsistencia.

El clima de Toa Alta pasa por uno de los más saludables de la Isla, y se ha establecido en él el hospital de convalecientes para la tropa. El concurso de ésta y dispendio de sus pagas, ha vigorizado y formalizado este pueblo en muy poco tiempo.

Siguiendo el curso del río, a poco trecho, se entra en la ribera de Toa Baja, que es una de las más desmontadas, llanas y hermosas de toda la Isla: se extiende hasta la bahía de Puerto Rico, cuasi tres leguas de tierras excelentes para la cosecha de todos frutos; pero sólo siembran maíz, frijoles y otras legumbres; tienen algunos trapiches, y el ingenio de Don Agustín de Losua en que se saca el mejor azúcar y aguardiente de la Isla, bien sea por la inteligencia del sujeto o por la mejor calidad de la tierra, con la ventaja de poder embarcarlos en su misma hacienda, pues sube la marea hasta cerca de ella. Esta circunstancia, y la de ir el río encajonado proporciona la misma conveniencia a otros hacendados, con fondo bastante para lanchones capaces de ocho y más pipas grandes de aguardiente. Verdad es que la salida a la mar en días de marejada es algo peligrosa por algunos peñascos que tienen en la desembocadura, en donde revientan las olas con furia. Este contraste podía evitarse abriendo comunicació a un brazo del río,

que se divide cerca de la iglesia, hasta introducirlo en el río de Bayamón, que sólo era obra de una excavación muy corta, con la cual se abreviaba el viaje a la Capital y salían las lanchas dentro de la misma bahía, sin exponerse a los peligros de la costa de afuera, ni a los enemigos en caso de estar la Ciudad sitiada.

La iglesia de Toa Baja es decente y la más bien alhajada de toda la Isla. Está sobre el mismo río en una llanura, que se inunda en las grandes avenidas; entonces navegan las canoas sobre las haciendas para comunicarse los habitantes de una y otra ribera. Esta inundación nada perjudica sus casas por estar elevadas sobre vigas, según el método universal de la Isla, ni tampoco a sus haciendas por consistir en praderías para la ceba de ganados. Estos preven las inundaciones y las anuncian con espantosos mugidos y relinchos, arañando la tierra; con este aviso y la experiencia que tienen los naturales, los sueltan de las estacas a que están atados y los suben, o ellos mismos se van a las eminencias hasta que el río vuelve a su curso regular.

Este accidente espantoso les trae dos grandes ventajas: la una es que el cieno y despojo de los bosques que arrastran las crecientes, fecundan considerablemente la tierra; la otra es todavía más apreciable. Son innumerables y disformes los ratones, que se crían en las márgenes del río y llanuras inmediatas, igualmente que multitud de culebras y hormigas; éstas y los ratones talan los campos, los frutos y los árboles como también las casas; las culebras suben a éstas a cazar los ratones, y entre unos y otros arman tales escaramuzas y ruidos en los tablados de las viviendas que incomodan y asustan sobremanera, especialmente a los forasteros, que no están acostumbrados a vivir con tan desagradables huéspedes, cuya voracidad lo aniquilaría todo, si las inundaciones no los ahogaran en sus madrigueras.

Los vecinos de esta parroquia, que ascienden a 414, con 2203 almas, viven en las estancias; en el pueblo sólo hay cinco casas junto a la iglesia, que es la más antigua que hay en la Isla, pues enando la sublevación general de los indios ya estaba poblada esta ribera, que pertenecía al Rey y en ella tenía sus haciendas y granjerías, que cultivaban los indios de su encomienda, para quienes tenía iglesia con capellán y toda la asistencia necesaria para su instrucción, vestido y alimento. <sup>(1)</sup> Hoy están las tierras distribuidas entre los particulares, quienes se dedican a la ceba de ganado por la abundancia

(1) Herrera, *Década 4*, libro 5, fol. 81.



de excelentes pastos, en que hay muchas palmas reales de grana, de cocos, naranjos, limones, guayabas, guanábanas y otras frutas, que transportan a la Ciudad con mucho pescado.

Nada hay más apreciable para estos vecinos que la abundancia y variedad de peces de que los surte el río; cada uno coge las cargas que quiere y a la hora que le acomoda. Para este efecto cruzan el río (que parece está estancado y sin curso) con una valla de cañas clavadas en el fondo bien liadas y aseguradas con estacas, forman con sus vueltas unos laberintos a manera de cubos, en tal disposición, que el pescado que sube con las mareas o baja de las cabeceras del río no encuentra paso sino por los boquetes bien dispuestos que dejan en estos cubos, en donde entran sin serles posible acertar a salir, quedando cerrados entre las cañas. Cuando necesitan pescado o quieren llevarlo a vender, entran en canoas, van a los cubos, saltan dentro con una manga de red, con la cual sacan los pargos, sabalos, curvinatas, mojarras, lisas y otras especies de pescados, cargando algunas veces seis u ocho caballos de una sola pesquería o *corral*, así llaman a estos encañizados: esto mismo practican en otros muchos pueblos de la Isla; tal es la facilidad que tienen de adquirir su subsistencia y tanta la dificultad de que se apliquen al cultivo de la tierra.

En esta parroquia y en las tres antecedentes hay formadas de sus vecinos tres compañías de milicias disciplinadas de infantería y una de caballería.

Después de la ribera de Toa Baja hacia el noroeste hay una llanura de tres leguas, que llaman las Marismas, la cual en tiempo de lluvias se inunda con las aguas que bajan de una cordillera de cerros que corren a su mediodía, y como no tienen salida por estar el terreno levantado en su circunferencia se van extendiendo las aguas hasta formar una laguna de dos o tres leguas, la cual necesitan vadear todos los que van o vienen de la Ciudad por esta banda del norte de la Isla con grande trabajo y no poco peligro. Entonces se ven sobre las aguas multitud de garzas, miguelillos, zaramullos, gallaretas y otras aves acuátiles, hasta que pasada la estación de las lluvias llega a secarse y queda una pradería vistosa, llena de abundantes pastos adonde salen los ganados de los bosques a pasar la noche, volviéndose de día a buscar el abrigo contra los ardores del sol en la sombra de los árboles. Toda esta llanura y sus inmediaciones pertenecen a un solo dueño, con algunos miles de cabezas de ganado de todas especies, que se

## HISTORIA DE PUERTO RICO

crían en ellas, que en otras manos sería mucha riqueza; pero a este poseedor no han podido extraerlo de la obscuridad y pobreza.

Poco después se pasa el río de la Vega, que da nombre a este territorio, en el cual se erigió en 1773 una ayuda de parroquia para 219 vecinos y 1011 almas que lo habitan; pero los pleitos que han ocurrido sobre la elección del sitio entre los Mulatos, Vegas, Bonillas y Negrone, no han permitido formalizarla.

Todas las tierras de este río y del de Sibuco, que corre por la parte del norte son excelentes, y se ven en estas vegas varias especies de palmas, naranjos, cidras, limas, limones, achotes, café y otros frutales, que al paso que la hermosean, manifiestan la calidad y buena disposición de la tierra para la siembra de frutos; pero sus colonos abandonados a la cría y ceba de vacas, apenas siembran algun poco de maíz, que da a 100 por uno.

El río Sibuco, que en otro tiempo era un manantial de riquezas por el mucho oro que se extrajo de sus arenas, en cuyo beneficio se empleaban muchas gentes, se ve hoy abandonado, y los que pueblan sus riberas son de los más pobres de la Isla, quizá sin saber ni ocurrirles haya habido n que pueda haber tan ricos minerales en sus márgenes; desemboca en la costa del norte a poca distancia del de la Vega.

Entre ésta y el pueblo de Manatí se pasa el territorio de Arenas Blancas, llamado así por la blancura del suelo, que parece está siempre nevado. A uno y otro lado se ven grandes bosques en que crían bastante ganado. El pueblo está al extremo de una hermosa vega, a la falda de un collado que lo circunvala, por el oriente el río, que trae su nacimiento de las montañas de Loquillo, lo ciñen por el mediodía y poniente; al norte corre hasta la mar una espaciosa llanura, que cultivan algunos hacendados. La población consiste en cuatro hileras de casas, que forman un espacioso cuadro, en cuyo centro queda una gran plaza, y en medio de ésta, en sitio algo elevado sobre pretilles, está edificada la iglesia parroquial, que es la más bien construida, hermosa y capaz de toda la Isla.

El vecindario de esta parroquia, que se compone de 447 familias con 3096 almas, habitan la ribera del río, que es fertilísima para toda especie de plantas y semillas. La caña de azúcar rinde con exceso a otras tierras; el café, arroz, maíz, tabaco, frijoles y otras legumbres que cultivan se multiplican pasmosamente, y transportan a la Ciudad, no obstante que dista más de siete leguas de caminos pantanosos, cruzados de ríos. En este comercio, en la

ceba de ganados y en algunos trapiches de poca entidad, consisten todos sus bienes: la falta de puerto para extraer los frutos, o la de caudales para fomentar los ingenios, o la poca actividad de los colonos, o todas estas causas juntas, malogran más de cinco leguas de excelente tierra, que se presenta a lo largo del río en una frondosa vega. Sobre ésta corren algunos brazos de la cordillera que cruza la Isla, de los cuales podían sacarse porciones muy considerables de cedros, ceibas, laureles, osuas, úcares, nogales, robles y otras especies de árboles eminentes, que coronan aquellas sierras, cuya conducción facilita el río, que lleva siempre bastante caudal de aguas y desemboca a poca distancia del pueblo.

Después de la ribera de Manatí siguiendo la costa del norte hacia el poniente, hay dos leguas de monte llano, cerrado de robustos árboles, hasta entrar en la ribera del río Arecibo, que es más extensa y tan feraz como la antecedente, aunque no mejor empleada, pues toda está dedicada a la cría de ganados, sin cultivar otros frutos que los regulares y precisos; a esto se ciñe toda su industria y labranza.

El pueblo dista de la antecedente 7 leguas, [a] tiene tres hileras de casas, que dejan una buena plaza; está situado en una península o arenal formado de la mar y río Arecibo, que lo circundan. Entre la punta del arenal del Arecibo, la del Morrillo y un peñasco que se avanza al noroeste, queda una caleta en la cual desemboca el río, cuyas avenidas forman bancos de arena, e impiden la entrada a las embarcaciones que calen más de dos brazas de agua, y así rara vez llega alguna a la caleta de este pueblo. Su iglesia es reducida para el vecindario, que asciende a 700 familias; [b] éstas viven en sus estancias, que se extienden más de tres leguas a lo largo de las riberas del río.

Siguiendo su curso hasta su origen, después de cruzarlo 33 veces, se llega a la cumbre de la cordillera. En medio de ella, y aun cuasi de la Isla, está el pueblo de Utuado que consta de 19 casas, con una pequeña iglesia cuasi arruinada; sus vecinos en número de 180 con 1016 almas viven en sus respectivas estancias, situadas en la cima de la montaña, cuyas tierras son gredosas y de substancia para todo género de frutos; pero sólo cultivan los comunes en la Isla, y estos en cuanto sufragan a su subsistencia; después de ésta sólo cuidan de vacas y mulas que suelen pasar por tercera mano a

[a] En Valladares y Acosta no aparece la frase: *diste de la antecedente 7 leguas*.  
[b] Valladares y Acosta añaden: *con 4500 almas*.

los extranjeros por los puertos de la costa del sur, igualmente que algunas maderas de tintes, resinas, la nuez de especie y otras producciones que la naturaleza voluntaria les ofrece.

La distancia a la Capital, la aspereza de caminos intransitables la mayor parte del año, les imposibilita llevar a ella sus efectos, de que resulta el ningún estímulo que tienen para dedicarse a la agricultura, y el vivir estos habitantes aislados en el centro de la Isla, sin comercio, ni comunicación, tan incultos y groseros como los colonos del Lago Ontario.

Bajando de la montaña en que está este pueblo para el del Arecibo, se presenta a la vista todo el curso del río, que es caudaloso; a uno y otro lado se descuelgan diferentes arroyos, formando hermosas cascadas, que al paso que recrean al caminante, riegan los valles intermedios, que se extienden hasta cerca del río. Este en el fondo de la vega se remansa, corre con lentitud, ostentando el caudal de sus aguas, que derrama en las crecientes por las dos riberas, dejándolas fecundadas para la producción de abundantes pastos siempre cubiertos de vacas, mulas y caballos, que son los mejores de toda la Isla. En el centro de estas praderías se descubren las casas de los dueños de las tierras, rodeadas de frondosos platanales, elevadas palmas y algunos cortos plantales de caña de azúcar, café y algodón. Los términos de cada poseedor están divididos con vallas de naranjos, limones, enajaguas, achotes y otros árboles, que la tierra feraz produce con variedad exquisita, resultando de tan diferente conjunto un país delicioso y alegre, en donde la naturaleza activa ostenta la realidad de sus primores con más gracia y variedad que las imaginadas de Circe y Calipso. Todo el país da un golpe que admira y embelesa a la vista; y no es menor el que da a la razón, ver la indiferencia con que los habitantes miran las riquezas que podría rendirles esta tierra, si no fuera su indolencia tanta.

Dos leguas cortas al noroeste del pueblo de Arecibo desemboca el río Camuy, término de la jurisdicción del partido de Puerto Rico por esta parte. Desde el pueblo hasta Camuy, es todo bosque inculto, poblado de enjambres de varias especies de abejas, ocupadas en recoger el jugo y dulce rocío de las plantas y el ámbar que en algunas partes arroja la mar, formando sus panales en dos tróncos de los árboles huecos; cuya miel aprecian poco los naturales, aunque recogen la cera para el gasto de las iglesias, ni es sola esta parte de la Isla en donde se encuentran multitud de enjambres, ocupados en sus laboriosas tareas.



## CAPITULO XXIII

### *DESCRIPCIÓN TOPOGRAFICA DE LOS PUEBLOS DE LA COSTA DEL NORTE, PERTENECIENTES A LA JURISDICCION DEL PARTIDO DE SAN GERMÁN.*

Llevando siempre el objeto de evitar la confusión y deseosos de manifestar en la descripción de la Isla el diseño más conforme al original en cuanto me sea posible trasladar a la pluma el concepto y observaciones hechas sobre el mismo país, procuro guiar sobre él al lector por el camino más claro y desembarazado, pasando de un pueblo a otro alrededor de la Isla, según están situados en su circunferencia; menos algunos pocos que se apartan de la costa, para que con este método, auxiliado de la exactitud del mapa, pueda formar de todas sus partes la más ajustada idea, lo que no le será difícil si llevamos siempre el camino seguido, como hasta aquí. Por este motivo no daremos principio a la descripción de los pueblos del Partido de San Germán por su capital, sino según el orden con que se encuentran, siguiendo el camino de la costa del norte, que traíamos, hasta encontrar con el río Jacagua, en que concluye su jurisdicción por la parte del sur.

Pasado el río Camuy, que baja de las montañas del Pepino por entre impenetrables bosques, habitados sólo de vacas y cerdos monteses, se encuentra la casa de Don Antonio de Matos, a quien pertenece tan vasta posesión, cuyos límites se extienden por todas partes hasta los pueblos más inmediatos, que no distan menos de siete leguas entre sí.

Todo este territorio está cerrado de robustos y eminentes árboles de las especies que son comunes en la Isla, sin otra utilidad de tanta madera, que la de alguna canoa o piragua que hacen, de los que se hallan más inmediatos a la mar, ó algún río. En el centro de estos montes, como su espesura y maleza es mucha, se cría poca yerba y ésta sombría y de mala

calidad; el ganado crece poco; perece mucho por la voracidad de los perros cimarrones, que se multiplican en estos bosques, y sus carnes son de poco gusto; verdad es que antes de matar las reses, las cogen con lazos, perros y otros arbitrios; las dejan atadas a los árboles tres o cuatro días, hasta que la hambre y el cansancio las rinde; entonces castran los toros, aunque sean viejos. Esta operación la ejecuta un hombre solo con mucha brevedad y destreza; al toro que está atado por las astas al tronco de un árbol, le echa un lazo a un pie, que afianza a otro árbol, le corta la bolsa con los testículos, y sin más detención va ejecutando lo mismo con todos los que tiene ya atados. Después los llevan a las estancias o praderías, en donde engordan pasmosamente en poco tiempo; sus carnes tiernas toman un gusto delicado, siendo sin duda las de esta Isla de las más apreciables y regaladas que se comerán en España ni en América.

Esto mismo practican en los demás hatos de la Isla; pero por las razones insinuadas, ntiliza muy poco esta granjería, que ocupa la mayor parte de las tierras, poseídas por un corto número de vecinos, habiendo cuasi 15,000 familias que carecen de ellas, como se demuestra en la tabla general de los habitantes, bajo el nombre de *agregados*.

Además de la prodigiosa arboleda, cuyas ramas forman toldo igualmente que sus raíces, entretejidas unas con otras, hacen rejados [a] sobre el camino, se encuentran dos especies de parras: los tubos de la una están llenos de agua cristalina; la otra es como una esponja, que cortado el vástago o tronco, suelta el agua con lentitud, sino se chupa, y a este le llaman bejuco chupón. Una y otra son muy agradables, y oportuno refresco a los pasajeros que no encuentran otras fuentes en todo el tránsito de esta montaña. En algunas partes de ella, sin salir del camino, se percibe una fragancia aromática, tan subida, que estimula desde luego a buscar la planta que la exhala; [b] pero es inútil la diligencia: las parras, bejuco, arbutos y maleza, enlazados con los árboles, forman una valla impenetrable; y es preciso contentarse con la relación de los prácticos, que aseguran son los olores, que se perciben con tanta abundancia, de las plantas que producen la vainilla y clavo: he visto de las primeras; jamás pude encontrar de los segundos, no obstante las más reiteradas diligencias.

Después de cinco leguas de montaña, se baja la quebrada Bellaca,

[a] Valladares y Acosta dicen: enrejados.

[b] Valladares y Acosta dicen: arroja.

que sólo trae agua en tiempo de lluvias. A menos de una legua se encuentra la cuesta de Guajataca, muy pendiente y peligrosa: cae sobre el río del mismo nombre; es de bastante caudal de aguas que son salobres, cualidad que reciben al paso por una cantera de piedra de sal, a poca distancia del pueblo de San Antonio de la Tuna, situado al lado izquierdo del río, en una corta llanura sobre la montaña: tiene [c] una iglesia decente, con 60 casas; las demás hasta 204, habitadas por 1197 almas, están en sus estancias, que se extienden dos leguas, hasta la quebrada de los Cedros, en donde crían los ganados y cultivan tabaco, algodón, café, arroz, frijoles, calabazas, sandías, melones y legumbres, con muchos pavos, gallinas y otras aves que bajan al puerto de la Aguada para los navíos que se detienen a hacerla. Esta circunstancia utiliza mucho a este pueblo, pues con facilidad venden sus frutos.

Sus habitantes son de los más robustos y sanos, que hay en la Isla, bien sea por el temperamento fresco de esta montaña, o por el aire vegetal que respiran, o por otro influjo benéfico que les proporciona la intermediación a los bosques. Se ven siempre en él algunos centenarios sin achaques y ágiles para las labores en que suelen ejercitarse, pasando alguna vez más de dos años sin morir alguno de este vecindario.

A cinco cuartos de legua del sitio del pueblo, está el puerto de la Isabela, que es pequeño y de poco fondo, aunque resguardado; bien que sólo suelen entrar en él algunos barquillos de los que navegan de contrabando.

Después de la quebrada de los Cedros, que apenas trae agua, y divide los términos entre el pueblo antecedente y el de San Carlos de la Aguadilla, hay otras dos leguas de montaña llana, de la misma calidad de tierras que la antecedente; pero está cuasi toda inculta, cerrada de eminentes cedros, laureles, robles, nogales y otros árboles entretejidos de parras, bejucos y maleza, hasta llegar a la cuesta de Jaycoa, desde la cual se descubre la mar del norte y poniente; pues dobla la Isla su costa desde el Cabo de Borinquén, en que termina la montaña de Jaycoa.

Debajo de ella se halla la nueva población de San Carlos de la Aguadilla, y la ciñe por el oriente y mediodía; por el este-nordeste el Cabo de Borinquén, por el noroeste la mar; y por el suroeste el río Culebrinas, quedando situada a lo largo del puerto en una angosta playa formada en

---

[c] Valladares y Acosta dicen: el cual tiene.



tre la mar y la montaña; cuya disposición es la más deliciosa y chocante que puede idear la más gallarda fantasía.

La montaña es cortada de arriba abajo, toda vestida de yedras, flores y retamas, su cima coronada de frondosa arboleda. En el descenso de la montaña, que forma un semicírculo o media luna, se ven diferentes ángulos y poyos a modo de nichos, y aparadores poblados de arbolillos de varias especies. El café, plátano, vijao, con otras vistosas plantas y flores la adornan con mucha gracia; las cotorras, periquitos y otros pájaros llevados de la frescura y amenidad, van a formar sus nidos en ellas, seguros de que los incomoden. Hacia el medio de la montaña hace una concavidad, que baja desde arriba, y en el pie queda una mediana cueva. Esta sirve de estanco a un arroyo de agua cristalina que nace en ella, en donde se ven multitud de peces que crían entre las piedras del fondo, que es de poco más de una vara; el techo de la cueva, y sus inmediaciones, está alfombrado de variedad de yerbas extrañas; el terreno del frente, que corre hasta la mar, como 80 toesas, está lleno de palmas, naranjos, limones, cidras, limas, tamarindos, totumos y otros frutales regados del riachuelo, que pasa ondeando este pequeño bosque, entrándose luego en la mar con el nombre de río Pequeño. En su embocadura se ven los alcatraces, gaviotas, azores y otras aves acuátiles, [d] que divierten con sus zambullidos para sacar la pesca. En el centro de la arboleda muy cerca de la cueva, está la iglesia, que es pequeña, pero hermosa, y sirve de parroquial a esta población, que consta de 58 casas situadas a lo largo de la orilla del mar en un arenal molesto y expuestas a que cualquiera barco enemigo las destruya, pues están indefensas a la orilla del agua. Las demás, hasta el número de 195 familias, con 1,045 almas, viven parte en la ribera derecha del río Culebrinas, que dista medio cuarto de legua, y algunos pocos están arriba en la montaña de Jaycoa, en donde cultivan tabaco, maíz, frijoles, batatas, con otras legumbres y aves, que venden a los navíos que llegan a hacer aquí el agua-da.

El puerto, formado entre los cabos de Borinquén, y San Francisco, es de mucha extensión. Está abierto por el nordeste, [e] tiene buen fondo, capaz de las mayores flotas: los navíos de línea pueden abordar hasta 12 o 15 toesas de la playa: su entrada muy ancha y sin peligro, aunque es

[d] Acosta: acuáticas.

[e] Valladares y Acosta corrigen del manuscrito y dicen: Noroeste.

preciso dar resguardo al Cabo de Borinquén. Hay abundancia de buenos pescados, los pasajeros encuentran todo refresco, las carnes, la leche de vacas, las frutas, legumbres y el rum, se venden con conveniencia. Cuando llegan las flotas de España concurren de los pueblos inmediatos con todo género de comestibles y frutos de la tierra, levantan rancherías a lo largo de la playa y se forma en pocas horas una divertida feria, que dura los cuatro, o seis días que tarda la flota en refrescar los víveres y tomar el agua.

La abundancia de víveres, la humanidad y buen trato que encuentran los pasajeros y flotistas españoles en los isleños de Puerto Rico; la situación deliciosa del terreno y el fastidio de la navegación, inclinan a todos aquellos, que solo se embarcan por ir a Indias, a quedarse en este primer puerto, juntamente con muchos marineros y soldados que se ocultan al abrigo de los naturales: de suerte, que en la flota del año de 72, mandada por el señor Don Luis de Córdoba, se quedaron en esta Isla más de 1,000 españoles; y no fueron muchos menos los que se ocultaron en el de 76 en la que mandaba el señor Don Antonio de Ulloa. Lo mismo sucede proporcionalmente en los navíos sueltos de España e Islas Canarias. Este es uno de los caminos por donde corre la despoblación de nuestra Península, con poca utilidad de la América.

Lo más admirable es la buena acogida que encuentran estos prófugos de su patria en los isleños. Ellos los ocultan en los montes, hasta que se ausenta la flota; los recogen en sus casas, los alimentan con franqueza y con una facilidad increíble les ofrecen sus hijas por esposas, aún enando no tengan más bienes que la pobre ropa que llevan a cuestas, ni otro carácter que los recomiende, que el de marinero o polizoa; pues las circunstancias de español y blanco son mayorazgo rico y ejecutoria asentada para encontrar casamiento a los ocho días. Estos nuevos colonos faltos de medios para subsistir honestamente, unos se echan a contrabandistas, corsarios y vagos, de que hay muchos en esta parte de la Aguadilla; otros se internan en la Isla, se agregan a alguna hacienda y son vecinos inútiles en ella por falta de tierras propias para cultivar.

A distancia de medio cuarto de legua de esta población, desemboca en el puerto el río Culebrinas, que es caudaloso, y da paso a los lanchones hasta la ermita del Espinar; baja de las montañas del Pepino, y en su curso riega dilatadas vegas, que fructifican todos los frutos de la Isla. A dos leguas de la boca del río, en su ribera derecha, está la nueva población de la Moca, a la falda de las montañas de la Tuna, en un pequeño valle, fun-

dada en 7 de abril de 1772. Su iglesia tiene la precisa decencia, hay once casas en su inmediación: las demás hasta 203, con 996 que componen este vecindario, viven en sus respectivas haciendas.

Legua y media más arriba hacia el nacimiento del río, está el pueblo del Pepino, en la ladera de la montaña, que deja una mediana llanura, en donde está la iglesia, que es muy pobre, y cuasi arruinada, con 17 casas en su circunferencia. Su vecindario asciende a 190 familias, con 1,053 almas, que cultivan algunas vegas, que son muy fértiles. El clima es moderadamente fresco: cogen con abundancia cuantos frutos cultivan y venden con prontitud en el puerto de la Aguadilla, aunque los habitantes de estos dos pueblos, aprovechándose de los bosques, cuidan más de criar cerdos y vacas en los hatos y estancias que de cultivar las tierras.

Pasada la boca del río Culebrinas y siguiendo la costa de la mar por camino llano y hermoso, a distancia de una legua se halla el pueblo de San Francisco de Asís de la Aguada, cercado de cuatro ciénagas, o lagunas en una llanura, que se anega en tiempo de lluvias. Está formado de cuatro hileras de casas, que dejan una espaciosa plaza, en cuyo centro se ve la iglesia siempre arruinada; pues aunque se ha reedificado muchas veces, el suelo pantanoso no resiste la fábrica por los malos cimientos. A un lado de la plaza hay una capilla decente y capaz, que sirve de parroquia a falta de ésta.

Este pueblo es de los más antiguos de la Isla: en su inmediación estuvo fundado el de Sotomayor arruinado por los indios en la sublevación general; después ha tenido diferentes situaciones; prefirieron ésta, aunque es incómoda por la natural defensa, que le proporcionan las ciénagas contra las invasiones enemigas, aunque le era más ventajosa la de la Ermita de N. Señora del Espinar. Su terreno seco, circundado del mar por el norte, del caño del Carrizal por el oriente, del río Culebrinas por el sur, y de una espaciosa llanura al poniente, la navegación del río para transportar sus frutos al puerto y la proporcionada distancia a todas las partes de su distrito, dictaban la fundación del pueblo en este sitio con exclusión del de la Aguadilla; pero el interés particular prevaleció.

El territorio que gozaba era de mucha extensión. De él se han separado dos de los tres pueblos antecedentes y el de Rincón; pero hoy le ha quedado bastante reducido y la mayor parte de mala calidad, pues desde el río Culebrinas hasta el pueblo, es todo arenal de poco útil para frutos,

aunque se cría en él sin cultivo alguno mucho añil de que no hacen aprecio. La parte que corre hacia el mediodía y poniente, es menos malo, aunque de corta extensión e interrumpida de muchas lomas, y montecillos que forman algunos pequeños valles, en los cuales tienen algunos trapiches; cogen café, arroz y demás frutos del país.

Con todo, el vecindario es respectivamente considerable: hay en esta jurisdicción 685 vecinos con 4,117 almas; verdad es que la mayor parte viven del contrabando, que hacen en las mismas costas, o pasando los sobrantes de sus cosechas, ganados, cueros y tablazón al Guarico. Hay dos compañías de milicias: una de caballería y otra de infantería.

Este pueblo dista medio cuarto de legua de la costa del mar. Siguiendo esta hacia el poniente, se deja el Cabo de San Francisco a la derecha, en cuya costa desembocan los ríos Grande, Cañas y otros de menos aguas, que descienden de las montañas del Pepino y Añasco. A dos leguas cortas está el pueblo de Santa Rosa de Rincón, en la punta de Calbache, en un arenal inmediato al puerto de su nombre. Se fundó en agosto de 1772. Tiene once casas con la iglesia, que es harto pobre; su vecindario, que asciende a 210 familias con 1,130 almas, habitan en los cerros que median hasta Añasco, en donde poseen algunos vallecitos útiles para la cría de ganados y frutos de la tierra, cosechan bastante arroz y tabaco, que por la mayor parte pasa al Guarico. Las tierras de la costa del mar son areniscas y estériles. Este pueblo y el de San Carlos de la Aguadilla, están expuestos a cualquiera insulto de los corsarios, pues se presentan a la orilla del mar, sin ninguna defensa.

Siguiendo la costa del mar hacia el poniente, después de tres leguas de un arenal abrasado e incómodo, se encuentra el río de Guaravo, [f] en donde los indios ahogaron a Antonio Salcedo para hacer la experiencia si los españoles eran inmortales. Desemboca en el puerto de Añasco, que es muy extenso y bien resguardado; pero las avenidas del río han formado algunos bancos peligrosos a los buques de mayor porte, que se ven precisados a anclar media legua de tierra; ni es menos penoso el hacer aquí aguada, por subir la marca muy arriba por el río salando sus aguas.

El pueblo de Añasco se fundó en 1733 con algunos españoles e indios, que habitaban sus serranías; dista una legua de su puerto; está situada en una hermosa llanura circundada por todas partes de arroyos, caños

[f] Valladares dice *Guauravo*.

y lagunas, que dificultan su entrada por todos lados, siendo inaccesible la mayor parte del año a los que la intentan a pie y sin práctico. Consta de 139 casas, que forman un dilatado cuadro, en cuyo centro está la iglesia, que es poco decente. Todo el terreno es pantanoso y húmedo, cubierto de yerba, que crece con una prontitud pasmosa. Los habitantes, que ascienden a 577 familias con 3,061 almas, son de un color muy obscuro, bien sea efecto del clima demasíadamente cálido y húmedo, o por la mayor mezcla de la gente de castas [g] de que se compone la población de la Isla. Hay formadas dos compañías de milicias de infantería y una de caballería.

Cogen con abundancia todos los frutos de la Isla, especialmente arroz, maíz, frijoles y tabaco, que es muy bueno; tienen grandes porciones de ganado de cerda, vacuno y mular, que crían en los hatos y engordan en las estancias o praderías, cuyas tierras son muy pingües para todo. En ellas cultivan alguna caña de azúcar, que benefician en trapiches para melado. Sus ganados y frutos sobrantes con los cueros y maderas de esta jurisdicción, pasan al Guarico, trayendo en retorno ropas, harina, vino y otros efectos.

En las cabeceras del río de Añasco hay una mina de piedras ingas de las más finas y brillantes en su especie, pero los naturales no las utilizan ni hacen aprecio de ellas.

Enfrente del puerto de Añasco, dos leguas más afuera, está la isla del Desecheo, que tendrá tres de circunferencia. Es despoblada aunque cubierta de arboleda; tiene muchas cabras monteses que suelen aprovechar los contrabandistas, igualmente que las langostas de mar, caracoles y otros mariscos que cogen en abundancia. Al noroeste del Desecheo están las islas del Monito y Mona, de mayor extensión que aquella, igualmente despobladas y cubiertas de maleza y caza. En todas tres se encuentran fondeaderos en algunas caletas: dejan formados cinco canales entre las costas de Puerto Rico y Santo Domingo, que cruzan los isleños en canoas y piraguas, pasando de una isleta a otra hasta la de Santo Domingo.

El pueblo de Mayagüez, fundado en 1760, dista 3 leguas al poniente de Añasco. El territorio intermedio está interrumpido por diferentes lomas que dejan algunos hermosos valles, cruzados de algunos arroyuelos. Toda esta tierra es gredosa y de buena calidad hasta la población, que está situada a la falda de unos cerros en una divertida vega, que fecunda el

---

[g] Valladares y Acosta dicen: *mezcla de las castas de gente*.

río Mayagüez. Por la parte del oriente y mediodía lo circunvalan las montañas de Hormigueros, por el norte las de Añasco, y la mar por poniente; tiene 50 casas, que dejan una buena plaza cuadrada: a un lado está la iglesia parroquial, que es muy decente, erigida por Don Miguel Rodríguez Feliciano, su primer párroco; el resto del vecindario, que asciende a 419 familias con 1,791 almas, viven en sus haciendas.

La parte de su territorio, que comprende la vega, es muy fértil y cultivan en él de todos los frutos de la Isla. Tienen algunos buenos trapiches y bastante ganado de todas especies. Las lomas y partes altas hasta Hormigueros, aunque la tierra es buena, está inculta y sólo hay algunas pequeñas estancias para ganado.

El río no es de caudal de aguas, pero sí de arenas de oro de hasta 22 quilates. En los primeros años de la reducción de la Isla se sacaron grandes porciones; hoy apenas algún curioso ha hecho la experiencia. Desemboca en el puerto de su nombre, que dista un cuarto de legua de la población: es bastante capaz y resguardado de los vientos, [h] aunque por algunos bajos, sólo pueden anclar con seguridad fragatas y barcos de menos porte. Tienen compañía de milicias disciplinadas de infantería.

El Santuario de Nuestra Señora de Monserrate, situado en la montaña de Hormigueros, dista dos leguas y media del pueblo antecedente y lo mismo con poca diferencia de la Villa de San Germán. El terreno que hay hasta llegar a él, es áspero y montuoso, poblado de árboles pequeños, torcidos y de maleza con algunos arroyuelos que bajan de los altos. La iglesia está en la cima de un cerro, es bastante capaz y aseada. Aquí concurren los fieles de toda la Isla a colgar los votos que han hecho para salvarse en las tempestades y trabajos, de que se ven llenas las paredes, con algunos cuadros, que representan los grandes peligros de que los ha liberado la piedad divina por intercesión de esta señora.

Esta costumbre la tomaron los romanos de los griegos. Bión Boritenita <sup>(1)</sup> había visto esta especie de pinturas en un templo de Neptuno. Horacio hace mención de este laudable uso en la quinta de sus Odas del libro 1.

Me tabula sacer  
Votiva paries indicat uvida

[h] Valladares dice: de los vecinos.

(1) Philosopho Scita tenido por Atheista.

suspendisc potenti  
vestimenta maris Deo.

Y estos isleños guiados de mejores principios imitan devotos la piedad de sus padres, frecuentando este santuario a tributar a María la gratitud sincera de los divinos beneficios que han conseguido por la intercesión de esta Imagen.

La casa hospedería de este santuario dista un tiro de pistola por ocupar la iglesia toda la cima del cerro. Es reducida para el hospedaje de los peregrinos y devotos, que frecuentan esta romería, suplen su estrechez otras ocho casas contiguas de otras tantas familias, que viven en esta eminencia; desde ella se descubre la llanura más hermosa y fértil de toda la Isla, la riegan los ríos de Juanajivos, y el del Boquerón, cuyas márgenes se ven pobladas de los vecinos de la Villa de San Germán y Cabo Rojo.

Este pueblo, fundado en 1774, está situado en el extremo occidental de la Isla y vega de San Germán, que es demasíadamente húmeda. Por el norte, poniente y mediodía la ciñe el mar, y a su oriente corre la espaciosa vega de que goza en parte este vecindario, que es de 315 familias, con 1,215 almas; cultivan con aplicación los frutos comunes en la Isla, especialmente el arroz, maíz, frijoles y otras legumbres con bastante tabaco y ganado; cuyos sobrantes pasan al extranjero por el puerto formado entre el Cabo Rojo y un islote. Su fondo es sólo para barcos menores.

En el sitio en que está la iglesia, que es decente, hay once casas, una del Rey, que sirve de cuartel de milicias disciplinadas, de las cuales hay una compañía. Esta casa del Rey la mantienen a su costa los vecinos de cada pueblo: la hay en todos los que tienen compañías de milicias disciplinadas y sirve igualmente de cárcel pública.

En la parte del suroeste del cabo hay una ensenada, que se interna e inunda un pedazo de tierra. De ella se forma una abundante salina, que utilizan libremente todos los vecinos de la Isla. No lejos de la salina, sobre la misma costa, se eleva una muy alta colina, coronada de palmas, desde donde se descubre la costa del norte hasta el Cabo de Borinquén y puerto de la Aguada; la del sur hasta Ponce; y por lo interior de la Isla, se ven la mitad de sus vegas, bosques y ríos; cuya alternativa ofrece a la vista un país sumamente agradable y delicioso.

## CAPÍTULO XXIV

### *DESCRIPCIÓN TOPOGRÁFICA DE LOS PUEBLOS DEL PARTIDO DE LA VILLA DE SAN GERMAN PERTENECIENTES A LA COSTA DEL SUR.*

La Villa de San Germán dista poco más de dos leguas de Cabo Rojo. Está situada a lo largo de una loma entre otras que la circunvalan: El río de Juanajivos corre entre ellas y sale a la vega, que cae a su norte y poniente. Fundóla primeramente en 1510 el Capitán Don Cristóbal de Sotomayor junto a la bahía de Guánica; poco después la trasladó él mismo a la parte de la Aguada con el nombre de Sotomayor, y fué abrasada por los indios en la noche de la sublevación general en 1511.

El Capitán Miguel del Toro estableció los vecinos que le pertenecían en el sitio que hoy ocupa. Tiene una grande plaza cuadrada y dos calles, que se extienden hasta el Convento de Santo Domingo, que está en el extremo de la loma; la iglesia parroquial es muy pequeña y en nada corresponde al lustre y antigüedad de la Villa. Frente de la parroquia hay una buena capilla dedicada a Nuestra Señora de la Concepción; en la calle que va a Santo Domingo, hay un hospitalillo muy reducido y tan pobre, que rara vez mantiene algún enfermo.

El Convento de Santo Domingo, situado sobre un precipicio, es poco más que una casa particular. Nada tiene de recomendable su fábrica; en él habitan tres religiosos que ayudan a la administración del pasto espiritual al párroco de esta Villa, que es vicario eclesiástico con jurisdicción en todo su distrito, hasta los ríos Jacagua y Camuy, igualmente que la del Cabildo secular, que es el segundo de esta Isla.

El sitio en que está la Villa es una loma larga y desigual: hay 411 casas, las demás de sus vecinos, que ascienden a 1,166, con 7,958 almas, están derramadas por todo el territorio, que es extenso, aunque no igual-



## *F R A Y I N I C O A B B A D Y L A S I E R R A*

mente bueno. La parte que corresponde al oriente y mediodía es árido y pedregoso; la hermosa vega, que se extiende a su oriente y norte hasta Cabo Rojo y Monserrate, es la más fértil de toda la Isla; las márgenes de los dos ríos que la riegan, se ven pobladas de naranjos, limones, achiotes, tamarindos, aguacates, cacao, añil y de variedad de palmas y plantas, que sin cuidado ni cultivo arroja en abundancia la tierra.

Los hacendados tienen las casas en sus respectivas posesiones; éstas por la mayor parte las destinan a la cría de ganados, que por la abundancia y buena calidad de los pastos se multiplican admirablemente. Con todo, hay muchos plantales de café, algodón y caña, que muelen en los trapiques para melado, aguardiente y algún azúcar. Igualmente cosechan todo género de legumbres, plátanos y demás frutos comunes en la Isla; cuyos sobrantes pasan al Guarico, retornando en cambio ropas y otros efectos.

En esta villa se mantienen algunas de las familias más antiguas y distinguidas de toda la Isla. De los indios naturales hay formada una numerosa compañía, bien que son ya pocos los que no estén mezclados con otras castas. Hay dos compañías de milicias disciplinadas, la una de infantería y la otra de caballería. En las ocasiones en que los enemigos de la Corona han llegado a sus costas, los han resistido con valor. Ultimamente el año de 1743 desembarcaron los ingleses en el puerto de Guánica y sin más muralla que la de sus pechos, les hicieron una constante oposición, hasta precisarlos a reembarcar, tomándoles un paquebote. El Rey, cerciorado del denuedo con que se habían defendido, por Real Cédula de 28 de enero de 1748, asignó sueldo a las viudas de los que habían muerto en esta ocasión, premiando igualmente a todos los que se habían distinguido por su valor.

Siguiendo la costa del sur hacia el oriente se encuentra a tres leguas de la villa la bahía de Guánica, que es la mejor, por todas sus circunstancias, de cuantas hay en la Isla. Su entrada es larga y angosta, sin bajo, ni escollo, que la dificulte; en lo interior se extiende a uno y otro lado, formando una dilatada bahía, en donde pueden fondear muchos navíos con toda seguridad y buen fondo. El río Guánica, que desagua en ella por la parte del norte, proporciona hacer aguada y leña con comodidad, y toda la costa muchas maderas, frutos y otros efectos para surtir un comercio lucido, cual lo hacen hoy en aquella parte los extranjeros. En su inmediación se forma una abundante salina, que está franca al que quiere utilizarla. Aquí tuvo su primera situación la Villa de San Germán bajo el

## HISTORIA DE PUERTO RICO

nombre de Guánica, por las abundantes minas de oro, plata y estaño que se encontraron en esta parte, y tanto útil rindieron en los primeros años, hoy no hay habitante alguno y menos fortificación, como supone Baysete en su *Geografía Universal*. <sup>(1)</sup>

Tres [a] leguas más adelante, después de pasar el río Caña, se llega al pueblo de Yauco, situado en la ladera de unos montes que lo circunvalan por el norte y poniente; el río Ventanas por el oriente y una llanura que corre hasta la mar por el mediodía. El pueblo consiste en un cuadro que forman 40 casas en terreno pendiente; a un lado está la iglesia, que es reducida, el río pasa inmediato, es abundante de pescado y riega una buena vega.

Las tierras de este pueblo por la mayor parte son muy quebradas, de poco útil, cerradas de bosques, en los cuales tienen algunos hatos con mucho ganado de todas especies; pero la vega inmediata al pueblo y la de Guayanilla son muy buenas para el cultivo de la caña, tabaco, arroz y café, de que cosechan algunas porciones para su consumo. Los sobrantes de todo con muchas y excelentes maderas pasan a las islas a cambio de ropas, de que surten toda esta costa.

El vecindario asciende a 348 vecinos, con 2,299 almas. Habitan por la mayor parte en el territorio de la bahía de Guayanilla, que es muy grande y de fondo suficiente para navíos de línea. Esta y la de Guánica ofrecen admirables situaciones para erigir pueblos con todas las ventajas y comodidades que pueden apetecerse, y respecto que en una y otra hay establecido suficiente número de colonos para efectuarlas, sólo resta la división de términos y autorizarlas en la forma ordinaria. Ni son estas solas las poblaciones que podían erigirse en muchas partes de la Isla con igual facilidad y sin costo del Real Erario, ni de los particulares, como se demostrará en capítulo separado.

Después de la bahía de Guayanilla al oriente de la punta del Manglar, que la cierra por esta parte, está el puerto de Tallaboa, que es mediano; pero algunas isletas que lo circundan y cubre la marea, lo hacen peligroso, aunque estos escollos no impiden a los extranjeros el frecuentarlo para hacer sus contrabandos.

Todo este territorio es fértil, poblado de excelentes arboledas en que hay algunos hatos de ganado; 80 vecinos del pueblo de Ponce, que habi-

<sup>(1)</sup> Baisete, *Geografía Universal*, tomo XI, fol. 486. Valladares dice Bayacete.  
[a] Valladares y Acosta dicen: dos.

tan aquí, cultivan algunas tierras de un dilatado valle, que baja de las montañas de la cordillera, hasta la punta del peñón, que bate la mar y es paso indispensable y peligroso. En él parece vuelve a cambiarse el clima y temperamento de la Isla, como advertí en el Cabo de Mala Pascua, después del río de Guayama. De una tierra húmeda y gredosa, cubierta de abundante yerba, se pasa de repente a otra arenisca, árida y desnuda de los pastos y praderías, que se pisan en la anterior. A los frondosos bosques de árboles eminentes, hermosos y cargados de varias frutas, suceden otros pequeños, espinosos, sin frutas y aun sin hojas, incómodos por sus espinas y desagradables a la vista; el calor se siente con más viveza y en todo se ve trocado el clima y la tierra que es muy llana en esta costa.

A distancia de dos leguas del peñón, está el pueblo de Ponce: es de los más antiguos de la Isla; está situado en una grande llanura cubierta de arboleda. El río de su nombre lo ciñe por el oriente; por el norte tiene las montañas de Utuado, al occidente pasa un pequeño arroyo, y a una legua por el sur tiene la mar; 115 casas forman un cuadro dilatadísimo. La iglesia parroquial, que es pequeña y deteriorada, lo cierra por un lado; en el centro de él hay una capilla, que lo divide, dejando dos plazas menos solitarias que las de los otros pueblos, pues en éste y en su circunferencia vive mucha parte de los vecinos, que ascienden a 735, con 5038 almas, y de ellas hay formadas dos compañías de milicias disciplinadas.

El clima es muy ardiente y seco: aquí las niguas, aradores, abusos, garrapatas y otros insectos incomodan grandemente y pueden causar funestas consecuencias, si no se sabe manejar su curación, aunque en algunas circunstancias en toda la Isla son peligrosos. Los naturales hacen poco caso y algunas veces experimentan malas resultas. Cerca del pueblo hay una cantera de yeso, que podía ser útil, si quisieran aprovecharlo.

La principal cosecha es de café: asciende algunos años a 187,932 arrobas, que pasan a los extranjeros, igualmente que las maderas y ganados sobrantes. Toda la tierra, que se extiende a lo largo de la costa, está poblada de haciendas de café, que fructifica pasmosamente. Prefieren el cultivo de este fruto a todos los otros de que es susceptible el país, por el poco trabajo que necesita y por la segura extracción que tiene para las islas extranjeras, en donde estiman más el de Puerto Rico que el de cualquiera otra parte de América.

En diferentes lugares de la Isla, especialmente en esta costa del sur,

es muy común una planta llamada marunguey. Esta tiene un tallo del largo de una vara, tierno y que remata en una flor menuda de color musco; sus hojas muy largas y puntiagudas; de su raíz, que es como una batata, hacen pan en esta forma: rallan las raíces hasta que quedan bien deshechas; luego las amontonan hasta que se pudren, crían gusanos y se secan; entonces parecen un montón de barro de color rojo oscuro: estando seco lo muelen hasta reducirlo a polvo, del cual hacen bollos o panecillos, con que socorren la falta del maíz, plátanos o yuca en tiempo de los huracanes.

Este socorro les es muy perjudicial: esta planta demasiadamente ardiente, según se cree, o por alguna otra cualidad oculta, causa siempre cursos de sangre tan violentos, especialmente en algunas complexiones, que los años en que usan esta especie de pan, mueren muchos de este accidente; quizá si lo hicieran de batatas no sentirían tan fatales resultas.

En la falda de las montañas tienen algunos planteles de caña, algodón, tabaco y legumbres, y aunque son algo escasos los frutos, son de mejor gusto y más substancia, que en lo demás de la Isla, especialmente la caña, los melones y sandías.

Crían porción de ganado de todas especies; pero flaco y de inferior calidad por la falta de pastos. Desde el pueblo hasta la mar se ve un bosque de palmas, con cuya fruta mantienen algunos cerdos de poca substancia.

La punta de Salinas, y la del Gato, forman el puerto de Ponce, de bastante extensión, con fondo para navíos. A su frente corre la Isla de Caja de Muertos, de tres millas, [b] o poco más de extensión; al Levante de ésta, corren otras muchas que no embarazan la entrada: todas están incultas y despobladas.

En los montes que pertenecen a este pueblo, se encuentra el árbol guayacán, malagueta, el de la nuez de especie, tabonuco, maría, úcares y otros apreciables de que está cubierto el territorio hasta los ríos Ynabón y Jacagua, limítrofe entre los dos partidos de Puerto Rico y San Germán.

Estos dos ríos se incorporan media legua antes de desaguar en el puerto de Boca-chica, que es capaz de muchos navíos, de buen fondo y bien resguardado. A su frente por la parte del este, tiene la isleta de Yautías, que se extiende más de un cuarto de legua, pero deja paso desembarazado por la punta del oeste.

[b] En Valladares y Acosta dice: una milla.

*F R A Y I N I C O A B B A D Y L A S I E R R A*

Aquí dejamos la descripción de los pueblos pertenecientes al partido de Puerto Rico en esta costa; y en el mismo río de Jacagua concluye la de los que pertenecen a la jurisdicción de la Villa de San Germán por esta parte, en la cual se ha referido cuanto contiene de particular e interesante a la Isla en general y sus pueblos en particular, sin haber omitido cosa que merezca comunicarse en cuanto corresponde a su descripción topográfica. Resta dar noticia del gobierno, población, agricultura, comercio, usos y costumbres de sus habitantes, para que se pueda formar la más completa idea de cuanto se contiene en ella.<sup>1</sup>

## CAPITULO XXV

### GOBIERNO GENERAL DE LA ISLA Y PARTICULAR DE SUS PUEBLOS

La sociedad nace naturalmente de la población y el gobierno tiene por objeto al estado social. Considerando las pocas necesidades que la naturaleza impone al hombre, en comparación de los medios que le presenta para socorrerlas; los pocos bienes ni arbitrios que halla en el estado civil, a proporción de las penas y males que lo circundan; el instinto común a todos los seres vivientes por la independencia y la libertad; una multitud de razones tomadas de su constitución física, han querido [a] poner en duda si la sociedad es tan natural al género humano, como ordinariamente se piensa. El descubrimiento del Nuevo Mundo pudo alimentar esta curiosidad y modo de discurrir. Un vasto territorio inculto, la humanidad reducida a la condición animal, los campos sin mieses, los tesoros sin poseedores, las sociedades sin policía, los hombres sin costumbres, ofrecían un espectáculo el más interesante y lleno de instrucción a un Locke, un Buffon y Montesquieu, si hubieran llegado a tiempo de observar por sí mismos este admirable espectáculo, para formar su perfecto retrato; pero ya la naturaleza bruta y salvaje se ha desfigurado.

El arribo de los españoles a esta Isla, su comunicación y comercio con los indios, los acontecimientos naturales, que unen y enlazan los individuos, la necesidad imprevista de defenderse [b] de los caribes y piratas, el ejemplo de tantas especies de animales que se unen en bandadas y enjambres, la variedad y multitud [c] de objetos que el comercio presentaba a sus ojos; y sobre todo el establecimiento de la religión cristiana, el de las leyes y go-

[a] Acosta dice: *han querido algunos escritores...*

[b] Valladares y Acosta dicen: *de haber de defenderse...*

[c] El manuscrito originalmente leía "multiplicidad" como aparece en las otras ediciones. El corrector cambió esta palabra a *multitud*.

bierno civil español, y los enlaces de éstos con los indios por el matrimonio, suavizó su espíritu, buscaron la sociedad, y las leyes acordadas oportunamente, mudaron su carácter y gobierno de la Isla en todas sus partes.

Ya se dijo cuál era el de los indios al arribo de los españoles; éstos lo formaron conforme a las leyes de Castilla, que se han variado en algunas cosas, según las circunstancias del país y del tiempo lo han dictado. Toda la jurisdicción reside en el gobernador de la Isla, de quien dimanar todas las órdenes, como gobernador militar y político, superintendente de los ramos de Real Hacienda y vicepatrono real. Tiene intervención en las provisiones de los curatos, en las cuentas de las rentas y fábricas de las iglesias; y dispone de las tropas y milicias para su defensa, las pasa revista, entiende en sus causas, preside en las Juntas de Real Hacienda, y es juez superior a todos los tribunales de la Isla. Tiene un asesor con cuyo dictamen decide todas las causas civiles, [d] tanto de la Ciudad, como de los demás pueblos y sus apelaciones; pero las que pertenecen a la Real Hacienda debe proceder también [e] con acuerdo de los oficiales reales.

Sus sentencias tienen apelación a la Audiencia de Santo Domingo, o puede cualquiera producir sus quejas en la residencia, para la cual envía S.M. un juez al fin de cada gobierno. Entonces se oyen las quejas contra los jueces que lo han sido desde la residencia anterior, concediendo apelación para ante el Supremo Consejo de las Indias a los que la solicitan.

El cabildo secular se compone de dos alcaldes ordinarios, seis regidores, dos alcaldes de la hermandad, un procurador general y un escribano, a quienes preside el gobernador y en ausencia de éste ocupa su lugar el asesor, como su teniente. Los alcaldes entienden en las causas civiles y criminales y demás administración de justicia en todos los pueblos de su partido. Los regidores tienen a su cargo la provisión de todos los abastos de la Ciudad y el arreglo de sus precios. Los alcaldes de la hermandad ejercen su jurisdicción en [f] los pueblos del partido y deben visitarlos. El procurador general representa los derechos del público y hace sus veces: el asesor del gobernador, como su teniente, puede por sí solo, como juez ordinario actuar y formar procesos en todas las causas civiles y criminales en toda la Isla, y de sus sentencias no hay apelación al gobernador, y

[d] Valladares y Acosta añaden: ó criminales. . .

[e] La palabra también no aparece en Valladares y Acosta.

[f] Valladares y Acosta dicen: en todas los Pueblos. . .

éste puede asesorarse con otro letrado, pero no en las causas militares o [g] Hacienda, porque precisamente ha de ser con su teniente, como auditor de guerra.

El Tribunal de Real Hacienda se compone del gobernador, su asesor, un tesorero, y un contador. A éstos incumbe percibir todos los derechos reales de aduanas, alcabalas, impuestos sobre las tierras y demás que pertenecen a la Real Hacienda, igualmente que pagar las tropas, obras de fortificación y demás cargas y gastos que tiene la Corona. En este tribunal se deciden las causas de comisos o contrabandos y todas las que interesan o defraudan los reales derechos.

El Tribunal Eclesiástico del Obispo tiene un provisor, que es vicario general de todas las islas y provincias de la Tierra Firme, que le están anexas, un oficial mayor o provisor en segundas, que sólo ejerce su empleo en ausencia o enfermedad del primero; un fiscal, dos notarios, un procurador y un alguacil. A este tribunal corresponde la decisión de todas las causas matrimoniales, beneficiales y demás eclesiásticas; pero cualquiera reo frustra sus providencias, si no le convienen, mediante la cédula que llaman de *fuerza*; la cual impide al eclesiástico llevar a efecto aquel decreto o providencia porque se le notifica, debiendo suspender toda ejecución hasta la resolución de la audiencia del distrito. Además de este tribunal eclesiástico, hay dos vicarías, una en la Villa de San Germán y la otra en el pueblo de Coamo. Estos vicarios sólo tienen facultad para formar las sumarias en los asuntos que les competen, debiendo remitirlas al Tribunal del Obispo para su decisión. Los vicarios que residen en las provincias de Tierra Firme tienen mayores facultades.<sup>1</sup>

En la Villa de San Germán hay cabildo secular, compuesto de alcaldes y regidores, como el de la Ciudad de Puerto Rico, con la misma jurisdicción y facultades en los pueblos de su partido.

Todos los pueblos de la Isla tienen un juez nombrado por el gobernador, con título de teniente a guerra: a éste pertenece el gobierno de su pueblo, según la instrucción y órdenes del gobernador. Su principal encargo es tener arregladas las compañías de milicias urbanas, que se componen de todos los vecinos que no están alistados en las milicias disciplinadas; poner un cuerpo de guardia de dichos urbanos en la cárcel pública del pueblo y otro en la vigía que tienen en la costa para celar las deser-

[g] Valladares y Acosta añaden: o de la Real Hacienda...



ciones de los esclavos, evitar contrabandos, limpiar los caminos, llevar las órdenes y pliegos de un pueblo a otro, conducir los presos a la Capital y dar parte a ella de lo que ocurre en sus respectivos distritos.

También pertenece al teniente a guerra cobrar los derechos sobre las tierras, el salario del cura, hacer pagar las deudas, que no excedan de 50 pesos y actuar en todas las causas, hasta recibir la sumaria y en estos casos hace de juez y escribano. En ausencia del teniente a guerra, el sargento mayor substituye sus veces; ambos llevan bastón, que es el distintivo de su empleo.

Tiene facultad de citar el pueblo a juntas generales, repartir a cada vecino la prorrata que le corresponde pagar por el salario del cura, para la fábrica de la iglesia, para el cuartel de milicias o cárcel pública, pues sólo la Ciudad tiene propios de donde pueda sacar para los gastos públicos, [h] y así cada vecino exhibe la cota [i] que le señala el teniente a guerra para subvenir a las cargas concejiles, en que suele haber notables fraudes. Los vecinos que están alistados en las milicias disciplinadas, gozan algunas exenciones, y son juzgados por sus respectivos oficiales independientemente de las justicias ordinarias.

Los curatos de la Isla son del Patronato Real; se proveen por concurso que hace el obispo; de los aprobados propone tres al gobernador, y éste elige al que le parece de ellos. Los diezmos de toda la Isla, se arriendan por cuenta de la Real Hacienda, ascienden a 17,000 pesos anuales, y si se obrara con rectitud, producirían otro tanto. Las primicias [j] del partido de Puerto Rico están igualmente arrendadas por el Rey en 20,500 pesos anuales. Las del partido de San Germán pertenecen a su vicario.

Los curas párrocos no tienen congrua igual en todos los pueblos. Al tiempo de erigirse una parroquia se obligan los vecinos de ella a dar una cota [k] anual al que les sirva de cura; en unos pueblos les están asignados 300 pesos, en otros 200, y en otros menos. Este salario, y los derechos parroquiales sirven de congrua a los párrocos, que en algunos pueblos asciende a 1,000 pesos anuales; verdad es que en las parroquias numerosas mantiene el cura uno o dos capellanes con título de tenientes suyos, para que le ayuden a la administración de sacramentos, que llevan a los feligreses a las haciendas en que viven, y como algunos distan de la iglesia cuatro

[h] El manuscrito original leía públicos pero el corrector lo cambió a concejiles.

[i] Acosta dice cuota.

[j] Valladares copia erróneamente el manuscrito y dice provincias.

[k] Acosta corrige el manuscrito y a Valladares y dice cuota.

## HISTORIA DE PUERTO RICO

y cinco leguas, les es indispensable su ayuda para poder asistir a los enfermos en lo que es de su obligación

El número de sacerdotes seculares que hay en Puerto Rico asciende a 62. El de los regulares franciscanos y dominicos, a 45, y 19 religiosas; las rentas que gozan estos cuerpos son muy moderadas, pues aunque los dominicos y monjas tienen haciendas, son de poca utilidad [1] y todos viven con bastante pobreza.

El cuerpo eclesiástico goza de la inmunidad personal de su estado; pero los que poseen ganados contribuyen por su parte para el abasto del público, como cualquiera otro vecino.

Los vecinos que están alistados en el cuerpo de milicias, gozan en mucha parte del fuero militar, además de algunas excenciones que tienen por este servicio, sólo sus oficiales conocen de sus delitos personales y de las deudas hasta cierta cantidad. Estos privilegios les hacen abrazar con gusto la milicia, que forma un cuerpo numeroso y útil. Su establecimiento ha derramado en la Isla el espíritu militar, que contribuye poco al fomento de la industria y agricultura.

La autoridad y gobierno depositado en un militar, padece sus alteraciones, según la mayor instrucción y modo de pensar del que gobierna. Todos tienen el carácter de capitanes generales y se inclinan a esta jurisdicción más naturalmente que a la política. Acostumbrados a mandar con ardor y a ser obedecidos sin réplica, se detienen poco en las formalidades establecidas para la administración de justicia, tan necesarias para conservar el derecho de las partes. Este sistema hace odiosos a algunos, que no conociendo que el interés del gobierno debe ser el bien del pueblo, [m] y que jamás hará este progreso en la industria ni en las artes mientras no tenga confianza y amor al que gobierna, [n] ha entibiado los ánimos y aplicación de estos isleños, que por su carácter piden un gobierno dulce y moderado. Cualquiera que sea la causa, la Isla está muy lejos de tener el feliz estado que pudiera haber adquirido, bajo el mando de gobernadores ilustrados y patrióticos, siendo, aún hoy muy gravosa al Estado, cuando podía y debía utilizarle de muchas maneras. La cortedad de las rentas reales, igualmente que su reducido comercio y población, acredita la lentitud de sus progresos en todas sus partes, como se demostrará en los capítulos y tablas siguientes.<sup>2</sup>

[1] Valladares dice: son de poco útil mientras Acosta dice son de poco producto.

[m] Valladares y Acosta dicen: el bien del público.

[n] Valladares y Acosta: amor y confianza del que gobierna, cambiando el sentido de la oración.



## CAPÍTULO XXVI

### *ESTADO ACTUAL DE LA POBLACIÓN DE PUERTO RICO. MEDIOS DE AUMENTARLA*

Para conocer el estado de la población de un país, basta examinar el de su agricultura; por el estado general en que se manifiestan las producciones de esta Isla, se vendrá en conocimiento de su cultivo y población: ésta asciende a 70,260 [a] almas de todas clases y castas de habitantes. Con todo no tienen la quinta parte de los que puede sustentar. Al arribo de los españoles había en ella más de 600,000 indios, <sup>(1)</sup> cuyas labores agrarias sólo se extendían a un corto campo de maíz y raíces necesarias para el sustento de sus familias. El imprudente empeño con que los primeros pobladores dedicaron sus trabajos al beneficio de las minas, descuidó el cultivo de las tierras. Esta falta y los varios sucesos de las guerras, extenuaron la agricultura y la población de la Isla.

De aquí nació la partición de las tierras entre los que habían quedado, y como eran pocos respecto de su extensión, tocaron a cada uno porciones tan dilatadas que aún hoy se ven incultas. Al poner los ojos sobre las costas de esta Isla, se ven por todas partes cubiertas de bosques, pues un vecino que posee seis u ocho leguas de territorio, se contenta con cultivar lo preciso para sustentar su familia, dejando lo demás abandonado a las bestias, privando a los hombres los medios de subsistir con su trabajo. La experiencia acredita que un vecino que goza de una porción moderada de tierras, las cultiva y utiliza mejor que un ciudadano a quien la suerte o nacimiento concedieron territorios inmensos. La falta de esclavos y demás utensilios necesarios para una grande labranza, los imposibilitan a trabajarlas aún cuando les inclinen a esto su aplicación y talento.

---

[a] Valladares y Acosta consignan setenta mil doscientas y cincuenta almas...

(1) Bayacete, tomo XI, fol. 485.

No puede dudarse que la población depende de la distribución de las tierras; las familias se multiplican como las posesiones, y cuando éstas son muy vastas, su extensión desmesurada detiene el curso a la población. Este vicio tan arraigado en Puerto Rico, es el principal obstáculo que ha retardado desde los principios sus progresos; este es el motivo de tantos bosques, de la falta de colonos, de cultivo, de las rentas del Real Erario, de comercio y de tantos males como nacen de tan errado principio: pero es fácil corregirlo sin hacer injusticia a ninguno de los poseedores de los vastos territorios que tienen con nombre de hatos, pues la propiedad de todas las tierras de la Isla está reservada a S. M., y no teniendo título legítimo los que las poseen, convendría repartirlas entre los muchos que carecen de ellas, dando a cada uno en propiedad aquella porción que se estimase suficiente para el cultivo y manutención de una familia.

Un pobre labrador en esta Isla se contenta con poseer una estancia o hacienda de una *cuerda* de tierra, <sup>(2)</sup> que comprende 75 varas de frente y 20 cuerdas de fondo, que son 1500 varas; de modo, que la cuerda de tierra en esta Isla es 112,500 varas cuadradas; y teniendo la Isla 720 leguas cuadradas, 25,920 millones de varas, repartiéndolas en cuerdas de estancia a razón de 112,500 varas por cada una, resultan 230,400 cuerdas de tierra, capaces de mantener igual número de familias.<sup>1</sup>

Repartidos a esta proporción, o en la que se tuviese por más conveniente, los dilatados bosques que cubren la Isla, entre los vecinos que llaman agregados, y demás que están sin tierras, se podrán establecer desde luego 7,835 de los primeros y mayor números de los segundos, que entre unos y otros ascenderán a más de 15,000 vecinos, formando 30 pueblos de a 500 familias cada uno en los sitios que se estimasen más oportunos, lo que sería fácil respecto de la abundancia de maderas, aguas y tierras útiles que hay en la Isla, como también la de los plátanos, pescado, jueyes y frutas, de que por la mayor parte pende el sustento de los naturales, y respecto que los frijoles, arroz, batatas y demás legumbres del país vienen con brevedad en el término de dos meses, llegaría cualquiera población a poder subsistir de los frutos de su propia cosecha, a la cual se seguirían las plantaciones de frutos propios de la tierra que cada uno tuviese en propiedad, pues con esta sacarían riego, y se arraigarían por todos los medios que les

---

(2) Nombre que dan a la medida agrimensoria.

Estado general de la Isla de Puerto-rico que comprende el numero de sus Poblaciones, Curatos, Vecinos que tiene cada una con distincion de Blancos, Pardos, Agregados, y Negros libres &c. arreglado hasta fines del año 1776.

Partidas	Curas.	Blancos.				Pardos libres.				Negros libres.				Agregados.	Esclavos.	Resumen gener.						Total general.		
		Vecinos.	de negros.	de blancos.	de pardos.	Vecinos.	de negros.	de blancos.	de pardos.	Vecinos.	de negros.	de blancos.	de pardos.			Vecinos.	de negros.	de blancos.	de pardos.					
	existentes en principios del año 1777																							
Puerto-rico.	Urbildo	763	645	702	801	251	137	385	184	210	160	278	117	734	365	249	255	1207	1002	1110	1076	824	1605	
Bayamo.	D. Blas de las 3. Nuevas	72	43	98	112	124	96	189	264	9	7	14	24	18	60	29	20	205	152	301	400	118	100	1100
Camaguey.	D. Joseph Martinez & Nolas	36	86	168	157	223	154	175	114	22	16	22	11	186	158	111	102	341	286	355	292	244	215	1862
Sancti-spiritus.	D. Juan Tomas Barrios	121	99	203	213	256	226	549	711	3	7	23	10	275	255	62	61	305	231	315	300	520	132	277
Sancti-georgii.	D. Carlos Colorado	82	82	187	148	291	233	197	179	41	19	29	49	494	378	115	93	914	334	403	366	952	208	2205
Manatí.	D. Bernardino de la Rosa	239	304	786	697	137	355	508	369	11	9	19	19	12	8	15	3	447	638	1313	1085	22	18	3076
Yaguajay.	No hay Iglesia	81	72	187	149	126	87	65	77	12	13	30	29	58	70	90	84	219	172	282	255	128	174	1011
Trinidad.	D. Joseph de la Plaza	303	250	683	651	337	585	897	564	60	39	64	40	270	73	296	128	700	829	1508	1355	283	424	4000
Aradaco.	D. Pedro Skillman	99	90	226	225	44	60	139	147	17				41	38	29	21	180	150	365	402	79	50	1015
Pinar.	D. Joseph Gonzalez	108	93	133	203	62	57	109	135	20	16	22	26	109	78	20	16	170	206	260	364	187	36	1003
Sancti-joannis.	D. Man. Ruiz Zepeda	151	139	338	300	52	34	36	38					27	33	29	19	203	174	373	381	60	48	296
Sancti-angelus.	No hay Iglesia	121	129	298	224	75	68	125	116					42	39	62	62	176	197	363	340	81	124	1445
Sancti-rosarii.	D. Pedro Arce	284	302	653	613	401	687	775	725	2	2	2	4	64	88	105	107	487	901	1430	1302	152	312	3117
Sancti-therese.	D. Joseph Marquez	142	141	336	273	68	65	88	90					77	32	14	15	210	206	423	369	109	29	1130
Sancti-therese.	D. Miguel Bonilla	236	242	431	455	314	300	705	619					71	79	78	81	577	502	1156	1008	150	165	3001
Sancti-therese.	D. Basilio de Armas	174	165	380	340	231	63	38	47	14	14	37	17	210	238	116	132	419	242	459	400	208	338	1791
Sancti-therese.	D. Joseph de Rojas	160	136	325	270	155	46	32	37	10	6	24	14	69	47	113	100	325	188	381	321	172	213	1215
Sancti-therese.	D. Juan Luciano	555	478	1116	1083	563	435	1626	1450	42	40	56	63	560	580	224	277	1144	953	2797	2106	1160	101	7008
Sancti-therese.	D. Isidro del Toro	132	101	217	224	216	190	606	636					69	45	95	114	348	321	823	858	110	213	2299
Sancti-therese.	D. Juan Freyre	297	171	471	413	319	279	1392	1430	22	19	29	34	106	82	272	258	735	469	1824	1557	218	610	9030
Sancti-therese.	D. Miguel Rodriguez Telesiano	232	189	469	382	241	228	1215	1210	7	5	14	14	71	36	255	219	460	422	1078	1100	117	470	4317
Sancti-therese.	D. Antonio de Sosa	213	169	366	316	281	135	1295	1352	30	24	35	35	123	128	263	248	531	423	1856	1703	291	311	3650
Sancti-therese.	D. Simon de Salas	43	35	18	73									4	4	59	49	44	75	79	71	8	5	748
Sancti-therese.	D. Pedro Ramirez	105	87	199	193	142	115	225	215	7	4	12	12	141	116	27	100	354	206	411	440	247	177	1015
Sancti-therese.	D. Joseph Tufino	113	87	218	160	129	108	215	235	1	1			87	46	23	18	343	196	432	399	133	41	1262
Sancti-therese.	D. Thomas Gonzalez	09	43	74	61	78	75	73	110	9	9	8	10	203	155	329	26	256	127	155	181	310	328	1446
Sancti-therese.	D. Joseph Ximenez	52	49	78	40	61	81	129	151	9	4	7	10	20	9	42	29	131	134	214	201	27	67	660
Sancti-therese.	D. Joseph Nolas Zepeda	70	66	199	95	110	85	65	57	87	82	109	103	47	78	251	70	247	233	371	265	175	325	1309
Sancti-therese.	D. Joseph Barquez	3	2	1	1	95	75	37	4	43	34	24	71	113	81	7	4	101	111	64	117	194	11	497
Sancti-therese.	D. Thomas Cortes	172	162	300	382	32	87	99	119					20	12	10	10	202	249	399	501	32	20	1197
		5376	4663	9929	9205	5196	6149	11309	11114	693	530	858	722	4401	3434	3384	3153	11705	9394	22751	21499	7835	6487	70060

sugiriese el amor y la industria; cuyos aumentos y mejoras debían quedar a sus hijos y descendientes, y de todo resultaría la población, agricultura, comercio, derechos reales, y demás utilidades que interesan al Estado de un país bien poblado y cultivado.

No siendo suficiente para la total población de la Isla el número de colonos expresado, se podían destinar al mismo objeto los presidiarios solteros, que cumplido el término de su destierro, no quisiesen regresarse a España, como sucede frecuentemente; unos por estar bien hallados en el país, otros por no tener medios para pagar su pasaje, y no teniendo tierras, ni establecimiento propio, o se agregan a otras haciendas, ayudando en algún trabajo a su bienhechor, o se echan a contrabandistas, o cometen otros excesos, que los precisan a huir a las colonias extranjeras, y siendo asunto digno de remedio, ninguno más propio que el de establecerlos en las tierras vacantes e incultas de las nuevas poblaciones.

No son menos dignos de atención los esclavos que se libentan con su industria, pagando a sus amos el precio de su libertad, o porque sus dueños se las conceden en sus testamentos, lo que no es poco frecuente. Estos libertos faltos de medios para subsistir, suelen arrancharse en los bosques, en donde viven de la pesca y hurtos, o haciendo viajes en las piraguas de contrabando sin conocer juez ni cura que pueda observar su conducta; cuyos perjuicios se evitarían si se les diese una estancia en donde se alimentasen de su trabajo.

El número excesivo de colonos que llegan a esta Isla en las flotas, correos, navíos de comercio de España e Islas Canarias, se malogra por la mayor parte. Muchos se casan, otros vaguean de pueblo en pueblo, por no tener un pedazo de tierra en donde establecerse, los unos son vasallos inútiles y los otros perjudiciales, pues de aquí nacen tantos contrabandistas, piratas y ladrones, lo que regularmente se evitaría si se les proporcionasen los medios de ganar su vida honestamente; y respecto que las reiteradas órdenes de S. M. para que los polizones o llovidos que pasan a la América sin las correspondientes licencias, se arresten, y remitan a España en partida de registro, son todas infructuosas en esta Isla, podían emplearse en fomentar su cultivo, agregándolos a las nuevas poblaciones: con cuyos medios se conseguiría poblarla y cultivarla perfectamente en menos de ocho años.

El que carezca de conocimiento práctico del país, creará que estos colonos establecidos en las nuevas tierras con medios tan débiles, necesitan

de muchos socorros para poder subsistir y que no pueden establecerse sin mucho costo y dispendio; pero si se atiende a las circunstancias de la tierra, y se procede con conocimiento, se evidenciará lo contrario.

La población de la Isla está tan derramada, que casi por toda ella se encuentran algunas casas en donde hay abundancia de plátanos: en cualquiera río o costa del mar se halla pescado; en los montes los jueyes y frutas, que con la leche de vacas, batatas, frijoles, arroz o maíz, sustentan por la mayor parte a estos isleños, y como a los vecinos agregados y desacomodados, a quienes supongo primeros colonos de los nuevos establecimientos, no les faltan algunas vacas, que les llevó la mujer en dote o han adquirido por otros medios, ni las legumbres necesarias hasta la nueva cosecha, y por otra parte el pescado, jueyes, frutas, etc., se les puede proporcionar con la elección de la situación, encontrarán con facilidad los medios de sustentar su vida frugal y campestre, hasta la primera cosecha. [b]

Los muebles ni menaje de casa, no los embarazan para transmigrar. La hamaca y una olla son los únicos de que usan y necesitan: los platos, cucharas, vasos, jarras y demás utensilios los hacen de la corteza del totumo, que se halla en cualquiera bosque. Un sable o machete es el único instrumento que emplean en todas sus obras y labores: con él cortan las yaguas, cañas, bejucos y demás necesario para construir su casa; con el mismo talan o limpian la maleza de la tierra para sembrarla y cuanto necesitan.

Unos colonos de esta especie tendrán poca dificultad de establecerse en cualquiera sitio de la Isla, como lo acredita diariamente la experiencia, mudándose por el más leve motivo o por puro antojo, de un pueblo a otro, a donde encuentran quienes los admita en sus tierras. La formación de su casa no es obra que ocupe días; la costumbre de alimentarse con frugalidad les proporciona sustento en cualquiera parte, hasta que desmontada su porción de tierra, puede sembrar en ellas las legumbres, y raíces para mantener su familia, que disfrutará antes de dos meses después de haberlos sembrado, menos los plátanos, que tardan casi un año en dar su racimo; pero éstos podían plantarse con antelación, o surtirse de las ha-

---

[b] Valladares y Acosta no consignan la frase "hasta la primera cosecha". En el manuscrito aparece añadida al texto original.



ciendas más inmediatas, o suplir su falta con el maíz, batatas y manunguey, que a todo están acostumbrados. Estos vecinos agregados, igualmente que los libertos y aún los cumplidos del presidio, los polizontes, los soldados que concluyen su tiempo de servicio en la guarnición, y otros adventicios que se agregasen, las hallarían ya abastecidas al uso del país y no tendrían que vencer en éstas más que en las otras por donde vaguean.

Para que estas nuevas poblaciones no sean el tûmulo de los primeros colonos, como sucede generalmente en toda la América por la falta de conocimiento y por despreciar la práctica de los indios, conviene seguir su ejemplo en el método de establecerse. Estos, para mitigar la influencia de un sol [c] eternamente abrasado, dejan en las circunferencias de sus conucos o labranzas, una faja de grandes árboles, cuya sombra defiende los frutos del excesivo calor que los destruye; ponen sus casas en medio de los bosques, a barlovento y apartadas de las tierras que cultivan; la vivienda de los bosques es sana, la frescura que conservan aún con el mayor rigor del sol, impide la transpiración y sudor excesivo, que hace perecer la mayor parte de los europeos, por la espesura y acrimonia en que queda la sangre despojada de su flûido; sitúan sus casas a barlovento de las tierras que cultivan, por evitar las exhalaciones perjudiciales que arrojan las tierras nuevas, de que resultan las terribles calenturas que se experimentan en todas las haciendas y nuevos establecimientos. Estas precauciones son comunes en muchas partes de Africa (<sup>3</sup>); los ingleses, atendiendo a la analogía de aquel clima con el de América, adoptaron este método de establecerse en la isla de Tobago, escarmentados con la pérdida de los muchos [d] esclavos que se los habían muerto por despreciar el ejemplo de los indios.

Repartidas las tierras en propiedad y establecidos sus colonos como se ha dicho, se debe fomentar su cultivo y progresos; éstos son siempre proporcionados a la salida y consumo que se da a los frutos de una colonia: los primeros que producirá ésta, serán los víveres comunes en la Isla;

[c] Valladares y Acosta corrigen el manuscrito y dicen suelo, en lugar de sol.

(<sup>3</sup>) Raynal, tomo 5, fol. 390.

[d] El manuscrito original decía Ms. El corrector corrige y dice miles de esclavos. Valladares y Acosta dicen muchos en vez de miles.

estos sobrantes, por ser ordinarios y abundantes en ella, no rendirán a los nuevos colonos los costos de la conducción a la Capital, ni tendrán despacho en los lugares vecinos, por hallarse abastecidos de sus propias cosechas. Para ocurrir a este inconveniente, y vigorizar estas poblaciones con la circulación de algún dinero, hasta que con este auxilio puedan adquirir medios de formar sus plantaciones de algodón, café, caña y los ingenios necesarios, y sus producciones lleguen a estado de extraerse con utilidad a la Capital o fuera de la Isla, convendría que en tiempo oportuno se destacase a algún oficial con cuarenta o cincuenta hombres, quienes al paso que celaban [e] el cumplimiento de las órdenes del gobierno para la mejor formación de los pueblos y evitar los contrabandos; consumirían sus víveres sobrantes y dejarían en ellos la plata de sus mesadas, con la cual fomentarian sus labores sin dispendio del Real Erario, formándose al mismo tiempo las compañías de milicias, como las hay en los demás pueblos.

Los medios propuestos son fáciles, el fin asequible, las utilidades grandes; además de extraer de la miseria en que viven a tantos infelices, por carecer de una porción de tierra de que sustentarse, se multiplicaría la población, pues no puede ser un pueblo numeroso, mientras no sea feliz; las cosechas de los frutos que le son adaptables, formarían un comercio activo, cuyas utilidades reanimarian las fuerzas e industria de estos colonos, para cultivar la Isla hasta el grado de que es susceptible.

La Francia e Inglaterra, penetradas de estos sentimientos, facilitaron la población de sus islas por cuantos medios les sugirió su acertada política. Costeaban el pasaje de las familias que querían pasar a sus colonias, las mantenían un año, les daban en propiedad y para siempre una porción de tierra, parte de ella desmontada, con los instrumentos necesarios para su cultivo y peritos para enseñarles las nuevas labores.

Los ingleses daban un tanto por cabeza a los que llevaban gente blanca a sus islas. Los franceses adelantaban dinero a sus colonos para que comprasen negros y los llevasen a sus establecimientos. Estos juiciosos y bien premeditados reglamentos, han surtido el efecto que deseaban; sus colonias están bien pobladas y sus habitantes tienen el número de esclavos que necesitan para el perfecto cultivo de las tierras. En el convento

[e] Valladares dice celebran en vez de celaban.

de Padres Dominicos del puerto de San Pedro de la isla Martinica vi el año de 1774, 1500 esclavos empleados en dos ingenios. A esta proporción tiene cada vecino los que necesita para los suyos. Si se fijan los ojos sobre la isla de Santo Domingo, se verá la parte del Guarico que ocupan los franceses llena de haciendas perfectamente cultivadas, cuyos frutos son objeto de un lucido comercio, al paso que la parte que ocupan los españoles, sin embargo de ser la mejor y más extensa, está cubierta de bosques y sin colonos.<sup>2</sup> Verdad es que la vasta extensión de tierras que posee la España, le imposibilita poblarlas, y cultivarlas con la facilidad que las otras naciones; pero esta isla de Puerto Rico podía con mayor facilidad y sin costo recibir la población y cultivo que necesita.<sup>3</sup>

## CAPÍTULO XXVII

### *ESTADO DE LA AGRICULTURA EN ESTA ISLA*

El comercio que nace naturalmente de la agricultura, vuelve a ésta por su circulación, como los ríos a la mar que los ha formado, mediante la exhalación de las aguas en vapores y la caída de éstos en aguas. La lluvia de oro que atrae el giro y consumo de los frutos de la tierra, vuelve a caer sobre ella con el cultivo de los campos; sin éste, todo comercio es precario, pues carece de los primeros fondos, que son las producciones de la tierra.

La agricultura, que es la primera de las artes y la verdadera riqueza de un estado, está muy a los principios en esta Isla. Por la mayor parte se reduce al cultivo de las legumbres y frutos de primera necesidad, sin ofrecer al comercio objeto digno de atención.

Apenas conocen instrumento ni medio útil para ejercerla. Con una hacha, o más regularmente con fuego, baten los árboles. Un sable, que llaman machete, acaba de desmontar la maleza y limpiar la tierra; con la punta del sable o de un palo hacen pequeños hoyos o surcos, en donde ponen la planta del tabaco, café, arroz, cazabe, plátanos, maíz, frijoles, batatas u otras legumbres, que son los objetos de sus cosechas, a la que dedican solamente algunos pedazos de las tierras llanas. Tan cortas labores les proveen los medios precisos a su subsistencia, supliendo la pesca y raíces su falta, cuando un huracán u otra desgracia la ocasiona.

La indolencia, más bien que la escasez de medios, reduce su agricultura a las tierras llanas. Algunos colonos, por falta de inteligencia, desmontan los bosques en las faldas de las montañas para establecer en ellas sus sementeras, abandonando las vegas a la cría de ganados, disgustados de ver no producen tanto como solían. Una tierra virgen o recién desmontada prolifica con más abundancia sus frutos, perdiendo su fecundidad con el tiempo, pues como no la aran ni revuelven, y mucho menos la abonan,

está ya disipada la superficie y no corresponde a sus deseos por no haber auxiliado a la naturaleza con los socorros del arte.

En los primeros años del descubrimiento de esta Isla en que la tierra no estaba fatigada con las cosechas de los indios y la actividad de los nuevos colonos era regular, gozaron buenas cosechas de cacao, añil, jengibre, achote, algodón y tabaco, que con los cueros y otros efectos de industria, mantenían un lucido comercio; <sup>(1)</sup> pero después que los varios ataques de los caribes y piratas lo interrumpieron, y sus cuerpos, dominados de los efectos del clima, perdieron sus fuerzas y actividad, desmayaron en la agricultura de aquellos frutos, reduciéndola por muchos años a los precisos de su ordinario consumo.

El conocimiento de las tierras y del clima, adquirido con la experiencia de muchos años, la mayor facilidad de conseguir los instrumentos necesarios para el cultivo, el crecido número de caballos, mulas y bueyes para dedicarlos al arado y demás trabajos de la agricultura, las sabias providencias del Gobierno para el fomento y extracción de sus producciones, no han sido bastante para extraer a estos isleños de la indolencia con que miran la más interesante de las artes y la primera de las obligaciones del hombre, impuesta por el mismo Dios, que es el cultivo de la tierra. Este lo abandonan a los esclavos, que son pocos, mal alimentados y no más instruidos que sus amos en los medios de dirigir las labores.

Estas razones los inclinan al cultivo de las que exigen poco trabajo, y así prefieren las del tabaco y café, al de la caña, añil, cacao, y otros más útiles, aunque más costosos. Con todo, la cosecha de los primeros es reducida, respecto de la extensión y fertilidad de la Isla, pretextando la falta de esclavos y de extracción; pero la verdadera causa es su grande desidia, acompañada de una vanidad necia e infundada. Tienen por bajeza toda aplicación al trabajo, la miran como ocupación propia de esclavos y se conforman mejor con la pobreza en que viven, que con el ejercicio honesto y natural, cual es el cultivo de las tierras. A esto se añade la grande propensión que tienen a fortunas rápidas; el mal ejemplo de algunos que han hecho caudales con el contrabando, los inclina a este ejercicio, que los hace buenos marineros y malos labradores.

---

(<sup>1</sup>) Juan Castellanos, fol. 133.

El cultivo de la caña de azúcar es muy común en toda la Isla; hay pocos hacendados que no tengan alguna porción de este plantío, pero son muy contados los que forman su principal cosecha de ella. El mayor número de esclavos que se necesitan y los grandes costos que tienen la formación de un ingenio, con los utensilios necesarios, imposibilitan a muchos aumentar este plantío, que podía ser muy interesante a la Isla, y sin duda vencerían todos los obstáculos que detienen sus progresos, si se permitiese la extracción de los aguardientes. Por la tabla general del cultivo de las tierras y de sus productos anuales de cada especie de plantaciones, se verá que la de la caña ocupa 3156 cuerdas de tierra, que rinden 78,884 botijas de melado y 10,949 arrobas de azúcar.

El algodón, que ocupa 103,591 cuerdas de tierra, produce 4475 arrobas al año. Esta planta es tan propia de este clima que nace y se cría sin cuidado alguno. Rara es la hacienda en que no se ven algunos árboles de esta especie; pero son poquísimos los que se dedican a su cultivo; están faltos de instrumentos para limpiarlo, les ocupa mucho tiempo esta labor, y sale tan caro, que el comerciante español no lo quiere, los extranjeros llevan lo que les sobra después de hacer sus hamacas en que lo emplean. El añil, té y achote, no merecen atención alguna a estos isleños; nacen por todas partes, y sólo cogen aquella porción que necesitan para sus usos domésticos, dejando lo demás abandonado sobre la tierra.

El tabaco se cultiva generalmente en todos los territorios: produce muy bien, y en algunos es de excelente calidad; pero toda la cosecha anual sólo asciende a 28,070 arrobas que se consumen en la Isla.

Dedican su cuidado con más esmero al café, que fructifica pasmosamente, pide poco cuidado y tiene salida segura para los extranjeros, que lo solicitan con ansia por su buena calidad; y cogen en años regulares, como el de 1775, 45,049 arrobas. Lo venden con la cáscara, por no tener en esta Isla molinos para limpiarlo y esta circunstancia le hace perder mucha parte de su justo valor. Con todo anteponen el cultivo de este arbolito a las demás producciones que proporciona el temperamento del clima y calidad de la tierra, por el poco trabajo que pide y por la mayor utilidad que les deja, y ésta es su principal cosecha.

Estos son los objetos que merecen algún cuidado a los labradores de esta Isla, después del cultivo de las legumbres y víveres de que se alimen-

tan. Los plátanos les sirven de pan. Esta planta hermosa y admirable por todas sus circunstancias, produce todos los años un racimo de plátanos, sin exigir cuidado ni trabajo alguno del labrador, y en ellos ocupan 8,315 cuerdas de tierra.

La yuca de que hacen el pan de cazabe es un arbolito, cuya labor ocupa los esclavos más que las de otras plantas. Después de desmontar la tierra y limpiarla de toda su maleza, la surcan con un palo puntiagudo y colocan en los surcos pedazos del tronco del árbol de yuca y los cubren con la tierra; éstos echan mnuevos, de los cuales se forma el árbol, y es preciso cuidar de limpiar la yerba que se cría en su circunferencia, hasta que llegue el tiempo de arrancarlos, que suele tardar año y medio. Del serrín de las raíces que cuajan al calor del fuego, hacen las tortas de pan, que parecen unas tablas delgadas y sin cepillar. Esta especie de pan es muy usual en toda la Isla y lo estiman con preferencia al de maíz. Hacen también almidón de la yuca para los planchados de ropa, que da muy bello lustre; para el cultivo de esta planta emplean las tierras secas y arenosas: por esta razón son pocos los pueblos de la Isla en donde puedan hacer grandes planteles de este arbolillo.

Más abundante es la cosecha de maíz, frijoles y arroz. Estas semillas quieren más humedad, menos trabajo, y socorren más pronto la hambre. Para la siembra de estos granos, limpian el terreno que quieren emplear, cortando con los machetes a raíz de la tierra todas las yerbas que hay en ella. Luego hacen surcos con un palo puntiagudo, echan el grano y procuran enterrarlo con tan poco primor y cuidado, como el resto de las labores. Esto no obstante, la fertilidad de la tierra suple los defectos y poca inteligencia del labrador. Estas sementeras dan a 100 y a 200 por uno y sólo tardan en madurar sus frutos dos meses. El maíz sólo da una cosecha, pero muy abundante, pues en años regulares cogen 62,024 arrobas de este grano. El arroz da tres, y aún cuatro, si limpian las malas yerbas que se crían con él y lo sofocan; cortada la primera espiga vuelve a echar otra tan buena como la primera. Antes de mes y medio cortan ésta, y arroja la tercera sin diferencia en la buena calidad, y si el labrador es aplicado, que se toma el trabajo de limpiar la maleza para que no lo sofoque, produce cuarta espiga. Su cosecha anual asciende a 80,386 arrobas.

No les merecen más cuidado los frijoles, sin embargo que pagan tan bien los sudores del labrador como el arroz. Mientras la maleza que arroja con exceso la tierra, no los envuelve y arrolla, su planta se ve siempre cubierta de flor, y de vainas llenas de granos, que son de buen gusto, de un color encarnado obscuro, poco agradable a la vista, aunque los naturales no se detienen en esto para satisfacerse de ellos. Cuando estas semillas están ya granadas, se ponen los dueños en atalaya, para ahuyentar las bandadas de cotorras, periquitos, cuervos y otras aves que van a comerlas, dan voces, tocan cencerros, hacen sonar algunas cañas para espantarlos. Este es el precepto de Virgilio en el libro 1º de sus *Geórgicas*, *Et sonitu terrebis aves*.

Aun este trabajo, o más bien diversión de muchachos, lo ejecutan con toda comodidad y descanso, dentro de sus casas, o a la sombra de los árboles, tirados en sus hamacas, fumando tabaco observan venir las bandadas de aves y sin salir de la hamaca, tiran de una cuerda para hacer sonar los cencerros que están colgados de algún árbol inmediato a la tala o sementera. Esta es la ocupación de toda una familia, hasta que la cosecha llega a sazón de cogerse, entonces cortan las espigas, o mazorcas, las lían en manojos y las conservan colgadas de los techos de sus casas, limpiando cada día aquella porción que necesitan para su gasto. Si en esta ocasión viene algún acreedor a cobrar lo que se le debe, el dueño se deshace de toda la cosecha y vuelve a sembrar otra; mientras llega el tiempo de disfrutarla, los plátanos, la leche de vacas, el café, la miel, los jueyes y pescado le sustentan sin trabajo.

No deja de admirar ver tan pasmosa multiplicación de frutos, sin abonar ni arar las tierras, y cuasi sin otra labor que echar las semillas sobre un campo mal desmontado, siendo un principio de agricultura generalmente recibido que la tierra sólo es verdaderamente productiva mientras recibe las influencias del aire y de los demás meteoros, movidos de este poderoso agente. Además, que entre la mucha maleza que cubre la tierra, se cría innumerable variedad de insectos devorantes, que se suceden sin interrupción, especialmente los ratones, que transportados en los navíos de Europa a América, se han multiplicado y apoderado de los campos, cuyos perjuicios evitarían, si arasen bien la tierra, y acompañasen un trabajo regular ejecutado con inteligencia; pero hasta ahora no conocen el



arado, ignoran que el abono es un grande principio de fecundidad ni saben preparar las tierras aún para los frutos comunes.

Sería necedad buscar huertas ni jardines en un país que hasta ahora no ha dado el primer paso para formar su agricultura, empleando instrumentos y ganados para su cultivo. Ya dijimos en otra parte, que los habitantes de la Península Kamskatka emplean los perros por no tener otros bagajes para arar la tierra.

La tabla siguiente manifiesta la cantidad de frutos de cada especie que se cogen en esta Isla y las cuerdas de tierra que cultivan; el resto queda en bosques o praderías abandonado a la cría y ceba de ganados que es el ramo más interesante y una de las causas de la despoblación.<sup>1</sup>

Estado general de la Isla de Puerto-rico que comprende el numero de Haciendas, siembras etc. sus cabezas de ganado. cantidades que produce cada especie en años regulares, leguas que dista una Poblacion de otra &c. arreglado hasta fines del año 1776.

Haciendas.	Siembras etc.					Cabezas de Ganado.		Producción anual en años regulares.										Distancia de un Partido al otro en leguas de Puerto a San.	PARTIDOS.	Leguas.																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																													
	Café.	Indigo.	Cacao.	Algodón.	Cana.	Caballos.	Vacunos.	Ovejas.	Frutos.																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																																								
									Trigo de Inverno.	Maíz de Inverno.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.			Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.	Maíz de Verano.



## CAPITULO XXVIII

### *DEL COMERCIO DE ESTA ISLA*

De la población y agricultura nace el comercio. Jamás será un pueblo feliz con lo primero, si no se le facilita lo segundo. Un pueblo sólo de labradores siempre es pobre, ni puede fomentarse si no se da salida a sus frutos. Este es el que mantiene el cuerpo político, como la sangre al natural, y donde no hay comercio o está estancado, lejos de enriquecerse, jamás saldrá de la languidez y miseria.

Todas las naciones han fomentado sus islas por medio de sabias providencias, arregladas según los tiempos. A los principios siguieron el ejemplo de España, cargando su comercio de prohibiciones y subidos derechos; pero la experiencia les enseñó que este sistema era errado, y que no podían utilizar las colonias a la metrópoli, sin darle con la libertad y franqueza los medios de enriquecerse ellas, para que pudiesen enriquecer a su madre.

Con este sistema han conseguido tan grandes ventajas, sin embargo de ser sus islas inferiores a las nuestras, o más bien no teniendo cuasi otras islas que las abandonadas de los españoles por inútiles, asciende el giro de los dinamarqueses en las suyas a siete millones anuales: el de los holandeses a veinticuatro millones; el de los ingleses a sesenta y seis millones; el de los franceses pasa de cien millones, ocupando en este tráfico seiscientas embarcaciones y diez y ocho mil marineros.

El comercio de Puerto Rico con España, es ninguno, y el que tiene con las otras provincias de la Corona es tan limitado, que no merece memoria. Algunos barriles de café, malagueta y los pocos cueros que sacan los correos, componen todo su giro, que quizá no ascenderá a 10,000 pesos al año. El de España con esta Isla está reducido a surtir a la Capital de vinos, aceite, ropas y algunas otras manufacturas de lujo. El ramo de

harinas y negros corre por cuenta de la Compañía, que se provee en las islas extranjeras y suele introducir al mismo tiempo muchas cosas de contrabando. El resto de la Isla poco o nada consume de España; los extranjeros les llevan a sus costas y puertos todo cuanto apetecen a cambio de sus producciones y de la plata que corre en ella.

Este comercio furtivo destruye el de España y no fomenta la Isla. Nadie ignora que la utilidad de un comercio pende de la estimación que sus sobrantes tienen en otras partes, con proporción a las mercancías que necesita de ellas. Esto es lo que fija la balanza y el grado hasta que debe extenderse [a] con otras provincias; de modo que si recibe en mercancías extranjeras 100,000 pesos al año y de sus frutos sólo vende 50,000, pierde cada año igual cantidad; lo que lejos de fomentarla la arruinará en pocos años.

Los habitantes de la isla de Puerto Rico, por la mayor parte se alimentan con los frutos de sus cosechas, pero no dejan muchos de gastar harina, vino, aceite, aguardientes, aceitunas, quesos, jamones y otros víveres extranjeros; y todos, excepto los de la Capital, se visten y proveen de ropas, sombreros, sables, sillas de montar, jabón, galones y de otros efectos que necesitan para su uso, por el mismo conducto, pues en la Isla no hay fábrica, ni manufactura de ninguna especie. Las de España les salen muy caras; por otra parte sus frutos, aunque apreciables, no tienen salida útil por esta vía, ni aun para la misma Capital, y así cultivan pocos más de los precisos para su consumo, exceptuando el café. Estos son pocos respecto de los que reciben, y por necesidad los dan a cambio de topas y otros efectos, con ningún fomento de los vecinos y pérdida total de los reales derechos.

Las causas de este desorden tan perjudicial son, que el extranjero da de útil [b] al vecino un 25 ó 30 por ciento en la plata fuerte; su medida es mayor, sus géneros más finos y baratos, se los lleva a los mismos pueblos y toma en cambio toda especie de frutos y ganados. El comerciante español no deja ganancia alguna en la plata, su vara es más corta que la olma francesa, vende más caro por los mayores derechos que paga de entradas, salidas y fletes, no recibe los frutos del país, porque haciéndose la conducción por tierra, le salen muy costosos, y todo junto le imposibilitan venderlos con la equidad que el extranjero. De aquí proviene que el isleño, te-

[a] Acosta añade la frase *el comercio*.

[b] Acosta corrige el manuscrito y dice: útil [idad].

niendo a la puerta de su casa géneros buenos y baratos a cambio de sus frutos, no va a la Capital a buscarlos con el dinero, más caros y menos finos.

Este comercio les es ventajoso respectivamente al de España por las razones dichas; pero les es inútil por otras muchas para fomentar sus haciendas, establecer ingenios ni hacer grandes progresos. El extranjero no les trae plata, antes bien lleva la que corte en la Isla. Tampoco esclavos. por no convenirle al vecino este género de contrabando, pues no llevando la marca del Rey, en todo tiempo está expuesto a perderlo; y así todo el giro está reducido a un cambio desproporcionado de ropas por frutos y plata.

Las sabias providencias de S. M. para el reglamento de comercio libre de las Indias, suspenderán el curso del contrabando y harán florecer el comercio de esta Isla con España, pues la libertad y franquicia [c] de derechos acordada, es el alma que anima la industria, da vigor al labrador y comerciante para emprender y llevar con tesón todo género de establecimientos útiles; sólo pueden retardar los grandes progresos que deben esperarse de tan sabio acuerdo, algunas órdenes particulares de los gobernadores, que no acertando con medios prudentes, dan en extremos perjudiciales, capaces de inutilizar las más importantes resoluciones.

La distancia de los principales pueblos de esta Isla a la Capital (único puerto habilitado para registros), lo frágil de los caminos, la falta de puentes y barcas para el paso de los ríos, dificultan la conducción de los frutos por tierra y duplican su precio. Un peón gana cuatro reales diarios, un caballo ocho, y sólo carga cuatro arrobas de café, cuyo valor se estima a 12 reales por arroba, que importan 48 reales. Supongamos que la conducción es de dos jornadas de la Capital: dos días de llevarlo, uno de mansión para la venta y otros dos de regreso, importan 60 reales. Ya se ve que sólo la conducción a la Capital duplica con exceso el valor intrínseco de los frutos. Esta sola razón basta para que el comerciante español no pueda tomarlos por el ningún lucro que le dejará su conducción, aun después de la libertad de los derechos reales que S. M. le ha concedido. El vecino de Puerto Rico, no hallando medio lícito para dar salida a su cosecha, la vende a menos precio y a cambio de ropas al primero que se presenta en la costa.

[c] Valladares y Acosta dicen *tranquia* en vez de franquicia.



Todo este trastorno y desorden proviene de la prohibición puesta por los gobernadores a los vecinos de la Isla, no permitiéndoles tener barcos para la conducción de sus frutos a la Capital, con el pretexto de que con ellos pueden pasar a las islas el comercio ilícito, anteponiendo evitar este mal contingente por otro cierto, pues no habiendo guardacostas, los extranjeros vienen libremente, sin que necesiten ir los españoles a las suyas, ni ser posible estorbárselo cuando quisieran ir, sino facilitándoles una salida regular de sus frutos: ésta podía conseguirse, con que, además de la moderación de derechos acordada, se les permitiesen barcos para transportarlos por agua; habilitar dos puertos en cada costa de la Isla para la mayor comodidad y pronto despacho de sus cargamentos, evitando las demoras y gastos que les ocasionan los viajes a la Capital por la mayor distancia, formalidades embarazosas y detenciones perjudiciales a los vendedores y compradores, con la cual saldrían los frutos a precios cómodos, para que el comerciante español pudiese comprarlos sin peligro de perderse en su giro: el isleño teniendo salida pronta y sin las zozobras y peligros del contrabando, los vendería con más equidad, multiplicaría las cosechas y en pocos años se vería la Isla perfectamente cultivada y con un comercio útil a sus habitantes y no menos a la Real Hacienda por la multiplicación de extracciones, aunque los derechos sean muy moderados.

De la habilitación de dos puertos en cada costa, resultaría la facilidad de conducir por los ríos muchas producciones que están abandonadas. Tales son la multitud de maderas excelentes para la construcción y tintes, la del guayacán, el úcar, palo de hierro, la del árbol maría, la de aceite, drago y otras muchas, igualmente que sus apreciables resinas y aceites; la lana de guano y la de ceibo, la nuez de especie, malagueta, achote, añil y otras muchas, que en el día están despreciadas, formarían un ramo del comercio de esta Isla, que en tales circunstancias, vendería muchos más géneros, que no compraría, y tendría con sus ganancias medios para fomentar sus haciendas y de comprar instrumentos para limpiar el algodón, café, esclavos y otros utensilios necesarios, de que carece en el día. Habría mayor concurso de vendedores, siempre útil a los compradores; los precios se moderarían, la industria y agricultura tomarían su curso, la Isla entera saldría de la inacción en que se halla, sin necesitar de las grandes sumas de dinero que el Rey envía todos los años.

Sería asunto muy prolijo referir por menor todas las producciones que

esta Isla ofrece al comercio. En la parte de su historia natural se presentan algunos objetos tan útiles como curiosos; bastará ofrecer la tabla de las que se cultivan con el número de ganados que crían, advirtiendo que sin embargo de sobrar a los pueblos de la Isla una parte de todos los frutos que cultiva y muchos de los ganados de todas especies, la Capital se surte de grandes porciones de víveres de otras provincias: la Habana envía sus azúcares, dulces, y cera; la Margarita, sal; maíz, pescado seco, cordobanes y hamacas; Santo Domingo, tabaco y cerdos; de Tierra-Firme, tsa-jo; de las Islas Canarias llevan algún arroz que venden con utilidad; de donde se ve es menos costosa la conducción de dichos efectos desde otras islas, que desde esta misma por tierra a su Capital, pues siendo para todos uno mismo el retorno y demás circunstancias, sola ésta de portear los frutos parece ser la que da la preferencia a los de afuera.

Cualesquiera que sean las causas verdaderas de este desorden, lo cierto es que la Ciudad de Puerto Rico por la mayor parte consume víveres de afuera, excepto el aguardiente, que por estar los ingenios en que lo sacan contiguos a la bahía, pueden conducirlo a poca costa. Si se permitiese la extracción de este solo ramo para la Tierra Firme, bastaba para hacer feliz esta Isla, aun cuando se les cargasen muchos derechos, para que de ningún modo perjudicase a los de España; y respecto que a ésta le es imposible surtir las Américas de éste ni otros ramos y lo hacen furtivamente los extranjeros, podían substituirles en esta parte nuestras islas, que darían al Rey crecidas sumas con su extracción. La mar está tan abierta a los de Puerto Rico, como a sus vecinos los extranjeros, que se enriquecen con su comercio, siendo así que ninguna de sus islas puede habilitar tantos bajeles, ni a precios tan cómodos, como ésta por su fertilidad y abundancia de frutos. Es constante que estos isleños son naturalmente perezosos y que no serán ricos, mientras no sean más activos e industriosos; pero si se les reconviene con su desidia, responden que les es inútil trabajar, pues se les pierden los frutos por no tener compradores.<sup>1</sup>





## CAPÍTULO XXIX

### *RENTAS Y GASTOS DE LA REAL HACIENDA EN ESTA ISLA*

Las rentas de la Real Hacienda en esta Isla, consisten en algunos cortos impuestos, que pagan sus habitantes a la Corona. Además de ser precepto divino, es obligación de todo vasallo tributar a su príncipe y señor natural. Cualquiera país considerable por su posición geográfica, por la calidad de sus frutos, comercio o por otras útiles proporciones capaces de estimular la ambición de unos vecinos pobres o envidiosos, necesita sacrificar parte de sus bienes al monarca, para que cuide de conservarles el resto de sus posesiones. Son necesarios grandes socorros para guarnecer sus fronteras, fortificar sus plazas, proteger su navegación y conservar la policía: ¿sin fuerzas y rentas proporcionadas, cómo podrá sustentarse? Es justo e indispensable que para la manutención de las tropas y demás individuos ocupados en cualesquiera destino del servicio público, contribuya éste con las expensas necesarias. Verdad es que en otros tiempos eran éstas muy moderadas; la mayor parte del sueldo era aquel noble sentimiento que llenaba de consuelo a las almas generosas de servir a la patria, y en los homenajes y honores que ésta les retribuía. Estas riquezas morales eran los más grandes tesoros y esta especie de moneda tan útil en el orden político como en el moral, dispensaba al público mucha parte de las contribuciones. Entre los griegos sufragaba tanto el caudal del honor como el de las tesorerías <sup>(1)</sup>; lo mismo se observa de los romanos.

Pero pasado ya aquel siglo verdaderamente de oro, los pueblos ofrecieron voluntariamente subsidios para mirar por su seguridad y reprimir a los enemigos domésticos y extranjeros. El descubrimiento del Nuevo Mundo y sus resultas precisaron a aumentarlos, según la exigencia de los sucesos y circunstancias de los países.

---

(1) Baynal, tomo 7, fol. 394.

Esta isla de Puerto Rico, considerable por su extensión, apreciable por su fertilidad y situación, rodeada de diferentes naciones [a] extranjeras y envidiable por muchas razones, ha merecido siempre la real atención para su seguridad y defensa, <sup>(2)</sup> gastando sumas inmensas en su beneficio, sin que hasta ahora haya ofrecido los auxilios necesarios para su conservación y fomento.

Todas las rentas reales, además de los diezmos que hoy corren por cuenta del Rey por no ser suficiente su producto para la congrua sustentación de la Catedral y sus individuos, consisten en el ramo de alcabala, que paga el dos y medio por ciento de las compras y ventas que se hacen en la Isla; en los derechos de aduana, que pagan los registros a la entrada y salida; en el impuesto de doce por ciento sobre aguardiente; en la marca o carimbo con que se sellan los esclavos a razón de nueve pesos [b] por cada uno, y en un donativo voluntario con que contribuyen los hacendados de la Isla para costear el vestuario de las Milicias Disciplinadas, a razón de real y cuartillo por cada cuerda de tierra de labor y tres cuartillos de real por la de monte.

El ramo de diezmos ascendía ya el año de 78 sobre 17,000 pesos anuales; el de la primicia en el partido de Puerto Rico a 2500. Los derechos de alcabala ascenderán a 4000 pesos en cada un año. Los de la marca o carimbo de negros, a 1000 pesos. Los derechos de aduana a 16000 pesos. El impuesto sobre el aguardiente a 7000 pesos. Este se cargó para obligar a los vecinos a que empleasen los melados en la extracción de azúcar y no en la de aguardientes pero no se ha fomentado lo primero y se ha minorado lo segundo. No hacen la cantidad de aguardientes suficiente para su consumo y se surten en mucha parte del extranjero, y así el Rey sólo percibe el impuesto del que entra para el abasto de la Ciudad. El donativo sobre las tierras es tan tenue que sobra poco después de pagar el vestuario de las milicias a que está destinado.

Lo que percibe la Corona en los expresados ramos, apenas ascenderá a 50,000 pesos, porque siendo el más interesante el derecho de aduana, sobre entradas y salidas de registros, y ser el ingreso sólo para el abasto de

[a] Valladares y Acosta dicen posesiones en lugar de naciones.

(2) En la Real Cédula de erección de este Gobierno en Capitanía General a favor de Don Agustín de Silva en agosto de 1643, repetida en 1644, dice el Señor Felipe III: "Siendo frente y vanguardia de todas mis Indias Occidentales, y respecto de sus consecuencias la más importante de ellas y codiciada de los enemigos..."

[b] Valladares dice equivocadamente nueve reales en vez de pesos.

# HISTORIA DE PUERTO RICO

la Ciudad, y las salidas de sus producciones, casi de ningún momento, por pasarlas furtivamente a los extranjeros, queda la Real Hacienda enormemente defraudada en esta parte y tiene que suplir sobre lo que percibe de la Isla 487,858 pesos y siete reales de plata, que se llevan todos los años desde México, cuya cantidad no es suficiente algunos años.

Para que el lector se ponga en estado de poder formar alguna idea del producto anual de las rentas reales y de su dispendio, pondremos aquí la nota de los objetos en que se emplean.

## S U E L D O S

### QUE SE PAGAN ANUALMENTE POR LA REAL HACIENDA

	Pesos
Al Gobernador .....	6000.
Al Teniente de Rey .....	3000.
Al Sargento Mayor .....	1200.
A dos Ayudantes Mayores .....	1200.
Al Castellano del Morro .....	380.
Por un Regimiento de Infantería .....	216000.
Al Cuerpo de Milicias .....	36000.
Al Hospital de la Concepción .....	216.
Al Hospital Real .....	22000.
Al Contador Mayor .....	1200.
Al Tesorero .....	1200.
Al Guarda Mayor .....	360.
Al Interventor .....	360.
Al Guarda Almacén .....	480.
Al Asesor .....	800.
A los cinco oficiales de Contaduría .....	1880
A doce Marineros del Bote .....	1440.
A los Guardas de Rentas .....	1100.
Al Médico del Hospital .....	760.
Al Boticario Primero .....	760.
Al Segundo .....	380.
A sus ayudantes .....	660.
Suma .....	297376.

Presidarios .....	
Cuerpo de Ingenieros .....	
Cuerpo de Artilleros .....	

Omitiendo otros gastos particulares que suelen ocurrir en una plaza, además de las fortificaciones, y que sólo se le supone un regimiento de guarnición, aunque suele haber dos y aun tres. Debe tenerse presente que el ramo de diezmos no pertenece hoy a la Real Hacienda, y sólo lo administra para suplir lo que falta cuando su valor no es suficiente a los objetos a que está destinado; casi lo mismo puede decirse del donativo sobre las tierras, para el vestuario de las Milicias de la Isla, y así descontando estas dos partidas, quedan a beneficio de la Real Hacienda:

De alcabala .....	4000.
De derechos de aduana .....	16000.
De impuesto sobre aguardiente .....	7000.
De la marca de los esclavos .....	1000.

---

Suma el percibo .....	28000.
Suma el gasto .....	297376.

Resulta contra la Real Hacienda ..... 269376 [c]

Sin entrar en esta suma los gastos de fortificación, presidarios, ingenieros, artilleros y demás que ocurren extraordinarios en una provincia, que no es posible calcular sin tener los documentos de registros y contaduría presentes, y aun estos varían todos los años según las tropas, pensiones, obras y otros dispendios de una plaza, que no tienen suma fija; pero se conocerá lo que el Rey expende todos los años en esta Isla, por lo que se remite del Reino de México.

La equidad y la justicia exigen que entre el Monarca y los vasallos haya una conciencia y unión moral que los enlace con el mutuo amor del bien general de la República, mediante la comunicación sincera y recípro-

---

[c] Esa cantidad está equivocada en el manuscrito pero aparece corregida en las distintas ediciones de la obra.

ca de las luces, de los sentimientos y de los intereses. El Rey, por su parte, ha derramado muchos millones en beneficio de la Isla, y en todos tiempos ha manifestado sus desvelos, dirigiendo órdenes e instrucciones para su seguridad y buen gobierno. Resta ahora que la Isla acredite su mutua correspondencia en retribuir al Estado lo que debe de justicia.

La mayor dificultad está en señalar los objetos, sobre los cuales puede establecerse la carga de la justa recompensa, sin que sirva de rémora u obstáculos a los progresos y felicidad de sus habitantes. El tributo más conforme y el objeto más propio para conciliar los intereses públicos con los derechos del vasallo particular, parece es el que se carga sobre las tierras, pues siendo el tributo una carga anual, conviene imponerlo sobre una renta anual y no se hallará otra más propia ni segura que la de las tierras. La luz de esta importante verdad es muy clara. En esta Isla los que poseen tanta extensión de tierras, si se les impusiese sobre ellas un proporcionado tributo, abandonarían todas aquellas que no pudiesen cultivar, dejándolas a otros que no las tienen, y todos las trabajarían para sacar de ellas la carga que les estaba impuesta, contribuyendo cada uno según su verdadero caudal, que son las tierras. Además, que no habiendo en esta Isla otras artes, oficio o industria que la de las tierras, comprendía a todos sin excepción, según la mayor o menor porción que gozase, y quizá llegaría tiempo en que por estar todas las tierras ocupadas, o por la ambición de ser exentos de este tributo, se aplicasen a las artes, tan opuestas al carácter de estos isleños como útiles y necesarias en este país.

La cuota que debe señalarse sobre las tierras, se ha de proporcionar a su calidad y producto, lo que enseñará la experiencia y conocimiento práctico de ellas, pero siendo las de esta Isla tan fértiles para muchas especies de frutos apreciables, parece que a una estancia de 112,500 varas de tierra, que se regula suficiente para la subsistencia de una familia, se le podía cargar un peso de tributo al año hasta que el comercio y el tiempo dictasen otra cosa, y siendo 230,400 las estancias que comprende esta Isla, aun cuando se regulen las 30,400 sin cultivo y sin colonos, quedan 200,000 pesos anuales a favor del Real Erario, y ésta será la primera y más segura renta que resultará de la distribución y propiedad de las tierras y la menos repugnante al carácter de sus colonos.

El comercio de esta Isla, aunque hasta el año de 1775 [d] era de muy

[d] Acosta dice 1765 en las partes que el manuscrito y Valladares dicen 1775.



poca entidad y sólo ascendían los reales derechos a 1,200 pesos, después de plantificado el admirable reglamento del libre comercio, rendirá crecidas sumas, pues en 1776 pasaban de 9,000 pesos los que importaba el derecho de entrada. Hoy quizá ascenderán a otro tanto y la experiencia evidenciará cada día el acierto de esta resolución, pues nadie ignora que suben más muchos pocos, que pocos muchos. La franqueza de extraer sus frutos sin gravamen, fomentará la agricultura, traerá la abundancia y una y otra el lujo, cuyas mercancías tienen impuestos suficientes para un percibo considerable, con la circunstancia de que en este género de impuesto, sólo tributa el que quiere gastar profusión, y es de algún modo voluntario, y así el pobre o el que no quiere consumir tales efectos, queda libre de esta contribución, pero considerando que aun en el estado actual de la Isla despoblada, inculta y sin comercio, percibe ya la Real Hacienda el año 1778 de este solo ramo 16,000 pesos poco más o menos, cuando por los años de 75 sólo ascendían a 1,200, llegando al estado que debe esperarse, se multiplicará hasta el grado de que es susceptible y no sería extraño, según la propensión de los naturales al fausto, produjese el derecho de aduanas, no obstante la moderación del nuevo reglamento, doblado producto que el impuesto sobre las tierras.

El objeto más útil al fomento de la Isla, e interesante a la Real Hacienda, es el aguardiente, cuyo consumo es no solo útil sino necesario en este país abrasado; y siendo la tierra muy a propósito para el cultivo de la caña de que se extrae y tener mucho adelantado en él, pues se hallan en la Isla 3,156 cuerdas de tierra plantadas de ella, sería utilísimo proporcionar a este ramo todos los medios para su aumento y estaba conseguido sólo con permitir su extracción a las provincias de Tierra Firme. Este pensamiento se ha creído perjudicial a la venta de los aguardientes de España pero siendo cosa imposible que ésta pueda surtir a la América de los que necesita, aun atendida la corta población que hoy tiene, jamás podía esta Isla extraer tanto de sus sobrantes para la Tierra Firme que perjudicasen a la venta de los de España, como se ve hoy en los que llevan los extranjeros, que son más de los que podían sobrar a Puerto Rico.

En este supuesto, y en el de que hoy ascienden los derechos de este ramo a 7,000 pesos, no obstante que se puede asegurar que se cobra muy poco fuera de las inmediaciones de la Capital, si se permitiese la extracción insinuada a razón del doce por ciento que paga, sumaría más este solo impuesto que los dos primeros.

El derecho de alcabala paga el dos y medio por ciento, y aunque hoy vale poco, es natural se aumente al compás que la población y el comercio.

Ningún tributo hay menos útil al Rey, ni más perjudicial al vasallo, que el de la marca con que se sellan los negros. Este golpe nada conforme a la humanidad, tampoco lo es a la buena política. Por cada esclavo que se sella, se pagan al Rey nueve pesos; el vecino huyendo de esta carga, y más de comprar los negros a la Compañía, que sólo trae los deshechos de las otras islas, o no los compra, o los adquiere de contrabando, valiéndose de marcas falsas para sellarlos, sobre lo cual ha habido muchos excesos con pérdida de muchos caudales, vecinos y de reales derechos, que hoy no ascenderán a 1,000 pesos al año el producto de la marca de negros.

Pero si se desea cultivar la Isla, ¿por qué se atan las manos gravando con tributos un objeto que tanto interesa y debía fomentar el Estado? Si se quiere poblarla, ¿para qué se dificulta la entrada de colonos? Si interesa aumentar el Erario con rentas considerables, que puedan sufragar todos los gastos que hace en la Isla y dejen mucho de sobra, permítase la libre entrada de negros, quienes con el consumo de ropas, aguardientes y otros efectos, tributarán toda la vida lo que ahora es sólo a la entrada y se aumentarán todas las demás rentas reales a proporción de la población, comercio y agricultura, dejando de ser gravosa a la Corona, que recaudará por estos medios los millones que ha expendido en ella.

S. M., persuadido de estas razones, ha concedido por Real Orden de 25 de enero de 1780 a los habitantes de las Islas de Barlovento, que puedan pasar a las colonias francesas a proveerse de negros para el cultivo de sus haciendas y tierras durante la actual guerra. Si se verifica que esta franquicia se extienda sin limitación de tiempo, excluyendo a la Compañía, siempre perjudicial por la exclusiva, en breve se experimentarán los felices efectos ya expresados.<sup>1</sup>





## CAPÍTULO XXX

### *CARÁCTER Y DIFERENTES CASTAS DE LOS HABITANTES DE LA ISLA DE SAN JUAN DE PUERTO RICO*

Los europeos de diferentes naciones que se han establecido en esta Isla, la mezcla de éstos con los indios y negros y los efectos del clima que obra siempre sobre los vivientes, han producido diferentes castas de habitantes, que se distinguen en su color, fisonomía y carácter. Verdad es que mirados en globo y sin reflexión, se nota poca diferencia en sus cualidades, y sólo se descubre un carácter tan mezclado y equívoco, como sus colores; efecto sin duda de los diferentes mixtos de los transmigrados, que han comunicado con la sangre su color y pasiones a sus descendientes en este país.

Los primeros españoles que se establecieron en esta Isla, corrigieron en parte el carácter de los indios, tomando de éstos al mismo tiempo el modo de vivir, alimentarse y alojarse, dejando mucha parte de las costumbres de su educación con su trato y mudanza de clima; la misma variación se observa en los animales, plantas y semillas que se transportan de España a la América; con el arribo de los negros y de otros diferentes colonos de Europa, Africa y América, que forman la población de esta Isla, ha resultado mayor variedad de colores y castas. Para facilitar su conocimiento, distinguiremos las clases de hombres de que se forman.

Dan el nombre de criollos indistintamente a todos los nacidos en la Isla de cualquiera casta o mezcla de que provengan. A los europeos llaman blancos, o usando de su misma expresión, *hombres de la otra banda*. Estos no dejan de sentir los efectos del clima; por lo común caen enfermos, pierden parte de la viveza de su color y de la sangre. Con todo, conservan en general el carácter de su espíritu; son más industriosos y aplicados que los criollos. Estos son bien hechos y proporcionados; y apenas se ve en to-

da la Isla algún lisiado. Su constitución es delicada y en todos sus miembros tienen una organización muy fina y suelta, propia de un clima cálido; pero este mismo los hace perezosos, los priva de la viveza regular de las acciones y del color de su aspecto, que parece de convalescientes, [a] son pausados, taciturnos, están siempre de observación, pero de una imaginación viva para discurrir e imitar cuanto ven; aman la libertad, son desinteresados, usan de la hospitalidad con los farasteros; pero son vanos e inconstantes en sus gustos.

Tienen inclinación a las acciones brillantes y de honor: han manifestado intrepidez en la guerra y sin duda son buenos soldados para expediciones y campañas cortas, pues acostumbrados a una vida sedentaria, sienten dejarla por mucho tiempo; se inclinan más a las expediciones navales y se dedican al corso y contrabando con afición y valentía; resisten mucho la hambre y tienen grande espíritu y resolución para un abordaje.

Miran con tedio a los europeos; el demasiado ardor y vivacidad de éstos en sus operaciones los incomoda, y les domina siempre la emulación; pero los reciben con franqueza en sus casas, los alimentan y mantienen con gusto y se glorian de descender de ellos. Las mujeres aman a los españoles con preferencia a los criollos; son de buena disposición; pero el aire salitroso de la mar les consume los dientes y priva de aquel color vivo y agradable que resalta en las damas de otros países; el calor las hace decidiosas y desaliñadas; se casan muy temprano, son fecundas, aficionadas al baile y a correr a caballo, lo que ejecutan con destreza y desembarazo extraordinario.

Los mulatos, de que se compone la mayor parte de la población de esta Isla, son los hijos de blanco y negra. Su color es obscuro desagradable, sus ojos turbios, son altos y bien formados, más fuertes y acostumbrados al trabajo que los blancos criollos, quienes los tratan con desprecio. Entre esta clase de gentes hay muchos expeditos y liberales para discurrir y obrar; se han distinguido en todos los tiempos por sus acciones y son ambiciosos de honor.

Los negros que hay en esta Isla, unos son traídos de las costas de Africa, otros son criollos, descendientes de aquéllos, sin mezcla de otra casta: los primeros son todos vendidos por esclavos; de los segundos hay muchos libres; con todo no hay cosa más afrentosa en esta Isla que el

[a] Acosta dice: y les dá un color y aspecto que parecen convalescientes, corrigiendo a Valladares y al manuscrito.

ser negro [b] o descendiente de ellos: un blanco insulta a cualquiera de éstos impunemente con las expresiones más vilipendiosas; algunos amos los tratan con un rigor indigno, recreándose en tener siempre levantada la vara de tiranos, de que resultan la infidelidad, deserción y el suicidio; otros los miran con sobrada estimación y cariño, haciéndolos instrumentos del lujo y vanidad, empleándolos únicamente en el servicio doméstico; pero éstos mismos llegan a sufrir el rigor de la esclavitud, cuando el amo muere y pasan a otro, o porque ha puesto su afición en otra, [c] entonces una cabaña estrecha y miserable le sirve de morada, su cama es el chinchorro de cordeles o un cañizo de varas más propio para atormentar el cuerpo que para descansarlo; la tela grosera, que cubre parte de su desnudez, no los defiende de los calores del día, ni del rocío perjudicial de la noche; el alimento que se les da de cazabe, batatas, plátanos y cosas semejantes, apenas basta para sustentar su miserable existencia; en fin, privados de todo están condenados a un trabajo continuo, expuestos siempre a experimentar los rigores de un amo codicioso o feroz.

Como vienen de diversas provincias, son también de diversas inclinaciones; no obstante, se puede decir que su carácter y opiniones la forman en mucha parte sus propios amos; si éstos los aman y tratan con cariño, corresponden hasta el heroísmo; pero si son demasiadamente rígidos saben sufrir y disimular sus sentimientos hasta tener ocasión de vengarse, lo que ejecutan con venenos, empleándolos en los ganados, en los otros esclavos y en cuanto es útil a su enemigo; algunos, especialmente los de Mina, se quitan a sí mismos la vida, persuadidos que van a renacer en su patria, que tienen por el mejor país del mundo; son muy inclinados al baile y a la música y mucho más al otro sexo y a la venganza.

De esta variedad y mezcla de gentes, resulta un carácter equívoco y difícil de explicar; pero a todos convienen algunas circunstancias que podemos considerar como características de los habitantes de Puerto Rico: el calor del clima los hace indolentes y desidiosos; la fertilidad del país que les facilita los medios de alimentarse, los hace desinteresados y hospitalarios con los forasteros; la soledad en que viven en sus casas de campo, los acostumbra al silencio y cavilación; la organización delicada de

[b] El corrector del manuscrito cambió esta frase, la cual lee: con todo es la cosa más afrentosa en esta Isla el ser negro...

[c] Valladares y Acosta añadieron la palabra cosa para dar mejor sentido.

su cuerpo auxilia la viveza de su imaginación que los arrebató a los extremos; la misma delicadeza de órganos que los hace tímidos, los hace mirar con desprecio todos los peligros y aún la misma muerte; las diferentes clases que hay entre ellos infunde vanidad y orgullos en unos, abatimiento y emulación en otros.

No hay duda que la esclavitud y abatimiento de los negros y demás gentes de color, infunde en los españoles americanos una cierta fantasía: desde su infancia se ven rodeados de hombres destinados a adivinar sus pensamientos. Este primer golpe de ojo al despertar la luz de la razón no puede menos de entumecer su corazón con una idea ventajosa de sí mismos. Por otra parte, poco acostumbrados a encontrar resistencia ni obstáculo en cumplir sus gustos, ni a llevar los castigos propios de la juventud, les imprime el espíritu de presunción; se crían sin trabajos y sin contradicciones, semejantes a los príncipes que no han experimentado jamás las adversidades. Son generalmente frugales, de poco sueño y perspicaces; pero ambiciosos de gloria, achaque interesante a la política, si saben utilizarlo los gobernadores, a quienes tributan toda sumisión y respeto. Este es en suma el concepto que he formado de los naturales de esta Isla, lo que se comprenderá mejor en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO XXXI

### *USOS Y COSTUMBRES DE LOS HABITANTES DE ESTA ISLA*

Así como los habitantes de Puerto Rico han adquirido de los antiguos moradores de esta Isla la indolencia, frugalidad, desinterés, hospitalidad y otras circunstancias características de los indios, han conservado igualmente muchos de sus usos y costumbres. La construcción e idea de sus casas, su establecimiento y morada en los bosques, la vida sedentaria, la afición a las bebidas fuertes y espirituosas, la propensión a los bailes y otras inclinaciones, son comunes y propias a estos dos pueblos, bien sean contraídas por el trato y unión mutua o por efectos propios del clima o consecuencias naturales de ambas causas.

Las casas que tienen hoy en la Isla son generalmente de la misma construcción que la que usaban los indios, ideadas según lo exigen las circunstancias del país, por el excesivo calor y abundancia de lluvias, que caen la mayor parte del año. No deja de haber algunas de bastante extensión, más bien dispuestas y aseadas; pero éstas son las menos, y todas están construídas sobre las puntas de las vigas que clavan en la tierra. Su comodidad es muy poca; una sala que llaman *soberado*, y otra que sirve de dormitorio, ocupan el único piso, que es siempre de tabla.

Por lo común duermen en hamacas, colgadas entre los postes o vigas que sostienen el techo. Las camas, que llaman *barbacoas*, son pocas e incómodas: un tablado tosco con un jergón de yerba y un toldo de lienzo para preservarse de las nubes de insectos y sabandijas que hay en todas partes, son todo el descanso que por favor conseguirá un pasajero. Les era muy fácil proveerse de colchones de lana de ceibo, guano y de ovejas; pero miran con indiferencia estas comodidades y prefieren su hamaca a las camas más blandas y bien colgadas.

No usan de alhajas, adornos, ni otras materias de lujo para hermosearlas. Algunos tures o silletas de cuero, y a falta de éstos algún banquí-

llo tosco, componen todos sus muebles. El menaje de cocina no es más ostentoso: una olla y alguna cazuela de barro basta para cocer la comida de cualquiera familia; los platos, cucharas, vasos, escudillas y demás utensilios, los hacen de la higüera o fruta que da el árbol totumo. También se sirven de los cocos para beber y otros usos. Una botella de vidrio la legan en su testamento a favor del hijo más querido, como alhaja de consideración. Acostumbrados desde los principios [a] a conformarse con este uso de los indios, no han cuidado de utilizar el excelente barro que hay en muchas partes de la Isla, especialmente en el partido de Caguas.

No son más espléndidos en poner la mesa que en alhajar la casa; no usan manteles, servilletas, vasos ni cubiertos; por lo común comen sentados en el suelo; su vianda se reduce a una olla de arroz o de batatas, ñames, calabazas o de todo junto. Los que viven cerca de los pueblos suelen tener carne fresca de vaca, que matan dos veces a la semana. Los que están distantes sólo la consiguen cuando hacen monterías; entonces comen con gula y todos gustan que las carnes no estén muy cocidas; especialmente la de cerdo la sirven chorreando sangre.

El platanal lo tienen junto a las casas; cogen el racimo verde cuando los plátanos están ya grandes, éstos los asan al fuego hasta que se ponen muy duros y entonces les sirve de pan. Jamás les falta un coco de leche de sus vacas, que es excelente, y tan crasa, que ordeñándola media hora antes de la comida, se cuaja como una pella de manteca: a esta llaman leche *madura*; tiene un gusto de alteración poco agradable a los principios, hasta después de acostumbrado el paladar, y es el principal sustento de estos isleños; el postre es miel de cañas, después de ella toma cada uno una múcura, o calabazo de agua; jamás beben durante la comida.

La cena es muy moderada: algún poco de arroz o algunos cangrejos de tierra, y a falta de esto, algunos plátanos o batatas, bastan para cenar una familia. Por la mañana y entre día usan mucho del café con miel, y con esto se socorren cuando los molesta el hambre, que resisten por mucho tiempo sin manifestar flaqueza.

Aunque el alimento que usan es poco y de poca substancia, el calor continuo del clima y la densidad del aire que respiran, impregnado de partículas vegetales que recibe de los bosques y praderías, les dispensa del apetito vivo que sienten los que habitan regiones frías y rasas. La inape-

[a] Acosta y Valladares dicen: desde luego en vez de, desde los principios.

tencia que se experimenta en ésta pasa algunas veces a ser enfermedad, de que adolecen especialmente los europeos, siéndoles conveniente acostumbrarse al uso del aguardiente y de los ajíes o chiles, cuyo picante excesivamente vivo excita el apetito, recoge al estómago el calor derramado en las extremidades del cuerpo y que hace falta para actuar la comida.

El vestido que usan los hombres es muy sencillo, proporcionado al calor del clima, o más bien a cubrir la desnudez; unos calzoncillos de lienzo pintado, largos hasta los tobillos, una camisa de lo mismo, un sombrero de palma o negro con su galón de oro, un sable que llevan siempre ceñido o debajo del brazo, con un pañuelo atado a la cabeza, es toda su gala. No usan medias, ni zapatos; es mucho embarazo y molestia verse precisados a andar calzados; los zapatos con el mucho calor les lastiman los pies; por otra parte, la tierra llana y arenosa que pisan no les ofende y como viven en sus estancias, que están inundadas la mayor parte del año, no podrían dar paso sin necesidad de descalzarse o de perder los zapatos.

Las mujeres van igualmente descalzas; llevan uno o dos pares de sayas de indiana o lienzo pintado, una camisa muy escotada por los pechos y espaldas, toda llena de pliegues de arriba abajo; las mangas las atan sobre los codos con cintas, y un pañuelo en la cabeza. Cuando salen a misa usan mantilla o un lienzo largo como paño de manos con que se rebozan, y chinelas. Cuando van a los bailes o montan a caballo, llevan sombrero redondo de palma con muchas cintas, o negro con galón de oro. Las blancas y las que tienen caudal, usan estas ropas de mangaripolas y de olanes muy finos y labrados; suelen llevar una cadena de oro al cuello y algún escapulario. Clavan en el pelo y en los sombreros cucuyos, cucubanos y otras mariposas de luz, que les sirven de brillante pedrería y lucen con mucha gracia.

Desde que hay tropa y milicias en la Isla, se ha introducido alguna mayor decencia entre las personas de calidad de ambos sexos y más entre las mujeres, cuya debilidad es siempre más propensa al lujo. Han introducido algunas cosas de moda de las que llevan de España para su adorno, igualmente que el uso de algunos comestibles, siendo muy regular tome mucho incremento el consumo de todos estos efectos, mediante el libre comercio que les facilita la variedad y abundancia de objetos, la mayor equidad de precios en los géneros y mayor concurso de comerciantes.

El trabajo de las mujeres es cuasi ninguno: ni hilan, ni hacen media,



cosen muy poco, pasan la vida haciendo cigarros y fumando en las hamacas; las faenas de casa corren por cuenta de las esclavas.

La crianza de los hijos es lastimosa, el amor indiscreto que les manifiestan, la ninguna educación que les dan, la mansión continua en los campos, la falta de escuelas, el ningún oficio a que los destinan, los hace desaplicados, independientes de toda subordinación, faltos de instrucción y tan libres que se separan de sus padres luego que hallan medios de subsistir. El trato frecuente y dominante con las esclavas, el vivir las familias sin separación, la libertad y el influjo del clima, despierta la naturaleza de los jóvenes muy temprano y ansían por casarse antes de saber las primeras obligaciones de cristianos ni de ciudadanos. El que tiene cuatro vacas y un pedazo de tierra para mantenerlas, plantar un platanal y sembrar un poco de arroz, o de maíz, se considera hombre acomodado y con medios sobrados para mantener una familia; y si a esto se agrega la posesión de algún esclavo y el vivir cerca de algún río o de la mar, el esclavo tiene a su cargo alimentar la indolencia de sus amos, que quedan fumando en las hamacas.

Son apasionados por los juegos sedentarios; el de gallos es muy común en toda la América y más en esta Isla. No tiene rubor un hombre de obligaciones pasear las calles, buscando quien quiera apostarlas con su gallo y aventura todo cuanto dinero tiene, fiado de la valentía del suyo. Los padres de familia se pasan el día en mitad de la plaza puestos de cucullas, viéndolos reñir, sin manifestar alteración ni disgusto por haber perdido todo su dinero, siéndoles pérdida muy sensible que su gallo muera o salga herido de la pelea, como sucede regularmente, pues les atan en cada pie una lanceta bien afilada y saltando uno contra el otro se pasan y degüellan con ellas. El primero que cae muerto o huye del cerco pierde la riña y su dueño paga la apuesta, que suele ser considerable. No es menor el vicio que tienen por los juegos de envite en que se ejercitan mientras tienen que vender para jugar.

La diversión más apreciable para estos isleños son los bailes; los tienen sin más motivo que el de pasar el tiempo y rara vez falta en una casa u otra. El que da el baile convida a sus camaradas, corre la voz por el territorio y acuden a centenares de todas partes aunque no sean llamados. Como las casas son reducidas caben pocos; se quedan debajo de la casa y en su circunferencia, y suben el rato que quieren bailar. Para dar principio al baile, los convidados se ponen al pie de la escalera con las sonajas, ea-

labazos, maracas y algún guitarrillo; al compás de estos instrumentos cantan una relación en honor de los dueños de la casa, que apropian a cualquiera que sea. Cuando a éste le parece, se presenta al cabo de la escalera, da la bienvenida a los convidados y circunstantes y les insta a subir: entonces se abrazan y saludan como si hiciera muchos años que no se han visto. Las mujeres se sientan en banquillos y hamacas que tienen colgadas; los hombres se están en pie o se sientan de cuchillas sobre sus talones y los que no caben se quedan en el campo.

Salen a bailar de uno en uno o de dos en dos: cada uno convida a una mujer, la cual si no tiene chinelas, como sucede a las más, las pide prestadas a otra, sale con su sombrero y empieza a dar vueltas por la sala con un compás tan acelerado, que parece exhalación por toda ella. El hombre que baila está a un extremo, puesto su sombrero de medio lado, el sable cruzado a las espaldas, teniéndolo con las dos manos; no muda de sitio, ni hace otra mudanza que subir y bajar los pies con mucha celeridad y fuerza; si está sobre alguna tabla descenclavada, echa el resto de su habilidad, que consiste en hacer todo el ruido posible para que la música ni cantares se oigan tanto como sus pies descalzos. Cuando el que baila o alguno de los circunstantes quieren manifestar su cariño a la bailarina, se quita el sombrero y se lo pone a ella en la cabeza; algunas veces le ponen tantos, que no pudiendo sostenerlos, los lleva en las manos, y debajo del brazo; cuando se cansa de bailar, se retira con una cortesía, vuelve los sombreros a los que se los han puesto y cada uno le da medio real; a esto llaman *dar la gala*. Si alguno quiere bailar con la mujer que está bailando con otro, necesita pedirle licencia. Sobre esto acostumbran armar fuertes pendencias y como todos llevan la razón en las manos, suele el baile acabar a cuchilladas.

Durante el baile salen algunas esclavas con fuentes de masa hecha de harina, leche y miel, frascos de aguardiente y tabacos para fumar, que sirven a los circunstantes. Los que se cansan se echan a dormir en las hamacas o se entran al cuarto interior a las barbacoas, con más libertad y satisfacción de lo que conviene; otros se retiran a sus casas para volver otro día, porque estos bailes suelen durar toda una semana. Cuando una cuadrilla se retira, otra viene, y así van alternando noche y día, haciendo viajes de dos o tres leguas, sin otro objeto que el de ir al fandango, cuya

música, canto y estrépito de patadas deja atolondrada por mucho tiempo la cabeza más robusta.

Son más generales y de mayor concurso estos bailes en tiempo de Pascuas, Carnestolendas, fiestas de los pueblos, o con motivo de alguna boda, cuya celebridad empieza dos meses antes. El nacimiento o muerte de algún niño también se celebra con bailes, que duran hasta que ya no se puede sufrir el fetor del difunto, sin embargo que los preparan para que duren muchos días; estas fiestas corren por cuenta de los padrinos.

La circunstancia de compadres entre estos isleños, es un vínculo muy estrecho. Para un compadre nada hay reservado, goza de toda satisfacción y de entera libertad en las casas de sus compadres; dispone de su amistad y bienes, como de cosa propia. Si un hermano acompaña en la boda a otro hermano o hermana, tiene en la pila o confirmación a algún hijo suyo, ya no se nombran hermanos; el tratamiento de compadres es siempre preferido como más cariñoso y expresivo de su íntima amistad.

Las fiestas principales las celebran también con corridas de caballos, a que son tan propensos como diestros. Nadie pierde esta diversión: hasta las niñas más tiernas que no pueden tenerse, las lleva alguno sentadas en el arzón de la silla de su caballo. En cada pueblo hay fiestas señaladas para correr los días más solemnes. En la Capital son los de San Juan, San Pedro y San Mateo. La víspera de San Juan al amanecer entra gran multitud de corredores que vienen de los pueblos de la Isla a lucir sus caballos; cuando dan las doce del día, salen de las casas hombres y mujeres de todas edades y clases, montados en sus caballos enjaezados con toda la mayor ostentación a que puede arribar cada uno. Son muchos los que llevan las sillas, mantillas, tapafundas de terciopelo bordado o galoneado de oro, mosquiteros de lo mismo, frenos, estribos y espuelas de plata; algunos añaden pretales cubiertos de cascabeles del mismo metal. Los que no tienen caudal para tanto, cubren sus caballos de variedad de cintas, haciéndoles crines, colas y jaces de este género, adornándolos con todo el primor y gusto que pueden, sin detenerse en empeñar o vender lo mejor de su casa para lucir en la corrida.

Esta no tiene orden ni disposición alguna: luego que dan las doce de la víspera de San Juan, salen por aquellas calles con sus caballos, que son muy veloces y de una marcha muy cómoda. Corren en pelotones, que por lo común son de los amigos o parientes de una familia; dan vueltas

por toda la Ciudad sin parar ni descansar en toda la noche, hasta que los caballos se rinden. Entonces toman otros y continúan su corrida con tanta vehemencia, que parece un pueblo desatado y frenético, que corre por todas partes.

No obstante la confusión y tropel de la corrida, rara vez sucede desgracia alguna, y si ocurre algún azar es a algún español, que encontrándose con el pelotón de corredores al volver alguna esquina, no sabe evitar los encuentros con la destreza que los criollos. Estos, aunque el caballo corra a toda carrera, dejan sueltas las riendas sobre el arzón de la silla, los brazos cruzados, fumando su cigarro, diciendo algunas gracias a las de las ventanas y a las que corren. Al llegar a las esquinas que han de doblar, llaman al caballo con aquella rienda y aunque vengan muchos por la misma calle, saben pasar por medio de los pelotones sin tropezar con nadie. Las mujeres van con igual o mayor desembarazo y seguridad que los hombres, sentadas de medio lado sobre sillas a la jineta, con sólo un estribo. Llevan espuelas y látigo para avivar la velocidad de los caballos, de los cuales algunos suelen caer muertos sin haber manifestado flaqueza en la carrera, y todos quedan estropeados y sin provecho para mucho tiempo; verdad es que todo el año los cuidan con esmero para lucirlos en estas fiestas.

No toda la corrida es tumultuosa y confusa; a las nueve del día sale el pendón de la Ciudad acompañado del cabildo, nobleza y oficialidad de la tropa, dos compañías de caballería, presididos del gobernador; este paseo se ejecuta con toda la pompa y buen orden, en donde lucen las galas, palafrenes, jaeces, criados y caballos. Va por las calles principales de la Ciudad, y en una de ellas corren parejas por su orden, después de las cuales llevan el pendón a la Catedral, que recibe el cabildo eclesiástico, y vuelve a despedir después de la misa mayor, que lo restituyen a la casa de la Ciudad con toda la ostentación posible, sin que por este acto tan circunspecto y magnífico se suspendan en las otras calles las carreras, voces y zambra con que las gentes desahogan su extremado regocijo o loca pasión, que reina aquel día.

Los muchos ríos, caños, lagunas y pantanos que hay en la Isla; la distancia en que viven unos de otros y de las iglesias, precisan a estos isleños a montar frecuentemente a caballo. Si han de ir a misa, a un baile, a visitar a un amigo, o a cualquiera otra diligencia, es indispensable el ir

a caballo, y especialmente en tiempo de lluvias no saldrán a pie ni para andar cien pasos, aunque la cosa sea precisa; esta costumbre, o más bien la necesidad, los hace a todos tan diestros jinetes, que a cualquiera hora del día o de la noche, corren a rienda suelta, cruzan ríos y pantanos para ir a los bailes o a sus diligencias, sin que les canse ni sucedan desgracias.

Con la misma facilidad emprenden sus viajes de mar o tierra; con una canoa y un racimo de plátanos se pasan a cualquiera isla que diste cuarenta o cincuenta leguas. Van por las islas desiertas, allí cogen marisco, encienden fuego, recogen agua y en viendo la mar en bonanza pasan a otra, hasta llegar a la de su destino. No son más pródigos en las jornadas de tierra; no hay una posada ni venta en toda la isla; pero los reciben en cualquiera casa a donde llegan, aunque sólo en caso de lluvias buscan este refugio. Van siempre a caballo; si llueve, se ponen sobre la cabeza una hoja de yagua, y es techo suficiente para defenderlos de cualquiera aguacero. Si hay que pasar algún río muy profundo, se quitan la camisa y calzones y pasan sin sobresalto; si es de pocas aguas lo pasan a caballo. En cualquiera parte que les coge la noche, se apean, descargan su caballo, le ponen a comer, pues en todas partes hay pasto, cuelgan su toldo o hamaca y duermen sin sobresalto. El día siguiente siguen su viaje, comen alguna provisión, si llevan, y si no en cualquiera platanal satisfacen la hambre. No son aficionados a la caza, ni la hay de cuadrúpedos en la Isla, excepto la de perros monteses o cimarrones, que causan grandes destrozos en las terneras y cerdos; pero la espesura y extensión de los bosques les imposibilita extinguirlos con la escopeta. Por la misma razón no aprovechan las gallinas, guineas, cotorras, periquitos, cuervos y otras aves de buen gusto; pero en recompensa pescan en los ríos y en la mar con mucha destreza y utilidad.

Tienen abundancia de aves domésticas: las gallinas comunes, las guineas, pavos y patos de muchas especies; pero sólo las gastan en caso de necesidad; las reservan para venderlas en la Capital o en los puertos a los navíos que llegan, y éste es el ramo de industria que más les utiliza sin costo ni trabajo alguno. Tienen algunos carneros, pero jamás comen su carne.

Aunque los pueblos están comunmente desiertos sin más habitantes que el cura, los domingos y días festivos, acuden a ellos a oír misa. A las ocho de la mañana suelen llegar cada uno en su caballo, se apean en sus casas o en la primera que les parece, pues todas están abiertas; atan los

caballos, y van a oír misa; después de ésta vuelven a marchar a sus haciendas sin detenerse y quedan las poblaciones tan solitarias como antes. Cuando están enfermos avisan al cura, éste va a caballo, lleva el viático y extremaunción, confiesa al enfermo, le administra los santos sacramentos y se vuelve al pueblo. Como estos viajes suelen ser largos de dos, cuatro o seis leguas, cuando llega a su iglesia, ya otros están esperándolo para que vaya a otra parte, y pasan la vida en estos viajes de día y de noche con excesiva fatiga.

Traen los difuntos a enterrarlos a las iglesias, a no ser que hayan muerto de epidemia de viruelas, que entonces los entierran en sus propias haciendas al pie de un árbol; pero cuidan de sacar los huesos. Pasados uno o dos años los llevan a la iglesia y les hacen las honras según la calidad del sujeto.

Estos isleños son muy devotos de nuestra Señora: todos llevan el rosario al cuello, lo rezan por lo menos dos veces al día; todas las familias lo empiezan con este santo ejercicio, algunos lo repiten al mediodía, sin omitirlo a la noche; pero la soledad en que viven, la falta de instrucción y de escuelas para la juventud, son causa de mucha ignorancia en todos; pues los más no saben lo muy preciso de la doctrina cristiana; el no vivir congregados en los pueblos ocasiona éste y otros graves males.

Estas son las únicas noticias que merecen referirse, y de ellas se puede comprender lo principal de su carácter, usos y costumbres. Sin duda alguna sería este pueblo uno de los más felices, si a las circunstancias del país concurriesen la aplicación e industria de sus habitantes. Mientras no adquirieran éstas, vivirán en la pobreza y obscuridad que hasta aquí, con gravamen del Estado, cuando esta Isla podía ser una de las más ricas posesiones de la Monarquía Española.<sup>1</sup>



## CAPÍTULO XXXII

### *DE LA CALIDAD DE LA TIERRA Y NATURALEZA DEL CLIMA DE ESTA ISLA.*

La tierra de las montañas y partes altas de esta Isla, es de un barro gredoso, craso por naturaleza, en algunas partes de color rojo, en otras tira a blanco, en todas es feraz y produce admirablemente todos los frutos del país. En las vegas y valles es negra, menos fuerte y crasa; pero abonada con [a] el despojo anual de las hojas y frutas de los árboles y praderías que la cubren, mantiene todo el año la humedad y frescura propia a la vegetación a que contribuyen los muchos ríos que la riegan, las lluvias frecuentes, especialmente en el tiempo que llaman de invierno, y del abundante rocío, que cae todas las noches, cuyos auxilios la constituyen fértil y deliciosa. Las costas de la mar y sus inmediaciones, son generalmente tierras arenosas, enjutas y de poco jugo, pero útiles para el cultivo del cazabe, frijoles, batatas y otras legumbres. El añil y el té nacen naturalmente en ellas. Las tierras altas están cubiertas de diferentes especies de árboles de una elevación singular, derechos, de maderas durísimas, algunas de tintes, y otras que se petrifican después de cortados; cuasi todos son fructíferos, y algunos útiles al comercio, como la pimienta malagueña, y la nuez de especie. No son menos apreciables sus resinas, bálsamos, lanas y otras producciones que beneficiaría un pueblo industrial.

Los valles son a propósito para toda especie de frutos propios de tierras cálidas: las parras, granados, higueras, el cacao, café, la caña de azúcar, arroz y otros, producen pasmosamente, igualmente que las frutas de muchas especies, el achiote, el jengibre, los ajíes, plátanos y todo género de raíces se multiplican sin cuidado.

Parece que la naturaleza pródiga observó una cierta proporción entre el carácter de los pueblos y los géneros necesarios para su subsistencia.

---

[a] Valladares y Acosta dicen pero abandonada. Con el despojo... etc.



Colocó en los valles de esta Isla las raíces, legumbres y frutas, que insensibles a los ardores del sol, se reproducen todo el año sin necesitar de los sudores del labrador. Estos frutos son sanos aunque insípidos, pero el jengibre, el culantro y ajíes, dan el picante agradable a su paladar.

No son menos admirables la multitud de plantas medicinales que la naturaleza ha puesto en esta tierra, para curación de las enfermedades de sus habitantes: bien sea aplicándolas en apósitos o bebiendo sus infusiones, producen los más pronto y admirables efectos. Los físicos y naturalistas europeos prefieren el uso de muchos de los que se encuentran en ésta y otras islas de este Archipiélago Americano a los específicos que el Asia proveía al resto del mundo. Verdad es que en esta Isla hay pocos naturalistas que conozcan la virtud de los vegetales, ni físicos que sepan distinguir sus virtudes, ni accidentes a que deben aplicarse, de cuya ignorancia resultan bárbaros asesinatos, que he visto ejecutar con sólo el apósito de una yerba en la cabeza: tal, y tanta es la actividad depositada en las plantas.

Los mismos agentes que fecundan y disponen esta tierra para tan pasmosa variedad de producciones, son la causa física de los terribles fenómenos que suele experimentar y arruinarla en pocas horas, cambiando la abundancia y hermosura de sus valles, en un país talado y deshecho, falto de todos los medios de subsistir, hasta que la tierra vuelve a reproducirlos. Este funesto contraste marchita algunos años la hermosa frondosidad de esta Isla y trae la miseria y escasez de víveres en el mismo día en que reinaba la abundancia; tan contrarios son los efectos de este clima.

Comúnmente sólo distinguen en esta Isla dos estaciones: la de las lluvias y la de la seca, porque la naturaleza que trabaja sin cesar bajo el velo verde de su perpetua frondosidad, parece siempre igual y uniforme; pero los que observan sus pasos en el temperamento del clima, en las revoluciones del tiempo y las de la vegetación, distinguen las mismas estaciones que en Europa, aunque tan imperceptibles, que apenas se dejan de sentir los calores de un país ardiente, lo que demuestra el termómetro que sube frecuentemente desde los 44 hasta los 47 grados del término glacial, pues como esta Isla está situada entre los Trópicos, se halla sujeta, con algunas diferencias que nacen de su posición y cualidades del terreno, a un continuo calor que se aumenta o disminuye, según sube o baja el sol, o la esfera está más o menos cubierta de nubes, o las circunstancias del aire que corre, que es el principal influjo de este temperamento, y así se ex-

perimenta que en donde no corre el viento, el sol abrasa, bien que no todos los aires refrescan, el del sur y el del oeste, alivian muy poco.

Los vientos generales en esta Isla son los del este, que llaman *brisas*, los cuales son sin duda alguna impelidos por el calor del sol. A las nueve de la mañana, cuando este astro ya tiene fuerza, empieza a rarificar el aire, obligándolo a soplar hacia el poniente y va arrojando a proporción que el sol va subiendo a su cenit; igualmente va aflojando al compás que este astro baja, y espira con él a su ocaso, aunque sólo deja de sentirse a lo largo de las costas y no en mar alta. A las ocho de la noche se levanta el viento de tierra y dura hasta después de salir el sol.

La causa de esta singular alternativa es que el aire de tierra, después de puesto el sol, está más raro por las continuas exhalaciones cálidas que recibe de la tierra abrasada, y así domina, durante la noche, sobre el aire de la mar, hasta que rarificado éste por la mañana con el calor del sol, refluye sobre aquél, que ya se ha condensado con la frescura de la noche. Esta alternativa se observa constante, y [son] más fuertes los aires en los días de más calor: de suerte que la naturaleza hace servir los mismos ardores de este planeta, para templar los países que abrasa; así como en las bombas de fuego emplea el arte este elemento para renovar continuamente el agua que disipa por la evaporación.

El rocío que cae en mucha abundancia todas las noches y las lluvias contribuyen también a templar el calor de este clima, las cuales son más o menos excesivas, según los vientos que reinan. Con los vientos del este o *brisas*, los aguaceros, que allí llaman *chubascos*, son muy cortos, porque apenas se forma una pequeña nube, cuando el viento la arroja contra los bosques y montañas en donde se deshace; pero cuando estos mismos vientos son violentos o llegan a reinar los del sur, o del oeste, las lluvias son tan excesivas, especialmente desde agosto hasta diciembre, que según algunas observaciones, caen en esta Isla más aguas en una semana, que en otros países de Europa en un año. Todos los campos y vegas se inundan formando dilatadas lagunas, impregnando el aire de exhalaciones pútridas perjudiciales a la salud, cuyos efectos son más sensibles cuando corren los vientos del sur, y suroeste, pues cruzando todos los bosques y lagunas que hay en la Isla, llevan los ábitos pestilentes a la parte del norte, en que está la Capital; en cuyos habitantes causan dolores de cabeza y otras indisposiciones.

Esta humedad excesiva trae igualmente otras malas consecuencias. Los

difuntos se corrompen luego y es preciso enterrarlos sin demora. Todas las carnes y víveres experimentan lo mismo; el vino se espirita perdiendo todo su vigor y gusto; el hierro mismo se deshace en hojas y se consume, por cuya razón no usan rejas ni balcones de este metal; hasta la artillería de bronce es preciso darla barnices fuertes para que resista la impresión que hacen en ella los vientos húmedos; las semillas se disipan y pierden su virtud productiva y a no ser que la tierra las admite en cualquiera estación, dispuesta siempre a reproducirlas, no podrían conservarse un año aun las más comunes y propias de la tierra.

Estos efectos pueden ser funestos a cualquiera país, y más a esta Isla, que no tiene facilidad de socorrerse de alguna otra, especialmente en tiempo de guerra cuya Capital necesitando un grueso de tropas considerable para su guarnición, debe hacer provisión de víveres, correspondiente a las circunstancias de un sitio y de las tropas que encierra; pero si se toma con tiempo las providencias necesarias, pueden evitarse las consecuencias que de lo contrario se experimentarían. La harina bien cernida y embarrilada con prensa, de suerte que forme un cuerpo sólido impenetrable a los vientos, dura sin corromperse seis meses, tiempo suficiente para que los gobernadores provean los medios de socorrerse. Menos difícil es la provisión de carnes y legumbres. Las primeras las pueden renovar todos los días, aun en caso de sitio, pues embarcando las reses en cualquiera río, las llevan a nado, atadas a una canoa, con la cual cruzan la bahía hasta la Capital, sin que puedan ser vistos ni impedidos del enemigo. Del mismo modo puede socorrerse desde lo interior del país, de los frutos y legumbres que produce y que es preciso renovar con frecuencia para precaver la corrupción a que están expuestos por las circunstancias del clima.

Estas mismas engendran multitud de insectos en toda la Isla, algunos molestos a los vivientes, otros perjudiciales a los campos, frutos y aun a los mismos edificios. La industria y la necesidad han enseñado los medios de precaver los asaltos de los unos y de los otros; pero no son suficientes para que en algunas ocasiones dejen de experimentarse sus fatales resultas. El arte puede corregir en mucha parte los accidentes de un clima. Si se desmontasen los bosques, se facilitase curso a las aguas empantanadas y se cultivase la tierra, se ventilaría y el curso libre de los aires modificaría el calor y humedad excesivos, como se experimenta en la ciudad de San Felipe de Portovelo, en donde las mujeres se retiraban a parir a la de Panamá y hoy se han libertado de ranchas incomodidades por estos medios.<sup>2</sup>

## CAPÍTULO XXXIII

### *HURACANES Y TERREMOTOS QUE SE EXPERIMENTAN EN PUERTO RICO*

Por más perjudiciales que sean los efectos expresados del clima de Puerto Rico, suele experimentar otros más funestos y terribles, aunque no tan comunes. Durante la estación de las lluvias, o hacia el fin de ellas, suelen ocurrir huracanes y terremotos. La circunstancia del tiempo en que se sienten han persuadido a algunos físicos, que estos fenómenos pueden provenir de dos causas, o más bien de una sola combinada de varios modos.

Las aguas de las lluvias y las de la mar, penetran, cruzan y roban la tierra de muchas maneras. La mar sobre todo la ataca continuamente con más o menos furor, según el impulso del agente que lo mueve. Entre los asaltos con que este elemento inquieto le acomete, hay uno que llaman *resaca* o *marea muerta*. Suele ocurrir desde el mes de julio hasta octubre y siempre en la costa occidental, causada sin duda por los vientos de esta parte.

En estas ocasiones la mar aparece tranquila, las olas vienen desde lejos muy mansas hasta la distancia de 20 o 25 toesas de la costa. Entonces se elevan de repente, como impelidas de una fuerza superior, y chocan contra la tierra con una violencia asombrosa, causando un ruido y efervescencia extraordinaria. Los bajeles anclados en los puertos no pueden resistir el impulso de esta marcada sobre sus anclas, y los arrastra sin arbitrio contra la costa.

Este movimiento extraordinario de la mar es anuncio seguro de algún huracán fenómeno el más horroroso que puede imaginarse. Es un torbellino de viento acompañado de lluvia, relámpagos, truenos y algunas veces de temblores de tierra y siempre de las circunstancias más terribles y devastadoras que pueden reunirse para destrozar un país en pocas horas. A un

día claro y sereno sucede una noche profunda. A la deliciosa vista que ofrecían los bosques y praderías, se sigue la triste desnudez de un invierno cruel. Los cedros más elevados y robustos los arranca, troncha y amontona unos sobre otros. <sup>(1)</sup> Los tejados, balcones y ventanas de las casas los transporta el aire, como a la hoja seca de un árbol, y por todas partes se observa un deshecho y trastorno universal de casas y haciendas.

El ruido impetuoso de las aguas y de los árboles azotados y deshechos por los vientos. Los gritos y llantos de los hombres, los mugidos y relinchos de los ganados, que se ven llevar de una parte a otra por los torbellinos y torrentes de las aguas que inundan las campiñas, con un diluvio de fuego que se deshace en relámpagos y centellas, parece anunciar las últimas convulsiones del universo y agonías de la naturaleza.

A esta borrasca sucede la serenidad, y a la pérdida de los frutos se siguen las cosechas más abundantes, bien sea porque estas violentas agitaciones revuelven los senos de la tierra y preparan su fecundidad, o bien porque el huracán proporciona algunas materias propias a la vegetación de las plantas. Se ha observado que de este desorden resulta una larga serenidad y que la destrucción de los vegetales sirve para su regeneración.

Los indios de esta Isla prevenían esta infeliz catástrofe y la tenían por cierta, cuando observaban el aire turbado, el sol rojo, un ruido sordo subterráneo, el círculo de las estrellas obscurecido, con un vapor que las aparentaba más grandes. Los horizontes por el noroeste cerrados, un olor fuerte que exhalaba la mar, al levantarse ésta en medio de la calma, cambiando el viento de repente de este a oeste.

La experiencia de estos terribles sucesos les había enseñado a observar las mutaciones de los astros y elementos y a pronosticar en ellos tan fatales fenómenos. Hoy mismo los anuncian dos o tres días antes que sucedan: el olor sulfúreo que toman las aguas de los ríos y fuentes, las exhalaciones que se levantan de la tierra y sobre todo, los continuos relinchos de los caballos y mugidos de las vacas que están atados en las vegas, arañando la tierra sin cesar, manifestándose despavoridos y ansiosos de que los suelten, para huir del peligro que prevén, son para estos isleños señales evidentes de este suceso; ignoran las causas pero anuncian los efectos.

Las consecuencias son más o menos funestas según sus mayores estragos, pero siempre fatales en la parte en que suceden. Es observación

(1) Oviedo, libro 6, fols. 60 y 61.

constante que jamás vienen del oriente, por donde corre el dilatado mar Atlántico, lo que persuade se forman con el continente de la América, pues desde julio hasta enero suelen reinar los vientos de poniente y mediodía, algunas veces con mucha fuerza, al mismo tiempo que soplan también los del norte. Este encuentro en el curso rápido y opuesto que lleva este elemento, causa un choque proporcionalmente fuerte a la violencia con que corren unos contra otros. Si el choque sucede en la angostura de los valles o gargantas de las montañas, su impetuosidad es excesiva y trastorna cuanto encuentra en su dirección, causando mayores estragos en los cuerpos sólidos que le oponen mayor resistencia. Este conocimiento enseñó sin duda a los indios a formar sus casas sobre vigas, abiertas por todas partes, para que hallando menos objeto estas mangas o torrentes de aire, hiciesen menos impresión. Esta observación, las humedades del clima y los terremotos, han hecho adoptar a los españoles la misma idea de construirlas.

Los huracanes no suelen ser generales ni sentirse en toda la Isla. Unas veces sólo atacan la costa del norte, otras la del sur, y no son raras las que sólo se sienten en algunos partidos; pero también acostumbran experimentar en toda la Isla, aunque a distintas horas y con distintos efectos, y suele pasar a otras distantes, según su mayor impulso o la dirección que le presentan los canales por donde corre. En 28 de agosto de 1772 observé uno que fué general en toda la Isla se mudó el viento a las cuatro playas, soplando primero por el norte, después por el sur y últimamente por el poniente y oriente; siendo de notar que cada vez que mudaba de rumbo, quedaba el tiempo de seis a ocho minutos enteramente suspenso y en calma, hasta que volvía a soplar por la parte opuesta con igual fuerza que antes.

Comenzó a sentirse en la Capital de la Isla a las once menos cuarto de la noche. Un trueno sordo y continuo, que ocupaba toda la esfera, el ruido de las aguas, semejante al que se oye cuando se aproxima un grande aguacero, la vista espantosa de continuos relámpagos y un temblor lento de tierra, acompañaban al furioso viento; el destrozo de árboles, tejados, ventanas y de cuanto encontró, con el ruido espantoso que hacían estos deshechos, manifestaron su arribo. Duró con igual furia en la Ciudad hasta después de la una de la misma noche; en otras partes de la Isla se sintió desde la misma hora, pero sin particular efecto hasta más tarde. En el pueblo de la Aguada, en que me hallaba en esta ocasión, y dista de la

Capital como 25 leguas, no empezó a sentirse hasta las dos y media de la misma noche, sopló con vehemencia hasta las cuatro menos cuarto de la mañana, y prosiguió aunque aflojando más cada vez, hasta las doce del día. En este tiempo corrió toda la aguja, y fué dando vuelta a toda la Isla, aunque en distintas horas, causando más o menos estragos en unos pueblos que en otros, según sus posiciones.

Dos días antes de suceder este huracán, el cielo estaba enteramente cubierto: la resaca y demás señales ya insinuadas vistas en esta ocasión, persuadieron a los moradores de aquel partido la proximidad de este terrible azote; recurrieron a implorar la misericordia divina con dos días de rogativas públicas en la ermita de Nuestra Señora del Espinar, pero no fueron oídos, y al tercer día experimentaron esta desgracia y con ella la hambre, miseria, enfermedades y muertes. Los caminos quedaron enteramente intransitables, cubiertos de los árboles arrancados por los vientos; los ríos salieron de sus cauces, inundaron todas las vegas, destruyeron los sembrados; en fin una suspensión general se apoderó de los espíritus de los habitantes, hasta que la naturaleza volvió a tomar su curso y la tierra auxiliada del cultivo, renovó sus frutos y plantaciones destruidas. Por todas las costas de esta Isla se ven tristes vestigios de los barcos que naufragan con estos huracanes o tormentas; especialmente en la costa del sur se encuentran playas cubiertas de deshechos de embarcaciones.

Más frecuentes son los terremotos, aunque sin otras consecuencias que el susto que causan sus movimientos: por esto son poco temidos de sus habitantes, quienes los predicen por el conocimiento práctico que tienen de estos accidentes de la naturaleza. Cuando observan que en las quebradas o abras de los montes hay neblinas espesas pegadas a la tierra por mucho tiempo, o que en las aguas de los manantiales se percibe algún olor sulfúreo o sabor extraño del natural; que las cotorras, periquitos, cuervos u otras aves se juntan en grandes bandadas y van dando muchas vueltas con mayores graznidos de lo regular; que las vacas y caballos repiten con frecuencia sus mugidos y relinchos, son señales seguras de terremoto.

He observado que algunas horas antes de suceder este fenómeno, está el tiempo en calma, el aire suspenso y la atmósfera turbia de los vapores que se han levantado de la tierra; pocos minutos antes de sentirse se respira el aire con lentitud; a esta ola de viento suave se sigue con intervalo de dos o tres minutos, un ruido sordo, con un ráfaga de viento fuerte que van corriendo como precursores del vaivén, que sigue sin dilación; algu-

nas veces es violento y suele repetirse, pero jamás causa estrago. La construcción de las casas sobre vigas y su unión afianzada por la mayor parte con bejucos que dan de sí, dejando jugar libremente las vigas y tablas de que se componen hacia la parte que las impele el vaivén o terremoto, evitan las ruinas que causaría, si hallase resistencia o solidez en los edificios; y así su misma debilidad los preserva de los estragos regulares: las casas suelen quedar inclinadas hacia la parte a donde el vaivén las impelió; y si éste ha sido fuerte se conoce la parte de donde vino, por la postura en que quedan.

Estos fenómenos, las continuas tronadas, acompañadas de grandes aguaceros, rayos y relámpagos excesivos, hacen incómoda la habitación de esta Isla en algunas estaciones, y los reduce a grande miseria, a pesar de la singular fertilidad y hermosura de sus vegas; pero sus habitantes viven gustosos por el poco trabajo con que se mantienen; a tal precio vende la naturaleza la subsistencia a los de esta Isla, además de las enfermedades a que están sujetos, como efectos propios del clima.<sup>1</sup>





## CAPITULO XXXIV

### ENFERMEDADES QUE MAS COMUNMENTE SE PADECEN EN ESTA ISLA

Todos los físicos convienen en que el aire, como almacén universal, contiene en sí las semillas de las pestes y enfermedades, y como nadie puede vivir sin él, lo han considerado como causa única de la salud, o del mal de nuestra naturaleza, <sup>(1)</sup> por ser el instrumento de que ésta se vale para todas sus operaciones. Las propiedades de este elemento, en todas partes son las mismas; las cualidades varían según las circunstancias de los países: en algunos la multitud de cuerpos y vegetales podridos han engrosado la superficie de la tierra; y se encuentran sitios cuyos vapores hacen mudar de color a la plata, estaño, hierro, y a otros metales, según la diversidad de efluvios que exhalan y nadan en el aire de la atmósfera; y así cada país o provincia la tienen particular según las exhalaciones de que se compone; y de esta variación resultan las varias complexiones, inclinaciones y enfermedades, porque los aires toman las cualidades del terreno por donde corren y llevan consigo los vapores que encuentran, produciendo los efectos propios de su naturaleza; a esta causa atribuye Jacobo Bontio las enfermedades que se experimentan en la isla de Java. <sup>(2)</sup>

El calor y humedad que reinan en la isla de Puerto Rico, levantan sin cesar de la tierra, lagunas y pantanos, multitud de exhalaciones, y vapores nocivos, que enerasan, y alteran el aire que se respira: éste imprime su carácter en la sangre, humores, alimentos y bebidas, de que se originan muchas enfermedades y aún el color de los naturales.

La primera enfermedad que sienten en esta Isla, es la que llaman *mocezuelo*; la padecen los niños recién nacidos. Si por casualidad les da el

---

<sup>(1)</sup> Hipócrates, libro de *Flatibus*. Acosta dice *flatibus*.

<sup>(2)</sup> Jacobo Bontio de *Medicina Indorum*, 8. Valladars y Acosta dicen *Jacobo Bontio*.

aire en los diez días primeros de su vida, les pasma las quijadas y músculos de la boca y labios, sin poderlos mover, ni recibir alimento alguno. Esta compresión se va extendiendo a los demás miembros y partes del cuerpo y muere por no haber podido tomar alimento. Son muy pocos los atacados de este accidente que escapan con la vida: no han descubierto específico para contener los estragos que causa el moeczuelo en los recién nacidos.

Otro accidente semejante a éste suelen padecer los habitantes de esta Isla sin distinción de edades ni sexo, conocido con el nombre de *pasma*: no es otra cosa que una compresión de los resortes y músculos, dejando el cuerpo o la parte atacada insensible e inmóvil; proviene de recibir el aire estando sudando. Algunos no pudiendo resistir el calor, buscan los sitios frescos en que ventilan los aires; éstos penetran fácilmente a un cuerpo. cuyos poros están abiertos por el excesivo calor, quedan pasmados y sin reacción ni uso en sus miembros, imposibilitándolos para recibir el alimento ni ejercer ninguna función natural, de que resulta la muerte a los seis y ocho días, siendo muy raro el que salva la vida.

En otra parte se hizo memoria de los funestos estragos que ocasionaron en esta Isla la plaga de las viruelas y la de bubas, que todavía no han cesado, pero con menos efecto. Las viruelas suelen algunos años extenderse y llevarse algunos centenares de vivientes; en otros parece están totalmente extinguidas, aunque al tránsito de una estación a otra, o en los grandes movimientos del tiempo, suelen volver a sentirse. Las bubas no son poco comunes, pero sin consecuencia sensible; es muy raro el que muere de este accidente, sin embargo de que algunos nacen ya con él; la experiencia de este mal ha podido enseñarles el método de curarlo o quizá será hoy menos la causa que lo motiva.

El uso frecuente del café, leche, dulce y picantes, forma en general a estos isleños una complexión enjuta y seca. Algunos, más por necesidad que por gusto, toman el café con mucha frecuencia, de que les resulta la increpatura general de fibras, un humor acre y destemplado, con un ardor calenturiento, que termina en tisis, que los consume.

Otra especie de calenturas se padecen en esta Isla y son frecuentes en las vecinas y mucho más en los valles de la Tierra Firme: danlas el nombre de *calenturas de costa*, de *tercianas* y otros diferentes. Atacan a los criollos, a los europeos y africanos, especialmente a los habitantes de los valles, tierras húmedas o nuevamente desmontadas. La espesura de exha-

laciones pútridas que la fuerza del sol levanta de las tierras nuevas y lagunas, impregna el aire; éste inficiona la masa de la sangre y resultan estas calenturas intermitentes, que suelen guardar en las accesiones la crisis de tercianas o cuartanas, cuya duración llega a cuatro o seis años, sin que hasta ahora, hayan encontrado medio de cortarlas. Los que llegan a limpiarse de ellas convalecen con mucha dificultad y lentitud; muchos quedan en una debilidad habitual, el cuerpo extenuado y sin fuerzas. Los alimentos sin substancia y el aire poco favorable para recuperar la salud, conducen al paciente de una enfermedad a otra; los que se salvan de las calenturas vienen a morir de hidropesía.

El ardor del sol en este país hace notable impresión en los españoles que van de nuestro continente, más templado que el de Puerto Rico. El calor continuo que se experimenta en esta Isla disipa los líquidos más sutiles de los cuerpos, causa una transpiración y sudor continuo y relajación de orina, de que proviene quedar la sangre seca, tórrea y tan espesa, que circula con dificultad; ocasiona las disenterías, y fiebres malignas que acaban con muchos españoles. Algunos que usan con moderación del aguardiente, vinagre y frutas agri dulces, suelen preservarse de estos efectos; pero si por ignorancia beben el aguardiente sobre la fruta, mueren aceleradamente.

Entre los negros reinan dos enfermedades particulares, que son lo que llaman *pian* y el mal de estómago; los efectos de esta última son mudar la cutis en un color de aceituna, la lengua blanca, un sueño profundo, con una languidez que les imposibilita para el menor ejercicio; toda la máquina se aniquila y destruye; el disgusto de los alimentos dulces y saludables acompaña a la pasión por todo lo salado y picante; las piernas se les hinchan, el pecho se les levanta y son pocos los que escapan: la mayor parte mueren sofocados después de haber sufrido muchos meses.

El *pian* se manifiesta por un género de entumescencias secas, duras, callosas y circulares, comunmente se ven ulceradas de un color que tira a amarillo. Algunos confunden el *pian* con las bubas, porque les conviene el mismo remedio, pero parece éste poco fundamento.

Todos los negros que van de Guinea o nacen en las islas padecen el *pian* una vez en la vida. Este es una especie de agallas que les nacen y no hay ejemplar que les repita, cuando se curan radicalmente. Lo que admira es, que jamás se pega esta enfermedad a los europeos, no obstante su comercio con las negras: éstas dan leche y crían a los hijos de los blancos, sin que se contagien: ¿Cómo conciliará estos hechos innegables la medi-

cina? ¿Por qué no serán susceptibles de un accidente particular a su especie la sangre, la piel y el color de los negros?

Cualquiera que sea este mal, está evidenciado que mueren todos los años en América la séptima parte de los negros que se llevan de Guinea. Millón y medio, que hoy existen en las colonias europeas, son restos infelices de nueve millones de esclavos que se han llevado. Verdad es que esta mortandad espantosa no puede ser efecto sólo del clima, ni menos de las enfermedades, pero éstas, con la dureza del trato que experimentan en esta parte del mundo, destruyen esta porción del género humano.

Los naturales y extranjeros de esta Isla padecen generalmente diarreas y cursos de sangre. Esta, incendiada con la fuerza del calor, se explica [b] con mayor o menor exceso, según la complexión más o menos ardiente del individuo. La disolución de este líquido debilita tanto las fuerzas y pulsos del paciente que suele ocasionar síncope fatales. Algunas veces los cursos de sangre producen calenturas pestilentes y suelen extenderse por toda la Isla como accidente epidémico. En los años que padecen tormenta o huracán, atribuyen la causa de este mal al pan que comen de las raíces de marunguey; [c] pero en los años que tienen abundancia de víveres, no saben señalar la causa motiva de este mal, que es siempre funesto. Suelen encontrar alivio en el conocimiento de la fruta y planta del arbolillo llamado *pajuy* o *mercy*: [d] la experiencia les ha enseñado que el agri dulce de esta fruta es utilísimo para contener las evacuaciones de sangre.

Los españoles que llegan a esta Isla, sofocados del calor, sienten grande inapetencia; si toman alimento, padecen indigestiones, pues por la excesiva transpiración les falta el calor suficiente en el estómago para hacer la digestión, de que resulta corromperse el alimento sin llegar a actuar: los más padecen molestas evacuaciones, que quitan la vida a muchos. Los que siguen en su gobierno el método de los naturales suelen librarse de este accidente. El uso del aguardiente, del ají, jengibre y otros picantes y licores, recogen al estómago el calor natural, que la fuerza del sol ha derramado a los extremos del cuerpo; abren el apetito y proporcionan la actividad necesaria para actuar la comida, pero estos medios, que usados con prudente moderación, preservan de la debilidad, inapetencia y otros efectos del clima, ocasionan mayores estragos en la salud, si se toman con exceso. El

[b] Valladares dice *se aplica*; Acosta dice *se irrita*.

[c] Valladares dice *Maranguey*.

[d] Se refiere al *pajuil* o *marañón*.

uso oportuno de las frutas agri dulces, como son las naranjas, limones, guayabas, tamarindos, licacos, pajuiles y otras muchas que la naturaleza pródiga ofrece con abundancia son muy necesarias en aquel clima.

También se ve algún enfermo del mal conocido con el nombre de San Lázaro, que es contagioso y mortal, pero son muy raros los que lo padecen. Un físico hábil pudiera hacer observaciones muy interesantes a la humanidad sobre las causas de las enfermedades comunes en esta Isla, y de los muchos remedios, que encierra en sus vegetales para su curación; pero hasta ahora no sé que alguno haya pasado a ella con tan laudable intento, ni hay médico alguno en la Isla para poder consultarle, pues los que residen en la Capital sólo son cirujanos de los regimientos, cuya facultad y ejercicio carece por lo común de los conocimientos necesarios para hacer análisis y observaciones de esta naturaleza, quedando el público privado del beneficio que sin duda le resultaría de ellas, pues la variedad de vegetales es increíble. La situación y demás circunstancias de la Isla, no dejan duda de que sus virtudes serán tan apreciables, como las que se encuentran en otras islas y países de la Asia, situados a la misma latitud que ésta de Puerto Rico.

Las pruebas que persuaden este pensamiento no son nada equívocas. La pimienta malagueta, la nuez de especie, el bejuco de vainilla y otras producciones que se cultivan en aquella parte del mundo, abundan en esta Isla naturalmente, y es muy regular que a esta proporción se encuentren yerbas y plantas medicinales de aquellos países, cuyas virtudes son tan apreciables en todas partes.

Las pocas luces en la historia natural y el ningún arbitrio para consultar a quien pudiese instruirme sobre los particulares de que deseaba informarme, me privaron de los conocimientos útiles que podía haber adquirido en los diferentes viajes que hice por los pueblos de esta Isla, viéndome precisado a contentarme con escribir materialmente lo que observase por mí mismo o lo que me referían los isleños, quienes por experiencia saben las virtudes de algunas plantas; pero esta descripción siempre será imperfecta y muy reducida, respecto de lo mucho que ofrece la historia natural de esta Isla, especialmente en el reino vegetal, como se inferirá de lo poco que diré en esta parte de su historia.<sup>1</sup>





## CAPÍTULO XXXV

### *HISTORIA NATURAL DE LA ISLA DE PUERTO RICO*

La ninguna instrucción de los españoles que pasan a establecerse en esta Isla, la corta mansión que hacen en sus puertos los comerciantes y pasajeros, han retardado darnos alguna idea de la historia natural de esta Isla, cubierta por todas partes de objetos de todas especies, nada indiferentes al que tenga ojos para discernir la utilidad de sus cualidades. Las academias y sociedades de los sabios naturalistas han reunido en este siglo todos sus esfuerzos para ilustrarnos con sus observaciones sobre los tres reinos de la historia natural y hacernos ver en este admirable espectáculo la multitud de objetos útiles que nos rodean por todas partes: los que presenta esta Isla son tan curiosos, como interesantes.

Sería obra mayor querer formar el mapa natural en toda la extensión de que es susceptible: cada uno de sus tres reinos pide conocimientos muy profundos, y en todos tres se halla tanto número de individuos que serían precisos muchos volúmenes para dar la precisa noticia de cada uno de ellos. Por estas razones me reduciré a hacer una breve descripción de los más útiles y particulares.

Mr. Buffon da el primer lugar entre los individuos del reino animal al caballo; esta especie la pasaron desde la isla de Santo Domingo los primeros descubridores; a los principios se criaron monteses, se multiplicaron mucho y degeneraron en el vigor y hermosura; los cazaban con lazos, y en corrales de palizadas que hacían en las cañadas de los montes los ataban a los árboles, dejándolos dos o tres días sin comer ni beber, con lo cual quedaban flacos y obedientes. Hoy están domésticos; los crían atados en los pastos en donde se mantienen noche y día, quizá por esta causa tienen el pelo poco fino, el cuello largo y siempre tendido hacia el suelo, la crin y cola poco pobladas, pero son de buen cuerpo, tienen un paso natural muy



aventajado y cómodo, marchan con la cabeza muy baja sin que la rienda los pueda corregir; no obstante que su alimento es siempre de yerba, resisten el trabajo especialmente en la carrera. Jamás los yerran; son más dóciles y mansos que los de España. De algunos años a esta parte han mejorado esta casta con la mezcla de frisones que traen de la América del Norte; estos caballos mestizos tienen más fuegos y brío que los de la casta de la Isla, pero a la segunda generación pierden ya parte de su vigor. No todos tienen el paso igualmente cómodo y aventajado; los mejores suelen andar una legua por cuarto de hora, sin dejar su paso natural, y éstos valen a 150 y hasta 200 pesos. En toda la Isla, especialmente en la banda del norte, los hay en gran número.

Las mulas no son tan comunes como los caballos: apenas se sirven de ellas; son fuertes para el trabajo, pero pequeñas; las que se crían en la costa del sur son de buen cuerpo, briosas y de buen paso; las transportan a las islas extranjeras para los molinos de caña en donde las estiman con preferencia a las de las otras islas y Tierra Firme por su mucha resistencia.

Antiguamente había en esta Isla muchos asnos silvestres que extraían para otras partes; los cazaban como a los caballos; hoy no se cría ninguno; los que necesitan para grañones los traen de la Tierra Firme, que son pocos, pequeños y caros; han comenzado a valerse de estos animales para el acarreo y otras faenas; conocen su utilidad y quizá fomentarán su cría.

Las vacas se multiplican pasmosamente: las hay bravas o monteses, y criadas en las praderías; las primeras se mantienen en los bosques, procrean menos, son más pequeñas, flacas y su pelo erizado. Estas las cogen en monterías que suelen hacer una o dos veces al año, con perros, lazos y empalizadas: las dejan atadas a los árboles hasta que la hambre y la sed las debilita y amansan; entonces las llevan a las estancias en donde engordan con las domésticas. Estas son mucho mayores, tienen los pechos muy abultados y dan leche abundante y delicada. La carne de vaca de esta Isla es muy tierna y de gusto regalado.<sup>1</sup>

En los bosques se crían grandes manadas de cerdos; pero son pequeños, flacos, su pelo largo, y erizado como jabalíes pequeños, cuyos colmillos les salen dos o tres dedos fuera de las mandíbulas, y de gusto bravío; algunos los cogen y los atan en los palmares, en donde los ceban con la fruta de las palmas. Si los cuidan mucho tiempo, crían nuevas carnes y toman buen gusto. Esa casta de animales ha degenerado notablemente de los

de España: por este motivo procuran al paso de los navíos cambiar los que llevan, dando tres o cuatro de la Isla por uno de aquellos para mejorar la casta; sin esta circunstancia, serían ya totalmente monteses, de mala calidad.

Los únicos cuadrúpedos que hay feroces y carnívoros en esta Isla son los perros *cimarrones* o monteses; éstos son de muchas especies, y se han multiplicado excesivamente; al arribo de los españoles no los había; los usaron en la guerra y después en la caza de ganados; hoy mismo los tienen domésticos para ésta; de unos y otros se han quedado y procreado en los bosques; generalmente son pequeños, parecen casta de gosques, de pelo largo pardusco; también se ven manchados; se mantienen de los cerdos y terneras que se crían en los hatos. Andan atropados, no se atreven a los hombres, aunque salen cerca de las playas a aullar a los viandantes; causan grandes destrozos en los ganados. Cuando encuentran algún cerdo o ternera sola, la rodean; el primero que salta sobre la bestia y la mata, come de ella hasta que se harta; los demás están echados alrededor, hasta que se aparta el que la mató; entonces entran todos a participar de la presa. Estos perros si se cogen pequeños, se domestican y salen mejores cazadores que los otros. Son grandes los destrozos que causan en los ganados y no será posible destruirlos mientras se mantengan los hatos o bosques.

En las cabeceras de los ríos y en las lagunas que hay en esta Isla, se crían muchas jicoteas (especie de tortugas); son pequeñas, pero delicadas y abundantes de huevos, que los naturales comen con gusto. Su concha superior está dibujada naturalmente de cuadrados [a] de un color negro fino; el resto es de color más bajo, que tira a pardo.

La multitud de ratones que infestan la Isla es en algunos años tan excesiva que se puede considerar como una plaga devorante, que arruina las cosechas de todos los frutos en los campos. Estas sabandijas, transportadas de Europa o América [b] en los navios, se han multiplicado excesivamente en Puerto Rico; crecen más de lo regular: por lo común pasan de una tercia de largos, su cola es más larga, está cubierta de pelo blanquizco oscuro, erizado en la cola, sus orejas grandes inclinadas hacia atrás, su voracidad y propensión a minar las plantas y sementeras, las destruye. Cuando en las crecientes de los ríos se inundan las vegas, perecen muchos

[a] Valladares y Acosta dicen cuadros.

[b] Acosta dice de Europa a América.

y el labrador siente este alivio. Las culebras cazadoras los persiguen dentro y fuera de las casas y son el único enemigo que los persigue. [c]

Estas culebras son grandes, por lo común pasan de dos varas y algunas de tres; hacen sus madrigueras o cuevas en las márgenes de los ríos y en las praderías, siempre cerca de las casas. Las viejas son de color negro fino; las pequeñas tienen el color ahumado; por el día están ocultas, por la noche suben a las casas, andan por las salas y tejados cazando ratones; éstos suelen hacer frente, pero la culebra fija la cabeza en el suelo y levantando el cuerpo en el aire, se sacude contra el ratón, como un látigo, dando tan fuertes porrazos en los tablados, que incomodan y espantan a los moradores, pero las sufren con gusto por el beneficio que les resulta de estas cacerías, y por otra parte no ofenden a los hombres.

No es menos molesta y perjudicial la varia multitud de hormigas, que algunas veces ha afligido la Isla hasta el extremo. Las hay de muchas especies. A unas llaman perros por su mordedura dolorosa, aunque no es de consecuencia; pero todas son perjudiciales a las siembras y plantas. El arroz, maíz, tabaco, hasta los árboles atacados de estos insectos perecen. Apenas sale plato a la mesa en que no se encuentran en él, ni basta precaución alguna para preservar los víveres de su voracidad.

Los hormigueros más temibles y devastadores son los de las hormigas que llaman *comején*. Crían en los árboles, sobre la tierra y en los edificios; forman sus enjambres en una especie de panal de un material amarillo obscuro, que parece especie de cera, aunque es de tierra; son muy pequeñas, su tenaza blanca, el color de su cuerpo algo rojo; forman su marcha con buen orden; van siempre en una columna de cuatro dedos de ancho, y que suele tener más de un cuarto de legua de largo; el camino que frecuentan queda señalado del mismo material de que forman sus viviendas; en la vanguardia y retaguardia van treinta o cuarenta hormigas mayores que las otras; éstas guían y abren el camino que ha de seguir la multitud. Si en su tránsito encuentran alguna provisión, cada una toma su parte sin detenerse, ni perder el orden de su formación. El ratón, ciempiés u otra sabandija que tiene la desgracia de encontrarse con este ejército, perece en un instante: cargan sobre él tal multitud de hormigas que lo cubren y forman un ovillo y lo devoran en breve rato.

No es creíble la violencia de las tenazas o boca de este animal. La ma-

---

[c] Valladares y Acosta dicen que los *aniquila*.

dera más sólida la barrenan con una facilidad pasmosa, formando en las vigas o árboles tantos conductos o agujeros para su comunicación que en una noche inutilizan la viga más robusta. Tienen propensión a destruir los edificios, murallas y árboles mayores. En cualquiera iglesia [d] en que entran se da por perdida, y con efecto dan con ella en el suelo. Lo mismo ejecutan en los almacenes de ropa, baúles, etc., si luego que llegan estos huéspedes no los desalojan, echándoles mucha agua hirviendo, que es el único remedio que han discurrido estos naturales hasta el presente.

Otra especie de hormigas hay que llaman cazadoras; éstas son ocho o diez tantos mayores que las comunes; de color castaño claro, su tenaza grande de color rojo; comúnmente viven en los campos cazando ratones, lagartos, topos y cuantas sabandijas encuentran. Cuando llegan a las casas las registran, sin dejar rincón ni cosa que no pasean; la limpian de las arañas, ciempiés, cucarachas y de cuantas sabandijas se crían en ellas. Esta especie de hormigas es menos común que las otras.

Los ciempiés son muy comunes en toda la Isla, se encuentran en las casas y campos. Su cuerpo, que se compone de muchos anillos, suele tener un palmo de largo; es de color castaño encendido, tiene muchísimos pies, y junto a la boca dos picas (e) largas con que apresa las sabandijas de que se alimenta; con las mismas hiere y causa un dolor vivo, inflama la parte y ocasiona calentura al paciente. Su cabeza es de color rojo, compuesta de muchas articulaciones; sus ojos pequeños y negros; por la noche relucen algunas partes de su cuerpo, huye de la luz, se cría en los bosques y lugares húmedos de las casas, como también los alacranes y escorpiones, gongolies y otros animales. Entre estos el más temible y venenoso en esta Isla es el que llaman guabá: comúnmente se cría en los troncos de los árboles podridos. Es una especie de araña o más bien de cangrejo, su color obscuro, lleno de zancas, con una tenacita que le sale de la parte superior de la cabeza, como la que tienen los cangrejos, con ella hieren al que por descuido pone la mano o se aproxima a donde él está; su veneno es mortal, si no se aplica muy luego el remedio. Los naturales de la Isla los aseguran de la tenaza con que ofenden, y con esto los cogen sin recelos.

Sería obra muy prolija detenernos a describir todas las clases de los reptiles y sabandijas que se crían en esta Isla, por ser innumerables sus es-

[d] Valladares y Acosta dicen iglesia o casa.

[e] Valladares y Acosta dicen dos púas.

pecies y tamaños, especialmente las de los mosquitos, avispas, moscas, mariposas y otros insectos de esta naturaleza; y así nos reducimos a dar la precisa noticia de los que por su singularidad o utilidad merecen alguna memoria.

Las abejas que pueblan los bosques son muchas, unas más pequeñas que las comunes de España; su color negro, liso y reluciente, mudan de domicilio con facilidad, vaguean por los montes, crían en los troncos de los árboles huecos, que hallan desamparados y no pocas veces arman terribles refriegas entre los enjambres para desalojarse de alguno de ellos, en donde forman sus labores según el ámbito se las proporciona; pero generalmente les dan la figura de una pera, en la cual depositan la miel, crían y se alojan. La cera es de color amoratado obscuro, muy suave y blanda, sin que los naturales hayan arbitrado medio de solidarla; la mezclan con cera blanca de La Habana, con lo cual blanquea algún tanto y toma la solidez suficiente para emplearla en el uso de las iglesias; pero su luz es siempre opaca, quizá por no beneficiarla. La miel es tan fluida y suelta como el aceite, el color de ámbar, pero se agria y pierde en poco tiempo. Es de buen gusto y los boticarios se sirven de ella para los mismos usos que la de Europa.

Atendida la multitud de abejas que se hallan en los bosques, no puede dudarse que el país es muy a propósito para este género de granjería, y que si las recogiesen en colmenas y cuidasen como en Europa, sacarían crecidas porciones de miel y de cera. Pocos años hace que en La Habana no se hacía aprecio alguno de esta granjería, y hoy por el cuidado con estas abejas (según dicen) transmigradas de La Florida, forman de su cera un ramo de comercio lucido, con bien fundadas esperanzas de mayores incrementos y utilidades. Algunos cohonestan la indiferencia con que miran la cría de las abejas a que no pueden multiplicarse en los colmenares por la persecución que padecen de las hormigas; pero el ejemplo de La Habana desvanece esta disculpa.

Hay otras muchas especies de abejas en esta Isla: unas trabajan en los troncos de los árboles como las precedentes; pero éstas se forman sus alojamientos con la dentadura curva y afilada, de que las armó la naturaleza para el efecto. Otras trabajan en las rendijas de las paredes y muchas en agujeros que abren en la tierra. Todas son útiles y laboriosas; pero estos isleños hasta ahora no han recogido un enjambre en una colmena.

Las avispas son tantas y tan crueles, que incomodan notablemente, no sólo al tránsito por los montes: las mismas casas de los pueblos están lle-

nas de estos enemigos; crían en las viviendas y por todas partes hay muchas.

De los insectos volantes, los más inocentes y hermosos son las lucernas: las hay de muchas especies; unas son pequeñas mariposas, cuyos ojos tienen un cerco de humor fosforoso, que ilumina la atmósfera por donde vuela el espacio de una cuarta; alumbrándose ella misma para volar de noche entre los cañaverales de azúcar, cuyo jugo chupan para alimentarse. Su multitud es tanta, que forman nubes e iluminan de noche las plantaciones de la caña, causando una claridad hermosa y divertida.

Otra especie de lucernas, a la cual dan el nombre de *cocuyos*, es del tamaño y figura de los grillos de España. Estas tienen dos ampollitas de humor fosforoso debajo de las alas, dejándola ver cuando vuelan por intervalos, pues cuando recogen las alas al cuerpo ocultan sus luces, y cuando las extienden para continuar el vuelo las manifiestan, dando con esta alternativa unos olages de luz, que desaparece y alumbra al compás de sus vuelos, quedando del todo eclipsada cuando se paran en las praderías o bosques por donde andan cazando otros insectos para alimentarse.

A la tercera clase de estas lucernas, llaman *cucubanos*; son mayores y más luminosas que los otros; tienen cuatro alas como las cucarachas; parecen escarabajos; en la parte posterior [f] tienen un depósito de aquel humor reluciente de más extensión y claridad que el de los otros, uno solo da luz suficiente para leer o escribir sin el auxilio de otra luz; el color de su cuerpo es vario y hermoso; andan volando de noche por las casas [g] cazando mosquitos y otros insectos de que se mantienen.

De estas lucernas se valen para alumbrarse en las noches obscuras para marchar por los caminos o hacer cualquiera diligencia que les ocurre. Atan un cucubano o cocuyo en el dedo pulgar del pie y les sirve de antorcha, para no perder la senda y hallar lo que buscan. Algunos forman collares de ellos y los llevan para alumbrarse; las mujeres suelen clavarlos con alfileres en el pelo y resaltan graciosamente. Otros forman con ellos cintillos para los sombreros y lucen más que las pedrerías y brillantes que usan las señoras de Europa. También suelen deshacer a estos animales y con su humor teñirse la cara, manos, birretinas y otras cosas, las cuales quedan resplandecientes por algún tiempo; pero en secándose aquel humor, se va apagando el resplandor.

[f] Acosta dice en la parte superior.

[g] Acosta dice por las calles.



Las mismas lucernas pierden su virtud luminosa, pasados quince días de su prisión, pero vuelven a avivarse sus luces luego que las sueltan. Es espectáculo divertido ver las vegas y bosques de esta Isla iluminados con variedad graciosa de antorchas que produce la naturaleza, para manifestar los maravillosos juguetes de la Omnipotencia, siempre admirable aun en los más mínimos insectos. *Eminet in minimis maximus ipse Deus.*

Entre las nubes de lucernas se ven volar los murciélagos sangradores; estos cuadrúpedos volantes van de noche por las vegas y estancias en donde pastan los ganados, buscando las reses que están dormidas o descuidadas para sangrarlas y chuparles la sangre, lo que ejecutan con singular habilidad. Para lo cual la naturaleza les ha dado dientes tan afilados, que sangran sin ser sentidos aún de los mismos hombres que duermen en sus hamacas y se encuentran desangrados sin haber sentido la operación. La cisura que abren es redonda, del tamaño de una cabeza de alfiler; sus ojos son muy pequeños, la boca rasgada de una oreja a otra, éstas son largas y derechas; para descansar se cuelgan de las ramas de los árboles, ciñendo las alas al cuerpo, de suerte que parecen frutas o racimos colgados del árbol. Hay otros murciélagos que no son sangradores, más pequeños, y que se diferencian de aquellos en una membrana, que les sale de la frente, de la figura de un hierro de lanza.

No hay plaga más universal ni molesta que la de las niguas. En las casas, campos y por todas partes hierven estos insectos e incomodan a los racionales y a las bestias, a unos más que a otros, según la disposición de los humores de cada uno. Los que los tienen acres e irregulares padecen menos. No hay defensivo que preserve de la sutileza de estas pulgas cuasi invisibles: se internan por entre las medias y zapatos, penetran la carne viva, causando una comezón ardiente; introducidas en la carne, forman una bolsita de tela, y a las 24 horas, ya tienen en ella un depósito de huevos para criar un hormiguero de niguas. Estas son unas pulguitas que se forman entre el polvo con una abundancia increíble: son tan menudas que apenas las distingue la mejor vista; por la noche se ven hormigucar en la tierra, mirándolas oblicuamente al reflejo de la luz, con la cual hacen varios visos y colores. Después que este animalito se ha introducido en la carne, conviene dejarle uno o dos días para que creciendo presente cuerpo para poderle extraer. Esta operación la ejecutan los criollos con la ligereza que enseña la práctica. Con un alfiler van apartando la carne que está sobre la nigua hasta descubrir bien el zurroncito en que ha hecho su nidada, que al segundo día

es ya mayor que un cañamón; entonces lo atraviesan con el alfiler; al arrancarlo cuidan que no se reviente para que no quede semilla, pues de lo contrario se multiplican con tanto exceso, que quitan la vida a los que no cuidan de sacarlas con tiempo. En el huco que deja la nigua extraída echan ceniza de tabaco u otra cosa para cauterizar la herida, que aunque es pequeña basta para exponer gravemente al paciente si por desgracia se moja o le da el aire.

Es pensión de todos los días el registrar los pies para ir sacando las que han entrado; comúnmente anidan entre la uña y la carne de los dedos y no es extraño sacarse algunos una docena al día. No se sabe en esta Isla remedio alguno para preservarse de esta plaga terrible. Ni sé que se críe en ella la resina de *otuba*, que los indios tucbos de *Patute* y *Chisgas* recogen al pie de los páramos de chita y aplican felizmente contra esta plaga cruel, según testimonia el Padre Gumilla. <sup>(1)</sup>

Los abusos, aradores, garrapatas y cucarachas se encuentran en toda la Isla, e incomodan noche y día, aunque no son de consecuencia sus ataques. No puede menos de admirarse la pasmosa fecundidad con que la naturaleza multiplica en esta Isla una infinidad de reptiles, e insectos que parecen destinados, unos para incomodar al hombre, otros para divertirlo y alumbrarle y todos para que alabe las maravillas de su Criador.

---

(1) Gumilla, *Orinoco ilustrado*, fol. 433.





## CAPÍTULO XXXVI

### *DE LAS AVES QUE SE CRÍAN EN ESTA ISLA*

No son tantas ni tan varias las especies de aves en Puerto Rico, como las plagas de insectos y reptiles impertinentes. Al compás que la naturaleza prodiga éstos, escasea aquéllas; con todo hay abundancia de gallinas, pavos, patos y guineas. Esta especie de aves a quienes Mr. Valmont de Bomare <sup>(1)</sup> llama gallinas pintadas y da otros muchos nombres, son monteses y se domestican con facilidad; son mucho mayores que las gallinas comunes, pintadas de blanco, negro y gris; tienen dos membranas por barbas debajo del pico y una cresta muy pequeña sobre la cabeza, en la cual no tienen pluma; su pico tira a rojo; llevan la cola caída como las perdices; los pies son cortos y parte de sus uñas están unidas mediante una membrana; sus huevos son pintados; sacan, crían sus polluelos y viven como las gallinas; tienen una viveza extraordinaria en todos sus movimientos; corren con más velocidad que las perdices; vuelan poco y para dormir se suben a los árboles; su cacareo es un grito agudo penetrante, desagradable y alternado a ratos por la noche y el día, siendo por esta causa incómoda su vecindad.

Las guineas son inquietas y alborotan frecuentemente el gallinero; su humor dominante quiere reinar sobre las otras aves; la dureza de su pico, la agilidad en todos sus movimientos, sostiene su petulancia, y hacen mirar con desprecio toda la volatería; acomete a los pavos, gallos y demás aves con furia precipitada. Si encuentra resistencia vuelve las espaldas, pero al instante se presenta de nuevo al combate, sorprendiendo al enemigo, y en esta alternativa venga muy bien sus enfados.

Los genoveses pasaron estas aves desde las costas de Guinea a la América con los primeros negros en 1508, las cuales se han multiplicado en las casas y en los bosques; <sup>(2)</sup> por estas circunstancias varían en el tamaño y

---

<sup>(1)</sup> Diccionario Natural, tomo 2, fol. 42.

<sup>(2)</sup> Valmont de Bomare, tomo 2, fol. 42.

aun en los colores según los países y mezclas que han resultado: las que se crían en los bosques son más pequeñas que las domésticas, pero de mejor gusto, aunque unas y otras son delicadas; su caza debe hacerse con perros; sin ellos es trabajo inútil. Luego que la guinea ve al perro se azora en tanto grado, que no se mueve del sitio en que está, bien sea en árbol o en tierra. Mientras el perro grita ella lo mira con ademán de quererlo asaltar, bate las alas, grita, y se manifiesta desesperada contra él, sin mudar jamás su situación. No deja de ser difícil de creer lo que voy a decir, pero a la experiencia me remito. Mientras el perro grita a la vista de la guinea bien puede el cazador tirar a su salvo cuantos tiros quiera, que aunque yerre los seis primeros, la guinea esperará otros tantos en el mismo sitio, sin ausentarse hasta que se vaya el perro o la maten. Esto se observa y se sabe en Puerto Rico, y creo que en todas partes en donde se crían; igualmente que es inútil cazarlas sin llevar perros, pues bien sea andando o al vuelo, entre las espesuras de los árboles, burlan la mayor diligencia y destreza.

Esta misma circunstancia de pararse a los perros sin huir de los tiros repetidos de la escopeta, he observado en las gallaretas; éstas son una especie de pollas de agua, que se distinguen entre sí por los colores de la cabeza: unas la tienen encarnada, con una pequeña membrana del mismo color en la garganta; otras son de color amarillo, otras negras, y también de varios colores. Las gallaretas viven comúnmente en el agua; se ven en bandadas por los ríos de esta Isla, especialmente en el de Toa, Bayamón y Loisa; se mantienen de pececillos, frutas y gusarapos; son tiernas y de buen gusto. Cuando encuentran las canoas que navegan por los ríos, levantan el vuelo con un cacarco semejante al de los tordos, aunque más fuerte y sonoro.

Las gallaretas negras a quienes dan el nombre de *tujúis* imitan con sus voces algunas dicciones con tanta propiedad que engañan, equivocándose con las voces de los hombres. Los zaramullos y patos se encuentran igualmente en la navegación de los ríos, y no son menos tiernos y regalados; pero éstos no levantan vuelo: cuando oyen el rastrillo de la escopeta, o pasa alguna canoa, se zambullen debajo del agua hasta que ya no sienten ruido y suelen salir a mucha distancia.

En las vegas y riberas de los ríos se ven muchas garzas: son una especie de cigüeñas muy blancas, algunas hay de color de plomo obscuro; andan por las lagunas y márgenes de los ríos, cogiendo pececillos, ranas, sapos y culebrillas y otras sabandijas de que se alimentan. Son muy altas y hermosas, su pico es de la figura de una espátula de cuatro a cinco pulgadas de largo

y de dos de ancho; en la punta lo es más y de figura circular; lo juega con singular destreza para apresar los pescados y animales que busca.

También hay ruiseñores en esta Isla: son mayores que los de España, y algo diferentes en el plumaje, que es de un gris obscuro con algunas plumas blancas; su canto es sonoro y agradable y no lo suspende en ninguna estación; pero no hace tantas diferencias ni tiene la melodía que aquél; aunque se domestica con más facilidad y canta en las jaulas igualmente que cuando está en su libertad.

Las palomas monteses, las cotorras, periquitos y los cuervos son muy comunes en toda la Isla; se alimentan de frutas y sus carnes son de buen gusto, aunque la de los cuervos es negra; por lo común se sientan sobre las palmas de grana; vocean de muchas maneras imitando las voces de los hombres; su color, obscuro. En algunas partes se ven las tórtolas, más pequeñas que las de España, pero mucho más hermosas. Pocas más son las especies de aves que se ven en esta Isla; en sus costas hay menos, y sólo dos merecen alguna atención por sus circunstancias.

Los alcatraces o pelícanos de América, se ven bucear todo el día para sacar del centro de las aguas del mar los peces de que se alimentan; son mayores que pavos, de color blanco y negro o mezclado de pardo. Su pico, que es de catorce o más pulgadas [a] y cinco de ancho, es durísimo, curvado en la punta como los de los papagayos; su cuello se extiende como media vara, cubierto de pelo rojo obscuro; desde el pico le corre un zurrón de membrana hasta el pecho: en él guarda los peces que coge, para pasarlos al estómago cuando los necesita; sus fauces tienen tanta extensión, que Oviedo (3) afirma haber visto meter en uno de ellos la capa de un hombre. Andan volando sobre las olas del mar observando la pesca; cuando la ven se precipitan de cabeza en las aguas para hacer la presa y luego levantan el vuelo para continuar buceando; el pico tiene dientes muy menudos y parece una hoja de sierra; algunos suelen matarlos por sola diversión, pues sus carnes son poco agradables por el sabor fastidioso que tienen de marisco.

En los islotes que circundan la Isla y en algunas partes de sus costas, se ven unas aves acuáticas, que llaman flamencos o perionas; son mayores que avutardas, se asemejan por su figura a las garzas, aunque tienen el pico más grueso y largo, y desde él hasta la mitad del lomo son de un color en-

[a] Valladares y Acosta dicen: o más pulgadas de largo.

(3) Oviedo, libro 14, fol. 111.

carnado tan vivo, que se viene a los ojos; después va cayendo el color y termina ya en blanco. Se mantiene de los animalillos que halla en el agua; corta los juncos y enneas, habita en los islotes y cayos, huelen tanto a marisco, que basta tocarlos para quedar inficionados. Después de muertos, se apaga sensiblemente la viveza de su hermoso color, quedando tan amortiguado que parece blanquizco, de donde Ulloa (4) infiere la vitalidad de la pluma.

Pocas más son las aves que se crían en esta Isla y aun algunas de estas especies se multiplican poco. Quizá el temperamento del clima no será tan adecuado para ellas, como lo es para los insectos, vegetales y peces.

De éstos hay muchos en toda la costa y sus ríos: las lisas, sabalos, pargos, robalos, mojaras, curbinatas, colorados, sardinas, anchovas, cureles y otros muchísimos se cogen con la facilidad y abundancia que dejamos dicho en otra parte. Sólo falta que añadir que las tortugas, careyes, tiburones, manatíes, ballenas, pez espada, murenas y otros de esta naturaleza se ven frecuentemente en estas costas y en los ríos; pero no siendo interesante su descripción, bastará saber que hay abundancia de ellos igualmente que de marisco; aunque las especies de conchas son escasas, con todo, hay muchos erizos, estrellas y caracoles grandes de un nácar muy subido.

---

(4) Ulloa, Entretenimientos, fol. 154.

## CAPÍTULO XXXVII

### *DE LOS MINERALES QUE SE RECONOCEN EN LA ISLA DE PUERTO RICO*

La ambición de adquirir la plata y el oro, ha sido en todos tiempos el mayor incentivo que ha agitado a las naciones enteras a descubrir nuevas provincias, a expensas de indecibles trabajos; a minar los montes hasta formar poblaciones subterráneas, sin perdonar diligencias ni fatigas por adquirir estos preciosos metales que dan la ley al mundo entero, arreglándose el valor de todas las cosas a la mayor abundancia, o escasez con que corren. Todas las naciones se afanan por poseerlos, y son el móvil universal de sus trabajos y faenas.

Los americanos desentrañan la tierra introduciéndose por sus profundos senos, ansiosos de ser más felices con la posesión de estos ídolos, aunque son los que menos gozan de ellos. Los chinos, los europeos, los africanos y hasta las gentes más bárbaras trabajan y surcan los mares por adquirirlos; su atractivo ha hecho aproximar a las naciones más remotas mediante el comercio que las ha civilizado y esclavizado de muchas maneras: tal es el imperio que ejerce sobre los hombres este imán de sus corazones.

El origen del descubrimiento de los metales no es fijo; algunos los creen tan antiguos como el mundo; pero los físicos que observan a la naturaleza en una acción continua y que sus agentes son tan activos en el centro de la tierra como en la superficie, se persuaden que se van formando sucesivamente. Cada metal, según los químicos, tiene una tierra que le constituye y les es peculiar. Se encuentran algunas veces en *pepitas* o pedacitos muy pequeños sobre la tierra, entre las arenas de los ríos y en las quebradas de los montes; pero no son éstos los lugares de su nacimiento. Las excavaciones ocasionadas por las inundaciones, los terremotos y otros accidentes, que trastornan el globo, extraen de sus matrices estos fragmentos, que se encuentran separados del seno de la tierra en donde se formaron.

Los naturalistas conjeturan que estas oficinas de la naturaleza están siempre calientes por fuegos subterráneos, que elevan continuamente exhalaciones sulfúreas y salitrosas, que obran sobre las partículas metálicas, dividiéndolas [a] y reuniéndolas entre sí hasta formar una masa más o menos grande y más o menos pura, según la cantidad de otros cuerpos que se interponen.

La naturaleza, que parece ha querido ocultar al hombre los varios modos con que forma los metales, no ha podido librarlos de su codicia y desvelos. Con éstos ha multiplicado sus observaciones y ha llegado a conocer los lugares en que hay minas. Por lo común, en viendo alguna montaña estéril en donde las plantas crecen con leutitud y se acaban pronto, o que los árboles son pequeños y torcidos, que la humedad de los rocíos y lluvias no se conservan, que se elevan exhalaciones sulfúreas y minerales, que las aguas están impregnadas de sales vitriólicas, o que en las arenas se hallan algunas partes metálicas, bastan algunas de estas señales, para persuadir que el terreno en que se observan contiene mineral. <sup>(1)</sup>

Estas señales se observan en muchas partes de la isla de Puerto Rico; y aun cuando las grandes porciones de oro que se sacaron en los primeros años de su reducción no acreditasen esta verdad, las arenas de este metal que se ven en los ríos de Luquillo, Sibuco, Dagua, Mayagüez, Manabón y otros; y las circunstancias o señales características que se ven en sus nacimientos y en otras muchas partes de la Isla, especialmente en las inmediaciones de la Villa de San Germán, pueblo de Yauco, y en todo el territorio de Coamo, bastan para persuadir con mucha probabilidad los grandes minerales que hay en toda ella, y más abundantes en la parte del sur y del oeste. En el río de Loysa, y en los que le entran por una y otra margen, se ven tantas arenas de hierro y acero, que forman playazos y bancos negros de las arenas de estos metales.

Pero como el beneficio de una mina necesita no menos caudales que inteligencia en la minerología para la dirección de las excavaciones subterráneas, extracción de las aguas, seguridad de los canales o galerías, que se han de hacer para seguir las vetas de los metales, la construcción de muchas máquinas e instrumentos para facilitar los trabajos, separar las arenas

[a] Valladares y Acosta dicen: dividiéndolas de otras extrañas; adelgazándolas. . .

(1) Raynal, tomo 3, fol. 113. Valmont de Bomarc, tomo 5, fol. 406, Ullon, Diver-timiento 12, fol. 225.

y demás materias extrañas, y en Puerto Rico jamás hubo mineros, ni se bajaron las minas con formalidad ni inteligencia, podemos decir que [b] jamás hubo en dicho Puerto [Rico] minas abiertas.

Los primeros españoles siguieron en muchas cosas el ejemplo e instrucción de los indios. Estos, que sólo miraban el oro como un objeto de puro adorno y de simple curiosidad, <sup>(2)</sup> se contentaban con coger en las márgenes de los ríos las pepitas o granos pequeños, que las lluvias y torrentes desprendían por acaso de los montes, o minerales de su tránsito. Los españoles que se aplicaron a este ejercicio, adelantaron poco los medios de sacarlo en abundancia y con comodidad. Se contentaron con hacer lavar las arenas de los ríos, haciendo algunas excavaciones superficiales, mudando de sitios frecuentemente sin trabajar o abrir mina alguna subterránea que acreditase la riqueza que manifiestan las señales exteriores.

Este método, seguido constantemente en toda la Isla en los años que se aplicaron sus moradores a lavar o extraer el oro, no ha sido suficiente para demostrarnos los grandes tesoros que encierra en sus entrañas, y así podemos decir que en esta parte la Isla está tan virgen hoy, como antes de llegar a ella los españoles, quienes por ser en corto número, ocupados en sujetar a los indios naturales y a los caribes, desde el segundo año de su establecimiento, faltos de medios y de inteligencia para abrir minas, según las reglas con que se ejecuta en otras partes de América y Europa, se contentaron con recoger lo que encontraban en la superficie de la tierra, y aun esto se interrumpió muchas veces por las guerras; y últimamente se abandonó del todo por la fuga general de los indios, disminución de españoles, y de las desgracias ocurridas, que ya dejamos dichas anteriormente.

Por esta causa, aunque esta Isla fué descubierta en el segundo viaje de Colón, año 1493, y poblada en 1509, está hasta hoy ignorada en la parte de su geografía física. Nadie ha hecho excavaciones que puedan llamarse minas o a lo menos no ha quedado noticia ni vestigio alguno que lo acredite; y aunque mediante el ejercicio de lavar las arenas de los ríos, sacaron porciones considerables de oro y estaño, esto sólo prueba la abundancia y riqueza que hay en la Isla de estos dos metales, pero no el que sean únicos en la especie.

[b] Valladares y Acosta dicen: que en Puerto Rico jamás hubo minas abiertas.

(2) Raynal, tomo 3, fol. 115, Robertson, tomo 2, fol. 332.



La experiencia y observaciones de los físicos enseñan que las minas de plata se encuentran en las partes altas y frías, así como el oro en los países cálidos o templados. Por esta regla no habrá minerales de plata en esta Isla; los historiadores hacen memoria de ellos, al paso que nos la dan de los de oro; pero como no se han abierto los senos de la tierra, quedamos siempre con la misma duda, aunque con indicios claros que hay otros metales.<sup>1</sup>

A dos leguas de Zalamea en Extremadura, hay una mina de plata, inmediata a otra de plomo. (<sup>3</sup>) La veta de aquélla se compone de espato de cuarzo y de pirita y de un material piritoso. En las serranías de Añasco, en Puerto Rico, hay otra mina o cantera de piedras piritas, marquesitas, que nosotros llamamos piedra inga, que aunque según los lapidarios y mineralistas, se distinguen entre sí por algunas circunstancias, accidentales en lo substancial de su formación y naturaleza, son de una misma masa mineralizada por el vitriolo, azufre, arsénico, con el hierro, cobre, oro y plata. En unas se encuentran todos estos mixtos; en otras sólo algunos de ellos; (<sup>4</sup>) de donde se puede inferir sin violencia, que atendidas las circunstancias características de las minas de piritas o marquesitas y haber una muy sobresaliente en el partido de Añasco de esta Isla, no sería extraño se encontrasen en ella minas de los metales y semimetales de que se componen las piritas, si se examinasen sus senos, pues se ve que en esta parte no repugna a la naturaleza de la tierra, a su situación local, ni a las demás circunstancias necesarias para la formación de los metales de todas especies.

Dan los lapidarios a las piritas diferentes nombres, según los varios mixtos que encuentran en ellas, de que resulta la variedad de colores, su mayor solidez, brillo, juegos, olor, figura y otras circunstancias que las distinguen entre sí. A unas llaman piritas sulfúreas o piedras de fuego, por el mucho que dan al golpe del eslabón, de las cuales se hallan en las inmediaciones de París. A otras, piritas de cobre o calco-piritas. Estas dan menos fuego, su color amarillo verdoso, y constan de cobre y cristal vitriólico: tales son las de Sajonia e Inglaterra. A otras, piritas arsenicales, cuyo color es blanquisco, más duras y pesadas que las anteriores; dan fuego y exhalan un

(<sup>3</sup>) Bowles, *Introducción a la Historia natural*, fol. 58.

(<sup>4</sup>) Valmont de Bomare, tomo 7, fol. 390 y tomo 5, fol. 274. Bowles, fol. 58.

olor de ajos, como las piedras incas que vienen del Perú. En fin, a otras dan los nombres de piritas marciales, piritas aluminosas y piritas de oro. Todas estas diferencias provienen de la mayor dosis de las materias minerales que contienen; pero en todas se encuentra alguna plata igualmente que en éstas de Añasco; y en la costa del suroeste de la Isla hay muchas apariencias de que no es escaso este metal.

Pero contrayéndonos ya a la calidad y circunstancias del mineral de piritas que hay en Añasco, debemos decir que son de la clase de marquesitas de oro, pues en ellas se distinguen partículas de este metal, y de plata, aunque mal combinadas con el cobre, hierro, azufre, arsénico y demás materias de que constan. Estas marquesitas son sólidas y brillantes; no dan fuego al golpe del eslabón, ni pierden sus brillos por el contacto; su color es de latón, sus figuras muy varias, aunque por lo común son cortadas u octaedras, [c] formando diferentes cuadrillos trapecios, e irregulares, de que resulta su mayor brillantez. El material más abundante de la mina es el hierro, cobre y arsénico, con algunos granos de oro. La escasez de azufre hace las piedras más duras y vistosas y menos expuestas a las impresiones del aire y del fuego. Sin embargo de ser estas marquesitas de las de mejor calidad en su especie, ningún isleño se ha tomado el trabajo de utilizarlas o de hacer ensayos sobre ellas. Pero esto no debe admirar al ver la misma indiferencia en las más constantes muestras de oro y de plata que hay en muchas partes de la Isla.

Por estar la Isla cubierta de bosques y malezas, es difícil examinar la calidad de sus canteras, las petrificaciones, conchales, fósiles o arborizaciones; sólo al paso de los montes se reconoce que la calidad de la piedra por la mayor parte es berroqueña; en otras, arenisca, y no es escasa la caliza; pero esta observación pasajera es insuficiente para dar idea de sus canteras, ni podrá formarse la que conviene hasta que el tiempo y la aplicación las manifiesten a la luz del sol y se desentrañen sus senos.

Quizá parecerá extraño no hacer memoria de algunas antigüedades o monumentos de los indios; pero éstos no tenían edificios de mucha duración, ni pensaron inmortalizar la memoria de sus héroes y caciques erigiendo pirámides, como los egipcios o guacas como los del Perú, y así no

[c] Valladares y Acosta dicen octoedras.

*F R A Y I Ñ I G O A B B A D Y L A S I E R R A*

se encuentran en toda la Isla vestigio alguno de aquellos tiempos. La historia de sus hazañas y acontecimientos memorables, se conserva [d] en los cantares que pasaban de padres a hijos con la cronología de sus caciques, a quienes obsequiaban con los areytos o bailes, en los cuales celebran [e] sus triunfos sin pensar en dejar otros monumentos a la posteridad; por esto no se halla en parte alguna de la Isla rastro ni memoria del tiempo de los indios; ni los españoles de aquella Isla han conservado tradición alguna sobre este particular, que merezca referirse; y así pasaremos a la tercera parte de la historia natural, que ofrece más extensión de objetos que referir y que admirar.

---

[d] Valladares y Acosta dicen: se conservaba.

[e] Valladares y Acosta dicen: celebraban.

## CAPÍTULO XXXVIII

### *DESCRIPCIÓN DE ALGUNOS ARBOLES DE LA ISLA DE PUERTO RICO*

La experiencia acredita que no sólo el carácter de los hombres e inclinaciones de los irracionales son tan diferentes como los climas, sino que también las plantas y sus producciones son tan varias como los temperamentos en que se crían. El calor y humedad, agentes generales de la vegetación, obran con más efecto según el mayor grado de actividad con que se hacen sentir en la tierra y la especie de plantas lo requiere: pues es constante que algunas prevalecen mejor en tierras frías, sin encontrarse en las cálidas; observándose en otras que sólo se crían en terrenos cálidos y húmedos, sin que subsistan jamás en climas fríos. De aquí nace ser tan adaptables a unas especies de plantas el calor, como a otras el frío, y lo mismo la humedad y sequedad.

Con todo, por lo general es más común vestirse los campos de variedad de plantas en las tierras cálidas y húmedas que en las frías, siendo más permanentes, frondosas y varias en aquéllas que en éstas. En las primeras se renueva y viste la naturaleza frecuentemente; en las segundas sólo se esfuerza a producir una vez al año, para acreditar que no es del todo estéril, cuando el sol llega a calentarla dirigiéndola sus rayos menos oblicuos. La sabiduría eterna dispuso tan varios temperamentos y hermoscó la naturaleza de tan diferentes maneras, distribuyendo con generosidad y proporción a los climas, territorios y propiedades del aire tanta multitud de plantas, que sus multiplicadas especies, aunque sólo son leve insinuación del infinito poder de su Criador, son incomprensibles a los hombres, no sólo el conocimiento de sus virtudes y cualidades, pero aun los dedicados a su estudio apenas han podido adquirir noticia de un corto número de sus denominaciones.

El clima de Puerto Rico, aunque en general es cálido y húmedo, espe-

cialmente en las costas y vegas, goza de un temperamento apacible en la cordillera que divide la Isla a lo largo; de suerte que en las partes altas se siente un fresco moderado, especialmente en tiempo de lluvias, y así se encuentran en estas alturas árboles y plantas que no hay en las vegas, como los robles, caobas, nogales, ceibos, granadillos, etc., y en éstas abundan otras especies que no se ven en aquéllas: las palmas, guayabos, zapotes, naranjos, papayos, limones y otros, sin que por esto dejen de prevalecer en ambas partes algunas especies, como los guanábanos, tamarindos, cañafistulos y otros que crecen con más o menos vigor, son comunes en las vegas igualmente que en la cordillera. Sería mucha prolijidad querer dar noticia ni aun de la centésima parte de los vegetales que produce esta tierra: me ceñiré precisamente a la de algunos más particulares por su utilidad o por sus circunstancias, advirtiendo que unos y otros los produce naturalmente la tierra sin el auxilio del cultivo ni necesidad de plantarlos, excepto el arbolito de la yuca, algodón, café y algunos pocos de cacao.

Este café, que es natural de la alta Etiopía, transplantado a la Arabia, desde allí a Java y a Surinam, <sup>(1)</sup> y últimamente a las islas Antillas y a otras partes de América y Europa, se cultiva con felicidad en toda la isla de Puerto Rico, en unos partidos con más abundancia y de mejor calidad que en otros; en la costa del sur, que es más calorosa y seca, tienen mayores cosechas y está reputado por el mejor. Crece con prontitud, da su fruto a los tres años: su tronco, que crece de nueve a diez pies de altura, tiene por lo regular de cuatro a seis pulgadas de diámetro, su corteza blanquecina y lisa, sus ramas son delgadas y largas, sus hojas ordenadas de dos en dos, se asemejan algo a las del laurel; están siempre verdes, lucientes y lisas, sin olor y sin gusto particular. Sus flores, que nacen junto a las hojas en número de cuatro o cinco, son blancas; algunas veces tienen el color de un rojo pálido, se asemejan a las del jazmín de España, son olorosas, de su cúpula salen cuatro o cinco estambres, de su pistillo [a] nace el fruto muy semejante a la cereza, aunque algo menor, y el pezoncito muy corto, toma el color encarnado y cuando llega a ennegrecerse está en sazón; lo cogen a mano, le mondan la carne y queda el hueso cubierto de una cascarilla, de la cual le desnudan en pilones y el hueso hecho polvo es el café que se usa de diferentes modos.

<sup>(1)</sup> Valmont de Bomare, tomo 2, fol. 104. Raynal, tomo 4, fol. 395.  
[a] Acosta dice: *pistilo*.

El café de Puerto Rico es muy apreciado de los extranjeros, lo mezclan con el de Asia y toma su mismo olor y sabor. Por estas circunstancias lo prefieren al de las otras islas, lo solicitan con ansia y se puede decir que se llevan toda la cosecha de esta Isla, que es considerable, y se aumentará a un punto excesivo con las nuevas y acertadas providencias del Ministerio, que les facilitan los medios de extraerlo. No nos detendremos a referir sus virtudes o cualidades; todos convienen en que es útil a algunas complexiones, igualmente que nocivo a otras. <sup>(2)</sup>

La yuca, cuyo cultivo es muy común en esta Isla, es un arbolito de siete a ocho pies de altura y de tres a cuatro pulgadas de diámetro; su corteza tira a roja, sus ramas son torcidas y nudosas, las hojas de un verde oscuro y cortadas como los dedos de la mano, sus flores de un amarillo caído, da semilla, aunque no fructifica. Las raíces de la yuca, que los negros llaman *magnoc*, y los portugueses *mandioca*, son semejantes a los nabos; las rallan y prensan para extraer su jugo, que es un veneno violento; de las raíces ralladas, que parecen al serrín de las tablas, hacen el pan de cazabe en una horma de barro a fuego lento, con el cual se cuaja quedando una torta de medio dedo de grueso, que parece una tabla serrada; le dan figura cuadrada o redonda, según es la horma o marco en que la cuecen, y esta especie de pan es usado en toda la América, con preferencia al de maíz, aunque es áspero y de poco gusto: el mismo jugo venenoso después de hervido, pierde su mala cualidad y lo usan para salsa o sainete en la comida de pescado. <sup>(3)</sup>

Hay algunas diferencias de yuca, que tienen tan diferentes nombres, como los países y castas de gentes que la usan; en esta Isla sólo cultivan la que llaman *agria*, que es la antecedente, y la dulce, que sólo se distingue en que las raíces son más blancas, de mejor gusto y que no son venenosas: por esto las comen crudas, aunque suelen suceder muchas muertes por equivocarse ésta con la antecedente. De una y otra hacen almidón muy fino, y tiene los mismos usos que el de España. Alguno <sup>(4)</sup> cree que este arbolito pasó a la América con los negros desde la costa de Africa; pero debo advertir, que los indios salvajes lo cultivan con esmero e inteligencia. El cazabe es el mejor pan para los viajes de mar y de tierra por con-

<sup>(2)</sup> Diccionario Botánico, fol. 46. Mr. Chomel, cita *ibid*.

<sup>(3)</sup> Oviedo, libro 7, fol. 74.

<sup>(4)</sup> Raynal, tomo 4, fol. 278.

servarse un año, <sup>(5)</sup> y así los indios y españoles lo usan siempre en sus navegaciones.

El árbol que produce el algodón, y se cree originario de Siam, es de diferentes especies, y esta Isla es tan propia para su cultivo, que se cría en muchas partes sin él.<sup>2</sup> El más común crece a la altura de estado y medio, su tronco suele tener de seis a ocho pulgadas de diámetro; de él salen muchas ramas pobladas de hojas, divididas en tres partes; da su flor de la figura de campana, compuesta de cinco o seis hojas de un color amarillo, que tira a blanco, de su centro sale un capullo del tamaño de una nuez, tiene varias divisiones llenas de estambres o copos de algodón, que se va esponjando y saliendo del capullo al paso que va madurando: entre los copos se encuentran diferentes granos negros que son la semilla de la planta; para separarlos usan los extranjeros una especie de molino, con los cuales los desmontan, o limpian con perfección, ahorrando tiempo, y buque para transportarlo; cuya economía sería muy útil en Puerto Rico, si se estableciese este instrumento.

No obstante que este arbolillo pide poco cuidado, y que la Isla es a propósito para su cosecha, hay pocas haciendas destinadas a esta producción, aunque en todas tienen algunas plantas de él, y es de un blanco muy fino y útil para las manufacturas más delicadas. Da dos cosechas al año, la de septiembre es más abundante que la del mes de marzo. Las lluvias y los aires recios maltratan mucho este vegetal, que apetece las lluvias frecuentes y ligeras, y la tierra seca y casajosa, aunque en todas prevalece, y solo necesita el cuidado, de que en su circunferencia no haya yerbas, ni otras plantas. Nace de la semilla, da su fruto a los nueve o diez meses después de estar sembrado; pero conviene cortarle las ramas después de la cosecha, y aún el mismo tronco cada tres años; con esta operación dura más tiempo el plantel, y da mayor utilidad.

El árbol de cacao, cuyo cultivo está cuasi enteramente abandonado en esta Isla, se encuentra en muchas partes de ella, como residuos de los planteles que hubo en otro tiempo. Hoy sólo lo cultiva algún curioso, pero en tan corto número, que apenas les surten para su consumo. Este árbol, natural de la América, es poco crecido, su madera porosa y ligera, sus hojas tienen de seis a siete pulgadas de largas y la mitad de anchas, puntiagudas, de un verde bajo y ásperas; se renuevan en todas las estaciones

(<sup>5</sup>) Oviedo, libro 7, fol. 74.

del año, igualmente que se caen; jamás se ve desnudo de ellas ni de flores, que son unas pequeñas rosas de las cuales nace la mazorca que encierra el cacao. Esta mazorca es de la figura de un cohombro o pepino puntiagudo, de color morado o amarillo; su corteza está rayada o dividida en tajadas, como la de los melones y papayas.

Nacen en las mismas raíces del árbol, en su tronco y en sus ramas; tiene de seis a siete pulgadas de largo, y de cuatro a cinco de grueso; en todas las estaciones se ve en el árbol flor, fruto nuevo, medio sazonado y ya maduro; pero las cosechas principales se hacen por San Juan de junio y por el de Navidad. Cuando la mazorca está madura, la cogen y la cortan por el medio; en donde tiene sobre tres líneas de grueso, se encuentran de veinte a treinta almendras muy blancas, unidas mediante una substancia blanca que parece un copo de algodón; extraídos los granos o almendras los dejan tres o cuatro días al sol para secarlos, entonces toman el color musco obscuro y descubren la cascarrilla delgada que las cubre; después de sacarlo, lo almacenan; pero si retiene alguna humedad, se pierde.

De estos granos forman sus sementeras, que llaman almácigos, de un terreno escogido, poniéndolos a una cuarta de distancia uno de otro, cuando ya han crecido una tercia, los extraen con toda la tierra de su circunferencia, los van poniendo en filas, distantes doce o quince pies uno de otro a la sombra de otros árboles frondosos, que tienen puestos para este efecto; pero como es fácil que los penetre el sol, ponen otra fila de matas de plátanos, para que con su frescura y frondosidad abrigue la plaita tierna del cacao; pero siendo ésta muy ardiente por su naturaleza, va secando a la del plátano al paso que crecen; entonces ya goza de la sombra de los árboles mayores que le dominan. En esta Isla empieza a dar fruto a los tres años después de plantado; en algunas partes de Tierra Firme tarda doblado tiempo según la calidad de la tierra en que se cultiva, inclina sus ramas hacia el suelo, no pide más cultivo que limpiarle las yerbas que se crían en su inmediación; quiere mucho riego y calor, sin éste perece; los ratones hacen grandes destrozos en sus mazorcas.

Aunque el plátano no es propiamente árbol, pues carece de madera y de ramas, siendo la planta más útil y hermosa que se cultiva en esta Isla y aun en toda la América, daremos aquí su descripción. Esta mata se eleva de doce a quince pies de altura; su tronco no es más de un gran rollo de hojas envainadas unas dentro de otras: no tiene madera ni corteza. Las



hojas en la parte que forman el tronco, son un conjunto de tubos, divididos entre sí por unas telillas llenos de aguas amarillas, y así un solo golpe de sable basta para cortar el tronco, que suele ser más grueso que la pierna de un hombre, y de seis a siete pies de alto. A esta distancia se despliegan las hojas que hasta allí habían formado el tronco, dirigiéndose en circunferencia hacia arriba. Desde el arranque del tronco hasta sus extremos, tendrán como seis pies de largo y dos de ancho: son verdes, lisas, relucientes y muy hermosas.

Del centro del tronco sale por entre las hojas un tallo largo como un brazo y crece encurvado; en la punta tiene una flor amoratada de la figura de una piña de pino; ésta se abre y manifiesta un racimo de plátanos, del tamaño de una vaina de habas tiernas cada uno; crecen hasta un palmo de largos y sobre dos pulgadas de gruesos, quedando algo torcidos en forma de un paréntesis; tienen dos esquinas o listones, formados en la misma corteza, que corten por los dos costados, desde el pezón hasta la punta. El color de esta fruta a los principios es de un verde claro; al paso que va madurando lo toma amarillo, y cuando se pasan se vuelven negros. Su carne es muy suave, llena de un jugo agradable, y sabe a tantas cosas, que no es fácil señalarle semejante. Si se quiere comparar a las camuesas y peras más delicadas, parece tiene analogía con estas frutas. Otras veces se asemeja al gusto de los higos bien sazonados, y si se asa, cuece, o deja secar al modo que en España los higos, se perciben gustos diferentes, siempre muy agradables, pero sin poder compararlos con propiedad a ninguna otra fruta de España.

Cada planta de plátanos sólo da un racimo; éste suele tener ochenta, ciento y más plátanos; cuando los cortan, cortan también la mata, pues no vuelve a dar más fruto; entonces ya tiene tres o cuatro renuevos al pie, que al año dan su racimo, y por este motivo se extienden tanto los platanales que el labrador necesita trabajar tanto para detener sus progresos como para fomentar los de otras plantas.

Esta especie de plátanos, que en la Isla llaman *hartones*, son los más comunes y útiles. Estando verdes y asadas sobre las ascuas, sirven de pan; cuando están ya maduros, los comen crudos, fritos con manteca, en la olla, asados y de otras maneras, y siempre saben bien, aunque son indigestos; de ellos hacen también vinagre muy fuerte.

Hay otras muchas especies de plátanos: congos, guincos, cambures,

dominicos y otros de que suelen tener por regalo en la *inmediación de las casas*, cuyas matas sólo se diferencian de las de los hartones, en que son de un verde más claro, y el fruto es más pequeño; son más dulces, suaves, y exquisitos. Todas estas especies de plátanos son más abundantes, gruesos y delicados, según la mejor calidad de la tierra en que están. Por lo común los plantan en tierras crasas y húmedas; no necesitan más cultivo que limpiar una vez al año la yerba que se cría en su circunferencia. Oviedo dice <sup>(6)</sup> que los plátanos fueron llevados a la isla de Santo Domingo desde la Gran Canaria en 1516 por el Padre Fr. Tomás de Berlanga, del Orden de Predicadores, que desde dicha ciudad se han llevado a las demás islas y Tierra Firme, y que son originarios de la India, en donde los llaman *musas*.<sup>3</sup>

En algunas haciendas de españoles curiosos se ven algunas parras, higueras y granados, aunque son muy raras; pero prevalecen bien y sus frutas no son inferiores a las que cogen en los mejores países de Europa y fructifican todo el año; pero las manzanas, ciruelas, peras, cerezas, guindas, melocotones ni otros árboles de España, no fructifican, aun cuando prevalezcan. El calor constante de esta Isla, les será nocivo, pero si se plantasen en las partes altas en donde el temperamento es más benigno, quizá darían fruto, como lo he visto en la ciudad de Caracas y en otras partes de América, en donde cogen [b] manzanas, pавias, membrillos y otras diferentes frutas de España.

Estos son los únicos árboles y el de los ajies que merecen algún cuidado a los isleños de Puerto Rico; su agricultura, reducida en todas sus partes, no se extiende a más en ésta. La naturaleza del clima los produce silvestres en tanto número que llenan de admiración, igualmente que sus singulares producciones. Daremos noticia de algunos de los más particulares y útiles, dejando los demás por evitar la extensión demasiado que sería indispensable. [c]

(6) Oviedo, libro 8, fol. 80

[b] Valladares y Acosta agregan: melocotones.

[c] Acosta añade: que sería indispensable dar a este capítulo.



## CAPÍTULO XXXIX

### *ARBOLES SILVESTRES Y FRUCTIFEROS QUE SE HALLAN EN LOS BOSQUES Y VEGAS DE ESTA ISLA*

Entre los árboles de que abundan los bosques de esta Isla, cuyas producciones interesan a su comercio por el consumo que de ellas hacen las naciones, es el más apreciable el que produce la *pimienta malagueta* conocida igualmente con el nombre de *Tabasco*, de Jamaica, de Chiapas, por criarse en estas provincias; y aunque en esta isla de Puerto Rico es muy abundante y de la mejor calidad en su especie, está hasta hoy cuasi desconocida, por la cortísima extracción que de ella se hace, y ésta no debe servir de prueba para calificar su calidad, por cogerse comúnmente sólo la que se cae de los árboles por muy madura en la tierra mojada, expuesta a las lluvias y rocíos, que la perjudican notablemente, llevándola en barriles, sin las precauciones que toman en otras partes para que conserve toda su virtud y buen gusto.

Este árbol se cría entre la multitud que cubren la costa del sur de Puerto Rico, especialmente en los partidos de Guayama, Ponce y Coamo, que son los más áridos y estériles de toda la Isla, siendo muy raro en la costa del norte, que es fertilísima. Su tronco es alto, derecho y liso, de madera dura, y a propósito para obras, de color rojo obscuro, que con el tiempo toma un negro lustroso: su corteza de color pardo algo blanquecino; [a] sus ramas largas pobladas de hojas, que se asemejan a las del laurel, huelen como la pimienta y sirven como ella para condimentos y para diferentes remedios, arroja sus flores arracimadas vueltas hacia abajo, de cuyas cúpulas salen un conjunto de estambres coronados: de cada cúpula sale un grano de pimienta, que es gruesa por lo general, aunque en algunas partes, (y algunos árboles en todas) la dan más pequeña. Cada

---

[a] Acosta dice *blanquisco*.

grano tiene por remate una coronilla; en lo interior tiene [b] sus divisiones formadas por una telilla, en cuyo ámbito contiene una pulpa aromática y picante y dos granitos que parece son la semilla de la especie: es aromática y se percibe en esta pimienta el olor de la canela y del clavo; se emplea no sólo en sazonar la comida, sino también en la medicina; fortifica el estómago, facilita la digestión, aumenta la circulación de la sangre y es utilísimo el baño de la infusión de sus hojas para fortificar el cuerpo, para los hidrónicos, curar las llagas y otros accidentes. El aceite extraído de esta pimienta no sobrenada en el agua.

En Jamaica y en otras partes cultivan este árbol separando de su circunferencia otros inútiles, y plantándolo de nuevo en las tierras que no sirven para la caña de azúcar; cogen la pimienta vareando los árboles antes que llegue a mudar [c] del todo; la secan al sol, preservándola de toda humedad y rocío; la limpian con esmero y la enzurronan en cueros para transportarla a Europa, de que hacen un lucido comercio. En Puerto Rico es enteramente silvestre; la cogen después que se ha caído de los árboles cuando ya está llena de un jugo que la inutiliza por la mayor parte, sin preservarla de las humedades, ni curarla al sol ni otra precaución, y sólo se aplican a recogerla algunos, que para salir de algún alcance, toman el arbitrio de juntar algunos barriles para sacar dinero, dejando la demás abandonada en los montes, en que se cría en mucha abundancia; verdad es que no todos los años es igual esta cosecha, pues a un año abundante, es regular seguirse otro escaso.

El doctor Don Casimiro de Ortega publicó una descripción muy curiosa de este árbol y de su fruto, propia de su instrucción y talento: en ella dice, (1) que Don Juan José Goycoa, le dió una porción de la pimienta malagucta de Puerto Rico para que hiciese su examen y análisis; pero no nos dice el concepto que formó de ella, siendo de mucho peso el dictamen de este sabio facultativo para que el público supiese las utilidades que podía sacar de la pimienta de Puerto Rico determinadamente.

No es menos común en la costa del sur y en las partes altas de esta Isla el árbol que produce la nuez, que los naturales llaman de especie y algunos nuez moscada; no me atrevo a decir que sea de la misma calidad de la que los holandeses nos traen con tanta economía de la isla de Ban-

[b] Acosta dice: hay.

[c] Valladares y Acosta dicen: madurar.

(1) Dr. Ortega, *Hist. de la Malagucta*, fol. 16.

da, una de las Molucas, a donde han querido vincularla, quemando los árboles de esta especie que había en las otras; <sup>(2)</sup> ni a señalar la clase de nueces aromáticas a que pertenece; pues faltó de la instrucción necesaria para hacer su análisis y examinar con toda precisión sus cualidades, es preciso dejar indecisa su propia denominación y especie, contentándonos con decir que su figura, tamaño, olor, color y demás cualidades, distan poco de la que los holandeses traen de Asia por moscada. Algunos curiosos en Puerto Rico la prefieren a aquella para algunos usos, y si se cultivase quizá se mejoraría mucho, pues la tierra que la produce naturalmente en los bosques tan apreciable, la daría mejor mediante el cultivo. Esta Isla por su temperamento, calidad de la tierra y posición geográfica, no es inferior a ninguna de las Molucas.

La experiencia enseña que todas las plantas que se han traído de la Africa y Asia, como la yuca, cañafistula, café, caña, jengibre, etc., se han multiplicado pasmosamente. La casualidad llevó al puerto de la Guaira un barco holandés con algunos arbolitos de canela traídos de Ceylán. El guarda mayor de aquel puerto, Don José España, pudo adquirirlos, y los plantó en su hacienda, que dista poco de dicho puerto. Yo los vi el año de 78 y estaban muy crecidos, frondosos, y su corteza y hojas de tan buena calidad y gusto, como las más exquisitas de Ceylán. En Puerto Rico, Trinidad, en la vieja Guayana, y en todo el Orinoco, se cría silvestre igualmente que otras especies aromáticas, como son la quina, pucheri, madre clavo, vainilla, etc.; ¿por qué, pues, no se darán las nueces moscadas legítimas, la canela, clavo, etc., en esta Isla, como en la de Mann y demás asiáticas si se cultivasen y beneficiasen como en aquéllas? Poco costaba hacer la experiencia; los árboles están ya plantados y dan fruto todos los años, aunque se hace poco aprecio de él.<sup>1</sup>

El árbol que produce el achote [d] es muy común en toda la Isla, especialmente en las vegas; es pequeño, su corteza tira a roja; las hojas son grandes y duras, de un verde obscuro, sus flores parecen rosas silvestres; da dos veces al año un erizo espinoso como el de las castañas, lleno de granos pequeños muy encarnados; uno solo que se ponga en la boca, basta para echar la saliva encarnada toda una tarde.

Los extranjeros ponen estos granos en calderos de agua en donde fermentan, extraen las heces, las hacen hervir al fuego y van sacando la es

(2) Raynal, tom. 2, fol. 203.

[d] Acosta dice: *achiote*

puma de aquel licor rojo; ésta la vuelven a hervir en otro caldero, hasta que se espesa a cierto punto, entonces forman panes de esta masa, de la cual se sirven para teñir la lana, algodón y demás primeras materias de que trabajan las telas. Por esto lo cultivan con esmero en la Cayena los franceses, en Esquibo, Bervis y Surinam los holandeses, y los ingleses en sus islas, con grande utilidad de su comercio; pero en Puerto Rico nadie recoge el que la tierra ofrece, ni hacen aprecio de él para ningún uso.

El árbol de cera o cerero, llamado también mirica, palomera y camasey, se produce naturalmente en los terrazos, y se ve en los bosques de esta Isla, en las vegas o playas de río; resiste muy bien en cualquiera tierra, sea alta o baja, no siendo demasiadamente fría; su tamaño es como el de los olivos regulares y no faltan algunos más pequeños. El fruto es semejante a los granos de pimienta de Castilla, cubiertos de una especie de cera resinosa de olor aromático y de color blanquizco verdoso. [e]

Se tiene experiencia que cada árbol grande bien cargado rinde dos almudes de fruta que suelen pesar seis libras; cada una da cinco oms de cera; [f] otros menores producen un almud y el más inferior una cuartilla. Anualmente se logran dos cosechas, la primera más abundante que la segunda, y aquélla dura desde marzo hasta mayo. Para coger el fruto en sazón, ha de estar de color cenizoso o blanco. Guardándolo en cajones bien seco puede aguantar un año sin perderse. [g]

Cogido el fruto se pone a secar esparcido sobre cueros o tablas en parte donde se ventile sin darle el sol, revolviéndose diariamente con blandura, hasta los treinta días, en que se procede a sacar la cera; pues aunque acabado de coger dicho fruto, puede también sacarse, entonces queda de color demasiadamente verde, y dejando pasar aquellos treinta días, queda algo blanca.

El preservarla del sol, es porque éste derrite la fruta y consume parte de su substancia; pero fuera de este perjuicio, se experimenta que aseolándola por tres días, se consigue cera más blanca. Poncn al fuego una olla

[e] Valladares y Acosta dicen: El árbol cerero se produce naturalmente en terrazos, que no son extremadamente fríos y en los templados que sean húmedos, con particularidad en vegas o playas de ríos, como también en toda tierra que produce trigo, sea alta o baja; su tamaño es como el de los olivos regulares y algunos más pequeños. El fruto es semejante a los granos de pimienta de Castilla.

[f] Valladares y Acosta omiten: que suele pesar seis libras, cada una da cinco oms de cera.

[g] Valladares y Acosta agregan: y de cada medio almud se saca una libra de cera poco más o menos en el modo que abajo se dirá.

vidriada por lo interior, con alguna cantidad de agua, y estando hirviendo introducen la fruta que puede caber y van recogiendo con una cuchara el craso que se eleva a la superficie del agua, que parece esperma verde; [h] lo dejan enfriar hasta que se coagula, que entonces lo derriten y filtran por un lienzo claro, [i] con lo cual resulta limpia la cera para labrarse.

La primera fruta que se introduce en la olla, permanece allí con la agua hirviendo hasta que haya dado toda su substancia, lo que conocen cuando no sube craso alguno sobre el agua, y entonces con nueva agua y fruta repiten la diligencia antecedente.

Esta cera es vidriosa, de color verde, [j] y no han descubierto modo de hacerla flexible, por lo cual se labra con alguna dificultad y las velas están expuestas a quebrarse. Ponen las mechas o pabilos sosteniéndose de palitos fuertes, y allí les van bañando con la cera, resguardadas del viento; porque éste hace coger vuelta a las velas, y mientras están delgadas cuidan cada vez que corren la capa de la cera a las velas, tiran del extremo de cada una por la parte de abajo para que queden derechas; su luz es clara, de color blanco, azulado, apenas flamea ni gotea como las velas de cera. [k]

Para lograr blanquear algo la referida cera conviene también ponerla en pasta al sol y al sereno por algunos días en vasos vidriados, porque el sol la liquida, pero nunca queda enteramente blanca, aunque si la mezclan con sebo blanquea bastante. [l]

El agua en que se ha hervido esta fruta es abstringente, y si se echa sebo en ella toma la consistencia de cera, lo que es muy útil para hacer las velas de sebo. Este árbol es común en la Canadá, La Florida, Caracas y en otras partes de América y prevalecerá en Europa, defendiéndolo de las grandes heladas del invierno. Está ya plantada en diferentes jardines de Francia, Inglaterra y en Trianon, en donde florecen y fructifican; resisten mejor sembrados en Europa que no transplantados de la América. Esta especie de árboles se diferencia alguna cosa según los países en que

[h] Valladares y Acosta omiten: que parece esperma verde.

[i] Valladares y Acosta dicen: paño de coleta.

[j] Valladares y Acosta omiten: de color verde.

[k] Valladares y Acosta dicen: para que no tomen vuelta y omite: su luz clara de color blanco, azulado, apenas flamea ni gotea como las velas de cera.

[l] Valladares y Acosta omiten: aunque si la mezclan con sebo blanquea bastante.



se cría, en la China le dan el nombre de Pe-la-chu, es diferente, da mejor cera, más dura y lustrosa. [m]

Entre las plantas útiles que se hallan por todas partes en esta Isla, es la emajagua. Este árbol pequeño, o más bien una mata, de tronco que por lo común es muy corto, arroja muchas varas largas y derechas; su color, hojas y fruto se asemeja en un todo al avellano de España, con sola la diferencia que los botones o avellanas no tienen médula; del pellejo de las varas hacen sogas para todos usos, comúnmente los barcos del país no gastan otras cuerdas, que las de esta corteza; son de muolía duración y resistencia, aunque muy ásperas para manejarlas.

No es menos útil ni común otro arbolillo, conocido con el nombre de jiguereta, que es el *Palma Christi*, que abunda en la costa de Coromandel. Este arbolillo es más pequeño que el anterior, se divide también en muchas varas nudosas y cruzadas entre sí, como las del rosal; sus hojas se dividen en cinco dedos, como las de la higuera; echa un racimo de granos semejantes a los del café, de los cuales hervidos sacan un aceite claro y hermoso que sirve para alumbrar también como el aceite de olivas; da una luz clara, sin olor ni humo que incomode; es también un purgante muy usado y lo toman igualmente en polvos, disuelto en la agua contra las calenturas, y sus hojas las aplican los indios contra el dolor de cabeza; pero en esta Isla sólo los negros suelen hacer algún uso. En algunos jardines de Europa ponen esta planta por ornato.

El tamarindo se encuentra en las vegas y bosques; prevalece igualmente en las playas ardientes, que en las montañas frescas; es árbol muy grande y copudo, su tronco llega a tener diez pies de circunferencia; la madera es muy dura, y de color algo roja; sus hojas se asemejan a las del helecho, colocadas todas a un solo lado de las ramas; las flores salen amontonadas; constan de cuatro hojitas de color de rosa; su pestil tiene tres estambres; de éstos se forma la vaina que contiene el fruto, es de color musco, de la figura de la de las habas; en éstas se contiene una pulpa o masa de color pardo encendido con algunos granos llanos y lisos; la masa es de un sabor agridulce muy grato al paladar; de ella, desleída en agua, componen una bebida más delicada y saludable que la del limón, hacen dulce de que usan para refrescar, para purgarse, y en las fiebres agudas corrige la acrimonia de los humores viciosos y de la sangre; es antiescor-

[m] Este párrafo no aparece en Valladares ni en Acosta.

bútico y la aplican útilmente a otros accidentes. Los turcos, árabes y asiáticos llevan esta confitura en las marchas dilatadas y la usan con frecuencia. <sup>(3)</sup> En esta Isla hacen de él algún consumo, pero no lo extraen a otras partes, como pudieran con utilidad.

Los papayos se hallan en los montes y suelen tenerlos en las inmediaciones de las casas, porque los isleños gustan de su fruta, tanto cruda como cocida en la olla. El árbol es pequeño, sube de tres a cuatro varas de alto y menos de un pie de diámetro; es recto, no tiene rama alguna; desde la mitad del tronco para arriba empieza a echar las hojas, que son cortadas, como las de la higuera; su tallo es del grueso de un dedo, y de dos a tres palmos de largo: el fruto nace en el arranque de las hojas, pegado al mismo tronco y cubre toda su circunferencia, de suerte que desde la mitad del tronco, hasta la punta, no se ve nada de él por estar todo cubierto de papayas. Estas nacen del centro de una flor amarilla de cinco hojas, las echa todo el año; el fruto al principio es verde, después se vuelve amarillo por adentro y por fuera; crece hasta el tamaño de los melones regulares; su corteza lisa y dividida en tajadas por el exterior, como suele estar la de aquéllos; dentro tiene la semilla, que son unos granos redondos muy picantes.

La carne es, por muy dulce, algo fastidiosa, y tan fría que relaja el estómago; comida juntamente con la semilla, tiene el gusto agradable, es estomacal, diurético, antiescorbútico y mata los gusanos que se crían en el cuerpo; también hacen dulce aunque no lo extraen para otras partes, como en La Habana, Cartagena, etc.

El guanábano crece poco; los mayores no son como los ciruelos de España, a quienes se asemejan; florece dos veces al año; el fruto es de la figura de un corazón; tiene sobre seis pulgadas de grueso y un palmo de largo; suelen pesar de seis a siete libras; su color al principio es verde, cuando madura se vuelve algo amarillo; es mallado en lo exterior, y tiene algunas excrecencias como granos; su carne es muy blanca, tierna, llena de un jugo fastidioso, por demasiado dulce; entre la carne se hallan algunas pepitas negras como las de la sandía; de esta fruta usan para curar las diarreas y calenturas; es muy fresca y sana; el jugo extraído toma el color y gusto de vino moscatel, pero se agria pronto. Los indios muelen

(3) Valmont de Bomare, tomo 8, fol. 408.

las ramas secas y sus polvos los aplican contra el mal de epilepsia; también los fuman como el tabaco y dicen sienten los mismos efectos.

La jiguera, o árbol totumo, lo suelen tener cerca de sus casas, pues les provee de buena vajilla. Este árbol no es muy grande; su tronco y ramas son torcidas y nudosas; tiene poca hoja, la que es pequeña, gruesa, lustrosa y de un verde claro; su fruto es de figura oval, se asemeja a las sandías y se hace mayor que éstas; su corteza verde clara y lisa es muy compacta, pero flexible; estando en el árbol le dan diferentes figuras con moldes; de ellas se sirven para platos, jarros, cucharas y otros usos; la carne es blanca, esponjosa como la de las sandías, a cuyas pepitas se asemejan las de la jiguera, pero la carne es amarga y acre; la usan en las contusiones y caídas para evitar la coagulación de la sangre y formación de apostemas.

Las naranjas, limas, limones, cidras, guayabas, merceyes o pajuiles, anones, corazones, jobos, aguacates y otros frutales de tierras cálidas, son comunes por toda la Isla y de tan buena calidad como las mejores de América, igualmente que otras muchas frutas, cuya narración se omite por ser comunes en aquellas partes y no contener utilidad particular que merezca referirse, como la hay en las palmas y en algunos otros árboles que se pondrán en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO XL

### *DE LAS PALMAS Y DE ALGUNOS OTROS ARBOLES QUE HAY EN LA ISLA DE PUERTO RICO*

En ninguna especie de plantas hay más diferencias que en la de las palmas y sus frutos. En ellas vinculó la Omnipotencia el sustento, vestido y utensilios para algunas naciones. En solo la palma *muriche* encuentran los indios guaraunos, que habitan las islas de su nombre, en las bocas del Orinoco, todo lo necesario para comer, beber, vestir, hacer sus casas y el menaje de ellas; los barcos, las cuerdas y velas para su navegación, instrumentos para la pesca y caza y cuanto necesitan para la vida humana. En esta Isla, aunque son muchas las especies de palmas que podían utilizar a sus naturales, [a] las miran con la misma indiferencia que otras producciones que voluntariamente les ofrece la tierra y son objeto útil de la industria de los extranjeros, [b] que comercian en el Asia, Africa, e islas de América.

En Puerto Rico es muy común la palma que llaman de *corozo*, cuyo elevado tronco está cubierto todo de agudas espinas de tres dedos de largo; en el extremo superior se corona de ramas de palma muy largas; su fruto está en pequeños racimos, compuestos de unas nueces gruesas como huevos, cuya cáscara amarilla y muy dura se abre en llegando a sazón; dentro contiene una nuez de carne blanca, dividida en tres partes, menos sólida que su cáscara; su gusto agradable se agria en poco tiempo. En esta Isla sólo sirve para los cerdos; pero los extranjeros sacan de él un aceite medicinal y útil para muchos usos.

Cuando las nueces de la palma *corozo* o *aovara* están maduras, las amontonan al pie del árbol, las cubren con rama para defenderlas del sol,

---

[a] Acosta dice: que podían ser útiles a sus naturales.

[b] Acosta dice: y son objeto de utilidad para los extranjeros.

con el fin de que se pudran; después de quince días las sacan y pilan para separar el meollo de su cáscara; después las prensan, o ponen a hervir en calderos, en donde van soltando el aceite, el cual sirve para alumbrarse y para la comida: es utilísima contra la gota, reumatismos, cólicos y otras muchas dolencias, igualmente que para purgarse; lo hacen en el Senegal, Quiouio, Pumicín, y en las islas, aunque los comerciantes suelen adulterarla.

Las palmas de coco se hallan en gran número en las vegas y playas; son altas, su tronco irregular más delgado por el medio, que por los extremos; en lo alto arroja muchas ramas por todas partes con tanta igualdad, que miradas en su circunferencia, parece forman un globo; en el arranque de dichas ramas nace cada mes, un racimo de doce a diez y seis cocos; al principio menores que nueces, crecen hasta hacerse mayores que la cabeza de un hombre; su figura oval se divide por tres esquinas, que corren desde el pezón hasta la punta, dejándolo triangular, de color verde muy caído; la corteza exterior tiene más de dos pulgadas de gruesa, compuesta de multitud de fibras, que forman una borra de color rojo y es excelente para calafatear [c] los barcos, resiste el agua más que la estopa y tarda más en podrirse. Los indios hacen de esta borra el cordaje y velas para sus embarcaciones, y en el astillero de Guayaquil no se gasta de otra estopa para las carenas.

Después de la corteza exterior estoposa tiene otra de color castaño obscuro, es durísima, aunque elástica y se rompe fácilmente; es ovalada y puntiaguda por la parte inferior; se sirven de ella para beber, y otros usos. Mientras el coco crece hasta que llega a sazón, está lleno de agua clara, olorosa, grata y saludable; cuando llega ya a sazón, el agua se minora, formándose una tela de carne blanca en la circunferencia interior del coco; al paso que la carnosidad se aumenta, el agua se disminuye; por fin el coco se llena todo de una carne blanca, que tiene el sabor de las avellanas tiernas.

De la carne de cocos hacen aceite bueno no sólo para alumbrar, sino que también para guisar el arroz. Los indios arrancan los racimos nuevos y en su lugar ponen múcuras o calabazos para recoger el jugo que la palma había de comunicar a los cocos; de él se sirven para sus borracheras; es agri dulce [d] a los principios, después se agria demasiado. En la China

[c] Valladares y Acosta dicen: calafetear.

[d] Valladares y Acosta dicen: es de un gusto agri dulce.

hacen de este licor el aguardiente *rac* tan estimado. En Puerto Rico sólo utilizan los cocos para beber su agua cuando están tiernos; de su carne hacen buen dulce; de la cáscara dura hacen tazas para tomar café, etc., del tronco sacan tablas para sus casas y son las mejores por lo mucho que resisten a las inclemencias del tiempo. Entre el arranque de las ramas quedan colgando unas telas que parecen pedazos de estopón basto. Estas son las hojas que se han secado y perdido toda su carnosidad, quedando todas las fibras de que se componían tejidas entre sí con tan buen orden, que parece con propiedad un pedazo de tela tejida de estopa gruesa; de ellas se sirven para colar y cerner algunas cosas.

Las palmas que más estiman los de Puerto Rico son las que llaman de grana y son las palmas reales; llegan a cien y más pies de altura, pero delgadas; se coronan de rama, y de su centro nace un tallo verde, tierno y puntiagudo de diez a doce pies de largo. Entre el nacimiento de las ramas arroja la palma todos los meses un racimo de tres a cuatro palmos de largo, dividido en diferentes ramitas, como las de los dátiles; todo el racimo está lleno de una fruta verde de la figura de las aceitunas y mayores que las sevillanas; tienen su hueso cubierto de carne verde como aquéllas y es muy útil para engordar los cerdos, que es la única cosa en que la utilizan. En las otras islas sacan de esta grana aceite muy bueno para las luces y otros usos. El cogollo de esta palma lo cuecen y comen como la mejor col cocida y también en ensalada. Los indios la llaman *pira* y la usan con frecuencia; en Puerto Rico raras veces, aunque es agradable. A estas palmas se suben las culebras para cazar las aves que se sientan sobre ellas a comer la fruta.

Las palmas que llaman *coyures* son más altas que las de grana; dan su fruto en racimos como éstas, pero son más pequeños igualmente que sus granos amarillos, vidriados, muy duros y redondos, cubiertos de carne como los anteriores y sirven de alimento a los cerdos. Al pie del tronco de esta palma se forma en su circunferencia, como un pedestal, compuesto de un conjunto de raíces pequeñas; de cada una de ellas sale una fibra gruesa, como un bordón de harpa, que llega hasta la parte superior de la palma; ellas forman el tronco y chupan el jugo que la alimenta. Los negros sacan de ella un licor vinoso muy agradable y sano; lo tienen por específico contra las calenturas, especialmente para las éticas. No es sola esta especie de palmas de donde extraen vino; apenas hay alguna en la que no lo encuentren y saquen, aunque por modos diferentes.

La palma de yagua se cría en los bosques y vegas; les es muy útil para cubrir sus casas; es muy elevada y tiene la figura de una columna bien formada; su pedestal es perfecto; por el medio es más grueso su tronco, de color ceniciento y va adelgazando a proporción hasta donde nacen las hojas, en donde forma una cornisa que sirve de vara a otra columna no menos perfecta, aunque solo tiene siete pies de altura sobre dos y medio de circunferencia, de un verde esmeralda, lisa y lustrosa. Esta columna superior se desnuda todos los meses de la corteza, que es la que llaman hoja de yagua, de la misma extensión que tiene la columna, es flexible, de grande duración y que les sirve para cubrir las casas, dividir lo interior, hacer petacas o cajas para guardar ropa; las disponen de otros modos para transitar [e] el arroz y café; cuando van de viaje suelen llevar una de estas hojas para defenderse de los aguaceros y les sirve para otros muchos usos.

Aunque por todas partes se ve multitud de palmas de diferentes especies muchas de ellas no traen fruto, como las de los dátiles y otras, quizá porque no las cultivan, pues en la isla Margarita, sin embargo de ser tierra muy estéril, cultivándola producen los dátiles mucho más gruesos y sabrosos que los que traen de Berbería, y no hallo otra razón para que en Puerto Rico dejen de darlos, sino el ningún aprecio que hacen de éstas y de otras muchas palmas, que en otros países utilizan de muchas maneras.<sup>1</sup>

Con la misma indiferencia miran las producciones de otros árboles, maderas útiles y resinas: (algunos de éstos formarían en un pueblo activo e industrioso un ramo de comercio considerable); tal es el guayacán, de que hay abundancia en toda la cordillera y costa del sur de esta Isla; su madera es muy sólida y de gran resistencia; por esto la solicitan en los astilleros para motones o carruchas, para dientes de ruedas y demás obras que necesitan de mucha fuerza; el agua cocida con esta madera es un antivenero [f] específico y cura las llagas que se lavan con ella; la resina del guayacán está muy acreditada para el mal de gota; los caribes la aplican para otras dolencias y los extranjeros la extraen libremente para la costa del sur, igualmente que el úcar, espinillo, palo de María, palo de Brasil y otros de tinte.

El árbol que da la resina llamada en esta Isla tabanuco es muy común, especialmente en la montaña de Loquillo y en todas las partes altas; la resina es blanca, muy amarga y que tiene la cualidad de matar la broma, [g]

[e] Valladares dice: *transportar*. Acosta dice: *trasportar*

[f] Valladares y Acosta dicen: *anti-venereo*.

[g] Valladares dice: *goma*.

y gusanos que se crían en las maderas: por esta razón la usaban en otro tiempo para calafatear [h] los barcos, de que les resultaba grande utilidad por su mayor duración y defensa contra esta plaga que arruina las embarcaciones. Hoy se gasta en todas las iglesias de la Isla para incienso y también para algunos remedios. La misma utilidad da el jugo o licor que destila el árbol *guao*, que los mexicanos llaman *teilathian*. Su actividad es tal que entumece el cuerpo del que descansa a su sombra; hacer caer el pelo a los animales que se rascan en su tronco; a los carpinteros que lo trabajan, se les hinchau las manos y los ojos por algunos días; lo emplean para hacer camas, porque ahuyentan las chinches y matan con su jugo la broma [i] que se cría en las obras de madera. No son menos útiles las resinas de los árboles cupey, mara, algarrobo y especialmente la que llaman *piñuela*. Esta es un barniz tan permanente que cualquiera cosa quebrada la une tan bien que jamás falta por esta soldadura.

El árbol ceiba crece sobre cien pies de altura; su diámetro es proporcionado, de suerte que de su tronco labran canoas de cincuenta pies de largo y de diez a doce de ancho. Este árbol produce multitud de vainas de cuatro pulgadas de largas y una de anchas, las cuales están llenas de una pelusa fina, que llaman lana de ceibo; es suave y podía servir muy bien para muchas manufacturas, pero nadie la aprovecha. Cuando las vainas llegan a madurarse, se abren y su lana se la lleva el aire. Lo mismo sucede con la que produce el árbol que llaman *guano*, que con corta diferencia es de la misma manera; algunos la aprecian mucho para colchones y almohadas por ser muy fresca y blanda.

El cañafístulo no es raro en esta Isla; es árbol grande, su madera dura, de color rojo; las hojas tienen la figura de un hierro de lanza; se cubre de flor amarilla con la primavera; de ellas se forman en racimos unas vainas de más de un palmo de largo y una pulgada de ancho; tienen sus divisiones, como las de las alubias y habas; en ellas contienen una masa dulce, que a los principios es blanca, después amarilla y cuando llega a sazón toma el color negro. Entre estas divisiones se hallan con la masa unos granos amarillos llanos de la figura de corazón. Lllaman los médicos a esta masa *cana*: de ella hacen purgantes y la emplean en las inflamaciones y en los accidentes de gota, administrada exteriormente. En Puerto Rico no hacen extracción

[h] Valladares dice: *calafatear*.

[i] Valladares dice: *goma*.



alguna de ella, no siendo inferior a la de Alejandría, Egipto, de Levante, ni Indias Orientales, de donde pasó a las Occidentales.<sup>2</sup>

Al paso que esta Isla es naturalmente fecunda en árboles y plantas medicinales, no carece de otras venenosas. Ya dije los efectos que sentían los hombres y las fieras, sólo por el contacto del árbol *guao*; más funestos las causa la sombra sola del manzanillo. Este árbol cunde por todas las costas del mar y de los ríos, es muy frondoso, de una elevación regular, su tronco cuando más tiene dos pies de circunferencia, su corteza lisa y tierna, la flor rosada se carga de manzanas pequeñas de hermosa vista y olor, contienen un hueso en su centro, las hojas se asemejan a las del peral, llenas igualmente que todo el árbol y su fruta de un jugo lácteo, que suelta con el calor del sol. El pasajero incauto que llevado de la hermosa vista del manzanillo descansa a su sombra, se encuentra en muy breve rato todo hinchado y si por desgracia le cae alguna gota de la substancia láctea, que se desprende de las hojas, o toca alguna de éstas, es lo mismo que si le echasen cantáridas o vejigatorios.

El pescado que come de esta fruta, queda inficionado: sus agallas y dientes toman color amarillo o negro, y el que lo come en este estado queda en un profundo letargo, siente una relajación universal de todos sus miembros y de las vías, mas o menos considerable y de duración, según la cantidad que comió. Algunas veces suele durar 24 horas y no pocas cuesta la vida: obra inmediatamente en el sistema nervioso, (1) así como el *curare* en la masa de la sangre; (2) el uso del aguardiente o de otros licores espirituosos es provechoso en este accidente; encrispan y rehacen la relajación de los nervios y músculos que padecen por la comida del pescado *aciguatado*; también tienen por útil el agua de la mar bebida.

El tivy es una yerba pequeña cuya flor se asemeja a la del jacinto; se cría en las vegas y pastos de la Isla; su veneno es tan activo que el caballo u otro animal que la come, revienta a poco rato; el instinto natural enseña a las bestias la muerte que contiene esta yerba y así luego que la huelen se apartan de ella.

Sería necesario un gran volumen sólo para dar una breve noticia de la multitud de plantas de diferentes especies que se ven en esta Isla. Por esta razón se hace preciso suspenderla y bastará lo expresado para conocer que

(1) Raynal, tomo 4, fol. 331.

(2) Gumilla, fol. 390.

le son adaptables los que produce el Africa, Asia y aun algunos de Europa, como lo acredita la experiencia en los diferentes que habiendo sido transportadas de aquellas partes, prevalecen y fructifican. Lo mismo se puede decir por lo que respecta a las plantas, raíces y yerbas que produce la tierra con variedad exquisita, aunque sólo sirven para encerasarla, abonándola con el despojo anual de sus hojas y frutos, que en otras provincias son objeto digno de un floreciente comercio y en ésta se miran con indiferencia.

Tales son el añil, que en algunas partes crece un estado y es muy bueno; el jengibre, cuyo cultivo fué ocupación de españoles e indios, hizo parte de un comercio lucido con la Metrópoli; el te es de muy buena calidad y nace en abundancia; el salsafra, el capiler, culantro, cariaquillo, dora-dilla, polipodio, llantén, la sensitiva y otras muchas están del todo olvidadas; ¡y cuantas serán las desconocidas!, y se puede, pues, asegurar que esta Isla, aunque hace siglos que está descubierta y poblada, se halla hasta hoy por la mayor parte ignorada, especialmente en la parte de los vegetales.

Los babilonios, que no conocían la anatomía ni la botánica, sacaban sus enfermos a las calles para que los que pasasen les diesen alguna yerba para curarles la dolencia que padecían: a este modo los habitantes de Puerto Rico, faltos de profesores de medicina y sin conocimiento de la botánica, usan sólo en sus enfermedades las yerbas y vegetales que algún negro, u otro curandero les quiere aplicar; este auxilio algunas veces surte el efecto que se desea; otras agrava la enfermedad o abrevia la vida, pues el poco conocimiento que tienen de las virtudes de las plantas y de las enfermedades a que deben aplicarlas, los hace asesinos igualmente que médicos. Más adelantados están en esta parte los indios salvajes: tienen grande conocimiento de las virtudes de algunas plantas y saben aplicarlas con acierto.

No hay que admirar la lentitud con que estos isleños adelantan sus conocimientos en esta ciencia, aunque en la cual estriba el más principal y verdadero principio de la medicina, pues no han sido más rápidos los progresos de los europeos en esta parte. Los griegos, que con su sagacidad y talento ilustraron y aún crearon las ciencias y artes, fueron los primeros que formaron la botánica, dándonos a conocer más de seiscientas plantas y sus virtudes. Teofrasto, discípulo de Aristóteles, fué el primero que escribió un tratado sobre ellas; quasi trescientos años después nos dejó Dioscórides un libro muy útil de la misma materia; poco después escribió Plinio su

F R A Y I N I G O A B B A D Y L A S I E R R A

historia natural de las plantas; pero hasta el siglo pasado, y aún cuasi hasta el nuestro, han florecido pocos profesores de esta facultad: hoy está ilustrada por hombres insignes, cuyas observaciones y estudio de la naturaleza, han conocido y arreglado a sistema más de sesenta mil plantas; el tiempo y la experiencia, enseñarán a los de Puerto Rico las propiedades de los muchos vegetales, que nacen en la Isla; conocerán con su uso, *que la provida naturaleza nada hace de balde*, para que admiren las maravillas que hoy no conocen, y alabarán al Criador de todas las cosas, cuya magnificencia y poder resplandece hasta en la más mínima de sus criaturas.<sup>3</sup>

CATALOGO DE LOS SEÑORES OBISPOS DE LA CATEDRAL DE  
SAN JUAN BAUTISTA DE PUERTO RICO, CUYA DIÓCESIS SE  
EXTIENDE DESDE LOS 18 GRADOS 40 MINUTOS DE LATITUD  
SEPTENTRIONAL, HASTA LOS 4 DE LATITUD MERIDIONAL.

Comprende de norte a sur desde la Ciudad de Puerto Rico hasta el Río de las Amazonas, término meridional del Obispado; desde el Océano Atlántico que lo ciñe por el oriente, hasta el alto Orinoco, Río Negro y Casiquiare, en que termina por el occidente, confinando por esta parte y por la del sur con los vastos desiertos, que corren hasta Santa Fe de Bogotá, y nuevos establecimientos de los portugueses sobre el Río Negro y Amazonas. Por el oriente, están los franceses de la Cayena, junto a la boca de las Amazonas, y siguiendo la costa del mar hasta 55 leguas de las bocas del Orinoco están establecidos los holandeses en sus colonias de Esquibo, Bervis y Surinam.

En esta vasta extensión se comprenden además de la isla de Puerto Rico, las de la Trinidad, Margarita, con otras muchas despobladas: las provincias de Cumaná, Nueva Barcelona, Vieja y Nueva Guayana, la Parime o Guinior, hasta las Amazonas, y los cuerpos de misión establecidos en el alto Orinoco, hasta San José de los Maravitas, que confina con los portugueses. Cada una de estas provincias, tanto por su extensión, como por su distancia de la Catedral, necesitaba de un obispo que las visitase y cuidase de las obligaciones de su oficio; la distancia y dificultades de visitarlas, ni aun de tener noticias de sus súbditos, son poderosos obstáculos que le imposibilitan velar sobre su conducta, ni atender al bien espiritual de las ovejas, que desde el descubrimiento de la Tierra Firme se fueron agregando (como *anejos*) al Obispado de Puerto Rico, y prosiguen hasta hoy con las nuevas Misiones del Dorado y Casiquiare, no obstante las repetidas representaciones de varios prelados, que han hecho ver la imposibilidad de cuidar de unas ovejas situadas a tan enormes distancias,

y los irreparables daños que de esto se siguen al Rey y a sus vasallos, por la mala vecindad de tantos extranjeros, que los rodean y por la falta de administración del pasto espiritual de que es imposible cuidar en provincias tan distantes; solicitando por estas razones, se trasladase la silla de Puerto Rico a Tierra Firme, a la parte que se estimase convenir, o que se dividiese el Obispado; pero hasta hoy prosiguen unidas estas provincias, como se dispuso a los principios de la conquista.

1. El primer obispo de esta Catedral, fué Don Alonso Manso, Canónigo de Salamanca, que murió en [a]... sepulcro de alabastro; existió al lado del Evangelio, en la capilla mayor de la Catedral, hasta la entrada de los holandeses, bajo las órdenes del General Balduino, que lo arruinaron.

Este prelado fué muy virtuoso y muy docto; sufrió muchos ultrajes de sus súbditos; erigió las prebendas y dignidades de su Catedral; fué el primer obispo de las Indias que llegó a su diócesis, e Inquisidor General en toda la América descubierta hasta entonces; no se sabe el año de su muerte; pero habiéndose enterrado en la Catedral que hoy existe, parece pasó el año 1522, hasta el cual no se trasladó la Ciudad de Caparra.

2. Al Ilustrísimo Manso sucedió don Fray Manuel de Mercado, religioso jerónimo: no se sabe el año ni el lugar de su muerte.

3. Don Rodrigo de la Bastida, Deán de la Catedral de la isla Española, de donde era natural, fué el primer obispo de Caracas; pasó promovido al Obispado de Puerto Rico, y después al Arzobispado de Santo Domingo, su patria. En la capilla mayor de la Catedral de Puerto Rico se ve el escudo de sus armas debajo de las del señor Emperador Carlos V.

4. Don Diego de Salamanca, del Orden de San Agustín: después de algunos años se regresó a España con real permiso, en donde murió.

5. Don Nicolás de Ramos, del Orden de San Francisco, natural de Carrión de los Condes, era muy virtuoso y docto; dejó algunos escritos, que por la incuria perecieron; fué promovido al Arzobispado de Santo Domingo y fué el último obispo que ejerció el oficio de Inquisidor General en Puerto Rico.

[a] Acosta dice: murió en la ciudad de San Juan.

## HISTORIA DE PUERTO RICO

6. Don Antonio Calderón, natural de Baeza, Arcediano de Santa Fé de Bogotá; fué promovido de la Catedral de Puerto Rico a la de Panamá, y desde ésta a la de Santa Cruz de la Sierra.

7. Don Fr. Martín Vázquez, del Orden de Santo Domingo, natural de la ciudad del Cuzco, pasó a Puerto Rico por los años de 1600. Murió en enero de 1609. Está enterrado al lado de la Epístola de la Catedral.

8. Don Fr. Alonso Monroy, del Orden de la Merced, se consagró en España, no pasó a Puerto Rico, murió en Sevilla.

9. Don Fr. Francisco Cabrera, natural de la ciudad de Córdoba, del Orden de Santo Domingo; pasó a Puerto Rico en 1610; fué promovido al Obispado de Trujillo el año de 1613.

10. Don Fr. Pedro Solier, del Orden de San Agustín, natural de Barajas, cerca de Madrid; pasó a su Obispado en 1615; en su tiempo en el día 12 de septiembre hubo una tormenta, que deshizo la Catedral, 40 años después de la que llaman tormenta de San Mateo, que arruinó la Isla; fué promovido al Arzobispado de Santo Domingo en 1617.

11. Don Bernardo de Valbuena, clérigo, natural de Valdepeñas en la Mancha; siendo Abad de la Jamaica, fué promovido a este Obispado, al que llegó en 1623. Murió en 1627. [b]

12. Don Juan López Augusto de la Mata, natural de la isla de Tenerife, Doctoral de la Catedral de la Puebla de los Angeles; fué muy exacto en su pastoral oficio; sufrió mucho de sus súbditos; contribuyó con grandes limosnas para la fundación del Convento de San Francisco de la isla Margarita; fué promovido a la Catedral de Caracas, en donde murió con grande opinión de santidad.

13. Don Fr. Juan Alonso de Solís, natural de Salamanca, del Orden del Carmen, murió en Puerto Rico el 19 de abril de 1641. Se ve la lápida de su sepulcro en la capilla mayor de la Catedral.

14. Don Fr. Damián López de Haro, natural de Toledo, del Or-

---

[b] Valladares y Acosta agregan: fué sepultado en la Capilla de San Bernardo, que él mismo fundó en su Catedral.

*F R A Y I N I C O A B B A D Y L A S I E R R A*

den de la Santísima Trinidad; entró en Puerto Rico el año de 1644. Celebró sínodo diocesano: trabajó mucho a favor de los indios y sufrió mucho por esto de sus súbditos.

15. Don Fernando Lobo del Castillo, tomó posesión de esta Catedral en 1650. Murió en Puerto Rico el 18 de octubre de 1651.

16. Don Francisco Naranjo, tomó posesión por poder en 3 de julio de 1652; no se sabe pasase a su Obispado. Murió en 1655.

17. Don Francisco Arnaldo de Isasi, entró en su Catedral el 30 de mayo de 1659. Murió en esta Ciudad el 2 de abril de 1661.

18. Don Manuel Molinero, fué electo en 1663; pero no se halla noticia de que llegase a su Obispado.

19. Don Fr. Benito de Rivas, monje benito del Monasterio de San Pedro de Cardena; tomó posesión de su Catedral el 23 de junio de 1664. Construyó en ella una capilla de los Santos Mártires; fué muy limosnero y amante de los pobres. Murió en dicha Ciudad el 21 de agosto de 1668.

20. Don Fr. Bartolomé García de Escañuela, tomó posesión de su Catedral por poder en 25 de abril de 1671; fué promovido al Obispado de Durango en 1675.

21. Don Marcos Arista de Sobremonte, clérigo, natural de Caracas; tomó posesión en virtud de poder en 20 de febrero de 1679. Murió en la visita de Cumaná en 10 de agosto de 1681.

22. Don Fr. Francisco Padilla, del Orden de la Merced, tomó posesión en 23 de junio de 1684; pasó al Obispado de Santa Cruz de la Sierra en 1695.

23. Don Fr. Bartolomé García, electo Obispo de Puerto Rico, pero no fué a su Obispado.

24. Don Fr. Jerónimo Valdés, monje basilio, electo Obispo de Puerto Rico, y antes de tomar posesión fué promovido a Cuba.

## HISTORIA DE PUERTO RICO

25. Don Fr. Urbano López, religioso trinitario, electo Obispo de Puerto Rico; renunció el Obispado sin pasar a él.

26. Don Fr. Pedro de la Concepción Urtiaga y Salazar, del Orden de San Francisco, tomó posesión en 19 de mayo de 1706. Era natural de Querétaro, en el Reino de México, en donde se consagró y se detuvo allá algunos años. Formó constituciones y estableció Colegio Conciliar en el Hospital de la Concepción, pero no tuvo efecto. Celebró sínodo en su Catedral en 18 de junio de 1713.

27. Don Raimundo Caballero, benedictino cisterciense, llegó a Puerto Rico, y murió a los dos o tres meses sin consagrarse.

28. Don Fr. Fernando Valdivia y Mendoza, del Orden de San Agustín, tomó posesión en 1719. Murió en Puerto Rico el 25 de noviembre de 1725.

29. Don Sebastián Lorenzo Pizarro, monje basilio, tomó posesión en agosto de 1728; fué el primer obispo que llegó al Orinoco. Un obispo francés quiso establecerse en esta parte, pero los indios caribes lo mataron. El señor Pizarro murió el año de 1736.

30. Don Francisco Pérez Lozano, monje basilio; entró en Puerto Rico el año de 1738; pasó a consagrarse a Caracas, después hizo la visita de los anejos; murió en la isla de la Trinidad en 1741.

31. Don Francisco Bejar, monje basilio, tomó posesión en abril de 1745 y murió sin consagrarse en junio del mismo año.

32. Don José Martínez, Canónigo de Caracas, obispo electo, no admitió el Obispado.

33. Don Francisco Julián de Antolino, Prebendado de Palencia, entró en Puerto Rico en 18 de diciembre de 1749.

34. Don Pedro Martínez de Oneca, electo en 7 de enero de 1756, natural del Reino de Navarra, era muy docto y virtuoso; visitó todo el Obispado; sufrió indecibles trabajos y persecuciones de los gobernadores por defender a los indios y a los pobres. Murió en Puerto Rico el 27 de abril de 1760.



35. Don Mariano Martí, natural del Principado de Cataluña, pasó a este Obispado en 1762; hizo toda la visita; edificó una magnífica capilla en su Catedral; fué muy celoso de la disciplina eclesiástica y amante de los pobres; fué promovido a Caracas en donde gobierna su iglesia con igual celo.

36. Don Fr. Manuel Jiménez Pérez, monje benito del Monasterio de Santa María la Real de Nájera, natural de la Villa de Soto, en la provincia de Rioja; fué electo Obispo de Puerto Rico en 1770 y tomó posesión de su Catedral el 25 de mayo de 1772. Hizo su pastoral visita de las islas y provincias anejas, hasta el alto Orinoco; dió muchos ornamentos, cálices y otras limosnas para conventos de religiosos y reparo de diferentes iglesias; erigió muchas parroquias; edificó y dotó el Hospital de Nuestra Señora de la Concepción en la Ciudad de Puerto Rico, capaz de 500 camas para otros tantos enfermos; reedificó el Palacio Episcopal que estaba arruinado hacía muchos años; visitó segunda vez las iglesias de la Isla, e hizo predicar misiones todos los años por todos los pueblos de su dilatada diócesis; sufrió con admirable mansedumbre y constancia terribles persecuciones y contradicciones, por amparar los pobres y evitar amanecamientos, y escándalos; era afable con todos, humilde y modesto en su porte; jamás dejó el hábito y método de vida del claustro con la misma observancia que si viviera en él. El sábado de cada semana enviaba el dinero que se hallaba en su palacio, para las limosnas que tenía destinadas, sin dejar las más veces lo muy preciso para comer su familia el día siguiente.

CATALOGO DE LOS GOBERNADORES DE LA ISLA DE SAN JUAN  
BAUTISTA DE PUERTO RICO, RECONOCIDA Y CONQUISTADA  
POR JUAN PONCE DE LEÓN<sup>1</sup>

El primer gobernador de esta Isla nombrado por S. M. fué Don Cristóbal de Sotomayor; pero el Almirante Don Diego Colón no le dió el pase a los reales despachos, y nombró primer gobernador a Don Miguel Cerón, que pasó a esta Isla en 1509; la gobernó año y medio.

Don Juan Ponce de León la pobló y sujetó a los indios naturales; gobernó hasta 1512.

Don Miguel Cerón la gobernó hasta 1514; por las discordias del repartimiento lo depuso el Almirante.

El Comendador Moscoso, parte del año de 1514. Lo depuso el Almirante por las mismas causas.

Don Cristóbal de Mendoza, gobernó hasta 1516, en que llegó el Licenciado Velázquez, que fué a tomar la residencia.

El Licenciado Velázquez gobernó la Isla como juez de residencia, hasta 1520.

Pedro Moreno, vecino de Caparra, fué gobernador muchos años, hasta que murió.

Don Francisco Manuel de Olando, gobernó hasta...

El Licenciado Antonio de Gama, *Interino*, por juez de residencia.

El Licenciado Vázquez de Aillon. *Interino*.

Don Juan de Céspedes, murió en 11 de agosto de 1581.

El Capitán Don Diego Meléndez Valdés, en 1583.

El Capitán Don Alonso Mercado, en 1599.

Don Sancho Ochoa de Castro, en 1602.

Don Gabriel de Rojas, en 1603.

Don Felipe Beamonte y Navarra, en 1614. [a]

---

[a] Acosta lo llama *Felipe Beaumont y Navarra*.

# FRAY INIGO ABBAD Y LASIERRA

Don Juan de Vargas, en 1620.

Don Juan de Haro, en 1625.

Don Enrique Henríquez, en 1630.

Don Iñigo de la Mota: (este muralló la Ciudad de Puerto Rico), en 1635.

Don Agustín de Silva, en 1656.

El Maestre de Campo Don Juan Pérez de Guzmán, en 1661.

El Maestre de Campo Don Gerónimo de Velasco, en 1664.

El Maestre de Campo Don Gaspar de Artiaga, [b] en 1670.

Murió en 7 de marzo de 1674.

El Sargento Mayor Don Diego Robladillo, en 1674. *Interino*.

El Capitán Don Baltasar de Figueroa, en 1674. *Interino*.

El Maestre de Campo Don Alonso Campo, en 1675.

El Maestre de Campo Don Juan Robles, en 1678.

El Maestre de Campo Don Gaspar de Andino, en 1683.

El Maestre de Campo Don Gaspar de Arredondo, en 1690, hasta 1695.

El Sargento Mayor Don Tomás Franco, hasta 1698.

El Sargento Mayor Don Antonio Robles, hasta 1699. *Interino*.

El Maestre de Campo Don Gaspar de Arredondo, gobernó el año de 1699.

El Maestre de Campo Don Gaspar de Riva, [c] en el año de 1700.

El Sargento Mayor Don Diego Villarán, hasta 1703. *Interino*.

El Capitán Don Francisco Sánchez, en 1703. *Interino*.

El Capitán Don Pedro de Arroyo, hasta 1705.

El Maestre de Campo Don Juan Morla. *Interino*.

El Sargento Mayor Don Francisco Granados, hasta 1708.

El Coronel Don Juan Rivera, hasta 1713.

Don José Carreño, en 1716. *Interino*.

El Sargento Mayor Don Alonso Bertodano, en 1716.

El Sargento Mayor Don Francisco Granados, hasta 1720.

El Capitán de Caballos Don José María Mendizábal, hasta 1724.

El Teniente Coronel Don Matías Abadía, hasta 1731.

El Sargento Mayor Don Domingo Naclares, hasta 1743.

El Coronel Don Juan Colomo, [d] en 1743.

[b] Valladares y Acosta lo llaman Gaspar de Arteaga.

[c] Acosta lo llama Gabriel Gutiérrez de Rivas.

[d] Valladares lo llama Juan Colono.

# H I S T O R I A   D E   P U E R T O   R I C O

El Coronel Don Agustín Pareja, hasta 1751.  
El Teniente Coronel Don Matías Bravo, hasta 1755.  
Don Mateo de Guazo.  
Don Felipe Ramírez.  
Don Marcos Bergara. [e]  
El Teniente Coronel Don José Tentor. *Interino*.  
El Coronel Don Miguel de Muesas, hasta 1775.  
El Brigadier Don José Dufresne. [f]

Madrid, 25 de Agosto de 1782

[Ido.] Fr. IÑIGO ABBAD Y LASIERRA.

---

[e] Valladares y Acosta lo llaman Vergara.  
[f] Acosta añade: hasta 1783.



## I N D I C E   A N A L I T I C O

- Abad de Jamaica, 257.  
 Abadía de Benedictinos, 105.  
 Abadía, Matías (gob), 262.  
 Abasto de carnes, 109, 119, 121, 149, 198; de productos, 120, 124, 146, 171, 174, 175.  
 Abejas, 216; panal, 127.  
 Abono, 163, 164, 195, 253.  
 Abuses, 142, 219.  
 Acarreo, 212.  
 Aceites, 22, 23, 167, 168, 216; de coco, 248; de corozo, 247, 248; de higuera, 244; madera, de, 170; olivas, 244; de palma real de grana, 249; de pimienta malagueta, 240.  
 Aceitunas, 168, 249.  
 Acero, arenas de, 226.  
 Achote (Achote), 125, 127, 140, 160, 161, 170, 195, 241, 242.  
 Acomodados, 99, 151, 188, 189.  
     *Vid.* hacendados, terratenientes.  
 Acrimonia, 244.  
 Acreedor, 163.  
 Adelantados, 15; de Bimini y Florida, 46, 55, 59, 60, 61, 67, 68, 69.  
 Adoratorios. *Vid.* Puerto Rico, Indios, religión.  
 Adriano, Cardenal, 67, 68.  
 Aduana, derechos de, 147, 167, 168, 169-170, 174, 175, 176, 177, 178, 179. *Vid.* Arbitrios.  
 Aduana, San Juan, 104.  
 Africa, 2, 156, 183, 241, 247, 253; Negros de, 19, 20, 22, 181, 182, 183, 233.  
 Africanos, 206, 225. *Vid.* clases sociales.  
 Agoreros. *Vid.* bohiques.  
 Agregados, 114, 130, 133, 152, 153, 154, 155, 156, 157. *Vid.* clases sociales.  
 Agricultura, 24, 68, 69, 71, 72, 78, 82, 97, 149, 154, 156, 159-165, 167, 177, 178, 179, 202, 240, 241, 243, 250, 253; instrumentos, 26, 151, 155, 157, 159, 160, 161, 162, 164, 170; métodos, 159, 160, 162, 163, 164, 234, 235, 236, 237; productos, 26, 28, 57, 75, 76, 100, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 116, 117, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127,

- 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 140, 141, 142, 143, 144, 152, 155, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 168, 169, 170, 186, 195, 196, 198, 200, 213, 214, 232, 233, 234, 235, 236, 237. *Tabla de*, 161, 165. *Vid.* frutos.
- Aguacates, 111, 140, 246.
- Aguaceros, 192, 197, 201, 203, 250.
- Aguada (región), 20, 31, 139.
- Aguada, Río de la, 7, 31.
- Aguada de buques, 54, 60, 78, 116, 131, 132, 133, 135, 140.
- Aguada, San Francisco de Asís de la (pueblo), 17, 201: capilla, 134; habitantes, 135; iglesia, 114, 134; milicias disciplinadas, 135; partido: censo poblacional (1776) - 153; censo de producción, 165; curato, 153; moradores, 202.
- Aguada (Aguadilla), puerto de la, 7, 10, 53, 131, 138.
- Aguadilla, San Carlos de la, pueblo, 131, 133, 135: habitantes, 132, 134; iglesia, 132; partido: censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165; puerto, 131, 132, 133, 134.
- Aguamanil, río de, 7, 116.
- Aguardiente, 121, 122, 140, 161, 168, 171, 174, 178, 179, 187, 189, 207, 208, 252. *Vid.* saca.
- Aguardiente *rac* (China), 249.
- Aguas: minerales; *Vid.* Coamo, Baños de; termales, 53, 54, 115, 116; potables, 71, 92, 100, 105, 109, 114, 115, 130, 131, 132, 152, 200.
- Aguas Prietas, Río, 109.
- Agüicynaba I (cacique), 14, 15, 20, 22, 31, 32, 33.
- Agüicynaba II, 31, 32, 33, 34, 35, 37, 38, 41, 43, 44.
- Aguilar, fuente de, 105.
- Aguirre, salitral de, 116.
- Agujeta, 29. *Vid.* Puerto Rico: Indios, comercio.
- Agustino (religioso), 257, 259.
- Ahumada (conquistador), 69.
- Ajies, 187, 195, 196, 208, 237.
- Alacranes, 215.
- Alaminos, Antón de, 55.
- Alcabalas, 147, 174, 176, 178, 179. *Vid.* arbitrios.
- Alcabucera, Cayo, 116.
- Alcaldes: elección, 50; de la hermandad, 146, 147; ordinarios, 146, 147. *Vid.* Puerto Rico: administración local.
- Alcántara, orden de, 13.
- Alcatraces, 110, 132, 223.
- Aldeas: caribes, 80.
- Alfileres, 271, 218, 219.
- Algarrobos, 111; resina de, 251.
- Algodón, 57, 75, 108, 110, 119, 120, 131, 157, 160, 161, 165, 170, 232, 234, 235; hamacas, 80; plantelcs, 109, 127, 140, 143, 234.
- Alguacil: mayor, 15, 16, 31; del Tribunal Eclesiástico, 147. *Vid.* Puerto Rico: administración insular.

# I N D I C E A N A L I T I C O

- Alhajas, 29, 34, 123, 185, 186. *Vid.*  
Puerto Rico: Indios, comercio.
- Aliados: Indios, 31, 33, 34, 38, 39.  
*Vid.* Puerto Rico: Indios, su-  
blevación.
- Alimentación. *Vid.* Caribes; Puer-  
to Rico: Indios, habitantes.
- Aljibes, 100, 102, 103, 104.
- Almacenes: Castillo del Morro, 104;  
compañía de negros, 104; pól-  
vora, 105; de ropa, 215.
- Almácigos, 235.
- Almansa, Luis. *Vid.* Añasco, Luis  
de.
- Almendras, 235.
- Almidón de yuca, 162, 233.
- Almohadas de guano, 251.
- Almud, 242.
- Alonso, Juan, 59.
- Alonso de Niebla, Sebastián, 48.
- Alonso de Solís, Fray Juan (obispo),  
257.
- Altagracia, Ermita de Nuestra Se-  
ñora de, 114.
- Alto del Rey (región), 107.
- Alubias, 251.
- Alumbrado. *Vid.* Puerto Rico: ha-  
bitantes.
- Alumbre, 115.
- Alvarado, Francisco, 64.
- Amancebamientos, 260.
- Amazonas, río, 255.
- Ambar, 127.
- América, 2, 20, 39, 49, 51, 62, 67,  
69, 76, 89, 95, 130, 133, 142,  
154, 156, 163, 169, 171, 173,  
178, 181, 188, 201, 208, 213,  
221, 223, 227, 232, 234, 235,  
237, 243, 246, 247, 252, 256;  
conquistas, 29, 31, 63; descubri-  
miento, 9, 63, 72, 145, 173; in-  
dios, 2, 25, 63, 72, 79, 80, 156;  
del Norte, 1, 25, 89, 212; Meri-  
dional, 80.
- Americanos, 62, 63, 225.
- Amésquita y Quijano, Juan, 86, 87.
- Anatomía, 253.
- Anchovas, 224. *Vid.* peccs.
- Ancianos, 53, 131.
- Ancias, 199, *Vid.* bajeles.
- Ancón, 116.
- Andino, Caspar de (gob.), 262.
- Anejos, 255, 259, 260. *Vid.* Puer-  
to Rico, Obispado.
- Angaripolas, 187. *Vid.* telas.
- Anguilla, isla de, 92.
- Animales, 9, 20, 21, 26, 39, 54, 81,  
82, 89, 110, 145, 223, 224, 251,  
252; domésticos, 211, 212, 213.
- Anime (resina), 111.
- Anones, 111, 246.
- Antídoto, 116. *Vid.* medicamentos.
- Antigua, isla de, 1, 91; descubri-  
miento, 9.
- Antillas, 8, 42, 44, 47, 54, 67, 74,  
81, 88, 89, 91, 92, 96, 97, 110,  
111, 141, 142, 167, 170, 179, 192,  
196, 201, 206, 207, 232, 233, 237,  
249, 255, 260; Caribes, 9, 55,  
59, 60, 61, 63, 64, 71, 76, 77,  
78, 79, 82, 83, 91, 92; descu-  
brimiento, 1, 9, 79; españolas,  
82, 87, 171; extranjeras: 142,  
167, 168, 171, 212; Dinamar-



I N D I C E A N A L I T I C O

- quesas, 167. Francesas, 157, 167; holandesas, 167; inglesas, 157, 167; indios, 9, 20, 30, 42, 53, 68, 81, 82; Mayores, 1, 5; Menores, 1, 9, 10, 64; puertos, 63, vicario general, 147.
- Antolino, Francisco Julián (obispo), 259.
- Antropofagia, 9, 20, 72, 77, 80, 81, 82. *Vid.* Caribes.
- Añasco, 42, 77, 135, 137; pueblo, 32, 47, 73; iglesia, 136; milicias disciplinadas, 136; partido, 228, 229; censo poblacional (1776), 153; curato, 153; censo de producción, 165; puerto, 7, 135; río, 135, 136.
- Añasco (indio), 14, 46.
- Añasco, Luis de, 14, 37, 41, 42, 46, 47.
- Añil, 57, 75, 135, 140, 160, 161, 170, 195, 235.
- Aparadores, 132. *Vid.* agricultura.
- Apelación, 146; jueces de, 57.
- Apetito, 8, 20, 186, 187.
- Apósitos, 196.
- Apostemas, 246.
- Arabes, 26, 245.
- Arabia, 232.
- Arado, 160, 164.
- Aradores, 142, 219.
- Arango (Aragón), Sancho de, 58.
- Arañas, 100, 215.
- Arbitrios, 32, 49, 50, 51, 64, 111, 147, 148, 149, 154, 168, 171, 173; libertad de, 169, 170, 179.
- Árboles, 10, 24, 25, 28, 29, 33, 35, 54, 62, 69, 81, 100, 101, 108, 109, 111, 112, 113, 114, 122, 123, 124, 126, 127, 129, 130, 131, 132, 137, 142, 143, 156, 159, 161, 162, 163, 170, 186, 193, 195, 200, 201, 202, 208, 211, 212, 214, 215, 216, 218, 221, 222, 226, 231, 237, 239, 246, 247, 254; medicinales, 248, 249, 250, 251, 252; venenosos, 82, 107, 119, 251, 252. *Vid.* resinas.
- Arborizaciones, 229.
- Arcabuceros, 43.
- Arcabuz, 43. *Vid.* armas.
- Arceidiano, Santa Fe de Bogotá, 255, 257.
- Archipiélagos, 1, 2, 196.
- Arcos. *Vid.* arquitectura.
- Arcos, 25, 81. *Vid.* armas.
- Arecibo, pueblo, 6, 127; iglesia, 114, 126; ataque inglés, (1702), 95; partido: censo poblacional, (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153; río, 6, 126, 127.
- Areito, 27, 28, 34, 230.
- Arena, Punta de, 6.
- Arenal, 2, 111, 112, 126, 132, 134, 135.
- Arenas, 99, 108, 125, 137, 225, 227; bancos, 126, 135, 226; playasos, 226.
- Arenas Blancas (región), 125.
- Argamasa, 82.
- Arista de Sobremonite, Marcos (obispo), 258.

- Aristóteles, 253.
- Armadas contra caribes, 47, 48, 55, 59, 60, 76, 77, 78.
- Armaduras de Puerto Rico, 96, 97.
- Armamentos españoles, 74, 76, 77.
- Armas, 89, 90; españolas, 33, 35, 43, 67, 68, 69, 73, 82, 86, 92, 95. *Vid.* Puerto Rico: Indios; Caribes.
- Arnaldo de Isasi, Francisco (obispo), 258.
- Armés, 190, 191. *Vid.* caballos.
- Arquitectura, 113, 125, 185; edificaciones privadas, 99, 100, 101, 107, 249, 250; edificaciones públicas, 101, 102; fortificaciones, 102, 103, 104; puentes, 103, 105, 119.
- Arrabales, 100.
- Arrecifes, 7, 104; bancos de, 6.
- Arredondo, Gaspar de (gob.), 262.
- Arrendamientos, 148. *Vid.* diezmos, primicias y propios.
- Arroyo, Pedro de (gob.), 262.
- Arroyo, Pedro (cura), 153.
- Arroyos, 17, 110, 111, 119, 120, 122, 127, 132, 135, 136, 137, 142.
- Arroz, 101, 102, 107, 108, 110, 120, 125, 131, 136, 138, 141, 152, 155, 159, 162, 163, 165, 171, 186, 188, 195, 214, 248, 250.
- Arsénico, 228, 229.
- Arteaga, Gaspar de (gob.), 262.
- Artífices, 99, 101.
- Artículos comerciales, 57, 75, 78, 109, 110, 112, 114, 117, 120, 124, 125, 126, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 138, 140, 141, 142, 145, 160, 161, 167, 168, 169, 170, 174, 175, 178, 179, 187, 192, 195, 216, 240, 242, 248, 250, 253. *Vid.* Comercio.
- Artillería, 73, 74, 90, 94, 103, 104; piezas de, 85, 86, 198.
- Artilleros: brigada de, 105; cuerpo de 176.
- Aruba, isla, 91.
- Asadores, 91.
- Asaltos, 87; caribes, 47, 48, 57, 58, 59, 60, 61, 63, 64, 65, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 81, 82, 160; corsarios, 88, 135; extranjeros, 87, filibusteros, 90, 91, 92, 93; franceses, 74; piratas, 90. *Vid.* Puerto Rico: Indios, sublevación.
- Asesor del gobernador, 146, 147, 175. *Vid.* auditor de guerra, juez ordinario, procurador general y teniente de gobernador.
- Asia, 196, 209, 233, 241, 247, 253.
- Asiáticos, 245.
- Asiento, Compañía del: almacén, 104; harinas y negros, 162, 168, 179.
- Asnos, 212.
- Astillero, 248, 250.
- Atalaya, 163.
- Ataques, 54, 67, 68, 82, 83, 85, 89, 90, 91, 140; caribes, 47, 48, 57, 58, 59, 61, 63, 64, 65, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 81, 82, 160; españoles, 64, 77, 78; contra caribes, 47, 48; contra

- franceses, 69; contra Santa Cruz, 92; contra San Cristóbal, 87, 91; filibusteros, 89, 93, 94; franceses, 48, 74, 82; holandeses, 48, 102, (1625); 85, 86, 87, 256; ingleses, 48, 140; (1595), 85; (1597), 85; (1702), 95, 96, Ogerón, 93, 94; piratas, 160; Vid. Puerto Rico: Indios, sublevación.
- Atlántico, Océano, I, 5, 201, 255, Atlántida, I.
- Audiencia del distrito, 147.
- Audiencia de Santo Domingo, 146; fiscal de la, 51.
- Auditor de guerra, 147.
- Autopsias, 27.
- Autores, 11, 63; extranjeros, 8; españoles, 29.
- Avellanas, 244, 248.
- Aventureros, 53, 67.
- Aves, 9, 25, 100, 111, 120, 131, 163, 192, 202, 221, 224, 249; marinas, 110; acuáticas, 124, 132, 223.
- Aves, isleta, 95.
- Avila, Basilio de (cura), 153.
- Avispas, 216, 217.
- Avutardas, 223. Vid. Aves.
- Ayala, Manuel de, 63.
- Aymaco (región), 41.
- Ayamón (cacique), 33, 34.
- Azores (pájaros), 132.
- Azores, Islas, 2.
- Azotecas, 99, 101, 102.
- Azúcar, 75, 121, 122, 140, 161, 165, 171, 174; caña de, 15, 108, 109, 119, 120, 121, 125, 127, 136, 140, 141, 143, 157, 160, 161, 178, 195, 217, 240, 241; miel, 186.
- Azufre, 115, 228, 229.
- Babilonios, 253.
- Bacza, 257.
- Bagatelas, 29. Vid. Puerto Rico: Indios, comercio.
- Bahama, Canal de, 46, 55.
- Bahías, 10; Cádiz, 9; Guánica, 7, 17, 139, 140, 141; Cnayanilla, 141; San Juan (Puerto Rico), 7, 16, 55, 74, 86, 99, 103, 104, 105, 107, 119, 121, 122, 123, 171, 198.
- Bailes, 182, 183, 185, 187, 188, 189, 190, 191, 192. Vid. Puerto Rico: Indios, diversión.
- Bajeles, 9, 57, 63, 78, 87, 90, 95, 171, 199. Vid. embarcaciones, barcos, canoas, piraguas, navíos.
- Bajíos, 109.
- Bajos, 6, 116, 137, 140.
- Balandras, 109. Vid. embarcaciones, barcos, piraguas, canoas.
- Balbanera, Ermita de Nuestra Señora de, 114.
- Balcones, 198, 200.
- Ballenas, 224.
- Ballestero, 39.
- Balsa, 93.
- Bálsamos, 195. Vid. medicamentos.
- Baluartes de San Juan, 104.
- Bancos: arena, 126, 135, 226; arrecifes, 6.

- Banda, Isla de, 240, 241. *Vid.* Molucas, Islas de.
- Bandadas, 145, 163, 202, 222.
- Banderas, 43.
- Bandidos, 90. *Vid.* bucaneros.
- Bandos, 57, 58, 60, 61, 64.
- Banquillos, 185, 186, 189.
- Baños de Coamo. *Vid.* Coamo.
- Barajas (ciudad), 257.
- Barbacoads*, 185, 189. *Vid.* camas.
- Barbada, isla, 92.
- Bárbaros, 225.
- Barcas, 59, 90, 169. *Vid.* embarcaciones, barcos, buques, navíos, piraguas, canoas.
- Barcia (cronista), 15.
- Barcos, 25, 50, 55, 74, 90, 91, 108, 109, 116, 131, 132, 137, 170, 202, 241, 244, 247, 248, 251. *Vid.* embarcaciones, navíos, piraguas, canoas.
- Barlovento, Islas de, 1, 44, 78, 87, 92, 179; indios caribes, 55, 79. *Vid.* Antillas Menores.
- Barniz, 198, 251.
- Barracas, 72.
- Barrancas, 16, 42, 115.
- Barriles, 167, 239.
- Barrionuevo, Francisco de, 48.
- Barro, 120, 121, 143, 195; cazuela de, 186; horma de, 233.
- Bastida, Don Rodrigo de la (obispo), 256.
- Bastiones, 104. *Vid.* Morro, San Felipe del.
- Bastón (distintivo de rango), 148.
- Batallas. *Vid.* Puerto Rico: Indios, sublevación.
- Batallón, 103.
- Batatas. 26, 107, 109, 120, 132, 143, 152, 155, 156, 159, 183, 186, 195.
- Baterías, 103; de mortero, 104. *Vid.* San Cristóbal, Castillo de.
- Batey, juego de, 23, 28, 29. *Vid.* Puerto Rico: Indios, diversiones.
- Baúles, 215.
- Bayacete (Baysete), 105, 141. *Geografía Universal*.
- Bayamón, pueblo: milicias disciplinadas, 124; parroquia, 121, 124; partido: 122; censo poblacional, (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153; río, 6, 121, 123, 222.
- Beaumont (Beamonte) y Navarro, Felipe, 261.
- Bebidas, 205, 247. *Vid.* Aguardiente, vinos, cocos, *Vid.* también: caribes; Puerto Rico: habitantes, indios.
- Becerrillo* (perro), 38, 39, 58.
- Bejar, Francisco (obispo), 259.
- Bejucos, 25, 111, 112, 113, 130, 131, 155, 203.
- Bellaca (quebrada), 130.
- Benedictinos, Abadía de, 105; cisterciense, 259.
- Berbería, 250; Cayo de, 116.
- Bergara, Marcos (gob), 263.
- Bergantines, 74, 76, 77.
- Bergero, Juan Gofredo (médico), 115.
- Berlanga, Fray Tomás de, 237.

# I N D I C E A N A L I T I C O

- Berrios, Juan Tomas (cura), 153.  
 Bertodano, Alonso (gob.), 262.  
 Bervis, 242, 255.  
 Bienes. *Vid.* propiedades.  
 Bimini, islas: Adelantado, 46, 55, 59, 60, 61, 67, 68; descubrimiento, 53, 55, 67; fuente, 53, 54, 55.  
 Birretinas, 217.  
 Bisagras, 101.  
 Blancos, 133, 153, 157, 181, 182, 183, 187, 191, 206, 207. *Vid.* clases sociales.  
 Blasones, 46, 102. *Vid.* escudos de armas.  
 Boca-Chica, puerto de, 116, 117, 143.  
 Boca de Cangrejos, 108.  
 Bodas, 190.  
 Bogotá, Arcediano de Santa Fe de, 257.  
 Bohios (bujíos), 100. *Vid.* caney.  
 Bohique (buhitis), 22, 26, 27. *Vid.* cemíes.  
 Bollos de marunguey 143.  
 Bombas, 103, 104, 197.  
 Bonaire (isla), 91.  
 Bonilla, Miguel (cura), 153.  
 Bonillas (barrio), 125.  
 Bontio, Jacobo, 205.  
 Boquerón (bahía S. J.), 105.  
 Boquerón, río, 7, 138.  
 Borinquén, cabo de, 6, 7, 131, 132, 133, 138.  
 Borinquen, isla de. *Vid.* Puerto Rico, isla de.  
 Boristenita, Bién, 137.  
 Borracheras, *Vid.* embriaguez.  
 Borrasca, 93, 200.  
 Bosques, 9, 13, 79, 81; Puerto Rico, 3, 10, 16, 23, 35, 43, 74, 76, 93, 94, 95, 96, 109, 110, 111, 112, 116, 120, 123, 124, 125, 127, 129, 130, 131, 132, 134, 138, 141, 142, 143, 151, 152, 154, 155, 156, 158, 159, 164, 185, 186, 192, 197, 198, 200, 212, 213, 215, 216, 217, 218, 221, 222, 229, 239, 241, 242, 244, 250.  
 Botánica, 254; Tratados de, 253.  
 Botes del Rey, 104.  
 Boticarios, 216; sueldos de, 175.  
 Botijas de melao, 161, 165.  
 Botín, 85, 86, 91.  
 Bouganville, Monsieur, 2.  
 Bóveda. *Vid.* arquitectura.  
 Brasil, 87.  
 Bravo, Matías (gob.), 263.  
 Brillantes, 217.  
 Brisas, 197. *Vid.* vientos.  
 Broma (molusco), 250.  
 Bronce, artillería de, 198.  
 Bubas, 61, 63, 206, 207. *Vid.* enfermedades.  
 Bucaneros, 89, 90, 91.  
 Bucyes, 160.  
 Buffón, 145, 211.  
 Bulas de erección, 49. *Vid.* Obispado de Puerto Rico.  
 Buques, 110, 135, 234. *Vid.* embarcaciones, navíos, barcos, piraguas, canoas, bajeles.

# I N D I C E A N A L I T I C O

- Caballería, 74, 93; milicias, compañías de, 135, 136, 191; milicias disciplinadas, compañías de, 105, 124, 140.
- Caballero, Raimundo (obispo), 259.
- Caballero, Revellín, El, 103, 104. *Vid.* San Cristóbal, Castillo de.
- Caballote, 24, 100, 112.
- Caballos, 26, 74, 89, 94, 95, 96, 103, 124, 127, 160, 165, 192, 193, 200, 202, 252; carreras de, 190, 191, 212; salarios, 169. *Vid.* Ganado.
- Cabañas, 80, 183. *Vid.* caribes, viviendas.
- Cabildos: eclesiástico, 191; secular: San Germán, 5, 139, 147; San Juan, 5, 146, 147.
- Cabo Rojo, pueblo, 139, 140. Casa del Rey, 138; iglesia, 138; milicias disciplinadas, 138; partido: censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153; puerto, 7, 138.
- Cabo Rojo (geog.), 5, 6, 7, 138.
- Cabo Verde, isla de, 2.
- Cabos (geográficos), 5, 6, 7, 14, 54, 110, 111, 112, 132, 135, 138, 142.
- Cabra, isla de, 71, 104, 110.
- Cabras (monteses), 136.
- Cabrera, Fray Francisco (obispo), 257.
- Cacao, 75, 91, 111, 122, 140, 160, 195, 232, 234, 235.
- Caciccas, 23, 48. *Vid.* Doña Inés y Doña Luisa.
- Caciques, 13, 14, 15, 20, 22, 23, 24, 26, 27, 28, 31, 32, 33, 34, 35, 37, 38, 41, 42, 43, 44, 46, 68.
- Cádiz, bahía de, 9.
- Café, 110, 112, 114, 116, 119, 120, 125, 131, 132, 135, 141, 142, 159, 160, 161, 163, 165, 168, 170, 186, 195, 206, 233, 241, 244, 249, 250; barriles, 167; harina, 232; plantaciones, 117, 157; plantales, 109, 127, 140; precio, 169.
- Caguas, pueblo, 110: parroquia, 120; partido: 121, 186; censo poblacional. (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153.
- Caidas, tratamiento para, 246.
- Caja de Muertos, isla de, 143.
- Cal, 99, 113; hornos de, 121.
- Calabazas, 100, 109, 131, 186.
- Calabazos, 28, 188, 189. *Vid.* instrumentos musicales.
- Calabazos, 80, 93, 186, 248. *Vid.* utensilios.
- Calafateo, 248, 251. *Vid.* barcos.
- Calaveras (utensilios), 80.
- Calbacho, Punta de, 135.
- Calco, piritas. *Vid.* piritas.
- Calderón, Antonio Antonio (obispo), 257.
- Calderos, 241, 242, 248. *Vid.* utensilios.
- Calenturas, 156, 215, 244, 245; *costa*, 206; cuartanas, 207; *éticas*, 249; intermitente, 206, 207; *pes-*

- tilentes, 208; *tercianas*, 206, 207.  
*Vid.* enfermedades.
- Caletas, 7, 126, 136; de San Juan, 46, 102, 104.
- Cálices, 260.
- California, 91.
- Caliza (piedra), 229.
- Calles, 188, 190, 191. *Vid.* San Juan, ciudad.
- Calor, 19, 182, 183, 185, 186, 187, 196, 197, 198, 205, 206, 207, 208, 231; grados de, 115.
- Calzadas (puente), 59, 99, 105.
- Calzones, 187, 192.
- Camas (mobiliario), 102, 183, 189, 251.
- Camasey. *Vid.* Cera, árbol de.
- Cambures, 236. *Vid.* plátanos.
- Caminos, 10, 93, 103, 108, 110, 111, 116, 119, 120, 125, 127, 129, 130, 134, 148, 169, 202, 217.
- Camifián, Condesa de, 15.
- Camisas, 187, 192.
- Campamentos, 28, 37, 39, 41, 42, 43. *Vid.* Puerto Rico: Indios, sublevación.
- Campana (flor), 234.
- Campañas (militares), 182.
- Campiñas, 76, 121, 200.
- Campo, Alonso (gob.), 262.
- Campos, provincia de, 45.
- Campos, 62, 123, 145, 159, 163, 188, 189, 197, 198, 213, 215, 218, 231; San Cristóbal, Castillo de, 103; Morro, San Felipe del 86, 104.
- Camuesas (fruta), 236.
- Camuy, Río, 6, 119, 127, 129, 139.
- Caná, 251, 252.
- Canadá, 243.
- Canales, 1, 54, 55, 104, 136; de Bahamas, 46, 55.
- Canapé, 100.
- Canarias, islas, 2, 9, 133, 154, 171.
- Cancr, Baltasar, 64.
- Cancr, Juan, 64.
- Candeleros, Río, 7, 111.
- Canela, 240, 241.
- Caney, 33, 34. *Vid.* Puerto Rico: Indios, viviendas.
- Cangrejos, 215; de monte, 108, 186.
- Cangrejos, Boca de, 64, 108.
- Cangrejos, San Mateo de, pueblo, 117, 119; habitantes, 107, 121; iglesia, 107; milicias disciplinadas, 108; partido: censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153.
- Canoas, 25, 26, 71, 93, 120, 123, 124, 129, 136, 192, 198, 222, 251. *Vid.* embarcaciones, barcos, navíos, piraguas.
- Canónigo, 49; Salamanca, 256; Caracas, 259.
- Canonjías de Salamanca, 49, 51.
- Canóvana, montaña de, 108.
- Cantares, 27, 28, 34, 189, 190. *Vid.* Puerto Rico: habitantes, indios.
- Cantáridas, 252.
- Canteras, 228; piedras, 114, 115; yeso, 142.
- Canto, 99. *Vid.* materiales de construcción.

Caña de Azúcar. *Vid.* Azúcar, caña de.

Caña, Río, 7, 141.

Cañadas de montes, 221.

Cañafistula, 57, 75, 111, 232, 241, 251, 252.

Cañamón, 219.

Cañas (madera), 10, 24, 80, 100, 112, 124, 155, 163. *Vid.* materiales de construcción.

Cañas, Río, 7, 135.

Cañaverales. *Vid.* azúcar, caña de.

Cañizos de varas; 183. *Vid.* Puerto Rico: habitantes, mobiliario.

Cañones, 97, 103; de artillería 86.

Caños, 135, 191; del Carrizal, 134; Martín Peña, 107, 108.

Cañuelo, Castillo del (P.R.), 104.

Cañuelos, Río Los, 110.

Cañutillos, 28.

Caobas, 108, 232.

Caonabo (cacique), 13.

Caoyuco, Río 37, 38.

Caparra, 34, 35, 36, 37, 38, 42, 43, 61, 72; fundación, 16, 31; traslado, 64, 72, 256; vecinos, 64, 72, 261.

Capellán, 123, 148, 149.

Capellanías rurales, 114.

Capiler, 253.

Capillas: Aguada, 134; Catedral de San Juan, 101, 256, 257, 258, 260; Fortaleza de Santa Catalina, 103; Morro, San Felipe del, 104; Nuestra Señora de la Concepción, 139; Ponce, 142; San Germán, 139; Santos Mártires, 258.

Capitanes generales, 149. *Vid.* Puerto Rico, gobernadores.

Carabelas (barcos), 14, 59, 78.

Caracas, 91, 237, 243, 258, 259;

Catedral de, 257, 260; obispo, 256, 257.

Caracoles, 23, 136, 224.

Carbet, 80. *Vid.* Caribes, viviendas.

Cárcel Pública, 60, 102, 121, 138, 148; cuerpo de guardia de, 147.

Carenas, 248.

Carey, 224.

Cargamentos (barcos), 25, 90, 170; plata, 91; cacao, 91.

Cariaquillo, 253.

Caribes, islas. *Vid.* Antillas Menores.

Caribes, 9, 38, 39, 41, 42, 44, 47, 58, 82, 91, 92, 227, 250, 259; adornos, 79, 80; alimentación, 80, 81; armas, 20, 25, 48, 58, 77, 78, 80, 81, 82; *Vid.* arcos, flechas, macanas; armada contra, 47, 48, 55, 59, 60, 64, 76, 77, 78; asaltos, 47, 48, 57, 58, 59, 60, 61, 63, 64, 65, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 81, 82, 160. *Vid.* ataques; bebidas, 81; carácter, 9, 20, 72, 76, 77, 79, 80, 81, 82, 83; constitución física, 79; costumbres, 20, 25, 48, 79, 80, 81, 82; diversiones, 81. *Vid.* bailes; embarcaciones, 71, 81. *Vid.* piraguas, canoas; entendimiento, 79, 80, 81, 110, 145; idioma, 80, 81, 83; matrimonio,



- 80; mobiliario, 80. *Vid.* calabazos, calaveras, hamacas; moral, 72, 81; ocupación, 58, 81. *Vid.* caza, pesca, piratería; organización política, 80, 81. *Vid.* patriarcas, comunidades; organización social, 80, 81; prácticas funerarias, 77; rasgos anatómicos, 79; religión, 79, 80. *Vid.* deidades; trato, 50, 59, 64, 80. *Vid.* esclavitud; vestuario, 79; vicios, 72, 80, 81. *Vid.* embriaguez; viviendas, 80; usos, 79, 80, 81, 250, utensilios, 80, 82. *Vid.* ollas, calabazos.
- Caries, 182. *Vid.* enfermedades.
- Carimbo, arbitrios de, 169, 174, 176, 179. *Vid.* esclavitud negra.
- Carite, montañas de, 122.
- Carlos II, 114.
- Carlos III, 97, 102, 169, 171, 176, 177, 179.
- Carlos V, 46, 68, 71, 73, 74, 77, 78; escudo de armas, 256.
- "Carlos V" (navío), 97.
- Carlsbaden, aguas termales de, 115, 116.
- Carneros (animales), 192.
- Carnes, 89, 90, 130, 133, 186, 192, 198, 212, 221, 222, 223. *Vid.* abastos.
- Carnestolendas (fiesta), 190.
- Carolina, fuerte de la, 69.
- Carpinteros, 251.
- Carreño, José, (gob.), 262.
- Carrera, Ildefonso (cura), 153.
- Carreras de caballos, 190, 191, 212.
- Carrión de los Condes, 256.
- Carrizal, Caño del, 134.
- Carruchas (polea), 250.
- Cartagena, 85, 245.
- Cartas de mercedes, 96.
- Casa fuerte, 64, 105. *Vid.* fortalezas.
- Casa de la Ciudad. *Vid.* Casa del Rey.
- Casa del gobernador. *Vid.* Fortaleza, La.
- Casa del Rey, 60; San Juan, 60, 102; Cabo Rojo, 138; Guaynabo, 121. *Vid.* Cárcel Pública.
- Casa hospedería, 138.
- Casado, Juan, 48.
- Casamiento (criollas y españoles), 133.
- Casas. *Vid.* viviendas.
- Casas (Casaus), Fray Bartolomé de las, 64.
- Cascabeles de plata, 190. *Vid.* arnés.
- Cascadas, 127, 159.
- Casiquiare, misiones de, 255.
- Castañas, 241.
- Castas. *Vid.* clases sociales.
- Casterbert, Monsieur (médico), 116.
- Castilla, 242; del Oro, 48; leyes de, 146.
- Castillos, 85, 86, 92, 100, 103, 104, 105.
- Castración (toros), 130.
- Castro, Baltasar, 64.
- Cataluña, Principado de, 260; revolución de, 89.

- Catas (de oro), 14.
- Catedrales: de San Juan (P.R.), 6, 51, 101, 174, 191, 255, 256, 257, 258, 259, 260. *Vid.* Obispos; de la Española, Dean de, 256; de Puebla de los Angeles, 257.
- Caudales, 51, 53, 67, 94, 120, 126, 160, 177, 179, 187, 190, 226.
- Cautivos, 9, 28, 48, 58, 60, 65, 71, 77, 80, 81, 82.
- Cayena, 242, 255.
- Cayey* de Muesas, pueblo, 114: iglesia, 113; partido: censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153.
- Cayos, 224.
- Cayo Alcabucera (islote), 116.
- Cayo de Berberia, isla de, 116.
- Cayo Largo, islote, 116.
- Cayo Ratones, islote, 116.
- Cayucos, 25. *Vid.* canoas.
- Caza, 21, 22, 25, 26, 68, 69, 81, 89, 136, 192, 211, 212, 213, 222; instrumentos de, 247.
- Ciencias, 63, 207, 208, 253, 254. *Vid.* medicina, anatomía, botánica.
- Ciénagas, 62, 105, 119, 134.
- Cieno, 82, 119, 123.
- Cigarros, 188, 189, 191. *Vid.* tabaco.
- Cintas (tela), 187, 190.
- Cintillos, 217.
- Cinuelas, 237, 245.
- Cirujanos, 93, 115, 209. *Vid.* médicos.
- Ciudad de Puerto Rico. *Vid.* San Juan Bautista de Puerto Rico.
- Clases sociales, 62, 77, 80, 97, 99, 100, 108, 112, 114, 120, 130, 133, 136, 140, 142, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 179, 181, 184, 187, 188, 189, 190, 191, 206, 207, 208, 233.
- Claustros (conventos), 101, 260.
- Clavos, 25.
- Clavos (especia), 130; madre clavo, 240, 241.
- Clerecia, 50.
- Clérigo, 257, 258.
- Clima, 19, 20, 62, 63, 68, 69, 81. *Vid.* Puerto Rico.
- Coamo, pueblo, 226: ermita, 114; iglesia, 114, 116; vicaría, 147; partido: censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153; de Abajo, 114, 116; baños de, 114, 116; río de, 7, 114, 115, 116.
- Cobre, pirritas de, 228, 229.
- Coche, isla, 74.
- Cocina (artefacto), 100.
- Cocina (habitación), 112; menaje de, 186.
- Cocina (arte culinario), 162, 186, 189, 232, 233, 236, 240, 248, 249. *Vid.* condimentación.
- Coco, palma de, 124, 248, 249.
- Cocos: aceite de, 248; agua de, 248, 249; dulce de, 249; fibras, usos de, 248; utensilios de, 186, 248, 249. *Vid.* palma de coco.

- Código de leyes, 81.  
 Cogollo, palma real de grana, 249.  
 Cohombros. *Vid.* pepino.  
 Col, 249.  
 Colchones: de lana de ceibo, 185;  
           de lana de guano, 185, 251; de  
           lana de ovejas, 185.  
 Colegio Conciliar, 259. *Vid.* Hospi-  
     tal de la Concepción.  
 Cólicos, 248. *Vid.* enfermedades.  
 Coligni, 69.  
 Colinas, 138.  
 Collado, 125.  
 Collares, 217.  
 Colmenares, 216.  
 Colomo, Juan (gob.), 262.  
 Colón, Bartolomé, 15.  
 Colón, Cristóbal, 9, 10, 11, 13, 14,  
     45, 50, 79, 227, 261.  
 Colón Diego, 15, 16, 50, 57, 58,  
     59, 61, 71, 261.  
 Colonias, 83, 156; europeas, 167,  
     208; extranjeras, 154: francesas,  
     157, 179, 242, 255; holandesas,  
     167, 242, 255; inglesas, 156, 157,  
     242.  
 Colonos, 15, 67, 68, 71, 97, 109,  
     110, 111, 125, 126, 133, 141,  
     151, 154, 155, 156, 157, 158,  
     159, 160, 177, 179, 181; españo-  
     les, 13; franceses, 69, 157; holan-  
     deses, 92; ingleses, 157.  
 Colorado, Carlos (cura), 153.  
 Colorados, 224. *Vid.* peces.  
 Columnas, 101. *Vid.* arquitectura.  
 Combates, 58, 59, 86, 87, 94. *Vid.*  
     Puerto Rico: Indios, subleva-  
     ción.  
 Comején, 100, 214. *Vid.* hornigas.  
 Comendador, 47; mayor, 13, 14,  
     15, 45. *Vid.* Ovando, Nicolás de.  
 Comerciantes, 187, 211, 248; espa-  
     ñoles, 161, 168, 169, 170.  
 Comercio, 20, 25, 57, 69, 75, 87,  
     89, 90, 95, 97, 111, 121,  
     124, 125, 131, 132, 133, 134,  
     136, 140, 141, 142, 144, 145,  
     149, 152, 154, 156, 157, 158,  
     159, 160, 167, 171, 173, 174,  
     175, 177, 178, 179, 192, 195,  
     212, 213, 216, 225, 233, 239,  
     240, 241, 242, 245, 247, 250,  
     251, 252, 253; derechos de, 167,  
     174, 175, 178, 179; con extran-  
     jeros, 78, 109, 114, 117, 126,  
     127, 138, 140, 141, 142, 161,  
     232; registros, 169, 174, 175, 176;  
     libre, reglamento de, 169, 170,  
     178, 187.  
 Comestibles, 133, 187.  
 Comidas, 186, 187, 208, 247, 248.  
     *Vid.* Puerto Rico, Indios.  
 Comisos, causas de, 147.  
 Compadres, 190.  
 Compañía de Negros, almacén de,  
     104.  
 Compradores, 170, 171.  
 Compras, ámbitos a, 174.  
 Comunidades indígenas, 53, 80.  
     *Vid.* Puerto Rico, Indios.  
 Concejales, gastos de, 48.  
 Concepción, Capilla de Nuestra Se-  
     ñora de la, 139.

- Concepción, Hospital de Nuestra Señora de la, 102, 175, 260.  
 Conchales, 2, 229.  
 Conchas, 23, 224.  
 Condimentación, 187, 195, 196, 206, 207, 208, 233, 237, 239, 240, 241, 248. *Vid.* aceites, ajíes, aceitunas, achiote, canela, culantro, salsa.  
 Confederación. *Vid.* Puerto Rico: Indios, organización política.  
 Confesión, 193. *Vid.* sacramentos.  
 Confitura de tamarindo, 245.  
 Congos, 236. *Vid.* plátanos.  
 Congrua, 148, 174. *Vid.* arbitrios.  
 Conquistadores, 29, 45, 57, 59, 67, 68, 69.  
 Conquistas, 53, 54, 67, 68, 69, 72, 73.  
 Consejo de Indias, 146; Secretaría del, 63.  
 Constituciones (eclesiásticas), 259.  
 Contador (real), 60, 61, 72, 75, 77; sueldo, 175; del Tribunal de Real Hacienda, 147.  
 Contaduría: documentos de, 176; oficiales, sueldo de, 175.  
 Continentes, 2; América, 81, 201; América del Norte, 25, 80, 89; Europa, 207.  
 Contrabandistas, 133, 136, 154, 160, 168.  
 Contrabando, 110, 112, 131, 135, 141, 147, 148, 154, 157, 160, 168, 169, 170, 171, 174, 175, 179, 182; por Compañía del Asiento, 168; esclavos, 169, 179.  
 Contrafosos, 103. *Vid.* San Cristóbal, Castillo de.  
 Contraguardias, 103.  
 Contusiones, 246.  
 Conucos, 156.  
 Convalecientes, 207; Hospital de la tropa para, 122.  
 Conventos, 76, 260; Monjas del Carmen Calzado, 101; Predicadores, 72, 101, 139, 157, 158; San Francisco, 50, 101, 257.  
 Cook (Kook), 92.  
 Corazón, 19, 21, 225.  
 Corazones (árbol), 111, 246.  
 Cordillera Central, 5, 8, 110, 112, 122, 124, 126, 127, 142, 232, 250.  
 Córdova (ciudad), 257.  
 Córdoba, Luis de, 133.  
 Cordobanes, 171.  
 Cornisas, 102. *Vid.* arquitectura.  
 Coro de la Catedral de San Juan, 101.  
 Coromandel, 244.  
 Corona Española 96, 140, 147, 167, 170, 171, 173, 174, 179.  
 Corozo (aovara), palma de, 247, 248.  
 Corral, 124. *Vid.* pesca.  
 Corrales de palizadas, 211.  
 Correa, Antonio de los Reyes, 95, 96.  
 Correos (buques), 154, 167.  
 Corrientes, Cabo de. *Vid.* Florida, Cabo de.  
 Corrientes marítimas, 2, 54, 55.  
 Corsarios, 93, 133; de San Cristó-

- bal, 87; ingleses, 92; españoles, 96; ataques, 88, 135.
- Corso, armamentos en: españoles, 74, 96, 97; criollos, 182; filibusteros, 90.
- Cortes: española, 15, 55, 57, 59, 64, 67, 73, 85; europeas, 63.
- Cortés, Hernán, 67, 68.
- Cosechas, 76, 121, 122, 135, 140, 141, 142, 152, 155, 157, 159, 160, 161, 162, 163, 165, 168, 169, 170, 200, 213, 232, 233, 234, 235, 240, 242.
- Costumbres. *Vid.* Caribes; Puerto Rico: habitantes, indios.
- Cotorras, 132, 163, 192, 202, 223.
- Coyures, palma, 249.
- Criaderos de ganado, 104.
- Criados (sirvientes), 15, 33, 191.
- Criollos, 5, 93, 108, 114, 120, 123, 127, 133, 142, 149, 151, 152, 153, 155, 156, 160, 161, 163, 168, 169, 170, 171, 177, 178, 181, 182, 184, 186, 188, 190, 191, 193, 200, 205, 206, 208, 213, 215, 216, 217, 218, 229, 237, 240, 247, 253. *Vid.* clases sociales.
- Cristal vitriólico, 228.
- Cristiano, 39, 42, 188.
- Cristo de la Salud, Ermita del, 101.
- Cromwell (Kromvel), 89.
- Cruz, Río de la, 54.
- "Cruzados". *Vid.* Colonos.
- Cuadras (cuartel), 102.
- Cuadrilla (bailarín), 189.
- Cuadros, 137.
- Cuadrúpedos, 21, 26, 192, 211, 212, 213, 218.
- Cuarteles: milicias, 121, 138, 148; tropa, 105; presidiarios, 101, 102.
- Cuartillos de real, 174.
- Cuartillo (medida), 242.
- Cuba, 1, 68, 78, Castillo del Morro, 87; indios, 53; Obispado, 258.
- Cubagua (isla), 74.
- Cubiertos (mesa), 186.
- Cubos de piedra de sillería, 105.
- Cubos, 124. *Vid.* pesca.
- Cucuyos, 111, 187, 217.
- Cucarachas, 100, 215, 217, 218.
- Cucharas, 25, 155, 186, 243, 246. *Vid.* utensilios.
- Cuchillos, 69.
- Cucubanos, 111, 187, 217.
- Cuchillas, 26, 80, 188, 189.
- Cuéllar Víctor, Diego, 64.
- Cuerda de tierra (medida), 52, 164, 174.
- Cuerdas (cordón), 163, 244; de barcos, 247, 248.
- Cueros, 57, 75, 89, 135, 136, 160, 167, 240, 242; silletas, 185.
- Cuerpo humano, 19, 21, 22, 23, 33, 68, 79, 82, 160, 182, 183, 184, 187, 206, 207, 208, 240, 245, 251, 252.
- Cuerpo eclesiástico (P.R.), extensión de, 149.
- Cuervos, 163, 192, 202, 223.
- Cuestas, 87, 99, 101, 103, 131.
- Culantro, 196, 253.
- Culebra, isla de, 110.

- Culebras, 82, 123, 214, 249.  
 Culebrillas, 222.  
 Culebrinas, Río, 7, 31, 33, 131, 132, 133, 134.  
 Cumaná, provincia de, 64, 255, 258.  
 Cupey, 113, 251.  
 Curandero, 253.  
*Curare*, 82, 252. *Vid.* venenos.  
 Curas, 113, 153, 154, 192, 193; salarios, 148; tenientes de, 148; párrocos, 139, 148.  
 Curato, provisión de, 146, 148, 153.  
 Curaçao, isla, 91.  
 Curbinatas, 108, 124, 224. *Vid.* peces.  
 Cureles, 224. *Vid.* peces.  
 Cuzco, ciudad, 257.
- Chagre (ciudad), 91.  
 Charcos, 53.  
 Chiapas, 239.  
*Chicha*, 28. *Vid.* Puerto Rico: Indios, bebidas.  
 Chiles. *Vid.* ajíes.  
 Chimenea, 24.  
 China, 244, 248, 249.  
 Chinchas, 251.  
 Chinchorro de cordales, 183. *Vid.* Puerto Rico: habitantes, mobiliario.  
 Chinelas, 187, 189.  
 Chinos, 225.  
*Chisgas*, indios tuneños, 219.  
*Chubascos*. *Vid.* aguaceros.
- Daguao, pueblo, 71, 72; río, 7, 64, 71, 110, 226.  
 Dajao, 114. *Vid.* peces.  
 Damas, 182, 187, 217.  
 Danambuc (francés), 82.  
 Danzantes, 27, 28. *Vid.* Puerto Rico: Indios, diversiones.  
 Darién, indios del, 91.  
 Dátiles, palma de, 249, 250.  
 Deán de la Catedral de La Española, 256.  
 Decoración, 79, 80, 100, 101, 185. *Vid.* viviendas.  
 Deidades, 26, 27, 79, 80. *Vid.* Caribes, religión; Puerto Rico: Indios, religión.  
 Delantal, 23. *Vid.* Vestuario.  
 Delitos, 20, 24, 29, 146, 149. *Vid.* Puerto Rico: Indios.  
 Derechos reales. *Vid.* arbitrios.  
 Derrotas, 57, 58, 59, 68, 69, 85, 86, 87, 140. *Vid.* Puerto Rico: Indios, sublevación.  
 Derrumbaderos, 86.  
 Desacomodados, 152, 154, 155, 157. *Vid.* clases sociales.  
 Desavenencias entre españoles, 57, 58, 60, 61, 64, 72.  
 Descendientes: de europeos, 182; de españoles, 46, 47; de indios, 30, 77, 86.  
 Descubridores, 211.  
 Desecheo, Isla del, 7, 136.  
 Deserciones (de esclavos), 148.  
 Desiertos (Colombia), 255.  
 Despoblación, 62, 63, 64, 65, 72, 73, 75, 76, 77, 78, 86, 97, 151,

# I N D I C E A N A L I T I C O

- 152, 164, 178, 227; España, 133; Desecheo, 136; Vieques, 110.
- Destacamentos, 39, 105; de milicias, 157.
- Destierro de presidiarios solteros, 154.
- Deudas, 148, 149, 163.
- Devotos, 138.
- Dialectos, 80. *Vid.* Caribes.
- Diarreas, 208, 245. *Vid.* enfermedades.
- Díaz, Miguel (alguacil mayor), 15, 16, 31, 50, 51, 57.
- Diepa, 91.
- Dieta, 27.
- Diezmos, 49, 50, 51, 174, 176; arrendamiento de, 148; de minas, 64. *Vid.* arbitrios.
- Difuntos, 190, 193, 198.
- Digestión, 187, 208, 240.
- Dignidades: eclesiásticas, 51; San Juan, Catedral de, 256.
- Dijes, 23, 29.
- Dinamarqueses: posesiones antillanas, 167; comercio, 167.
- Dinero, 91, 157, 169, 170, 174, 188, 240, 260.
- Diócesis de Puerto Rico, 49, 50, 102, 255, 256, 260.
- Dioscorides, tratado botánica, 253.
- Diques, 2, 104.
- Disfraz, 34.
- Distrito: eclesiástico, 139; indios, 22, 32, 35.
- Disentería, 207. *Vid.* enfermedades.
- Diversiones. *Vid.* Caribes; Puerto Rico: habitantes, indios.
- Divisa. *Vid.* Puerto Rico, escudo de armas.
- Doctrina cristiana, 193.
- Dolencias. *Vid.* enfermedades.
- Dolores de cabeza, 197, 244. *Vid.* enfermedades.
- Dominica, isla, 77; descubrimiento, 9, 79; caribes de, 79.
- Dominicos, 237. *Vid.* plátanos.
- Dominicos, 72, 139, 257; Conventos de, 101; propiedades, 149; conventos en Martinica, 157, 158.
- Doradilla (planta), 253.
- Dormitorios, 50, 100, 112, 185, 189.
- Dote, 155.
- Dragos (árbol), 108, 170.
- Drake, Francisco, 85.
- Dualismo, 79. *Vid.* Puerto Rico: Indios, religión.
- Dufresne, José (gob.), 46, 263.
- Dulces, 171, 206, 244, 245, 249.
- Durango, Obispado de, 258.
- Ebanistería, 100.
- Ecija, ciudad de, 15.
- Eclesiásticos, 147.
- Ecuador (geog.), 2, 19.
- Edificios, 198, 203, 214, 215, 229; privados, 101, 102, 103; públicos, 101, 102.
- Egipcios: pirámides, 229; sacerdotes, 2.
- Egipto, 252.
- Ejército: español, 35, 37, 38, 41, 42, 43, 47, 68, 69, 94, 96; indí-

gena, 28, 35, 37, 41, 42, 43, 44, 48. *Vid.* tropas.  
 Emajagua, árbol de, 25, 127, 244.  
 Embarcaciones, 85, 91, 116, 126, 167, 198, 202, 251. *Vid.* barcos, buques, canoas, navíos, piraguas, bajeles.  
 Embarcadero, 121.  
 Emboscadas, 28, 32, 33, 35, 39, 41, 42, 43, 60, 94. *Vid.* Puerto Rico: Indios, sublevación.  
 Embriaguez, 27, 28, 81, 248.  
 Emigraciones de Puerto Rico, 65, 72, 73, 75, 76, 77, 78, 86.  
 Empalizadas, 212.  
 Empleos, 47, 50, 51, 72, 86; provisor en segundas, 147; teniente a guerra, 148.  
 Encañizados, 124. *Vid.* pesca.  
 Encomenderos, 73.  
 Encomiendas: indios, 17, 31, 32, 50, 57, 72, 73, 123; tierras, 73.  
 Encas (bejucos), 224.  
 Enemigos, 28, 37, 38, 39, 41, 42, 43, 57, 58, 60, 61, 81, 85, 86, 87, 90, 96, 104, 107, 123, 140, 173, 198.  
 Enfermedades, 19, 20, 27, 61, 62, 102, 107, 143, 182, 183, 186, 187, 196, 202, 203, 205, 209, 215, 233, 240, 244, 245, 246, 248, 249, 250, 251, 252, 253; intercúricas 115, 116.  
 Enfermos, 27, 102, 139, 149, 181, 193, 205, 206, 207, 208, 209, 215, 219, 253, 260.  
 Enrique, Don (cacique), 73.

Enriquez, Juan, 71.  
 Ensalada, 249.  
 Ensenadas, 7, 105, 138.  
 Enseñanza: indios, 73; niños, 50, 73.  
 Entierros, 193.  
 Entumescencias, 207. *Vid.* enfermedades.  
 Envases. *Vid.* pipas, frascos, barniles.  
 Envenenamientos, 82, 107, 183, 233, 251, 252.  
 Epidemias, 20, 61, 62, 63, 64, 85, 193, 206, 207, 208. *Vid.* bubas, viruelas.  
 Epilepsia, 246. *Vid.* Enfermedades.  
 Epístola, nave de la, 101, 251. *Vid.* San Juan, Catedral de.  
 Equitación, 182, 187.  
 Erario, ascensor del, 147.  
 Erizos, 224.  
 Ermitas: Altagracia, Nuestra Señora de, 114; Balbanera, Nuestra Señora de, 114; Coamo, 114; Cristo de la Salud, 101; Espinar, Nuestra Señora del, 133, 134, 202; Santa Ana, 101.  
 Erosión, 199, 227.  
 Escaleras, 112, 188, 189.  
 Escapulario, 187.  
 Escarabajos, 217.  
 Esclavitud, 9; caribe, 50, 64, 69; indios (P. R.), 24, 34; negra: *Vid.* esclavos.  
 Esclavos, 35, 39, 48, 49, 76, 77, 90, 91, 120, 121, 151, 158, 161, 162, 174, 184; alimentación, 160, 183; Asiento, Compañía del,



- 104, 167, 168, 179; carimbo, 169, 174, 176, 179; religión, 183; contrabando de, 168, 169, 179; diversiones, 183; enfermedades, 207, 208; deserciones, 147, 148; libres, 107, 108, 153, 154, 156, 182; matrimonio, 77, 181; mobiliario, 183; sublevación, 71, 72; tráfico, 64, 157, 160, 167, 168, 170, 179, 182, 221; trato, 183, 188, 208; vestuario, 183; viviendas, 100, 107, 183; servicio doméstico, 183, 188, 189. *Vid.* negros.
- Escollos, 140, 141.
- Escopetas, 192, 222.
- Escorbuto (remedio contra), 244, 245.
- Escorpiones, 215.
- Escribano: cabildo secular, 146; teniente a guerra, 148.
- Escuadras: holandesas, 87, española, 87; filibusteros, 93, 94; inglesa, 95.
- Escuadrón español, 43.
- Escudillas, 25, 186. *Vid.* utensilios.
- Escudos de armas: Carlos V., 256; Ponce de León, Juan, 46; Puerto Rico, 50.
- Escuelas, 188, 193.
- Espadas, 33, 35 86. *Vid.* armas.
- España, 10, 15, 16, 29, 31, 45, 50, 51, 55, 61, 63, 64, 68, 72, 78, 85, 87, 89, 97, 130, 133, 154, 158, 167, 168, 169, 171, 178, 181, 187, 212, 213, 216, 217, 223, 232, 233, 236, 237, 244, 245, 256, 257.
- España, José, 241.
- Española, La, 31, 39, 91, 256. *Vid.* Santo Domingo, isla de.
- Españoles, 9, 10, 13, 14, 15, 16, 17, 20, 21, 29, 30, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 41, 42, 43, 45, 47, 48, 49, 53, 54, 57, 58, 59, 60, 62, 64, 65, 67, 68, 69, 71, 72, 75, 76, 77, 78, 79, 86, 87, 88, 90, 91, 93, 99, 100, 112, 133, 135, 145, 146, 151, 154, 158, 167, 170, 181, 182, 184, 191, 201, 207, 208, 211, 213, 227, 230, 234, 237, 253, 261.
- Especies aromáticas, 239, 240, 241.
- Específicos. *Vid.* medicamentos.
- Espërma, 243. *Vid.* cera.
- Espías españoles, 24, 37, 38, 41.
- Espinar, Ermita de Nuestra Señora del, 133, 134, 202.
- Espigas, arroz, 162.
- Espinillo (árbol), 250.
- Espíritu Santo, Río, 108, 109.
- Esposas, 133, 155.
- Espuelas de plata, 190, 191. *Vid.* arnés.
- Esquivo (Esquibo), 242, 255.
- Establecimientos (colonias), 9, 13, 53, 54, 55, 67, 68, 69, 71, 75, 87, 89, 90, 92, 93, 97, 109, 154, 155, 156, 157.
- Estacas, 80, 100, 123, 124.
- Estado (medida), 234, 253.
- Estado, 159; Español, 69, 86, 111,

# I N D I C E A N A L I T I C O

149, 154, 176, 177, 179, 193.  
 Estancias, 35, 58, 78, 121, 123, 126, 130, 131, 134, 136, 137, 152, 154, 177, 187, 212, 218.  
*Vid.* haciendas, hatos.  
 Estaño, 64, 205, 227; minas de, 141.  
 Estatuas. *Vid.* Puerto Rico: Indios, religión.  
 Estómago, 81, 187, 208, 240, 245.  
 Estopa, 29, 248, 249.  
 Estopón, 249.  
 Estrellas (de mar), 224.  
 Estrécs (Estren) Jean, Conde de, 95.  
 Estribos de plata, 190, 191. *Vid.* arnes.  
 Etiopía (Alta), 232.  
 Europa, 10, 63, 73, 163, 181, 196, 197, 213, 216, 217, 227, 232, 237, 240, 243, 244, 253.  
 Europeos, 1, 62, 63, 79, 156, 181, 182, 187, 206, 207, 225, 253.  
*Vid.* clases sociales.  
 Evacuaciones de sangre, 143, 208.  
 Evaporación, 197.  
 Exenciones, 148, 149. *Vid.* arbitrios.  
 Exhalaciones, 62, 197, 200, 205, 206, 207; sulfúreas, 226; salitrosas, 226.  
 Expediciones, 14, 23, 37, 38, 42, 43, 47, 53, 54, 55, 59, 64, 67, 68, 75, 77, 78, 87, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 96, 182.  
 Expedicionarios, 53, 54, 59, 64, 75, 77, 78.

Exportación, 142, 160, 167, 168, 170, 171, 250; derechos de, 174, 175, 178. *Vid.* comercio.  
 Expresidarios, 156.  
 Extorsiones, 87.  
 Extranjeros, 20, 78, 85, 87, 97, 123, 141, 142, 208, 234, 241, 255.  
*Vid.* comercio, contrabando.  
 Extremadura, Zalamca, 228.  
 Extremaunción, 193. *Vid.* sacramentos.  
 Fábricas, 168.  
 Fachadas, 102.  
 Faenas, 212, 225.  
 Fajardo: pueblo, 108, 110: iglesia, 109; vecinos, 109; partido: censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153; isletas, 6; puerto, 6, 109, 110; río, 8, 109.  
 Familias: caribes, 80, 81; españolas, 45, 46, 47, 59; francesas, 157; indígenas cubanas, 53; indígenas de Puerto Rico, 151; inglesas, 157. *Vid.* Puerto Rico, habitantes.  
 Feligreses, 148, 149, 192, 193, 255, 256, 257, 258. *Vid.* devotos, fieles.  
 Felipe El Hermoso, 15.  
 Felipe II, 69, 86.  
 Felipe III, 102.  
 Felipe IV, 87.  
 Felipe V, 96, 140.

- Ferías, 133.
- Fernando El Católico, 15, 16, 31, 35, 46, 49, 50, 55, 59, 61, 261.
- Festividades (relig.), 113.
- Fieles, 137, 138.
- Fieras, 90, 111.
- Fiestas: Pascuas, 190; Carnestolendas, 190; Patronales, 190: San Juan, 190, 235; San Pedro, 190; San Mateo, 190.
- Figueroa, Lcdo, 64.
- Figueroa, Baltazar de (gob.), 262.
- Filibusteros, 89, 90, 91, 92, 93, 94.
- Fiscales: de la Audiencia de Santo Domingo, 51; del Tribunal Eclesiástico, 147.
- Físicos (científico) 2, 115, 196, 199, 205, 209, 225, 228.
- Flamencos (aves), 110, 223, 224.
- Flechas, 20, 25, 33, 35, 48, 58, 77, 81, 82. *Vid.* armas.
- Fletes, derechos sobre, 168.
- Flores, 10, 132; algodón, 234; ma-runguey, 143; cañafistula, 251; café, 232; plátano, 236; cacao, 235; jazmín, 232.
- Florida, La, 216, 243; Adelantado, 46, 55, 59, 60, 61, 67, 68, 69; descubrimiento de, 46, 53, 54, 67; indios, 46, 67, 69: carácter, 54, 68; comunidades, 80, 53; constitución física, 68; ocupa-ciones, 68; organización política, 68; golfo de, 54; ríos, 53, 54.
- Flotas, 7, 10, 85, 95, 97, 132, 133, 154.
- Flotistas españoles, 133.
- Fondeaderos, 131, 136.
- Forajidos, 89.
- Forasteros, 123, 182, 183.
- Fortaleza, La, 102, 103, 104.
- Fortalezas, 59, 64, 73, 76, 105; fran-cesas en Florida, 69. *Vid.* mura-llas, castillos.
- Fort-Rouge, 69.
- Fortín de la Navidad, 13.
- Fortificaciones, 92, 94, 102, 103, 104, 105, 107, 141, 147, 173, 176. *Vid.* murallas, castillos, for-talezas.
- Fosas, 27.
- Fósiles, 229.
- Fosos, 100, 103. *Vid.* San Cristóbal, Castillo de.
- Fragatas, 116, 137. *Vid.* embarcacio-nes.
- Franceses, 69, 83, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 158; ataques, 48, 74, (1625), 82; colonias, 157, 167, 179, 242, 255; comercio, 167; embarcaciones, 167; guerra con españoles, 69; piratería, 74, 75, 82, 88.
- Francia, 89, 243; Sables de Olone, 91; guerra con Holanda (1650), 92.
- Francisco, Don (padrastro de Agüeynaba), 14, 31.
- Franco, Tomás (gob.), 262.
- Franciscanos, 149, 259; convento de, 101. *Vid.* San Francisco, or-den de.

- Fraudes, 148.  
 Frenos de plata, 190. *Vid.* arnés.  
 Frijoles, 107, 108, 109, 122, 125, 131, 132, 136, 138, 152, 155, 159, 162, 163, 195.  
 Frisones, 212. *Vid.* caballos.  
 Frontispicio, 102. *Vid.* arquitectura.  
 Froylán, Francisco (cura), 153.  
 Frutas, 28, 108, 109, 111, 117, 120, 121, 124, 125, 132, 133, 140, 142, 143, 152, 155, 195, 196, 207, 208, 209, 222, 223, 232, 234, 235, 236, 237, 244, 245, 246, 248, 249.  
 Frutos, 3, 5, 15, 69, 75, 97, 109, 110, 111, 112, 113, 116, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 131, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 140, 142, 143, 152, 156, 157, 158, 159, 160, 162, 163, 164, 167, 168, 169, 170, 171, 173, 175, 177, 178, 195, 196, 198, 200, 202, 213, 232, 234, 235, 236, 237.  
 Fuentes, 189. *Vid.* utensilios.  
 Fuentes, 100, 115, 200; Aguilar 105; Baños de Coamo, 114, 115, 116; de la juventud, 46, 53, 54, 55, 67.  
 Fuero militar, 149.  
 Fuertes, 69.  
 Fuerzas navales, 75, 87; francesas, 92.  
 Funerales. *Vid.* Puerto Rico: Indios, prácticas funerarias.  
 Fusilería, tiros de, 90, 104.  
*Gala, dar la*, 189.  
 Galas, 191. *Vid.* adornos.  
 Gallaretas, 124, 222.  
 Gallinas, 25, 131; de guinea, 100, 192, 221; comunes, 100, 192, 221.  
 Gallinero, 221.  
 Gallos, 221; peleas de, 188.  
 Galones, 168; de oro, 187, 190.  
 Gálvez, Bernardo, 69.  
 Gama, Antonio de la, Lic., 61, 73, 261.  
 Ganado, 3, 9, 15, 58, 59, 72, 75, 76, 78, 82, 90, 104, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 116, 117, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 130, 131, 135, 136, 137, 138, 140, 141, 142, 143, 149, 159, 164, 165, 168, 171, 183, 198, 200, 202, 211, 212, 213, 218; tabla de, 165. *Vid.* caballos, cerdos, mulas, vacas.  
 Ganancias (comercio), 168, 170.  
 García, Fray Bartolomé (obispo), 258.  
 García de Escañuela, Fray Bartolomé (obis.) 258.  
 García (Garcí) Troche, Gaspar, 64.  
 García (Garcí) Troche, Juan, 64.  
 García (Garcí) Villadiego, 64.  
 Garrapatas, 142, 219.  
 Garzas, 124, 222, 223.  
 Gascuña, 69.  
 Gato, Punta del, 143.  
 Galia (Gaula), 2.

- Gavias, 93.  
 Gaviotas, 132.  
 Géneros comerciales. *Vid.* artículos comerciales.  
 Genoveses, 221.  
 Gibraltar (Tierra Firme), 91.  
 Gil, Juan, 37, 47, 64.  
 Giro comercial. *Vid.* comercio.  
 Glorietas, 10.  
 Gobernadores. *Vid.* Puerto Rico, administración insular.  
 Gobiernos civil español, 145, 146.  
 Golfos: de Honduras, 8, 78; de Maracaibo, 1; de México, 1, 8, 78.  
 Gongolies, 215.  
 González, José (cura), 153.  
 González Juan (intérprete), 34, 35.  
 González, Tiburcio (cura), 153.  
 Gosques, casta de, 213.  
 Gota, 248, 251. *Vid.* enfermedades.  
 Gourgue, Domingo, 69.  
 Goycoa, Don Juan José, 240.  
 Grana, palma reales de, 116, 117, 124, 212, 223, 249, 250.  
 Granadillos, 232.  
 Granados, 195, 237.  
 Granados, Francisco (gob.), 262.  
 Gran Canaria, 237.  
 Granja Real, 35, 73, 123.  
 Granjerías, 15, 17, 25, 36, 57, 60, 113, 120, 121, 123, 130, 216.  
 Grañones, 212.  
 Griegos, 137, 173, 253.  
 Grillos, 217.  
 Guabá, 215.  
 Guacas (pirámides), Perú, 229.  
 Guadalupe, isla, 10, 64; descubrimiento, 9, 79; caribes, 9, 60, 61, 63, 79.  
 Guadianillas, isletas, 93.  
 "Guadilla", 10.  
 Guaira, puerto de La, 241.  
 Guaitias, 14.  
 Guajataca, Río, 6, 131.  
 Guanábanas, 111, 124, 232, 245.  
 Guanajivos (Juánajivos), Río, 7, 49, 138, 139, 140.  
 Guancanagarí (cacique), 13.  
 Guánica: ataque inglés (1743), 140; bahía de, 7, 17, 139, 140, 141; puerto de, 140; río, 7, 140; población en: 17, 31, 49. *Vid.* Sotomayor, Villa de.  
 Guano (árbol), 113; 251; lana de, 170, 185, 251.  
 Guao (árbol), 251, 252.  
 Guaorabo (Guaravo), Río, 7, 17, 32, 135, 136. *Vid.* Añasco, Río de.  
 Guaraunos, indios, 247.  
 Guarda almacén, sueldo de, 175.  
 Guardacostas, 170.  
 Guarda mayor, 241; sueldo, 175.  
 Guarda de Rentas, sueldo de, 175.  
 Guardias: cuerpo de, 105; española, 93; milicias, 157; milicias urbanas, 95, 96, 147.  
 Guarico: contrabando con, 135; comercio con, 130, 140; franceses en, 158.  
 Guarida, 90.  
 Guarionex (Guaynoex), 32, 35.  
 Guarnición: regimiento de, 176;

- San Juan, 105, 156, 198; de tropa, 13, 92, 198.
- Guayabas, 78, 111, 124, 209, 232, 246.
- Guayacán, 63, 143, 170, 250.
- Guayama, pueblo, 5, 6, 64, 110, 113, 114, 116; iglesia, 112; milicias disciplinadas, 113; partido: censo poblacional, (1776), 153; censo de producción, 165; puerto, 111; río de, 7, 111, 142.
- Guayán, 113.
- Guayanas, 80; Nueva, 255; Vieja, 241, 255.
- Guayanés, Río, 7, 111.
- Guayanilla: bahía de, 141; río, 7.
- Guayaquil, astillero de, 248.
- Guaynabo (Buinabo), pueblo: cárcel pública, 121; cuartel de milicias, 121; iglesia, 121; milicias disciplinadas, 124; parroquia, 121, 124; partido, 121, 122; censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153.
- Guazo, Mateo de (gobernador), 263.
- Guerra, auditor de, 147. *Vid.* Puerto Rico, administración insular.
- Guerra: pertrechos de, 86; navíos de, 93.
- Guerras, 41, 45, 68, 75, 89, 105, 151, 182, 198; caribes, 58, 59, 60; a caribes 47, 48, 72, 77, 85; civiles, 62; conquistadora, 67; españoles y franceses, 69; España (1776), 179; Francia y Holanda (1650), 92; indígenas, 20, 22, 25, 27, 28; Siete años, 69, 97. *Vid.* Puerto Rico: Indios, sublevación.
- Guias indígenas, 33, 34, 35.
- Guilarte, Juan, 64.
- Guiluz, Martín, 48.
- Guindas, 237.
- Guinea, 221; negros, 207, 208.
- Guinea, gallinas de, 100, 192, 221, 222.
- Guineos, 236. *Vid.* plátanos.
- Guitior (Parime), 255.
- Guitarrillo, 189. *Vid.* instrumentos musicales.
- Gumilla, Padre, 219.
- Gusanos, 143, 251.
- Gusarapos, 222.
- Guzmán, Cristóbal de, 76, 77.
- Habana, La, 46, 171, 216, 245; puerto, 87.
- Habas, 236, 244, 251.
- Habilitación de puertos, 170. San Juan, 169.
- Habitaciones, 100, 102, 103, 112, 113, 185, 189, 250.
- Habitantes. *Vid.* Puerto Rico.
- Hábito (vestuario), 260.
- Hacendados, 122, 125, 140, 161, 174,
- Hachas, 93, 159; de mano: *Vid.* macanas; de pedernal, 25. *Vid.* armas.
- Haciendas, 32, 48, 57, 58, 59, 60, 65, 76, 77, 81, 107, 108, 112,

- 113, 114, 116, 119, 120, 121, 122, 123, 133, 134, 137, 140, 142, 148, 149, 152, 154, 155, 156, 158, 161, 169, 170, 179, 193, 200, 234, 237, 241; censo de 165.
- Hamacas** (jamaca), 25, 26, 29, 100, 101, 155, 161, 163, 171, 185, 188, 189, 192, 218; de algodón, 80.
- Hambre** 3, 13, 21, 26, 35, 77, 130, 162, 182, 186, 192, 202.
- Harinas**, 136, 168, 189, 198; comercio de, 167, 168, 179; marun-guey, 143; café, 232.
- Haro**, Juan de (gob.), 86, 262.
- Hartones**, 236, 237. *Vid.* plátanos.
- Hatos**, 109, 110, 111, 120, 130, 134, 136, 141, 151, 152, 213; censo de, 165.
- Helecho**, 244.
- Hemisferios**, 63.
- Hendrikszoom**, Boudewyn (Enrique, Balduino), 86, 102, 256.
- Henríquez**, Enrique, 262.
- Herpe**, 115, 116. *Vid.* enfermedades.
- Herrera**, Río, 6, 108.
- Herrera** (cronista), 16, 46, 47.
- Hicacos**, 108, 209.
- Hicacos**, islotes de, 6, 110.
- Hidropesía**, 207, 240. *Vid.* enfermedades.
- Hierro**, 101, 112, 113, 115, 198, 205, 226, 228, 229; de lanza, 218, 251.
- Higos**, 236.
- Higüera** (jigüera), 25, 132, 155, 186; utensilios de, 246.
- Higueras**, 195, 237, 244, 245.
- Higuereta** (jiguereta) aceite de, 244.
- Higüey**, Provincia de: indios, 14; teniente de gobernador, 13, 45.
- Historia natural**: reino animal 211-219, 221-224; reino mineral, 225-230, reino vegetal 231-237, 239-246, 247-254.
- Holanda**: guerra con Francia (1650), 92; independencia, 89.
- Holandeses**, 82, 83, 89, 92; ataques, 48, 85, 86, 87, 102, 256; colonias, 167, 242, 255; comercio, 240, 241; piratas, 88.
- Hombres**, 38, 187, 189, 190, 191, 214, 218; indígenas, 26, 28, 29, 31.
- Hombres de armas**, 43. *Vid.* soldados.
- Honduras**, Golfo de, 8, 78.
- Horacio**, *Odas 5ta. del libro I*, 137.
- Horcones**, 25.
- Horma de barro**, 233.
- Hormigas**, 214, 215; plagas, 61, 62, 87, 123, 216.
- Hormigueros**, 214.
- Hormigueros**, montañas de, 137, 138.
- Hornillos**, 100.
- Hornos**, 121.
- Hospedería**, casa de, 138.
- Hospitales**, 50, 87, 103; de convalecientes para la tropa, 122; de

- Nuestra Señora de la Concepción, 102, 175, 259, 260; del Rey, 102, 175.
- Hospitalillo, 139.
- Huertas, 164.
- Huertecillos de verdura, 121, 122.
- Huertos, 100, 101.
- Huevos (gallinas de guinea), 222.
- Humacao (Jumacao); pueblo, 109, 111; iglesia, 110; parroquia, 110; partido, 110: censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153; río, 7, 64, 110, 111,
- Humedad 19, 21, 23, 25, 112, 195, 197, 198, 200, 205, 226, 231, 240.
- Huracanes, 2, 6, 75, 76, 85, 95, 97, 99, 113, 143, 159, 199, 203, 208; de 28 de agosto de 1772, 201, 202. *Vid.* tormentas.
- Hurtos, 20, 29, 154.
- Idioma, 2, 8. *Vid.* Caribes; Puerto Rico: Indios.
- Idolatría. *Vid.* Puerto Rico: Indios, religión.
- Idolos. *Vid.* ceníces.
- Iglesias, 50, 73, 76, 102, 107, 108, 109, 110, 112, 113, 114, 121, 125, 126, 127, 131, 132, 134, 136, 137, 138, 139, 142, 146, 148, 153, 191, 193, 215, 216, 251, 260; de conventos 101.
- Imagen de la Virgen María, 138.
- Importación, 167, 168, 171; derechos, 174, 175, 178, 179. *Vid.* comercio.
- Impuestos. *Vid.* arbitrios.
- Inapetencia, 208. *Vid.* enfermedades.
- Incas, 29.
- Incendios, 59, 65, 71, 74, 76, 82, 85, 87, 91.
- Incienso, 111, 251.
- Incesto, 20, 24.
- Incineración, 27.
- IncurSIONES: indígenas, 73; piratas, 73.
- India (Asia), 237.
- Indiana, sayas de, 187. *Vid.* telas.
- Indias Occidentales. *Vid.* América.
- Indias Orientales, 252.
- Indigestiones, 208. *Vid.* enfermedades.
- Indios, 53, 63, 68, 72, 73, 79, 80, 91, 233, 234, 244, 245, 246, 248, 249, 253; tunchos, 219. *Vid.* caribes; guaraunos; Florida, La; Puerto Rico; Santo Domingo.
- Indios de guerra, 33, 41.
- Indolencia, 21, 26, 71, 110, 111, 121, 159, 160, 171, 180, 182, 183, 185, 188.
- Industrias, 21, 120, 149, 160, 169, 170, 251.
- Inés, Doña (madre de Agüeynaba), 14, 31.
- Infantería. *Vid.* milicias, ejército.
- Inflamación, 215, 251, 252. *Vid.* enfermedades.



- Infusiones, 82, 196, 217, 240. *Vid.* medicamentos.
- Ingas, mina de piedras, 136, 228.
- Ingenieros, cuerpo de, 175.
- Ingenio (lugar), 17.
- Ingenios, 16, 108, 120, 121, 122, 126, 157, 158, 169, 171, 212; maquinaria de, 151.
- Inglaterra, 2, 64, 69, 89, 91, 95, 228, 243; colonias, 156, 157, 242.
- Ingleses: ataques, 45, 64, 82; (1595), 85; (1597), 85; (1702), 95, 96; (1743), 140; comercio, 95, 167, 242; contrabando, 168, 169, 179; corsarios, 92; escuadra, 95; flota, 85; fuertes, 69; guerra con España, 69; piratas, 85, 88; piratería, 64, 82, 85, 88, 92.
- Inmortalidad del alma, 24, 27. *Vid.* Puerto Rico: Indios, religión.
- Inmortalidad española, 17, 32, 33, 38, 135. *Vid.* Puerto Rico: Indios, sublevación.
- Inmunidad personal (clero), 149.
- Inoculación, 62.
- Inquisición, Tribunal de, 72.
- Inquisidor: General (1523), 72, 256; de Indias, 51.
- Insectos, 23, 79, 99, 142, 163, 185, 196, 214, 216, 217, 218, 219, 224; plagas de, 221.
- Instrucción, 30, 123, 188, 193, 211. *Vid.* enseñanza.
- Instrumentos: agrícolas, 26, 151, 155, 157, 159, 160, 161, 162, 164, 170; caza, 247; industriales, 170; mineros, 226; musicales, 28, 163, 188, 189; pesca, 247.
- Interventor, sueldo del, 175.
- Inundaciones, 2, 3, 25, 76, 112, 113, 123, 124, 126, 127, 134, 135, 187, 197, 200, 202, 213, 225, 226.
- Inválidos, 38. *Vid.* lisiados.
- Invasiones, 86, 134.
- Isabela, puerto de la (P.R.), 131.
- Islas, 10, 46, 54, 209, 248; asiáticas, 241; inglesas, 242. *Vid.* Antillas.
- Isleños. *Vid.* criollos.
- Isletas, 6, 7, 116, 136, 141.
- Islotes, 7, 8, 110, 116, 138, 223, 224.
- Italia, 2.
- Jabón, 168. *Vid.* artículos comerciales.
- Jacaquas, Río, 6, 7, 116, 117, 119, 129, 139, 143, 144.
- Jacinto, flor del, 252.
- Jaeces, 190, 191. *Vid.* arnés.
- Jaguas (fruta), 22.
- Jamaica, 239, 240; Abad de, 257.
- Jamones, 168. *Vid.* artículos comerciales.
- Jardines, 10, 103, 164, 243, 244.
- Jarras, 155. *Vid.* utensilios.
- Jarros, 246. *Vid.* utensilios.
- Jaulas (pájaros), 223.
- Jaureyvo (cacique), 58, 59, 76, 77.
- Java, 205, 232.
- Jaycoa, montaña, 131, 132.

- Jazmín de España, 232.  
 Jengibre, 15, 57, 75, 160, 195, 196, 208, 241, 253.  
 Jergón de yerba, 185. *Vid.* camas.  
 Jerónimo (religioso), 256.  
 Jicoteas, 213.  
 Jiménez Pérez, Manuel (obispo), 102, 103, 260.  
 Jiménez, José (cura), 153.  
 Jinetes, 108, 190, 191, 192.  
 Jobos (árbol), 111, 246.  
 Jornadas, 169.  
 Jóvenes, 188.  
 Juan Martín, Río, 109.  
 Juana Díaz (poblado), 114.  
 Juancho, Francisco, 64.  
 Juanetes (barco), 93.  
 Juegos: peleas de gallos, 188; envite, 188. *Vid.* Puerto Rico: Indios, diversiones.  
 Juez, 148, 154; de apelación de Santo Domingo, 57; ordinario, 146; residencia, 61, 62, 72, 73, 146, 216; superior, 146; teniente a guerra, 147, 148. *Vid.* Puerto Rico, administración insular.  
 Jueyes, 152, 163; de tierra, 155.  
 Jugadores de pelota, 29. *Vid.* Puerto Rico: Indios, diversiones.  
 Juicios de residencia, 51, 59, 61, 72, 73, 146, 261.  
 Juncos (árbol), 224.  
 Juntas generales, 148. *Vid.* Puerto Rico, administración local.  
 Juntas de Real Hacienda, 146. *Vid.* Puerto Rico, administración insular.  
 Justicia, administración de, 5, 146, 149; ordinarias, 148; mayor, 47. *Vid.* Puerto Rico, administración insular.  
 Juárez (hijo), 33, 34.  
 Juárez, Pedro, 33.  
 Julio II (Papa), 49, 50.  
 Kamskatka, Península de: habitantes, 26, 164.  
 Labores, 162; agrícolas, 151, 159, 160, 162; domésticas, 183, 188.  
 Labranza, 82, 124, 142, 152, 154, 156, 158, 159, 161, 168, 170, 171, 174, 177, 178, 179, 195, 198, 202, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 240; instrumentos de, 26, 151, 155, 157, 159, 160, 161, 162, 164, 170. *Vid.* hachas, sales, machetes; método, 159, 160, 162, 163, 164, 234, 235, 236, 237. *Vid.* agricultura.  
 Labradores, 78, 152, 160, 161, 162, 163, 167, 169, 196, 214, 236. *Vid.* obreros, peones.  
 Lactancia, 207.  
 Ladrillos, 99; hornos de, 121.  
 Ladrones, 29, 154.  
 Lagartos, 26, 215.  
 Lago Ontario, colonos de, 127.  
 Lagunas, 62, 82, 108, 124, 134, 136, 191, 197, 205, 207, 213, 222; Martín Peña, 107.  
 Lajas, río de, 114.

- Lajas (piedras), 114.  
 Lana (tela), 195, 242; ceibo, 170, 185, 251; guano, 170, 185, 251; ovejas, 185.  
 Lanceta (espuela), 188.  
 Lanchas, 54, 94, 96, 105, 123.  
 Lanchones, 122, 133.  
 Lando (Olando), Francisco Manuel de, 62, 261.  
 Langostas, 136.  
 Languedoc, 91.  
 Lanzas, 58, 95; hierro de, 218, 251.  
 Lápida, 257.  
 Lapidarios, 228.  
 Lapones, 26.  
 Lascivia, 63.  
 Latas, 24. *Vid.* maderas.  
 Latifundio, 109, 110, 111, 124, 130, 151, 152, 177.  
 Látigos, 191.  
 Latitud, 6, 7, 92, 99, 255; Septentrional, 1.  
 Laurel (árbol), 126, 131, 232, 239.  
 Layvonito, montañas de, 8, 113, 114, 122.  
 Lazos, 130, 211, 212.  
 Lebrija, Alonso, 77.  
 Leche de vacas, 120, 133, 155, 163, 186, 189, 206, 212.  
 LeGrand, Pedro, 91.  
 Legumbres, 107, 108, 109, 122, 125, 131, 132, 133, 138, 140, 143, 152, 155, 159, 161, 195, 196, 198.  
 Leña, 54, 60, 140.  
 León, Juan de, 42, 43, 47, 48.  
 Lepra, 115. *Vid.* enfermedades.  
 Letargo, 252. *Vid.* envenenamiento.  
 Letrados, 147.  
 Levante, 143, 252.  
 Leyes, 89; españolas, 145; Castilla, 146; indígenas, 20.  
 Libertos, 154, 146. *Vid.* clases sociales.  
 Librería de la Secretaría del Consejo de Indias, 63.  
 Licor, 208, 248, 249, 251, 252. *Vid.* aguardiente, ron.  
 Lienzo (tela), 185, 187, 193, 243.  
 Limas (fruta), 125, 132, 246.  
 Limia (P. R.), 110.  
 Limones, 108, 111, 121, 124, 125, 127, 132, 140, 209, 232, 244, 246.  
 Limosnas, 257, 260.  
 Lisas, 10, 108, 124, 224. *Vid.* peces.  
 Lisiados, 21, 38, 90, 182. *Vid.* cojos, ciegos.  
 Lobo del Castillo, Fernando (obispo), 258.  
 Lobos, isletas de los, 6, 110.  
 Locke, 145.  
 Loisa (Loaisa), pueblo, 109; ataque caribe, 58; iglesia, 108; partido, 120: censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153; río, 6, 58, 64, 108, 120, 222, 226.  
 Lolonois, Francisco, 91.  
 Lomas, 103, 121, 122, 135, 136, 137, 139.  
 Longitud, 6, 7, 92; Occidental, 1.  
 López Adalid, Juan, 47, 48.

# I N D I C E A N A L I T I C O

- López de Angulo, Pedro, 58.  
 López Augusto de la Mata, Juan (obis.), 257.  
 López de Haro, Fray Damián, 257, 258.  
 López, Fray Urbano (obis.), 259.  
 López, Pedro, 48.  
 Loquillo (indio), 8.  
 Losua, Agustín de, 122.  
 Lucayas, islas, 54.  
 Luccernas, 111, 187, 217, 218. *Vid.* mariposas, cocuyos, cocubanos.  
 Luciano, Francisco (cura), 153.  
 Luisa, Doña (cacica), 48.  
 Luisiana, gobernador de, 69.  
 Lujos, 178, 185, 187.  
 Lunetas, 103, 104. *Vid.* arquitectura.  
 Luquillo (Loquillo): montaña de, 8, 48, 73, 108, 109, 125, 250; río, 6, 108, 226.  
  
 Llagas, 240, 250. *Vid.* enfermedades.  
 Llano y Zapata, José Eusebio de, 63.  
 Llantén, 253.  
 Llanuras, 2, 25, 86, 108, 109, 110, 112, 114, 117, 122, 123, 124, 125, 131, 134, 135, 138, 141, 142, 159.  
 Llovidos. *Vid.* polizón.  
 Lluvias, 2, 22, 25, 76, 105, 108, 113, 120, 122, 124, 131, 134, 185, 192, 195, 196, 197, 199, 226, 227, 232, 234, 239.  
  
 Mabodamaca (muca) (cacique), 41, 42.  
 Macanas, 25, 35, 77, 81. *Vid.* armas.  
 Machete, 111, 155, 159, 162.  
 Madera, isla, 2.  
 Maderas, 10, 24, 25, 93, 101, 104, 108, 110, 112, 113, 114, 120, 127, 129, 136, 140, 141, 142, 152, 170, 195, 214, 215, 234, 235, 239, 250, 251.  
 Madrid, 257.  
 Madrigueras: ratones, 123; culebras, 123, 214.  
 Maestres de campo, 262.  
 Magnoc. *Vid.* yuca.  
 Maíz, 26, 28, 110, 112, 114, 122, 125, 132, 136, 138, 143, 151, 155, 159, 163, 165, 171, 188, 214; pan, 162, 233.  
 Majaguas, Río, 7, 8, 110.  
 Mala Pascua, Cabo de, 7, 14, 111, 112, 142; puerto, 7.  
 Malagueta, 143, 167, 170. *Vid.* pimienta malagueta.  
 Mal de estómago, 207. *Vid.* enfermedades.  
 Mal gálico. *Vid.* bubas.  
 Malezas, 78, 86, 93, 94, 111, 129, 130, 131, 136, 137, 155, 159, 162, 163, 229.  
 Mamey (árbol), 111, 121.  
 Manabón, Río, 14, 226.  
 Manadas, 111, 212.  
 Manantiales, 100, 115, 202. *Vid.* Coamo, Baños de.  
 Manatí, 224. *Vid.* peces.

I N D I C E A N A L I T I C O

- Manatí, pueblo, 126; iglesia 125; partido: censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153; río, 6.
- Mandioca*. *Vid.* yuca.
- Manglar, punta de, 141; río, 7, 116.
- Manglares, 105.
- Mangles, 119.
- Maniobras militares: españolas, 31, 37, 38, 41, 42, 43, 86, 94, 95, 96; indígenas, 28, 31, 33, 37, 38, 41; inglesas, 85; holandesas, 86.
- Mann, isla de, 241.
- Mansión (almacenaje), 169, 211.
- Mansión de campo, 188. *Vid.* viviendas.
- Manso, Alonso (obis.) 49, 50, 51, 64, 256.
- Manteca, 236.
- Manteles, 186.
- Mantillas, 190. *Vid.* arnés.
- Mantillas, 187.
- Manufacturas, 167, 168, 234, 251.
- Manuscritos, 47, 63.
- Manutención, 152, 157, 188, 203.
- Manzanas, 237, 252.
- Manzanillo, 82, 107, 119, 252.
- Máquinas (ingenios), 120.
- Mar, brazo de, 119.
- Mar del Norte, islas del, 91.
- Mar del Sur, 91; islas del, 2.
- Mara, resina de, 251.
- Maracas (amaraca), 28, 189. *Vid.* instrumentos musicales.
- Maracaibo, 91; Golfo de, 1.
- Marcas, 6, 26, 108, 119, 122, 124, 135, 141, 199.
- Marejadas, 199, 202.
- Margarita, isla de, 171, 250, 255; Convento de San Francisco, 257.
- Margarita, Quebrada, 16.
- Marigalante, isla: descubrimiento, 9, 79; caribes, 79.
- Marina (servicio en la), 111.
- Marineros, 133, 160; de bote: sueldo, 175; franceses, 167.
- Mariposas, 111, 187, 216, 217.
- Mariscos, 26, 110, 119, 136, 192, 223, 224.
- Marismas, 124.
- Marquesitas, mina de piedras, 228, 229.
- Márquez, José (cura), 153.
- Martí, Mariano (obispo), 260.
- Martín Peña, caño, 107, 108; puente, 119.
- Martínez, José (obispo), 259.
- Martínez, de Matos, José (cura), 153.
- Martínez de Oneca, Pedro (obispo), 259.
- Martinica (isla): Convento de Padres Dominicos, 157, 158; puerto de San Pedro, 158; esclavos, 158; vecinos, 158.
- Marunguey, 156; pan, 143, 208; bollos, 143.
- Matas, 244. *Vid.* plantas.
- Materiales de construcción, 10, 24, 25, 99, 100, 101, 107, 112, 113, 155, 170, 185, 189, 192, 203, 233, 242, 249, 250, 251.
- Materiales metálicos, 229.
- Material piritoso, 228.

- Matos, Antonio de, 129.  
 Matrimonio (ceremonia), 23, 24, 73, 77, 146, 154, 185. *Vid.* Caribes; Puerto Rico: Indios, habitantes.  
 Mauabó, Río, 7, 111.  
 Mavagüez, pueblo: iglesia, 137; milicias disciplinadas 137, partido: censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153; puerto, 7, 137; río, 7, 136, 137, 226.  
 Mayorazgo, 133.  
 Mayorga, Francisco, 64.  
 Mayorga, Juan, 64.  
 Mazorcas. *Vid.* maíz, cacao.  
 Medalla de la Real Effigie, 96.  
 Medias, 187, 248.  
 Medicamentos, 53, 63, 115, 116, 195, 196, 206, 207, 208, 209, 216, 219, 239, 240, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253.  
 Medicina, 63, 207, 208, 240, 253.  
 Médicos, 63, 115, 116, 209, 240, 251, 253; sueldo de, 175.  
 Medina del Campo, 33.  
 Medio real, 189.  
 Mejía (cspañol), 59.  
 Mejías Guiluz, Juan, 48.  
 Melao (melado), 136, 140, 174; botijas de, 161, 165.  
 Meléndez Valdés, Diego (gob.), 261.  
 Melocotones, 237.  
 Melones, 108, 131, 143, 235, 245.  
 Membrillos, 237.  
 Menaje: de casa, 155; cocina, 186. *Vid.* Puerto Rico: Indios, utensilios.  
 Menchac (fuerte), 69.  
 Mendizábal, José (gob.), 262.  
 Mendoza, Cristóbal de, 57, 58, 59, 261.  
 Menéndez, Pedro (Cap.), 69.  
 Mercado, 168, 233. *Vid.* comercio.  
 Mercancías: extranjeras, 168; de lujo, impuestos sobre, 178. *Vid.* artículos comerciales.  
 Mercado, Alonso (gob.), 261.  
 Mercado, Fray Manuel de (obis.), 256.  
 Mercantilismo, 167.  
 Mercedario, 257, 258.  
 Mercy. *Vid.* Pajuil.  
 Mesadas de milicias, 157.  
 Metales, 64, 72, 73, 91, 108, 111, 112, 113, 115, 125, 137, 141, 157, 168, 169, 175, 190, 191, 198, 205, 225, 226, 227, 228; piezas de, 101.  
 Metcoros, 163.  
 México, 29, 251; golfo, 1, 8, 78; Reino, 67, 259; Situado, 175.  
 Miel, 163, 189; de abejas, 127; de cañas, 186.  
 Miguelillos (aves), 124.  
 Milicianos, 95, 96; exenciones a, 148, 149.  
 Milicias, 111, 115, 149, 157, 187; caballería, compañías de, 135, 136, 140, 191; cuartel, 121, 138, 148; cuerpo de: sueldo, 175; destacamento, 157; oficiales, 149;

- disciplinadas, 108, 113, 121, 135, 136, 138, 142, 147; caballería, compañía de, 105, 124, 140; infantería, compañía de, 105, 124, 137, 140; oficiales, 148, 157; vestuario de, 174, 176; urbanas, 95; compañías, 147; guardia, 95, 96, 147.
- Millán, Pedro (cura), 153.
- Mina (provincia), 183.
- Mina, 104. *Vid.* Morro, San Felipe del.
- Minas, 17, 32, 49, 51, 71, 73, 75, 76, 151, 226, 227; espato de cuarzo, 228; estaño, 141; instrumentos de, 226; marquesitas, piedras, 228, 229; piritas, piedras, 228, 229; plata, 141, 228; plomo, 228; oro, 15, 16, 64, 72, 141.
- Minerales, 125, 225, 230; sulfúreos, 115, 228.
- Mineralistas, 228.
- Minerología, 225; instrumentos de, 226; método, 227; reglas, 227, 228.
- Mineros, 227.
- Ministerio (español), 233.
- Ministros religiosos. *Vid.* bohiques.
- Miradores, 10. *Vid.* Puerto Rico: Indios, viviendas.
- Miraflores, isleta de: almacén de pólvora, 105.
- Mirica. *Vid.* cera, árbol de.
- Misas, 73, 113, 187, 192, 193; mayor, 191.
- Misioneros, 80.
- Misiones, 260; Casiquiare, 255; del Dorado, 255.
- Misisipí, 69.
- Mobila (fuerte), 69.
- Mobiliario. *Vid.* Caribes; Puerto Rico: habitantes, indios.
- Moca, pueblo, 133; iglesia, 134; partido: censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153.
- Mocezueto, 205, 206. *Vid.* enfermedades.
- Modas, 187, 189.
- Mojarras, 124, 224. *Vid.* peces.
- Moldes, 246.
- Molduras, 102. *Vid.* arquitectura.
- Molineró, Manuel (obispo), 258.
- Molinos, 161; de caña, 212. *Vid.* ingenios; de algodón, 234.
- Molucas, islas, 240, 241.
- Mompeller, 116.
- Mona, isla de, 7, 49, 64, 74, 77, 136.
- Monarquía española, 75, 193.
- Monasterios: San Pedro de Cardeña, 258; Santa María la Real de Nájera, 260.
- Moneda, 29.
- Monico (Monito) isla, 7, 77, 136.
- Monjas, propiedades de, 149; del Carmen Calzado, convento de, 101.
- Monjes: basilios, 258, 259; benitos, 258, 260.
- Monroy, Fray Alonso, (obispo), 257.

# I N D I C E A N A L I T I C O

- Monserrate, Santuario de Nuestra Señora de, 137, 138, 140.  
 Montañas, 1, 2, 5, 8, 19, 48, 73, 77, 108, 109, 113, 114, 122, 125, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 137, 138, 142, 143, 159, 195, 197, 201, 226, 228, 244.  
 Montbras, (filibustero), 91.  
 Monte Cristi, puerto, 13.  
 Montería, 186; perros de, 76, 212.  
 Montes, 62, 111, 112, 114, 120, 122, 126, 129, 133, 135, 141, 143, 155, 174, 202, 211, 216, 225, 227, 229, 240, 245.  
 Montesinos, Fray Antonio, 72.  
 Montesquieu, 145.  
 Monumentos, 229, 230.  
 Moradores. *Vid.* Puerto Rico, habitantes.  
 Mordeduras, 62, 215.  
 Moreno, Pedro (gob.), 61, 62, 261.  
 Morgan, Juan, 91.  
 Morla, Juan (gob.), 262.  
 Morriilo, Punta del, 126.  
 Morro, Castillo del (Cuba), 87.  
 Morro, San Felipe del, 86; Castellano del, sueldo, 175; Castillo, 85, 103, 104.  
 Morteros, batería de, 104.  
 Moscas, 116.  
 Moscoso, Comendador (gob.), 57, 58, 261.  
 Mosquete, 43. *Vid.* armas.  
 Mosquiteros de terciopelo, 190. *Vid.* amés.  
 Mosquitos, plaga de, 17, 23, 31, 99, 216, 217.  
 Mota Sarmiento, Iñigo de la, 92, 262.  
 Motones, 250. *Vid.* carruchas.  
 Muchachas, 163; indígenas, 9; españolas, 33, 34.  
 Múcura, 186, 248. *Vid.* calabazos.  
 Muebles, 100, 101, 155, 185, 186. *Vid.* Puerto Rico: habitantes, mobiliario.  
 Muelle de San Juan, 104.  
 Muesas Miguel de (gob.), 114, 263.  
 Mujeres, 60, 182, 187, 188, 189, 190, 191, 217; caribes, 80; indígenas, 9, 22, 23, 24, 26, 27, 28, 29, 34, 80; panameñas, 198.  
 Mulas, 108, 109, 117, 126, 127, 160, 165, 212. *Vid.* ganado.  
 Mulatos (barrio), 125.  
 Mulatos, 100, 182, 184. *Vid.* clases sociales.  
 Municiones, 68, 73, 86, 89, 90.  
 Muñoz de Zepeda, José (cura), 153.  
 Muñoz Zepeda, Martín (cura), 153.  
 Murallas de San Juan, 86, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 215, 262.  
 Murciélagos, 26; sangradores, 218; comunes, 218.  
 Murenas, 224. *Vid.* peces.  
 Muriche, palma, 247.  
 Muriel, Diego, 73.  
 Musas, 237. *Vid.* plátanos.  
 Música, 27, 28, 183, 190. *Vid.* Puerto Rico: habitantes, indios: diversiones.



# I N D I C E A N A L I T I C O

- Nabos, 233.  
 Nacar, 224.  
 Nacimientos, 27, 190.  
 Naciones, 73, 158, 167, 174, 181, 225, 239.  
 Nanclares, Domingo (gob.), 262.  
 Nápoles, 89.  
 Naranjo, Francisco (obispo), 258.  
 Naranjos, 108, 111, 121, 124, 125, 127, 132, 140, 209, 232, 246.  
 Naturales. *Vid.* criollos.  
 Naturalistas, 196, 226; academias de, 211.  
 Naufragios, 78, 89, 93, 95, 97, 202.  
 Navarra, Reino de, 259.  
 Navegación, 25, 53, 54, 55, 97, 133, 247; por río, 122, 123, 134, 222.  
 Navegantes, 2, 8.  
 Navidad, 235.  
 Navíos, 7, 9, 49, 53, 59, 60, 64, 67, 68, 78, 86, 87, 90, 91, 93, 94, 104, 105, 116, 131, 132, 133, 141, 154, 163, 213; de guerra, 93. *Vid.* embarcaciones, barcos, buques, piraguas, canoas.  
 Neblina, 115, 202.  
 Negrones (barrio), 125.  
 Negros, 8, 19, 20, 22, 181, 184, 221, 233, 244, 249, 253; enfermedades, 207, 208; libres, 107, 108, 153, 154, 182; viviendas, 100, 107, 183. *Vid.* esclavos y clases sociales.  
 Neptuno (templo de), 137.  
 Niguas, 142, 218, 219.  
 Niños, 62; enseñanza de, 73; enfermedades, 205 - 206.  
 Nitro, 115.  
 Nogal, 113, 126, 131, 232.  
 Nobleza, 191. *Vid.* clases sociales.  
 Notarios del Tribunal Eclesiástico, 147.  
 Nueva Barcelona (provincia), 255.  
 Nueva Zelandia, 2.  
 Nuevo Mundo. *Vid.* América.  
 Nuez, 234; de especie, 111, 113, 127, 143, 170, 195, 209, 240; moscada, 241.  
 Names, 186.  
 Obispos, 49, 50, 51, 64, 102, 103, 148, 255 - 260.  
 Obispado de Puerto Rico, 49, 50, 51, 256, 257, 258; *anejos*, 255, 259, 260; Tribunal Eclesiástico, 147.  
 Obreros agrícolas, 114.  
 Océanos, 2; Atlántico, 1, 5, 201, 225.  
 Ochoa de Castro, Sancho (gob.), 261.  
 Ocón, Bartolomé, 48.  
 Ocupación. *Vid.* Caribes; Puerto Rico: habitantes, indios.  
 Oficiales reales, 57, 59, 60, 73, 103, 146; mayor: provisor en segunda, 147.  
 Oficinas, 102, 103, 104.  
 Oficios (empleos), 51, 59, 177, 188; eclesiásticos, 255, 256, 257.  
 Ofrendas, 26, 27.

- Ogerón, Beltrán, 89, 92; ataque a Puerto Rico, 93-94.
- Oidores, 61, 62.
- Ojeda, Alonso, 39, 46, 47.
- Olanes, 187. *Vid.* telas.
- Olivas, aceite de, 244.
- Olivos, 242.
- Ollas, 82, 155, 186, 242-243, 245. *Vid.* utensilios.
- Olma francesa (medida), 168.
- Oms, 242.
- Ontario, colonos del Lago, 127.
- Oráculo. *Vid.* cemies.
- Ordenes: Alcántara, 13; del Carmen, 257; de la Merced, 257, 258; de la Santísima Trinidad, 257, 258, 259; Monjas, del Carmen Calzad: convento, 101; San Agustín, 256, 257; San Francisco, 50, 256, 259; Santo Domingo, 72, 257.
- Ordenes reales, 74, 147, 148, 157, 177; esclavitud caribe, 59, 64, 72, 73; sobre libertad de indios, 72; sobre enseñanza de indios y niños, 73; construcción fortaleza, 59, 73, 76.
- Orina, 207.
- Orinoco, Río, 241, 247, 255, 259, 260.
- Ornamentación, 244; de iglesias, 50, 260; de viviendas, 79, 80, 100, 101, 185.
- Oro, 14, 17, 24, 39, 73, 108, 125, 137, 225, 226, 227, 228, 229; minas, 15, 16, 49, 64, 72, 141; planchas, 23, 42.
- Ortega, Dr. Casimiro de, 240.
- Ostras, 2.
- Osuas, 108, 126.
- Othayti, isla de: indios, 2, 25.
- Otuba, resina de, 219.
- Ovando, Nicolás (Comendador), 13, 14, 15, 45.
- Ovando, Nicolás (soldado), 59.
- Ovejas, lana de, 185.
- Oviedo, [Fernando González de] 15, 16, 46, 58, 223, 237.
- Pabellón, 24, 90, 105.
- Pacientes. *Vid.* enfermos.
- Padilla, Fray Francisco (obispo), 258.
- Padrinos, 190.
- Países, 19, 20, 30, 62, 76, 151, 173, 182, 199, 205, 222, 228 233, 243, 250; asiáticos, 209; europeos, 197, 237.
- Paja, 107; sillas de, 101. *Vid.* materiales de construcción.
- Pájaros, 62, 132.
- Papuil (pajuy), 208, 209, 246.
- Palacio del Gobernador. *Vid.* Fortaleza, La.
- Palacio Episcopal, 101, 103, 260.
- Palafrenes, 191.
- Palencia, Prebendado de, 259.
- Palmares, 212.
- Palma Christi. *Vid.* higuera.
- Palmas, 10, 24, 25, 111, 116, 117, 121, 124, 125, 127, 132, 138, 140, 143, 212, 223, 232, 246, 247, 248, 249, 250. *Vid.* coco,

- corozo, coyures, dátiles, grana, yaguas.
- Palmo (medida), 215, 236.
- Palo, 159, 162. *Vid.* instrumentos agrícolas.
- Palo de Brasil (árbol), 250.
- Palo de hierro (árbol), 170.
- Palo de María (árbol), 113, 143, 170, 250.
- Palo Santo (árbol), 63.
- Palo Seco, embarcadero, 121; punta de, 104.
- Palomas, 110, 223.
- Palomera, 111. *Vid.* cera, árbol de.
- Palominos, isleta de, 6, 110.
- Palos (madera), 112.
- Pan: marunguey, 143, 208; plátano, 162, 186. *Vid.* cazabe.
- Panal, abejas, 127; hormigas, 214.
- Panecillos de marunguey, 143.
- Panamá (Ciudad), 91, 198. Obispo de, 257.
- Pantanos, 110, 119, 120, 121, 134, 191, 192, 205.
- Panzacola, 69.
- Paño de manos (rebozo), 187.
- Pañuelo, 187.
- Papayas, 100, 111, 121, 223, 232, 235, 245.
- Paquebote, 140.
- Paralelos, 19.
- Parásitos (gusanos), 245. *Vid.* enfermedades.
- Pardos libres, 153. *Vid.* clases sociales.
- Paredes, 24, 25, 101, 216.
- Pareja, Agustín (gob.), 263.
- Pargos, 108, 124, 224. *Vid.* peces.
- Paria, 94.
- Parientes, 190.
- Parime (Guirior), 255.
- París, 228.
- Parras, 111, 130, 131, 195, 237.
- Párrocos, 137, 139; salarios de, 148.
- Parroquias, 6, 78, 97, 101, 110, 114, 116, 120, 121, 124, 132, 134, 139; arbitrios de, 148; colativas, 114.
- Partida (compañía) 34.
- Partidas (presupuesto), 176.
- Partidas de registro, 154.
- Partido de pelota, 29, 33. *Vid.* Puerto Rico: Indios, diversiones.
- Partidos (geográficos), 3, 5, 6, 121, 153, 201, 232; Puerto Rico, 5, 6, 107 - 117, 119 - 127, 143, 144, 146, 148, 153, 165, 174; San Germán, Villa de, 5, 6, 117, 119, 129-138, 139-144, 147, 153, 165; subalternos, 5, 153 165.
- Pasajeros (tripulantes), 10.
- Pascua, Domingo de, 54.
- Pascua (fiesta), 190.
- Pasmo, 206. *Vid.* enfermedades.
- Pastoreo, 211, 212.
- Pastos, 122, 123, 124, 127, 140, 142, 143, 192, 211, 212, 252.
- Patena (medalla), 23.
- Patios, 100, 101.
- Patos, 100, 192, 221, 222.
- Patronato Real, curatos del, 148.
- Patute, indios tunebos de, 219.
- Pavias (fruta), 237.

- Pavos, 131, 192, 221, 223.  
 Peces, 132, 222, 223, 224.  
 Pedrería, 217.  
 Pedreros, tiros de, 6, 74.  
 Peincy (general francés, 92.  
 Pe-la-chu. *Vid.* cera, árbol de.  
 Pelicanos. *Vid.* alcatraces.  
 Pelota, juego de, 23, 26, 28, 29, 33.  
     *Vid.* batey, juego de.  
 Pelotas (bolas de jugar), 29.  
 Pelotón, 43; Puerto Rico: indios,  
     43; caribes, 58; (jinetes), 190,  
     191.  
 Pena capital, 29, 333. *Vid.* delitos.  
 Pendón. *Vid.* San Juan, Ciudad.  
 Península Ibérica, despoblación,  
     133.  
 Pensiones, 176; de soldados, 87.  
 Peñascos, 6, 103, 104, 105, 109,  
     115, 122, 126.  
 Peñón, Punta del, 142.  
 Peón, salario, 169.  
 Pepitas, 225, 227.  
 Pepino, 235.  
 Pepino, pueblo, 129: iglesia 134,  
     partido: c e n s o poblacional  
     (1776), 153; censo de produc-  
     ción, 165; curato 153; materias,  
     129, 133, 134, 135.  
 Peral (árbol), 262.  
 Peras, 236, 237.  
 Perdices, 221.  
 Peregrinos, 138.  
 Pérez de Guzmán, Juan (gob.),  
     262.  
 Pérez Lozano, Francisco (obispo),  
     259.  
 Pérez Simón, Alberto, 77.  
 Pérez de Urtubia, Juan, 54.  
 Pericos, 132, 163, 192, 202, 223.  
 Perionas, 223 - 224. *Vid.* flamencos.  
 Peritos agrícolas, 157.  
 Perla, Castillo de la, (P.R.), 104.  
 Perros, 26, 38, 39, 78, 164, 222; *ci-*  
     *marrones*, 130, 192, 213; monte-  
     ría, 76, 186, 212, 213. *Vid.* Be-  
     cerrillo.  
 Pertrechos de guerra, 68, 96.  
 Perú, 85; Incas, 29; Guacas, 229.  
 Pesca, 21, 22, 25, 26, 68, 69, 77, 81,  
     124, 132, 154, 159, 192, 223;  
     instrumentos de, 247.  
 Pescados, 2, 10, 71, 93, 107, 108,  
     114, 120, 124, 133, 141, 152,  
     155, 223, 224; *aciguatado*, 252;  
     comida de, 163, 233; *seco*, 171.  
 Pescadores, 93.  
 Pesos y medidas, sistema de, 29.  
 Pesquería, 124.  
 Pestes, 63, 205.  
 Peso (dinero), 177.  
 Petacas, 250.  
 Petrificaciones, 229.  
 Pez espada, 224. *Vid.* peces.  
 Pian, 207, 208. *Vid.* enfermedades.  
 Picantes, 187, 196, 206, 207, 208.  
     *Vid.* condimentación.  
 Piedras, Las (lugar), 110; *partido*,  
     120.  
 Piedras, 23, 113; canteras, 114, 115;  
     casas de, 99, 100, 101; *sillería de*,  
     105. *Vid.* ingas, marquesitas, *pi-*  
     *ritas*.  
 Pila (bautismo), 190.

# I N D I C E A N A L I T I C O

- Pilones (de café), 232.  
 Pilotos (barcos), 55.  
 Pimienta de Castilla, 242.  
*Pimienta malagueta* (Tabasco), 111, 112, 113, 195, 209, 239; aceite de, 240.  
 Pinturas (cuadros), 137.  
 Piña de pino, 236.  
 Piñas, 108, 119.  
 Piñero: Cabo, 6, 7, 110; islas 110.  
*Piñuela*, resina de, 251.  
 Pipas de aguardiente, 122.  
 Pira (ensalada), 249. *Vid.* cogollo.  
 Piraguas, 25 - 26, 58, 59, 71, 74, 78, 81, 121, 129, 136, 154. *Vid.* embarcaciones, navíos, barcos, canoas.  
 Pirámides, 229.  
 Piratas, 73, 89, 90, 91, 96, 110, 145, 154, 160; franceses, 74, 87, 88, 94; holandeses, 87, 88; ingleses, 85, 87, 88.  
 Piratería, 73; caribe, 58, 59, 63, 71, 73, 76, 81, 82; francesa, 74, 75, 82, 88; holandesa, 88; inglesa, 64, 82, 85, 88; 92. *Vid.* bucaneros, filibusteros.  
 Piritas, piedras: aluminosas, 229; arsenicales, 228 - 229; marciales, 229; sulfúreas, 228. *Vid.* cobre, plata, oro.  
 Pistola, a tiro de, 105, 138.  
 Pita, cordeles de, 25. *Vid.* materiales de construcción.  
 Pizarro, Sebastián Lorenzo (obispo), 259.  
 Plagas, 251; mosquitos, 17, 23, 31, 99, 216, 217; hormigas, 61, 62.  
 Planchuelas de oro, 23, 42.  
 Plantaciones, 3, 97, 117, 152, 157, 161, 202.  
 Plantas (edificios), 24, 25, 99, 101, 103, 112, 185, 186.  
 Plantas, 10, 20, 54, 81, 82, 101, 125, 130, 132, 140, 143, 159, 161, 162, 163, 181, 200, 208, 213, 214, 226, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 241, 244; medicinales, 109, 114, 196, 208, 209, 252; venenosas, 252; tratados de, 253, 254.  
 Planteles (criaderos), 109, 127, 140, 143, 162, 234, 243.  
 Plata, 91, 205, 225; espuelas de, 190, 191; fuerte (dinero), 157, 168, 169; minas, 141, 228; piritas de, 229; reales de, 175.  
 Platanales, 108, 127, 186, 188, 192, 236.  
 Plátanos, 26, 100, 109, 120, 132, 140, 143, 152, 155, 156, 159, 162, 163, 165, 183, 186, 192, 195, 235; especies de, 236 - 237; pan de, 162, 236; vinagre de, 236.  
 Platón, 2.  
 Platos, 25, 155, 186, 214; de higuera, 246. *Vid.* utensilios.  
 Playas de río, 246.  
 Playazos de arena, 226.  
 Plaza, José de la (cura), 153.  
 Plaza de armas, 103. *Vid.* San Cristóbal, Castillo de.

- Plazas de recreo, 10, 101, 112, 126, 134, 137, 139. Mayor, San Juan, 102.
- Plazas (militares), 69, 86, 173; Puerto Rico (San Juan), 85, 95, 176.
- Plazas de soldados, 87.
- Plegarias. *Vid.* Puerto Rico: Indios, religión.
- Pleitos, 148; beneficios, 147; civiles, 146; criminales, 146; eclesiásticos, 147; Hacienda, 147; matrimoniales, 147; militares, 147.
- Plinio, 253, *Historia Natural de las Plantas*, 254.
- Plomo, 228. *Vid.* metales.
- Plumaje, 23.
- Población, 159, 167. *Vid.* Puerto Rico: habitantes, indios.
- Pobladores, 111, 151. *Vid.* colonos.
- Pobres, 100, 107, 125, 152, 167, 173, 178, 258, 259, 260. *Vid.* agregados, desacomodados, negros y libertos.
- Pobreza, 73, 97, 101, 125, 139, 149, 157, 160, 167, 193, 202, 203.
- Policía, 105, 145, 173.
- Poligamia, 23 - 24, 73. *Vid.* Puerto Rico: Indios, moral, concepto de la.
- Polipodio, 253.
- Polizón (colonos), 133, 154, 156.
- Pollas de agua. *Vid.* gallaretas.
- Pólvora, almacén de, 105.
- Ponce, pueblo, 138: capilla, 142; iglesia, 114, 142; partido, 239; censo poblacional (1776), 153; curato, 153; censo de producción, 165; puerto, 143; río, 7, 142.
- Ponce de León, Juan, 15, 16, 17, 35, 37, 38, 39, 43, 45, 47, 49, 50, 51, 57, 59, 60, 61, 64, 261; escudo de armas, 46; expedición a La Florida, 53, 54, 55, 67, 68; expedición a Puerto Rico, 11, 13, 14, 31, 41, 42; títulos, 46.
- Ponce de León, Isabel, 61.
- Ponce de León, Luis, 46, 68.
- Portobelo (ciudad), 91.
- Portugal, 89.
- Portugueses, 233, 255.
- Posadas, 192.
- Postes de madera, 25, 112, 185. *Vid.* materiales de construcción.
- Postre, 186. *Vid.* dulces.
- Poyos (banco), 132.
- Pozos de agua salobre, 100.
- Prácticos, 130, 136.
- Praderías, 109, 111, 119, 123, 124, 125, 126, 127, 130, 136, 142, 164, 186, 195, 200, 212, 214, 217.
- Prebendas de la Catedral de San Juan, 256.
- Precios, 146, 169, 170, 171, 187. *Vid.* comercio.
- Predicadores, Orden de, *Vid.* Santo Domingo, Orden de.
- Prelados, 49, 51, 103, 255, 256.
- Prescripciones, 27.
- Presidarios, 176; Cuartel de, 101, 102; solteros, 154.

# I N D I C E A N A L I T I C O

- Presidio** (Puerto Rico), 156.  
**Presos**, 148.  
**Pretales**, 190. *Vid.* arnés.  
**Pretils**, 125. *Vid.* arquitectura.  
**Primicias**, 174; del Partido de Puerto Rico, 148; del Partido de San Germán, 148. *Vid.* arbitrios.  
**Príncipe, Revellín El**, 103. *Vid.* San Cristóbal, Castillo de.  
**Prisión**, 38.  
**Prisioneros**, 31, 90, 91; caribes, 59; corsarios, 87; holandeses, 86, 92; filibusteros, 93, 94; ingleses, 95, 96. *Vid.* Puerto Rico: Indios, sublevación.  
**Procesos** (legales), 146.  
**Procurador: general**, funciones, 146; del Tribunal Eclesiástico, 147. *Vid.* Puerto Rico: administración insular.  
**Profesores de medicina**, 253.  
**Prófugos**, 38 - 39; franceses, 89; filibusteros, 93; colonos, 133.  
**Propiedades**, 46, 47, 50, 72, 76, 109, 110, 111, 114, 121, 124, 125, 126, 129, 133, 140, 149, 151, 152, 154, 155, 156, 157, 173, 177, 183, 188, 190.  
**Propietarios**, 33, 39, 58, 109, 110, 111, 124, 125, 127, 149, 151, 152, 156, 160, 163, 177, 183, 188. *Vid.* terratenientes, hacendados.  
**Propios**, 148. *Vid.* arbitrios.  
**Prorrata** (cuota), para salario cura, 148.  
**Provincias**, 14, 19, 32, 33, 33, 42, 45, 47, 64, 68, 69, 85, 147, 148, 167, 168, 171, 176, 205, 225, 239, 241, 253, 255, 256, 258, 260.  
**Provisor: del Tribunal Eclesiástico**, 147; en segunda, 147.  
**Pucheri**, 241.  
**Puebla de los Angeles**, Catedral de, 257.  
**Pueblo Viejo**, 16.  
**Pueblos**. *Vid.* Puerto Rico: administración local.  
**Puentes**, 108, 169; entre isla e isleta, 99, 103, 105, 119; levadizo de San Cristóbal, 103; Martín Peña, 119.  
**Puertas: de San Juan**, 104; de San Justo, 104. *Vid.* arquitectura.  
**Puerto Cabello**, 91.  
**Puerto Rico, Ciudad de**. *Vid.* San Juan Bantista de Puerto Rico.  
**Puerto Rico, isla: administración insular**, 5, 15, 16, 20, 22, 31, 45, 49, 50, 51, 53, 55, 58, 61, 62, 71, 109, 144, 145, 149, 157, 160, 169, 170, 184, 191, 198, 261 - 263; administración local, 3, 5, 6, 107 - 117; 119 - 127; 129 - 138; 139 - 144; 146 - 148; 153, 165, 174, 201, 232. *Vid.* tenientes a guerra, cabildos; clima, 23, 102 112, 113, 114, 122, 160, 161, 178, 181, 182, 183, 185, 186, 187, 188, 195-198, 199-203, 205, 206, 207, 208, 209, 224, 231-232, 237, 241, conquista, 21, 24, 30, 31-36, 37-

39; 41-44, 45-48, 49, 50, 53, 57, 137, 213, 226, 227; colonización, 15, 227, 253, 261; defensas, 85, 86, 87, 146. *Vid.* fortificaciones, milicias disciplinadas; descubrimiento 9, 10, 14, 50, 75, 160, 227, 253; escudo de armas, 50; exploración 11, 13, 14, 15, 31, 41, 42, 45, 46, 145, 146, 151, 261; habitantes, 3, 5, 6, 50, 51, 58, 59, 61, 62, 64, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 82, 85, 86, 87, 89, 91, 92, 93, 94, 96, 97, 111, 113, 125, 127, 130, 133, 138, 144, 147, 149, 168, 169, 170, 171, 173, 174, 179, 181, 182, 183, 184, 186, 187, 188, 190, 196, 197, 198, 202, 203, 206, 207, 214, 227, 253. *Vid.* criollos, españoles, esclavos, negros y mulatos: adornos, 185, 187, 217; alimentación, 100, 107, 108, 120, 122, 124, 130, 133, 136, 141, 143, 152, 155, 156, 157, 161, 162, 163, 168, 183, 186, 187, 189, 192, 198, 206, 207, 208, 209, 212, 213, 221, 222, 223, 224, 232, 233, 236, 237, 240, 244, 248, 249, 252. *Vid.* carnes, leche, café, viandas, pescado, mariscos, postres; alumbrado, 217, 244, 248; armas, 187, 189, 192, 222; bebidas, 185, 186, 187, 189, 198, 207, 208, 244; carácter, 159, 160, 177, 181, 184, 185, 186, 188, 193; complexión, 143, 205, 206, 208, 233, costum-

bres, 58, 59, 62, 65, 113, 114, 137, 138, 141, 155, 156, 182, 183, 185-193, 233; diversiones, 182, 183, 185, 187, 188, 189, 190, 191; embarcaciones, 192, 198, 222, instrucción 253, 254; instrumentos de labranza, 155; instrumentos musicales, 188, 189; matrimonio, 182, 190; mobiliario, 155, 183, 185, 186, 188, 189, 192, 218, 250; ocupación, 159, 162, 163, 182, 183, 186, 187, 188, 192, 240; prácticas funerarias, 193, 198; religión, 192, 193; usos, 121, 144, 156, 161, 168, 182, 185-193, 232, 233, 236, 241, 243, 244, 248, 249, 250, 253, 254; utensilios, 155, 186, 189, 214, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 248, 249, 250. *Vid.* fuentes, ollas, cazuelas, platos, cucharas, vasos, escudillas, cocos; vestuario, 168, 183, 187, 189, 192; vicios, 163, 188, 189, 191; viviendas, 123, 125, 155, 163, 182, 183, 185, 186, 188, 189, 190, 192, 198, 200, 201, 203, 214, 215, 216, 217, 218, 221, 245, 246, 249, 250; indios, 1, 9, 10, 14, 15, 16, 17, 19-30, 31-36, 37-39, 41-44, 47, 49, 59, 62, 63, 77, 140, 146, 151, 156; adornos, 22-23, 24, 34, 226; alimentación, 21, 26, 27, 123, 151, 181; anales (cantares), 27, 28, 34, 230; armas, 20, 25, 27, 35; bebidas, 28, 185; caciques,



20, 22, 23, 24, 26, 27, 28, 32, 33, 35, 42, 229, 230: principales, 14, 15, 20, 22, 31, 32, 33, 34, 35, 37, 38, 41, 43-44, 46; provinciales, 14, 22, 32, 33, 34, 35, 41, 42; carácter, 17, 19, 20, 21, 25, 27, 29-30, 31, 42, 43, 68, 77, 146, 181, 185; clases sociales, 22, 26, 27, 77; comercio, 29, 145; comunidades, 10, 20, 26, 29, 76, 77, 135, 140; conquista, 227, 261; costumbres, 17, 19-30 32, 34, 185; delitos, 20, 24; descendientes, 30, 77, 86; diversiones: bailes, 21, 23, 26, 27, 28, 34, 185, 230. *Vid.* areito; juego de pelota, 23, 26, 28-29, 33. *Vid.* batey, juegos de; embarcaciones, 25, 26; encomiendas, 17, 31, 32, 50, 57, 72, 73, 123; entendimiento, 20, 22, 27, 34, 200; idioma, 10, 34, 35; instrumentos musicales, 28; libertad, 17, 31, 32, 72; mestizaje, 73, 77, 140, 146, 181, 185; mobiliario, 25, 26, 29; moral, concepto de la, 20, 23-24, 29, 73, 77, 185, 186; ocupación, 21, 22, 24, 25, 26, 27-28, 34, 77, 151, 160; organización política, 14, 20, 22, 32, 33, 146. *Vid.* caciques; prácticas funerarias, 24, 27, 35; rasgos anatómicos, 20, 21; reducción, 64, 71, 75, 77, 86; religión, 22, 23, 24, 26, 27. *Vid.* cemíes, bohiques, areitos; repartimiento, 31, 48, 50, 51, 57, 58, 59, 60, 61, 72, 261;

servicio, 17, 31, 32, 33, 34, 35, 48, 50, 51. *Vid.* encomiendas, repartimiento, esclavitud; sublevación, 17, 31-36, 37-39, 41-44 47-48, 49, 50, 57, 58, 64, 71, 72, 75, 123, 134, 139, 151, 213, 227, 261: ataques, 31, 32, 33, 35, 36, 37, 41, 42, 47; batallas, 33, 34, 35, 37-38, 42, 43, 47; defensas, 32, 37, 38, 39, 41, 42, 43; derrotas, 31, 32, 33, 35, 36, 37-38, 42, 43; trato (relaciones con españoles), 14, 15, 31, 32, 33, 34, 49, 50, 72, 73, 123, 227, 258, 259; usos, 17, 19, 20, 25, 27, 28, 29, 30, 32, 185, 186; vicios, 27, 28; viviendas, 10, 24, 25, 26, 32, 112, 156, 181, 185, 201, 229; utensilios, 25; minerales, 225-230; población, 64, 72, 78, 97, 109, 136, 141, 144, 149, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 178, 179, 181-184, posición geográfica, 1, 5, 174, 196, 209, 227, 241.

Puerto Rico, Partido de, 5, 6, 107-117, 119-127, 143, 144, 146, 148, 153, 165, 174.

Puertos, 2, 6, 7, 10, 13, 16, 53, 63, 74, 78, 85, 102, 104, 105, 109, 110, 111, 116, 117, 126, 127, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 140, 141, 143, 168, 192, 199, 211; habilitación de, 169, 170.

Pulgas, 218.

- Pumicin, 248.  
 Puntas, 143; de arena, 6; del Morillo, 126; Palo Seco, 104; de Salinas, 143.  
 Puntilla, La, 86, 105.  
 Purgantes, 248; aceite de higuera, 244; *cana*, 251.
- Quebrada botijas (río), 109, 110.  
 Quebradas, 6, 16, 120, 122, 131, 202, 225.  
 Quesos, 168. *Vid.* artículos comerciales.  
 Quehaceres domésticos, 24.  
 Querétaro, 259.  
 Quilla, 25. *Vid.* barcos.  
 Quimistas, 225.  
 Quina, 241.  
 Quindos, Francisco, 58.  
 Quinto, 64, 74.  
 Quioquio, 248.
- Rac (aguardiente chino), 249.  
 Raíces, 151, 155, 159, 195, 196, 253.  
*Vid.* marunguey, yuca.  
 Ramírez, Felipe (gobernador), 263.  
 Ramírez, Pedro (cura), 153.  
 Ramos, isleta de, 6, 110.  
 Ramos, Diego, 64.  
 Ramos, Nicolás de (obispo), 256.  
 Rampla, 103. *Vid.* San Cristóbal, Castillo de.  
 Ranas, 222.  
 Rancherías, 33, 54, 81, 133.  
 Ranchos, 72.  
 Rastrillo (escopeta), 222.
- Rastrojo, 80.  
 Ratones, 123, 163, 213-214, 215, 235.  
 Ratones, Cayo (islate), 116.  
 Real (cuartel general), 42.  
 Reales (dinero), 169, 174.  
 Real Cédula del 7 de septiembre de 1692: sobre erección en parroquias colativas, las iglesias de Coamo, Ponce, Aguada, y Arecibo, 114.  
 Real Cédula de 28 de enero de 1748: asigna sueldos a viudas de ataque inglés a Guánica en 1743, 140.  
 Real Efigie, medalla, 96.  
 Real Fortaleza de Santa Catalina. *Vid.* Fortaleza, La.  
 Real Hacienda, 102, 103, 148, 170; contador, 60, 61, 72, 75, 77, 147; juntas de, 146; gastos de, 157, 173-179; rentas, 146, 149, 152, 173-179; Superintendente de la, 146; tesorero, 147; Tribunal de, 147.  
 Real orden de 25 de enero de 1780, autorizando a los habitantes de las Islas de Barlovento comprar negros en colonias francesas, 179.  
 Recursos (petición), 57, 62.  
 Red, manga de, 124. *Vid.* pesca.  
 Redonda, isla, 9.  
 Reductos, 103, 104.  
 Regidores: elección, 50; funciones, 146, 147. *Vid.* San Juan; San Germán, Cabildo de.

# I N D I C E A N A L I T I C O

- Regimientos: cirujano del, 209; guarnición de San Juan, 105, 175, 176; infantería: sueldos, 175.
- Registros, 169; entrada y salida, 174, 175, 176.
- Reino animal, 211 - 219, 221 - 224.
- Reino vegetal, 209, 231 - 237, 239, 246, 247 - 254.
- Reino mineral, 225 - 230.
- Rejados, 10.
- Rejas, 198.
- Relieves, 102. *Vid.* arquitectura.
- Religión, 89; Católica, 55, 73, 75, 80; cristiana, 46, 47, 49, 145; reformada protestante, 69. *Vid.* Caribes; Puerto Rico: Indios.
- Religiosas, rentas de, 149.
- Religiosos, 55; dominicos, 72, 139, 101; franciscanos, 50, 101; jerónimos, 256.
- Remedios. *Vid.* medicamentos.
- Remos, 78.
- Rentas reales. *Vid.* arbitrios.
- Rentas de sacerdotes y religiosos, 149.
- Reos, 29, 72, 147.
- Repartidor de indios, 57, 59, 69, 61.
- Repartimientos: indios, 31, 48, 50, 51, 57, 58, 59, 60, 61, 72, 261. tierras, 77, 109, 151, 156.
- Reptiles, 100, 215 - 216, 219, 221.
- Resaca, 199, 202. *Vid.* mareas.
- Reses, 130, 198, 218. *Vid.* ganado.
- Residencia, juicio de, 51, 59, 61, 72, 73, 146, 261.
- Residencia, juez de, 61, 62, 72, 73, 146, 161.
- Resinas, 22, 23, 29, 113, 127, 170, 195, 219, 250, 251.
- Restinga (punta de arena), 6, 7.
- Retablos, 101. *Vid.* arquitectura.
- Retamas, 132.
- Reumatismo, 248. *Vid.* enfermedades.
- Revellines, 103, 104. *Vid.* San Cristóbal, Castillo de.
- Reyes Católicos, 9, 49.
- Riachuelos, 119, 132.
- Riego, 235.
- Riendas (caballos), 191, 192, 212.
- Rincón, Santa Rosa de, pueblo, 134: iglesia, 135; partido: censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153; puerto, 7, 135; río, 7.
- Río, brazo de, 122.
- Río Chico, 7.
- Río Grande, 6, 108, 135.
- Río Negro, 255.
- Río Pequeño, 132.
- Río Piedras, pueblo: iglesia 119, 120; partido: 120, 121; censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153.
- Río Piedras (río), 6.
- Rioja, provincia de, 260.
- Ríos, 3, 6, 7, 8, 14, 15, 17, 24, 25, 31, 32, 33, 37, 38, 54, 58, 62, 64, 71, 76, 97, 105, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 116, 117, 119, 120, 121, 123, 125, 126, 127, 129, 131, 132, 133, 134,

- 135, 136, 137, 138, 139, 140,  
141, 142, 143, 155, 159, 169,  
170, 188, 191, 192, 195, 198,  
200, 202, 213, 214, 222, 223,  
224, 225, 226, 227, 252; playas  
de, 242.
- Riquezas, 54, 75, 125, 127.
- Ritos. *Vid.* Puerto Rico: Indios,  
religión.
- Riva, Gaspar de (gob.), 262.
- Rivas, Fray Benito de (obispo),  
258.
- Rivera, Juan (gob.), 262.
- Robalos, 10, 224. *Vid.* peces.
- Robladillo, Diego (gob.), 262.
- Robles (árbol), 126, 131, 232.
- Robles, Antonio (gob.), 262.
- Robles, Juan (gob.), 262.
- Robos, 59, 63, 73, 75, 76, 82, 87,  
88, 91, 92.
- Rodela, 33. *Vid.* armas.
- Rodríguez Feliciano, Miguel (cu-  
ra), 153.
- Rodríguez Feliciano, Miguel (párro-  
co), 137.
- Rogativas públicas, 202.
- Rojas, Gabriel de (gob.), 261.
- Rojas, José de, (cura), 153.
- Romanos, 137, 173.
- Romería, 138.
- Ron (rum), 121, 133. *Vid.* aguar-  
diente.
- Ropas, 60, 78, 136, 140, 141, 162,  
167, 168, 169, 179, 250; almace-  
nes de 215.
- Rosa, Bernardino de la (cura), 153.
- Rosal, 244.
- Rosarios (prenda), 193.
- Rosas, 241.
- Ruedas, dientes de, 250.
- Ruiseñores, 223.
- Ruiz Banara, Diego, 64.
- Saba, isla, 92.
- Sábalos, 10, 124, 224. *Vid.* peces.
- Sabana, Río, 6, 109.
- Sabandijas, 26, 82, 185, 213-214,  
215, 216, 222.
- Sabater, José (cirujano), 115, 116.
- Sables, 95, 111, 155, 159, 162, 168,  
187, 189, 236. *Vid.* armas.
- Sables de Olone* (Francia), 91.
- Saca (aguardiente), 171, 174, 176,  
178. *Vid.* arbitrios.
- Sacerdotes: egipcios, 2; seculares,  
149, regulares, 149.
- Sacramentos, administración de,  
148, 193.
- Sainete. *Vid.* salsa.
- Sajonia, 228.
- Sal, 171; cantera de piedra de, 131.
- Salamanca, 257; canonjía de, 49,  
51.
- Salamanca, Diego de (obispo), 256.
- Salarios: curas, 148; peón, 169; ca-  
ballos, 169.
- Salas, 100, 112, 185, 189, 214.
- Salas, Simón de (cura), 153.
- Salazar, Diego de, 33, 34, 35, 36, 37,  
38, 41, 42, 47.
- Salcedo, Antonio, 17, 31, 32, 33, 135.
- Sales vitrílicas, 226.
- Salinas, 138, 140.

# I N D I C E A N A L I T I C O

- Salinas, Punta de, 143.  
 Salinas, Las (caserio), 114; puerto, 116.  
 Salitral de Aguirre, 116.  
 Salones, 103. *Vid.* Fortaleza, La.  
 Salsa, 233. *Vid.* yuca.  
 Salsafra, 63, 253.  
 Salvaleón, Villa de (teniente de), 13-14.  
 Salvajes. *Vid.* caribes.  
 Samaná, puerto de, 13, 93.  
 San Agustín, Castillo de (P.R.), 104.  
 San Agustín (Santo), 69; orden de, 256.  
 San Agustín, puerto, 69.  
 San Bartolomé, isla, 92.  
 San Carlos, Revellín de, 103. *Vid.* San Cristóbal, Castillo de.  
 Sánchez, Francisco, (gob.), 262.  
 Sánchez, Hernán, 64.  
 San Cristóbal, isla: ataques, 82, 87, 89, 91.  
 San Cristóbal, Castillo de, 100, 103, 104, 105.  
 Sandías, 108, 131, 143, 245, 246.  
 San Eustaquio, isla, 92.  
 San Felipe del Morro, Castillo de. *Vid.* Morro, San Felipe del.  
 San Felipe de Portavelo (ciudad), 198.  
 San Francisco, Cabo de, 7, 132, 135.  
 San Francisco, Orden de, 50, 256, 259.  
 San Germán, Villa de, 46, 53, 59, 129, 137, 139, 140, 144, 226; pueblo: ataques: francés, 74; indios, 73; cabildo, 5, 139, 147; capilla, 139; Convento de Santo Domingo, 139; fundación, 49, 139, 140-141; hospitalillo, 139; iglesia parroquial, 139; milicias disciplinadas, 140; párroco, 73, 139; vecinos, 6, 72, 73, 74, 130, 138, 139, 140, 153; vicarios, 147, 148; partido, 5, 6, 117, 119, 129-138; 139-144, 147: censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153.  
 San Gerónimo, Castillo de (P.R.), 105.  
 Sangre, 82, 156, 167, 181, 205, 207, 208, 218, 244, 252; circulación de, 19, 23, 240; coagulación de, 246, cursos [evacuación] de, 143, 208. *Vid.* enfermedades.  
 San José (fuerte), 69.  
 San José de los Moravitas, 255.  
 San Juan, isla de (Antillas Menores), 110.  
 San Juan Bautista (santo), 50.  
 San Juan (fiesta), 190, 235.  
 San Juan, Ciudad, 1, 5, 7, 12, 13, 16, 46, 49, 50, 51, 59, 60, 72, 76, 95, 109, 111, 120, 123, 124, 125, 127, 146, 148, 157, 167, 170, 171, 174, 175, 178, 190, 192, 201, 202, 209, 255; aduana, 104; ataques, 73, 85, 86, 94; calles, 99, 101, 191; cárcel pública, 102, 191; casas, 99, 100, 101, 112; Catedral, 6, 51, 101, 174, 191, 255, 256, 257, 258, 259, 260; Cuartel de Presidarios,

- 102; edificios públicos, 101, 102; fortificaciones, 86, 92, 94, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 107, 262; fundación, 28; habitantes, 85, 86, 99, 100, 101, 102, 105, 121, 168, 197; Hospital, Nuestra Señora de la Concepción, 102, Hospital del Rey, 102; Marina, 100; muelle, 104; Pendón, 191; Plaza mayor, 102; Puerto de 16, 74, 85, 102, 104, 105, 169. Vid. Puerto Rico, Partido de.
- San Juan: bahía de, 7, 16, 55, 74, 86, 99, 103, 104, 105, 107, 119, 121, 122, 123, 171, 198; Cabeza de, 5, 6, 7, 8, 59, 109, 110; Cabo de (Cabeza de), 6; Caleta de, 46, 102, 104; Isleta, 60, 72, 99, 100, 103, 104, 105, 119; Puerta de, 46, 104.
- San Juan Bautista de Puerto Rico, isla. Vid. Puerto Rico, isla de.
- San Justo, Puerta de, 104.
- San Lázaro, 209. Vid. enfermedades.
- San Marcos (fuerte), 69.
- San Martín, isla, 9, 92, 110.
- San Martín, Río, 6.
- San Mateo (fiesta), 190.
- San Mateo, tormenta de, 257.
- San Mateo (fuerte), 69.
- San Pedro (fiesta), 190.
- San Pedro, puerto, 158.
- San Pedro de Cardena, Monasterio de, 258.
- San Rafael, Cabo de, 7.
- San Román, Cabo de, 92.
- San Sebastián (Vizcaya), 86.
- San Servás, Villa de, 45.
- Santa Ana, Ermita de, 101.
- Santa Catalina, isla de, 91.
- Santa Catalina, Real Fortaleza de. Vid. Fortaleza, La.
- Santa Cruz, isla de, 9, 92, 93, 110.
- Santa Cruz de la Sierra, Obispo de, 258.
- Santa Elena, Castillo de (P.R.), 104.
- Santa Fe de Bogotá, Arcediano de, 255, 257.
- Santa María la Real de Nájera, Monasterio de, 260.
- Santiago, isla de, 7.
- Santisima Trinidad, Orden de la, 257-258, 259.
- Santo Domingo, Ciudad de, 72, 237.
- Santo Domingo, Convento de, 139.
- Santo Domingo, isla, 1, 7, 9, 10, 11, 15, 37, 38, 45, 49, 50, 51, 58, 60, 64, 71, 74, 76, 78, 89, 90, 93, 136, 158, 171, 211, 237; Arzobispado, 256, 257; Audiencia de, 51, 146; indios, 13, 14, 17, 31, 72, 73, 79; jueces de apelación, 57; oidores, 61-62; Provincia del Higüey, 14, 45.
- Santo Tomás, isla de, 110.
- Santos Mártires, Blas de los (cura), 153.
- Santos Mártires, Capilla de los, 258.
- Santuario Nuestra Señora de Monserrate, 137, 138, 140.
- Sapos, 82, 222.

- Saqueos, 91; a San Juan (1595), 85.  
 Sardinias, 10, 224. *Vid.* peces.  
 Sargento Mayor, 262; funciones, 148; sueldo, 175.  
 Sarna, 115. *Vid.* enfermedades.  
 Sayas de indiana, 187.  
 Sebo, velas de, 243.  
 Sectas, 89.  
 Secretario del Rey, 15.  
 Seda, vestido de, 29.  
 Sedeño, Antonio, 60, 61, 72, 75, 77-78.  
 Sembrados, 202.  
 Sementeras, 26, 77, 82, 159, 162, 163, 213, 235.  
 Semillas, 9, 125, 162, 163, 181, 198, 234, 235, 245, 246.  
 Semimetales, 228.  
 Seminario (ruinas), 101.  
 Senegal, 248.  
 Sensitiva, la, 253.  
 Sentencias, 29, 146. *Vid.* pena capital.  
 Señoríos, 32.  
 Sepulcros, 257; de alabastro, 256.  
 Sepultura, 35. *Vid.* Puerto Rico: Indios, prácticas funerarias.  
 Sequía, 19, 108, 196, 231.  
 Serranías, 110, 116, 117, 135.  
 Serrano, Antonio (Lcdo.), 64.  
 Servicio doméstico, esclavos, 183, 188.  
 Servicio militar, 156.  
 Servidumbre, 90.  
 Servilletas, 186.  
 Sevilla, 59, 60, 257.  
 Sevillanas (aceitunas), 249.  
 Siam, 234.  
 Sibuco, Río, 6, 14, 125, 126, 226.  
 Sicilia, 2.  
 Siembras, 165, 214.  
 Sierra, hoja de, 223.  
 Sierras, 77, 114, 126, 228.  
*Sieur Maintenon* (pirata), 94.  
 Silla, arzón de, 190, 191. *Vid.* arnés.  
 Silla Episcopal, 49, 51.  
 Sillas de montar, 168.  
 Sillas: de madera, 101; de paja, 101.  
 Sillería, 101, 102; cubos de piedra de, 105.  
 Silletas de cuero, 185.  
 Silva, Agustín de, 262.  
 Síncopes, 208. *Vid.* enfermedades.  
 Sínodos: catedralicio, 259; diocesano, 258.  
 Sirvientes en hospitales, 102.  
 Sistema nervioso, 82, 252.  
 Situado Mexicano, 175, 176.  
 Soberado, 112, 185. *Vid.* salas.  
 Sociedades de sabios naturalistas, 211.  
 Sodomía, 72. *Vid.* Caribes, vicios.  
 Soga, 244.  
 Soldados, 21, 29, 30, 37, 39, 41, 43, 45, 46, 47, 48, 57, 60, 68, 87, 133, 156, 182; alojamiento de, 105.  
 Soldaduras, 251.  
 Solier, Fray Pedro (obispo), 257.  
 Sombreros, 168, 217; de palma, 187, 189.

- Sonajas, 188. *Vid.* instrumentos musicales.
- Sotavento, Islas de, 1; indios de, 80.
- Soto, Antonio de (cura), 153.
- Soto, Hernando de, 68.
- Soto, Villa de, 260.
- Sotomayor, Cristóbal de, 15, 17, 31, 32, 34, 35, 36, 47, 139, 261.
- Sotomayor, Villa de, 33, 34, 49; destrucción, 31, 32, 35, 36, 47, 134, 139; fundación, 17, 31, 49; habitantes, 30, 32, 35, 36, 139. *Vid.* San Germán, Villa de.
- Súbditos, 22, 255.
- Sublevaciones, Santo Domingo, 13. *Vid.* Puerto Rico: Indios.
- Subsidios, 173.
- Subsistencia, 81, 113, 120, 122, 124, 126, 154, 155, 159, 177, 183, 188, 195, 203.
- Substancias oleosas, 23. *Vid.* Indios, adornos.
- Sueldos, 39, 60, 96, 140, 173, 175; de plazas de soldados, 86.
- Suelos, 2, 3, 10, 14, 15, 16, 20, 21, 69, 71, 75, 78, 92, 97, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 116, 117, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 140, 141, 142, 151, 152, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 171, 174, 177, 178, 183, 187, 195-198, 203, 206, 207, 226, 229, 231, 232, 234, 235, 237, 239, 240, 241, 250, 251, 253.
- Sumarias, 147, 148.
- Supersticiones, 80. *Vid.* Puerto Rico: Indios, religión.
- Superintendente de la Real Hacienda, 146.
- Surcos, 159, 162. *Vid.* agricultura.
- Surinam, 232, 242, 255.
- Tabaco, 28, 110, 112, 114, 120, 131, 132, 135, 136, 138, 141, 143, 159, 160, 161, 163, 165, 171, 189, 214, 219, 246.
- Tabasco, pimienta de. *Vid.* pimienta malagueta.
- Tabiques, 24, 100, 112.
- Tablado, 123, 185, 214. *Vid.* camas.
- Tablas, 25, 99, 100, 101, 112, 113, 185, 189, 203, 233, 242, 249. *Vid.* materiales de construcción.
- Tablazón, 135.
- Tabonuco, 113, 143; incienso de, 251; resina de, 250.
- Talas, 163.
- Tallaboa, puerto de, 141.
- Tamarindo, 108, 111, 132, 140, 209, 232, 244.
- Tambor, 28. *Vid.* instrumentos musicales.
- Tapafundas, 190. *Vid.* arnés.
- Tapicería, 100.
- Tártaros, 26.
- Tasajo, 171.
- Tatuajes, 22, 23, 24, 34.



# I N D I C E A N A L I T I C O

- Tazas, 249; de coco, 248.  
 Té, 161, 195, 253.  
 Techos, 24, 99, 100, 112, 113, 185, 250. *Vid.* arquitectura.  
*Teilathian. Vid.* guao.  
 Tejados, 100, 200, 201, 214.  
 Tejas, 25, 99, 100, 113. *Vid.* materiales de construcción.  
 Telas, 183, 187, 190, 242.  
 Temblores (de tierra), 76, 199, 201. *Vid.* terremotos.  
 Temperatura, grados de, 115, 196.  
 Templo de Neptuno, 137.  
 Temporal (fenómeno atmosférico), 28.  
 Tenerife, Isla de, 257.  
 Tenientes, 13, 14, 22; de curas, 148; de gobernador, 15, 17, 37, 45, 47, 50, 51, 57, 146, 147; a guerra, 147-148; de Rey: sueldo, 175.  
 Tentor, José (gob.), 263.  
 Teofrasto, tratado de Botánica, 253.  
 Tepidez, grado de, 115.  
 Tercia (medida), 213, 235.  
 Terciopelo, 190. *Vid.* telas.  
 Termómetro, 115, 196.  
 Terneros (ganado), 192, 213.  
 [Terratenientes], 109, 110, 124, 127, 130, 151, 152, 177.  
 Terrazos, 242.  
 Terremotos, 1, 2, 6, 99, 113, 114; 199-203, 225.  
 Tesorerías, 173; general de (P. R.), 103.  
 Tesoreros, 145, 227; real, 61; del Tribunal de Real Hacienda, 147; sueldo, 175.  
 Testamentos, 154, 186.  
 Tiburones, 224.  
 Tierra firme, 1, 10, 39, 46, 47, 77, 171, 206, 212, 235, 237, 256; ataques, 91; carbies de, 55, 60; descubrimientos, 72, 255; indios, 25; provincias de, 147, 178.  
 Tierras: baldías, 109, 110, 111, 113, 114, 120, 124, 126, 127, 129, 130, 131, 151, 152, 154, 177. *Vid.* hatos; encomendadas, 73; distribución de, 123, 157, 177; donativos sobre, 174, 176; impuesto sobre, 147, 148, 177, 178; otorgamientos de, 107, 156; repartimiento de, 77, 109, 151, 156.  
 Tintes: árboles de 127, 170, 195, 250; achiote, 242; madera de, 127, 170, 195.  
 Tiradores, 43.  
 Tisis, 206. *Vid.* enfermedades.  
 Tivey (yerba), 252.  
 Toa, Río, 6, 222.  
 Toa Alta, pueblo: habitantes. 122, 123, 124; milicias disciplinadas, 124; parroquia, 124; partido: censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153; río, 122, 123, 124.  
 Toa Baja, 35; pueblo: 73, 121, 122; iglesia, 123; milicias disciplinadas, 124; parroquia, 123, 124, 125; partido: censo poblacional

- (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153; río, 125.
- Tobago, isla, 156.
- Toldos (de lienzo), 185, 192.
- Toledo (ciudad), 257.
- Toledo, Federico de, 87.
- Toledo, María de, 71.
- Topos, 215.
- Tordos, 222.
- Tormentas, 76, 202, 208; San Mateo, 257. *Vid.* huracanes.
- Toro, Isidro del (cura), 153.
- Toro, Miguel del, 35, 37, 41, 42, 46, 49, 139.
- Toros (ganado), 130.
- Torre (fuerte), 64.
- Torreones, 10.
- Torta de yuca. *Vid.* cazabe.
- Tórtolas, 223.
- Tortuga, isla: filibusteros, 90, 91; gobernador, 89, 92, 93.
- Tortugas, 213, 224. *Vid.* jicoteas.
- Totumo. *Vid.* higüera.
- Trancas, 101.
- Transmigración, 155, 181.
- Transpiración, 23, 81, 156, 206, 207, 208.
- Transportación, 74, 108, 120, 121, 122, 123, 124, 126, 134, 157, 168, 169, 170, 171, 181, 191-192, 193, 198, 212, 213, 222, 234, 240.
- Trapiches, 120, 121, 122, 126, 135, 136, 137, 140. *Vid.* ingenios.
- Tratado de botánica, 253.
- Tratado de París (1763), 69.
- Trianón, 243.
- Tribunales de Puerto Rico, 146; Eclesiástico, 147; de Real Hacienda, 147; Inquisición, 72. *Vid.* Puerto Rico: administración insular.
- Tribus de salvajes, 69.
- Tributos. *Vid.* arbitrios.
- Trincheras, 43; de fagina, 86.
- Trinidad, isla de, 1, 75, 77, 94, 241, 255, 259; indios, 78.
- Tropas, 85, 86, 92, 95, 102, 103, 104, 147, 173, 187; Hospital de convalecientes para la, 122; oficialidad de la, 105, 191; pagas, 122, 146, 176. *Vid.* guarnición.
- Truchas, 114. *Vid.* peces.
- Trueque, 29. *Vid.* comercio.
- Trujillo, Obispado de, 257.
- Tufiño, José (cura), 153.
- Tujui. *Vid.* gallaretas.
- Tuna, San Antonio de la, pueblo: 6, 133; iglesia, 131; partido: censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153.
- Turcidi, 8. *Vid.* Luquillo, montaña de.
- Turcos, 245.
- Tures, 185. *Vid.* silletas de cuero.
- Ucares, 108, 113, 126, 143, 170, 250.
- Ulloa, 224.
- Ulloa, Don Antonio de, 133.
- Urayoán (Broyoán) (cacique), 32, 33.

# I N D I C E A N A L I T I C O

- Urtiaga y Salazar, Fray Pedro de la Concepción, 259.
- Utensilios, 25, 80, 82, 93, 120, 121, 155, 170, 186, 214, 232, 233, 234, 236, 242, 243, 245, 246, 247, 248, 249. *Vid.* Puerto Rico: Indios, habitantes.
- Utua, pueblo, 127, 142: iglesia, 126; partido: censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165; curato, 153.
- Vacas, 89, 108, 109, 125, 126, 127, 129, 134, 188, 200, 202; carne de, 186, 212; leche de, 120, 133, 155, 163, 186, 189, 206, 212.
- Vagos, 133, 154, 156.
- Vainilla, 111, 130, 209, 241.
- Vajilla de higüera, 246. *Vid.* utensilios.
- Valbuena, Bernardo de (obispo), 257.
- Valdepeñas, 257.
- Valdés, Fray Jerónimo (obispo), 258.
- Valdivia y Mendoza, Fray Fernando (obispo), 259.
- Vallas, 124, 127.
- Valles, 5, 22, 110, 111, 113, 121, 127, 133, 135, 136, 142, 195, 196, 201, 206.
- Valmont de Bomare, 221.
- Vara (medida), 132, 143, 152, 168.
- Varas, 10, 24, 80, 112; cañizo de, 183. *Vid.* materiales de construcción.
- Vargas, Juan, 64.
- Vargas, Juan de (gob.), 262.
- Vasallaje, 22, 46. *Vid.* Puerto Rico: Indios, organización política.
- Vasallos, 46, 87, 154, 173, 176, 177, 179, 255, 256.
- Vasijas, 25; de barro, 121; de coco, 248. *Vid.* utensilios.
- Vasos, 25, 155, 186, 243. *Vid.* utensilios.
- Vázquez de Ayllón, Lucas (gob.), 61-62, 72, 261.
- Vázquez, José (cura), 153.
- Vázquez, Fray Martín (obispo), 257.
- Vecinos, 68, 80, 171, 173. *Vid.* Puerto Rico: habitantes.
- Vega (río), 6, 125.
- Vega [Baja]; parroquia, ayuda de, 125; partido: censo poblacional (1776), 153; censo de producción, 165.
- Vegas (barrio), 125.
- Vegas, 3, 25, 109, 119, 125, 126, 127, 133, 134, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 159, 195, 197, 200, 202, 203, 213, 218, 222, 232, 239, 241, 242, 244, 248, 250, 252.
- Vegetación, 195, 196, 200, 231.
- Vegetales, 196, 200, 205, 209, 224, 232, 234, 253, 254.
- Vegigatorios. *Vid.* cantáridas.
- Velas (barcos), 93, 247, 248.
- Velas, 243.

# I N D I C E A N A L I T I C O

- Velasco, Gerónimo de (gob.), 262.  
 Velázquez Sancho (Licdo.), 51, 57, 59, 61, 261.  
 Vendedores, 170.  
 Venenos, 20, 25, 48, 58, 77, 81, 82, 83, 107, 215, 233, 251, 252.  
 Venéreas, enfermedades, 250.  
 Venta (edificio), 192.  
 Ventanas, 24, 101, 200, 201.  
 Ventanas, Río, 7, 141.  
 Ventas, 178; arbitrio sobre, 174.  
 Veracruz (México), 68.  
 Veragua (pueblo), 91.  
 Verduras, huertecillos de, 121, 122.  
 Vestido, 73, 187, 247. *Vid.* Puerto Rico: habitantes, indios.  
 Vestuario. *Vid.* Caribes; Puerto Rico: habitantes, Indios.  
 Vestuario de milicias disciplinadas, 174, 176.  
 Vetas de metales, 226, 228.  
 Vianda, 186.  
 Viático, 193.  
 Vicarias: San Germán, Villa de, 147; Coamo, 147.  
 Vicario eclesiástico, 139; Coamo, 147; General de Antillas y Provincias de Tierra Firme, 147; San Germán, 147, 148.  
 Vicepatrono real, 146, 148. *Vid.* Puerto Rico: administración insular.  
 Vicios, 72, 80. *Vid.* Puerto Rico: habitantes, indios.  
 Vidriado, género de, 120.  
 Vidrio, botella de, 186.  
 Vientos, 117, 137, 198, 199, 200, 201, 202, 243; alisios, 1; australes, 62; del Este, 6, 197.  
 Vieques, isla de, 6, 7, 59, 71, 77; puertos, 110.  
 Vigas, 24, 100, 105, 112, 113, 123, 185, 201, 203. *Vid.* materiales de construcción.  
 Vigía, cuerpo de guardia, 147.  
 Vigía, Río de la, 7, 112, 116.  
 Viguetas, 112.  
 Vijao (árbol), 132.  
 Villa de Soto, Provincia de Rioja, 260.  
 Villarán, Diego (gob.), 262.  
 Villasanta (tesorero), 61, 72.  
 Vinagre, 207; de plátanos hartones, 276.  
 Vinos, 136, 167, 168, 198, 249; moscatel, 245.  
 Virgen Gorda, isla, 77.  
 Virgenes, Islas, 1; descubrimiento, 9.  
 Virgilio, *Geórgicas*, libro 1º, 163.  
 Viruelas, epidemias de, 20, 61, 62, 63, 193, 206.  
 Visita pastoral, 259, 260.  
 Visitas eclesiásticas, 255, 258, 259, 260.  
 Vitriolo, 115, 228.  
 Vituallas, 90.  
 Viudas, sueldos a, 140.  
 Víveres, 13, 14, 16, 27, 43, 49, 53, 71, 76, 81, 133, 156, 157, 161, 167, 171, 196, 198, 208, 214.

I N D I C E A N A L I T I C O

Viveros, 115.  
 [Viviendas], 3, 25, 46, 51, 53,  
 59, 67, 75, 76, 77, 82,  
 99, 100, 101, 102, 103, 105,  
 107, 112, 113, 123, 125, 129,  
 133, 138, 139, 140, 141, 142,  
 155, 156, 163, 182, 183, 185,  
 186, 188, 189, 190, 192, 198,  
 200, 201, 203, 214, 215, 216,  
 217, 218, 221, 245, 246, 247,  
 249, 250. *Vid.* Caribes; Puerto  
 Rico: indios, habitantes.  
 Vizcaya, provincia de, 86.  
 Volcanes de Nueva Zelandia, 2.  
 Votos (religiosos), 137.  
 Vargas, 115.

Warnes (inglés), 82.  
 Walis, provincia de, 91.

Yaguas, 100, 155, 192; palma de,  
 250. *Vid.* materiales de cons-  
 trucción.

Yagüeca (Añasco), Provincia de,  
 32, 42, 47.

Yauco, pueblo: iglesia, 141; parti-  
 do: censo poblacional (1776),  
 153; censo de producción, 165;  
 curato, 153; río, 116, 141.

Yautías, isleta de, 116, 143.

Yerbas, 10, 111, 129, 130, 132,  
 136, 142, 162, 234, 235, 237,  
 253; jergón de, 185; medicina-  
 les, 114, 209, 212; venenosas,  
 252.

Yedras, 132.

Yeso, cantera de, 142.

Ynavón, Río, 116, 143.

Yuca, 107, 108, 119, 143, 159, 195,  
 232, 241; almidón de, 162, 233.

*Vid.* cazabe.

Yucas, Juan, 77.

Zaguán, 24, 100.

Zambra, 181.

Zapatos, 187, 218.

Zapotes, 232.

Zaragoza, 63.

Zaramullos, 124, 22. *Vid.* aves.

Zona Tórrida, 23.

Zúñiga (capitán de navíos), 60.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EL  
DÍA 3 DE ENERO DE 1959, EN LOS TA-  
LLERES DE LA EDITORIAL "ORIÓN", MÉ-  
NICO, D. F. LA EDICIÓN CONSTA DE 3000  
EJEMPLARES, 500 DE ELLOS NUMERADOS  
Y EMPASTADOS EN PASTA VALENCIANA.